

Cuadras, Maricel de los Ángeles

Danza, pasión y lágrimas.... - 1a ed. - Salta : el autor, 2015.

368 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-33-7891-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 16/06/2015

Danza, Pasión y Lágrimas

Maricel de los Ángeles Cuadras

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia, o por cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial o del autor.

Hecho el depósito legal

IMPRESO EN ARGENTINA

Maricel de los Ángeles Cuadras

*Danza, pasión
y lágrimas...*

Salta - Argentina

Dedicado a todos los padres y docentes que trabajan
para que sus hijos y alumnos
descubran sus vocaciones a tiempo...

Y cómo no dedicar también este libro a
Miguel Marcelo Cuadras y Georgina de los Ángeles Luza,
sabiendo que gracias a ellos yo descubrí la mía.

Mi agradecimiento a Laura Marti,
porque me demostró lo equivocados que estamos
 cuando creemos que los sueños
son imposibles de hacerlos realidad.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULOS:	
1 - “Descubriendo una pasión”	15
2 - “En el colegio”	21
3 - “Diseñando una fiesta”	24
4 - “Desilusiones y mensaje de amor”	27
5 - “Certamen Coreográfico Provincial”	31
6 - “Ultimando detalles”	38
7 - “Mis quince años: Cena-Show”	41
8 - “Viajando a Tilcara - Jujuy”	49
9 - “Semana de exámenes”	58
10 - “Muestra Anual en el Teatro”	66
11 - “Vacaciones”	71
12 - “Un examen radiante”	82
13 - “Nuevos compañeros”	90
14 - “Propuesta de trabajo”	95
15 - “Viajando a San Miguel de Tucumán”	104
16 - “Viajando a San Salvador de Jujuy”	125
17 - “Adolescentes”	137
18 - “Viajando a La Cumbre - Córdoba”	154
19 - “Ingreso al Ballet”	176
20 - “Viajando nuevamente a S. M. de Tucumán”	184
21 - “Seminario y certamen en Salta”	199
22 - “Viajando a Villa Carlos Paz - Córdoba”	206
23 - “La obligación me hace daño”	225
24 - “Una sincera disculpa”	236
25 - “Ladrillos de ensueño”	243

26 - "Viajando a Cafayate"	249
27 - "Plenamente enamorada"	261
28 - "Discusión y préstamo bancario"	267
29 - "Arte en el colegio"	276
30 - "Celebrando mis 16 años en un escenario"	288
31 - "Coherentes decisiones"	302
32 - "Show abortado"	318
33 - "¡Expulsada!"	330
34 - "Un examen ahogado en lágrimas"	340
35 - "La verdad siempre adelante"	356
CONCLUSIÓN.....	367
EPÍLOGO.....	369

PRÓLOGO

¡Hola! Soy Maricel de los Ángeles Cuadras, y creo que para muchos puede resultarles extraño que me presente a través de palabras escritas (siempre prefiero hacerlo personalmente); sin embargo en esta oportunidad lo considero adecuado, a fin de cuentas éste es el Prólogo.

Si me preguntasen cómo es mi esencia exactamente, contestaría con claridad que todo mi ser ama bailar danzas árabes, quienes me conocen lo saben. Pero quizás eso no baste para identificarme por completo, pues el mismísimo amor que siento cada vez que piso un escenario o cada vez que me sitúo frente a los espejos junto a mis alumnas para brindarles una clase, es exactamente el mismo sentimiento que me invade al abrir la tapa de un libro.

Quienes leen por obligación no pueden alimentar el espíritu. En cambio, los que leemos un libro con amor sí que edificamos nuestro mundo interior. Ahora más que nunca entiendo la frase de Stephen King: "Si quieres ser escritor, debes hacer dos cosas: leer mucho y escribir mucho". Y la verdad que ¡me sorprende de mí misma al escribir estas líneas!, pues jamás me hubiera imaginado llegar a sentir tanta devoción por las letras como la que hoy inunda mi corazón. Esta fuerza interior, innata y espontánea, es la que me lleva a publicar mi propio libro. Rotundamente, ¿cómo iba a saber que mi pasión por la danza árabe fuese el trampolín hacia las letras y la literatura?

El presente sueño surgió a causa de otro y los dos se hacen realidad como si fuesen uno solo, porque cuando el insólito mundo de palabras se descubre ante mis ojos, es como viajar a otra dimensión, donde el espacio y el tiempo ya no son...

Me reconforta pensar cuando ya me vea en las librerías y más aún en las manos de personas que me permitan ser parte de sus vidas, aunque todavía no sepan del todo por qué razón estoy frente a sus ojos. Me encuentro aquí... tecleando en mi computadora, deleitándome con estas líneas que son las últimas que escribo y las primeras que se presentan frente tuyo.

A continuación voy a describir brevemente lo que este libro lleva en su interior y trataré de no hacer referencia a lo que guardo en mi corazón. Sin embargo, mientras la inspiración fluía en cada uno de mis capítulos, siempre me fui preguntando: ¿cuánto influye mi corazón sobre mis escritos?... Ya lo verás... si cuando desplegaba mis alas, mi vuelo tuvo fronteras o fue infinito...

“Danza, pasión y lágrimas...” no pretende ser un manual de instrucciones donde se enseñe cómo bailar danzas árabes. Tampoco es una reseña de aventuras, ni mucho menos un relato de adolescentes o una historia cómica. No es el diario de un viaje ni la clásica novela entre dos enamorados. Y ni pensar que se trata de un libro de autoayuda. Pero ¡cuidado! ya que eso no quita que pueda estar presente una que otra lágrima de dolor y de alegría, algún viaje con sorpresas, vivencias dentro y fuera del colegio, el sentirse enamorada o sin dudas lo más inapelable: ilusiones y golpes de la vida que se asemejan a las de una montaña rusa con fuertes bajadas y subidas.

En fin... el torbellino de palabras que forman parte de las siguientes páginas es muchísimo más que tan sólo letras impresas en el ejemplar de un libro. ¿Por qué? Porque a lo mejor no es más que la transparencia de una íntegra realidad.

INTRODUCCIÓN

La sesión de fotos artísticas en la Escuela había concluido. Quedaban exactamente tres semanas para que el Teatro rebosara de brillo, talento y encanto de la danza árabe; mis alumnas estaban ansiosas y felices al igual que yo.

Pero al momento de terminar dicha sesión, cuando nos disponíamos a compartir un pequeño festín que habíamos organizado, estas palabras surgieron desde lo más profundo de mi alma:

– ¡Chicas! Les agradezco por hacer brotar tanto amor, dedicación y pasión en cada una de las clases, como así también para los ensayos de la Muestra Anual que se nos aproxima. Gracias por permitirme enriquecer mis enseñanzas y mi crecimiento siendo cada una parte de mi vida. Son las estrellas y los solcitos que alumbran y alegran cada una de mis noches y días... ¡saben cuánto las amo!

Al decir esto, sentí unas lágrimas que caían por mis ojos; no pasaron muchos segundos para que se formularan las siguientes preguntas:

– Señor, ¿qué te pasa?

– Profe, ¿estás bien?

– Maryam, ¿qué te sucede?

Muchas de mis alumnas me abrazaron y comieron a besos pensando que me sucedía algo terrible. Al demostrarme tanto cariño, transformaron esas gotitas de sentimientos en un ¡extenso mar de lágrimas! que iba recorriéndome el rostro.

Entre sollozos les intenté explicar los momentos abrumadores y costosos que viví a mi corta edad para lograr el poder estar allí con ellas. El saber ponerle una sonrisa a tantas amarguras y el intentar hacer realidad otras tantas imposibilidades.

Me miraron sin saber a lo que me refería. Para ser más específica hice que observaran con detenimiento aquellos cuatro cuadros que estaban colocados en la pared del salón, arriba de los espejos. Tres de ellos eran fotos, y el cuarto, un certificado.

Preocupadas, pero intrigadas a la vez, quisieron que les cuente con detalle a qué me estaba refiriendo con aquellos cuadros.

– ¿Están seguras de querer escuchar lo que es nada más ni nada menos que la historia de mi vida? Sepan que así como tengo marcas en mi corazón de recuerdos brillantes y hermosos, hay otras marcas que no son tan resplandecientes al ser tristes y dolorosas – les advertí.

Por lo visto, cada una de mis alumnas ignoró por completo esa observación que acababa de anunciarles, pues se sentaron decididamente

en el piso; incluso algunas se pusieron lo bastante cómodas. Sin creer lo que estaba sucediendo y sin creer lo que estaba a punto de compartirles y revelarles, me arrodillé junto a ellas.

Fue así que les conté mi historia... La danza, la pasión y las lágrimas de mi vida:

CAPÍTULO 1

“Descubriendo una pasión”

Nos dirigíamos a San Ramón de la Nueva Orán, una ciudad ubicada al noreste de la provincia de Salta, con el objetivo de participar en un certamen de danzas. Mi papá, a cargo del volante, manejaba la *Renault Kangoo*. Mientras que mi mamá, sentada en el asiento delantero, se encargaba de buscar el mapita para poder llegar sin inconvenientes al albergue. Mi profesora junto a las demás chicas, con seguridad ya estarían allí; me las imaginaba nerviosas al igual que yo por lo que nos esperaba vivir al día siguiente en el escenario de aquella ciudad.

Después de tan cansador viaje, se hicieron cerca de las nueve de la noche y por fin nos situamos en aquel albergue exclusivo para la Academia. Pero al llegar, ¡aún no había ninguna bailarina, compañera ni menos mi profesora!

—Maryam, ¿seguro que me anotaste bien la dirección del alojamiento? Mirá que no hay rastros de alguna conocida tuya de la Academia — me dijo mi mamá.

— ¡Obvio que lo anoté bien! A ver, andá con el papá a preguntar a aquella señora que está en la entrada, quizá sepa algo.

Me dejaron al cuidado de las valijas en la *Kangoo*, y ambos se bajaron a averiguar. Volvieron riéndose, y por ello supe que estaba todo bien, no me había equivocado de sitio.

—Sí, acá es — comentó mi papá.

— ¿Y? ¿Qué información obtuvieron?

— Igual que en años anteriores, tu profesora junto a toda la Academia viaja el día mismo de la participación en la competencia, por consiguiente llegarán y se instalarán mañana.

— ¿Ah sí? Nadie me dijo nada sobre eso. Pensé que nos encontraríamos hoy mismo.

— Igual no hay ningún problema de que nosotros nos vayamos alojando.

— Genial entonces. ¡Yo quiero dormir en una cama cucheta! — grité como una niña feliz.

Después de instalarnos, acomodar los equipajes y los trajes que utilizaría el día siguiente, decidimos salir a cenar. Antes, caminamos por la plaza principal de aquella ciudad, ¡qué frescura de noche! Vimos un restaurante en la esquina de la cuadra y hacia allí nos dirigimos.

— ¡Bienvenidos! ¿Qué desean para comer? — fue lo primero que escuché al pasar la puerta del lugar.

Como de costumbre, surgió en mi mente mi comida favorita...

— Cinco empanadas de queso, ¡por favor! — exclamé mientras cruzaba una pícara mirada con mis papás.

— Qué raro Maryam... pidiendo empanadas — mencionó mi papá sarcásticamente.

Mientras esperábamos que las empanadas llegasen, mis progenitores se dispusieron a hablar por celular con mi hermana y mi hermano. Ambos se habían quedado en casa, cuidándola. Yo mucho no me preocupaba; Micaela tenía diecisiete años y Gabriel quince. Me parecía que ya eran lo bastante grandecitos para ser capaces de manejar muy bien la casa por unos días, con la ausencia de los padres. Pero igual, como todo papá y toda mamá, ellos quisieron asegurarse de que las cosas estuvieran en orden y de paso comentarles que habíamos llegado bien, sin que nada malo ocurriese en la ruta.

De un momento a otro ya estábamos de regreso en el albergue. El día sábado se aproximaba y mi nerviosismo y ansiedad aumentaban con el transcurso de las horas.

Me desperté a las siete de la mañana pensando que durante la tarde estaría arriba de un escenario bailando por primera vez fuera de mi ciudad. Traté de imaginar lo que sería... sólo logré idear que una vez más mi corazón se agitaría de felicidad haciendo lo que tanto me gusta: bailar danza árabe.

Verónica, mi profesora, con el resto de las chicas, llegaron en una *Trafic* a las nueve de la mañana. Por lo visto, había sido la única en viajar por cuenta propia junto a la familia.

— Mary, ¿cuándo llegaste? — me preguntó Eliana, una chica unos pocos años mayor que yo. Ella era integrante del Ballet de Vero y a menudo chateábamos por *Facebook*. La admiraba muchísimo y me alegraba que estuviera también allí para participar del certamen.

— Llegué ayer por la noche. Vine en auto con mis papás — le respondí.

— Eh, qué lindo, viajaste tranquila de seguro. Nosotras andamos a las apuradas ahora, ¡qué bajón!

— Sí, eso veo. Te ayudo con las valijas, ¿quierés?

— Dale mi vida, porfa — me contestó con una mirada agradecida.

Se me ocurrió preguntarle si le parecía compartir la habitación conmigo, ya que era un albergue con cuartos y baños compartidos. Accedió con mucho gusto mientras mis papás la saludaban.

Almorzamos pasada las doce. Cabe aclarar que no tengo por

costumbre comer mucho antes de bailar, sino después me siento completamente hinchada. Aquel día, un rico sándwich hecho por mi papá me bastó.

A las dos de la tarde se iniciaba la competencia, por lo tanto me dispuse a prepararme. Mientras me instalaba para empezar a pintarme, vi por el espejo que apareció Eliana detrás de mí.

— Ya sé que soy un desastre pintándome, si por eso me mirás — le dije graciosamente.

— ¿Te parece si yo te maquillo? — me preguntó luego de haberse reído conmigo.

— Ay sí dale, sé que sos buenísima con todo esto. Gracias Eli.

— Está bien Mary, muchas veces te dije que siempre voy a estar para lo que necesités. No tenés por qué agradecerme.

— Bueno, pero de todas maneras te lo agradezco, Eli.

Era grandioso que ambas perteneciéramos a la misma Academia. Me hubiera encantado que sea mi compañera en clases. Y como si estuviera leyendo mis pensamientos, comentó:

— De tu grupo, estás solita ¿verdad? Porque tus compañeras no vinieron.

— Así es, sólo estoy yo de mi grupo. Mis compañeras no pudieron venir por problemas económicos; además varias de ellas ya estudian en la Universidad y no tienen el tiempo suficiente para ensayar coreografías para competencias como éstas.

— Entonces esta tarde ¿vas a bailar solistas nada más?

— Sí, cinco solistas. ¿Vos cuántas coreografías bailás? — le pregunté.

— También bailo solistas, pero sólo cuatro. Y después junto al Ballet hacemos tres grupales.

— Qué lindo, entonces ya las veré brillar a todas.

De un momento a otro cambiamos el tema de la conversación, ya que ella quería saber qué andaba pasando con “mi gran amor”.

— Mary contame, ¿cómo andan las cosas con tu chico en el colegio?

— Está todo bien. Hermoso...

— ¿Hermoso? — me preguntó sonriendo.

— Claro... ¡Cada día Nahuel me enamora más!

— ¡Qué tierna! Por lo que me solés contar, me parece que ustedes podrían llegar a ser una linda parejita. Dale tiempo.

— Sí, tiempo... Pero sin que se llegue a convertir en pasitos de tortuga nuestra relación.

— Las cosas van a ocurrir cuando deban suceder. ¡Vos tranquila!

— Sí, eso es lo que me parece — le dije con una mirada desilusionada.

— Ay mi vida, pero no te pongás mal. Igual sos chiquita todavía, Nahuel no va a ser el primer chico que te presuma. Si notás con claridad que vos a él le gustás, podés intentar con un beso. Pero de todas formas, no te apurés Mary. Como te dije, dejá que todo se dé a su debido tiempo.

Me pareció lógico lo que Eli me decía. Pero aun así no podía ir despacio... era ¡tan bonito! que temía que otras chicas se enamoraran de él también.

Entre idas y vueltas al compartir palabras, terminó de maquillarme. Le agradecí nuevamente; ¡me había dejado hermosa! Nos despedimos hasta la tarde, ella iba a preparar lo que necesitaba y yo, junto a mis papás, nos disponíamos a ir al Teatro en donde se efectuaría el evento.

Ya estaba peinada y vestida, completamente lista para bailar. Una organizadora del certamen me llamó, haciéndome saber que en minutos era mi turno de ingresar al escenario, luego de haber estado horas y horas esperando que llegase mi momento. Asomé la cabeza por una de las bambalinas del costado del escenario y vi a todo un público sentado en aquellas butacas. Fue inevitable volver a sentir los nervios en mí.

Vero estaba allí conmigo, tras el escenario, deseándome éxitos.

— ¿Estás nerviosa mi reina? — expresó.

— Sí, un poquito.

— ¡Tranquila! Mirá que tenés cinco coreografías por bailar.

— ¡MARYAM DIMÍN! — aclamó la locutora por micrófono — ¡Llegó tu momento!

Ingresé al escenario casi temblando. Sin mirar a nadie, me ubiqué en el centro de esas tablas. Empezó la música y entonces me dejé llevar por la melodía y no pensé en nada más. Olvidándome por completo de la ansiedad que tenía momentos atrás y sin recordar dónde estaba exactamente, fui experimentando cómo mi alegría fluía desde lo más profundo de mi ser y era expresada a través de cada movimiento y paso que realizaba.

De repente, los aplausos del público me hicieron volver a la realidad. Eran cerca de cuatrocientas manos aplaudiéndome y haciendo que cada aclamación resonara en mis oídos hasta llegar a mi corazón. Me sentí feliz. Y de la misma manera fueron vivenciadas las otras cuatro coreografías que realicé sobre ese gran escenario.

— ¡Babys, Infantiles y Juveniles pasaron por este certamen durante la presente tarde! — anunció por el micrófono la locutora — ¡Seguimos con la categoría Mayores y luego las Profesionales, y después se vienen las premiaciones!

No me importaba ganar, esa tarde ya había triunfado aunque no recibiera premios, porque en todo momento la alegría me invadió en cada uno de mis pasos junto a los cálidos aplausos.

Las palabras de Verónica me sacaron de mis pensamientos y me produjeron una enorme sonrisa.

— ¡Brillaste como siempre mi Mary!

— ¡Gracias Vero! Todo es gracias a vos que me enseñás esta bella danza día a día.

— ¡Te quiero mucho mi reina! — me dijo tiernamente a la par de brindarme un abrazo.

Las horas pasaron y aún no daban inicio a las premiaciones. Las participantes en la categoría Profesional eran muchas y eso provocó que el certamen se extendiera más de lo esperado. Me sentí como una semilla apenas plantada sobre tierra fértil que aún no había germinado, al verlas bailar a las Profesionales. Entre ellas estaba el Ballet junto a Verónica, ¡cómo las admiraba, eran unas diosas! Me faltaban años de práctica para lograr lo que ellas hacían.

Eran las cinco de la madrugada cuando se dio inicio a la entrega de premios. Mi papá y yo nos dormíamos en las butacas. Mi mamá, en cambio, horas antes prefirió irse a dormir en la cama del albergue; no estaba dispuesta a pasar la noche en el Teatro.

Los ruidos y silbidos de los espectadores al ver que los miembros del jurado empezaron a hablar por el micrófono me sobresaltaron. Lo codeé a mi papá para despertarlo, haciéndole saber que ya empezaban las premiaciones.

Y se escuchó de repente por los parlantes:

— A Maryam Dimín, categoría Juvenil, de la Academia de Verónica Cardozo de la ciudad de Salta, se le otorga cinco medallas de oro por sus excelentes presentaciones.

Allí me encontraba yo, entre los aplausos, subiendo las escalinatas para llegar al escenario a recibir mis premios. La jurada, mientras colocaba las medallas en mi cuello, me dijo al oído:

— ¡Felicitaciones! Tenés mucho talento, así que ¡a seguir adelante!

No podía creer lo que estaba viviendo, bajé del escenario con una sonrisa inexplicable mientras las medallas chocaban entre sí contra mi pecho. Sentí que debía estar un momento a solas para asimilar lo sucedido. Le dije a mi papá que me iba al camarín, con la supuesta intención de recoger algo que me había olvidado. Sin encontrarle sentido a lo que le decía, ya que las indumentarias y todas mis cosas se las había llevado la mamá al irse al albergue, sospeché que algo extraño me pasaba.

Abrí la puerta del primer camarín que vi. Entré para encerrarme y estar sola. Me coloqué frente al espejo y me miré por unos segundos, luego cerré los ojos y fue como ver una proyección en mi cerebro de todo lo que había ocurrido aquel día.

Entre los elogios del jurado... los trajes que estrené bordados por mi mamá... las fotos junto a Vero y las chicas del Ballet... mi papá haciéndome el aguante hasta la madrugada en la espera de los premios... y sobre todo, los cinco bailes que realicé: sentí que algo sucedió dentro de mí... Esa danza árabe que tanto me gustaba se convirtió en una enorme felicidad. En otras palabras, ese día en la ciudad de San Ramón de la Nueva Orán, pude percibir que aquello a lo que solía llamar "hobbie", ¡pasaba a ser algo más grande! ¡¡¡Muchísimo más grande!!!

Era como tener algo sensorial por dentro. Algo insólito, como una explosión. Era una sensación detonante que me llenaba el espíritu por completo de felicidad... ¡no lo podía explicar con palabras! Sólo lo percibía sintiéndolo... mientras el corazón me palpitaba segundo a segundo.

No llegué a entender si fueron las cinco medallas de oro que gané lo que me entusiasmó de gran manera con la danza, o si simplemente el bailar desde los diez añitos hizo que aquel arte tan hermoso me cautivara. La conclusión era que ¡no me entendía!; pero ¡sí sabía lo que sentía!

Abrí los ojos y en aquel espejo se reflejó una chica de catorce años con los sentimientos a flor de piel. Fue un inmenso remolino de emociones dentro de mi corazón que mi mente no comprendía. Como cuando sale el arco iris y al mismo tiempo sigue lloviendo, como el sol que al amanecer no termina de nacer y sin embargo los colores de la naturaleza igual se reflejan. Era el ardor del puro verano que ni una tormenta de nieve lo podía apaciguar.

Me pregunté a mí misma: "¿estoy enamorada?". No, ¡sonaba una locura! Quizás estaba loca. Sí... pero ¡no! Dicen que los locos no pueden sentir nada; yo sí sentía, y mucho... Tal vez se trataba de aquello... ¿cómo es que le llaman...? ¿¡PASIÓN!?

Sí... Definitivamente ese día encerrada en aquel camarín, llegué a la conclusión de que la danza árabe se transformó en la pasión de mi vida.

CAPÍTULO 2

“En el colegio”

— Cinco medallas de oro, ¡no podés Mary! ¡¡¡Sos una grosa!!!— vociferó Paola, con tal de llamar la atención de todo el curso o... ¡de todo el colegio!

— ¡Gracias! Pero no hace falta que grités— le dije.

— Shh callate... Vos seguime la corriente... Acordate de “tu gran amor”.

Comprendí que intentaba llamar “disimuladamente” la atención de Nahuel hacia mí. Con los segundos, consiguió lo que buscaba.

— Hola Mary. ¿Esas medallas las ganaste vos?— pude escuchar esas palabras junto a su bella mirada.

— Sí Nahuel, las gané en un certamen el fin de semana— me escuché medio cortante, pues me era difícil hablar con semejante hermosura delante de mis ojos.

— Sos genial... Tenés que invitarme alguna vez a verte bailar, o si no, bailá acá en el colegio en algún acto.

Me quedé desorbitada y totalmente sin palabras. Mi amiga añadió por mí:

— Claro que sí. Maryam ya bailará pronto acá para que la veás.

Con una pícara sonrisa, Nahuel se fue, y nos dejó a solas a Paola y a mí.

— ¿Por qué no le dijiste nada? ¡O le hubieras dado un beso en la boca sin que lo esperara!

Antes de decirle algo, pensé en Eliana y recordé los consejos que siempre me daba. “Tiempo al tiempo” me dijo muchas veces. Paola era una buena amiga, pero creí que se estaba apurando con las acciones.

— ¿Pero no te parece que es muy pronto para que le dé un beso?

— ¿Y si no para cuándo? Ya sos grande Maryam.

Aún no había dado mi primer beso. Toda mi vida quise darlo con alguien especial, y siempre pensé que ese “especial” lo descubrí a medida que vas conociendo a un chico. Para ser sincera, Nahuel y yo no nos conocíamos, apenas si cruzábamos unas palabras y unas miradas.

— ¿O es que seguís esperando a tu chico especial?

— Y si... es lo que espero.

— Ay pero Mary tampoco podés estar el resto de tu juventud o el resto de tu vida esperando a tu príncipe azul. Ahora todo es rápido, ya nadie pretende conocerse antes de un beso; al contrario, primero lo besás y con el tiempo que se está de novios se van conociendo.

— Bueno, entonces para la próxima no dejaré pasar la oportunidad.

— Esperemos que haya otra oportunidad, porque por tus tonterías de idas y vueltas lo podés perder a Nahuel.

Sol y Carolina, mis otras amigas, escucharon complacidas lo sucedido hace minutos. Sol agregó:

— ¿Lo pensás invitar al galán para tu fiesta de quince?

No pude responder a su pregunta. El profesor de Matemática había ingresado al aula dando inicio a su clase de ecuaciones.

— ¡Buen día chicos! Repasemos juntos qué pasos hay que seguir para hallar el valor de X — escuché decir al profesor.

Mi cabeza estaba en aquella aula, pero lamentablemente mis pensamientos no. Mi cerebro se ocupaba de resolver algo más importante que hallar el valor de X . Pues la pregunta de Sol me había dejado profundamente pensativa. Quedaban cinco meses para que cumpliese mis quince años, hasta ese momento no le había dado importancia al asunto.

Después de lo vivido el fin de semana en el Teatro de San Ramón de la Nueva Orán, sintiendo el haber encontrado la pasión de mi vida, asimilé: ¿Será posible hacer una fiesta de quince al estilo árabe? Sinceramente la tradición de bailar el vals, soplar las quince velitas y pasar toda una noche con un vestido de gala, nunca había llamado mi atención. ¿Y si lo mío fuese diferente? ¿Algo así como una Cena-Show donde predomine la danza árabe compartiendo con mis familiares, compañeras y amigas?

— Señorita Dimín, continúe por favor con la ecuación que estamos realizando en la pizarra— dijo el sabelotodo de Matemática.

Mi cara de distraída de seguro habría sido alarmante y llamativa.

— Emm... no estaba prestando atención.

— Me sorprende de vos, ¿eh? La alumna más aplicada de la clase.

¿Qué le diría al profesor? ¿No estaba escuchando su clase por pensar en mi fiesta de quince a raíz de la pregunta que Sol me formuló? De seguro, no me creería. O lo tomaría como una broma.

— Disculpe profe. Me distraje pensando en otra cosa.

— Eso me pareció. Que no se repita Maryam.

Durante el recreo, Sol esperaba de mi parte una respuesta a su pregunta. Le conté más o menos lo que planeaba hacer, diciéndole que no tenía en mente realizar una fiesta de quince hasta que la pasión por la danza cambió mi parecer.

— Ay pero o sea, ¿una fiesta de árabe nada más? — me reclamó irónicamente — ¡Va a ser aburrido!

—No creo que sea aburrido— le dije— La danza árabe es lo que me apasiona, y creo que hacer una fiesta en base a eso, sería fabuloso.

—Puede ser... es algo fuera de lo común— mencionó como dando un punto final a la charla.

Ya al mediodía, hora de salida del colegio, fui a la parada del colectivo. Carolina estaba conmigo, siempre nos íbamos juntas ya que vivía a unas cuadras de mi casa. Preferí no abrir la boca sobre mi fiesta, para evitar comentarios desalentadores como sucedió con Sol.

De regreso en casa, la primera en saludarme y comerme a besos fue Vainilla. Sus ladridos son inevitables cuando alguien abre el portón del jardín.

En la cocina estaban mis papás terminando de preparar el almuerzo, veloces pues debían irse a trabajar. Mientras servían en distintos platos un deleitoso guiso de fideos para mí y para mis hermanos que ya llegarían también, les dije que luego tenía que debatir con ellos dos temas importantes. Sus miradas se tornaron curiosas, les hice saber que estaba todo bien; de hecho, ¡mejor que nunca!

CAPÍTULO 3

“Diseñando una fiesta”

Quedaron fascinados con la idea de una Cena-Show. Saben lo que enormemente significa la danza para mí, y más aún con las explicaciones que argumenté intentando dar a entender mis sentimientos manifestados en el viaje a San Ramón de la Nueva Orán.

— ¿Pero dónde lo llevaríamos a cabo? — preguntó algo insegura mi mamá.

— Y habría que averiguar un buen salón — dijo mi papá.

Y sin dar tiempo a que alguien dijera algo más, aseguró:

— Me parece que los salones de fiestas no cuentan con escenarios, y hacerlo en un propio Teatro es como demasiado...

— ¿Demasiado? ¿Demasiado qué? ¿El dinero decís vos? — pregunté apresuradamente.

— No tesoro, no digo por la plata; me refiero a que sería demasiado grotesco hacerlo en un Teatro — me aclaró.

— ¿Grotesco? ¿De qué hablan? — quiso saber mi hermana, interrumpiendo nuestra charla.

— ¡De mi fiesta de quince Mica! — le exclamé feliz.

Agradecí por dentro el pertenecer a la familia que pertenezco y sobre todo poseer maravillosos padres, pues me aseguraron que ya mismo empezarían a averiguar sobre un lugar para mi fiesta.

— ¿Y el otro tema Maryam? — preguntó mi mamá.

Tan absorbidos estábamos por lo de la Cena-Show que se me había olvidado por completo de hablarles sobre el segundo tema de importancia.

— Creo que estoy enamorada... — les dije.

— ¡Epa! ¿Y se puede saber de quién? — expresaron ambos casi al unísono.

— ¡Claro que pueden saber! Justamente por eso se los digo, para que sepan.

Jamás les guardo ninguna clase de secretos; si hay algo de peculiar en la educación con la que ellos me formaron, es que no haya incógnitas de por medio.

Les conté sobre Nahuel, lo lindo y especial que era para mí. Me escucharon sin interrupciones hasta que mi mamá consultó:

— ¿Lo tenés en *Facebook*? Así lo vemos por foto aunque sea.

Encendí la computadora, entré a mi *Facebook*, fui a su perfil y allí se los hice conocer. Ambos se miraron, supuse que algo no estaba bien,

¡como si no les simpatizara! Al parecer no creían lo que estaban viendo, sobre todo mi papá.

— ¡Tiene aritos en la oreja! y ¡mirá todos los anillos y pulseras que usa este chico!

— Y bueno, eso es lo que está de moda hoy en día — justificué.

— ¡¡¡Gabriel!!! ¿Podés venir por favor? — clamó mi papá, llamándolo a mi hermano. En su posición, me pareció que tenía dos opciones: recurrir a él o emplear la famosa escopeta que todo padre desearía tener para ahuyentar al buitro que suele presentar cada hija en su etapa de adolescencia.

Una vez estando allí con nosotros, le hicieron saber lo que estaba sucediendo. Mi papá siempre sostuvo, y sigue sosteniendo, que aquel chico que quiera ser novio mío o de mi hermana, tendría que ser un buen amigo de mi hermano. Por lo tanto, con su presencia ahí, Gabriel daría su opinión sobre Nahuel.

— ¿Con ese chico quiere estar de novia Maryam? No es como nosotros y no hace falta conocerlo personalmente para darse cuenta de cómo es. Con sólo verlo en una foto ya se percibe la clase de chico que es.

— ¡Pero no! ¡¡¡Ustedes no lo conocen!!! — vociferé.

— ¿Acaso tenemos que conocerlo para poder entender las sabias palabras que Gabriel acaba de decir? — comentó mi papá — Sos tan jovencita, ¿cuál es el apuro de querer un novio? Además, lo tuyo no es un enamoramiento, es un simple gusto de adolescentes.

Y como dando un punto final al tema, sugirió que lo invitase a ir por casa para ver si Nahuel sería capaz de conocer y compartir con la familia.

¡Qué bronca sentí! Es como si no hubiesen comprendido mis sentimientos. No era ningún apuro de mi parte, simplemente Nahuel me había enamorado.

Me retiré sin decir más nada y mientras lo hacía pude escuchar de mi hermana un “¿Qué le habrá visto de lindo a ese chico?”. ¡¡¡Uf!!! Como si ella hubiese tenido buen ojo para sus enamoramientos pasados. Me invadió un profundo enfado.

Me sentí tranquila cuando estuve en la Academia durante la tarde, percibí que esa bronca sólo había sido momentánea. Mis compañeras de danza escucharon felices lo referido a mi fiesta de quince. Les expliqué que la primera parte sería una cena junto a ellas, mis amigas del colegio y mi familia. Y el segundo ámbito de la fiesta, basándose en lo

más importante, un espectáculo donde yo bailarí, incorporándolas a ellas y a nuestra profesora junto a su Ballet.

— Están muy lindas tus ideas Mary — me expresó Vero.

— Sí, y sobre todo ideas auténticas y originales para una fiesta de quince — apoyó Rosario.

— ¡Me encanta! — vociferó Daniela.

Aquellas eran mis compañeras; de edad un poquito más que la mía pero a las cuales, sin embargo, consideraba mis hermanas. Era una lástima que no fuésemos hermanas de sangre, ¡nos llevábamos tan bien! No obstante, nos conformábamos con compartir imaginariamente un árbol genealógico en el corazón. Mientras les agradecía por sus palabras llegaron Luciana y Yamila, las más pequeñas del grupo. Ambas con nueve años de edad, supieron encariñarse con todas, en especial conmigo. Las apreciaba como grandes amiguitas.

— ¿Nosotras vamos a poder ir? — preguntaron sutilmente al enterarse de mi fiesta.

— ¡Por supuesto que sí! Sólo prométanme que bailaremos un trío — les dije cariñosamente.

— Todo lo que vos quieras Mary — me aseguraron con su ternura.

¡Amaba tanto compartir la danza con ellas! Además, con Verónica a mi lado sabía que mi Cena-Show sería todo un éxito. Al finalizar la clase me afirmó que ya hablaría con las chicas del Ballet sobre las coreografías que bailarían en mi noche.

Se percibía todo tan lindo... Me pregunté si Nahuel la pasaría bien en una fiesta como la mía. De sólo imaginarlo sentado viéndome bailar, me estremecía por dentro. De una cosa estaba segura: era mío por más que ni él lo supiera y sin importar que mis papás dijese lo contrario.

CAPÍTULO 4

“Desilusiones y mensaje de amor”

Habían pasado semanas desde la última vez que Nahuel y yo hablamos. Ya ni me miraba en clases, apenas si me saludaba por las mañanas. Era como si hubiera perdido completamente el interés por mí.

Le comenté a Eliana a través de *Facebook* lo que andaba sucediendo y no supo qué decirme. Estaba tan desconcertada como yo. Sólo me aconsejó con firmeza que hablara con él, que no usara como intermediarias a mis amigas para saber lo que le andaba pasando.

Noté que estaba conectado también, entonces decidí hablarlo.

— ¡Hola Nahuel! — le mandé por el chat junto a una carita sonriente. Con el correr de los minutos me contestó.

— Hola Maryam.

— ¿Qué andas haciendo?

— Escucho música.

— Yo estoy chateando con una amiga de danza y también estoy escuchando música.

— Ah...

Advertí que estaba definitivamente raro conmigo. No aguanté más y le pregunté:

— ¿Qué te anda pasando conmigo? Estás raro últimamente... no te entiendo.

— Nada. ¿Qué me podría pasar? Soy el mismo de siempre — aseguró.

— Pero, conmigo te pasa algo... ¿o no?

— Mirá Maryam yo quería un beso con vos pero hace unas semanas, cuando te conocí y me gustaste. Ahora ya no.

Entendí completamente lo que pasaba. Paola, mi compañera, había tenido razón. Por mis tontas idas y vueltas para con él, lo terminé perdiendo. No supe qué decirle... él tenía palabras concretas, mientras yo me sentía completamente vacía.

Esa noche me fui a dormir apenada. Iba a tener que soportar verle la cara todas las mañanas en el colegio a ese chico que me llenó la cabeza y el corazón de puras ilusiones.

Sin embargo, al día siguiente durante la clase, un compañero llamado Esteban se me acercó.

— Hola Mary, esto es para vos — me dijo entregándome una pequeña carta — Yo la escribí, por favor léela en el recreo.

— Bueno... Gracias... — le respondí confundida.

Como era de suponer, la intriga por saber qué palabras había tras el

papel, me impacientaban. Paola me codeó para que prestara atención a la clase de Tecnología. Le hice saber lo que guardaba entre mis manos, y entonces nos susurramos al oído.

— ¿Es de Nahuel? — me preguntó feliz.

— No, me la dio Esteban.

— ¿Esteban? ¿Qué tiene que ver Esteban?

— No sé... Esta carta lo debe explicar.

Paola interrumpió la clase consultándole al profesor si nos dejaba ir al baño, mintiendo que yo me sentía descompuesta. Me miró guiñándome el ojo para hacerme saber que así leeríamos a solas y tranquilas aquella carta.

El profesor me observó y fingí una cara de enferma a punto de vomitar. ¡Fui una actriz de primera, nominada a ganar un *premio Óscar* al aparentar aquello!

— Vayan, cualquier cosa diríjense a dirección si necesitan llamar al médico — nos expresó.

Salimos del aula y fuimos corriendo al baño sin poder contener la risa al decir: “¿Qué clase de persona descompuesta tiene ánimos para correr?”.

Cerramos la puerta y juntas leímos esa misteriosa carta de Esteban:

“Querida Maryam:

Quería decirte que desde el primer día que te vi me gustaste mucho porque sos muy linda. Me sentí mal por vos porque es como si Nahuel te tirara a la basura, te dejó. Es por esa ocasión que me gustás y quisiera que nos conozcamos más. Y te dejo una pregunta más... ¿Querés salir conmigo?

Estás encerrada en un mundo que ha sido diseñado sólo para ti. ¿Te sientes como una herramienta social sin uso? Grítame hasta que mis oídos sangren, porque estoy poniendo atención sólo en ti.

¡Te amo Maryam!

Con todo cariño, Esteban.”

Al terminar de leer, Paola no podía parar de reír; a mí, en cambio, me pareció muy tierno de su parte. Jamás un chico me había escrito una carta, hasta ese momento. Le conté detalladamente lo que había pasado con Nahuel, ya que Paola me preguntó a qué se refería Esteban con “es como si te tirara a la basura, te dejó”. Y sólo se agrandó diciéndome: “Yo te dije... ¿Viste que tenía razón?”. La verdad era increíble cómo si

no actuabas veloz ante un chico, éste te dejaba por esa misma razón.

Esteban era como un fantasma para mí, no tenía ni las menores intenciones de querer salir con él. Estuve a punto de preguntarle a Paola qué debía hacer, pero el portazo del profesor de Tecnología en el baño, me interrumpió.

—¿Qué hacen acá? ¡Pasaron cerca de quince minutos desde que se fueron del aula! Ninguna está descompuesta, eso lo noto. ¡¡¡Vuelvan al aula en este instante!!!

No dijimos absolutamente nada, solamente mi compinche lo miró como diciendo: “¡Ay este viejo!”.

El viejo, perdón, el profesor... me observó por unos segundos y luego añadió:

—¿Qué te anda pasando Maryam! Vos no sos así. No te dejés influenciar.

Segunda vez que me decían esas palabras en el colegio. Era la misma Maryam de siempre, ¿por qué me lo preguntaban?

Regresamos al curso, calladas y pensativas, sobre todo yo. Supuse que Nahuel le pidió a Esteban que me escribiera ese mensaje con el fin de distraerme de él o por simple orgullo.

Estuve con Paola, Carolina y Sol en el recreo. En un momento Esteban se nos acercó, y las buenas de mis amigas me dejaron a solas con él.

—¿Leíste mi carta Mary?— me preguntó amorosamente.

—Sí, ya la leí— dije cortante— ¿Pero cómo estoy segura de que la escribiste vos y no Nahuel?

—Obvio que yo la escribí. ¿Por qué lo haría Nahuel? Él ya te dejó. Sin darse cuenta de lo que perdía. Lo que te escribí ahí es lo que realmente siento por vos. ¡Creeme!

—Está bien, te creo. Aunque ya tengo una respuesta a tu pregunta— le dije luego de recordar mi sinceridad con respecto a los sentimientos. No quería lastimarlo, pero le hice saber la verdad.

—Ah, entonces es un no. Está bien. De todas formas siempre te voy a estar esperando por si cambiás de opinión— concluyó.

Se fue mientras lo vi pasar a Nahuel a los besos y abrazos con una chica. A los segundos se me acercó Paola junto con mis otras amigas.

—Mary ¿viste lo que yo vi? Nahuel está de novio con una chica de otro curso. Es un completo chamullero y Esteban de seguro también lo es. ¡No valen la pena!

—¿Y mis sentimientos tampoco lo valen?— aclamé desilusionada por el chico con el cual quería estar de novia.

—Vos sos una mina buena y especial, no te rebajés a su nivel. ¡Él se lo pierde!— me consolaron.

No pude evitar contarles a mis papás lo ocurrido con Nahuel y Esteban. No se sorprendieron, ambos son docentes en colegios secundarios y saben concretamente, por experiencias con los propios alumnos, cómo están de tontos la mayoría de los chicos.

— ¡Sólo quieren pasar el rato! No piensan en idear un futuro juntos. ¿Acaso te parece que ese Nahuel siendo grande te va a acompañar y estar a tu lado en las buenas y en las malas? Con su actitud ya te demostró lo que sería... te abandonaría sin darte fundamentos. Te vuelvo a repetir, sos hermosa y brillante Mary; dejá que Dios decida el momento adecuado para otorgarte un chico de buen corazón e inteligente, como tu hermano.

¡Las sabias palabras de mi papá son tan ciertas! A veces se me olvidaban sus expresiones o se me mezclaban con las de mis amigas, haciendo confundir su única y verdadera esencia.

Más tarde me hizo saber que, junto a la mamá, concluyeron con una maravillosa idea para saber dónde llevar a cabo mi fiesta de quince. Me comentó que en las últimas semanas averiguaron sobre ese escenario movible que se suele utilizar en los festivales folclóricos o en las plazas.

— Podemos alquilarlo y situarlo en el jardín, y allí hacer la fiesta — expresó segura mi mamá.

— ¡Tiene siete metros de largo por casi cinco de ancho! Entraría perfecto en el jardín, y en la parte del asador, junto a las mesas, hacemos la cena con un brindis — completó mi papá.

¡Nada mejor ni más lindo que hacer mi fiesta en la propia casa! ¡¡¡El lugar en el cual amo estar!!! Me moría de ganas por hacerles saber a mis compañeras de danza y a Verónica, que bailaríamos en un escenario donde con frecuencia actúan cantantes famosos.

— ¡Me encanta la idea! Pero de una manera u otra nos restringe la cantidad de personas a invitar porque no creo que mucha gente quepa en el jardín.

— Pero ¿para qué invitar a personas con la idea de hacer bulto? Invité a quienes realmente deseés que estén allí para compartir con vos esa noche — intervino mi mamá.

— Así es mi tesoro. Recordá: ¡calidad antes que cantidad!

Y ahí estaba mi papá con sus hermosas palabras nuevamente.

En mi rostro se dibujó una sonrisa por la alegría de recibir en una Cena-Show mis quince años.

CAPÍTULO 5

“Certamen Coreográfico Provincial”

Los meses fueron pasando, mis papás se ocupaban hasta del más pequeño detalle para la fiesta. Aquel escenario ya estaba reservado para nosotros con fecha cinco de noviembre. Si bien nació el día tres, la velada se realizaría el primer sábado del mes.

Junto a mi mamá compré un precioso vestido de noche color rojo; tenía brillos en la propia tela, ¡parecía brillar!; y una coronita de strass para colocar sobre mis largos rulos. Era un dilema decidir cuál de ambos contenía más esplendor. Los centros de mesas y souvenirs ya estaban encargados, al igual que la bailarina árabe de quince centímetros hecha de porcelana fría como decorado para la torta.

Gabriel, mi hermano, me propuso un regalo pero con una pequeña condición.

— Con la plata que tengo ahorrada quiero regalarte una cámara digital. Sé que deseás una desde hace tiempo — me expresó.

— ¡Ay sí! ¡Quiero una desde hace meses!

— Bueno, yo te la regalo para tu cumpleaños pero antes tenés que hacer una cosa por mí.

— ¿Qué cosa? — pregunté desconcertada.

— ¡Despintate esas uñas! y ¡cortátelas porque están muy largas!

— Ah, ¡no! ¡Eso nunca! Las tengo así porque soy bailarina. Todas las tienen largas y pintadas porque al bailar le da más delicadeza a ambas manos — le expliqué puntualmente, sin saber si sería capaz de entender cosas de mujeres.

— Como quieras. Entonces te quedarás sin una cámara digital.

Gabriel y yo somos como carne y uña, nos llevamos por demás bien. En cambio, con Micaela una que otra vez nos peleamos y allí surgen los grandes desacuerdos. Desde bebés que fuimos así. Solía pensar que la diferencia de edad hacía enorme la desigualdad. Pero con mi hermano, desde que estuvimos en la cuna, hubo una relación perfecta.

En fin, él sabía lo que yo quería. Estaba segurísima de obtener aquella cámara digital con o sin uñas largas. Pero... no fue sencillo.

— ¿Querés una cámara? — me replicó.

— Sí, obvio que quiero.

— Entonces cortate esas uñas feas y no te las dejés crecer nunca más — me repitió.

Luego pensé que mis bellas uñas (porque sí son lindas y no feas) volverían a crecer con el tiempo. Decidí cortármelas para poder recibir

el gran regalo de Gabriel. Fui por un poco de algodón, el quitaesmalte y el alicate. Me las despinté y al cabo de admirarlas un largo momento me las empecé a cortar.

—Sabía que ibas a ser capaz de cortártelas sólo por la cámara. ¡Bien hecho Mary!— me dijo— Después le decimos al papá que en estos días nos lleve a *Frávega* para queelijás tu regalo de cumpleaños.

—Sí... Fui capaz...— expresé medio arrepentida por habérmelas cortado, pero a la vez feliz por lo que recibiría a cambio.

Mis coreografías solistas para la fiesta marchaban muy bien. Pero con respecto a lo que Vero bailaríacon el Ballet, como habíamos acordado, sucedía lo contrario. Rogué que hicieran las cuatro coreografías que les había pedido, sin embargo mi profesora no me decía nada sobre eso. Evadía el tema diciéndome cuánto me cobraría por las coreografías que el Ballet presentaría.

En casa, el dinero ya no alcanzaba para poder pagarle a mi profesora por aquellos bailes; el presupuesto de la Cena-Show no era inmenso, aunque había muchos gastos que afrontar, desde la comida hasta el alquiler del escenario. Por ello, le hice saber a Vero que deseaba que sus presentaciones fueran el gran obsequio para mí en esa noche. Pareció entenderme, pero antes arreglaría el tema en detalle con todas las chicas del Ballet.

Más o menos un mes antes de la fiesta, una tarde vi a través de *Facebook*, en el perfil de Verónica, que una profesora de hip hop la notificaba de una competencia a realizarse en las próximas semanas en nuestra ciudad. La profesora, llamada Fabiana, era la organizadora de dicho encuentro, en el cual podían participar todos los estilos de baile, desde danza clásica hasta reggaetón.

Me extrañó que Vero no me haya avisado del evento, ya que ante lo ocurrido meses atrás en el certamen realizado en San Ramón de la Nueva Orán, habiendo sido testigo de lo que sentí por la danza, le dije que cuando se realizaran más eventos como ése que por favor me avisara; mis papás siempre estarían dispuestos a acompañarme para que participara.

Como me enteré yo sola de esta competencia que parecía importante, cuando estuvimos en clase le hice saber que me gustaría concurrir.

—Vero, vi que dentro de tres semanas se realiza un evento llamado *Certamen Coreográfico Provincial*, el CCP. Me parece que lo organiza Fabiana, una profesora de hip hop.

—Sí, lo sé. ¿Cómo te enteraste?— me preguntó sorprendida.

La noté un poco inusual a Vero, no era de tener esas actitudes cortantes conmigo.

—En tu *Facebook* vi la publicidad. Quiero ir, tengo una coreografía nueva que hice para estrenarla. De paso me parece una linda oportunidad para despedir mis catorce años haciendo lo que amo— le compartí contenta.

—Maryam las coreografías yo te las armo porque ¡yo soy tu profesora! No podés hacerlas vos. Recordá que me tenés que pagar \$50 por cada coreografía que quieras que te marque.

—Sí, lo recuerdo. Pero el otro día no sé qué fue lo que me pasó... sentí que debía armar una coreo. Y entonces empecé a marcar un baladi, me parece que está quedando muy lindo.

—Tendría que verlo para decirte si podés o no bailarlo. Y además, el bailarín que va a estar de jurado no es bueno.

—Uh, ¿por qué no es bueno el que va a estar de jurado?— le pregunté.

—Es re joven, no sabe ni bailar y lo contratan para que evalúe a bailarinas en un certamen. ¡No tiene experiencia!

Me pareció que Vero estaba equivocada con lo que dijo. Porque todos, seamos bailarines o no, en un momento de la vida somos inexpertos en realizar ciertas cosas. Sin embargo eso puede llegar a cambiar cuando nos animamos y somos capaces de intentar hacer aquello. ¡Las experiencias se van adquiriendo a medida que transcurren los hechos!

Eso fue lo que pensé. Aunque preferí no abrir la boca ya que al parecer mi profesora sostenía lo contrario.

No se habló más del tema ese día. Pero a la clase siguiente fui a danza con los \$50 en el bolso, dinero que me habían dado mis papás para que le abonara a Vero y así revisara y corrigiera aquella coreografía que tenía armada por mí misma.

Inmediatamente Verónica cambió de idea, recibió el dinero y me dijo que sería grandioso que participara en ese certamen. Me otorgó un horario especial durante la semana para así poder ensayar los bailes que presentaría y sobre todo ver la nueva coreografía.

En el día del último ensayo, ambas estando a solas, me molestó el hecho de que haya cambiado la mayor parte de mi coreografía por otros pasos más simples. Intenté convencerme de que quizás todo lo que yo había realizado estaba mal, por ende mi profesora tuvo que cambiar la totalidad.

Aquella tarde se despidió de mí deseándome muchos éxitos. Y me aclaró que ella no iba a poder estar presente al día siguiente para verme

bailar. Tenía que dar clases a sus otras alumnas, las más pequeñas, y no sería capaz de suspender la clase sólo para estar de espectadora por una sola alumna que participaría en una competencia.

Era consciente de que sería la única de toda la Academia en participar, pero aun así me pareció que el apoyo de la profesora sería importante en un logro como ese. Idealicé que mi papá y mi mamá estarían allí conmigo, y eso me confortó.

Al otro día, sábado, Eliana me llamó a través del celular.

— ¡Mary! Me enteré que hoy a la tarde participás en una competencia... ¡Todo el éxito que de seguro brillarás!

— Eli, gracias por llamar. Gracias por tus palabras.

— Me gustaría estar presente para verte y ayudarte con el maquillaje como la otra vez ¿te acordás? Pero no creo que llegue a tiempo, tengo clases con mis alumnitas durante la tarde.

Recordé que los sábados daba clases en la Academia, como ya era profesora disponía de unas cuantas alumnas, pero obviamente bajo la tutela de Verónica.

— ¡No te preocupés Eli! De seguro otra vez será.

Luego de desearme centenares de veces éxitos, concluyó diciéndome una buena noticia para mi fiesta de quince.

— El otro día hablé con Vero sobre los bailes que realizaremos en tu noche. A tu pedido eran cuatro coreos ¿verdad? Bueno, sólo podremos bailar dos; más no, sino ya tendríamos que cobrarte, porque eso hacen los Ballet. Pero como es una Cena-Show y deseás que las coreos sean el regalo, así será.

— ¡Ay gracias! Qué hermosa noticia ¿Vos la convenciste o cómo fue?

— Le dije lo que me pareció correcto. Además mi fiesta de quince años también fue a lo árabe, y te entiendo porque es lo que uno más ama.

— Así es Eli. Gracias por hablar con Vero. Por un momento creí que el Ballet no bailarían nada— le dije en tono triste.

— Bailaremos dos piezas para vos, así que estate contenta— concluyó Eliana.

Nos despedimos y corté la llamada.

La hora y el gran momento se aproximaban para pisar un nuevo escenario una vez más. Me maquillé como pude pero estando feliz por los momentos que Dios... la vida... se encargaban de brindarme.

Ya estaban abonadas las inscripciones, encontrándome lista con mis seis coreografías en mente para danzarlas. Allí estaba Fabiana, mucho

no sabía de danzas árabes pues lo suyo era el hip hop, sin embargo me exclamó:

– ¡¡¡Estás radiante!!! ¡Hermosa y magnífico tu vestuario! Vení que te presento con el jurado de danza árabe, su nombre es Sergio.

Y sin darme tiempo a pronunciar palabra alguna, volando me llevó junto a él, que aún no estaba sentado en la mesa evaluadora.

– Sergio, te presento a Maryam. Ella es una talentosa bailarina – dijo simpáticamente Fabiana.

– Hola Maryam, encantado de conocerte. ¿Qué edad tenés? – me saludó.

– Hola, lo mismo digo, es un placer conocerte. Tengo catorce años – respondí.

– Sí, eso mismo pensé. Bueno, toda la suerte para lo que bailés dentro de un rato, ¿eh? Sos hermosa.

– ¡Muchas gracias! – dije sin creer el tener la posibilidad de hablar con el jurado antes de bailar.

¡Sergio parecía ser un bailarín tan seguro de sí mismo! Le di unos veintiuno o veintidós años, más no. Sus palabras eran cálidas y, a la vez, sinceras. No entendí por qué Vero me había dado una semblanza tan opuesta sobre él. No le presté importancia al asunto, estaba ahí para disfrutar una vez más de la danza y no para averiguar por qué mi profesora me había hablado mal de Sergio.

Fabiana me avisó que sería yo quien daría inicio al concurso con una de mis coreografías. No me sentía nerviosa, como en actuaciones anteriores; al contrario, sólo me encontraba dispuesta a mostrarle a ese lindo público lo que sabía hacer con la danza, esparciendo una gran sonrisa.

Inicié bailando con el velo, luego continué con un bellydance moderno vistiendo un pantalón amarillo acampando desde las rodillas que me encantaba. Más tarde bailé con el sable poderoso y llamativo, y al cabo de un rato con las deslumbrantes alas de Isis, mejor conocidas como las wings. Como penúltima presentación realicé la coreo de baladi que Vero me cambió, y minutos después una percusión con toda la energía para el final.

Entre cada baile mi mamá me ayudó con el cambio de vestuario, mientras que mi papá y Micaela, sentados frente al escenario, esperaban ansiosos que yo me ubicara ahí arriba para ser filmada y fotografiada. Hasta entonces, Gabriel ya me había regalado la querida cámara digital (había sido un obsequio recibido por adelantado) mientras dejaba a mis uñas crecer de a poco nuevamente...

Las alumnas de Fabiana, al igual que su profesora, aún sin entender demasiado la danza árabe, se acercaron a felicitarme por lo lindo que había bailado. También hubo chicas y nenas pertenecientes a otras Academias que presentaron bailes árabes, pero estas últimas me miraban amargamente.

Comprendí esa amargura cuando se dieron los premios y la locutora mencionó por el micrófono:

— ¡PREMIO ÚNICO! a Maryam Dimín por ser la mejor bailarina en el género de danzas árabes. ¡Suba al escenario a buscar su trofeo!

Los aplausos y gritos de alegría de parte de algunas personas del público, que ni siquiera conocía, clamaban felicitaciones.

— ¡Estaba segura de que ella iba a ganar!

— ¡Bravo! Esa flaca se lo merece.

— ¡Hermoso baila esta niña!

Luego de finalizar la entrega de premios a los artistas destacados, me acerqué a Sergio para pedirle una foto como recuerdo de lo vivido ese precioso día. Mi mamá nos la tomó y cuando estuve a punto de despedirme de él, me interrumpió con sus palabras.

— ¡¡¡Seguí así!!! Lo que vi en vos, durante toda esta tarde, es una persona llena de amor hacia la danza... una persona que arriba del escenario se transforma. ¡Sos una gran artista más allá de la técnica!

— ¡Wow! Nunca nadie me dijo algo así... ¡gracias! ¡¡¡Muchas gracias!!!

De repente, Fabiana se me acercó. Pensé que se despediría de mí, sin embargo no fueron sólo esas sus palabras y gesticulaciones.

— Antes de que te vayás, permitime que te felicite Mary. ¡Realmente es increíble lo que hacés y lo que sos sobre el escenario! Y, honestamente, lo mío no es la danza árabe, ya sabés; pero sería de corazón envidioso no reconocer que tenés algo especial que te caracteriza al bailar como ninguna otra de tu género.

— Ay Fabi... ¡gracias! ¡¡¡Gracias por lo que me decís!!! Yo sólo amo la danza árabe y amo compartirla con personas buenas como vos.

— Por favor, ¡no agradezcás! Te doy un consejo— me expresó de repente— debés saber con quién vale la pena compartir tu danza, si tienen un alma buena para valorar y admirar lo que hacés y lo que sos, precisamente.

Asentí con la cabeza al escuchar lo que me acababa de decir. No pronuncié más nada, pues logró dejarme pensando con aquel sabio y sincero consejo.

Una vez más, después de participar en una competencia, me encontraba

regresando a casa feliz con mi premio ganado, que ahora se trataba de un trofeo y no medallas. Y esta vez más ansiosa que nunca por las filmaciones que estaban en la cámara. Me hallaba inquieta por verlas, sin saber que con el tiempo descubriría que soy lo bastante autocrítica conmigo misma a causa de los propios videos.

CAPÍTULO 6

“Ultimando detalles”

¡Verónica me felicitó cuando le conté que había ganado el mejor premio de todos! Mis compañeras, Rosario y Daniela y las pequeñas Luciana y Yamila, también me felicitaron, sintiéndose orgullosas de tenerme como amiga en la Academia.

Ese mismo día en clase, les entregué las tarjetas de invitación para mis quince años. Vero aún estaba encantada por la idea tan original de una Cena-Show.

Me permitió que ensayáramos el trío que bailaríamos Luci, Yami y yo, y luego los grupales con las demás chicas. Me alegró cuando me dijo que las dos coreografías que ella realizaría junto al Ballet, ya estaban siendo practicadas también.

En el colegio, sin embargo, la reacción de mis amigas al ver que no invitaría a ninguno de los chicos, fue de disgusto.

— Ay pero, ¿por qué no invitás a todo el curso? — me preguntó Sol.

— Porque no todos los del curso son mis amigos.

— ¡Pero igual! Los varones son re buena onda.

La objeción no sólo se debía al hecho de que no eran mis amigos, sino también el saber que en mi fiesta no se tomaría alcohol, ni se bailarían hasta caerse, ni mucho menos “ponerse en pedo” (tal como ellos se expresan). ¡Mi fiesta sería totalmente lo opuesto! Un espacio para compartir y no el típico festín de hacer bulto para pasarla bien, como suele decir mi mamá.

Después de idas y vueltas en palabras para hacerles entender a mis compañeras que lo mío sería una fiesta muy femenina, parecieron entender el porqué de no invitarlos a los muchachos.

— ¿Ni siquiera a Nahuel lo vas a invitar?

— Así es. Ni siquiera a Nahuel — concluí feliz y orgullosa por haberdejado atrás, luego de tanto tiempo, mi “enamoramiento” hacia él.

Pasaron unos días hasta que fui una tarde a la clase del Ballet (con previo permiso de Verónica, obviamente) para entregarles a cada una de las integrantes las invitaciones.

Mis papás me esperaron en la *Kangoos*, mal detenida en doble fila, ya que la cuadra se encontraba repleta de vehículos. Bajé con las siete tarjetas aferradas en mis manos, como si estuviera acogiendo un tesoro. Concluí que más o menos era eso lo que significaban para mí.

El salón del club donde asistíamos a clases parecía ser otro espacio

cuando el Ballet ensayaba. Noté que poseían una fuerza increíble, la cual se percibía en cada una de las chicas; y eso, metafóricamente, hacía estallar los espejos. ¡Cada una de ellas poseía una brillante sonrisa que les resaltaba el rostro!

Me parece que... en ese preciado instante... en vez de circular sangre por mis venas, circuló ese enorme deseo de algún día poder estar allí con ellas siendo parte del Ballet... aprendiendo, riendo y creciendo a pasos agigantados tal como se percibía que lo hacían ellas.

Advirtieron que llegué y esperaron a que Vero terminara de explicar los pasos al compás de la música para luego saludarme.

— ¡De linda! Ahí está la quinceañera — exclamó una de ellas.

— ¡Maryam! ¡La más hermosa! — dijo Eliana.

Las saludé feliz y empecé a darles las invitaciones.

— Eliana... — leí en la solapa del sobre.

— Gracias mi vida — me dijo al recibirla.

— Cintia... Karina... Anabela... — continué.

Cada una se me acercó expresiva y alegremente.

— Pamela... Anahí... Emilia... — concluí.

Quizás hubiese parecido loco, pero era una tremenda inspiración para mí, como bailarina y más aún como persona, el poder invitarlas a que sean parte de una noche muy importante en mi vida. Les agradecí de gran manera. Inclusive en ese momento, me hubiese gustado abrazarlas una por una haciéndoles notar lo valiosas que eran para mí. Sin embargo, era tal la admiración y el respeto que sentía hacia ellas que no me atreví a expresar esos grandes sentimientos.

Los días fueron pasando mientras todo detalle se iba puliendo para mi fiesta...

El jardín de la casa, amplio, tranquilo y verdoso, se fue llenando de flores en los canteros y macetas. Incluso el puente, situado arriba del pequeño estanque con peces, se encontraba más lustrado y reluciente que nunca. La pequeña y traviesa Vainilla junto a su cucha, se quedarían por esa noche en la playa del estacionamiento del supermercado chino de al lado. De esta manera no molestaría ni interrumpiría la velada con sus correteadas y ladridos.

También ya estaba terminado un videoclip hecho por el fotógrafo, para que se proyectara en una pantalla aquella noche.

Y las cortinas y grandes telones, coloridos y cosidos, adornarían aquella tarima, dándole esplendor al escenario. A su vez, quince estrellas doradas hechas de un extraño papel brillante, marcarían el borde

en la parte delantera.

Revisando cada elemento para la Cena-Show junto a mis papás, recordé que años atrás no deseaba festejar mis quince años, hasta que descubrí cierta pasión en mi vida la cual fue el motor de inspiración de muchos sueños. Y aquella pasión, en cierto modo inexplicable para mi mente pero no para mi corazón, posee sólo cinco sencillas letras: **DANZA.**

CAPÍTULO 7

“Mis quince años: Cena-Show”

Así como todo llega en la vida, el día de la fiesta se presentó.

Mi papá me despertó a las nueve de la mañana haciéndome saber que la tarima estaba siendo bajada de un camión, para ser colocada en nuestro jardín. ¡No podía perderme la colocación del escenario! Me vestí volando y corrí hasta afuera para ver esa maravilla. Eran grandes tablonces de madera adosados uno al lado del otro y, además, unos simpáticos escalones para poder subir.

Cancelamos el dinero que nos faltaba abonar y los empleados se retiraron, no sin antes decirnos que le entregarían al párroco el importe, ya que este escenario pertenecía a una parroquia del barrio. ¡Suerte la nuestra que podía ser alquilado para encuentros y eventos de todo tipo!

Me encontraba feliz por lo que se viviría a la noche en el jardín y en aquel escenario. Interiormente le di las gracias a Dios por permitir una fiesta tan única y, a su vez, compartirla con las personas que amo. Sin embargo me lamenté mucho por mi abuela y por mi tío... mamá de mi papá y hermano suyo, por no haber querido asistir a la fiesta. Al fin y al cabo, me pareció que los problemas familiares eran situaciones que siempre estarían presentes...

La tarde voló rápidamente. Ni que fuera que alguien se hubiese encargado de mover las agujas del reloj para que la calma y lentitud no existieran. Me bañé y me peiné. Dejé que mis rulos se secaran natural y tranquilamente. Hasta tanto eran las seis de la tarde, quedaban tres horas para el comienzo del gran momento esperado.

Eliana llegó poco después. Sin que yo se lo pidiera se había propuesto ir horas antes para ayudarme con el vestido y sobre todo con ¡el maquillaje! Ella era la única del Ballet a la cual conocía más. “Facebook nos unió”, solíamos decir.

— A ver sentate, así te sujeto esta bonita corona de strass.

— ¡Cuidado con los rulos Eli! Acordate que los amo mucho— le recalqué con una tierna voz.

La consideraba una experta profesional maquillando y ahora también ¡peinando! Descubrí que tres años de diferencia en la edad no impedían una amistad tan linda como la nuestra.

Mis papás, mientras tanto, se encargaban de terminar de elaborar los copetines para la cena. Una picada fina y abundante es lo que había deseado como comida para mi fiesta.

Los invitados comenzaron a llegar mientras mis emociones lentamente

empezaban a florecer. A su vez, paquetes y abundantes envoltorios de regalos surgieron sobre la mesa de entrada.

Vi a través de la ventana del living hacia el jardín. Allí estaban Paola, Carolina, Sol y otras compañeras del colegio. Las seguían Rosario, Daniela, Luciana y Yamila con bolsos donde resguardaban los trajes de danza que utilizarían, al igual que Verónica junto a todo su espléndido Ballet. Y finalmente mis familiares: abuelo y abuela de parte de mi mamá, algunas señoras importantes que fueron parte de mi infancia a quienes consideraba como de la familia, etc. Felices se ubicaron en las mesas, donde ya estaban a punto de disfrutar el buffet que se ofrecía; pero el señor camarógrafo se los impidió con simpatía por el micrófono:

— ¡Aguarden un momento damas y caballeros! Ahora tenemos el agrado de recibir a nuestra quinceañera... ¡¡¡Aplausos para la querida Maryam!!!

Mi papá fue quien abrió la puerta del living para otorgarme el paso, y con una enorme elegancia que me cubría de pies a cabeza, caminé lenta y presumidamente hacia la mesa principal para ubicarme junto a los íconos más especiales que tenía en mi vida: mi profesora de danza junto a su Ballet y mis compañeras. Era como estar unidas por un hilo invisible debido a ¡la misma pasión!

La velada fue maravillosa... charlamos en conjunto, nos reímos y, en todo momento, me hicieron sentir como una reina por cada uno de sus halagos. A su vez, estando dispersas las mesas en el jardín, me trasladé de un sitio a otro para compartir palabras con cada uno de los presentes.

En un momento, mi papá me hizo una seña para hacerme saber que nos ubiquemos cómodamente, ya que se proyectaría el videoclip en la enorme pantalla puesta provisoriamente sobre el escenario. Y allí se fue escuchando mi voz grabada semanas atrás junto a fotos del recuerdo...

“Nací en la ciudad de Salta, Argentina en el *Sanatorio Parque*; un tres de noviembre del año 1996 a plena luz del día, eran las 11:45 de un día domingo y hacía mucho calor. Mis papis cuando eran novios planeaban tener seis hijos, pero después de nacer mi hermana Micaela y mi hermano Gabriel, pensaron que con dos era suficiente. Pero Dios no lo quiso así, porque a los poquitos meses de haber nacido mi hermano yo ya estaba en la pancita de mi mamá. Es así que yo soy la menor y la última. Y aunque algunos crean que, como no fui procreada en una búsqueda tal como sucedió con mis hermanos, mi familia no me ama; no es así. Porque mi papá y mi mamá me recibieron en este mundo con muchísimo amor.

Recuerdo que cuando me preguntaban qué quería ser cuando sea grande yo soñaba con ser dentista. Nunca me imaginé por aquel entonces que sería una bailarina de danzas árabes...

Dicen que yo me convierto cuando subo a un escenario y creo que tienen razón, porque las luces, la música y el aplauso del público me producen una fuerza y una alegría incontenible... Fue así que descubrí dónde mora la pasión en mi vida.

¡Hoy cumplo quince años! y estoy muy feliz de esta noche tan especial para mí ya que he reunido en mi brindis a las personas que más quiero. Doy gracias a Dios porque hoy ellas están aquí conmigo presentes y por llevarlas siempre en mi corazón.

A continuación, junto a mis compañeras, profesora y a todo su Ballet presentaremos distintas coreografías de danza árabe. Espero que lo disfruten tanto como nosotras."

El video finalizó y allí correspondía dar inicio al Show; pero inesperadamente mi papá irrumpió por el micrófono. Sin comprender qué tramaba, su atención y expresión me dejaron conmovida.

—Para terminar con las palabras quiero compartirles el poema que le dedico a Maryam por sus quince años.

Pasaron más fotos por la pantalla y ahí oí su voz, grabada también, mientras quedé atónita por lo que escuchaba...

"Maryam:

Cuando naciste brillaron mis ojos,
un ángel me diste mi Dios poderoso.
Parecían tus labios como recién pintados
y tus pocos rulitos por el viento peinados.
Siendo bebida yo te acunaba
y al verte dormida a Dios le oraba.
Por tanta ternura las gracias le daba
y descalzo a oscuras volvía a mi cama.
En tu rostro se escondía
el bello pimpollo de tu alegría.
Hasta que floreció con tu sonrisa
la más hermosa de las simpatías.
Desde entonces resplandece tu hada
en la pureza de tus miradas.
Y es tu carita vida radiante
y con tu gracia despiertas tu ángel.
Tus colores de niña se han despintado

porque la señorita en ti ha llegado.
¡Que Dios te conserve alegre y sonriente!
Hija mía, tú tienes un sol permanente.
De lo más alto del universo
he bajado quince estrellitas
para adornar esta noche de ensueño
con un escenario ¡mi gran bailarina!
Mi pequeña, cuánto te quiero,
más allá del firmamento
en mi corazón siempre te llevo
con el más puro de los sentimientos.
Dios te bendice con todo el festejo angelical del Cielo.
¡Te quiero muchísimo!”

¡¡¡No podía detener mis lágrimas!!! Aún con los tacos puestos en mis pies, corrí a abrazarlo y a susurrarle:

– ¡Es bellissimo papi! No me lo esperaba... ¡Gracias por esto... gracias por todo!

Se acercó mi mamá por nuestras espaldas y aproveché para besarlos a ambos y decirles lo hermoso y grandioso que es ser su hija.

– ¡Gracias a los dos por existir! ¡¡¡Los amo!!!

Los sinceros y humildes aplausos de los presentes me conmovieron el corazón. Y estuve segura de que a ellos dos también.

Luego de tan peculiar momento emotivo, el Show empezó y de la mejor manera. El Ballet inició con una de sus coreografías con toda la energía que las caracterizaba a cada una de las chicas.

En ese momento recordé a mi ídola... Si bien admiraba muchísimo a Verónica, tenía además una mayor referente en la danza. Meses atrás, viendo videos de danza árabe por Internet, había conocido a una bailarina, también de quince años al momento de las filmaciones. Era de no creer su talento. Luego, curioseando en su *Facebook*, me enteré que reside en Buenos Aires. Miré videos más recientes y descubrí cuánto había crecido profesionalmente, teniendo ya dieciocho años.

Fue así que vi sus videos y no dudé en que ella sería mi ídola para toda la vida. Larissa... ¡qué nombre más hermoso!

– Sueño con poder conocerla personalmente algún día... Aunque me parece imposible este sueño ya que más de 1400 *km* nos separan, ella vive en Buenos Aires y yo en Salta... — me solía decir a mí misma.

En fin, en una de las coreografías que bailé en mi noche interpreté “pop árabe” en su honor. Ésta era una coreografía que Larissa presentó

hace un tiempo en un certamen. Ahora me encontraba yo bailándola por la enorme admiración que le tenía.

Luego bailé con el sable, un elemento de esta danza que amo de verdad. ¡Di todo lo mejor de mí cada vez que pisaba las tablas de ese escenario!

El trío de bastones con las pequeñas salió precioso; y esperábamos que el grupal que realizaría con mis compañeras, también. Rosario y Daniela estaban nerviosas, intenté asimilar el porqué de esa inquietud y nerviosismo que sentían, como yo lo solía percibir de igual manera meses antes en diferentes presentaciones.

— ¿Por qué están nerviosas? ¡Tranquilas chicas! — les dije.

— Es que sí... antes de bailar siempre aparecen los nervios Maryam.

— Pero ¿por qué razón? ¡Si van a disfrutar de lo que les gusta hacer al subir allí! — dije señalando el escenario — Al poseer la alegría ¿cómo puede haber nervios de por medio? — les pregunté, orgullosa de sentirme tranquila antes de bailar.

Se quedaron pensando en lo que les dije y razonando en que era cierto el fundamento de mi pregunta: “¿Cómo estar nerviosa al hacer lo que a uno le apasiona?”.

Llegó nuestro momento. Subimos al escenario felices mientras pude notar un poco más de tranquilidad en cada una de sus miradas. Bailamos y sonreímos... ¡la hermandad en nuestros corazones delataba gran unión!

— ¡Excelente chicas! — aclamó Vero al finalizar la música.

Y los aplausos aún resonaban mientras descendíamos del escenario. Nos dimos un fuerte abrazo por lo feliz que nos encontrábamos.

Mi felicidad, particularmente, se agrandó cuando escuché a Eliana hablar por el micrófono.

— ¡Mary! Esta coreo que bailaré ahora te la dedico a vos por tus felices quince años y por ser una linda personita.

¿Eliana me brindaría una coreografía? Sin dudas la palabra FELICIDAD no me alcanzaba para expresar toda la alegría que me desbordaba por dentro y por fuera. ¡Mi sonrisa podría haber alumbrado toda una oscuridad!

Bailó una percusión. Le encantaban y sabía que a mí también. Al finalizar le agradecí por tan lindo detalle de sorpresa. Y ella sólo me seguía deseando felicidades y dándome abrazos.

Pensé que Vero, mi profesora, haría lo mismo y me dedicaría una coreografía solista; pero no fue así. El Show finalizó completamente con el segundo grupal que el Ballet hizo. De todas maneras estaba feliz por

lo vivido en aquel escenario colocado en el jardín de mi propia casa.

Entre todos los invitados hicimos un brindis en la mesa, antes de abordar la delicia de la bella torta. Sobre ella, la pequeña bailarina hecha de porcelana fría resultó ser una fuente de ternura para los presentes.

— ¡Fueron hermosos cada uno de tus bailes Mary! — me felicitó Verónica mientras devorábamos a puras cucharadas la rica torta.

— ¡Gracias Vero! Y gracias también al Ballet por los dos grupales que me otorgaron.

— ¿No te cansaste al bailar tantas veces seguidas? — me preguntó Paola, intrigada.

— ¡Para nada Pao! Al contrario, disfruté mucho cada una de las coreografías.

— ¡Ay! Si yo fuera bailarina no podría mantener la tranquilidad del cuerpo. ¡Sos una grosa!

— Gracias — le dije luego de haberme reído por su comentario tan explícito.

Se fue haciendo las 03:00 de la madrugada, por tanto algunos invitados mayores se fueron retirando; pero no sin antes recibir de mis manos el souvenir. Y así, la Cena-Show fue dando lugar a un agradable final.

A las chicas del Ballet no las dejé retirarse sin que antes me permitieran darles un gran abrazo por todo lo que me habían brindado y compartido. Gracias a lo vivido, la confianza empezó a surgir y pude comprobar que así de buena como era Eliana, las demás chicas lo eran también. A Verónica le agradecí por ser una gran profesora y una gran persona, y concluyó el final de la velada con sus palabras:

— ¡Te quiero mucho Mary! Voy a estar siempre para vos, brindándote lo mejor en la danza y en la vida. ¡Gracias a vos por ser tan buena alumna y compañera!

Luego de que mis hermanos y yo ayudamos a mis papás acomodando las mesas, las sillas, la comida, el equipo de música, etc. y antes de irme a descansar con la enorme sonrisa que me resaltaba en la cara, me dispuse a leer las palabras escritas por todos los presentes en el libro de dedicatorias.

“Maryam, querida hija nuestra: Una noche muy especial se escribe en el libro de tu vida. Dios quiera que siempre te mantengás con el mismo espíritu de simpatía e inocencia con que hoy engalanás esta fiesta. Nos hacés muy felices porque sos una hija maravillosa. Muchas felicidades para nuestra gran bailarina, que se convierte en toda una artista

cuando sube al escenario. Te queremos mucho. Tu papá y tu mamá.”

Morí de amor al leer las palabras de mi papá y mi mamá, sin saber todavía lo que me aguardaba en las siguientes páginas...

“Hermanita Maryam: En primer lugar quiero decirte que te quiero un montón. Sos una gran hermana y mi mejor amiga. Porque yo sé bien que estás ahí cuando te necesito y nunca me fallás. Espero que la estés pasando de diez en esta noche y que lo disfrutés con tus amigas. Recordá que es la primera y última vez que cumplís quince años... ¡pasala muy bien! Te quiero mucho, tu hermana Micaela.”

“Mary: Espero que la hayas pasado muy lindo en tu cumpleaños. Bailaste como una bailarina profesional. Ojalá disfrutés mucho de mi regalo, y acordate qué tenés que hacer por ello... Te quiero mucho. Gabriel.”

¡Nada más tierno y lindo que la hermandad entre hermanos! Ojalá el decir que Micaela es mía y Gabriel mío, demuestre de alguna manera cuán celosa soy si alguien sin intenciones serias se les acerca a ambos. Una completa bendición poder tenerlos a mi lado sintiendo esa protección y ayuda constante como los verdaderos hermanos que son.

Leí las palabras de Rosario y Daniela y la conmoción fue inevitable una vez más.

“Hermanita de mi corazón: Espero que este hermoso camino que empezás en tu vida sea lleno de felicidad y alegría. Está demás decirte que te quiero un montón y sos una personita muy linda. ¡Te adoro amiga! Rosario.”

“Mary... Te quería decir que sos una personita muy especial para mí, gracias por ser lo que sos: ¡una gran amiga! Ojalá que se te cumplan todos tus anhelos porque a partir de este momento ya sos una mujercita. Te quiero un montón. Daniela.”

Y las expresiones de las más pequeñas, una de ellas acompañada por su mami, también me emocionaron.

“Mary: Sos lo mejor que me ha pasado en la vida, sos mi hermana del alma y siempre estás a mi lado sea por danza o por el *Facebook*. Nunca te pienso olvidar porque sé que vos tampoco vas a olvidarme. Te quiero hoy y siempre. Yamila.”

“Querida Maryam: Gracias por permitirnos compartir este momento tan especial en tu vida. Deseamos de todo corazón que Dios te llene de bendiciones y te muestre siempre el camino para una vida plena y llena de felicidad. ¡Sos una personita muy especial! Con cariño, Luciana y mamá.”

El mensaje de Paola fue infaltable...

“Querida Maryam: ¡Sos la mejor bailarina que conocí! Te deseo lo mejor en este día y siempre. Que la pases de maravilla y que sigas cumpliendo muchos deseos más. Te re mil quiero, yo tu compañera y amiga Paola.”

¡¡¡Fueron un montón de dedicatorias hermosas!!! Y sin dudas, la que más me tocó el corazón fueron las palabras de las chicas del Ballet...

“¡Princesita! ¡Qué hermosa estás! Espero disfrutés mucho esta noche tan especial, esperada e importante con tus amigas y familia. Que esta nueva etapa que comienza te llene de sorpresas, expectativas, aprendizajes, muchas aventuras y sobre todo muchísima felicidad.

Siempre tené en cuenta que a pesar de que no estemos juntas en las clases de danza, sos nuestra hermanita pequeñita a la cual queremos mucho. Vamos a estar para vos cuando lo necesitéis, para llorar (espero que no sea mucho porque no hay que arruinar esa hermosa carita), para aconsejarte, para reír y pasar muy buenos momentos.

Que el hada de las quince ilusiones te conceda tus más anhelados deseos y que Dios te bendiga.

Con mucho cariño, Ballet de Verónica: Eliana, Anabela, Cintia, Karina, Emilia, Anahí y Pamela.”

Fueron tantas hermosas palabras, bendiciones, buenos deseos y motivación hacia mis anhelos, que en verdad me convencí de ser capaz algún día poder cumplir mi sueño de estar en el Ballet junto a cada una de ellas. Sería una gran labor y desempeño llegar hasta donde ellas estaban, me sentí completamente dispuesta a recorrer todo ese camino de ensueño. Por un instante me imaginé junto a ellas en las clases y en los ensayos siendo la más pequeña de edad entre todas.

¡Un gran sueño inspirado por la danza: mi pasión!

Antes de guardar el librito de dedicatorias en el cajón de mi mesita de luz, intenté idear qué hubiera sido mejor que una Cena-Show para una fiesta de quince años. Nada... tuve la más sencilla y a la vez espléndida y mejor fiesta de todas. Me pareció que la simplicidad y sencillez son cualidades que marcan diferencias en la vida.

Me dormí cerca de las seis de la madrugada, pero ¡completamente feliz!

CAPÍTULO 8

“Viajando a Tilcara - Jujuy”

Volviendo el lunes al colegio, no se habló ni comentó nada de lo ocurrido el fin de semana en mi fiesta. Parecía no haber sido un tema de vital importancia para mis compañeras, aunque obviamente para mí sí. Estuve segura de que en la Academia ocurriría lo contrario ya que el propósito de la danza era muy diferente en ambos lugares.

Me enfoqué en los estudios nuevamente. Soy muy buena estudiando, aunque por aquel entonces me distraía demasiado en clases por permitirme a mí misma acoplarme a las locuras de Paola, Carolina y Sol durante las tareas en el aula. A lo mejor a eso se debían los llamados de atención de varios profesores hacia mí, disgustados por lo que debían decirle a la alumna más aplicada de la clase.

A los días, una noticia me causó felicidad. Fue un comunicado de Eliana por *Facebook*. Me comentó que para el último domingo del mes se realizaría un certamen en Tilcara, provincia de Jujuy. Ella deseaba concurrir, desde el viaje a San Ramón de la Nueva Orán que no participaba en un encuentro así.

— ¿Te gustaría viajar conmigo Mary? — ésta fue su pregunta.

— ¡Ay me encantaría! Pero antes debería hablar con mis papás.

— Claro que sí. Te cuento que yo voy a ir con mi mamá y me parece que mi novio también nos va a acompañar. Partiríamos de la terminal ese mismo domingo. El certamen empieza por la tarde, además no es muy lejos Tilcara, serán pocas horas de viaje.

— ¡Qué lindo! Me encanta la idea de viajar juntas para participar en una competencia.

Estaba segura de que mis papás no tendrían objeciones para que viajase con Eliana; pero recordé que Vero ya estaba a full con los ensayos generales de la Academia para la Muestra Anual a realizarse a mitad del mes de diciembre.

— Che, ¿pero Vero no tendrá problemas en que vayamos solas? O sea, me refiero sin la Academia, porque ella no iría ¿verdad? — le pregunté confundida.

— Así es, iríamos solas, pero no va a haber problemas Mary. Yo viajo cada año con mi mamá para este certamen en Tilcara, sin Vero y sin la Academia en conjunto. Aunque bueno, me parece un poquitito diferente la situación porque yo ya soy profesora y vos todavía no. Igual hablalo bien con ella, ¿te parece?, para tu tranquilidad.

—Sí, ya le voy a contar a Vero. Gracias Eli.

—De nada mi vida. Entonces estamos en contacto para arreglar el viaje.

Y antes de desconectarse me hizo saber que para averiguar los precios y las inscripciones de las coreografías a presentar, me comunicara con Nadia.

—Me parece que sí la tenés entre tus contactos de *Facebook*. Ella es la secretaria de la *Asociación Latinoamericana de Danzas*, y en este caso ella misma es quien organiza este certamen. Cualquier duda hablá con Nadia, es muy buena la señora.

—Dale, gracias por el dato y la información. Besos.

En clases le conté a Verónica lo hablado con Eliana. No tuvo objeciones con la repentina idea sugerida por Eli en que viajase con ella para el certamen.

—Pero antes de viajar me gustaría que me hagás practicar los bailes que presentaría, así me revisás las coreografías— le propuse.

—Dale Mary, pero te confirmo el día y el horario de ensayo. Con todo esto de la Muestra no sé si podremos con el tiempo.

—Bueno Vero— fue lo único que argumenté— Ah, y te quería decir que me gustaría que me diseñés un traje nuevo para bailar el baladi en Tilcara. Tengo una idea en mente del bosquejo para la pollera, no sé si servirá.

—Después vemos ese tema Maryam. Ahí llegaron tus otras compañeras, a la salida lo hablamos.

Al finalizar la clase, Vero escuchó relajadamente las palabras de Rosario que contaba cómo había conocido a un chico en *La Roka*, un boliche. La interrumpí varias veces para recordarle que debíamos hablar del traje; pero parecía no prestarme oídos. No le di importancia, mentalicé que podíamos arreglar el diseño en otro momento.

Mis papás me fueron a buscar en la *Kangoo* y, mientras nos dirigíamos a casa, mi mamá empezó con sus preguntas.

—¿Hablaste con Vero acerca del viaje con Eliana y sobre el traje nuevo que deseás?

—Sí. No hay inconvenientes con el viaje. Y en cuanto al traje, no hubo tiempo durante la clase para arreglar ese tema.

—Uh ¿y entonces cómo vamos a hacer? Mirá que tenemos las semanas prácticamente contaditas para que la modista lo confeccione a tiempo y luego yo le haga el bordado— me recordó mi mamá.

—Lo sé— afirmé— Mmm... luego de bañarme y cenar me conecto en *Facebook* y hablo bien con Vero.

Quedándose tranquila mi mamá con respecto al diseño del traje, retomó la charla a la par de mi papá.

—Y ¿qué tal? ¿Las chicas comentaron algo sobre la Cena-Show?

—La comida les encantó— les dije felizmente— Daniela me dijo que fue una fiesta de quince muy peculiar; pero aun así la pasaron bien.

—¿Y Verónica?

—Sólo me dijo que estuvo todo muy hermoso.

Tal como había acordado, luego de ducharme y comer encendí la computadora rogando que Vero estuviese conectada. Gracias a Dios, sí lo estaba.

—¡Vero!— le mandé por mensaje.

Al cabo de una hora me devolvió el saludo, mientras tanto busqué la foto del diseño de la pollera que me había encantado, husmeando por Internet días pasados.

—Hola mi reina. ¿Qué hacés a esta hora despierta?

—Ya me estaba por acostar, pero no sin antes hablar con vos.

—¿Sobre qué quieres hablar?— me preguntó.

Me pareció extraño que no recordara que había un arreglo pendiente de diseño entre profesora y alumna. Sin pensarlo demasiado, fui directo al grano.

—Mirá acá te paso un archivo adjunto de la foto con respecto a la pollera que te comenté. ¿Está bien para un baladí?

Eran las una y media y todavía no había respondido a mi pregunta. Apagué la computadora antes de decirle:

—Vero, ya es tarde. Tengo que despertarme en unas horas para ir al colegio. Por favor, después haceme saber lo de la pollera. Te quiero, besitos.

Aquel día en el colegio, durante la mañana en clase de Lengua, sentí al celular vibrar en el bolsillo de mi chomba. Cautelosamente lo saqué y con la mirada hacia debajo del banco vi que me había llegado un mensaje de texto.

—Mary, está bien el diseño de la pollera que me mostraste. Besos mi reina, Vero.

Me alegró saber que hubiera visto mi mensaje de anoche. Le estaba por pedir una sugerencia para el diseño del corpiño, pero me pareció que se encontraba lo bastante ocupada como para prestarme atención con lo del traje. Entendí que estaba a full con lo de la Muestra del espectáculo y por ello apenas se dio un espacio para lo de mi diseño.

—Ok, gracias Vero. Besitos, ¡te quiero!— le respondí por mensaje y de inmediato guardé mi celular nuevamente. No se puede utilizar el

celular en el colegio, pero aquel había sido un comunicado importante, aunque varios hubieran creído lo contrario.

Las semanas pasaron hasta llegar fin de mes. ¡¡¡Dos días más y me encontraría viajando junto a Eliana!!! Le recordé a Verónica durante toda la semana que me tomase las coreografías, pero nunca me confirmó un horario o día concreto. Pero aquel viernes al mediodía, me avisó por celular que fuera esa misma tarde a las 16:00 para practicar. Me recordó que la clase del Ballet empezaba a las 16:30, por lo tanto que sea puntual así aprovechaba la media hora exacta para ensayar. Le agradecí y nos despedimos hasta esa hora.

Y con Eliana quedamos en encontrarnos a las 15:00 en la terminal para comprar los pasajes hacia Tilcara para el día domingo. Como de costumbre, mis papás me llevaron en la *Kangoo* hacia el punto de encuentro. Mi mamá se bajó conmigo y juntas conocimos a la mamá de Eliana. Mientras hacíamos fila para comprar los pasajes en la boletería, nos comentó sobre la organización de dicho certamen y nos hizo saber que entre las horas de espera estaríamos en casa de unos familiares de Eliana allí en Tilcara. Por lo tanto, mis papás se deberían quedar tranquilos estando su hija al cuidado de mayores.

Aprovechando el estar juntas, mis papás nos llevaron a Eli y a mí hasta la Academia, en el salón del club. Llegaría justo a tiempo para que Vero me tomara los bailes, mientras que mi amiga ya se quedaría allí para la clase del Ballet.

Me ayudó a bajar de la *Kangoo* con todos los elementos que llevaba sobre el bolso y los hombros. Como de costumbre, el sable y las wings eran infaltables para mí en una participación.

Verónica aún no estaba así que me puse a charlar con Eliana.

— ¿Vos ya practicaste lo que vas a presentar el domingo?

— Sí, ya practiqué todo. Es bueno ya ser recibida, así tenés más independencia — me dijo riendo.

— ¿Independencia de qué? — le pregunté.

— ¡Independencia y libertad de todo Mary! Siendo alumna debés respetar lo que tu profe te diga y aconseje, por el simple hecho de que es tu maestra. Cuando sos profesora las cosas son diferentes. La ves a Vero como una colega. ¿Me entendés?

— ¡Wow! Sí entiendo. Nunca pensé que fuera tan así... ¿Y el Ballet cómo se maneja con todo eso?

— ¿Con las responsabilidades hacia Vero decís?

— Sí... eso.

— Como te dije, es diferente. Aquí en el Ballet todas las integrantes ya somos profesoras, porque ya somos egresadas. Por ejemplo, si Verónica decide armar una coreografía nosotras aportamos ideas y pasos. Si sos alumna, tu profesora es quien se encarga exclusivamente de marcarte el baile. Podría decir que en el Ballet somos un equipo... tratamos de ponernos al nivel de todas constantemente. Siendo alumna, un método así es imposible porque tus compañeras están en escalones distintos.

Sin poder decirle palabra alguna, me preguntó:

— Mary, ¿vos en qué año te recibirías?

— Sólo me faltan rendir los dos últimos años. Calculo que ahora después del espectáculo rindo mi 5º año y para el año que viene el 6º, con el cual me recibo. ¡Me encantaría dar clases!

— ¡Qué lindo! Ya no te queda mucho entonces. El último examen del Profesorado, el 6º año, es el más difícil de todos; tenés que presentar una maqueta de un país árabe incluyendo hasta su comida. Eso en cuanto a la teoría, y en cuanto a la práctica debés armar un show de veinte minutos utilizando algún elemento.

— ¡Ah! O sea ¡no tengo que hacer nada! ¡Eliana no me asustés! — le dije con tono gracioso.

Nos reímos juntas, hasta que sonó mi celular con un mensaje.

— Mary, perdón. No llego a tiempo para tomarte las coreos. Me olvidé de lo tuyo y se me hizo tarde.

¡¡¡Me molesté profundamente mientras leía aquel mensaje de Vero!!!
¡Ella misma propuso el horario para el ensayo y ahora no vendría! Eliana notó mi molestia. Trató de tranquilizarme diciéndome: “Ya las estuviste ensayando vos sola a las coreos, quedate contenta por eso”. Tenía razón, pero aun así me hubiese gustado que mi profesora estuviese ahí corrigiéndome cada paso.

Al cabo de un buen rato llegó Vero para la clase del Ballet. Me fui luego de haberme asegurado que me haya visto estar ahí dispuesta y lista para ensayar, pero no poder por el olvido de su parte.

Agarré mi bolso junto a mis elementos y me fui caminando hacia la vereda. Concordé con mis papás que volvería a casa sola en colectivo. Por ello me dirigí hacia la parada del mismo sintiéndome aún más molesta que antes.

Llegué a casa de mal humor. Mi cara de seguro habría sido tan notoria que mi papá me preguntó qué me pasaba.

— ¿Todo lindo con Vero en el ensayo Mary?

— No hubo ensayo.

— Eh ¿por qué no? — me preguntó confundido.

— Vero se olvidó completamente lo mío respecto a ir antes para practicar lo del viaje.

— ¡Uy, Verónica! ¿Pero que no fue ella misma quien decidió hoy el horario?

— ¡¡¡Sí!!! ¡Ella fue! Pero vos viste cómo es... olvidadiza como siempre. Me parece que hay que estar recordándole todo, pero absolutamente todo, a cada instante. Ni éxitos me deseó — acoté con una molestia por dentro.

El día domingo llegó y me desperté a las seis de la madrugada para subirme a tiempo al colectivo en la terminal. Allí ya se encontraba Eliana junto a su novio y su mamá. Me despedí de mis papás con un abrazo, poseyendo aún una notable cara de dormida.

El viaje no fue tan lindo como lo imaginé. Eliana y su novio se sentaron juntos, por tanto yo compartí el asiento con su mamá. Noté durante todo el viaje cómo reían y disfrutaban el estar acompañados. Sólo cuando me convidaban sus galletas, Eli se acordaba que su amiga existía.

Evitando eso, los paisajes que se mostraban tras el vidrio del colectivo fueron preciosos. Aquel cartel “Bienvenidos a Tilcara” llamó mi atención. Poco después de haber advertido esta entrada, llegamos a destino. Nos bajamos en la terminal de aquel pueblo y de allí caminamos con las valijas hasta la casa de los familiares de Eliana.

Cerca de la hora de comer el novio de Eliana se me acercó.

— Mary, nos vamos a pasear por la plaza hasta que esté listo el almuerzo, ¿nos acompañás? — me dijo.

Pensé que sería un completo estorbo para ambos; pero al acercarse Eli tras él, me pareció una buena ocasión para hablar con ella sobre la pequeña incomodidad que estaba sintiendo al respecto.

— ¿Venís Mary? — intervino Eliana.

— Sí. Voy por mi bolsito y los alcanzo.

Salimos los tres y caminamos hasta la plaza de aquel acogedor pueblo.

— ¿Estás bien Mary? Te noto un poco rara... bastante callada. ¿Estás nerviosa por lo de esta tarde?

¡No sabía cómo expresarle lo que sentía! No me encontraba nerviosa por bailar, sino incómoda por estar ahí con ellos. ¿Cómo hacerle saber eso a Eliana?

— No, no estoy nerviosa. No soy de ponerme nerviosa al subir a un escenario.

— ¡Qué bueno! A mí la ansiedad me sigue acechando todavía — me

dijo riendo para sí.

Y allí terminó nuestra conversación. No me sentí capaz de expresar lo que quería decirle porque ella misma no me daba el espacio y la mera confianza para expresárselo. ¡Era mi amiga! ¿Cómo no poder? O quizá no había una suficiente amistad de por medio como suponíamos...

Almorzamos un delicioso pollo con papas fritas y luego junto a Eliana nos empezamos a preparar para el certamen.

— ¿Querés que te pegue las pestañas postizas? Esas de ahí, las mismas que utilizaste para tus quince, que ¡me encantaron!

— Ay sí, a mí también me encantaron estas pestañas — le dije.

En todo ese tiempo, su novio estuvo junto a nosotras, presumiéndola y comiéndola a besos. Y fue así hasta entrada la hora de subir al escenario. Una vez que se sentó en la butaca junto a la madre de Eli a la espera de nuestro momento, pude estar a solas con mi amiga.

Pero en un repentino santiamén, ya se encontraban bailarinas de todas las edades luciéndose con sus presentaciones sobre el escenario. Entre tanto, llegó mi tiempo. Eliana me ayudó con el traje y sobre todo con la prendidura de mi corpiño.

— ¡Qué bello traje rojo!

— Gracias Eli, es nuevo... modestia aparte, yo lo diseñé.

— ¿Vos lo diseñaste? ¿Vero te lo permitió? Porque es ella quien diseña los trajes.

— Sí, yo lo diseñé. Me lo permitió. En realidad no, o sea sí... — tartamudeé — Ella sabe lo del traje; pero como no tuvo gran tiempo en diseñármelo, lo terminé haciendo yo.

— Mirá vos... ¡Está lindo Mary! Hasta se parece a uno de los míos.

— Participante Maryam Dimín, quince años de edad, perteneciente a la Academia de Verónica Cardozo de la ciudad de Salta — se escuchó por los enormes parlantes.

Estando sobre esas tablas pude percibir que aquellas incomodidades antes sentidas o incluso esa molestia de hace días producida por Vero, al no supervisar desde su condición de profesora mis coreografías antes de viajar, desaparecían enteramente. ¿Cómo lo explico? Sin dudas, ¡¡¡jamo bailar... amo la danza árabe!!! Fue hermoso vivenciar esa sensación tan especial que sólo las bailarinas podemos experimentar cada vez que estamos arriba de un escenario. Y más aún esa felicidad de saber que los miembros del jurado notan el esfuerzo en cada paso al otorgar el premio que cada una merece.

A las horas, Nadia, la organizadora, junto al jurado hizo saber los premios especiales de dicha jornada. Cuando escuché mi nombre junto a

las palabras “Bailarina Revelación”, subí por las escaleras hacia el escenario sintiéndome feliz y agradecida por aquella gran medalla dorada.

Luego, Nadia me felicitó.

— ¡Hermoso como bailás, Maryam! ¡Te felicito! Un honor que hayas sido parte del certamen.

— ¡Gracias! Siempre que pueda participaré en estos eventos. Me hacen crecer mucho como bailarina.

— ¡Muy bien! Así es y así debe ser siempre.

Eliana también se encontraba feliz al igual que yo. A ella le otorgaron el mayor premio de todos: “Mejor Bailarina” y ¡bien merecido lo tenía!

Nos fuimos a festejar, a pedido de su mamá, en una pizzería; teníamos tiempo hasta media noche antes de que nuestro colectivo partiera de regreso a la ciudad de Salta desde la terminal.

Comimos aquella sabrosa redondez mientras contábamos como recuerdo lo vivido durante la tarde.

— Hola Mary. ¿Cómo les fue? — escuché la voz de mi papá al atender de repente su llamada.

— ¡Pá! ¡De diez! Eli recibió la medalla de “Mejor Bailarina” y yo la de “Bailarina Revelación”. Y conocí a Nadia, la secretaria de la *Asociación Latinoamericana de Danzas*. ¡Quiero seguir viajando para participar en otros certámenes porque esto me encanta! — aclamé a través del celular sin parar de hablar aunque sea por un segundo.

— Qué linda y maravillosa experiencia hijita querida, ya le haré saber a tu mamá. Recordá avisarnos cuando estés cerca de la terminal de Salta, así te buscamos en la *Kangoo*.

— Sí, les estoy avisando. En un rato subimos al colectivo. Besos para vos y la mami.

Colgué la llamada mientras escuchaba decir a la mamá de Eliana:

— Me parece que dos bailarinas salteñas hicieron furor por aquí en Tilcara, ¿eh?

Eli y yo soltamos unas risitas debido a la felicidad y el reconocimiento. Su novio también reía a nuestra par, simpáticamente. En aquel momento percibí que surgía una cierta confianza entre ambos; no me molestaba ni me sentía incómoda como al principio de aquel día. En definitiva, ¡me sentí sumamente feliz!

Una vez dentro del colectivo, el cansancio me fue consumiendo hasta dejarme profundamente dormida. Me solía ser difícil conciliar el sueño si no estaba en mi propia cama; pero esta vez, al parecer, a mi cuerpo no le importó dormir en un asiento de colectivo.

— Mary... llegamos — escuché sin saber por cuánto tiempo me había

quedado dormida — Ahí están tus papis abajo.

La dulce voz de Eliana me despertó haciéndome saber que ya estábamos en la terminal de la ciudad de Salta. Retiré mi valija de la bodega del colectivo y me dirigí feliz al encuentro con mi familia.

— ¡Muchas gracias por todo! — le dijo mi papá a la mamá de mi amiga.

— No hay por qué agradecer. La pasamos muy lindo — expresó.

Eran las cuatro de la madrugada cuando nos despedíamos, y luego las oscuras calles y avenidas acompañaron nuestro regreso a casa en la *Kango*. Definitivamente, ese lunes después del viaje no podía ser continuado en el colegio, desvelada como me encontraba. Por tanto, no iría a clases aquel día.

Y como es de suponer... ¡¡¡dormí prácticamente todo el día!!! ¿Quién dice que la vida de una bailarina es fácil? Si bien las energías del cuerpo se desvanecen con rapidez, la alegría con la que se llena el espíritu al danzar, es sublime...

CAPÍTULO 9

“Semana de exámenes”

Al día siguiente regresé al colegio feliz, por lo bien dormida y descansada que me encontraba. Los profesores ya nos informaban de los temas para cada uno de los exámenes anuales que se aproximaban; le temía a Matemática y a todos sus contenidos. No es que me costaba precisamente, sólo que cada ejercicio era diferente... unos los resolvía a la perfección; pero los que le seguían tenían otra clase de complejidad. ¡Suerte la mía que mi mamá es profesora de Matemática! Ella me daría una mano y un apoyo con los repasos previos al examen.

Cambiando de materia, a mis compañeros y a mí, nos agradó que la evaluación de Formación Ética se realizara de una manera peculiar.

—Sólo tienen que presentar un informe para la próxima semana sobre el tema específico que le otorgaré a cada uno. Aquello dará la nota final correspondiente al examen— nos explicó la profesora.

Como es de suponer, nunca falta el típico compañero que pretende cambiar los planes de la docente.

—¿Podemos hacerlo en grupo al trabajo? ¡Así es más divertido!

—No. Yo no dije en grupos, es individual para todos, ya que la nota debe ser personal, no colectiva.

—¡Uh profe no sea así! Déjenos hacer en grupos.

Y al decir aquello, ya medio curso se encontraba apoyando las palabras dichas por el primero.

En ese momento me di cuenta de la falta de respeto que, los muchachos y hasta algunas de mis compañeras, le tenían a la profesora. A mí me daba igual hacer aquel informe individual o grupalmente. Eso es lo que pensé hasta que la profesora me hizo saber el tema que me tocaría, haciendo surgir una gran polémica entre mis amigas.

—Maryam, debes realizar un informe bien detallado sobre el aborto— me hizo anotar.

No recuerdo mi cara en ese momento; pero sabía que iba a ser un tema lo bastante delicado y profundo. Y aquello dio un puntapié de charla con mis compañeras.

—No debería continuar el embarazo, la vida de la madre corre peligro si no se hace un aborto— comentó Sol.

—¡No seas tonta! Corre peligro su vida por no haberse cuidado al tener relaciones sexuales— afirmó muy decidida Paola.

—Eh, ¡esperen un momentito!— las interrumpí— Para empezar, no está bien hacer eso antes del matrimonio. La *Biblia* explica todo aquello

y los errores anteriores y posteriores que se cometen a causa de eso.

Luego de decir aquellas palabras, me sentí insegura al haberles hablado sobre la *Biblia* ¡sin aún antes leerla! Si bien en mi casa somos creyentes sin pertenecer a ninguna religión institucionalizada, yo era la única que aún no había escudriñado aquel libro.

—Pff... ¿La *Biblia*? Maryam ¿qué tiene que ver ese libro de cuentos con el tema del aborto que te tocó a vos?— me replicó Paola.

—Y... aunque no lo creás... tiene mucho que ver. Porque no se debe matar una vida, hasta el bebé más pequeño ya tiene vida. ¡Matar está en contra de Dios!— les dije.

—Mejor hablemos de algo que podamos ver y que exista; vaya a saber si Dios en verdad existe o no.

Sus actitudes me molestaron un poco, ya que siempre respeté sus posturas y palabras; sin embargo, ellas no respetaban las mías. Traté de no darle importancia, me enchufé a más no poder con las materias y estudios para los exámenes.

Y aquel día por la nochecita, yendo a clase de danza, las palabras se cruzaban en mi mente sin poder ser acomodadas para contarle a Vero todo lo vivido en Tilcara, habiendo compartido con Eliana y su novio.

Pero fue muy lamentable el llegar a clases y encontrar a mis compañeras junto a mi profesora hablando y riendo a carcajadas con unos muchachos del propio club. Me acerqué a ellas para saludarlas.

—Hola Vero— expresé.

—Hola Mary— me saludó molesta por haber interrumpido su conversación con aquellos chicos.

Las saludé a Rosario y Daniela y de inmediato me fui a sentar junto a las colchonetas que se guardaban en el salón. Aquellos hombres habían arruinado en definitiva el poder compartirle a Verónica lo vivido el fin de semana. Empezó la clase minutos más tarde, como si no hubiera nada importante que escuchar de la boca de una de sus alumnas.

Ensayamos las coreografías que íbamos a presentar en la Muestra Anual de la Academia. Una coreografía con bastones y otra con las wings serían nuestra característica en el espectáculo.

Al finalizar la hora, Vero se me acercó diciéndome unas palabras que me hicieron volver el entusiasmo hacia ella.

—Eliana me contó que ganaste el premio “Bailarina Revelación” en Tilcara. ¡Te felicito Mary!

—Ay sí... aún no lo puedo creer. ¡¡¡Gracias Vero!!!

Y allí mismo aproveché para hacerle saber lo lindo que había sido viajar junto a una de las integrantes de su Ballet para participar en un certamen.

La conversación fue interrumpida por las preguntas de la mamá de Yamila, que quería saciar sus dudas con respecto al diseño del traje para el espectáculo.

Últimamente sentía que Vero no disponía de tiempo para mí, como lo tenía para las demás chicas. O percibía que prefería hablar con los galanes del club en lugar de querer escuchar de una de sus alumnas las experiencias vividas en un viaje. Traté de entenderla, suponiendo que se encontraba atareada con todos los preparativos para la Muestra y por lo tanto la falta de tiempo para ella era enorme. Me pareció que, a veces, el suponer algo en mente evitaba las posibles desilusiones.

Me desperté con los resúmenes y cartillas tirados en la alfombra, al lado de mi cama. Había estado repasando los temas del examen más próximo... ¡la "Guerra Fría" de 1947 a 1991 venci6 a mis propios ojos durante la noche! Y fue así que caí completamente rendida sobre mi confortable almohada; pero aun así, lo leído y estudiado me permitió aprobar la evaluación con un sincero ocho en la calificación.

— ¡Excelente tu examen Maryam! — me felicitó el profesor.

Si bien no me simpatizaba ni un poquito su área, aun así me sentí feliz por aquel pequeño logro de estudiar su materia y obtener una excelente nota.

— Gracias profe. Tanto esfuerzo merecía su reconocimiento — le dije en tono simpático.

— Así es doña Dimín — me dijo mirándome seriamente por arriba de sus anteojos.

Esa mirada suya siempre me mostró demasiada seriedad y hasta miedo. ¿No podía sonreír aunque sea una vez, por más que en su materia estén todos muertos?

Me empecé a imaginar que quizás uno de sus sueños hubiera sido compartir palabras con *Leandro Nicéforo Alem*, fundador de la *Unión Cívica Radical*; luego recordé que yo misma quería vivir el sueño de conocer personalmente a mi ídola. Tuve que parar con las risitas para que no fueran notorias mientras pensaba cuál de ambas situaciones sería más seria y edificante. Lógicamente llegué a la conclusión de que anhelar hablar con alguien que ya está muerto es tremendamente una locura imposible de lograr; en cambio, charlar con esa persona a quien consideras tu ídola ¡llena de vida!, sería sumamente edificante para crecer un poco más como bailarina. En fin, cada "loco" con su locura... ¿no?

Aquel día no tenía clases de danza, por tanto aproveché la tarde para realizar y avanzar con el trabajo práctico de Formación Ética sobre el

aborto. Buscando información en Internet, leí textos sobre el tema; pero algo interiormente me impedía seguir leyendo. Era muy fuerte todo aquello... no supe entender cómo un ser humano podía ser capaz de quitarle la vida a otra personita. En el informe aproveché las últimas hojas para escribir una reflexión personal sobre lo que sentí al respecto.

Finalmente acabé con el trabajo y quedé exhausta, por lo que decidí irme a dormir; pero no sin antes compartir la pizza que había preparado mi papá para la cena. Inclusive, mientras disfrutaba aquella comida, mi mente no podía dejar de trabajar...

Tantos exámenes y evaluaciones del colegio me hicieron recordar el examen final de danza. Como le dije a Eliana, me tocaba rendir el penúltimo año, luego cursaría un año más y ahí ya me recibiría de ¡profesora de danzas árabes! El recordatorio fue para que no me olvidara de pedirle a Vero que me fuese dando las cartillas y fotocopias, y así preparar la carpeta con toda su teoría correspondiente.

Minutos después estuve a punto de irme a dormir, sin embargo mi mamá me lo impidió.

—Maryam, ¿no es mañana lo de Matemática?— me preguntó.

—¿Matemática? ¿Qué cosa?— respondí confundida.

¡La cabeza no me daba para más con todo lo hecho en el día!

—¡El examen! ¿No me habías dicho que es el jueves?

—Ah sí, cierto.

Y sin darle espacio, volví a decir:

—¡Ay pero no! Eso significa que tengo que repasar los ejercicios.

Mirá la hora en la que me vengo a acordar.

—Hagamos juntas un repaso general pero profundo y después te vas a descansar tranquila.

—Bueno, está bien— le dije molesta.

Empezamos de maravillas, pero a la mitad del repaso el sueño me empezó a vencer incontrolablemente, lo que provocó que me confundiera y perdiera la lógica y la atención. Eso, como era de esperarse, dio pie a que mi mamá me regañara por lo mal que estaba haciendo los ejercicios. Es profesora de Matemática, sin embargo ¡carece de paciencia al enseñar! La presente actitud me molestaba tanto a mí como a ella.

Incluso cuando la pequeñísima paciencia que logró concebir le explotó, dio lugar a que mi atención por el repaso de la materia quedase muerta definitivamente.

—¡Ya es suficiente!— le dije enojada y a punto de dejar caer unas tontas lágrimas por la bronca que sentía— ¡No sigamos más!, con tal algo sé para mañana— señalé como punto final mientras escondía

aquel sentimiento.

— ¡Aún te faltan los otros incisivos por comprender! — me replicó.

— Lo estudiaré sola, no importa.

Mi papá intervino al escuchar lo que sucedía.

— ¡Eh! Dialoguen más despacio, Micaela y Gabriel ya duermen —
asentó para dar lugar a su pregunta — ¿Qué es lo que sucede Mary?

— Tengo que practicar estas ecuaciones, teorema de Pitágoras, ejercicios combinados y teorema de Tales para la evaluación de mañana, pero no puedo.

— ¿Qué no podés?

— ¡Repasar con la mamá! — le dije entre dientes cruzando la mirada hacia ella.

— A ver mi vida, andá yendo a la cama — le dijo dirigiéndose hacia ella — La ayudo a Mary y enseguida voy yo también.

Mi mamá se fue, y junto a mi papá hice el repaso de los ejercicios. Al terminar le fui súper sincera.

— ¡Gracias por tu ayuda papi! Vos explicás con amor, la mamá intenta hacerlo del mismo modo; pero sólo consigue enojarse una y otra vez conmigo por no entender los ejercicios con facilidad como ella.

— No hay por qué agradecer mi tesoro. Andá a descansar, mañana será otro día para las dos.

Menos enojada, pero aún molesta, me dormí pensando para qué sirven las matemáticas en la vida diaria. Porque sí, es verdad... te hace pensar y trabajar todo el cerebro, pero al dirigirte a una panadería nadie va a decir:

— Buen día, quiero comprar el 25% de estas facturas con membrillo y el 2/5 de aquellos bizcochos.

¿O sí...?

Ya en el colegio, con la hoja de examen sobre mi banco, me dispuse a encarar todo ese desafío. Tenía que ser capaz de llevarlo a cabo perfecto porque de lo contrario ¡no iba a poder comprar los pequeños acompañamientos en la panadería para tomar el té antes de ir a danza!

En medio del silencio que reinaba en el aula, en un momento Carolina me codeó de costado.

— Che Mary ¿cómo es el punto número cuatro? Pasame el resultado, ¡no entiendo nada! — me dijo entre cuchicheos.

— Shh... no me molestés. Decile al profe que te lo explique.

— Oh que mala amiga que habías sabido ser.

— Estoy haciendo mi examen, de la misma manera hacé vos el tuyo.
El profesor nos observaba constantemente. Como es de suponer, sus

palabras de reproche se hicieron presentes.

— ¡Maryam y Carolina! ¡Están en hora de examen, no pueden hablar!

— Disculpe profe, pero Carolina fue quien empezó queriendo que le pase el resultado de uno de los ejercicios.

Dije la verdad sin que me importe nada, dando lugar a que Carolina se enfade cada vez más conmigo. Había estudiado y repasado prácticamente durante la noche entera, no era justo que alguien que no lo haya hecho merezca las respuestas sin haberse preocupado por aprender.

Durante la mañana en el colegio, aquel “8 (ocho)” junto al título “Examen de Matemáticas” me produjo una sonrisa. Percibí que había valido la pena el enojo sentido la noche anterior. ¡Debía darle las gracias a ambos... mi papá y mi mamá! Porque no hubiera conseguido esa nota sin su ayuda.

En la hora de Formación Ética, antes de entregar el trabajo práctico, Sol y Paola admiraron de gran manera mi informe sobre el aborto. Carolina sólo lo miró sarcásticamente como diciendo: “Ay, pero qué completo que está”. Me pareció muy inmaduro de su parte que se enojara y molestase por no haberla ayudado en pleno examen de Matemática, cuando es ella la que no se ayudó a sí misma para querer aprobar.

— Maryam, estoy viendo tu informe. Parece estar muy completo ¡eh! ¡¡¡Muy bueno!!! — me felicitó la profesora.

— Gracias... Sí, me parece que está un poco extenso — expresé.

— No te disculpés — me guiñó un ojo — ¡Así es estudiando!

Y al ratito no más me comentó.

— ¡Seguí así como hasta ahora! Por ahí me parece notar que te vas a contagiar, por decirlo de una manera metafórica, de las actitudes de tus compañeras de no estudiar o de ser irresponsable. ¿Cómo me podés prometer o hacer saber que eso jamás pasará, Maryam?

— Sí... hay veces en las que me siento diferente cuando estoy con ellas, porque me incentivan de alguna manera a realizar las mismas locuras que ellas hacen; pero no creo que pase más allá de eso profe, no se preocupe — le respondí pura y sinceramente.

— Me agrada escuchar eso, te lo agradezco Maryam.

Por la tarde, ya en danza, lo primero que le dije a Vero fue: “¿Cuándo van a ser los exámenes?”. Esta vez la perspectiva del examen anual de danza era diferente para mí. Los años anteriores los rendía porque sí, se debían rendir; pero ahora se tornaría algo distinto al saber que estudiaría una cartilla sobre “La Milenaria Danza del Vientre”, por ejemplo, de por vida y no sólo para el momento con la intención de aprobar lo

cursado. La danza significa una pasión para mí, por tanto ¡toda mi entrega es hacia ella!

—Después del espectáculo va a ser la mesa de examen. Además, recordá Mary que tengo que concordar la fecha con Amal, la profesora examinadora y veedora— me respondió.

—Ah sí, ¡cierto! Creo que estoy ansiosa por eso y también por el espectáculo.

—Te entiendo; pero primero nos aboquemos de lleno a nuestra Muestra. Luego nos preparamos con todo para el examen.

—Está bien— le dije respetando su postura.

Pensé en decirle lo de la teoría en las cartillas, pero me dije a mí misma “Mejor en otro momento”. Pero el tiempo que se necesitaría para resumir, estudiar e investigar lo necesario tomaría bastantes semanas. Entones me decidí por preguntarle:

—Vero, y en cuanto a las cartillas ¿cuándo nos las vas a dar? Así estudiamos con tiempo, y más si son muchos los temas que me tocarían a mí, al rendir el penúltimo año del Profesorado.

—Más adelante se las daré a vos y a tus compañeras. ¡Ahora el espectáculo! Recordalo por favor.

Rosario y Daniela ya estaban allí, por tanto empezamos a ensayar nuestras coreografías para el gran día. Éramos un muy bello grupo, súper unidas y hasta cuando bailábamos juntas se notaba tal afinidad. Verónica nos hizo saber del último ensayo general que se haría en el Teatro el mismo día del show.

—El día viernes deben estar a las nueve de la mañana, siendo éste el último y único ensayo en el Teatro. Cada grupo con sus respectivas coreografías van a hacer unas pasaditas por el escenario para fijar los espacios, la distribución y todo lo que eso significa. ¡No pueden faltar chicas!— nos avisó.

—Yo estoy en el colegio a esa hora— comentó la pequeña Yamila.

Y sin manifestar que yo también estaría en el colegio, esperé a que Vero dijese algo sobre esa causa.

—Lo sé, varias de las nenas y chicas más grandes de la Academia están por faltar a clase ese día. ¿Vos no podrías?

—Sí, supongo que sí. Tengo que hablar con mi mami— aclaró Yamila.

Y lo mismo iba a hacer yo, pero no hizo falta decirlo porque era obvia la falta que tendría en el colegio para asistir al último ensayo general.

—¡Genial mis reinas! Sigamos ensayando para la gran noche— dijo Vero mientras buscaba la pista en el CD que ya estaba dentro del

equipo de música.

Practicamos hasta que el cuerpo nos dijo basta y paralelamente hasta que las agujas del reloj nos hicieron parar. Grupalmente, estábamos felices por lo que conseguíamos trabajando juntas; personalmente me encontraba ¡aún más feliz!

CAPÍTULO 10

“Muestra Anual en el Teatro”

Los exámenes fueron diciendo “adiós” por sí solos, diferente hubiese sido que yo les dijera “chau” cuando aún seguían allí. Unos que otros compañeros sí se despidieron de ellos sin ni siquiera todavía haberlos afrontado como corresponde; problema de ellos sería reencontrarlos en los siguientes meses mientras otros chicos disfrutarían de las vacaciones.

Aquel viernes falté al colegio, tal como había acordado, para poder estar presente en el ensayo general a realizarse en el Teatro.

Mientras ingresaba por la puerta, escuché que alguien clamaba mi nombre.

— Eh, ¡Maryam! ¡Hermanita! ¡¡¡Hola!!!

— ¡Rosario! Perdón, no te vi.

— ¡Estás dormida hermanita! — expresó fingiendo molestia.

Nos saludamos antes de empezar a reírnos por no haberla reconocido, debido a mi falta de descanso.

— Vamos adentro — me dijo — Ya es hora, así que quizá Daniela junto a las otras chicas ya están allí.

— Sí, vamos. Además Vero de seguro ya llegó.

En ese momento advertí lo puntual que era mi profesora cuando se trataba de una cita de importancia para ella. Cuando yo debía ensayar sola, por ejemplo, Verónica llegaba tarde al encuentro u otras veces ni iba, siendo éste un tema de importancia para mí y, por lo visto, no para ella.

Esperamos un rato a que llegasen las compañeras que aún no se habían presentado y recién ahí ensayamos. Nos ubicamos, vimos el enorme espacio que disponíamos para bailar y una vez más sentí esa energía correr por mis venas al estar pisando un escenario. No esperaba que, cuando llegara la hora de dar inicio al espectáculo, esa energía tan inexplicable se convirtiera en una sensación aún más grande y sublime que la anterior.

Y así fue tal como sucedió...

Al mediodía, luego de toda la mañana de estar realizando el último ensayo, mi mamá me pasó a buscar en la *Kangoo*. Regresé a casa y almorzamos un rico arroz con atún. Luego de llenar mi estómago con alimento ¡debía llenar mi corazón con sentimientos! Preparé los bolsos con los trajes y el maquillaje para la noche, eso ya era un buen comienzo para hacer feliz a mi espíritu.

La noche se fue aproximando y la hora esperada llegó. Junto a mi papá, mi mamá, Micaela y Gabriel nos dirigimos al *Teatro del Huerto* en la *Kangoo*.

Así como a la mañana durante el ensayo me crucé con Rosario en la puerta del Teatro, esta vez me crucé con la risueña Luciana.

—Hola Mary. ¡Llegaste! ¿Vamos a los camarines?

—Dale ¡vamos!— le respondí luego de haberla saludado con un gran abrazo.

En los vestuarios ya estaban nuestras demás compañeras. Nos fuimos preparando, terminando de dar retoques al maquillaje, ponernos el traje y dejar la otra indumentaria al alcance.

De un momento a otro, Vero fue pasando de camarín en camarín para decirnos: “En cinco minutos largamos el espectáculo”. Al decir aquello, por dentro pude sentir ese: “¡Sí! Una oportunidad más para disfrutar de lo que tanto me apasiona”. ¡Estaba feliz! Nada ni nadie sería capaz de arruinar aquella gran felicidad.

Entre números y números de coreografías, llegó para nuestro grupo el momento de brillar...

Las luces del escenario se apagaron e ingresamos en silencio a ubicarnos en cada lugar. Las luces se encendieron a la par de la música que comenzó a sonar; y allí nos encontramos... bailando con los bastones, con toda la energía, malabarismo y coordinación que exige este elemento.

En mi opinión, se sintió muy hermoso tener en frente a quinientas personas, más o menos, viéndonos bailar; y con sus cámaras estar filmando y sacando fotos mientras admiraban y elogiaban el arte de la danza. Incluso, al terminar la música, ese sentimiento percibido quedó atrapado en mi corazón, siendo un dulce recuerdo lo vivido en aquel escenario. ¡Cuánta pasión y belleza brinda la danza!

Antes de prepararnos para nuestra segunda y última actuación, la pequeña Yamila llamó nuestra atención mientras estábamos en el vestuario.

—¡Auxilio! ¡Tengo sangre!— aclamó.

No fue extraño que con Rosario y Daniela hayamos cruzado una extraña mirada de: “¿Se habrá indisputado?”; pero recordamos que aún era una nena para que eso ocurriera. Fuimos a ver qué le pasaba y lo que vimos nos produjo risas.

—¡Mi dedo! ¡Chicas ayúdenme!— nos vociferó.

—Ay Yami, ¿qué te pasó?— le pregunté mientras intentaba tranquilizarla.

—No sé, ¡me duele! Creo que se me incrustó un canutillo mientras bailaba — me expresó mientras se presionaba el pie contra sí misma.

La observamos entre todas y sí, se notaba claramente que un pequeño canutillo le había hecho sangrar el dedo del pie.

—Apoyo la planta y ¡¡¡me duele!!! — nos mostró.

—¿Alguien tiene una *curita*? — preguntó Daniela.

—Me voy a fijar entre mis cosas. Quizá tenga una — aseguró Rosario.

Mientras rogaba que consiguiera una para que Yamila estuviese feliz y segura para bailar la siguiente coreografía, me di cuenta de la importancia y necesidad (por más pequeño que pueda llegar a ser un daño) de disponer al alcance de una bailarina esos minúsculos elementos de primeros auxilios.

—De ahora en adelante, para las próximas actuaciones, voy a tener siempre junto a mi cartuchera de cosméticos, un espacio para algodones y *curitas* — me dije a mí misma antes de escuchar ciertas palabras desalentadoras.

—¡Ay no! ¡No tengo nada! — expresó Rosario.

Yamila nos miró con esos ojitos preocupados y tristes a la vez.

—¿Y si te ponés un pedacito de algodón? Yo tengo, lo traje para utilizar con el desmaquillador; podríamos pegarlo con un pedacito de cinta — le sugerí.

Me miraron agradecidas junto a la pequeña, que aún apretaba su dedo para evitar que sangre más.

—Vení, lavátelo antes de poner el algodón.

—Sí, ahí voy. ¡Gracias Mary! — me dijo amorosamente — ¡Estás siempre en todo cuando alguien necesita ayuda!

—¡Siempre es bueno ayudar si está en tus manos poder hacerlo!

De pronto se presentó en el camarín Anabela, una de las chicas del Ballet.

—¡Chicas! ¡Qué bueno es verlas acá! — nos exclamó — Vero me mandó a avisarles que vayan ubicándose tras el escenario. ¡En minutos bailan ustedes! Ya deberían haber estado listas hace tiempo.

—Ahorita vamos, nos retrasamos un poquito porque una de nuestras compañeras se lastimó.

—Bueno, no me importa qué es lo que haya pasado. ¡Vayan ya mismo! sino Verónica se va a enojar y molestar más de lo que ya está.

Nos terminamos de poner el otro traje lo más rápido que pudimos. Una vez listas, corriendo nos dirigimos tras las bambalinas.

Como por arte de magia, exactamente un minuto después de haber llegado, nos tocó a nosotras salir a bailar.

— ¡Llegamos justito! — dijo feliz Daniela.

Vero estaba allí a un costado y, al vernos y escuchar lo que se dijo, nos retó.

— ¡¿Dónde estaban?! No pudieron haber tardado más tiempo del que se retrasaron ¿no?

— Perdón Vero — le dije — Nos tardamos porque a Yamila le sangr...

— Shh ¡no hablen! — me calló — ¡Escuchen todos esos aplausos! ¡Las personas aman mis espectáculos! — exclamó al ver cómo terminó la coreografía anterior.

La miré a mis compañeras; estábamos sorprendidas por lo que nuestra profesora acababa de decir, sin dar importancia a lo que le íbamos a contar. ¡No pudimos replicar ni decir nada! Ya nos dirigíamos con las luces apagadas al escenario para realizar nuestra última coreografía con las wings.

No sé en qué momento mientras estábamos bailando, Vero dejó de mirarnos y se fue para otro lado. Y fue allí donde acabó mi felicidad. Ansiaba escuchar aquel “¡Bien hecho chicas!” de nuestra profesora; pero esta vez no sucedió así. Según Vero nos habíamos portado incorrectamente al no estar a tiempo antes de salir al escenario.

Ya de regreso al camarín, entre todas nos “descargamos”.

— ¿Vieron? ¡Al terminar de bailar las felicitó a todas, menos a nosotras! — vociferó enojada Daniela.

— ¡Pero si habíamos llegado justito antes de que sea el momento de bailar! No entiendo su enojo — se limitó a decir Rosario.

— Y yo, ¿qué? — les repliqué — Me dolió que haya interrumpido lo que le estaba intentando explicar sobre Yamila.

— ¡No importa! ¡¡¡Ya fue!!! — exclamó Daniela — Todas estamos bien, bailamos hermoso por más que nuestra propia profesora no nos lo haya hecho saber y bueno, ¡ya está! — finalizó cortantemente.

Nos quedamos mudas mientras nos vestíamos con el fin de ir a sentarnos en las escaleritas, entre medio de las butacas, para admirar y terminar de ver el espectáculo.

Estando más tranquilas, Rosario expresó palabras que nos hicieron reflexionar.

— Me parece que Vero siempre se pone así para las muestras y shows... nerviosa, estresada e idiota.

— Sí, eso parece; pero que sepa que estar así sólo logra malas caras ¡sin disfrutar de la gala con sus alumnas! — les dije.

— Es verdad. Habrá que saber comprenderla y ponerse en su lugar.

Tal como lo planeamos, nos sentamos para ver bailar a las otras

chicas de la Academia. Mientras las admiraba y, a la vez, observaba y escuchaba cada aplauso que surgía, me pareció que era bueno tener en mente: “Esta coreografía se la dedico a tal persona”; pero que ese pensamiento no sea el que domine a todos los demás porque de lo contrario puede suceder lo que nos pasó a nosotras, al desear dedicarle los bailes a nuestra profesora. Y luego, por imprevistos, el deseo no se satisface.

Interiormente llegué a la conclusión que era mejor bailar para sí misma, con la intención de disfrutar el momento. Quizás eso llegue a ser egoísta; pero, ¿y si no? ¿Bailar para los demás cuando no todos saben apreciar lo que hiciste con esfuerzo? Me pareció estar intentado profundizar lo que Fabiana me expresó meses atrás: “Debés saber con quién vale la pena compartir tu danza, si tienen un alma buena para valorar y admirar lo que hacés y lo que sos.”

Nuevas preguntas me surgían con respecto a la danza. Sólo esperé poder recibir alguna vez respuestas claras y concretas o, más aun, experiencias de vida que me hicieran superar estas dudas.

CAPÍTULO 11

“Vacaciones”

A los pocos días tuve otra oportunidad para disfrutar de esos imborrables momentos surgidos gracias a la danza. Fue en el colegio, para el acto de fin de año; los profesores encargados de organizarlo me habían preguntado con anterioridad si me gustaría bailar para aquel día.

— ¡Sí!, por supuesto. ¡Me encantaría!

Mi respuesta era tan obvia, siempre tenía en mente no dejar pasar una ocasión para bailar. Cada vez que sostenía aquello, mi papá me completaba la frase sabiamente.

— ¡Eh Maryam! Cuidado con lo que decís, porque si te llegasen a invitar a un boliche lleno de borrachos y personas que no saben ni dónde están paradas, ¡allí no bailarías! Ese tipo de invitaciones no me parece correcto aceptarlas, ya que denigraría tu hermoso arte y tu digna persona.

— Claro, eso ya lo sé papi. Siempre que digo “No quiero perder una oportunidad para bailar” me refiero a disfrutar de lo bueno. Las oportunidades que son opuestas ¡ni las pienso! y justamente por eso, porque ¡son malas! — le dije sintiéndome muy segura de mí misma.

Ya había bailado en actos anteriores durante el año, me parece que habían sido tantos que el colegio entero me apodó “Shakirita”. Por la cantante *Shakira*, claro; aunque en mi opinión no me parezco a ella ni un poquito.

Aquel mismo día, Micaela recibió su diploma y medalla de egresada. Íbamos al mismo colegio, por lo tanto sabía del cariño y aprecio que les tenía a sus profesores y, a causa de eso, no me sorprendieron en absoluto sus lágrimas al recibir el reconocimiento.

Paola, Sol y Carolina me miraron tiernamente.

— ¡Cuánta emoción la de tu hermana!

— ¿Hermana? No la conozco a esa chica — les dije sarcásticamente.

¡De una a manera u otra me hizo sentir vergüenza ajena! Ella fue la única que se sensibilizó al recordar que ése sería su último día en el colegio. Sus compañeros, en cambio, estaban felices sabiendo que no tendrían que volver jamás a aquella “horrible prisión”.

Aunque muchas veces no lo quisiera admitir debido a mis amistades, ¡me parecía mucho a Mica! A ambas nos gustaba ir al colegio... Si bien teníamos gustos diferentes por las materias, ya que ella sólo prefería Historia y Geografía mientras que yo disfrutaba de Plástica y Lengua, teníamos en común ¡el ser bichos extraños en todo el universo! Porque

quién, más hoy en día, ¿disfruta de ir al colegio a estudiar? No dejaría de mencionar que nos afectaba excesivamente cuando había hora libre por ausencia del profesor, o cuando el docente se esmeraba por dictar la materia y el resto del curso lo sabotaba porque no tenía ganas de aprender. ¡Era injusto! ¿Por qué debíamos padecer las actitudes de la mayoría sólo porque las nuestras eran diferentes?

En fin, luego de su momento en la promoción de egresados, ya me encontraba bailando en el patio como finalización de dicho acto. Los aplausos de todos los alumnos y profesores presentes fueron enormemente hermosos para mí. ¡Me hicieron sentir la bailarina exclusiva de la institución! Era como si Shakirita se estuviese ganando un humilde lugarcito de aceptación.

La jornada, o más aún el ciclo lectivo de aquel año, empezó a despedirse, dando lugar a una bienvenida a las vacaciones.

En familia, nunca vamos de vacaciones a otras provincias por semanas o a otros países ¡por meses! como otras familias lo hacen. Nosotros, en cambio, preferimos ir a El Bordo, un municipio del departamento General Güemes que queda tan sólo a una hora y media de nuestra ciudad. Aquel pueblo es conocido por el *Complejo Termal "El Sauce"*, área en la cual disfrutamos pasar el día.

Una vez pasadas las fiestas navideñas y el inicio del nuevo año, que no las festejamos por ser simples fiestas paganas, nos dispusimos a organizar aquella salida en familia.

— Papá, estas vacaciones también vamos a ir a *El Sauce* ¿no? — preguntó Micaela estando en la cocina.

— ¡Claro que sí! Ese lugar posee las aguas termales más calientes y tranquilas.

— ¡Para el próximo fin de semana podríamos ir! — sugerí con un grito de total indiferencia estando junto a mi computadora.

— ¡Maryam! ¿Podés creer que eso mismo fue lo que pensé? — me exclamó mi papá.

Gabriel, siendo partícipe también de la charla, dio una invitación inesperada.

— ¿Puede ir Santiago con nosotros?

— ¡Sí, por supuesto! Que nos acompañe tu único y gran amigo — comentó mi papá — Avisale con tiempo así lo habla con su familia.

— Pero antes, ¡debemos hablarlo con la mamá! Siempre que organizamos algo ella no es compinche de nuestras locuras o es la última en enterarse, que es casi lo mismo — les advertí.

Desde el planchador se escuchó una voz que nos exclamó:

— ¡¡¡Sí!!! ¡Está bien que vayamos este fin de semana!

En mi opinión, las palabras de mi mamá surgieron desde las tinieblas, por no estar presente y aun así escuchar la conversación en la que su familia estaba.

— ¡Epa! ¡No nos espías ni escuchabas en lo más mínimo eh!— argumentó mi papá hacia la mujer que tiene conquistado su corazón.

Con cualquier palabra de amor permiten comerse a besos tiernamente. ¡Son únicos! La verdad, ¡qué bendición de Dios que sean mi papá y mi mamá!

El fin de semana llegó. Me levanté de la cama poco antes de que la alarma de mi celular sonara. La noche anterior ya habíamos preparado todo lo referente a nuestras vacaciones junto a aquellas aguas termales: trajes de baño, pelotas, sombrillas, utensilios para la comida, galletas de todo tipo, sándwiches, etc.

Mientras terminábamos de acomodar los bolsos en el baúl de la *Kangoo* y mientras el DJ padre se ocupaba de la música, dije algo tan peculiar que cualquiera hubiese pensado que llevábamos un cadáver junto a nosotros.

— En el baúl hay un refrigerador lleno de carne cruda... ¡muy roja!

— ¡Ay, Maryam! No te parece que es mejor decir ¿“Llevamos asado para almorzar”? — me dijo Gabriel, sarcásticamente.

— No, eso no puedo decir. Mi lenguaje es extraño sólo con el objetivo de ser simpática.

Felices, nos reímos, hasta que mis papás cerraron la puerta principal y el portón con candado, mientras la pequeña y dulce Vainilla quedaba al cuidado del hogar.

Antes de dirigirnos a la ruta pasamos por casa de Santiago, como habíamos acordado, para buscarlo. Y allí estaba... ubicándose en el asiento trasero de la *Kangoo* junto a mí y a mis hermanos. Yo me senté al lado de Micaela, ella al lado de Gabriel y él al lado de su amigo. Íbamos un poco apretados; pero nos dijimos que valía la pena soportar unas horas hasta llegar al destino de total disfrute.

Tal como antes mencioné, el DJ padre y chofer a la vez, nos entretuvo a cada instante con charlas y puras risas... ¡qué divertido que estaba siendo el viajecito!

En el tiempo menos pensado llegamos a aquel sitio donde, plasmado en un pequeño cartel, figura “*Aguas Termales: Los Sauces*”. Aún en la *Kangoo*, cruzamos el puente de entrada mientras por sus laterales se

deslizaba un río de agua no muy provechosa.

Le abonamos las entradas para el complejo al señor que nos atendió en el portón de ingreso; nuestro chofer estacionó el vehículo bajo un árbol junto a unas mesas y sillas que el lugar ofrece.

Micaela, Gabriel, su amigo y yo nos fuimos dirigiendo con nuestros trajes de baño a la pileta principal.

— Está re bueno este lugar — comentó Santiago — Mis papás deberían conocerlo.

— ¡Tiene cuatro piletas! — le dije — Nosotros siempre venimos en las vacaciones a disfrutar del día aquí.

Hablar con él me hizo recordar lo niña que era cuando Gabriel lo conoció en el colegio, mientras a mí me había empezado a gustar, a enamorar... Aunque siempre me pareció difícil el hecho de “poder salir” con el ¡mejor amigo! de tu propio ¡hermano! Quizás era una simple fantasía lo que sentía por Santiago; pero creí que si verdaderamente había algo entre ambos, el destino se encargaría con el tiempo de poner cada sentimiento en su debido lugar. Hasta tanto disfrutaba de su compañía cada vez que Gabriel lo invitaba.

Entre correteadas por el campo y chapoteadas en las piletas, la mañana se fue consumiendo. Mi papá tuvo que darle una pausa al agua para poder asignarle a aquella carne roja del refrigerador, un tono de color serio sobre el fuego de la parrilla.

Una vez listo el almuerzo, nos hizo saber que “el color” de la comida ya se encontraba en condiciones para ser recibido en nuestros estómagos.

— ¡Está riquísimo papi! ¡Esta vez te pasaste! — lo felicité mientras devoraba con la ayuda del tenedor todo lo que se encontraba en mi tabla de madera.

— Gracias tesoro; pero es la carne, como así también los distintos embutidos, los que adquirieron un sabor del aire único y puro de campo, sin que yo les agregue nada.

— De ser así, ¡vengamos a comer asado aquí más seguido!

— Ojalá se pudiera cada fin de semana — me dijo con una risita al palpase el bolsillo lateral de su pantalón.

Pero fue muy mala suerte la nuestra el habernos ubicado bajo un árbol en el cual un panal de abejas estaba en formación.

— Me parece que quieren probar el asado tan rico que hizo tu papá — me dijo Santiago.

Me dolió la panza de tantas carcajadas antes de comentar algo con un poco más de sentido:

— ¡No! Mirá... ¡quieren mi *Pepsi*! ¿No viste cómo se apoyan en el borde de la botella? Dulce y refrescante es la bebida.

— ¿Qué hablan ustedes dos? — vociferó Micaela — Las abejas lo único que quieren es disponer de un espacio en este árbol para fabricar miel en su panal.

— ¡Eso ya lo saben! — le dijo Gabriel — ¡Sólo estamos bromeando Mica!

Micaela, tan inocente, de verdad creyó que a las abejas les gusta el asado, al no haber entendido las charlas enormemente sarcásticas entre nosotros.

Surgió algo muy gracioso entre Gabriel, Santiago y yo. A ambos les gusta el inglés, por tanto cada vez que aparecía volando a nuestro alrededor una de las abejas, clamábamos “¡bee! ¡bee!”. Por si alguno estaba de espalda y no se daba cuenta, el otro le advertía que se acercaba el bichito volador con aquella exclamación.

Cuando aún saboreábamos el asado, una visita nos sorprendió más de lo esperado.

— ¡Mutant bee! — exclamó de repente Santiago — ¡Esta de aquí es una mutant bee!

— ¿Qué cosa? Muta... ¿qué? — dije confundida.

Una enorme abeja, que al parecer era la reina de las otras, apareció de la nada delante de nuestros ojos. Sin pensarlo demasiado, los tres salimos corriendo, lo que llevó a que Mica junto a mis papás levantaran velozmente los platos, tablas de madera, vasos y cubiertos para dispo-nerse a correr detrás de nosotros ellos también.

Nos ubicamos debajo de un nuevo árbol que parecía más tranquilo, al no estar habitado por aquellas mutantes.

— ¡Probrecita la *Kangoo*! Quedó solita junto a las ¡bee! — comentó mi mamá.

— No importa, no tiene nada interesante que pueda llamar la atención de las abejas. A no ser que sean lo suficientemente “inteligentes” como para diseñar una segunda casa en una de las ruedas — comenté graciosamente.

Al parecer, el único inocente fue mi papá, tras ponerse a imaginar e interpretar cómo lograría desalojar a las abejas de las ruedas si de verdad eso ocurriera. Y como simple prevención para no tener que después lamentarse, sus palabras se escucharon muy seguras.

— Ya vengo. Voy a estacionar la *Kangoo* aquí junto a nosotros, lejos de las mutantes, como dicen ustedes.

— Te acompaño — le dije, queriendo vivir una pequeña aventura al

abrir la puerta de la *Kangoo* sin que las voladoras se ubicasen adentro junto a nosotros.

Todo sucedió felizmente como lo planeamos y finalizamos la mudanza de árbol para nuestro vehículo, en esas que eran nuestras divertidas y tranquilas vacaciones.

Al cabo de un rato, volví a ser sirena y Gabriel y Santiago tiburones, llamándonos así por estar horas en el agua.

— ¡Mirá de bonito que nada Mary! — escuché en un momento decir a mi mamá dirigiéndose hacia mi papá.

De niña asistí a una escuela de natación, así que se podría decir que lo poco que recordaba lo ponía en práctica allí en la pileta. ¡Amaba la sensación de estar relajada y pacífica bajo el agua! Aquellos tiburones, en cambio, fuertes como uno los imagina, me agarraban los pies sin sentido alguno.

— ¡Eh! ¡Tranquilos por favor! Permitan que esta linda sirena siga nadando con los pies, porque no dispone de aletas.

— Y vos permitinos que este par de galanes tiburones atrapen los muy tentadores dedos de tus pies por debajo del agua — me dijo Santiago.

Me causó tanta gracia su comentario que quizá sólo por ello accedí a que jugáramos con mis bellos pies de bailarina.

La tarde fue transcurriendo. Afirmar que las horas se ponían cada vez más divertidas, jubilosamente era poco decir.

— Enseguida salgamos de la pileta, nos cambiemos y vamos al comedor a charlar sobre algo — nos avisó mi mamá.

¡Mi papá la miró desorbitada! ¿Qué es lo que andaba planeando que ni él lo sabía?

Junto a Mica fui a uno de los vestuarios; con la toalla me sequé un poco el cuerpo. Arriba de la bikini me coloqué una musculosa y abajo un short. Por si las dudas, quedaría lista una vez más para volver a sentirme sirena.

Tal como acordamos, quienes ya estaban preparados se dirigirían al comedor, al cual algunas otras personas lo conocen como *Restaurante de El Sauce*.

Fui la segunda en llegar junto a mi hermana, los tiburones (mejor conocidos como Gabriel y Santiago) habían sido los primeros en ubicarse en una mesa junto a las ventanas.

— Che, y ¿por qué no hemos almorzado aquí al mediodía en lugar de haber estado peleando con las mutant bee? — preguntó Santiago confundido.

—Aquí sólo se puede consumir lo que el comedor dispone. Si trajiste tu propia comida lo ideal es comer en las mesitas de afuera, en las cuales estuvimos.

—Ah... ahora entiendo. Gracias por la aclaración Mary.

Que me haya agradecido, de alguna manera u otra me hacía sentir especial. Me di cuenta de que mis gustos hacia los chicos parecían ser diferentes con el tiempo y con el ambiente en el que podía estar. Nahuel, por ejemplo, no se parecía ni un poquito a Santiago. El único que se asemejaba a mi hermano era él: ¡Santiago! Quiera admitirlo o no, me pareció que de a poco fui entendiendo lo que siempre me dice mi papá con respecto a los chicos: “Un buen novio para vos sería aquel que también resulte ser un buen amigo para Gabriel.”

Mi mente, que al parecer lo único que pensaba era en el amor, apartó esos pensamientos cuando mis ojos vieron entrar por la puerta a mis papás. En ese instante la curiosidad se apoderó de mi cabeza al notar que traían unos papeles en la mano.

Se ubicaron junto a nosotros y, al acercarse el dueño del lugar, le pedimos una *Coca-Cola* bien fresquita con seis vasos.

—Má ¿qué es eso?— le pregunté señalando los papeles.

—Son fotocopias de un libro que hojeé en la biblioteca del colegio mientras hacía mi trabajo, antes de que empezaran las vacaciones.

Interrumpiendo, mi papá continuó con el discurso de los papeles:

—Mientras nos cambiábamos en el baño, me hizo saber lo que está tramando. Aquí les presento a una futura, no muy lejana, ¡paleontóloga!

Mi mamá, sin rodeos, queriendo ir directo al grano nos habló sobre que allí en *El Sauce*, el geólogo y paleontólogo *Ricardo Alonso*, halló huellas de dinosaurios. Durante la mañana, mientras nosotros estábamos en la pileta, ella le preguntó al mismo señor que casualmente nos atendió por la *Coca-Cola*, sobre aquel tema.

—Estaría bueno ir a conocer e investigar si les parece— nos dijo— Sólo hay que ir en dirección a la última pileta, la de barro, y desde allí empezar a caminar hasta que todo se torne descampado. El señor me hizo saber que no está seguro si se encuentra dentro del predio o fuera de él, ya que hace años que nadie va por ahí.

—Claro, hace años que nadie va por ahí; pero vos... nosotros... disfrazados de detectives, pensamos en ir a comprobar lo que ese tal *Ricardo Alonso* descubrió— le dije graciosamente.

—¡Está genial! Me encanta la idea, vamos ya mismo— comentó Gabriel.

— ¡Me sumo a la investigación paleontológica! — manifestó Santiago.

— Yo no quiero ir, debe estar todo sucio y ¡la cantidad de bichos que debe haber! Además, por lo que dijo la mamá, hay que caminar mucho — se molestó Micaela.

— Bueno, no hay inconvenientes si te querés quedar — le manifestó mi papá — ¡Yo no me pierdo esta oportunidad de una aventura sana y feliz!

— ¡Una oportunidad de sentirnos paleontólogos por un día! — grité al percibir cuánto instinto de aventureros empezó a surgir.

Micaela se quedó tranquila terminando de beber la gaseosa, mientras que los futuros, no muy lejanos, paleontólogos nos dirigimos al camino de la aventura.

— ¿Y si nos quedamos perdidos por ahí en medio de la nada? ¡No traemos provisiones de comida ni agua si eso pasara! — preguntó Santiago, fingiendo una enorme preocupación sin darse cuenta de que su gran sonrisa lo delataba.

— ¡Aquí tengo esta poderosa y nutriente caja de *Saladix* sabor jamón, por si algo así ocurriera! — le dije mientras sacaba el insumo de la mochila que llevaba colgando a mis espaldas.

— ¡Muy bien!; pero, ¿y la provisión de agua? — preguntó mi papá sumándose a toda aquella sana locura.

— La naturaleza nunca fallaría con presentarnos un río o un pequeño arroyo, aunque más no sea, en medio de la nada — nos tranquilizó Gabriel.

Pasamos por delante de la pileta de barro. Unas señoras jubiladas se encontraban sentadas a su alrededor, totalmente embadurnadas. Al parecer es cierto lo que se dice sobre esta sustancia, que hace bien a los huesos y a la piel, ya que se las notaba muy felices y charlatanas a las señoras.

— ¡Sigamos caminando! — exclamó mi mamá.

Por un buen rato no paramos de caminar hasta que un extraño hueso tirado en medio de la nada, llamó mi atención.

— ¡Miren lo que encontré! — les dije para que se detuviesen a mi par.

— ¿Un hueso? — se me rió mi mamá.

— ¡Sí! ¿Será de uno de los dinosaurios que anduvo por aquí?

Mamá, papá, Gabriel y hasta Santiago se rieron con mi pregunta.

— Eh, ¿qué les pasa? Puede ser de uno de los dinosaurios — les repliqué.

Mi hermano, con total sinceridad, me aclaró.

— Se encontraron huellas de dinosaurios Mary, ¡no huesos! ¡¡¡Huellas!!!

Además, es imposible que ese resto óseo — señaló el tesoro que tenía entre mis manos — haya pertenecido a uno de ellos ya que su altura alcanzaba los dos metros por lo menos y tu hallazgo mide quince centímetros.

Me ruboricé por la vergüenza. Tenía toda la razón, ¡cómo no pude darme cuenta!

— Ah, es verdad. Perdón; pero es que todo esto me emociona y a la vez me vuelve loca.

— Pero no es para que confundás un hueso de vaca con un resto de dinosaurio que se extinguió hace unos ¡sesenta y cinco millones de años!

Sin dudas era el motor principal de risa en el equipo. ¡Qué bochorno lo mío!

Continuamos con nuestra caminata hasta detenernos delante de lo que parecían unas simples piedras.

— ¡Miren! — exclamó mi mamá — ¡Estas son rocas volcánicas! Se formaron por el enfriamiento de lava en la superficie terrestre durante la Era Cenozoica.

— ¡Wow! ¡Increíble! — comentó Santiago.

Y así como le había tomado una fotografía a mi interesante hallazgo de un hueso de vaca, me encontré nuevamente con la cámara entre mis manos capturando nuevas fotos de esas extrañas consecuencias de un volcán del pasado.

Un poco más allá de donde se encontraban estas rocas, notamos un alambrado que dividía el prado donde nos encontrábamos parados.

El instinto natural de aventurero de mi papá nos aseguró con sus palabras...

— Me parece que tras estos alambres y luego caminando aún un poco más, están las huellas de dinosaurios. ¡Qué dejadez la de los administradores de esta propiedad! Podrían dar a conocer con guías el lugar y exhibir con total naturalidad los hallazgos que nosotros estamos rastreando.

Todos apoyamos sus palabras, reconociendo que sería un gran atractivo turístico si estuviese con mantenimiento y a la vez, por supuesto, dándose a conocer aquel interesante sector.

— ¿Vamos a cruzar el alambrado? — preguntó Gabriel.

— Por mi parte, hasta aquí llevo. ¡Mirá el abandono de aquel otro lado! Puede haber serpientes entre los pastizales — aseguró mi papá — ¡Cuánto abandono en medio de un descubrimiento paleontológico!

— Sí, es muy lamentable. Ahora entiendo a qué se refirió el señor

cuando me dijo “Hace años que nadie va por ahí” — comentó mi mamá.

— ¡Oh! pero qué pena. Me quedo con la intriga de ver lo que hay del otro lado — les dije tristemente.

— Es preferible que quedés así Maryam, antes de que algo malo te ocurra al cruzar y estar del otro lado — me advirtieron mis papás.

Me conformé viendo las fotografías que contenía aquella fotocopia, junto a la breve información del lugar. Traté de imaginar qué tan grande serían aquellas rocas calizas en donde se habían grabado las diferentes huellas de dinosaurios... “Las cuales aparentemente pertenecieron a un tridáctilo de mediano tamaño que se desplazaba en forma bípeda, siendo del grupo de los ornitópodos, ya que las huellas no mostraron la presencia de garras, comúnmente en los dinosaurios tipo carnívoros.”

— ¡Pero qué bello! — grité, tras haber leído en la fotocopia todo lo anterior.

— ¿Qué pasa? ¿Qué es bello? — preguntó Gabriel, confundido.

— ¡La huella de dinosaurio que no pudimos encontrar es de un herbívoro! Siempre me causaron ternura aquellos dinosaurios buenitos que no se alimentaban de carne, preferentemente humana — dije graciosamente.

Santiago y Gabriel se rieron a mi par mientras que los mayores avanzaban a grandes pasos para retomar el camino de regreso.

— Hablando de alimentarse, ¿les parece si comemos ahora las *Sala-dix*? — les pregunté.

— ¡Sí! — me respondió alegremente Santiago — Todo esto de haber buscado y no haber encontrado nada me dejó la mente vacía al igual que el estómago.

Ya de regreso, Micaela se encontraba esperándonos en el mismo lugar en el que la despedimos una hora atrás, cuando nos encaminamos hacia la aventura.

Regresamos a la pileta mientras le compartíamos lo ocurrido y disfrutábamos el final de la tarde de aquel precioso día en *El Sauce*.

Cuando el sol se empezó a esconder y la tarde comenzó a tornarse oscura, fuimos recogiendo nuestras cosas y preparándonos para regresar a casa. Por mi parte, antes de dirigirme al vestuario, decidí dar un súper salto desde el borde de la pileta hacia el agua. Así me despedí de aquella sirena que llevo interiormente.

Una vez listos dentro de la *Kangoo*, partimos del lugar mientras mi mente se dispuso a recordar los momentos divertidos ocurridos allí: las abejas, las piletas, el dinosaurio, la comida, las risas en familia... Sin

dudas, ¡un día de vacaciones maravilloso! ¡¡¡Merecía una repetición!!!

Ya en casa, frente a la computadora, me enteré de que Verónica se encontraba de vacaciones en ¡Río de Janeiro! Al saber esto fue inevitable preguntarme: “¿Y el examen de danza para cuándo?”. Lo último que nos hizo saber era que se realizaría semanas después de la Muestra en el Teatro; pero me pareció que unas vacaciones como las suyas equivaldrían a meses, haciendo desaparecer así el tan esperado y ansiado examen.

Mis papás me dijeron que Vero se merecía un viaje... ¡de vacaciones! Por lo tanto, que no la interrumpiera con el tema de los exámenes, que hablara con su hermana de ello.

Fue así que le dejé un mensaje en su *Facebook*:

—¡Hola! ¿Cómo estás? Quería saber qué va pasar o cuándo se va a realizar el examen de danza, ya que me enteré que Verónica no está acá en Salta para prepararnos. Gracias, un beso. Maryam.

Esperé pacientemente mientras rogaba una respuesta segura y concreta a mis preguntas. Quizás un examen de danza para muchos sea unas simples palabras que se asemejan a “estudios y más estudios”; pero en mi caso ¡aquellas palabras lo eran todo! Implicaba un gran escalón que me permitiría luego subir al siguiente, para poder así cumplir el sueño de ¡ser profesora de danzas árabes!

CAPÍTULO 12

“Un examen radiante”

A los días recibí una grata respuesta de parte de la hermana de Verónica. Me hizo saber que volvería de sus vacaciones en Río de Janeiro a fin de mes; por tanto nos prepararíamos con las carpetas y coreografías a principios de febrero, y llevaríamos a cabo el examen a mitad de dicho mes.

Cuando Vero regresó fue como sentir un alivio al saber que el examen sí se realizaría. Junto a Daniela y Yamila estuvimos en la Academia, hablando y organizándonos de la mano de nuestra profesora.

—Rosario no va a poder rendir este año— nos comentó Vero.

—Eh qué mal, y ¿por qué? Si se puede saber...— dijo Daniela.

—No llega con el dinero para el permiso de examen. Recuerden que ella ya va a la Universidad y tiene gastos extras.

—Entonces ¿sólo nosotras tres rendiremos?— pregunté.

—Así es Mary. Vos misma lo dijiste, sólo ustedes tres.

Y como para enriquecer su respuesta, siguió comentando...

—Generalmente las demás chicas de la Academia siempre rinden con el *Conservatorio Fracassi*, que viene a evaluarlas desde Buenos Aires en el mes de noviembre. Obviamente esta evaluación es mucho más costosa que rendir en presencia de Amal, mi amiga, quien les toma el examen a ustedes cada año.

Me pareció que lo que nuestra profesora nos estaba informando sobre la diferente cuestión económica, se refería a la formalidad y ornamento de los papeles, porque al final ambas opciones permitirían tener un título de “Profesora de Danzas Árabes”.

—Vero, lo del *Conservatorio Fracassi* es más caro porque en cada certificado al aprobar el año hay un sello desde Buenos Aires ¿o no? En cambio, el rendir con Amal es algo más humilde... y de todas formas recibiría un título si apruebo el último examen— le compartí mis pensamientos.

—Sí, recibís un título; pero lógicamente, como futura maestra, es más prestigioso un título avalado por el *Conservatorio Fracassi* de Buenos Aires.

¡Ese era su punto de vista! A mi parecer, en cambio, el ser una buena bailarina o ser una buena profesora no se determinaría por el sello o papel que se pueda adquirir sino por el propio hecho de que las personas te vean bailar y... ¡te vean enseñar! Allí moraría el “más prestigioso título”.

Para mi 5º año del Profesorado debía preparar una coreografía por mí misma utilizando algún elemento; en cuanto a teoría, estudiar la historia de la danza junto a sus diferentes estilos y elementos.

Las fotocopias para transcribir a mano que Vero me dio ¡eran muchas! Me molestó un poco la falta de tiempo que tuve para escribir y estudiar aquello, a causa de que mi profesora estuvo en Río de Janeiro, cuando debió encontrarse preparando tranquilamente los exámenes para sus alumnas.

Aquella falta de tiempo se tornaría una excusa si no quería preparar la teoría. Me dije y recordé a mí misma: “¡Amo la danza! y amo, incluso, todo lo que ésta implica”. Honestamente, no tenía por qué hacer notar que mi propia profesora daba motivos para que yo dé pretextos. Entonces de a poco, letra a letra, fui transcribiendo las fotocopias en mi carpeta.

Hubo días en los que me despertaba temprano para sacarle provecho a las mañanas estudiando, y otros en los que la melodía me acompañaba al crear mi coreografía en el pequeño espacio que disponía para bailar en el living de mi casa, junto al equipo de música y los parlantes.

Una de las tardes, Carolina me mandó un mensaje. El sonido del celular me interrumpió de gran manera mientras intentaba recordar cómo surgió “La Milenaria Danza del Vientre”, sin releer la hoja.

— ¡Hola Maryam! ¿Te abdujeron los extraterrestres? ¡Estás desaparecida! Mañana por la tarde nos estamos por juntar con las chicas en el shopping para charlar y disfrutar de las últimas semanas de vacaciones antes de que empecemos el colegio otra vez. ¿Te prendés para ir?

Mi respuesta a su mensaje no fue un testamento, a diferencia de lo que fueron sus palabras.

— ¡Caro! No creo que pueda ir. Estoy a full con el examen de danza. La semana que viene rindo.

— Pff... ¿Tenés examen de eso? Creí que ibas para aprender a bailar nada más.

¡Cuánta gente cree que la danza árabe es solo “bailar”! Sin tomar conciencia de que también es una profesión que exige tiempo, disciplina y estudio como ¡cualquier otra carrera! Asimismo, este arte no consiste en mostrar el cuerpo como muchos creen sino en desnudar el alma con la pureza y el nivel que pocas bailarinas alcanzan.

No le dije más nada a Carolina. No podía ir a aquel encuentro junto a las chicas y ya había quedado bien en claro el por qué en mi respuesta.

Seguí estudiando y no “para el momento”, sino ¡para la vida! Porque tal como lo anhelaba, mi deseo era vivir para la danza. Todo aquello lo

necesitaría saber siempre, en la teoría y más aún en la práctica por el resto de mi vida.

Aquel último viernes del mes se presentó con un radiante sol por la mañana. A las 17:00 horas rendía, ¡me sentí muy tranquila!

Micaela, junto a mí en la habitación, me hacía compañía mientras terminaba de preparar el bolso con el CD que utilizaría, la carpeta y los apuntes.

— ¿Estás nerviosa Mary?

— Sinceramente, no. Los nervios no surgen al hacer lo que amo.

— ¡Bien por vos! Yo todavía no puedo controlar esos nervios que siempre me aparecen antes de rendir una evaluación.

— Sí, lo sé, te cuesta bastante; pero deberías mentalizar que todo examen siempre es para crecer... ¡para aprender! ¿Cómo puede haber nervios al avanzar un paso? Más aún si es algo que disfrutás con todo el corazón.

— ¡Lo decís y hacés tan fácil porque a vos no te cuesta ni un poquito! Veremos cómo me va en este primer año de Universidad, estudiando la carrera de Historia, ahora en marzo. No sería lindo desaprobado las parciales al igual que desaprobaba las evaluaciones en el colegio.

— ¡Ay Mica! No digás así porque parece que sos una vaga a quien no le gusta estudiar, cuando tu único problema es aprender cómo enfrentar los exámenes sin que los nervios te jueguen en contra.

Como de costumbre, las charlas entre hermanas se iban de tema. Y si otra persona no nos hacía volver a la realidad, nosotras seguíamos.

— ¡Maryam! Estate lista, ¿eh? En media hora salimos, así llegás a tu examen un poquito antes — me avisó mi mamá.

— ¡Sí! Sólo me falta maquillarme y entonces ¡estoy lista para cumplir un pequeño sueño... rendir el penúltimo año del Profesorado de Danzas Árabes! — le aclamé muy feliz.

Me delineé los ojos y me pasé en las pestañas rimmel negro para resaltarlas. No debía ser un maquillaje tan excesivo ya que no bailarías en un Teatro como la mayoría de las veces, en donde la apreciación de la gente es de lejos. Esta vez bailarías en la Academia con la única presencia de Amal, la profesora examinadora, y obviamente estaríamos a pocos metros de distancia.

Al cabo de un rato me despedí de Micaela y de Gabriel, tras escuchar sus “¡Éxitos Mary!” y agradecerse los.

Luego mis papás me llevaron a la Academia, donde ya se encontraban Daniela, Yamila y nuestra profesora. Ingresé feliz saludándolas a

cada una de ellas.

— ¿Todavía no llegó Amal? — les pregunté.

— No, aún no; pero ya debe estar viniendo — me comunicó Vero.

Y a los segundos nomás, nos hizo saber el detalle más importante.

— Vayan poniéndose los trajes y déjenme sus carpetas aquí — dijo señalando el escritorio — Ya se las revisé el otro día, pero me faltó colocarles el sello con mi nombre en cada hoja.

Mientras sacaba del bolso el traje que utilizaría para rendir, recordé que me faltaban los zapatos para bailar la fusión... ¡el árabe flamenco! Como habíamos acordado días antes, Eliana me prestaría los suyos, proponiéndome llevarlos hasta la Academia ese mismo día.

— Vero, perdón que te interrumpa, ¿Eliana del Ballet no vino antes de que yo llegara, trayendo unos zapatos de tacón?

— No mi vida, no vino nadie. ¿Eli debía venir?

— ¡Sí! Quedamos en que me prestaría sus zapatos para que pueda rendir la coreo de español — le avisé afligida.

— A ver, ahora le mando un mensajito por celular ¿te parece?

— Dale, por favor... ¡Gracias!

Mientras Vero le escribía a Eliana por los zapatos, apareció Amal en la puerta.

— Buenas tardes, permiso... — se escuchó decir.

— ¡Amal querida! ¡Pasá tranquila! ¿Cómo estás? Las chicas se están terminando de preparar.

Al escuchar la voz de Amal ¡me terminé de cambiar volando! Quería saludarla con un gran abrazo. Lamentablemente, sólo tenía la oportunidad de verla en los exámenes de cada año. Sin embargo, siempre que nos encontrábamos, percibía en mi interior ese bello sentimiento de “¡qué encanto de persona que es!”.

Me acerqué tímidamente. El enorme respeto que sentía por aquella profesora me hacía actuar de una manera especial. Porque “vergüenza” no es una palabra que me describa ni en lo más mínimo.

— ¡Mary hermosa! — expresó al verme.

— ¡Hola Amal! — le devolví el saludo con una sonrisa.

— ¡Estás enorme y cada vez más preciosa!

Le agradecí por aquellas palabras mientras recibía de ella un fuerte abrazo.

Al instante, tras ver que Daniela y Yamila aparecieron a mis espaldas, agregé simpáticamente a modo de saludo...

— ¡La conozco desde que era un pollito rindiendo su 1º año del Profesorado!

En ella siempre sentí algo que nunca supe cómo describir, algo que jamás notaba en Verónica, mi propia profesora. Ese “algo” quizá se podría explicar como una demostración de cariño sincero hacia mí, sin importar las pocas veces que teníamos la oportunidad de vernos en persona.

Yamila, siendo la más pequeña entre las tres, empezó con su examen bailando las coreografías que Vero le había preparado anteriormente.

Allí mismo, Eliana llegó corriendo ¡con sus zapatos de baile en una bolsa! En silencio, respetando humildemente a la pequeña que rendía, me los entregó disculpándose por la tardanza.

— No importa Eli. ¡Lo que vale es que me demostrás que estás siempre para ayudarme! — le dije con sencillez.

— ¡Gracias reina! ¡Sos divina! No te deseo suerte, porque no la necesitás. Quien se esfuerza así como vos para un examen, tiene el resultado asegurado, ya lo verás.

Y despidiéndose, ya que no debía quedarse allí en pleno examen, me brindó un tierno abrazo.

Terminó de exponer su teoría Yamila y empezó Daniela con su parte práctica. Rendíamos “separadas” debido a que cada una cursaba años de Profesorado diferentes.

Hasta que llegó mi turno y, teniendo siempre presente aquella tranquilidad, me coloqué frente a los espejos para ser evaluada en mi primer coreografía, utilizando los zapatos de tacón prestados por Eliana. Se trataba de una fusión española; si bien ése no era mi estilo de expresión, aun así intenté bailarlo lo mejor que pude. Y más tarde presenté la propia coreografía que debía preparar con algún elemento.

— Muy bien Maryam, por lo que veo elegiste armar una coreo con velo — me dijo Amal — Pero antes de que bailés, decime: ¿qué es la danza del velo?

Sin darme cuenta de que me estaba preguntando sobre los conceptos teóricos, le respondí:

— La danza del velo es una representación de la belleza y seducción de la bailarina que la interpreta, ya que es un baile en el que el elemento parece volar y hace que la mujer se cubra y se descubra, tornando un misterio su propia belleza. Y como dato, la mejor tela a utilizar al momento de confeccionar un velo, es la seda... ¡suave, ligera y volátil como las alas de un ángel! En cuanto a las medidas, dependen de cada bailarina: su largo, desde los hombros hasta las rodillas; y su ancho, coincidentes con los brazos bien abiertos a la altura de los hombros más unos treinta o cuarenta centímetros de cada lado.

Al parecer había respondido bien, pues Vero quedó sorprendida al escuchar mis palabras. Mientras que Amal asintió con la cabeza y me hizo saber que diera inicio a mi coreografía con velo.

Después, me formuló varias preguntas más en lo que respectaba a teoría. Mi última respuesta fue ésta:

— Esa combinación de estilos se debe a que cuando los árabes habitaron España, allí hubo una clara mezcla de culturas entre los pueblos. Actualmente, al bailar lo que se conoce como “fusión árabe flamenco” o “fusión árabe español”, la posición de los brazos y las manos es sin dudas lo más característico de este baile y lo que más me cuesta aprender todavía a mí al ponerla en práctica.

Vero junto a Amal se rieron por mi sabia respuesta y por mi sinceridad. Incluso, ¡yo misma me reí al escucharme decir aquello!

— Yamila, Daniela y Maryam... ¡excelentes sus exámenes! Vayan vistiéndose hasta que analicemos cuáles serán sus calificaciones y resultados — nos hizo saber Verónica.

— Esperá, antes de que me cambie ¿me puedo sacar una foto junto a Amal y a vos? — le pregunté.

— ¡Mi reina! — me exclamó — ¡Claro que podés!

— ¡¡¡Sos de linda Maryam!!! ¡Vení... vení! — completó Amal.

Por lo tanto, Daniela fingiendo ser una fotógrafa profesional, me sacó una linda foto junto a Verónica y Amal, mi profesora y mi veedora por cinco años consecutivos en los distintos exámenes. ¡Qué lindo recuerdo!

El momento se nos hizo eterno a mis compañeras y a mí al esperar la devolución de nuestras carpetas junto a los resultados.

La primera en recibir su calificación fue la pequeña y dulce Yamila. Luego Daniela... y al cabo de un buen rato recibí la mía.

Abrí la carpeta, fui hasta la última hoja y cuando vi lo que allí se encontraba escrito supe por qué se había hecho esperar un poco más mi resultado, particularmente...

* Práctica: 10 (diez) / Carpeta: 10 (diez) / Teoría: 10 (diez) *

¡Y aquello no era todo! Aún sin saber que mi alegría se agrandaría, leí las palabras que adornaban la hoja un poquito más abajo...

“¡¡¡Te felicito!!! ¡Creciste muchísimo! Todavía te queda mucho por recorrer... ¡a trabajar!”

¡Qué hermosas palabras las que me dedicó Amal en mi carpeta! Si mal no recordaba, Vero nunca me había dicho algo semejante. No es que quisiera ser insistente en marcar diferencias cada dos por tres entre los sentires de ambas hacia mí; pero la verdad es que la demostración de cariño era extremadamente opuesta.

En ese mismo momento recibimos los certificados de aprobación del examen.

— ¡Qué lindo Mary! ¡Tenés todo diez en las calificaciones! — me halagó Daniela.

— ¡Gracias Dani! Aún no lo creo...

— ¿Qué cosa no creés? — me preguntó.

— El hecho de que en estos cinco años ya rendidos, las notas son siempre las mismas.

— ¡Wow! — me exclamó sorprendida — O sea que tenés una colección de diez. ¡Te felicito! Sin dudas tu último año del Profesorado será una agrupación más de esa bella nota que siempre obtenés.

— Ay, ¡muchas gracias Dani! Sé que con mucho esfuerzo lo puedo conseguir — acoté con una humilde sonrisa.

Al cabo de un rato, tras haberles avisado por celular a mis papás que ya habíamos terminado, me fueron a buscar.

— 5° año del Profesorado, ¡aprobado! ¡¡¡Excelente Maryam!!! — me felicitó mi papá, no bien me vio.

Al instante, volvió a comentar:

— A fines de este año rendirías el último examen para egresar, ¿verdad?

— Así es. Mi 6° año del Profesorado será a fin de año — le respondí alegremente.

— Habría que hacer algo cuando te recibás. Por ejemplo, salir juntos en familia a tomar un helado, comer empanadas en el shopping, etc. ¡La idea es festejar por lo que de seguro lograrás! — me propuso.

— ¡Eh, pero tranquilo! — le dije graciosamente — Acabo de rendir el penúltimo año. Cuando llegue el momento de hacer lo mismo con el último, ahí surgirá naturalmente cómo festejarlo.

Me fui despidiendo de las chicas, de Vero, y obviamente, de la encantadora Amal.

— Nuevamente ¡felicidades! ¡En vos está surgiendo una gran bailarina! Sos tan pequeña y con todos los sueños por delante... ¡a disfrutar con lo que la vida te sorprenda Mary! — me expresó antes de brindarme un cálido abrazo de despedida.

Regresé a casa feliz con el certificado del examen entre mis manos.

¡Aquello había sido un gran escalón subido, para luego conseguir el título de profesora! ¡¡¡Cuán feliz me sentía!!!

Me pareció que no hubo mejor manera de despedir aquellas vacaciones, que sin dudas pasaron volando, con el cumplimiento de un sueño... el poder acercarme un poco más al anhelo de ser profesora de danzas árabes.

CAPÍTULO 13

“Nuevos compañeros”

Me encontraba lista para regresar al colegio, al igual que todas mis carpetas ya estaban hermosamente preparadas. ¡Ingresaba a tercer año del secundario! Increíble cómo volaban los años.

Aquella mañana, por ser el primer día de clases, mis papás me llevaron en la *Kangoo*; pero me propusieron que las semanas siguientes empezara a ir sola en colectivo. Como la nafta y el gas estaban subiendo de precio irremediablemente, sería mucho más económico que pagase cada día los boletos de ida y vuelta en el colectivo urbano hacia el colegio.

— Dale, me encanta la idea — les manifesté — ¡Voy a ir escuchando música árabe por los auriculares de mi MP4 mientras esté en el colectivo!

Nos detuvimos junto a la vereda del colegio y, mientras me bajaba de la *Kangoo*, los despedí a ambos. Por suerte allí ya estaban Sol y Carolina; las saludé.

— ¡Hola chicas! ¡Qué bueno volver a verlas!

— ¡Maryam! ¡Tanto tiempo! ¿Todo bien? — me dijo Sol a modo de saludo.

— Sí, ¡todo muy bien!

Hablamos un buen rato entre las tres, contándonos qué hicimos durante las vacaciones. Yo les compartí la aventura del dinosaurio que pretendíamos encontrar en la salida a *El Sauce*, como así también el haber pasado gratos momentos en casa junto a mis hermanos y mis papás.

— ¡Cómo pudiste perderte la salida al shopping la semana pasada! — me clamó Carolina — ¿Podés creer que del curso sólo faltaste vos?

— ¡Ay Maryam! Caro tiene razón, ¡cómo no fuiste! La pasamos de diez, todo fue un gago de risa a cada rato — comentó Sol.

Ay ese vocabulario... ¡no me agrada en absoluto! Recordé lo maravilloso que fue el examen de danza... y el no ir a aquella juntada fue para poner mi mejor esfuerzo en prepararlo. Me limité en responderles lo que creí oportuno.

— Estuve bailando y aprovechando los últimos días que me quedaban para estudiar lo del Profesorado de Danza, por eso no fui.

— Ay pero, ¿no te aburrió estudiar tantas semanas para eso? ¡Hubieras decidido ir con nosotras y te hubieras divertido! — me dijo Sol en tono de burla.

— No, no me aburrió. Me permitió crecer un poco más en todos los

aprendizajes que mi pasión involucra.

Y como para no seguir con aquella charla, porque sin dudas no comprendían lo que la danza significa para mí, les cambié de tema brusca-mente.

—Che, ¿ya saben dónde va a ser nuestra aula?

—Ni idea. Ojalá nos toque otra y no la misma en la que estuvimos el año pasado.

El timbre sonó mientras el director nos hacía saber a todos los alumnos del establecimiento que debíamos ir al patio a formar. El profesor de Matemática nos informó que debíamos ubicarnos frente al mástil de la bandera. Tras el discurso de varios docentes en concepto de bienvenida, fuimos a lo que sería nuestro curso. Éste se encontraba exactamente frente a la dirección, a pocos pasos de la puerta principal del colegio.

Carolina y Sol compartieron el banco; me extrañó de gran manera que Paola me dejara sola, habiéndose ido a sentar al fondo del salón con los varones. Me costó creer, pero estaba muy diferente en el trato conmigo. No me pareció extraño que quizá se hubiera molestado por no haber ido a la juntada en el shopping. Tantas vueltas le daban al asunto... ¡como si yo tuviese que sentir amargura por no haber podido asistir!

Estuve completamente dispuesta a quedarme sola en el banco, sin compañía, hasta que una compañera a quien aún no conocía se me acercó.

—Hola. ¿Me puedo sentar con vos? — me preguntó al ver la otra silla desocupada junto a la mía.

—Claro, no hay problema — le respondí con total gusto.

Acomodó su mochila y, tras sentirse cómoda, se presentó.

—Soy Andrea. ¿Vos cómo te llamás?

—Maryam, pero me podés decir Mary.

—Genial... Vos ya venías a este colegio, ¿no?

—Sí. Este es el cuarto año que estoy aquí. Ingresé en séptimo, cuando aún ese curso era parte del secundario y no de la primaria.

Al pretender que la conversación persista, le pregunté lo que cualquier otra hubiera preguntado también.

—¿A qué colegio ibas antes? Y, o sea, ¿por qué te cambiaste?

Sin embargo, su respuesta me sorprendió completamente.

—Es que el colegio en el que estaba el año pasado no aceptan embarazadas. Entonces me tuve que cambiar, quiera o no.

¿EMBARAZADA? ¿Mi nueva compañera de banco se encontraba en la dulce espera?

—¡Wow! ¿De verdad estás embarazada? No parece...

— ¡Sí! Ya voy por los cuatro meses.

— ¡Qué lindo! ¡Felicidades entonces!

— Gracias Mary.

Y a los segundos no más, agregó riéndose:

— Me parece que te dejé helada por lo que acabás de escuchar, Mary.

¡Y sí que lo estaba! La miré... ¿tendría la misma edad que yo? ¿Cómo pudo ser capaz de quedar embarazada siendo tan jovencita, todavía con el colegio y los estudios de por medio?

Como si hubiese imaginado lo que estaba pensando, me dijo:

— Cuando tenés un novio y las ganas de tirarte junto a él en la cama son tan fuertes, no podés decir que no. Y bueno, pasó... quedé así y ahora me hago cargo de lo que hice. Y mirá, nunca pensé en abortarlo como otras chicas lo hacen, ¿viste? Como te dije ¡yo me hago cargo!

— Claro, está bien. No se debe matar una vida; pero ¿cuántos años tenés? — le pregunté, para afianzar mis pensamientos.

— Tengo dieciséis. Ahora a fines de abril cumpla los diecisiete. Como verás, me quedé de curso, tuve que repetir uno de los años anteriores.

Y así, entre palabra y palabra, se nos fue pasando la hora en el aula. Aprovechamos para conocernos, ya que la profesora de Lengua entraba y salía del curso, ocupándose de llenar papeles. En general, aquella mañana fue lo bastante sencilla en cuanto a la utilización de las diferentes carpetas de cada asignatura. Al ser el primer día de clases, los profesores nos brindaban su hora como ambientación; una larga y eterna ambientación, de hecho.

Por otra parte, mi hermana Micaela ya se encontraba en la *UNSa*; estudiaba Licenciatura en Historia por la tarde, tal como lo quería. En cuanto a Gabriel, con el apoyo de nuestros padres, decidió cursar y rendir a distancia los tres últimos años del secundario.

— ¡¡¡No quiero ir más al colegio!!! — aclamó agitando su mano hacia mi papá, cuando estaban ambos en la cocina. Sucedió un día recién llegado del colegio donde cursaba segundo año — Hoy la profesora nos hizo trabajar con una investigación, debate y afiches durante toda la mañana sobre “La importancia de estudiar” — añadió con gran molestia.

— Está bien Gabriel. ¡Tranquilo! No irás más al colegio; buscaremos la forma de que rindás los años que te quedan del secundario en forma libre, sin que concurrás a clases para perder el tiempo.

— Además, el estar asistiendo a la *UNSa* paralelamente al colegio, me permite comparar las diferentes metodologías de estudio de ambos lugares y la complejidad de los contenidos. ¡Voy al colegio y no hacemos otra cosa que resolver problemas triviales o estar en hora

libre, o aprender por qué hace falta estudiar! ¡¡¡Es muy opa lo que enseñan!!! Ni qué hablar de mis compañeros: son superficiales y no asumen ningún tipo de compromisos.

Ya hacía un buen tiempo que Gabriel pregonaba qué él no era ni sería nunca adolescente. Cabe aclarar que mi hermano tiene un coeficiente intelectual superior a 185 (una persona “común” sólo llega a tener entre 80 y 110). Mis padres lo supieron cuando tuvieron que consultar a una psicóloga por qué mi hermano se aburría tanto en el colegio. Así que como un reto a su capacidad, Gabriel estaba cursando el secundario y simultáneamente concurría a la Universidad como alumno vocacional de la carrera de Licenciatura en Física. El calificativo de vocacional se debía a que él cursaba y regularizaba materias, pero no podía rendirlas hasta tanto no presentara el título secundario.

— Comprendo Gabriel... y eso que ¡te inscribimos en el mejor colegio de Salta este año! Justamente para que aparezcan las exigencias que deseás y los desafíos de crecimiento que buscás— le recordó mi papá con firmeza— ¡Dios mío! qué detestable está la educación hoy en día, va de mal en peor cada vez— se lamentó.

— Tiene que haber un estudio secundario a distancia. Ya averiguaremos, porque eso de rendir libre tres años juntos aquí en Salta no está permitido— afirmó mi mamá junto a la hornalla, que desde ahí estaba presenciando y escuchando el debate.

En fin, reiterando... Con el correr de las semanas fui identificando a los nuevos compañeros: Matías, Lautaro, Nahir, Arturo, Facundo, Lourdes, Sofía, Florencia y claro, Andrea, quien estaba siendo mi nueva amiga.

Peculiarmente, notar quién era Florencia era fácil y regalado... ¡regalado! Pues además de distinguir que su pollera era de veinte centímetros de largo, la cual apenas cubría su bombacha, andaba a los besos y toqueteos con varios de los chicos del colegio.

Pero lo peor e irritante era escucharla decir:

— ¿Por qué hoy en día los hombres ya no nos respetan ni valoran?

Impotentemente, tenía que reprimir esas ganas de levantar la voz y decirle:

— ¿No te das cuenta? ¡Ya no nos respetan por culpa de chicas como vos que no se hacen respetar!

No sé cómo pero, gracias a Dios, me contenía y no vociferaba palabra alguna, de lo contrario dejaría de ser la “Shakirita” y pasaría a ser la “quilomberita”, según su vocabulario.

Y desde el día en que Andrea empezó a hablar y cruzar palabras

con ese tal Facundo, comencé a mirarlo con otros ojos desde más cerca. Había llamado mi atención, sin darme cuenta de que yo misma llamé la suya desde un principio.

—Che, ¿no podés ser un poquitito menos disimulada con él?— me dijo un día Andrea con sarcasmo.

—¡No! ¡No puedo! Además, ¿qué tiene de malo que lo mire? Cuando él me saluda se queda hipnotizado con mis rulos, ¿no viste?— le recalqué.

Nos reímos a la par, deduciendo que sin dudas Facundo se había enamorado de mis rulos.

—Espero que lo esté de la dueña también, ¿eh?

Cada vez que lo veía... cada vez que él me saludaba a la par de acariciar respetuosamente mis rulos ¡SENTÍA MARIPOSAS EN EL ESTÓMAGO! Primera vez que percibía claramente los sentimientos hacia un chico. Porque anteriormente, con Nahuel por ejemplo, el enamoramiento se tornaba dudoso al dejar pasar el tiempo.

Aquellas pequeñas divinidades voladoras, con el correr de los días, se multiplicaron debido al trato que me daba Facundo.

—¡Rulitos! ¿Cómo estás?— me dijo una noche por el chat de *Facebook*.

¡Me morí de amor al leer aquello! Que el chico que me estaba empezando a gustar me hubiera puesto un apodo tan dulce y tan acorde a mí, jera de no creer!

—¡Facu! Todo lindo... ¿vos?— le respondí.

—Todo piola Rulitos.

Y sin dejar que dijese más nada, escribí:

—Ahora me vas a decir ¿"Rulitos"?

—¡¡¡Sí!!! ¿Te gusta?

—No me gusta, ¡me encanta!

—Genial Mary...— me expresó junto a un corazoncito— Es lo que tenés, lo que sos... por eso "Rulitos".

Al rato, le hice saber simpáticamente...

—Rulitos quiere saber si Facu ya hizo la tarea de Geografía, el trabajo práctico con los siete puntos.

—Sipi, todo en orden. Facu listo para presentar el trabajo.

Nos reímos con muchos "jajaja" por cómo nos tratábamos. Además, me sentí feliz por notar la confianza que entre ambos iba surgiendo.

Cada mañana debía reconocer la alegría que tenía, antes de subir al colectivo, para dirigirme al colegio. La causa de mi sonrisa era disfrutar día tras día la presencia de aquel nuevo compañero: Facundo. Para los demás "el nuevo"; pero para mí "el amor".

CAPÍTULO 14

“Propuesta de trabajo”

¡Nunca me hubiese imaginado que finales de marzo traería consigo una enorme y bella sorpresa!

Era miércoles por la noche, me encontraba en *Facebook* como de costumbre; pero lo fuera de común fueron las palabras de aquella persona.

— ¡Hola Maryam! Espero que te acordés de mí, soy la organizadora del *Certamen Coreográfico Provincial* en el que participaste el año pasado.

— ¡Fabiana! ¡Claro que me acuerdo! — le dije — ¿Cómo andás?

— ¡Muy bien! ¡A full! Ideando proyectos en mi Estudio para este nuevo año, junto a mi alumnado.

— ¡Qué lindo! Me alegro por vos.

— ¿Sabés qué te iba a comentar? ¿Podrás mañana jueves a horas 18:00 pasar por el Estudio para que hablemos? — me preguntó decididamente.

— Sí, no hay problema Fabi, allí estaré; pero ¿de qué se trata esto?

— No te lo voy a decir por aquí... Soy una persona a la cual le gusta hablar todo personalmente. Te doy una sola y pequeña pista... ¡mañana te sorprendo! — me argumentó con una carita súper sonriente.

— Mmm... qué será... Bueno, mañana nos vemos entonces. ¡Besos!

Les hice saber a mis papás que debía encontrarme mañana jueves con Fabiana.

— ¿Fabiana? ¿Quién es Fabiana? — me preguntó sorprendido mi papá.

— La señora organizadora del certamen en el que participé el año pasado antes de mi fiesta de quince.

— Ah, sí, sí... ahora la recuerdo.

— ¿Y para qué tenés que verla? O ¿qué es lo que tienen que hablar? — consultó mi mamá.

— ¡Yo también quisiera saber eso! — les exclamé dirigiéndome a ambos — Dice que me va a sorprender. La verdad es que no tengo ni la menor idea de qué pretende decirme.

Mis papás opinaron lo mismo que yo: “¿Para qué necesitaría hablar una profesora de hip hop conmigo, una simple bailarina de danzas árabes?”. Al día siguiente lo sabríamos...

Por la mañana ¡mi sonrisa fue doble! Primeramente por Facundo, obviamente, y luego por lo que me esperaba saber a la tarde. Mi papá me acompañó a la parada del colectivo, justo en la esquina de la cuadra,

y notó de gran manera mi alegría.

— ¡Qué lindo verte tan contenta Mary!

— Lo sé... A mí me encanta poder mirarme en el espejo y verme feliz también.

Lamentablemente, estaba llegando el colectivo. Nos despedimos con un beso y rápidamente subí a mi medio de transporte no tan cómodo en comparación a la *Kangoo*.

Aquella mañana en el colegio, ¡se me hizo completamente eterna! Me pareció que cuando más pendiente está una persona del reloj, las agujas más lentas se mueven. ¡Fue insoportable! Hasta que a las 13:00 sonó el timbre de salida y finalizó la jornada. Y así como un ave que está encerrada en una jaula y que al abrirle las puertas sale volando como una ráfaga de viento, así me veía yo aquel mediodía. Me precipité rápidamente hasta la parada del colectivo para estar en casa otra vez.

— ¡Eh Maryam! ¿Qué te pasa? — me atormentó Andrea con su pregunta.

— Nada, nada — le respondí — Cuando lo sepa ¡te cuento! Nos vemos mañana.

Pude notar su cara desorbitada intentando descifrar a qué me referí con “Cuando lo sepa, ¡te cuento!”. ¡Ni yo lo sabía! Qué más podía decir... Fabiana me había dejado con una intriga absoluta por lo de su aviso de anoche.

Al llegar a casa, almorcé la delicia de canelones con salsa y salchichas que mi mamá había preparado.

— ¿Seguro que no se instruyó aunque sea por unos meses en gastronomía? — me pregunto a mí misma cada vez que mi estómago queda satisfecho al saborear sus comidas dulces y saladas.

Ese día, durante la tarde, me eché en la cama con los auriculares y mientras escuchaba música romántica, como era de imaginar, me dormí. Si mi mamá no me hubiese despertado poco antes de las 18:00 no habría ido a lo de Fabiana. Por suerte, me levanté a tiempo para que junto al papá me llevaran a su Estudio.

Al llegar, tres de sus alumnas me saludaron muy felices; pero de verdad, ¡increíblemente contentas!

— ¡Mary! ¡Qué bueno que hayas venido!

— Ay, qué lindo tenerte aquí. ¡Pasá, pasá!

— Fabiana está arriba, andá subiendo. Nosotras vamos a la vuelta a comprar algo para merendar.

— Dale, ¡muchas gracias chicas! — les expresé con la misma sonrisa que ellas me brindaron.

Subí las escaleras y allí estaba Fabi, junto al equipo de música, con unas carpetas y papeles.

—Hola, permiso... — dije al acercarme a ella.

—Maryam bella, adelante por favor. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien gracias a Dios.

—Tus papis, ¿qué tal?

—Ellos también están bien. Ahora se fueron a dar una vuelta por el centro haciendo tiempo mientras conversamos aquí.

—¡Después dale mis saludos! Ellos siempre tan tiernos... ¡acompañándote en todo!

—Sí... me hace feliz que me traigan, me lleven, me acompañen y así...

A los segundos fue al tema puntual de aquella visita y entonces allí me hizo conocer la sorpresa.

—Maryam te hice venir porque deseo y quiero proponerte que des clases de danza árabe en mi propio Estudio.

Mi cara de sorpresa habrá sido tan alarmante que quizá por ello me recalco su pedido.

—Quiero que escojamos los días y horarios que serían para vos, así las dos estamos cómodas. ¿Te parece?

—Pero... pero... Fab... Fabi... — tartamudeé — ¡Todavía no soy profesora! ¡¡¡No tengo título!!!

—Maryam, a mí me importa un pepino si aún no sos recibida. En general, lo que menos me interesan son los papeles. Para mí lo que vale hoy y siempre es lo que cada uno observa como espectador cuando ¡bailás en un escenario!

—Bueno... Gracias por decirme eso, gracias por pensar así estas cosas.

—Pero por supuesto, ¡así deben ser manifestados los pensamientos! Yo soy un queso en lo árabe, quien me conoce lo sabe; lo mío es el hip hop así como lo tuyo es el bellydance. Sin embargo, veo bailarinas de árabe y luego te veo a vos y no sé... ¡tenés un ángel! y a la vez ¡toda una fuerza interior! ¡¡¡Transmitís tanto al bailar Mary!!! Sin incluir ¡el encanto de personita que hay en vos! Por ello es que quiero que estés aquí en mi Estudio, dando clases de lo que tanto te apasiona.

—Fabi, ¿sabés que tengo quince años no? Si me olvido por unos segundos mi edad y el hecho de todavía no ser profesora, sinceramente ¡¡¡me muero por dar clases!!!

— ¡¡¡Sos una genia!!! ¡Una pequeña gigante! — me aclamó.

— ¡Gracias Fabi!

Le hice saber que los días lunes, miércoles y viernes tenía las clases con Verónica. Sin tomar en cuenta de que los miércoles empezaría a tener Educación Física por la tarde, en contraturno dentro de lo que es el régimen del colegio.

— ¿Te gustaría martes y jueves? — dijo guiñándome un ojo.

— ¡Me encantarían esos días! — le expresé.

— Entonces quedamos martes y jueves de 19:00 a 20:00 horas.

— ¡¡¡Sí!!! ¡Perfecto!

— Generalmente las nenas salen de los colegios y jardines de infantes un poquito antes de esa hora. De tal manera, ese horario no sólo quedaría cómodo para mí, sino también para mis futuras aluminitas — pensé.

Tal como acordamos, yo me encargaría de hacer una pequeña difusión con fotos sobre las clases de danza y así publicar aquella información en *Facebook*, con la obvia intención de hacer publicidad. Por otra parte, mis papás se sintieron muy felices al igual que yo, al enterarse de esta propuesta que permitía una linda experiencia para mi crecimiento como bailarina y sobre todo como persona.

Días posteriores, Eliana se enteró de este proyecto, queriendo saber aún más.

— ¡Hola Mary! ¿Cómo estás?

Y ahí mismo por el chat, le respondí.

— ¡Eli! Todo bien y ¿vos?

— Bien, con un poco de dolor de ovarios; pero bien.

— Uy, tomate una pastilla para que se te pase — le dije.

Pasaron sólo unos minutos cuando formuló la pregunta más importante.

— Vi que estás por empezar a dar clases. ¿Quién es Fabiana? Porque noté que la nombrás como la directora de todo esto.

— ¡Sí! La próxima semana ya empiezo... el primer martes de abril. Fabiana es una profesora de hip hop, nos conocemos ya que el año pasado participé en el certamen que ella organizó. Y ahora desea que yo dé clases de árabe en su Estudio.

— Ah... ¿Sabe que no tenés título de profesora?

— Obvio que lo sabe. Se lo dije; pero no le importan los papeles. Ella ve lo que soy estando arriba de un escenario; mi potencial... esa es la palabra que utilizó cuando hablamos el otro día — le compartí.

Eliana se desconectó del chat sin decirme más nada. No sé si habrá sido mi imaginación o no; pero la había notado un poco rara en aquella conversación... un poco cortante.

Esa misma tarde tenía la clase de Verónica en el salón del club. Y debo admitir que no me hizo sentir nada bien cuando enunció palabras con un tono de voz enojada.

—Maryam, al terminar la clase debo hablar con vos — dijo seriamente.

—Sí... — me detuve a decirle; su voz y mirada no se tornaban ni un poquito amigable.

Cuando finalizó la hora las chicas fueron al baño, para cambiarse y refrescarse un poco. Vero nos siguió, pues yo estaba allí con ellas.

Mientras Daniela y Rosario hacían lo suyo, me senté en la banca del pasillo a esperarlas. Mi profesora se me acercó.

—Maryam, ¿cómo es eso que estás por empezar a dar clases sin ni siquiera avisarme? ¡Y más aún, en un estudio de otra profesora!

—Ah sí... Estoy por dar clases los martes y jueves en el Estudio de Fabiana, la profesora de hip hop, ¿te acordás?

—Sé quién es Fabiana; pero no sé quién sos vos al no haberme pedido permiso para hacer lo que estás haciendo. ¡YO SOY TU PROFESORA! La persona que te dice si estás o no apta para dar clases. Hasta que no tengas el título del último año del Profesorado aprobado ¡vos seguís siendo mi alumna Maryam! — me vociferó casi gritándome.

—Pero Veronic... — le dije, antes de que me interrumpiera al no dejarme hablar.

—¡¡¡Tenías que haberme avisado con detalles sobre esto Maryam!!! Y no haber hecho que me entere por *Facebook*, de la boca de otra persona.

En ese momento supuse que por lo visto Eliana le habría comentado.

—Mira Vero... Fabiana me ofreció esta propuesta y yo estuve encantada en aceptarla. Además, me re gustó la oportunidad que me está dando.

—Pero si tanto querés dar clases, ¡decímelo a mí! Y te asigno horarios para que les des clases a las nenas más chiquitas allá en el barrio, en la sede de la Academia. No hay por qué aceptar oportunidades de profesoras que ni siquiera son de nuestro ambiente.

Al intentar comprender si su permiso de dar clases era aceptado o completamente rechazado, sentí ese nudito en la garganta que me avisaba que las lágrimas estaban a punto de surgir. No sé cómo lo hice; pero, ¡las contuve con el mismo enojo que tenía en aquel instante!

—Al final... ¿puedo dar clases en lo de Fabi o no?

—¡No Maryam! Ya te dije, creo que quedó todo bien en claro. O si no, que tu papá y tu mamá vengan a hablar conmigo la próxima clase.

— Está bien, les avisaré así hablan con vos la próxima clase — finalicé dolida.

Al rato ya me encontraba caminando hacia la parada del colectivo. Estando sola me hice esta pregunta: “¿Cómo es posible que tu propia profesora no te permita un crecimiento que otra persona te está brindando?”. Al pensar así, debo admitir que aquel nudito sentido en mi garganta momento atrás, no resistió más y se desató. Cayeron por mis mejillas unas que otras lágrimas, pues mi profesora ¡me estaba prohibiendo hacer algo hermoso que tanto deseaba!

Al llegar a casa lo primero que hice fue dibujar en mi cara una falsa sonrisa delante de mi familia. Luego encendí la computadora e ingresé directo a mi *Facebook*, con la clara intención de desahogarme por la tristeza que sentía. Hice público mis palabras con respecto a tener un sueño en la vida... y que la persona más allegada a vos no te permita vivirlo.

Cuando una persona finge una sonrisa, quienes están a tu alrededor y verdaderamente te conocen, saben que no está siendo natural. De tal modo, mis papás lo intuyeron.

— Mary, ¿te sentís bien? ¿Todo excelente en el colectivo?

— ¿Qué tal la clase de hoy con Vero? — completó mi mamá.

Mi afligida mirada dio inicio a relatarles lo que pasó con Verónica. Me dijeron que me quedase tranquila, que no me pusiera mal. Ya hablarían con ella para hacerla recapacitar sobre lo sucedido. Verdaderamente, ¿por qué prohibir el hacer algo que no es malo, sino al contrario, bueno y hermoso?

A la mañana siguiente, en el colegio, Facundo me alegró la jornada.

— Rulitos... ¿así que bailás árabe? Mirá de lo que me vengo a enterar viendo la publicidad de tus clases en *Facebook*.

— Ay Facu — le dije — ¡Pero si mi perfil de *Facebook* está prácticamente lleno de fotos de danza! ¿Recién lo notás?

— Sí, es que soy un poquitito colgado con las fotos, publicaciones y todo eso — me dijo riéndose.

¡Su contagiosa sonrisa me hizo reír a mí también! Y como era de suponer, cada vez que estaba a su lado, la bandada de mariposas seguía aleteando en mi panza.

Más tarde, ya en clase de Matemática, el celular me vibró en el bolsillo de la chomba. Era un mensaje de texto. Disimuladamente lo puse bajo el banco para poder leer tranquila sin que el profesor viera que estaba utilizando el celular en hora de clases.

—Maryam ¿por qué pusiste esa publicación anoche? Yo nunca te dije “te prohíbo dar clases”, sólo que no me parece correcto lo que estás haciendo. Verónica.

¡Debía responderle! Sino después diría que no quise contestar su mensaje.

—Profe ¿puedo ir al baño?— le consulté luego de haberme acercado a su pupitre.

—Sí, andá. No te demorés.

Y teniendo el celular en el bolsillo, salí del aula. Allí en el baño, me tomé unos tranquilos minutos y le respondí.

—Perdón si te molestó lo que publiqué; pero fue así como lo sentí. No me lo prohibiste; pero como te digo ¡es lo que sentí Vero!

Por otro lado, ¿cómo supo que ese estado mío en *Facebook* era por y para ella? Yo no había dado nombre... era seguro que se había sentido “tocada” con aquella publicación, siendo consciente que de alguna manera u otra me estaba prohibiendo ese maravilloso proyecto.

Al otro día, después de hablar personalmente mis papás con Vero, la situación quedó mejorada. Ellos notaron que más allá de considerar si yo me encontraba capacitada o no para dar clases, mi profesora se había molestado por el hecho de que no le avisé nada sobre el tema, dando lugar así a que se enterase sola a través de una red social como es *Facebook*.

—¿Les parece si de ahora en más, Maryam me tiene al tanto de todo?— expresó Verónica dirigiéndose hacia mis papás.

—¡Me parece perfecto! Eso es lo que sucede justamente... hay una total falta de diálogo entre ambas— opinó mi papá desde su posición.

Y siguió diciendo...

—Llevo veinte años en la docencia en diferentes colegios secundarios. Y sé que el diálogo entre profesor-alumno, alumno-profesor es fundamental para que haya un buen entendimiento de las dos partes.

—Sí... debe ser así— acotó Verónica— Y ¿será posible que borre la publicación que hizo en su *Facebook* la otra noche? O que aclare que ya todo pasó; pues está dando malos entendidos hacia mis otras alumnas.

—Bien, ya lo aclarará— dijo mi mamá mirándome— Aunque borrarlo no creo que lo haga. Publicar aquello es la forma de los adolescentes en buscar atención alrededor o sencillamente desahogarse.

Cuando ya estuvo la situación arreglada, queriendo Vero retorcer la propuesta, volvió a comentar.

—¿Entonces cómo quedamos? ¿De todas formas este martes irá a dar

clases en lo de Fabiana?

Y adelantándose mi papá, respondió a sus preguntas.

— Va a ir; pero no podremos saber qué pasará hasta ver si tiene alumnas.

— Hemos sacado un aviso por *El Diario Chiquito* con foto e información sobre las clases y, aunque un par de chicas y nenas han llamado preguntando, aún no hay inscriptas— expresó mi mamá.

— Así son las cosas. ¡El inicio siempre cuesta un poquito! — dijo Vero.

Mientras observaba su mirada me acerqué a ella para darle un abrazo.

— Vero, perdón si dije algo que no te haya gustado. Me sentí molesta y confundida con todo esto... Perdón, ¿sí?

— ¡¡¡Mi reina!!! ¡Está bien! Como dicen tus papis: diálogo es lo que falta entre ambas y que quizá sobra con las otras chicas. A partir de ahora estaré siempre dispuesta a escucharte, como vos a mí.

Estuve toda la tarde en el Estudio de Fabi aquel martes. Sólo estábamos ella y yo. Le compartí lo sucedido con Verónica y, estando en desacuerdo con sus palabras, me dijo riéndose:

— ¿Tanta movilización y apoyo de parte de tus papás para que tu profesora finalice la charla preguntando a los tuyos si hoy vendrías? ¡Por Dios! Con todo respeto, ¡cuánto desorden en su propia cabeza!

No me molestó en absoluto lo que dijo, pues yo pensaba más o menos lo mismo.

Lamentablemente, cada martes y cada jueves fueron pasando sin que diera clase alguna. Me dolía decirlo; pero si no lo hacía me hubiese estado engañando a mí misma... ¡¡¡No tenía alumnas!!!

Fabiana, siempre alentándome, me compartía sus experiencias al abrir su Estudio años atrás.

— Cuando empecé a dar mis clases, sólo tuve tres alumnos inscriptos: dos chicos jóvenes y una niña. Recuerdo que el hip hop apenas se estaba dando a conocer, ¡así que imagínate! Fue un buen inicio por aquel tiempo.

— ¡Qué lindo! ¿Pero cómo lograste llegar hasta aquí iniciándote sólo con tres alumnos?

— ¡Todo va surgiendo con el tiempo mi querida Maryam! De a poco fui compartiendo este baile y haciéndome conocer como profesora; a tal punto que llegué a ser la más vista aquí en Salta en este estilo de baile.

— ¡Sí, lo sé! ¡Fabiana la mejor en hip hop! — le aclamé sintiéndome feliz por ella.

—¡Vos sos tan jovencita!— me dijo tiernamente— Me parece que el tiempo se encargará de hacerte saber cuál es el mejor momento para que empecés a dar tus clases de danza árabe.

—Sí, eso me parece a mí también.

—¿Sabés una cosa? Por ahora no tendrás alumnas, pero tenés el recuerdo y la experiencia de saber que lo intentaste. ¡Luchaste por lo que querés incluso contra quienes parecían impedirte! ¡Eso ya es un acto grande!

—No lo vi desde ese punto... ¡tenés razón! ¡¡¡Gracias!!!— le dije mientras seguía asintiendo con la cabeza.

De regreso en casa, mi papá me dijo algo similar a lo que Fabiana me expresó.

—Es la voluntad de Dios Padre, no la tuya Maryam, el hecho de que no tengás alumnas. ¡Pues hicimos todo de nuestra parte! Abonamos para que salgan los avisos por *El Diario Chiquito*, pegamos carteles por las calles e hiciste publicidad en Internet. La conclusión de lo que está pasando, como te dije recién, es por la voluntad del Todopoderoso. Dejemos que Él mismo sea quien se encargue de otorgarte en el tiempo preciso ¡la realización de tus sueños de dar clases de danza!

¡Cuánta razón la de mi papá! Cómo no decirle que es el mejor padre del mundo, si posee cada palabra perfecta para expresarlas en el justo momento.

Luego de haberle agradecido como por décima vez, virtual y personalmente, a Fabiana por el espacio y el tiempo que me brindó en su Estudio, más allá de no haber obtenido el resultado que pretendíamos, intenté mentalizar que lo necesario para mi vida surgiría de las manos de Dios en la etapa correcta.

CAPÍTULO 15

“Viajando a San Miguel de Tucumán”

Se avecinaba un certamen en la ciudad de Tucumán a fines del mes de abril. Gracias a Nadia, la secretaria de la *Asociación Latinoamericana de Danzas*, quien me comunicó por *Facebook*, lo supe. Sólo tenía que hacerles saber a los señores de la casa sobre aquel tan interesante encuentro en El Jardín de la República.

– Papi...

– ¿Sí? – me dijo luego de haber tragado la hamburguesa.

– Hay una competencia de danza en Tucumán... ¡ahora a fin de mes! La participación en un solista sale \$50, se puede pagar depositando el dinero en la cuenta del banco de la señora organizadora o si no ese mismo día del certamen. Ah... y se va a realizar en un hermoso Teatro que se llama *La Paz* – le dije de golpe toda la información – ¡Quizá lo conocés!, vos que naciste en esa ciudad.

– ¡Qué bueno! Y encima ya tenés hasta la mínima información detallada. ¿Querés que vayamos? – me preguntó alegre y a la vez seguro de sí mismo, al dar por obvia cuál sería mi respuesta.

– Ajam... ¡me súper encantaría! Aunque me parece que tendría que faltar un lunes al colegio; el evento se inicia el sábado por la mañana y la entrega de premios es al día siguiente, domingo por la noche. Mi categoría participa ese mismo domingo, en horas de la tarde.

– Claro, deberíamos viajar en la *Kango* el sábado, llegamos y nos instalamos tranquilos en un hotel; el domingo sería exclusivo para tu danza y ya el lunes estaríamos de regreso. No importa la inasistencia de ese día mi tesoro – me aseguró – porque nunca faltás al colegio, así que la ausencia a clases por un día no perjudicaría en absoluto.

– ¿¿¿Qué??? – se interpuso mi mamá al escucharnos hablar – ¿A dónde viajaremos un sábado para volver un lunes?

– ¡A Tucumán! – grité feliz – Va a haber un certamen, Nadia me comunicó por *Facebook*.

Gabriel, que había estado en su habitación estudiando un libro sobre Mecánica Racional (¿¡Qué corno será eso!?), fue a la cocina a saborear su hamburguesa y, escuchando aquella charla, dio pie a que mi papá lo invitase. Al igual que Mica, ya encontrándose allí con nosotros también.

– ¡A fin de mes nos vamos a Tucumán! – dijo incluyendo a la mamá y a mí – ¿Les gustaría acompañarnos?

– Me gustaría, pero los parciales de la Universidad son poco después de esas fechas. Sería mejor que me quedara estudiando –

comentó Micaela.

— Yo no debo hacer nada. No tengo ningún examen que rendir en el *CEDSa* cerca de esos días — dijo Gabriel.

De hecho, no lo mencioné, mi hermano ya estaba cursando a distancia los tres últimos años del secundario en el *Centro de Estudios a Distancia de Salta*. Allí se ofrece una modalidad para terminar los estudios secundarios de manera online, con clases presenciales optativas y exámenes finales obligatoriamente presenciales. Quizás unos meses más bastaban para acabar con las materias del nivel medio y por fin dedicar todo su tiempo al estudio universitario.

— ¡Muy bien! — exclamó mi papá — Entonces Gabriel nos acompaña y Micaela se queda aquí en casa.

— Maryam, después anotame la dirección exacta del Teatro así busco un hotel cerca del mismo — me dijo mi mamá.

— ¡Acá la tengo! — le dije mostrando una anotación — El Teatro se encuentra en la calle 9 de Julio 162.

Tal como habíamos quedado, el diálogo con Verónica debía ser más profundo. Por lo tanto, en clase le conté que viajaría junto a mis papás y mi hermano a Tucumán con el objetivo de participar en un certamen. Como así también le hice saber que deseaba una nueva coreografía para presentar.

— ¡¡¡Tucumán!!! ¡Qué bueno Mary! ¿Y qué coreo nueva te gustaría?

— Quiero bailar con los abanicos de seda. Los compré hace unos meses por *MercadoLibre*, ¿te acordás? Y hasta ahora nunca los utilicé.

— ¡Ay sí! Con los abanicos bailarás genial.

— ¿Podemos la clase que viene empezar a marcar la coreo? Ese día te traería los \$50 para pagar la preparación de la coreografía — le propuse.

— Dale Mary, para la próxima clase vení media hora antes de que inicie con las chicas del Ballet ¿te parece?; pero te aviso que ya no es \$50 sino \$100 por la coreografía.

— Ah, está bien. Quedamos entonces a las 16:00.

— Sí — me asintió con la cabeza — A esa hora te espero.

Desde hace tiempo que tenía en mente una buena música para aquel nuevo elemento. Era un tema que Larissa puso de melodía de fondo en la edición de un video de sus fotos. ¡La verdad que era imposible no darse cuenta de que ella era mi ídola! Pues conocía de memoria, de punta a punta, sus videos en *YouTube*, al igual que cada una de sus preciosas fotos en *Facebook*.

Le pregunté a Verónica si era posible marcar la coreo con ese tema y si la música era adecuada para los abanicos. Me hizo saber

que estaba ¡perfecta! El estilo moderno que los abanicos de seda representan quedaría fantástico con aquel tema, a tal punto que me pidió si podía pasarle una copia de la música en un CD.

Las semanas pasaron y ¡aún no estaba inscrita para la competencia! Entonces aquel día llegué del colegio e inmediatamente entré a mi *Facebook* para hablar con mi profesora y recordárselo.

— Vero, le estoy por mandar las cuatro planillas de inscripción a la organizadora. Tres coreos que son las mismas del año pasado y la cuarta, la nueva, con los fan veils.

— No Maryam, todavía no las mandés. Porque no sé si llegaremos a tiempo para que te termine de marcar la coreo.

Y a los segundos nomás, me avisó...

— Hoy no habrá clases, estoy enferma y debo hacer reposo. ¿Les podés avisar a tus compañeras?

— Bueno, ahora les mando mensajito. ¡Espero que te mejores Vero! — le dije dulcemente — En cuanto al certamen ¿te parece que termine yo sola de crear la coreografía?

Pero ¡no me respondió nada! Les dije a mis papás ¡qué debía hacer! Si inscribirme yo sola, hablar por mi cuenta con la organizadora sobre los papeles o esperar tener lista la coreografía para recién anotarme.

— ¿No es este martes que cierran el cupo de inscripciones? — me recordó mi mamá — Estamos a viernes, ¡una semana más y ya viajamos! Dejele un mensaje a Vero diciendo que vos te encargás de inscribirte.

— ¡O mejor llamala por celular! — propuso mi papá.

La llamé tres veces y nada... ¡no atendió el teléfono! Entonces, junto al mensaje anterior de “¿te parece que termine yo sola de crear la coreografía?” le mandé otro diciendo: “Ahora estoy por mandarle a la organizadora las fichas de inscripción porque si no ya van a cerrar los cupos. ¡Te quiero! Besos.”

Vero tampoco dio clases en el resto de la semana. Eso me hizo sentir segura al haber tomado la decisión de terminar sola la nueva coreografía que, por las ausencias de ella, quedaría incompleta.

El viernes por la noche, luego de realizar todos los trabajos y tareas del colegio para quedar al día con las asignaturas, ensayé por última vez cada una de las cuatro coreografías. El espacio en el living de mi casa no favorecía para bailar, sobre todo con los fan veils que se engancharon incontables veces en la lámpara araña colgada del techo; no sé cómo, de pura suerte, ésta no se descolgó ni se rompió. Sin embargo,

ensayé cada coreografía lo mejor que pude por ser la última vez que las practicaría. Al rato, me duché, preparé las valijas y me fui a descansar para el gran día.

Ese sábado me levanté antes de que el despertador sonara. Sin dudas, mi reloj biológico se encontraba más despierto y eufórico como nunca antes. Fui hasta la cocina, eché un vistazo hacia el microondas y vi que éste marcaba las 6:17. A las 6:30 se levantaron mis papás y mi hermano para hacer lo suyo y estar listos para iniciar el viaje que nos esperaba.

Bailar en otra provincia... pisar un escenario nunca antes visto... estrenar aquel nuevo elemento tan colorido... ¡UN INSÓLITO SUEÑO SURGÍA EN MÍ! Cuando nos detuvimos con la *Kangoo* en las cabinas de *Aunor* para pagar el peaje de la ruta, noté la realidad en mi cabeza, que hasta hace horas atrás sólo brotaba en mi corazón:

— ¡Estamos viajando a San Miguel de Tucumán a causa de esta inexplicable y hermosa pasión que circula por mis venas!

Durante las cuatro horas que duró el viaje aproximadamente, la *Kangoo* se fue transformando en distintos ambientes. Primeramente fue el medio de transporte, claro; sin embargo, “discoteca” habría sido su segundo nombre y “restaurante”, sin dudas, el tercero. Al unir las tres funciones el resultado se hacía notar: Maryam, Gabriel y sus padres viajando por la Ruta Nacional 9 hacia Tucumán, mientras escuchaban música, charlaban y reían en familia, a la par de almorzar los sándwiches de ternera preparados por el mismo chofer antes de partir. Pero, ¡ajo eh! Él no descuidaba ni un segundo la vista de la ruta; si quería comer, su acompañante (la mujer copiloto) le daba en la boca junto a besos el sanguchito, pues la hora de la comida ya había llegado.

— ¿Viste que podemos escribir un libro contando toda esta historia? — le dije a mi papá riendo.

— ¡Eso no es nada! — comentó mi mamá — ¿Y el policía que nos hizo parar con la intención de pedir y revisar papeles de la *Kangoo*; pero al notar que se trata de una familia alegre y unida, al final nos permite pasar de largo sin pedir nada?

— ¡Es por culpa del papá! ¡Su mirada tan tierna delata lo bueno que somos! — les aclamé.

Verdaderamente, un policía nos había detenido en medio de la ruta. Estaban controlando el tráfico de drogas, además de los papeles; pero al hacerlo, el gendarme nos miró, lo observó a mi papá por la ventanilla y dijo: “Bien, bien... sigan no más. ¡Buen viaje!”.

Más tarde, al entrar en el centro de la ciudad, fue tal el tránsito de

vehículos que habremos tardado como media hora en llegar al hotel. Éste se situaba en la calle Congreso, en la misma cuadra del *Museo Casa Histórica de la Independencia*, más conocido como *La Casita de Tucumán*.

La cochera del hotel estaba a media cuadra. Por lo tanto, aparcamos allí la *Kangoo* y empezamos a bajar todos los bolsos y valijas hasta ingresar a lo que sería nuestra casa por unos días.

“*Hotel Brisa*” pude leer en la alfombra de entrada. Parecía un cálido lugar... deseé que la habitación que nos tocara lo fuera también.

— ¡¡¡Bienvenidos!!! ¿Ustedes son la familia Dimín de Salta? — nos preguntó un señor de edad avanzada que estaba sentado tras un mostrador, al cruzar la puerta de entrada.

— Así es. Familia Dimín de Salta — afirmó mi papá.

Llenó los datos de los pasajeros en la planilla, como así también los de la *Kangoo*. Nos entregó la llave de la habitación y seguimos al señor por las escaleras hasta aquella puerta... la puerta de la habitación N° 23.

Una cama matrimonial, una chucheta, la televisión y una mesita. Es lo que había en ella. Y tras una puerta, el baño. Pequeña la pieza; pero sin dudas, acogedora.

Gabriel y yo ¡parecíamos niños! o incluso ¡monos! La cama chucheta, vaya a saber por qué, no poseía una escalerita; por eso ambos intentábamos treparnos a ella antes de que el otro subiera. Sin pensarlo, prácticamente el juego consistía en que quien llegara a colocarse primero en el colchón, aquél dormiría arriba. Lógicamente, ninguno de los dos quería dormir en la parte de abajo, ya que dormir arriba era toda una aventura.

— Eh ¡no! ¡Pará! — le grité entre risotadas en un momento.

¡Pero no podía seguir hablando! Las cosquillas que él me hacía no me dejaban reprochar más nada. Y como era de suponer, él llegó primero arriba. En conclusión, yo dormiría abajo, ¡mala suerte la mía!

Con una poderosa siesta durante la tarde, recargamos nuestras energías. Y al despertarnos decidimos ir a conocer aunque sea una porción de Tucumán. Como antes mencioné, mi papá nació allí; pero ni Gabriel ni yo conocíamos lo que esa ciudad atesora.

El hotel estaba situado en una tranquila peatonal y caminamos unos metros hasta llegar a *La Casita de Tucumán*. Estaba abierto y decidimos ingresar. Su patrimonio museológico es sumamente increíble...

Tras una repisa de vidrio se mostraba una pequeña y delicada pieza en forma de águila tallada y labrada en plata, perteneciente al siglo XVIII; leí y aprendí que durante su época aquel objeto era de uso religioso en distintos tipos de ceremonias en el Alto Perú. En un estante un

poco más grande se exhibían las abundantes monedas y medallas conmemorativas del siglo XIX. Luego entré a una sala de gran amplitud y allí estaban colocados la mesa y los sillones usados por las autoridades de ese día 9 de julio de 1816; también había unos admirables retratos de los veintinueve congresales que firmaron el Acta de la Declaración de la Independencia. Me sorprendió saber que esta habitación fue la única que conservó su estado original, ya que no sufrió las alteraciones de las épocas posteriores como las demás. Y debo admitir que mi mayor atención se centró en dos enormes murales de bronce que se hallaban en el tercer patio del museo, que fueron esculpidos por *Lola Mora* en el año 1900; el primer bajorrelieve daba a conocer la constitución de una junta de gobierno criollo en reemplazo del virrey español el 25 de mayo de 1810 en el Cabildo de Buenos Aires, y el segundo mural mostraba la declaración de la Independencia en el propio Tucumán, el 9 de julio de 1816.

— ¿Qué hora es? — preguntó mi mamá en un momento.

Tuve que dejar de admirar tantas reliquias del pasado para sacar mi celular del bolsito, que llevaba colgando en el hombro, para fijarme la hora.

— Son las 19:30 má — le respondí.

— ¡Entonces vámonos! — exclamó — Porque me parece que la oficina de atención al turista sólo está abierta hasta las 20:00.

— Ah, claro. Debemos irnos así preguntamos por lo del zoológico — comentó mi papá.

Crucé una mirada con Gabriel para saber si entendía de qué hablaban los mayores; pero al ver su cara extrañada como la mía, supe que tampoco entendía nada al respecto.

— ¿Zoológico? ¿Qué zoológico? — les pregunté dirigiéndome a ambos.

— En la entrada a Tucumán hay uno. No sabemos bien cuál es la ruta que se debe tomar para llegar, eso queremos preguntar — compartió mi papá — El lunes antes de volver a Salta podríamos conocerlo, ¿les parece?

— ¡Genial! — grité.

— Sí, me gusta la idea — dijo Gabriel.

Ya en la oficina de turismo, mientras una señorita les informaba a mis papás de todas las atracciones que se encuentran en aquella ciudad, le pedí a Gabriel que me sacara fotos con cada objeto que había allí.

— Vení, sacame una foto acá... sentada en este bello sillón.

Me la sacó y seguí...

— Ahora con ¡Mercedes Sosa! ¡La estatua parece de lo más real!

— Mary... — me dijo — ¿Qué tal la cámara digital que te regalé?

— ¡Ay me encanta! — le exclamé mientras la tenía sujeta entre las manos contra mi pecho.

— ¿Y tus uñas?

— Amm... por ahí andan — le respondí mientras intentaba esconderlas — Están creciendo de a poquito otra vez, después de la matanza que “alguien” me hizo perpetrar.

— El trato no fue así ¿no? Te las debías cortar y no dejar crecer más para recibir la cámara a cambio.

— ¡Perdón!; pero es que... ¡todas las bailarinas las tienen un poco largas! ¡Ya te lo dije!

— ¿Vamos saliendo hacia el shopping? — nos interrumpió mi papá.

— ¡Sí, vamos vamos! — le respondí.

No tenía ni la menor idea de que entre los planes de aquella noche se encontraban conocer uno de los shoppings; pero con tal de evitar la discusión sobre mis uñas, accedí en ese mismísimo instante.

Al llegar, advertí que el estacionamiento del shopping ¡es un enorme y completo laberinto! De hecho, el propio shopping ¡abarca varias manzanas! ¡¡¡El de Salta apenas si llega a una!!!

Intentamos pasear por muchos de sus lugares; pero es tal el espacio que abarca cada negocio que nos perdíamos y no recordábamos si ya habíamos andado por allí anteriormente. La sala de juegos, por ejemplo, ¡es todo un paraíso de diversión! Me hubiese gustado volver a ser una niña y medir menos de 1,20 m para ingresar a aquel grandioso pelotero. Luego caminamos un poco más hasta encontrar el cine.

— ¡Debo confesar que me encanta lo originales que son los tucumanos! — me dije.

Pues al mostrar las películas que están en estreno no utilizan una simple foto de portada como las publicitan en la ciudad de Salta; allí en Tucumán ¡son trailers de las propias películas! Éstos están expuestos sobre la pared en distintas pantallas. Publicitando de esta manera, quién no ha de querer ingresar a una de las salas a ver el estreno, anticipando ya un pedacito de la película en una pantalla sobre la pared.

Sin pensarlo demasiado, nos dimos el gusto de cenar ahí. Fuimos al patio de comidas y pedimos hamburguesas con papas fritas.

— ¡Con *Kétchup*! — dijo mi hermano.

— ¡Y con *Pepsi* eh! — les advertí a mis papás, mientras se me hacía agua la boca al imaginar lo que sería disfrutar de mi bebida favorita junto a aquella comida que se veía tan prometedora.

Cuando dimos fin a aquella salida, regresamos al hotel. Debíamos despertarnos temprano al día siguiente, no podíamos seguir deambulando pacíficamente a la par de las estrellas.

El día domingo se inició con un calentito café con leche que proporcionaba *Brisa Hotel* como desayuno.

—¿No habrá té sabor a manzana?— le pregunté a mi mamá, ya sentadas a la mesa.

—No creo Mary. El señor sólo dijo café con leche. ¿No te gusta mucho verdad?

—Ajam... Bueno, no importa. Le diré a mi estómago que sólo por hoy desayunaré algo diferente.

Tras el mostrador, en la recepción, se encontraba en la pared un enorme espejo. Mis ideas, siempre relacionadas con la danza, preciosamente han de ser inevitables.

—Papi, al terminar el café con leche ¿le podrías preguntar al señor si puedo utilizar aquel espejo— le dije señalándolo— para maquillarme y así estar lista para el certamen?

—Dale tesoro. Ahora le consulto.

Mi papá le preguntó y el señor muy amablemente no tuvo inconveniente de decir que sí. Incluso compartieron palabras inesperadas...

—Perdón que pregunte, pero, ¿vos sos hijo del Pelao Miguel Ángel?— le expresó el señor.

Mi papá, completamente sorprendido al escuchar que alguien preguntase por su padre, quien falleció hace ya más de diez años, respondió:

—Sí, Miguel Ángel fue mi padre. ¿Cómo sabe que soy su hijo? ¿Usted lo conoció?

—El Pelao y yo siempre nos cruzábamos en la oferta de las mercaderías que vendíamos. Percibí que sos su hijo porque tenés exactamente la misma mirada cautelosa y brillante que él poseía. Además, el apellido lo dice todo también, no es común.

—¡Qué recuerdos! Y sí, mi papá fue un hombre muy conocido por trabajar de preventista en las ciudades.

—¿Cómo está tu hermano? ¿Y tu mamá?— le preguntó el señor a mi papá.

—Y supongo que están bien. Estos últimos años que pasaron no nos juntamos para compartir; hay ciertos choques de ellos dos conmigo y mi familia— comentó mi papá, un poco dolido y apenado.

—¡Eh pero qué tristeza! Cuánto lo siento— se lamentó para sí el

señor, como arrepintiéndose de haber preguntado — Como siempre digo, los problemas familiares siempre van a existir. Es inevitable que de una casa a otra no se hagan presentes las diferencias — aseguró con humildad.

Yo tenía apenas dos años de edad cuando Miguel Ángel, mi abuelo paterno, falleció. Él sí me conoció; pero yo, a él, no. Pues al ser pequeña en ese momento, es complicado recordarlo ahora en grande.

Me fui. Subí las escaleras hasta nuestra habitación para agarrar mi mochilita portacosméticos y nuevamente bajé. Una vez más, parada frente a un espejo, dispuesta a maquillarme para bailar, recordé que debía realizar un curso de pinturas, maquillaje o algo parecido. No era muy buena en eso y, como era de esperar, Eliana no estaría toda la vida a mi lado haciendo el papel de maquilladora profesional.

No bien estuve lista, partimos hacia 9 de Julio 162. Fue reconfortante cargar con la valija repleta del vestuario a utilizar, estando a tan sólo dos cuadras del Teatro. Fue buena la proposición de mi mamá al plantear: “Busquemos un hotel que esté cerca de donde vas a bailar”. Y excelente la idea de mi papá de querer que el alojamiento disponga de una cochera para tener guardada y segura la *Kangoo*. ¡Perfectas sus ideas!

Hasta que llegase mi turno de subir al escenario, disfruté de ver y aplaudir a las otras bailarinas, cada vez que pisaban ese paraíso de madera para ser calificadas por los miembros del jurado.

— Che Mary, ¿no querés preguntarle a la misma señora que nos cobró las inscripciones de los bailes, cuándo piensan llamar a las categorías más grandes? — me dijo mi mamá, sintiéndose molesta por llevar ya cerca de tres horas esperando.

Me voltéé para observarlo a mi papá y averiguar cuál era su estado “de espera”. Sin embargo, él se encontraba paciente y feliz.

— ¡Tesoro! — me exclamó al verme — ¿Estás nerviosa?

— No papi, ni un poquito. Me siento segura al hacer lo que me apasiona; nervios para siempre en “modo off” — le dije graciosamente.

“¡Cómo lo amo!”, sentí estas palabras en mi interior. Haciéndome el aguante nuevamente y apoyándome en todo. Lo miré a Gabriel y éste disfrutaba muy absorbido leyendo un libro de Ajedrez, sentado en la butaca. Me faltaba la presencia de Micaela nomás, y ya estaría la familia completa.

— ¡Qué hermoso pertenecer a esta familia! — le dije a mis propios pensamientos.

Siendo cerca de las cinco de la tarde llegó mi momento. Y entonces

se escuchó por los parlantes:

—Número de orden 264: Maryam Dimín. Categoría: Juvenil. Obra: Wings. Maestra preparadora: Verónica Cardozo de la ciudad de Salta.

Crucé las cortinas del escenario y bailé... En aquella coreografía sentí que, por más que no tenga alas para volar, bailando puedo sentirme en el cielo mientras mis pies están en la tierra. ¡Fue inexplicable lo que las wings de lamé plisado en color tornasol produjeron en mi espíritu!

Al rato, mis sentimientos se expresaron nuevamente.

—Número de orden 272: Maryam Dimín. Categoría: Juvenil. Obra: Percusión. Maestra preparadora: Verónica Cardozo de la ciudad de Salta.

En danza árabe, bailar una percusión requiere de la mayor fuerza y energía posible. Por lo tanto, me dejé llevar por los cortes y los golpes de la música, y entonces surgió desde mis entrañas un poder que ni yo misma sabía que poseía para una percusión.

Incluso más tarde, los aplausos siguieron resonando...

—Número de orden 300: Maryam Dimín. Categoría: Juvenil. Obra: Baladi. Maestra preparadora: Verónica Cardozo de la ciudad de Salta.

De a poco descubrí que la palabra “favorito” designa lo que un baladi significa para mí. Sin dudas, ¡mi estructura musical preferida dentro de la danza árabe!

Finalmente, no hubo mejor manera para mí que terminar mis presentaciones en el certamen con la nueva coreografía.

—Número de orden 311: Maryam Dimín. Categoría: Juvenil. Obra: Fan Veils. Maestra preparadora: Verónica Cardozo de la ciudad de Salta.

Subí nuevamente al escenario con un solo objetivo en mi cerebro y en mi corazón: ¡ser feliz en ese instante de pura pasión!

Y así fue, ¡más aún con esos aplausos que escuché al terminar de bailarla! Definitivamente, eran sonidos que gratificaban mi espíritu, al mostrar que mi actuación resultó deslumbrante. Bajé del escenario y fui hasta las butacas para encontrarme con mis hermosos acompañantes.

—¡Excelente tus cuatro presentaciones! ¡¡¡Bravo Mary!!!— me exclamó mi papá.

—¡Siempre muy bonita!— completó mi mamá.

—Te filmé con la cámara los cuatro bailes que hiciste— me dijo Gabriel— Espero que te gusten.

—¡Seguro que me gustarán!— le agradecí— Voy al vestuario a cambiarme y las vengo a ver, ¿sí?

El certamen seguía en marcha... Todavía faltaba que participen chicas

de la misma categoría a la que yo pertenecía, como así también las Profesionales en todos sus diferentes estilos.

Como para despejarnos un poco y de paso hacer tiempo hasta la noche en espera de los premios, mi papá propuso que vayamos al *Parque 9 de Julio* a ver el precioso reloj de arbustos y flores, entre otras tantas bellezas naturales que este espacio verde provee, desde que fue creado en conmemoración a los cien años de la Independencia Argentina.

—¿Y podemos subir al tren? ¡Ese que te lleva a dar la vuelta entera por todo el Parque! El trencito que nos comentaste... — le recordé.

—¡Por supuesto! Esa es la intención también, aprovechar que estamos aquí para disfrutar lo que El Jardín de la República proporciona.

—¡Genial! ¡Vámonos entonces! — exclamé mientras alzaba mi bolso que estaba colocado al lado de la valija de los trajes.

Antes de dirigirnos al Parque, pasamos por *Brisa Hotel* a dejar los bultos que llevábamos con nosotros. Pues subir a un simpático tren con semejantes valijas sería de lo más incómodo.

Ya en el Parque, admiré el reloj de césped de dos metros de ancho por otros dos de largo. ¡Es completamente fabuloso! Diferentes y delicadas flores multicolores trazan los números del uno al doce en notación romana; a su vez todos esos colores bordean y definen el gran círculo. Las agujas del minuto y de la hora están hechas de dos largos fierros metálicos.

Como bailarina fotogénica que soy, quise atesorar cada momento en mis recuerdos.

—Papi vení, sacame una foto — le dije entregándole la cámara — Yo me coloco acá al lado del número siete y vos tocá este botón para que salga la foto.

—¿Así está bien? — me preguntó al tomar la cámara entre manos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Está perfecto!

Y las fotos siguieron...

—Ahora me acuesto sobre este limpio y verdoso pasto. ¡Vení mi tierno fotógrafo!

—Eh ¿y por qué tierno? — me interrumpió.

—Porque en la ruta, al verte los policías, no te piden los papeles de la *Kangoo*. ¡El ángel que tenés dentro te delata! — le recordé sin poder aguantar un par de dulces sonrisas.

Caminamos unos cortos metros más y al ver el cartelito de *Estación 9 de Julio*, nos detuvimos. Era el simpático ingreso a la estación ferroviaria donde se compran los boletos para subir al tren. Ahí mismo se exhibía una pizarra dando a conocer los precios.

—Niños \$10. Adultos \$20— leyó mi mamá.

—Aquí ya nadie es niño, por lo tanto los cuatro pagaremos el precio de adultos— dijo mi papá.

Luego de abonar los \$80, tuvimos que esperar sentados en la estación hasta que el tren terminara de hacer su recorrido, que luego reiniciaría con los nuevos pasajeros que lo estaban esperando.

Llegado nuestro momento, el muchacho que se encontraba en la locomotora hizo sonar la campana para que se supiera que el recorrido del tren por todo el Parque se iniciaba nuevamente. No sé si fue mi imaginación o de verdad estaba pasando, pero me sentí muy observada allí por los pasajeros; recordé que aún estaba con todo el maquillaje de bailarina en el rostro, quizás eso hacía llamar la atención de las demás personas hacia mí. A lo mejor, si colocaba mi cabeza debajo de una maceta, ¡hubiesen dejado de mirarme!

El viaje en tren duró alrededor de cuarenta minutos. Como el Parque ocupa varias manzanas, el recorrido por todo su alrededor no es tan corto como uno lo imagina. Lo que me resultó gracioso fue ver cómo el acompañante del conductor de la locomotora bajaba a las corridas cada vez que debíamos cruzar una calle, haciendo parar el tráfico para que el tren pasase tranquilamente por la vía que unía una manzana con otra. De alguna manera causaba gracia, pues que detengan a los vehículos sólo para que pase el trencito del Parque, resultaba cómico.

Más tarde estuvimos de regreso en el hotel, pero no sin antes haber pasado por el Teatro a ver cómo iba el avance de las participantes. Y tal como lo suponíamos ¡seguían bailando!

—Disculpá, ¿a qué hora será la entrega de premios?— le pregunté a la organizadora.

—Ay no, ¡mucho más tarde Maryam! Todavía quedan muchas bailarinas de la categoría Profesional por subir al escenario.

Con tal información, estuvimos muy tranquilos en la habitación del hotel hasta más entrada la noche. En uno de los canales de televisión estaban pasando la película *Durmiendo con el enemigo*. Nos pusimos a verla acompañados por un rico paquete de galletas *Merengadas*.

Eran las 23:50 cuando mi papá y yo decidimos ir otra vez al Teatro. El frío de la noche nos obligó a abrigarnos lo suficiente. Al llegar, la organizadora nos hizo saber que a las 01:00 más o menos sería la entrega de premios. Le agradecí por haberme avisado, así mi papá y yo nos ahorraríamos la molestia de ir a cada rato a ver cómo iba la cuestión.

Entonces decidimos volver al hotel y estar allí calentitos hasta que sea la hora que la organizadora nos avisó. Sin embargo, la llegada al

hotel fue todo un desafío junto a mi papá, porque ¡nos perdimos por entre las calles! Me parece que todo fue culpa de aquella procesión que cruzó por delante de nosotros, en la cuadra de la plaza principal frente a la iglesia.

—Papi ¿por qué hacen eso? ¿Cargar una estatua?— le pregunté— ¡Encima con el frío que hace a estas horas de la noche!

— ¡Religión católica mi tesoro! Personas que optan por realizar junto al mundo, ¡tareas mundanas! En lugar de escudriñar cada palabra que guarda la *Biblia*, hallándose ahí la única Verdad.

—Pero, ¿la *Biblia* dice algo sobre eso? O sea, ¿transitar con una estatua de la virgen o de algún santo por las calles de la ciudad apoyándola sobre el hombro?— le pregunté enormemente confundida.

—No Maryam, nada de eso está escrito en la *Biblia*. Son puros inventos de la religión católica hacer ese tipo de cosas.

Y sin poder decir algo, siguió...

— ¡Me apena ver cuánta gente va a la perdición, hijita querida! Los que pertenecen a alguna religión creen que la salvación se gana cumpliendo rituales; en cambio, los cristianos creemos que la salvación se obtiene por la fe viva en Cristo, el Mesías. Y luego vienen las buenas obras como consecuencia de haber acogido al espíritu de Dios en nuestro corazón. ¿Me explico Mary?— me expresó mirándome a los ojos— ¡Por eso tu mamá, Micaela, Gabriel, vos y yo somos cristianos! Tiene un alto costo serlo; no es sólo remar contra la corriente del mundo, sino también es desencontrarse hasta con la propia familia.

—Lo decís por la abuela y el tío, ¿no?— le consulté refiriéndome a su mamá y su hermano.

—Sí, en parte lo digo por ellos...

Toda esta charla con mi papá surgió por haber visto a esa multitud de gente caminar y venerar a la estatua de la virgen. Hablando y hablando, seguimos caminando sin pensar hacia dónde nos estábamos dirigiendo.

—Me vas a decir cuándo querés que leamos la *Biblia*, ¿no? Así como Micaela y Gabriel ya la escudriñaron— me recordó mi papá.

—Sí, yo te voy a decir. ¡Pero más adelante! Ahora mucho no me inter... no me llama la atención— me corregí para no sonar de mal manera ante Dios.

—A cada uno le llega su momento, su llamado divino... el tuyo ya llegará también.

—Che, ¿dónde estamos? ¿No teníamos que ir a *Brisa Hotel*?— lo interrumpí bruscamente.

Se detuvo, miró a su alrededor de la misma manera en la que yo observaba todo a nuestro lado.

— ¡Pá, nos perdimos! ¡Eso nos pasa por ir hablando en lugar de mirar las calles que no conocemos!

— ¡Eh tranquila! Siempre vale la pena hablar de la Palabra de Dios, incluso si es con el objetivo de perderse.

— Retrocedamos por donde vinimos, ¿dale? Así vemos la manera de ir al hotel.

Caminamos sobre nuestras propias pisadas anteriores. Y no sé cómo, pero logramos llegar hasta el *Museo Casa Histórica de la Independencia*. Una vez allí, sabíamos que en la misma cuadra se hallaba el hotel. Caminamos unos metros más y bajo nuestros pies apareció la cálida alfombra con la inscripción “*Hotel Brisa*”.

Subimos las escaleras y, al entrar en la habitación, la reacción de mi mamá al vernos fue sorprendente.

— ¿Dónde andaban ustedes dos? ¿Ya se realizó la entrega de premios? — nos preguntó mientras miraba mi cuello para ver si habían medallas colgando de él.

— Estuvimos vagando por las veredas... ¡nos habíamos perdido! — comentó mi papá.

— La organizadora nos comunicó que a las una se va a realizar la premiación — le dije.

— Y yo les comunico que ¡ya son las una y cuarto! — exclamó mi mamá.

¡Tal habrá sido nuestro trastorno por las calles que la hora había volado literalmente! Tomé la cámara digital que estaba sobre la parte baja de la cucheta, la puse en el bolsillo de mi campera y junto a mi papá volvimos a salir. Gabriel ya dormía y mi mamá se quedaría allí en la habitación con él. Entonces regresamos al Teatro, esta vez sin hablar y mirando bien por dónde caminábamos; no debíamos cometer el mismo error de perdernos en medio de la soledad de la noche.

Ingresamos y notamos que ¡las bailarinas Profesionales seguían participando! Dándonos por rendidos entre tantas idas y vueltas hacia el hotel, decidimos quedarnos ahí no más en el Teatro hasta que todo acabara.

Mi papá no era el único que cabeceaba, ¡a mí también el sueño me ganaba!; pero hubo alguien que captó mi atención muy hermosamente.

— ¡Ya estamos con los últimos números de la jornada! — exclamó la locutora por el micrófono, con la obvia intención de animar al público y estimular los aplausos — ¡¡¡Ahora presento a Lucía Valdez...

bailarina de la categoría Profesional!!!

Semejantes gritos, silbidos, aplausos y exclamaciones de quienes parecían ser las alumnas de Lucía ¡me sorprendieron!; pero lo que más me llamó la atención fue notar que no bailaba para el jurado, prácticamente ni los miraba, sino que ¡bailaba hacia y para sus alumnas! que estaban sentadas en las primeras filas de las butacas. Sin mencionar lo hermoso que bailaba, parecía ser sólo unos años mayor que yo.

— ¡Es una diosa! — escuché decir a una señora que tenía a mi lado — Se rumorea que es la directora y profesora más honorable de Tucumán; su Estudio es magnífico — concluyó sus halagos dirigiéndose hacia otra señora.

— ¡Papi! ¡Mirá lo lindo que baila esta chica! — lo codeé para que se despertara.

Dio un gran bostezo y luego me dijo: “Sí, sí...” aun dormitando; pero al ver que Lucía estaba bailando con fan veils y a uno de ellos lo lanzaba haciéndolo volar por el aire y luego lo agarraba sutilmente para seguir en movimiento, hizo que quedara ¡tan sorprendido como yo! ¡¡¡Realmente estaba bailando una diosa sobre el escenario!!!

Al cabo de un rato, cuando terminó la presentación de coreografías restantes, pusieron un mesón sobre el escenario con todos los trofeos a entregar. La locutora empezó informando los resultados de las bailarinas más pequeñas. Respetaba el orden de categorías al decir el puesto que cada participante había ganado. Así prosiguió hasta que llegó a la categoría Juvenil, a la cual yo pertenecía.

— Maryam Dimín, obra “Wings”, maestra preparadora Verónica Cardozo de la ciudad de Salta, ¡¡¡primer puesto!!! — informó la locutora por el micrófono.

Muy feliz fui hasta el escenario a recibir mi trofeo. Y al rato, ocurrió más o menos lo mismo...

— Maryam Dimín, obra “Percusión”, maestra preparadora Verónica Cardozo de la ciudad de Salta, ¡¡¡primer puesto!!!

Aún más feliz que antes por los logros que estaba consiguiendo, siguió...

— Maryam Dimín, obra “Baladi”, maestra preparadora Verónica Cardozo de la ciudad de Salta, ¡¡¡primer puesto!!!

Al final, al escuchar: “Maryam Dimín, obra “Fan Veils”, maestra preparadora Verónica Cardozo de la ciudad de Salta”... y ya sin poder creer lo que estaba sucediendo, la locutora dijo firmemente “¡¡¡primer puesto!!!”

— ¡Cuatro coreografías y todas ganaste primer lugar! — me felicitó

mi papá cuando bajé del escenario y me senté a su lado en la butaca.

— ¡Gracias papi! ¡Y gracias por haber accedido desde un principio a viajar hasta aquí!

— ¡Tesoro!, ¡pero por supuesto! ¡¡¡Vos te lo merecés!!!

Le di un abrazo a punto de quedarme dormida en su regazo. Todo había finalizado hermosamente, por ello nos fuimos al hotel con los cuatro trofeos en mano; pero no sin antes tomarme unas fotos con mis premios en el Teatro.

Gabriel seguía durmiendo; mi mamá, en cambio, se había quedado despierta hasta nuestro regreso. Se puso muy feliz y orgullosa al notar lo que cargaba entre manos... ¡cuatro trofeos no se obtienen todos los días!

Me desmaquillé, pues muy cómodamente había estado durante todo el día con la pintura en mi rostro. Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando el agua de la ducha corría por el piso del baño con la obvia intención de sentirme limpia y relajada.

El día lunes empezó mientras desalojábamos los equipajes que, obviamente, se encontraban de paso en el hotel; debíamos entregar la habitación antes de las diez de la mañana. Así pasó luego de desayunar el café con leche calentito junto a las facturas que el señor de *Brisa Hotel* nos sirvió.

Al rato le entregamos la llave de la habitación y le agradecemos por la bella estancia que habíamos tenido aquellos días; pero, ¡el viaje aún no terminaba porque recordé que asistiríamos al zoológico! Éste quedaba en San Pedro de Colalao, en la entrada a San Miguel de Tucumán. Hacia allí nos dirigimos mientras la *Kangoo* seguía transformándose en una discoteca, durante el trayecto de una hora más o menos.

“*Reserva Fito Zoológica*” decía en el cartel de entrada. Hacia la derecha había una señora que salió a nuestro encuentro.

— ¡Buen día! La entrada es \$40 por persona.

Mi papá y mi mamá cruzaron una mirada, vaya a saber queriendo decir qué cosa, que me pareció que sólo ellos entendían. Sacaron de la billetera \$160, pagaron y recién entonces nos permitieron entrar para ubicar por algún sector del campo la *Kangoo*.

No pasaron ni cinco minutos para expresar que aquel lugar ¡me encantó! Un muy singular letrero de piedras estaba escrito sobre la tierra: BIENVENIDOS. Comenzamos a caminar, apreciando las diferentes jaulas y corrales que había en el terreno, que parecía no tener fin.

— ¡¡¡Wow!!! ¡Miren! Un tucán... se alimenta de frutas— comenté.

— Está en peligro de extinción por la pérdida de su hábitat natural y la caza para venderlos como mascotas. ¡Qué triste! ¡Son tan bonitos! — comentó mi mamá después de leer un cartel.

Le pedí a mi papá que me sacara una foto con uno de los tucanes; la muy simpática ave miró conmigo hacia la cámara. ¡Una completa ternura!

Seguimos por el caminito marcado de cemento y en un corral, completamente alambrado, estaban los zorros. Me dio gracia ver cómo uno de ellos daba vueltas en círculos por el espacio que disponía.

— ¡Parece un perro! Orejas puntiagudas, cola larga y esa misma mirada que posee mi Vainilla cuando tiene ganas de jugar — dije en voz alta.

— Pero éste no creo que quiera jugar Mary — expresó mi mamá — Más bien quiere estar suelto en un bosque en busca de alguna presa.

Y al darme vuelta, en un pequeño corral del frente, noté que había cerca de treinta tortugas.

— Uy... que no vea esto la mamá, de lo contrario ¡se volverá loca por ellas! — mencioné indiferentemente.

Al escuchar la palabra “tortuga” se acercó hasta donde yo me encontraba y se estremeció, según ella, por tanta belleza.

— O la Azucena, el Pistacho y la Manuela se incorporan a este grupo, o me las llevo a todas éstas al jardín de la casa con las nuestras.

— ¡La primera opción! ¡¡¡La primera!!! — grité — Eso significa que ya no tendremos tortugas en casa. ¡Tres pequeños aburrimientos menos!

— Ay Maryam, ¿por qué sos así? También son seres vivos y no piedras como vos decís — me retó.

— Perdón... ¡pero es que de verdad son aburridas! Si no están durmiendo, se esconden en su caparazón, que es prácticamente lo mismo.

— Eh, ¡miren! ¡¡¡Más aves!!! — exclamó Gabriel.

Entre ellas había chimangos, que son pajaritos que a menudo se posan en los postes de alambrado. Quién diría que, a pesar de su pequeño tamaño, gozan de un gran apetito y roban las presas a otras aves rapaces. También había canarios y loros, algunos habladores y otros no. Y luego, aves de mayor tamaño tales como el muitú y la paloma cola abanico. La primera en muy mala situación ecológica debido a que es cazada constantemente para consumir su carne; y la segunda, de plumaje muy lindo, parecía tener ya incluidos los fan veils. ¡Qué simpáticas me parecieron sus plumas!

En el alambrado siguiente se encontraban yacarés. Junto a estos había un cartel que decía: “Yacaré ¡en peligro! El yacaré es un reptil de

impresionante dentadura, cola poderosa y articulada. Es perseguido para utilizar su piel en zapatos, carteras y billeteras.”

No sé si fue realmente mi impresión; pero me pareció que muchos animales se encuentran en peligro de extinción. ¡Qué tristeza!

Unos pecaríes labiados y jabalíes europeos me confundieron muy notoriamente. Ambas especies son parecidas... mamíferos, el mismo tamaño y su peso de 40 kg, según la información que había leído. Le dejé de dar importancia a mi confusión al ver una hermosa liebre patagónica, también conocida como mara, ubicada geográficamente en la Patagonia argentina y chilena.

Siguiendo el caminito sobre la tierra llegamos a encontrar los monos papión sagrados y los monos caí. Me causó gracia ver cómo un papión sagrado junto a quien parecía ser su cría, le hurgueteaba constantemente el pelaje al pequeño.

— ¿Le estará sacando los piojos? — pregunté sin poder contener la risa.

¡Los monos caí me recordaron a *Dexter*! El mono de la película *Una noche en el museo*. Esta es la especie de mono que me enamoró, a causa de tanta gracia y ternura, hasta tal punto de querer uno como mascota tras haber visto centenares de veces la película.

Frente a las jaulas de las distintas especies de monos estaban las ovejas cuatro cuernos y al lado de éstas había ciervos, con un bello pelaje marrón claro con pintas blancas. Más adelante ¡me sorprendió ver un margay! Es como un ocelote, pero de menor tamaño. Incluso aquel se encontraba allí, situado en otra jaula, trepado y equilibrado en gruesos troncos. Y como es de suponer, ambos en mala situación ecológica, debido a que son perseguidos por su piel.

Un pequeño cartelito titulado “Guanaco”, junto a una fotografía del animal, llamó mi atención. Leí y éstos habitan en la Cordillera de los Andes, desde el norte de Perú hasta Tierra del Fuego. Y entre las curiosidades que se nombraban me instruí en que a la llegada de los españoles ¡había siete millones de guanacos, y sólo en la Patagonia!

Unos pilares de madera determinaban su espacio, mientras el terreno deliberadamente iba en bajada al no estar para nada nivelado. Mi mamá nos ganó de antemano y fue la primera en bajar. En cambio, mi hermano, mi papá y yo iniciamos la bajada minutos después porque nos habíamos quedado mirando el ocelote.

— ¿Dónde está la mamá? — preguntó en un momento mi papá.

— Allá abajo — señalé — Está viendo los guanacos.

Entonces recién bajamos; mientras lo hacíamos noté que un guanaco

comía unas frescas hierbas. Y grité unas palabras, de las cuales luego me arrepentiría, pues pasó algo ¡jamás deseado ni esperado!

— ¡Mi amor... qué lindo el guanaco!

Al instante nomás de haber pronunciado aquello, el animal dejó de masticar, se acercó a nosotros al parecer sin una pizca de amistad, y ¡escupió! Sí... ¡¡¡nos escupió a Gabriel, a mi papá y a mí!!! Tuvimos la suerte de reaccionar rápidamente y ubicarnos los tres apretados, de espaldas junto a uno de los pilares de madera a modo de escudo y defensa, a poco más de un metro de donde el guanaco se encontraba, para que no nos impregnara con sus micropartículas de saliva. Para colmo ¡estábamos en bajada! No sé cómo no caímos rodando, como bolsas de papas sin vida alguna. ¡¡¡El corazón me latía a mil por segundo!!! El animal, haciéndose el indiferente, siguió comiendo de sus arbustos.

Notamos que metros más abajo donde finalizaba la bajada del terreno, ya no se encontraba la mamá esperándonos. Luego de regresar a “tierra firme”, seguros y lejos de aquel horrible guanaco, echamos un vistazo alrededor y hacia abajo. ¿Dónde estaba que se nos había adelantado?

— ¿Y si le pasó algo? — pregunté preocupada — A lo mejor ese guanaco la escupió también para atemorizarla.

— ¡Llamémosla por celular! — comentó Gabriel.

Marcamos su número en la pantalla y la llamamos. Pasaron unos segundos. No atendía... ¡no atendía!

¡Hasta que por fin contestó!

— ¿Sí? — escuchamos a través de la llamada.

— ¿Mamá? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¡Te adelantaste demasiado!, dejándonos atrás, solos y con el maléfico guanaco.

— ¡Tienen que venir hasta acá! ¡Hay osos, hipopótamos y todo tipo de enormes felinos! — se le escuchó decir entusiasmada.

— ¡Pero eso implica que debemos bajar pasando al lado de las cercas donde se encuentran los guanacos! Por ahí, ninguno de nosotros tres irá.

— ¡¡¡Oh!!! ¿Por qué no? A ver, espérenme ahí donde están ¡desde acá los veo! Hay otro sitio por donde ir hasta llegar aquí donde me encuentro.

A los pocos minutos apareció a nuestras espaldas. ¡Qué bueno era estar los cuatro juntos otra vez! Le contamos lo ocurrido con el guanaco de “m...”, tal como lo apodó mi papá, sin querer ser directo al pronunciar la palabra de seis letras que lo describía muy bien al animal. Mi mamá, riéndose de nosotros, nos recordó lo bien y pacífica que ella

había cruzado junto a los guanacos, sin que ningún hecho de “m...” le pasara.

Tal como lo había mencionado, había otro lugar por donde ir a donde ella había estado. La seguimos mientras vimos que ¡un pavo real se hallaba suelto! Abrió el abanico multicolor de su cola a modo de saludo.

Tras unas altas rejas verdes había un oso negro americano. Me informé que habita en bosques o en zonas montañosas y que, además de serle fácil trepar a los árboles para escapar de un peligro, es un muy pero muy buen nadador. Luego, el oso pardo, que tiene su hábitat en el norte de América, Europa y Asia, estaba acompañado por otros dos osos alrededor de un pequeño estanque con agua. Le saqué fotos mientras, mirándome, parecían posar con cordura hacia la cámara.

Más adelante, dos cisnes europeos junto a un hipopótamo, compartían el lago. ¡Qué torpe le resulta estar en tierra al hipopótamo! En el agua, en cambio, es un muy buen nadador. Supuse que pesar casi tres toneladas no es nada fácil al momento de equilibrarse para caminar.

Dos yaguaretés, la especie felina mayor de América, se encontraban a puros lengüetazos echados sobre ladrillos, por detrás del alambrado.

Del león descubrí que su nombre “rey de la selva” es sumamente erróneo, ya que habita en sabanas de África, al sur del Sahara, o bien en una pequeña zona de la India. Los machos, característicos con la melena que les envolvía el cuello, y las hembras lindas y delicadas como se las veía, también quedaron como recuerdo en fotos gracias a mi cámara digital.

Y en una jaula aún mayor se hallaba una puma acompañada por dos de sus crías. ¡Parecían gatitos de pelaje atigrado!

— ¡Qué bonitos! — me animé a pronunciar.

Finalmente, el felino más grande del mundo: ¡el tigre de bengala! Había como siete u ocho de ellos en sectores naturales delimitados por alambres tejidos. Un notable candado en la rendija de la puerta de entrada de aquel sector afirmaba lo peligrosos que son al cazar ciervos, cerdos, vacas; como así también lagartijas, ranas, monos, elefantes jóvenes, aves, peces y otros félidos. En resumen, sus afilados colmillos son capaces de acometer cualquier duro bocado al alimentarse.

Fuimos regresando a la entrada del zoológico, pues junto a aquellos felinos se terminaban los animales del zoo. Uno que otro conejo de campo y conejillo de Indias se cruzaron a la par nuestra hasta llegar a la entrada, pues estaban sueltos por todo el terreno.

Me di vuelta para observar toda la maravilla que estaba dejando atrás. Las piedras que formaban el original cartel de “Bienvenidos”

sobre la tierra, se despedía de mí. En definitiva, sentí que aquella mañana en el zoológico ¡fue una experiencia mucho mejor que leer un libro de Biología en el colegio! De hecho, nunca me enseñaron algo semejante; qué honor el haberlo aprendido por mi cuenta. ¡Una gran alegría es lo que sentí! Inclusive, ¡¡¡la escupida de aquel guanaco me mostró un hecho que cualquier libro jamás me lo podría hacer vivir!!! No fue nada bonito presenciar su gran habilidad para escupir aun al estar masticando hierba, lo admito; sin embargo, lo más bochornoso es tener que afirmar que la saliva de ese desgraciado animal iba dirigida hacia mí...

Corriendo me dirigí hasta la *Kangoo*, pues Gabriel y mis papás ya se encontraban dentro y listos para arrancar el motor y regresar a nuestra provincia.

Mientras íbamos por la ruta una finita lluvia de abril nos acompañó durante el viaje. Sentada en el asiento trasero, volteé para ver los trofeos y la valija que contenía mis trajes de danza en la parte trasera de la *Kangoo*... y hacia delante se encontraba mi papá encargado del volante y mi mamá mirándolo constantemente con esos ojos enamorados. Estuve segura de que aquella mirada persistía desde jóvenes, cuando ambos se conocieron en la Universidad.

Apoyada con los codos sobre mis rodillas, lo pensé y lo sentí:

— ¡La danza y la familia! ¡¡¡Ambas son absolutamente todo para mí!!!

Sin darme cuenta, mi cabeza cayó de costado sobre las rodillas de Gabriel, que estaba a mi lado en el asiento. Y haya querido o no, cerré los ojos con la disposición de seguir soñando. A fin de cuentas mi propio corazón tenía muchas más ilusiones por idear...

CAPÍTULO 16

“Viajando a San Salvador de Jujuy”

Siendo martes, regresé al colegio; y en esa misma mañana me puse al día con las materias que se trabajaron el día anterior, al cual no había asistido a clases por estar de viaje. Me fue difícil hacer paralelamente la tarea del día y a su vez la tarea del día que había faltado; pero si algo nuevo sabía gracias a la danza, que sin darme cuenta me lo estaba enseñando, es que ¡siempre se puede! Pues quizás es difícil... sin embargo eso no implica que sea imposible de realizar.

Facundo se alegró por mi regreso, la ausencia de mis rulos parecía haber sido muy notoria para él.

— ¡Rulitos! ¡Volviste! — me dijo mientras me dio un abrazo.

Sentí que el mundo entero me pertenecía. Cómo explicar lo que sentía por él sin tener que utilizar la expresión de las mariposas... ¡Facu me hacía surgir un zoológico en la panza! De más está decir que me hacía surgir un zoológico ¡¡¡sin guanacos!!!

Obviamente, mis papás sabían lo de Facundo. Sin embargo, sostenían que era otro gusto pasajero de adolescentes como anteriormente con Nahuel. Me dijeron que un enamoramiento de verdad no se basa en qué podemos sentir hacia la otra persona, sino más bien en hacer de ese sentimiento obras mutuas y constantes en la realidad.

— No sé... ¡no entiendo! — es lo que siempre les decía al finalizar la charla sobre el amor.

Y las típicas palabras de mi papá:

— ¿Cuál es tu apuro? Si realmente deseás un compañero que complemente tu vida, Dios te lo otorgará en el justo momento. ¡Que se haga siempre su voluntad y no la tuya!

Pero seguía sin entender... Al fin y al cabo, yo sería quien escogería al chico ideal para mi vida ¿o no?

En la Academia, Verónica me felicitó después de enterarse lo sucedido en Tucumán.

— ¡¡¡Cuatro trofeos de primer puesto!!! ¡Qué lindo Mary!

— ¡Gracias Vero! — le exclamé — Mirá acá te muestro la filmación de la coreo de fan veils — le dije mientras encendía la cámara digital.

— Ay, ¡genial! A ver... — dijo asomándose.

Pensé que me iba a decir algo sobre aquella coreografía, la cual terminé marcando yo en lugar de ella. ¡Incluso habiéndole pagado lo que se requería por preparármela! No dio motivos para hablar sobre eso y si yo lo hacía, al instante nomás evadía el tema.

— ¡Qué extraño de su parte esta actitud! — me dije a mí misma en la cabeza.

Semanas más tardes, me enteré por *Facebook* que a fines del mes de mayo se realizaría un certamen en la provincia de Jujuy. ¡¡¡San Salvador de Jujuy!!!, aquí nomás... a 94 km de Salta. ¡Debía asistir! Pensé que costaría convencerlos a mis papás de que vayamos, sin embargo resultó todo lo contrario.

— ¿Jujuy? ¡Qué bueno! — dijo mi papá.

— Sí... Jujuy. Vamos a ir, ¿no?

— ¡Mi tesoro! Claro que sí. Viajar es muy lindo, te abre nuevos horizontes y te permite adquirir incontables experiencias de la vida.

¡Con semejantes palabras inspiradoras daban ganas de iniciar ya mismo aquel viaje! No obstante, el último fin de semana de mayo se presentó repentinamente...

Era domingo cuando cargamos las valijas en la *Kangoo* para realizar éste que sería un nuevo viaje en pos de mi pasión. Como se sabe, la provincia de Jujuy es vecina a la provincia de Salta; pero aun así, eso no justifica el haber llegado a destino en tan solo ¡cincuenta minutos!

— Para mí que la mamá le metió pata al acelerador — le dije a mi papá mientras buscábamos un hotel por la zona.

— Mmm... me parece que sí. Ya arreglaremos cuentas cuando estemos juntos en la camita — comentó mientras cruzaba una pícara mirada hacia su única enamorada.

— ¡Eh! — les exclamé — Si quieren hablar de eso o más aún hacer eso: ¡¡¡vayan a la pieza!!! ¡Acá hay una menor presente che! — finalicé riendo.

— ¡Qué hija tan ocurrente tenemos! — dijo mi mamá mientras seguía manejando el volante.

— ¡Y claro! Si desean hacer pornografía ¡vayan a la pieza! — les repetí.

Luego de ponerse colorados de tanto reírse, bajamos de la *Kangoo* al notar un residencial a mitad de cuadra.

Allí nos instalamos muy cómodamente. El certamen se iniciaba ese mismo domingo, pero en horas de la siesta. Hasta tanto, almorzamos en la habitación los sándwiches que mi papá se encargó de preparar antes de salir a la ruta.

En menos del tiempo pensado ya me encontraba maquillada y lista para el evento. En esta ocasión, las wings, el sable y obviamente los fan veils serían los tres elementos que me acompañarían en el escenario.

Llegamos al Teatro y lo primero en hacer fue abonar las inscripciones de mis solistas a Nadia, la secretaria de la *Asociación Latinoamericana de Danzas* como así también la organizadora del evento.

— ¡Mary! Qué lindo que estés aquí hoy. Me alegró saber hace unas semanas que vendrías, justamente te avisé por *Facebook* deseando que puedas compartir con toda nuestra organización una vez más.

— ¡Nadia! ¡¡¡Gracias!!! Siento que me permite crecer mucho todo esto.

— ¡Pero por supuesto! Además es bueno inculcar el verdadero significado de la palabra “competencia”: debe ser siempre la superación de uno mismo y no con los demás— me compartió su lema— Muchas veces se les mal llama competencia a todos estos eventos; pero ¡son certámenes!, los cuales permiten que toda bailarina y bailarín muestre lo poco o mucho que sabe sobre su danza y así, quien esté como jurado, evalúe puntualmente lo que cada uno puede mejorar.

— ¡Excelente su postura!— intervino mi papá felicitándola.

— ¡Gracias! Es lo que anhelamos desde esta *Asociación Latinoamericana de Danzas* que formamos conjuntamente varios países— nos aclaró.

Pagamos los \$200 que correspondían a los cuatro solistas que presentaría. Y allí mismo Nadia me dio un gran sobre marrón... como aquellos que se utilizan cuando te entregan una radiografía.

— ¿Esto es para mí?— le pregunté desorientada.

— Sí Maryam, es tuyo. Abrilo y vas a ver qué es lo que te espera ahí dentro.

Mi papá y mi mamá estaban a mi lado, tan intrigados como yo por aquel enorme sobre. Lo abrí y en él había cinco certificados; noté que eran las constancias impresas con los premios obtenidos en la participación del mes pasado en San Miguel de Tucumán. Y eran cinco porque uno de ellos llevaba el nombre de Verónica, por ser la maestra preparadora de mis coreografías.

— ¡Gracias!— le dije con una gran sonrisa— Este último certificado ya se lo daré a mi profesora.

Cuando los quise guardar dentro del sobre, vi que un papel mucho más pequeño que el tamaño de los certificados se encontraba en el fondo. Lo agarré y sin creer lo que estaba escrito, lo leí en voz alta:

— ¡Beca para ti! Se te otorga beca por dos coreografías gratis. Para: Evento “La Cumbre Danza”; Fecha: Junio; Nombre de la Participante: Maryam Dimín de Salta.

¡Quedé atónita al leer aquello! Mi papá me arrebató el papel de las manos como queriendo comprobar las palabras que había escuchado.

— *La Asociación Latinoamericana de Danzas* te otorga esta beca por los

brillantes primeros premios que obtuviste el mes pasado en el certamen de la ciudad de Tucumán. ¡Felicidades Maryam! — me aclamó feliz Nadia.

¡Seguía sin poder asimilar semejante noticia! Me volteé hacia mi mamá y le pregunté:

— ¿En qué parte del país queda La Cumbre?

— ¡En Córdoba Mary!

— ¡Wow! — exclamé sorprendida, mientras pensaba si de verdad iríamos hasta allá para que bailase.

Le agradecí de corazón por la beca otorgada. El momento de subir al escenario se fue aproximando y tuve que dirigirme hacia los vestuarios.

Se anunció mi nombre, el nombre de mi profesora y el de mi ciudad por el micrófono y allí, primeramente, bailé con las wings súper relucientes. Los aplausos del público presente y la mirada tan calificadora del jurado era lo que me hacían volver a la realidad, porque mientras pisaba aquellas mágicas tablas del escenario, sólo un mundo de sueños, placer y felicidad es lo que sentía.

Sin embargo, al rato cuando llegó el momento de danzar con el sable, éste no fue reluciente como el elemento anterior. Empecé bien, pero a mitad de la coreografía no sé qué fue precisamente lo que me pasó... ¡perdí el equilibrio cuando debía sostenerlo en mi cabeza mientras estaba arrodillada! Lo agarré a tiempo entre mis manos para que no cayera sobre el piso del escenario sin perdón alguno. Luego seguí bailando, como si nada hubiese ocurrido.

— ¡Mary! ¿Qué pasó? — me preguntó mi papá no bien bajé del escenario, refiriéndose a la falta de equilibrio con el sable.

— No sé... — le respondí confundida — Creo que me faltó un poco de práctica con este elemento. De todas maneras ¡fui feliz! Sabés bien que es eso lo que me importa cuando subo a un escenario: ¡sentirme feliz de lo que estoy haciendo!

Al hacer la tercera coreografía, no sin antes escuchar por los parlantes mi nombre, el nombre de mi profesora y el de mi ciudad, noté cómo los miembros del jurado disfrutaban a mi par de la música, de la coreografía, del baile, de mi danza.

Y la cuarta presentación se asemejó bastante a la tercera. Los fan veils parecían volar por entre mis manos y brazos mientras los manejaba. Su peculiar estilo moderno es lo que, sin dudas, ¡me fascina por completo! Aplausos y más aplausos me llenaron los oídos y sobre todo ¡el corazón!

Con el pasar de las horas se empezó a sentir un frío tremendo.

Pues claro, estábamos cerca de que el invierno empezara, exactamente un mes y éste daría su llegada oficial.

Me fui a cambiar y a abrigarme muy bien. Como de costumbre, mi mamá me ayudó con el traje, sobre todo con la prendidura del corpiño. No poseer ojos en la espalda dificulta aquello y más si el propio corpiño tiene las delicadas lentejuelas y mostacillas aplicadas encima.

—Mary, ¿estás contenta de que el próximo mes vayamos a La Cumbre?— me preguntó mi papá, sosteniéndome la valija tras la puerta del vestuario.

—¡Sí! ¡¡¡Ya quiero que sea junio!!!— le exclamé.

—¿Qué te parece si hacemos un viajecito por mes? Con el sueldo del trabajo de tu mamá y el mío nos alcanza para una inversión como ésta, para tu pasión, mensualmente.

—Ay, ¡¡¡ME ENCANTA!!!— le grité, asegurándome de que me escuchara aún al estar tras la puerta— En abril fuimos a Tucumán, ahora siendo mayo estamos en Jujuy... junio La Cumbre con la beca que me otorgaron y... ¿julio?, ¿agosto?, ¿septiembre?, ¿octubre?, ¿noviembre?... ¿diciembre?— finalicé eufórica.

—¡Tranquila! Mes a mes seguro se irá dando un lugar nuevo. Mientras que no sea Buenos Aires ¡estamos bien!— me dijo entre risas— Recordá que viajamos en la *Kangoo*, no sería capaz de ingresar a la ciudad de la furia con mi vehículo. ¡La inseguridad es noticia todos los días! Justamente porque ¡seguridad! es lo que falta.

Abrí la puerta del vestuario terminando de colocarme la bufanda en mi cuello. Inmediatamente le miré a los ojos, antes de darle un fuerte abrazo y decirle:

—¡Papi! ¡No me importa qué tan cerca o qué tan lejos me lleve la danza! Mientras comparta los viajes con ustedes dos— dije señalándola a la mamá— ¡es más que suficiente!

Al anunciarse por el micrófono que en minutos se iniciaba la entrega de premios, la fría espera nos obligó a sentarnos.

—No creo que esta vez reciba algún buen premio— comenté— ¡Ese incidente del sable fue tan notorio!— expresé al sentirme un poco fastidiada conmigo misma.

Mi mamá me miró con cara de “¡Pero igual bailaste hermoso!”, mientras mi papá, que jamás disfraza la verdad, me dijo:

—Cometiste un error y el resultado va a ser lo que tenga que ser... lo que el jurado haya evaluado.

Siendo las nueve de la noche, se inició la premiación. Esta vez, en este certamen, el número de participantes no había sido interminable

como sucedió en San Miguel de Tucumán o como pasó en San Ramón de la Nueva Orán, el año anterior, donde la entrega de premios se inició a la madrugada.

Como de costumbre, primero se entregaron los premios a las bailarinas más pequeñas, hasta llegar a la categoría a la cual yo pertenecía.

Nadia, al micrófono, con los papeles, calificaciones y resultados en mano de parte del jurado, leyó:

—Obra “Wings”, maestra preparadora Verónica Cardozo, participante Maryam Dimín... ¡medalla de oro!

Subí al escenario a recibir la medalla, habiendo antes presentido que las wings merecían ese premio. ¡Aquel elemento encanta a cualquiera!

—Obra “Sable”, maestra preparadora Verónica Cardozo... — escuché por los parlantes mientras pensaba en subir al escenario directamente a buscar una medalla de bronce, referente al tercer puesto.

—...participante Maryam Dimín... ¡medalla de oro! — concluyó la locutora.

—¿¡Qué!? ¡Es imposible! — dije en voz alta.

Rápidamente dirigí las palabras hacia mis papás para decirles:

—¿Medalla de oro? ¡Pero si no merezco eso! ¡Estuve a un paso de que el sable se me cayera e hiciera de la coreografía un desastre!

Ambos me miraron tan sorprendidos como yo por lo escuchado. De igual manera me dirigí al escenario a buscar el premio; pero con muchas dudas por desentrañar en la cabeza.

Al rato recibí otras dos medallas por las otras dos coreografías que presenté: la primera, una medalla de oro también y la segunda, la de fan veils, una medalla de plata.

Cada vez con el cuerpo aún más congelado que antes, decidimos volver al residencial; pero algo se dijo por el micrófono que no nos permitió levantarnos de las sillas para retirarnos, ¡pues quizá la enseñanza del día aún no había acabado!

—¡El premio especial de “Mejor Bailarina” es para Maryam Dimín de la ciudad de Salta! — anunció Nadia — ¡¡¡Aplausos por favor!!!

Cada vez más confundida y sorprendida que antes, subí las escaleritas del escenario para buscar aquel trofeo que parecía tener brillos rosados a su alrededor. Sentí el nudito en la garganta al posar para la foto junto al jurado, mientras sostenía aquel resultado entre mis manos. ¡No entendía por qué ese premio era para mí! Si habían bailado durante la tarde cientos de bailarinas ¡mejores que yo! ¿Por qué recibir ese premio si no lo merecía? No me permití que ese nudito en mi garganta se desatara... por miedo, por sorpresa, por intriga... ¡por estar muy confundida!

Bajé del escenario. Me senté nuevamente junto a mis papás y les exclamé:

— ¡Necesito hablar con el jurado!

Y sin creer cuáles serían sus palabras, me dijeron casi al unísono:

— ¡¡¡Nosotros también!!!

No bien las bailarinas de las otras academias presentes se retiraron felices con sus medallas colgando del cuello y trofeos abrazados contra el pecho, yo dejé aquel trofeo de brillos rosados apoyado sobre una de las sillas. Mis papás se me adelantaron, los perseguí corriendo hasta llegar a donde se encontraba el profesor que había estado como evaluador en la mesa de jurado.

— ¡Eh! ¿Ustedes son los padres de esta jovencita salteña? — preguntó alegremente al notar que mis papás se le acercaban.

— ¡Así es! Maryam es nuestra hija, por ello con todo respeto queremos preg...

— ¡Permítanme que los felicite entonces! — interrumpió — ¡Tienen una hija muy especial... lo percibí al verla bailar esta tarde! Precisamente por eso le otorgué el premio único de "Mejor Bailarina".

— Pero... ¿cómo? ¿Y los errores que cometí? — le pregunté enormemente confundida.

— ¡¡¡Vos misma lo acabás de decir!!! ¡Errores! Todos los cometemos... ¡nadie es dueño de la perfección! Sin embargo, cómo te desenvolviste en tus cuatro coreografías, cómo lográs transmitir esa alegría que sin dudas anhelas compartir... ¡cómo bailás sin siquiera tener la técnica de los grandes maestros! Te hablo como la persona que soy, no desde la posición de jurado — me dijo — A mí justamente lo que me importa es eso: ¡la esencia de tu danza! Y no si se te olvidó un paso en la presentación, si fuiste a destiempo de la música o si el sable se te cayó por perder el equilibrio. ¿Me explico Maryam? — concluyó.

Mis papás escuchaban sus sinceras palabras tan atentamente como yo lo hacía. Por lo tanto, prosiguió:

— Las bailarinas profesionales que se presentaron hoy ¡son técnicamente mejores que vos! Cualquiera que esté o no metido en el mundo de la danza lo puede notar. No obstante, ¡ellas no tienen lo que vos tenés! ¡¡¡Ese brillo único y estilo auténtico al subir al escenario!!!

En ese momento, al escuchar todas esas palabras, fue inevitable permitirle al nudito de mi garganta que se desatara... Me cayó una lágrima por una de las mejillas y, con la intención de que no se me corriera el delineado de los ojos, la oculté tan rápido como pude. Y como para no ser "peor", apareció Nadia a nuestras espaldas con los certificados de

participación que acababan de ser firmados. Me los entregó mientras me decía:

– ¡¡¡Sos una flor de talento Maryam!!! ¡Millones de escenarios te esperan por delante! El siguiente a pisar será el de La Cumbre el próximo mes. Siendo tan jovencita se percibe en vos un futuro muy prometedor. Aprovechá y disfrutá de todo lo que la vida te brinda con fervor... ¡te felicito!

– Un momentito... ¿Te vas a ir a Córdoba?

– ¡Sí! La *Asociación* me otorgó una beca para participar en un certamen que se hará allí en junio – le conté humildemente al profesor.

– ¡¡¡Increíble!!! ¡Más que merecido para vos! – me elogió con una enorme sonrisa.

Dirigió una profunda mirada hacia mis papás. La volvió hacia mí y luego se animó a decir:

– Permítanme que les manifieste un proyecto para Maryam: debería postergar el estudio en el colegio secundario y dedicarse primeramente de lleno a esto... – señaló el escenario – ... a esto que más que notar que es su pasión, es ¡su vocación de vida! Que disfrute como merece de sus años jóvenes en los que la energía y lucha son más fuertes.

– Como padre y hombre de familia – comentó mi papá – me doy cuenta del amor, de la disciplina, responsabilidad y esfuerzo que mi hija pone en la danza. Y ahora más que nunca con sus palabras puedo comprobar que no estoy equivocado. ¡Se las agradezco!

– En cuanto al secundario – se interpuso mi mamá – veremos qué cambios, crecimientos y enseñanzas surgen ante Maryam con los distintos viajes que tenemos pensado llevar a cabo cada mes, a distintos puntos del país.

– ¡¡¡Excelente postura!!! – los agasajó – Maryam... – se dirigió hacia mí – dejá que Dios te sorprenda a ver en qué tiempo y momento perfecto debás viajar a Buenos Aires a perfeccionarte, e incluso a estudiar con los más grandes maestros de la danza árabe en la Argentina.

Se me iban las lágrimas por cada ojo, derramadas a causa de estar soñando despierta una vez más... Deseé que Vero estuviese allí compartiendo conmigo aquel momento y todo el crecimiento que estaba adquiriendo sin ni siquiera darme cuenta. La danza se la debía a ella: ¡mi profesora!

Ya finalizando la charla, el profesor hurgó unas anotaciones que tenía entre un mazo de papelitos bajo el brazo. Separó cuatro de ellos y me los entregó.

– Tus devoluciones.

— ¿Qué cosa? — le pregunté desorientada.

— Son las observaciones escritas de las cuatro coreografías que presentaste.

Les eché un vistazo rápido en lo que leí: “Muy buen carisma”. “Ingresar con más actitud al escenario”. “Cuidado con las transiciones entre secuencias”. “Excelente trabajo del elemento”.

— ¿Siempre se entregan estas devoluciones? — me animé a consultarle.

Me miró con asombro, ¡como si le estuviese preguntando cuántos ojos tiene un ser humano!

— Sí, siempre se entregan. A través de las devoluciones, y siempre según el punto de vista de cada profesor que esté de jurado, nos encargamos de señalar las habilidades de la bailarina y, a la vez, lo que falte pulir, trabajar y mejorar.

— ¡Es genial esto! — expresé con euforia — No tenía ni la menor idea de que en los certámenes se entregara algo así. ¡¡¡Gracias!!!

— Yo te agradezco a vos, porque estás valorando la función de un jurado. Muchas participantes y hasta profesoras, luego de leer cada observación, las hacen bollitos y ¡las tiran a la basura! Y bueno, hay otras que directamente ni les interesa recibirlas ni leerlas.

Mi papá, mi mamá y yo ¡quedamos pasmados ante lo escuchado!

— Recordá que nunca vas a dejar de aprender... — me dijo de repente — ¡¡¡Eso es lo que motiva a una bailarina a ir por más!!! Quienes creen ya saberlo todo ¡se estancan! y ¡se quedan detenidas a causa de su soberbia! Vos, desde la humilde persona que sos, marcá y hacé marcar la diferencia: ¡¡¡siempre hay algo nuevo por aprender arriba de un escenario!!!

— ¡¡¡Gracias!!! ¡Muchas gracias por sus palabras y consejos! — expresé sin poder encontrar otras palabras que sean lo bastante grandes como para demostrar lo agradecida que me sentí ante sus enseñanzas.

Nos despedimos con un “¡Hasta que la danza nos una nuevamente!”.

Recogí el trofeo que estaba a punto de dejar olvidado sobre la silla. Y fue allí cuando noté, sosteniéndolo en una mano mientras tenía en la otra las anotaciones del jurado, que el auténtico premio no era aquel trofeo, ni mucho menos las medallas que me colgaban desde el cuello... sino ¡las devoluciones que el mismo jurado me había señalado! Pues distintas medallas y trofeos no te pueden hacer crecer; en cambio, observaciones y palabras constructivas ¡sí! Qué maravilla lo que la vida me estaba haciendo aprender. Me volvió a doler algo en mi interior al

notar cómo era posible que mi propia profesora no estuviese ahí conmigo para disfrutar y compartir a mi lado.

A la par de mis papás, fui a festejar el espléndido día que había vivido en San Salvador de Jujuy. Muy cerquita del residencial en el que estábamos instalados, se hallaban mesas y sillas en el interior de un local, con un cartel que decía “Empanadas”.

— ¿Podemos comer ahí? — fue lo que les pregunté antes de escuchar su afirmación.

Cenamos unas ricas empanadas de jamón y queso acompañadas de *Coca-Cola* antes de que llegara la medianoche y regresáramos al residencial.

Al estar allí, un pequeño inconveniente que nos transmitió el portero me afligió; pero minutos después mi papá supo cómo solucionarlo.

— Nos cortaron el agua y la poca que está subiendo al tanque no alcanza para todos los alojados. ¡Mil disculpas!

No había transpirado de gran manera ya que el frío había jugado a favor aquel día; pero aun así no iba a ser capaz de acostarme en la cama con los pies tremendamente sucios.

— ¿Te parece si pido un balde en la entrada y juntamos de la poca agua que sale del lavatorio para que te lavés los pies? — me preguntó mi papá.

— Mmm... bueno, está bien — respondí — ¡Peor sería que no me los lave!

Al rato regresó con un balde lleno de agua.

— ¡El mismo portero se encargó de llenarlo! ¡Cuánta amabilidad de su parte! — comentó — Vení Mary, sentate en esta silla, así estás al lado del balde.

Fue hasta el baño a buscar el jabón y al traérmelo se agachó diciendo:

— A ver, yo te los lavo.

— ¿¿Qué?! — le exclamé — No te preocupés, dejá... yo lo hago. ¡Son mis pies!

— ¡Mi tesoro! ¡Dejame que te sirva! Un cristiano hace eso con sus hermanos: ¡siempre está dispuesto a servirle a los demás!

Mi mamá al ver aquello comentó:

— ¡Lo aprendiste del Mesías cuando Él lavó los pies a sus discípulos!

— ¡Eh! ¡Tenés razón! Me hacés recordar la enseñanza del *Apóstol Juan* cuando describe en su *Evangelio* detalladamente lo sucedido.

— ¿Qué sucedió? — pregunté al no entender ni una mínima parte de lo que hablaban.

— Cristo, en la última cena antes de haber muerto y resucitado, se ató

una toalla a la cintura, echó agua en un recipiente y empezó a lavar los pies de sus discípulos y a secárselos con la toalla.

— Ah... y... ¿por qué hizo eso?

— Es una lección de servicio fraternal para ilustrar que Él mismo no vino al mundo para ser servido sino para servir. De la misma manera, nosotros siendo cristianos, debemos obrar conforme a esas enseñanzas sirviendo al prójimo.

Asentí con la cabeza entendiendo lo que me acaba de explicar. Y a los segundos, comenté:

— ¿Te gustó? Esa es la sana doctrina que otorga la *Biblia*.

— Sí, está bonita... — respondí mientras supuse que quería convencerme de que leyera alguna vez la *Biblia* junto a él.

Al día siguiente, ya lunes, nos despertamos minutos antes de las diez de la mañana, que era la hora en la que se debía entregar la habitación, como todo hotel.

— ¡Qué bien hemos dormido! — expresó mi papá.

— ¡Yo no pude dormir casi nada! — anuncié molesta.

— ¿Por qué no pudiste? — me preguntó mi mamá.

— ¡La almohada es incómoda! Me parece que si seguimos con esta gira por el país, en los próximos viajes cargo la almohada de mi cama bajo el brazo.

— Hablando de no poder dormir por incomodidades, desde hace unas horas que empecé a sentir un extraño ruidito arriba... en el techo — dijo mi papá.

— Ay sí... yo también oí ruidos extraños que parecen venir de arriba — afirmó mi mamá.

— ¿Ruidos? — pregunté — ¿Ruidos como qué?

Ambos se miraron, luego de decirme:

— Shh... ¡escuchá! Todavía persiste.

Me pareció que aquel ruido tan constante como un sutil movimiento, sólo podía provenir de las patas de la cama haciendo fricción contra el piso. No es que haya tenido la mente sucia, como se suele decir, pero...

— Che, ¿están seguros de que vinimos a parar en un hotel de por lo menos tres estrellas? ¿No les parece que nos encontramos en un motel? Eso explicaría la falta de agua, la incomodidad de la almohada y ese ruido que viene de la habitación de arriba.

— No te aseguro nada... — comentó mi papá despectivamente.

— Quizá las habitaciones de aquí abajo son para pagar por noches, mientras que las de arriba son para pagar por horas.

—Claro, para los necesitados— expresó mi papá riéndose— Yo no soy un necesitado porque la tengo a tu bella mamá a mi lado todo el tiempo.

Tras haber compartido unas buenas risas, nos fuimos retirando de aquel misterioso, y no tan acogedor, supuesto residencial.

Primero subieron los bolsos y las valijas a la *Kangoo* y luego sus protagonistas. Y me pareció que haber hablado de todo aquello, despertó en mi papá y en mi mamá el más potente deseo de amor... porque durante todo el viaje de regreso fuimos escuchando temas de *Chayanne*; y así hasta ingresar a Salta.

¡Qué locura la de ambos! Pero bueno, así como ellos se endulzaban mutuamente, el paquete de galletas *Pepitos* que me acompañaba al lado en el asiento de atrás, era la dulzura que yo tenía. La única desventaja era que lo mío solo sería una compañía temporaria y la de ellos completamente eterna. Miré la galleta que tenía en mi mano y luego los miré a mis papás... Solté una risita pues, definitivamente, lo de ellos no es una locura. ¡Es una belleza tremendamente loca que no tendrá fin!

CAPÍTULO 17

“Adolescentes”

¡¡¡El amor es sumamente contagioso!!! A tal punto que una noche soñé que estaba de novia con Facundo, y luego en la realidad tuve la fuerza de animarme, por *Facebook*, a dedicarle la letra de la canción *Me enamoré de ti* de *Chayanne*. Definitivamente ¡yo no tenía la culpa de estar enamorada! El causante era él... ¡por atesorar inexplicablemente todo lo que me encantaba!

Una noche me hizo saber por chat que, entre todo el curso, estaban organizando una salida al shopping como víspera de la fiesta de quince de una de las chicas, que se aproximaba para el sábado siguiente.

— Este viernes a la salida del colegio iríamos todos juntos.

— ¡Qué bueno! O sea pasado mañana.

— Sí. ¿Vas a ir no? Así el curso entero está unido.

Me pareció que aquella juntada podía ser una buena ocasión para “unirme” más a él, aparte de compartir con la futura quinceañera. ¡Obvio que iría!

Pero cuando ese día llegó, la juntada no fue tan tranquila y pacífica como la suponía...

En primera instancia, estando en el colectivo dirigiéndonos hacia el shopping, dos de mis compañeros que compartían el asiento, se molestaban entre sí pegándose con la manga de uno de sus buzos. Florencia, aferrada al caño que sujetaba la máquina expendedora de boletos, fingía hacer el baile del caño. Luego Paola, queriendo llamar siempre la atención de todos a su alrededor, en vez de hablar, ¡gritaba! Sol y Carolina escuchaban música por el celular a máximo volumen. Y Andrea... ¡hay Andrea! con su pancita que cada semana se encontraba más grande, se acoplaba a las locuras de todos, en especial para rogarle al chofer que sintonizara por la radio una buena cumbia. Y claro, allí estaba yo también... pero ¡callada y sumisa! Algo confundida tal vez... por empezar a sentirme un poco diferente a mis compañeras y compañeros. Por momentos fingía una que otra sonrisa, al verlo a Facundo y recordar que me encontraba allí sólo por él.

Al llegar, ¡no hicimos nada más que dar vueltas sin sentido por todo el shopping! Y si menciono “todo” es porque literalmente no hubo sitio que nuestros pies no hayan pisado: baños, patio de comidas, sala de juegos, negocios de electrodomésticos, locales de ropa, cine, etc. Los chicos, mis compañeros, le gritaban y silbaban a chicas que ni conocían con piropos tales como “Te parto en dos”, “Guapa”, “Te hago de todo”,

y cosas así. Mis compañeras, hasta Carolina que parecía ser tímida, se divertía escuchando aquello; a mí no me pareció nada bonito darle lugar a mis oídos para que escuchasen cómo le gritaban a señoritas sólo con la intención de ser cargosos o llamar la atención a toda costa.

Estando en *Carrefour*, el supermercado, Sol junto a Paola fueron directo al sector de bebidas. Pensé en comprar un jugo *Ades* sabor manzana (mi jugo favorito) porque tenía un poco de sed; pero la botella que ellas estaban a punto de agarrar no era una bebida que deleitasen a mis papilas gustativas.

—¿Este o el otro? ¿Cuál llevamos?— se preguntaban entre ambas.

Hasta que mis ojos vieron con claridad la botella que agarraron, de la cual no me interesó saber su nombre o marca, pues me fue suficiente con leer en la etiqueta que la envolvía: “Alc 13% Vol.”

Obviamente, no me iba a quedar callada al notar aquello.

—¡Eh chicas!, pero esa bebida es alcohólica. No pueden tomar eso.

—¿Y por qué no?— me desafió Paola.

Ahí mismo, Andrea apareció a mis espaldas y me dijo: “Eh Mary, vení conmigo”. Ya estando a solas contra otra de las góndolas de mercaderías, me hizo saber que no le dirigiera mucho la palabra a Paola.

—Si sigue enojada porque no pudimos vernos en las vacaciones, ¡me parece una completa inmadurez de su parte!— le exclamé.

—No, ¡Maryam!— me advirtió— Anoche me enteré que no sos la única enamorada de Facundo, ya que Paola ¡está loca por él tal como lo estás vos!

Me pareció que no tenía colocados los pies en la tierra, al fingir no escuchar aquello.

—¿Qué?— le expresé riendo— Gracias por haberme traído casi de las mechas hasta aquí... con el único objetivo de alejarme de Paola.

—Maryam, no te estoy cargando. Sé que escuchaste bien lo que te acabo de decir. Agradecé que te alejé de ella justamente cuando le estabas hablando sobre el *Gancia*; suficiente con que ya está lo bastante molesta con vos por la tontera de aquella vez como para ahora sumarle que las dos quieren el mismo chico por novio. ¡No empeorés su bronca!

La verdad que me era difícil mantener la calma, cuando como por arte de magia vi que Paola y Facundo caminaban abrazaditos por los pasillos del supermercado. Para colmo, a los minutos nomás, me sorprendió que ella junto a Sol y otras compañeras hubieran adquirido aquel producto alcohólico siendo menores de edad. Acaso, ¿no es prohibida la venta de esas bebidas a menores de dieciocho años?

Más tarde, mientras el curso entero decidía cuál película ver de las

que se encontraban en estreno, le susurré a Andrea:

– Los voy a llamar a mis papás para que me vengan a buscar.

– Eh, ¿por qué? – me preguntó sorprendida – ¿Te enojaste por lo de Facu?

– No, no es eso – le respondí sintiéndome confundida – Sólo que ¡ya me quiero ir! No me siento bien, además en unas horas tengo clase de danza.

– Ah. Bueno Mary, todo bien entonces.

Estuve a punto de dirigirme hacia la puerta principal e ir marcando el número de mi papá por celular; pero las palabras de Andrea me lo impidieron sin darme cuenta.

– ¡¡¡Chicos!!! – vociferó hacia la patota de adolescentes – Maryam no va a ver la película con nosotros, ya se va. Tiene que ir a árabe.

– ¡Eh, por qué te cortás así y no compartís con nosotros! – expresaron molestos.

– No puedo quedarme más tiempo. Perdón – les dije.

Me despedí de Andrea y mientras caminaba pude escuchar cómo entre todos me cargaban diciendo:

– ¡Ay pero no te amargués!

– ¡Cuánta importancia le da a ese baile!

– Yo en su lugar, faltó a la clase y así me puedo quedar a ver la peli.

En ese instante sentí una cierta bronca, pues para la patota de compañeros con la que estaba compartiendo la tarde, la danza árabe no es más que un simple baile. Sin embargo para mí, ¡es mi vida!

– Aggg... ¡Si supieran las experiencias que me permiten adquirir los escenarios! – pensé indignada.

Tras llamar a mi papá para que me pasara a buscar, pensé en la danza y eso me distrajo de las palabras que mis compañeros habían pronunciado.

Ya sábado, día de la fiesta, me coloqué el mismo vestido rojo que utilicé en mi cena de quince. No es que quiera utilizar siempre ese, sino que ¡es el único vestido que tengo! Frente al espejo de mi habitación, opté en dejarme el cabello suelto... mis largos rulos llegaban hasta mi cintura. ¡Lo que es no cortárselo debido a la danza! Apenas si las tijeras se me acercan cuando sí o sí debo atender las puntas florecidas. ¡¡¡Amo el cabello largo!!!

Al llegar al salón de fiesta, antes de bajar de la *Kangoo*, mis papás se despidieron de mí.

– Cuando quieras que te vengamos a buscar, llámanos por celular.

Subí unos escalones y, en la puerta de entrada, el portero me detuvo.

— Señorita, ¿nombre y apellido?

— Maryam Dimín — le respondí.

Al verificar mi presencia en su lista de invitados, dijo:

— Muy bien, adelante.

— Gracias — le expresé.

Entré y advertí que mis amigas ya estaban allí. Nos saludamos y nos ubicamos en la mesa en la que el mismo portero nos indicó.

— Eh, chicas, esta mesa es la N° 4 — comentó Sol — ¿Quién más se sentará con nosotras?, ¡porque es enorme!

— Sí, es bastante grande — dijo Carolina.

— No tan grande como el que me la metió a mí antes de que tenga esta panzota — exclamó entre risotadas Andrea.

— A lo mejor esta mesa es exclusiva para nuestro curso — deduje con rapidez queriendo suavizar las palabrotas de Andrea.

Al poco rato fue llegando el resto de nuestros compañeros y, por indicación del portero también, todos terminaron ubicándose en la mesa N° 4. Definitivamente, mis palabras fueron acertadas: la mesa sería de exclusividad nuestra.

Mientras la quinceañera hizo su entrada del brazo de su padre, los muchachos y algunas de mis amigas se pusieron a hablar.

— ¡Qué bonita que está! — pronunció Sol.

— ¡Hermoso su vestido! — completó Andrea.

— ¡¡¡Está... está re buena!!! — balbuceó uno de los chicos.

— La llegás a tocar y ¡te cago a piñas!

Este último era el novio de la quinceañera. A principio de año, cuando ambos comenzaron a salir, tiernamente eran “la parejita del curso”. Poco después ya se diluyó la novedad de que haya surgido un noviazgo en nuestra aula y cada uno siguió en lo suyo; de igual manera, ante lo que estaba a punto de enterarme, la pareja siguió con lo suyo también...

— Ay, ¡pero si vos la vivís tocando! Que yo de repente diga que está re buena, ¡no te tiene que joder!

Inevitablemente, seguí escuchando aquella charla entre mis compañeros.

— Shh... ¡cállense! — les gritó Paola.

— ¡No te metás!

— Qué más querés... — siguió Paola con una carcajada — ¡Vos ya se la metiste! Dejá que él se acueste con ella y así se la mete también.

— ¡Noooo!, ¡¡¡jodeme!!! — exclamó asombrada Sol — ¿La reina de esta

fiesta ya no es virgen?

—No, ya no es. Tuvo el honor de perder su virginidad conmigo— argumentó el novio orgulloso, poco antes de levantarse de la silla para ir a besar a la quinceañera.

Me sentí rara al escuchar todo aquello... Pues, ¿es normal que las chicas tengan sexo a los catorce años? O acaso, ¿soy yo la anormal? Porque a esa edad, en vez de haberme acostado en la cama con un chico, hallé en un escenario mi pasión.

Llegado el momento de la cena, disfruté completamente el menú de la noche: la entrada, empanadas; el plato fuerte, pollo al spiedo con papas al horno; y el postre, helado de chocolate.

Momento después se exhibieron bailes de sayas y caporales. Al acabar, se inició la bailoteada que, por lo visto, todos mis compañeros y el resto de los adolescentes invitados, esperaban ansiosos.

—¡Veníííííí!— me exclamó Sol agarrándome de la mano dispuesta a llevarme a la pista de baile.

No me dio ni un segundo en decirle algo, pues ya me encontré entre medio de cientos de jóvenes que bailaban continuamente... sin formalidad... sin gracia... ¡sin arte! Desde el techo colgaban inmensidad de bolas de espejos que se reflejaban entre sí debido a que, desde la barra del bar, varias máquinas de luces de colores las iluminaban. Por un momento pensé que había una máquina de humo también... pero al ver en la boca de unas chicas a quienes ni conocía ¡cigarrillos!, supe en dónde se estaba originando ese humo.

—Agh...— suspiré. Pues quien me conoce sabe que detesto enormemente los cigarrillos y claro está, su humo también. ¿Acaso los fumadores no son conscientes de que el humo de tabaco no sólo es dañino para ellos mismos sino también para quienes no fuman? ¿No saben que respirar sólo un poco de humo de tabaco puede ser perjudicial? ¿A la gente fumadora no le cabe en el cerebro que de las 7000 sustancias químicas presentes en ese horrible humo, al menos 69 causan cáncer?

—Ya vengo— la codeé a Sol.

—¿QUÉ?— me exclamó con un alto tono de voz.

—Que ya vengo...— le repetí.

—PERDÓN, ¿QUÉ DECÍS? ¡NO TE ESCUCHO!

¡¡¡Y obviamente que no me escuchaba!!! Con semejante cabina de pinchadiscos que el DJ estaba manejando, ¡nadie oía nada! De hecho, miré a mi alrededor... ¡absolutamente todos bailaban! ¿Acaso eso es compartir? ¿Estar bailoteando sin sentido alguno? Porque el concepto de compartir con el que me educaron mis papás es muy diferente.

Me di media vuelta y me fui. Me dirigí al baño queriendo encontrar un poco de tranquilidad. Al llegar, en el pasillo que daba inicio a los sanitarios, se encontraban ¡Paola y Facundo!, ¡¡¡besándose desenfrenadamente!!!

Paola advirtió mi presencia.

— Andá por ahí a buscarte otro, ¡Facu es mío!

Y siguió besándolo.

Me fui a sentar a la mesa y, al hacerlo, noté con claridad hacia la pista que Sol y Carolina bailaban juntas. Está bien, son amigas, pero... ¿por qué bailaban con movimientos y expresiones como si fuesen lesbianas? Incluso, un poco más allá, un grupo de muchachos bailaban entre sí. Fijé mi vista en la ventanilla del bar y adivina adivinador... ¿quién estaba bebiendo un vaso de alcohol?: ¡¡¡Andrea!!!

— Definitivamente, ¡no comprendo esto! — pensé — ¿Es así como se supone que tengo que divertirme? ¿Bebiendo? ¿Fumando? ¿Bailando sin sentido con personas a quienes ni conozco?

Agarré mi bolsito y me fijé la hora. Eran las 03:40 de la madrugada. ¡Sería un hecho que las horas pasarían y los invitados seguirían en la pista de baile!

De repente, una chica se acercó a la mesa de al lado en la que yo estaba. Se sacó los tacos y los dejó sobre una de las sillas. Observé su vestido que, en parte, era bonito; pero ¡demasiado corto! No es que se deba esconder las piernas con un vestido recontra largo, pero... la cola no se debe ver ¿no? O bueno, a mí, por lo menos, no me gusta andar mostrándola como si fuese un objeto material en plena exposición. A los minutos, corriendo descalza volvió a la pista para seguir bailando y... para seguir mostrando su “herramienta” con el claro objetivo de llamar la atención de los chicos.

— ¡Mary! ¿Por qué no estás bailando? — me gritó repentinamente a mis espaldas Andrea, todavía bebiendo su vaso de alcohol.

— No quiero bailar.

Se sentó a mi lado y me preguntó:

— ¿Qué te pasa?

¿Cómo explicarle que no me agrada estar entre el humo de los cigarrillos y el aroma de bebidas alcohólicas? ¿Cómo hacerle entender que me parece una atestada pérdida de tiempo lo que se supone que hay que hacer en la pista de baile? ¿Cómo decirle que últimamente no me sentía a gusto estando con ellas?

— Nada, no me pasa nada. Estoy bien.

— ¿Segura?

Era preferible que le dijera que no me pasaba nada en lugar de intentar explicarle lo que sentía, porque en medio de la cumbia tan insoporable que ¡aturdía mis oídos!, ni me escucharía.

—Sí, segura.

—Bueno... me voy — me dijo poco antes de sacarse los tacos al igual que la otra chica y volver a la pista. Aunque con la única diferencia de que ella no regresó a la bailoteada corriendo; pues es claro que, con un bebé en el útero, trotar se complica.

Me levanté de la silla y caminé hacia la entrada del salón con la finalidad de llamar por celular a mis papás para que me fueran a recoger. Mientras buscaba “Mamá” en el listín de números telefónicos, me di cuenta de que sería por demás imposible efectuar la llamada. Entre tanto alboroto, ruido y bullicio de la fiesta, no los escucharía... y ellos a mí, tampoco. Así que preferí en mandarles un mensaje de texto.

—¿Me pueden venir a buscar? Ya me quiero ir — escribí.

A los pocos minutos, me enviaron:

—Ya salimos para ahí. ¿Está todo bien?

—Sí, todo está bien — concluí.

Regresé al sector de las mesas encargándome de buscarla a la quinceañera. Al divisarla entre tanta oscuridad y tanta multitud, me acerqué a ella.

—En seguida ya me voy. Gracias por invitarme.

—Dale, nos vemos el lunes en el colegio.

Cuando estuvo a punto de seguir bailoteando, agregé:

—Ah... Buscala a mi mamá así te entrega el souvenir.

Tal como me informó, la busqué a su mamá. Y al aclararle que mis papás ya me esperaban afuera, me cedió el recuerdito de la fiesta de su hija.

Ya en casa, me zambullí en una hermosa ducha rodeada de perfume debido al jabón y al champú. Y antes de irme directo a dormir, fui hasta la habitación de mi papá y de mi mamá. Me detuve al lado de su puerta y les dije:

—¡Gracias por ser lo que son! ¡Gracias por educarme así...!

Mi mamá levantó la vista del libro que estaba leyendo y mi papá apartó los ojos del televisor. Ambos me miraron con ternura.

—Gracias a vos, mi tesoro, ¡por crecer a pasos agigantados! — expresó mi papá.

Y deseándole buenas noches, me fui a dormir sin comprender aún del todo aquellas palabras...

Días posteriores, acostada en mi cama, repasaba Biología; el trimestral era al día siguiente. Rogué interiormente que mis compañeras estudiaran también, para después no tener que andar susurrando las respuestas durante el examen, a escondidas del profesor. Como solía decir: “No es para nada justo que yo estudie para después andar pasando las respuestas a quienes ni se preocuparon en estudiar”.

Micaela, deseando que apagara lo más pronto posible la lamparita de mi velador, me preguntó:

— ¿Prueba de qué materia tenés mañana?

— ¡Biología! Y pasado mañana tengo otro trimestral también, el último: Lengua — le respondí.

— Che Mary ¿qué pasó con el chico del que tanto me contabas? — me interrogó de repente.

— ¿Qué chico? — pregunté. Tan absorbida estaba por los esquemas y párrafos sobre la célula procariota y eucariota que no tenía ni la menor idea a qué chico se refería mi hermana.

— Uno de tus compañeros... Del que me contaste que te gusta, y a él le gustan tus rulos.

¡¡¡Se refería a Facundo!!! ¡Cuando por fin había logrado mantener mi mente alejada de él, Micaela tenía que venir a recordármelo!

— Ahí anda Facundo... Está de novio con Paola, una compañera.

— ¿De verdad? — me exclamé sorprendida — Pensé que vos querías salir con él por más que el papá y la mamá digan que ese chico no es para vos.

— Y sí... ¡quería!; pero como ves, no soy la única enamorada de él.

— Y bueno, por algo siempre pasan las cosas, Dios así las hace y así las permite. No te pongás mal.

— Sí, lo sé — dije cortantemente.

Apagué la tenue luz de mi mesita deseándole buenas noches. Y sin imaginar mínimamente que el nuevo día que estaba a punto de iniciarse sería uno muy bueno para mí, me dormí profundamente.

Luego de subir al colectivo por la mañana, dirigiéndome al colegio, llegué a la parada de destino y la encontré a Paola... ¡llorando! No supe qué hacer; pero me imaginé que si yo estuviera en una situación así llorando en la vereda, me gustaría estar acompañada y que alguien me escuchara. Fue así que decidí hacerlo con mi compañera. ¡No me importó mi orgullo por estar enojada con ella o viceversa! Sólo deseaba ayudarla y saber qué le pasaba.

— ¡Paola! ¿Estás bien? ¡En minutos va a tocar el timbre para ingresar al colegio!

—Sí, lo sé... — me dijo aún con lágrimas en sus ojos.

—Vamos juntas, ¿te parece? — le propuse.

Y sin decirme nada, se despegó de la pared en la cual estaba apoyada y caminó a mi par. ¡Deseaba ayudarla pero no sabía cómo!

—¿Qué te pasa? Si querés me podés contar y así quizá te pueda ayudar.

—Me peleé con Facundo. ¡Estuvimos sólo dos semanas juntos! Y el muy tarado no sabe cómo tratar a una chica.

Sin esperar que terminara de contarme aquello, debo admitir que sentí una alegría interna al saber que Facu se encontraba solo nuevamente; pero al ver cómo Paola seguía llorando, no le presté importancia a aquel sentimiento mío.

—Entiendo... — le dije — ¡Pero no te pongás mal! Mi hermana me suele decir que por algo Dios siempre hace las cosas y me parece que en el momento en que suceden uno no las entiende; pero más tarde hasta lo insignificante toma sentido.

—¡Pero duele que te lastimen, Maryam! ¡Duele que jueguen con tus sentimientos! — me exclamó.

No supe qué más decirle, pues mi experiencia con el amor era de 0%. ¡Nunca había tenido novio! Y ella lo sabía. ¡¡¡Ni siquiera había dado mi primer beso!!! ¿Qué más podía hacer para consolarla... para lograr que se sienta mejor?

Llegamos a la puerta del colegio y, minutos antes de que el timbre sonara, nos separamos.

—Gracias por acompañarme, Maryam — me dijo mientras se dirigía al baño.

—De nada — le expresé con una cálida sonrisa.

Andrea al verme, exclamó:

—¿Qué hacías con ella? ¿No te dije ese día en el shopping que no le dirigirías la palabra?

Pero al contarle lo sucedido, quedó sorprendida tanto como yo lo había estado cuando supe todo aquello.

—Bueno, mejor para vos, ¿no? Facundo puede ser tuyo ahora.

—Sí... puede ser...

Aquella mañana, el trimestral de Biología fue todo un éxito; una vez más, el ser responsable ante el estudio me demostró que tenía buenos resultados. Calculé que estaría para un nueve la calificación de mi examen.

La profesora de Lengua nos hizo saber que, para nuestra facilidad, el trimestral de su materia no se realizaría al día siguiente, sino la próxima semana.

—Y para que les resulte más divertido— nos dijo— no será escrito, será oral el examen.

Por los abucheos y protestas de mis compañeros, di por hecho que realizar el trimestral oralmente les complicaría la vida al no poder recurrir a los infaltables machetes que la mayoría suele hacer (yo los había visto en varias ocasiones). A mí, personalmente, me daba igual si los exámenes eran orales o escritos. Con tal de que la profesora me diese una oportunidad de mostrarle cuánto me fascina Lengua, ¡me era completamente suficiente!

—¿Y si lo realizan en grupitos de a cuatro? ¿Les gustaría?

A coro el cursó afirmó que hacerlo en grupo, por más que sea oral, sería mejor.

—Que Carolina y Sol hagan con nosotras ¿dale?— me propuso Andrea.

—¡Dale!— le aclamé.

Aquel trimestral oral se debía exponer el día lunes; disponíamos de todo el fin de semana para estudiar y armar afiches sobre las palabras agudas, graves y esdrújulas, el canal de comunicación, las partes de un libro y, finalmente, sobre la función de los distintos complementos y nexos al efectuar un análisis de oraciones con sujeto y predicado.

—¿Les parece si nos juntamos mañana viernes para estudiar en grupo y preparar bien lo que expondríamos?— propuso Sol.

—¡Sí de diez!— comentaron Andrea y Carolina.

—Nos podemos reunir en mi casa si les parece— les dije.

—¡Genial Maryam!— me expresó Sol— Nos encontremos allí a las seis de la tarde.

Sin embargo, ¡recordé que tenía clases de danza a las siete!

—¡Ay no! ¡Chicas mañana no puedo!

—¿Por qué no?

—Tengo árabe a la tarde.

—Vas a tener que faltar Maryam, sino ¿cuándo nos juntamos a hacer lo del examen? ¡Acordate que es para este lunes!

Lamentablemente debía faltar. Que me perdone Vero por no ir a clases, pero el colegio también era una responsabilidad más que asumir.

Ya al día siguiente, Sol y Carolina se encontraban en mi casa por la lección oral de Lengua que debíamos preparar.

—¿Y Andrea?— me preguntaron.

—Todavía no llegó.

—Bueno, la esperamos entonces— comentó Sol.

No obstante, esa espera ¡duró sesenta minutos! Mientras ambas escuchaban música y se reían a carcajadas, deduje que era obvio que Andrea no vendría.

— ¡Vamos empezando nosotras! ¿Trajeron la información con la que cada una se comprometió, no? — les consulté.

— No... A mí se me olvidó buscarla — dijo Carolina.

— ¡Qué bueno! Ya somos dos entonces quienes se olvidaron — dijo riendo Sol.

Sin darme cuenta de que mi paciencia se empezó a agotar, les exclamé:

— ¡¡¡O sea que ninguna trajo nada!!! Entonces ¿para qué vinieron si no piensan trabajar? — las regañé.

— Ay bueno Maryam, perdón, pero ¡todos nos olvidamos de las cosas de vez en cuando!

— Pero si ayer hablamos y quedamos conformes con lo que cada una investigaría y estudiaría, así directamente hoy realizábamos los afiches.

Definitivamente, ¡ya me había enojado! Era inevitable... ¡poder aguantar la calma frente a dos chicas irresponsables! y ¡una tercera que no se había hecho presente! ¡¡¡Qué bronca!!! Les encendí mi computadora para que buscaran información sobre las palabras agudas, graves y esdrújulas y sobre el canal de comunicación; ambos temas que ya debían haber investigado en sus casas.

— Por favor, vayan buscando eso mientras escribo en el afiche las partes y funciones que contiene un libro.

— ¡Sí! ¡Cómo no señora! — se hicieron las graciosas las dos.

Escribí... resumí... Hasta hice un cuadro sinóptico con toda la información sobre las partes de un libro. En un momento, levanté la vista del afiche y las observé a Sol y a Carolina; pero las tuve que volver a mirar porque no creí lo que estaba viendo.

— ¡Eh! ¿Qué hacen en *Facebook*? ¿Ya buscaron la información?

— No.

Carolina, manejando el mouse, cliqueó en la pestaña que se encontraba abierta al lado de *Facebook*.

— Esa es la información — me dijo señalándola — Pero hay que leerlo todo para sacar las ideas más importantes.

— Sí, pero no lo leemos porque no tenemos ganas — concluyó Sol.

— ¡Chicas, se supone que es un trabajo en grupo! ¡¡¡Cooperen!!! Lo estoy haciendo todo yo sola; falté a danza para que trabajemos juntas sin restricción de horario y miren cómo están respondiendo.

Se me rieron y dijeron:

—Y bueno, ya que sos la cerebritito del curso ¡hacelo todo vos sola!

¡Y eso hice!; pero no sin antes tragarme la bronca y el enojo que me habían hecho sentir, sin recordar que me encontraba en mi propia casa.

Más a la noche se fueron, con las manos y el cerebro vacío... tal como ambas habían llegado horas atrás. Me dispuse a terminar los afiches y así fue. Incluso, durante el sábado estudié el informe que ellas no habían querido leer: palabras agudas, graves y esdrújulas y el canal de comunicación (emisor, receptor y mensaje). Y el domingo releí las funciones de las distintas partes de un libro. Hasta repasé sobre el cuarto y último tema: análisis de oraciones.

Siendo lunes, a primera hora de la mañana, se realizó la lección oral en el aula.

—Perdón por no haber ido a tu casa el viernes, Mary— se disculpó Andrea— No me sentía bien, me parece que tuve contracciones.

—Está bien, no te aflijás— la tranquilicé— Igual me imagino que estudiaste sobre el tema que acordamos que estudiarías.

—¿Qué tema?

—Pero ¿que no te avisó Sol el viernes por la noche que debías estudiar sobre análisis de oraciones?— le pregunté molesta.

—No. Nadie me avisó nada.

¡No era posible que aquello estuviese sucediendo!

—¡¡¡De verdad es el colmo!!!— exclamé— ¡¡¡Yo estudié e hice todo el trabajo sola!!!

Al llegar nuestro turno de pasar al frente a dar la lección, las tres (Carolina, Sol y Andrea) me dijeron:

—¡Más vale que nos ayudés, eh! ¡No sabemos nada!

Las miré y les dije seriamente:

—¡No! Tenían que haber puesto por lo menos unas pequeñas ganas de su parte para estudiar. ¿Por qué me ponen en la situación de verme obligada a ayudarlas cuando son ustedes quienes no se quieren ayudar a sí mismas?

Pegué sobre el pizarrón los afiches que había realizado, di un gran suspiro y la miré a la profesora.

—Muy bien. Empiecen— nos avisó.

Como es de suponer, yo inicié la lección siendo la única del grupo que sabía dónde estaba parada exactamente. Empecé por el tema que días atrás me comprometí en estudiar:

—Un libro se distingue tanto por su estructura externa como por su estructura interna. Primeramente, en la parte exterior, en la cubierta,

se coloca el título de la obra, su autor e ilustraciones o diseños que lo hacen identificable y atractivo. A la cubierta frontal se le llama también portada y a la cubierta posterior contraportada. Luego está el lomo, que es la parte donde se sujetan todas las hojas, ya sean pegadas o cocidas.

Al rato acudí al afiche. Las palabras claves que estaban escritas en él, me daban pie a ir explicando la función de cada parte interna que contiene un libro.

—Páginas de cortesía. Anteportada o portadilla. Portada. Página legal. Agradecimientos y dedicatorias. Índice. Introducción o prólogo. Cuerpo de la obra. Epílogo. Apéndice. Colofón. Biografía del autor. Biografía del ilustrador de la obra.

—¡Muy bien Maryam!— me expresó la profesora — ¿Y qué me pueden decir sobre el canal de comunicación?— preguntó.

La miré a Carolina, pues era ella quien debía estudiar aquel tema. Su cara de espanto al no saber qué decir por no estudiar, era muy notoria. Nuevamente tomé la palabra y expliqué:

—El canal de comunicación es el medio de transmisión por el que viajan las señales portadoras de información desde el emisor al receptor. Es frecuente llamarlo también “canal de datos”. A su vez, los canales pueden ser personales o masivos. Los canales personales son aquellos en donde la comunicación es directa: voz a voz; puede darse de uno a uno o de uno a varios. Y los canales masivos pueden ser escritos, radiales, televisivos e informáticos.

—¿Y las palabras agudas, graves y esdrújulas?

Sol me miró con una chocante expresión de “Decilo vos también, yo no estudié.”

—Las palabras agudas son las que tienen la sílaba tónica en último lugar. Llevan tilde sólo si terminan en vocal, en N o en S. Por ejemplo: reloj, razón, café. Las palabras graves tienen el acento de intensidad en la penúltima sílaba y no llevan tilde cuando terminan en vocal, en N o en S. Por ejemplo: árbol, maceta, estufa. Y finalmente, las palabras esdrújulas se acentúan en la antepenúltima sílaba. Por ejemplo: fantástico, lágrima, cerámica.

La profesora, habiéndose dado cuenta que ninguna de las otras tres había estudiado, me miró y me dijo:

—¡¡¡Excelente Maryam!!! Y ¿qué me podés decir sobre el análisis de oraciones?

—Permiso profe— dije en voz alta— Agarro una tiza para poder explicar mejor.

—Sí, claro que sí.

Escribí en el pizarrón la primera oración que surgió en mi cabeza:
“La bailarina le expresa al público lo que siente”.

Di un nuevo suspiro y, humildemente, me dispuse a seguir con la lección.

— Para realizar un buen análisis en la oración siempre se debe marcar en primer lugar el verbo que en este caso es “expresa” — mencioné señalándolo — Luego se debe preguntar “¿quién?” a esa palabra. Por ejemplo, en este caso, la pregunta sería “¿quién le expresa al público lo que siente?”. Entonces la respuesta “La bailarina” es el sujeto, y allí marcamos el núcleo, el modificador directo y la aposición, en el caso que la tuviese. Y generalmente el resto es el predicado — dije mientras seguía marcando en el pizarrón — No hay que olvidar indicar que es una oración bimembre porque sí tiene verbo. En otras ocasiones, cuando no posee verbo la oración, hay que indicar que es una oración unimembre — finalicé.

— ¡¡¡Perfecta tu lección Maryam!!! — me aclamó la profesora — ¡Desde ya tenés un diez! En cuanto a la nota grupal debo decirte que te verás perjudicada porque tus compañeras no estudiaron nada en absoluto.

Asentí con la cabeza entendiendo lo que acababa de expresar, aunque un poco molesta sabiendo que no era para nada justo que mi nota se perjudicara por culpa de la falta de responsabilidad y estudio de mis compañeras.

Expusieron los otros grupos y no bien sonó el timbre del recreo, la profesora me llamó queriendo hablar a solas conmigo.

— Maryam, es sumamente increíble todo lo que estudiaste — me felicitó — Lamento la mala nota grupal que obtenés, pero es así... las chicas deben ver las diferencias que hubo entre vos y ellas.

— Entiendo profe, aunque no es justo — le fui súper sincera.

— ¡Lo sé! ¡Sé que no es justo!, pero es correcto para que tus compañeras aprendan. De la misma manera en la cual me parece que vos aprendiste, al haber compartido con ellas.

— ¿A qué se refiere con esto último? — le consulté confundida.

— ¿Recordás que el año pasado te acoplabas a sus locuras? Hablabas en hora de clases con ellas, pedías permiso para ir al baño y no regresabas más por quedarte charlando y prácticamente estudiabas las evaluaciones a último momento al igual que ellas. ¿Te acordás o no?

— Ah, sí... — le respondí encogiendo los hombros — Creo que ellas mismas me fueron cambiando hasta hacerme llegar a esas actitudes.

— ¡Es así Maryam! ¡Qué bueno saber que lo reconocás! A mí particularmente me importa eso, notar la gran responsabilidad y el

estudio que le ponés a las materias, a medida que vas dejando de lado aquellas “locuras”.

Salí al recreo, que de hecho ya estaba finalizando. No lo disfruté por haber perdido todos los minutos dialogando con la profesora; pero sin darme cuenta, aquella charla valió la pena.

Andrea, Sol y Carolina estuvieron molestas conmigo durante la mañana. No obstante, ¡la molesta debía ser yo! Aunque ya no lo estaba ni en lo más mínimo.

— ¡Qué tontera que se enojen conmigo cuando son ustedes mismas quienes no estudiaron para la lección! — les expresé firme y segura.

— ¡Nos podrías haber ayudado Maryam!

— ¡¡¡Se supone que somos amigas!!!

— Ahí está nuestra molestia, ¿ves?

Recordar que en las próximas dos semanas ya estaría viajando a La Cumbre, con la beca de coreografías gratis que la *Asociación Latinoamericana de Danzas* me otorgó, me hizo sentir que estaba en un plano diferente al de ellas, como en otra dimensión...

En esas mismas semanas terminé de pulir dos nuevas coreografías para presentar. Una de ellas era con candelabro, que lo acababa de comprar por *MercadoLibre* mediante Internet, pues en Salta no se conseguían los elementos de danza árabe. Finalmente, la segunda nueva coreo era una percusión... pero no la clásica que siempre se suele bailar, sino que en ésta utilizaba el propio derbake. Éste es un instrumento árabe que produce sonidos al percutirlo con los dedos y las palmas de nuestras manos. Y lo peculiar era que me subía sobre él para bailar haciendo equilibrio. Es como un tambor... un pequeño banquito... Con mucha práctica logré dominarlo y evitar que desde su altura de cuarenta centímetros, me cayera; con el claro objetivo de no besar el piso al practicar en el living de mi casa. De lo contrario, daría el primer beso de mi vida con una fría baldosa... en lugar de darlo en los cálidos labios de mi príncipe azul...

El último día antes de viajar estuve en casa de Verónica con el candelabro y el derbake entre brazos. ¡Quería verme realizar estas coreografías antes de presentarlas! Ambas eran creaciones mías, debía revisarlas y darles un visto bueno de conformidad.

— ¡Muy lindo todo Mary! — me dijo luego de verme bailar en su comedor.

— ¡Gracias Vero! — le expresé feliz — Espero que los miembros del jurado no me bajen puntos por lo que le hice al candelabro.

— ¿Por qué Mary? ¿Qué le hiciste?

Al parecer no había notado que mi candelabro posee unas extrañas lucecitas de colores. Pues desde que se prohibió el uso de fuego en los escenarios, las velas debían estar ¡todas apagaditas! Sin embargo, las de mi candelabro tienen una pila interna cada una. ¡La idea de bailar con un candelabro en la cabeza es que sus velas estén encendidas! Si no se puede utilizar fuego, entonces, ¿cómo hacer para que se luzca el candelabro?

— Mirá las velitas de mi candelabro — le dije mientras le mostré una de ellas — Tienen una pequeña pila por dentro que hace que se prendan estas luces de colores.

Me miro extrañada y me expresó:

— ¿Dónde las conseguiste?

— Con mis papás las compramos en un cotillón del centro, son velas de cumpleaños. Sólo que les sacamos el pabito que imitaba por dónde prenderlas.

— Ah, mirá vos. Qué bueno.

— ¡Todo esto porque prohibieron el uso de fuego en los escenarios! Aunque me parece que esta contrariedad proporciona la oportunidad de innovar para aquella bailarina que no quiera quedarse con un candelabro de danza árabe apagado... sin brillo.

— Sí, Mary — concluyó.

Al rato ya nos encontrábamos en la puerta; mis papás acababan de llegar para buscarme. Me despedí de Verónica con un fuerte abrazo.

— ¡¡¡Que tengas un lindo viaje!!! Y recordá contarme cómo te fue.

— ¡Sí! ¡¡¡Muchas gracias Vero!!!

En ese mismo instante sentí cómo me hubiera gustado que viajase conmigo y así pudiera verme bailar en vivo. Me pareció que el apoyo y la compañía de una profesora hacia su alumna ¡es sumamente importante!; pero bueno, “viajar sola” en el sentido de que ninguna otra chica o alguna nena de la Academia lo hiciese también, al parecer tenía esas desventajas: Verónica no viajaba si la mayoría no lo hacía. Sin darse cuenta quizá, de que en muchos aspectos de la vida, la minoría marca la diferencia...

De regreso en casa, preparé junto a Micaela las valijas para el nuevo gran día que de hecho en sólo horas se presentaría.

— ¡Qué lindo que nos acompañés en este viaje! — le dije con una sonrisa — Así como en el primer viaje, Gabriel nos acompañó a Tucumán.

— La verdad es que necesito despejarme, Mary... Después de mis fracasos en los parciales de la Universidad, ¡todos desaprobados!, me

hace falta una distracción. ¡Ya está en la bancarrota mi carrera de Licenciatura en Historia!, ¡¡¡por eso la dejé!!!

—Mica, ¡tranquila! — la intenté calmar — La influencia del catolicismo que tuviste desde pequeña en colegios religiosos te hizo insegura y conservadora: ¡tenés un gran miedo por avanzar y proyectarte en la vida!

Me arrimé para darle un abrazo.

—Dios tiene un propósito para vos... — le susurré al oído — ¡Sé perseverante!

Aquella noche, ya acostada en mi cama, me dormí pensando en ¡cómo es posible que sea capaz de animarme a soñar tanto pero tanto! ¿La misma danza es la que me permite hacer surgir tantas ilusiones? Mi hermana, por ejemplo, al parecer no tiene proyectos en su vida, o a lo mejor no se esfuerza lo suficiente por querer encontrarlos... ¿Y Gabriel? Algo me dice que a él mucho no se le da la parte sentimental para soñar. Y ahora me pregunto: ¿las demás personas tienen una pasión en sus vidas la cual las motive a soñar? ¿Una pasión que sea la razón de sonreír las veinticuatro horas de cada día? Mi pasión es la danza árabe... ¿qué habría sido de mi vida entonces, si no hubiese participado en aquel certamen en San Ramón de la Nueva Orán?

Incluso, muchas veces mis hermanos me preguntan:

—Mary, ¿cómo es vivir con una **PASIÓN**...?

CAPÍTULO 18

“Viajando a La Cumbre - Córdoba”

¡Viernes! Seis de la mañana y ya estaba levantada. El baúl de la *Kangoo* se encontraba repleto de bolsos, valijas y personas. No obstante, estas últimas en los cómodos asientos, obvio.

— ¡Qué bien! — me dije a mí misma — Esta vez llevo conmigo la almohada de mi cama. ¡Mi almohada!

Mis papás y Micaela se reían de mí. Mi forma tan peculiar de no poder dormir estando en cama ajena, con almohada ajena, había llegado al punto de ser capaz en verdad de llevar a toda ciudad mi acogedor apoya sueños. Además, ese insignificante objeto de tela y algodón es el que me permite poder cerrar los ojos y soñar... soñar con nuevos proyectos, nuevos viajes y nuevos aprendizajes. ¡Cómo no llevarlo al viaje que, de seguro soñando, mi mente me llevó a querer realizarlo!

Llegamos cerca de las cuatro de la tarde a Termas de Río Hondo, Santiago del Estero. De antemano, mis papás ya tenían planeado hacer allí una parada, para descansar y pasar la noche en un hotel; porque de lo contrario, si seguíamos viajando, nos encontraríamos con la noche en plena ruta. Y a ambos nunca les gustó la idea de manejar la *Kangoo* de noche, pues significa exponerse al peligro del oscuro recorrido que depara el camino.

Como Termas de Río Hondo no era nuestro punto de llegada, sino La Cumbre, Córdoba, no reservamos por teléfono una habitación en algún hotel, días previos en Salta; pero, ¡cómo lamentamos no haberlo hecho!

— Ya están todas las habitaciones ocupadas — dijo mi papá mientras regresaba a la *Kangoo*, luego de preguntar por la tarifa en uno de los hoteles con el fin de alojarnos ahí.

— ¡Al frente hay otro hotel! — exclamé — Vamos, te acompaño — le dije abriendo la puerta.

Subimos unos pequeños escalones e ingresamos...

— Buenas tardes. ¿Tendrá una habitación para cuatro personas? Sería con una cama matrimonial y otras dos de una plaza.

— No, disculpe caballero. Estamos llenos hasta el lunes — nos respondió el dueño.

— Uy ¡qué macana! — expresó mi papá — ¿Sabe dónde habrá un residencial o un albergue con camas disponibles por la zona?

— Y... generalmente deben estar todos con habitaciones ocupadas. En esta época del año se llena bastante por el turismo de jubilados —

nos comentó.

— Bueno, de igual manera ¡muchas gracias!

La cara de espanto de mi mamá al notar los ojos afligidos de mi papá, ¡fue muy llamativa!

— Me parece que tendremos que dormir aquí no más... en la *Kangoo*. Ahora vamos a comer algo por ahí y ya vemos cómo nos ubicamos — aseguró.

— ¡¿Qué?! ¡¡¡No!!! ¡Yo no quiero dormir acá! — se quejó Micaela.

Obviamente a mí también me molestó aquella afirmación. Pues, ¿dónde tendría mi baño aquella noche? ¿Quería un espejo? ¡¡¡Soy mujer!!! ¡Lo necesito! Aunque queriendo no hacer surgir más molestias de las que mi hermana ya había hecho brotar, intenté verle el lado positivo de dormir ahí: ¡sería una aventura!

Mi papá arrancó nuevamente la *Kangoo* y dimos un par de vueltas por las siguientes cuadras hasta ver un nuevo hotel. Éste estaba muy apartado de donde se situaban los anteriores que habíamos dejado atrás.

— ¿Y si preguntamos ahí como última oportunidad? — dijo mi mamá — ¡La tercera debe ser la vencida!

Bajamos los cuatro, tal como una patota que quiere asaltar un negocio, con la diferencia de que nosotros necesitábamos asaltar una insignificante habitación. ¿Tan difícil era?

Y como si no fuera evidente, al cruzar la puerta mi papá expresó:

— Hola, ¡buenas tardes! Buscamos una habitación para cuatro personas.

— \$150 la habitación, incluye el desayuno, de ocho a diez de la mañana, en el comedor principal.

Sin poder asimilar lo que acababa de escuchar, comenté:

— ¿Qué? ¿O sea que sí tiene habitaciones libres?

— Sí, claro que sí — me respondió la señora amablemente — ¿Ustedes quieren dos habitaciones? — preguntó dirigiéndose hacia mis papás.

Y antes de pronunciar palabras, ambos cruzaron una mirada de “Está barato... pidamos dos habitaciones”.

— Sí, dos habitaciones — concluyó — Una con cama matrimonial y la otra con dos camas simples.

Cruzamos un largo pasillo, subimos unas escaleras y allí estaban: una puerta al lado de la otra que daban ingreso a las habitaciones. Fue un arduo trabajo bajar los equipajes de nuestro vehículo para subirlos por aquellas escaleras y colocarlos en las habitaciones; pero, ¡mejor prevenir que lamentar! No conocíamos aquella ciudad, por lo tanto no nos

arriesgaríamos a dejar dentro de la *Kangoo* todos nuestros bolsos, por más que esté en la cochera del hotel.

Allí nos relajamos, Mica y yo, viendo televisión mientras disfrutábamos de unas muy saladas *Rex*; y mi papá y mi mamá, en la habitación de al lado, vaya a saber cómo se relajaban y cómo disfrutaban el estar solos... Ahí estuvimos hasta más entrada la noche, cuando optamos por ir a pasear en familia por las calles de aquella ciudad.

— ¡Ay, miren qué bonito! — exclamé al ver un tierno perro acostado bajo una de las bancas de la vereda.

Infaltablemente, me agaché para tocarlo. Y mientras sacaba la cámara digital del bolsillo de mi campera, dije:

— Papá, ¡sacame una foto con esta preciosura!

El perro, como si estuviese entendiendo cada una de esas palabras, salió de debajo de la banca y posó tiernamente a mi lado. Toqué sus orejitas mientras su mirada transmitía un inexplicable cariño. ¡Qué bellos son los animales! Y más aún... ¡cuánto amor son capaces de brindar los perros de la calle! Ellos, que parecen no tener nada, lo tienen todo al otorgar en sólo un gesto de cariño un infinito amor.

Seguimos caminando hasta llegar al casino, luego de estar mero-deando y preguntar dónde se encontraba. Allí nos separamos. Mi papá y Micaela ingresaron, ella con el documento en mano porque no parecía mayor de edad; mi mamá y yo los esperamos sentadas en una banca de la entrada junto a un limpio césped.

— No entiendo la euforia de Mica por querer conocer un casino — le dije a mi mamá.

— Y bueno, cumplió sus dieciocho el año pasado. Será como una experiencia para ella poder conocer por dentro aquello que antes no le permitían.

— Sí, lo sé, eso es lógico; pero ¡para qué entrar si no vas a jugar! No somos tontos para querer perder el dinero en vicios como esos, como muchos otros son capaces de hacer — le repliqué.

Hablando y hablando, al rato nomás ya estuvieron los dos junto a nosotras nuevamente. Mi papá salió del casino diciendo:

— ¿Viste lo que es Mica? Lo que cuesta ganar dinero para después en segundos perderlo en una máquina tragamonedas. La verdad que hay que ser lo suficientemente tonto como para creer que la suerte existe en la vida.

— Sí, lo entiendo — dijo Micaela — ¡En lo único que debemos creer es en Dios y no en la suerte!

— Así es. Y como dice Gabriel, quien no cree en su existencia ¡por opa se está condenado a sí mismo!

Continuamos nuestra unida caminata hasta toparnos de frente con un local de venta de ¡productos árabes! Sin pensarlo, ingresé. Mis papás y Mica me siguieron por detrás. No sé cómo no me desmayé del asombro al notar aquello. Era más fácil preguntar qué no poseían que consultar qué se encontraba a la venta, pues ¡¡¡había de todo!!! Sables, alas de Isis plisadas, derbakes, velos de variados colores y en degradés también, túnicas tradicionales en diversos talles, almohadones con cierto diseño de estilo egipcio, caderillas, trajes de dos piezas, vinchas, turbantes, alfombras y tapices, pulseras y anillos súper brillantes, pequeñas estatuas de los antiguos faraones, narguiles con diferentes aromas, etc.

— ¿Podemos comprar algo y así llevar de recuerdo para Salta? — le pregunté a mi papá — ¡Porque nada de esto hay allá!

— Sí mi tesoro — me respondió — ¿Qué te gustaría llevar?

— Ay, a ver esperá... ¡hay tantas cosas lindas! — le expresé mientras los ojos se me iban mirando todo a cada lado.

Me asomé a admirar una de las caderillas y mi papá, a mis espaldas, me dijo:

— ¿Querés que compremos eso?

— ¡Esperá! Todavía no me decido — le dije mientras miraba ésta y, a su vez, una alfombra que estaba colocada sobre la pared a modo de muestra.

— ¿Qué pasa? — nos interrumpió mi mamá — Supongo que no están pensando en comprar algo. ¿Caderillas para qué? Si ya tenés las que te hice, al igual que los trajes: yo te los hago.

Lo miré a mi papá, él me miró y sin pronunciarnos palabra alguna supimos lo que el cerebro del otro estaba pensando: “La mamá está pichuleando, no quiere gastar plata... no quiere comprar nada...”

— Mi vida, ¿podés ir con Micaela hasta el frente? — le preguntó mi papá indirectamente — Hay una sucursal grande de alfajores regionales; fijate bien los precios y comprate una cajita. ¡Con Maryam las esperamos acá! — finalizó.

Ambas salieron, cruzaron hacia la vereda del frente e ingresaron a aquel paraíso de alfajores. Mi papá y yo, quedando a solas en el mundo árabe y aprovechando que no estaba la mamá presente, efectuamos el pago de unas pequeñas cosillas que me habían cautivado dentro del mostrador.

— ¿Algo más aparte de la alfombra con el dibujo de camellos? — nos preguntó el dueño de nacionalidad Siria.

— Sí... — le respondí — Esta lapicera de tinta azul de la diosa Isis junto a la pirámide.

— ¡Qué original la idea de un portaplapicera en forma de pirámide! — comentó mi papá alegre.

— ¿Podemos comprar también la muñequita con brillos de allá arriba? — dije señalándola — Me parece que es la reina Cleopatra.

— Claro hijita. Ahora que no está tu madre decidí qué más.

— Eso nomás... — le afirmé — La alfombra, la lapicera de Isis, la pirámide y el adornito de Cleopatra.

Nos encontrábamos en la caja, abonando el importe de todo aquello, cuando eché un vistazo hacia afuera de la vidriera, notando que dos bellas mujeres cruzaban la calle.

— ¡Dale! ¡¡¡Apurate!!! ¡Ahí viene la mamá! — le vociferé divertidamente a mi papá.

El dueño, riéndose a nuestra par, me entregó en una bolsa la alfombra y en otra más pequeña, los adornitos delicados. Antes de salir del negocio, mi papá expresó unas cálidas palabras.

— ¡Muchas gracias!

Fingiéndolo no haber comprado absolutamente nada, me acerqué a mi mamá.

— ¿Todo bien? ¿Qué tal esos alfajores?

Micaela, de repente, pisó el palito al tocar el tema que no queríamos poner en debate junto a mi papá.

— ¿Qué compraron? ¿Cuánto gastaron en total?

— ¡Apenas fueron trescientos pesos! ¿Cuál es el problema? No hacemos daño a nadie comprando aquello, no es nada malo. Además, en el futuro, cuando Maryam tenga su academia si Dios quiere, puede exponer esos adornos ahí, al igual que la alfombra de camellos. Lo repito, ¡no tiene nada de malo comprar cosas así! En cambio, perder trescientos pesos en el casino, como vimos hace rato con Mica, eso sin dudarle ni un segundo ¡sí que es malo!

— ¡Sí! — exclamé — ¡¡¡Noten la diferencia!!! — concluí mientras abrazaba contra mi pecho las bolsas.

De regreso en el hotel, decidimos cenar ahí mismo. Pues seguir por la calle, con el frío que hacía, era como una actitud masoquista que tarde o temprano podría acabar en un dolor de garganta. Y como de costumbre, si no pienso en la danza, ¡pienso en empanadas de queso! Por lo tanto nos ubicamos en una sencilla mesa del comedor del hotel luego de hacer el pedido en el mostrador; sin embargo a los pocos minutos nos retiramos de allí porque se dio inicio a una guitarreada de jubilados. ¡La amplificación del sonido de la guitarra se encontraba un poquitito alta! Para aquellas personas de edad avanzada, teniendo los

oídos que tenían, quizás estaba muy bien ese sonido; pero para nosotros ¡se encontraba fuertísimo! Teníamos dos opciones: retirarnos de ahí o pedirle a los viejitos que nos den tapones para nuestros oídos.

Consultamos a una de las encargadas del hotel si podíamos comer las empanadas en la mesa de la sala de estar, junto a los sillones que estaban donde se iniciaba el largo pasillo hacia las habitaciones.

—¡Claro que sí! Por favor siéntanse a gusto y cómodos— nos respondió.

No obstante, el fuerte sonido de las guitarras, el canto, los gritos y silbidos de los jubilados, de igual manera se escuchaba hasta la sala en la que nosotros nos encontrábamos.

—¡Eh! ¡Parece que les circula la juventud por las venas y arterias a esos viejitos!— comenté graciosamente mientras mordía mi empanada.

Mi papá se rió conmigo, antes de que mi mamá dijera:

—A mí me parece que vinimos a hospedarnos en un hotel donde una delegación de jubilados nos acompaña.

—Sí, es verdad— se interpuso Micaela queriendo ser partícipe también de nuestra charla, mientras no podía escuchar con atención lo que un documental de historia mostraba por el canal de *The History Channel* en la televisión.

Al parecer, como los jubilados se encontraban en el comedor principal a plena guitarreada y les entraba aire fresco por la rendija de abajo de la puerta, eso los llevó a regresar uno por uno, en distintos momentos, a sus respectivas habitaciones a buscar más abrigos. Es así que de pronto, una señora con su inseparable bastón de apoyo, pasó caminando por la sala en la que nos encontrábamos. Al ver que cenábamos, muy educadamente nos expresó:

—¡Provecho!

A lo que cuatro voces contestaron “¡Muchas gracias!”. Sin embargo, al ratito nomás pasó otra señora, dirigiéndose al sector de las habitaciones también. Y sucedió lo mismo:

—¡Provecho!

—¡Gracias!

Al rato pasó un señor, lo bastante serio diría yo, y nos dijo:

—¡Buenas noches! ¡Provecho!

Mientras que nosotros, masticando nuestras empanadas, le respondimos:

—¡Muchas gracias!

—Deberíamos grabar un “gracias” por el micrófono del celular y así ponerlo en alta voz cada vez que nos digan eso. De lo contrario, no

podemos comer tranquilos las empanadas por responder a cada rato sus amables saludos — comenté.

Me hubiese gustado que mis papás me expresaran una opinión por lo que pronuncié, pero ¡fue imposible! Pues otro “provecho” llegó a nuestros oídos interrumpiendo nuestra charla familiar y nuestra digestión. Me pareció que ser extremadamente cordial es a veces ser extremadamente molesto con aquellos a quienes te estás dirigiendo. Aun así, ¡qué simpáticos habían sabido ser los jubilados!

Ya por la mañana del sábado retomamos el viaje a La Cumbre. Desayunamos café con leche con unas riquísimas medialunas en el comedor principal del hotel. Luego de que empacaron mis bolsos, me abrigué a tal punto de parecer una esquimal por tanta ropa: incontables buzos, dos camperas y por último un gorrito y una bufanda. ¡El frío no iba a poder conmigo aquella mañana!

— ¡Son las diez! Desde las seis que estoy despierta por culpa de los jubilados — se quejó mi mamá mientras subía a la *Kangoo*.

— ¡Ay, sí! ¡Yo igual! — exclamé — Los viejitos golpeteaban las puertas de sus habitaciones a esa hora para despertarse. ¡Qué locura!

— Al parecer, la *Trafic* de jubilados pasó a buscarlos a esa hora — comentó mi papá.

— ¡Sus voces altas y golpetazos de puertas no dejaron dormir! — dijo Micaela.

— ¡¡¡Qué desconsiderados!!! ¡Peor que adolescentes se comportaron! — concluí.

Durante el viaje, Mica y yo fuimos buscando palabras en una sopa de letras, que ella misma se había encargado de llevar como juego para distraerse.

— ¡Dame el resaltador! — vociferé — Yo vi primero ¡destornillador!

— Bueno, bueno. Tomá... marcalo vos.

— Gracias — le dije riendo.

Y a los segundos...

— ¡Martillo! ¡Pasame el resaltador Maryam!

— ¡Chicas! — nos interrumpió mi mamá desde el asiento de adelante, luego de unas dos horas de viaje — Aquí nos debemos bajar para cargar con gas el tanque de la *Kangoo*.

Al detenernos en aquel *Refinor*, decidimos almorzar en su *Refi Shop* unos frescos y sencillos sándwiches de miga que vendían ahí. Una hora más tarde, seguimos viaje. Y más entusiasmados que nunca, pues se aproximaba cruzar las Salinas de Ambargasta, mejor conocidas como

“Las Salinas de Santiago del Estero”.

—Es... es como un... un... un desierto todo esto— balbuceé.

—¡Así es!— afirmó mi mamá, quien ahora se encontraba al volante— Aquí no sólo no hay señal en los celulares sino que tampoco hay estaciones de servicio.

—Hemos hecho bien en cargar gas en el *Refinor* que acabamos de dejar atrás en la ciudad de Loreto— comentó mi papá.

—¡Dijiste perfectamente que esto se parece a un desierto Mary!— vociferó Micaela— ¡¡¡No hay ni una mosca ni un animal por todo este trayecto!!!

Después de transcurrir un poco más de dos horas, nos despedimos de ese desierto y llegamos a Villa Ojo de Agua, un departamento de la provincia de Santiago del Estero que limita con su provincia vecina: Córdoba. Y gracias a aquella provincia, la cual era la protagonista de ese viaje, aprendí, ubiqué y conocí diferentes departamentos y localidades por las que, en medio de la ruta, debíamos transitar.

—Villa de María— dije en voz alta al leer un cartel— Una localidad cabecera del departamento de Río Seco.

—A esta localidad también se la conoce como Villa de María del Río Seco— me completó mi mamá.

Seguimos viaje por Rayo Cortado, otra de las localidades cordobesas situadas en Río Seco también. Continuamos por San José de la Dormida, una localidad de Villa Tulumba.

—¿Villa Tulumba?— pregunté en voz alta cuando estuvimos allí— Qué nombre... no me gustaría vivir aquí.

—¿Cómo que no te gustaría?— se hizo el gracioso mi papá— En Villa Tulumba ¡vive el Indio Catumba!

No pudimos parar de reírnos. Entre sonrisa y sonrisa exclamé:

—Ah, bueno. Si hacemos juegos de palabras con los nombres de los departamentos de aquí, les comparto que en San José de la Dormida me hubiese gustado QUEDARME DORMIDA por todo lo que no dormí anoche, culpa de los jubilados de Termas de Río Hondo— finalicé mis palabras a puras risas.

—¡¡¡Miren!!! ¡Una plaga de langostas por toda la carretera!— exclamó de repente mi mamá.

Y sin pensarlo, prácticamente como un acto reflejo producido por mis neuronas, cerré rápidamente la ventanilla que se encontraba abierta a mi lado. Si esos bichos volaban hasta entrar en la *Kangoo*, ¡tendría un ataque de pánico! Nunca lo tuve, y nunca lo querría tener... ¡Insectos! Sin dudas mi punto débil: no por miedo sino por aprensión. Y en este

caso, metros y metros del asfalto de la ruta de Villa Tulumba se encontraban tapados por las langostas.

— Las ruedas de la *Kangoo* van a quedar asquerosas por todas las langostas que estamos aplastando — comentó Micaela.

— ¡Pobres neumáticos! — expresé — Están sufriendo una metamorfosis al convertirse en santuarios y cementerios exclusivos para las langostas.

De pronto, se me ocurrió un comentario por demás simpático y gracioso.

— ¡¡¡Ya sé!!! Papi, ya que estamos en Villa Tulumba, decíle a tu amigo el Indio Catumba ¡que venga con sus arcos y flechas para que nos ayude con la matanza de las terroríficas langostas!

Nos reímos descontroladamente por unos gozosos segundos. Sin embargo, hubo que callar las risotadas pues la mamá, que seguía al volante, no debía desconcentrarse ni mucho menos perder la vista al frente al manejar. Suficiente era con tener apretado el acelerador y sentir, según ella, que su pie derecho se acalabraba por no poder cambiarlo de posición.

Luego de transitar gran parte de Deán Funes, otra de las ciudades cordobesas, un potente sueño me venció. Reabrí mis ojos cuando, por obligación, me hicieron bajar del vehículo para echarle gas a la *Kangoo* nuevamente.

— ¿Qué hora es? — pregunté aun sintiéndome un poco dormida.

— Son las 20:00, Mary — me respondió Micaela.

— Te pegaste una buena siesta de tres horas — expresó mi papá.

— ¿Estás bien? — se me acercó mi mamá — ¡¡¡Ya estamos en La Cumbre!!! Ahora nos dirigimos directo al hotel.

— ¡Wow! ¿Exactamente de qué me perdí?

— Sólo te perdiste de Cruz del Eje y Capilla del Monte.

Finalmente, ¡llegamos al hotel! en el cual, como de costumbre, semanas antes por teléfono habíamos reservado una de sus habitaciones. Con mi almohada sujeta bajo un brazo y con uno de mis tantos bolsos en el otro, bajé del vehículo viajero.

Unas preciosas lajas decoraban el frente del edificio. Crucé la verja y caminé por aquel sendero que se encontraba rodeado de flores, y aun en la oscuridad de la noche pude distinguir el brillante césped a sus costados. Subí los pequeños escalones hacia la puerta principal y entré... entré sin saber en la reliquia de hogar en la que estaba por hospedarme, sólo veía su diseño exterior tan rústico.

Una señora nos abrió la puerta y nos recibió cariñosamente. Le

abonamos el dinero que teníamos que pagar por la estancia en el lugar hasta el lunes por la mañana. Y mientras mis papás llenaban las fichas con los datos que debían completar, Micaela y yo cruzamos una mirada de “Hogar... dulce hogar”. Rogué interiormente que no se hospedaran en el hotel jubilados que ¡golpeen las puertas de las habitaciones a las seis de la mañana!

Subimos unas escaleras, la habitación que la amable señora nos señaló estaba en el primer piso. Y para nuestra sorpresa ¡éramos los únicos hospedados en el hotel! ¡¡¡Los únicos!!! ¡¡¡Qué buen comienzo!!!

Junto a mis papás decidí ir ahí mismo al Teatro a abonar mis cinco solistas y de paso conocer personalmente a Mabel, la organizadora de dicho certamen, colega y amiga de Nadia. Fuimos caminando, la *Kangoo* ya se encontraba en la cochera del jardín, de todas maneras el Teatro se encontraba a sólo dos cuadras del hotel. ¡Era fascinante buscar con anterioridad, por Internet, un alojamiento cerca del lugar protagonista de cada viaje!

Estábamos un poco congelados por el frío, pero ¡llegamos! Tal como decía en las bases y en el cronograma del evento, siendo sábado por la noche se encontraban participando las bailarinas de la categoría Infantil; el domingo sería para mi categoría junto a Mayores y Profesionales.

—¿Mabel? ¡Hola, soy Maryam!— le exclamé a modo de saludo al verla un poco más allá de la puerta de entrada.

—Eh, ¡hola! ¡Un gusto conocerte personalmente Maryam! ¿Qué tal el viaje? ¿Cuándo llegaste?

—¡Un gusto también!— le expresé— Bien, bien... hace como una hora llegué.

—¡Qué bueno! Te espero entonces mañana a las dos de la tarde, así participás.

—Sí, genial. Ahora te pago los solistas. Por cierto, ellos son mis papás— le dije presentándolos.

Le recordé lo de la beca mostrándole la certificación, pues en este caso debía abonar sólo tres coreografías, el otro par era la beca precisamente. Nos despedimos y, como pingüinos congelados, regresamos al hotel. Mica se encontraba en la sala de entrada esperándonos con un huésped de cuatro patas en su regazo.

—¿Y esa hermosura felina?— preguntó mi mamá sorprendida al ver su animal predilecto.

—Es de la señora— expresó— Se llama Dalí. ¡Mirá de lindas las rayitas que tiene!

—¡Sí, sí! ¡Es hermoso!— exclamó feliz mi mamá.

Mi papá y yo nos miramos como diciendo: "¿No habrá algún perrito? ¡Es mejor que un gato!". Y Micaela, como si estuviese adivinando lo que ambos pensábamos, dijo:

— Hay otros dos o tres gatos, no son de la señora sino que son callejeros. De igual manera, ingresan al hotel de vez en cuando; como los perros que viven afuera, también callejeros. Se acercan porque les da alimento todos los días; pero sólo Dalí duerme aquí dentro.

Dejamos a Dalí sobre uno de los sillones y subimos a nuestra habitación. Al rato me bañé, pues mis rulos debían estar bellos para el día siguiente, y luego me pinté las uñas con manicure francesa. Mientras lo hacía, mis papás veían televisión y Mica, absorbida por la sopa de letras, hallaba las palabras que nos habían quedado por buscar.

— ¿Saben qué es lo más sucio de un hotel? — preguntó mi mamá como desafiando nuestros pensamientos.

— Mmm... no, ni idea — le dije.

— ¡Los picaportes de las puertas de las habitaciones! — concluyó mi papá con una sonrisa, seguro de sí mismo por su sabia respuesta.

— No, no es eso.

— ¡Oh! ¿Y entonces?

— ¡Lo más sucio de un hotel es el control remoto! Todos lo utilizan y es lo único que nadie se encarga de limpiar.

Asentí con la cabeza, reconociendo que mi mamá tenía razón. Mi papá, en cambio, seguía pensando que quizá lo más sucio fuesen los picaportes.

Al cabo de un rato, la charla familiar y el cine, a la par de las lucecitas de los veladores, cesaron y dieron inicio al profundo sueño que sin dudas los cuatro necesitábamos.

¡DOMINGO! Aquel gran día no sólo era sobresaliente al saber que durante la tarde estaría por pisar un nuevo escenario de una nueva provincia, sino también porque amaneció con una resolana; no fueron los rayos del sol más calientes del universo, pero para el duro invierno que viven las personas en La Cumbre, ¡eso fue la perfección!

Desayunamos café con leche junto a tostadas untadas con membrillo y manteca. ¡¡¡Qué delicia!!! Sin darme cuenta, de a poco el café con leche me fue deleitando. Varios viajes... varios hoteles recorridos, sirviendo todos el mismo desayuno ¡ya había conseguido que mis papilas gustativas adoraran aquello!

— ¿Vieron que hay un campanario aquí en el hotel? — nos preguntó de repente mi mamá.

—Si lo vi, está casi en la entrada ¿verdad? ¿Podremos subir? — la interrogué.

— Le preguntemos a la señora, se la ve muy amable — nos expresó — Al parecer vive aquí mismo junto a su madre, quien está en cama todo el tiempo, y como para ganar un extra de dinero pone en uso el resto de las habitaciones alquilándolas.

Tras consultarle y luego de escuchar “Claro que sí, siéntanse como en su casa”, me pareció que me tomé muy a pecho sus palabras y exploré de punta a punta ese auténtico castillo de principios del siglo XX, que la familia propietaria utilizaba para retirarse de la ciudad en los meses de calor.

Un poquito más allá de la puerta principal se encontraba una escalera caracol; ésta llevaba al campanario. ¡Parecía un museo aquel hotel! Desde arriba, una pintoresca ventanita mostraba que un jardín se extendía abajo.

—Miau... — escuché de repente.

Entre tanto silencio, me asusté; pero al voltear y ver que estaban Dalí y Micaela me reí imaginando la divertida exploración que podíamos realizar juntas antes de que fuese el inicio del certamen.

Nos dirigimos hasta afuera y notamos que en la parte del fondo había una pileta, lógicamente vacía e inutilizable por culpa del invierno que ya había llegado. Asimismo, en un cobertizo, se resguardaban un antiguo carruaje y un auto *Ford* de la década del '20, con todos los accesorios de la época (ruedas con radios de madera, un verdadero farol para iluminar, bocina en forma de corneta, baúl literal de cuero).

Me encontraba admirando una esbelta palmera cuando de pronto se nos acercó corriendo un perro.

— ¡Fido! Vení para acá — le vociferé como si lo conociese de toda la vida.

— ¿Fido? — me preguntaron mis papás que se habían acercado también — ¿Su nombre es Fido?

— Así lo acabo de bautizar yo. ¡Tiene cara de Fido! — les dije sin poder contener la risa.

— Eh, ¡cuidado Maryam! — me advirtió mi papá — ¡No lo abracés al perro!

— ¿Por qué no? Es un amor.

— ¡Es callejero! — me recordó — ¡Tené cuidado!

Prestando atención a su cálida y dulce mirada no comprendí qué maldad... o qué clase de daño podía habitar en él. Como de costumbre, ¡una foto a su lado fue infaltable!

Como así también, fue inevitable que mis papás estén a las caricias y besos. Les dije que se colocaran junto a la palmera y allí les tomé unas tiernas fotos abrazados, bien pegaditos entre sí. Luego ellos nos sacaron fotos a Micaela y a mí, posando en el césped limpio y fresco junto a unas flores y arbustos.

Entramos nuevamente, pero esta vez por la puerta trasera, la que daba hacia al jardín. Observando una pecera con pequeños nadadores de colores, noté más adelante una habitación con la puerta entreabierta.

— ¿Qué habrá ahí? — le pregunté a Micaela.

— La habitación de la señora — me aseguró.

— Pero ¿no la vimos entrar a aquella habitación del frente? — dije señalándola — La puerta de al lado de la cocina es su dormitorio — le recordé.

— Ah sí, es verdad. ¿Entonces qué será ahí? — me preguntó curiosa.

— ¡Vamos a averiguarlo!

Abrí completamente la puerta y al ingresar ¡mis ojos vieron una enorme maravilla! En el centro de la sala se hallaban sillones junto a una mesita de café y a sus alrededores: ¡libros! ¡¡¡Estanterías repletas de libros!!! Agarré uno de ellos, que llevaba por título *Detectives en Palermo Viejo* de la célebre escritora *María Brandán Aráoz*; me puse cómoda en uno de los sillones y empecé a hojearlo detenidamente.

Estuve a punto de dar inicio a la aventura que las páginas guardaban, pero de repente mi mamá me volvió a la realidad.

— Maryam, deberías ir preparándote. En menos del tiempo pensado van a ser las dos de la tarde.

— Está bien, ya subo — le expresé como dueña de casa — ¡Qué pena no tener tiempo para leer este libro... parece bueno!

Dirigiéndome a la habitación, antes de subir las escaleras, advertí a Dalí descender hacia un sótano. Hubiese bajado a la par de sus pequeñas patitas, pero el certamen me estaba esperando... ¡el escenario me esperaba!

Ya en la habitación y teniendo mis cartucheras de maquillaje en manos, fui hasta el pasillo. Allí había un espejo con dos lamparitas a sus costados. El marco de éste era de madera, ¡más colonial no podía ser! Ahí me instalé para maquillarme.

Tal como dijo mi mamá, en el tiempo menos pensado se hizo la hora y ya estaba lista. Mi papá alzó la valija con los cinco trajes. Micaela ayudó llevando las wings y los fan veils, mi mamá el candelabro y yo me encargué de llevar colgado en mi hombro el derbake con una tira de la funda que lo protege. Lo último en recoger fueron los cinco CDs

que dejé sobre la cómoda, cada uno con la respectiva pista musical de la coreografía; los agarré y fuimos caminando hacia el Teatro. Como antes mencioné, el alojarse en un hotel cerca del lugar donde se realizaría el certamen, ¡permitía la comodidad de acarrear todo el equipamiento que necesitábamos llevar!

Al llegar, una de las señoritas locutoras me hizo saber que me fuera instalando y acomodando en la carpa que se encontraba exactamente al frente, sobre la cuadra del Teatro.

— ¿La carpa? — preguntó mi mamá confundida.

— Ésa es... — nos dijo señalando — Es como un enorme iglú. Ahí es el vestuario para todos, ya que los vestuarios oficiales están siendo remodelados — nos aclaró.

Tenía un mal aspecto por fuera... pues, ¡era una carpa! ¿Quién se cambiaría dentro de una carpa? Sin embargo, por dentro se hallaban mesas, sillas y taburetes para vestirse cómodamente. ¡Hasta había un espejo de pie! Muy reconfortante resultaba todo aquel iglú.

Me vestí con el primer traje, el naranja, éste era para bailar con las wings. Según la planilla de orden pegada en el interior del peculiar camarín, mi primer solista sería con las alas, el segundo con los fan veils, el tercero la coreografía de manos libres, el cuarto con derbake y finalmente, el quinto con candelabro.

Me encontré frente al espejo haciendo retoques a mi delineado de ojos, cuando de pronto la misma señorita que nos avisó lo del iglú, se presentó ante mí y mi mamá.

— Perdón que las interrumpa, vos sos Maryam Dimín, ¿verdad? — me preguntó mientras revisaba apuradamente las planillas de orden que llevaba en manos.

— Sí, Maryam Dimín de Salta — le aclaré.

— Bien... Como tenés cinco coreografías por presentar y además como no vas a disponer de gran tiempo entre ellas para el cambio de vestuario, me dijo Mabel que te avise que vayás al altillo del Teatro. Está justo arriba del escenario, ahí de seguro estarás más cómoda en vez de estar cruzando la calle hasta llegar aquí para vestirte con los otros trajes cada vez que terminés una de las coreografías.

— ¡Qué bien! Muchas gracias — le dije.

Mi mamá, ya renegando por lo que nos acababan de avisar a último momento, me expresó que iría a buscarlo al papá.

— Ya vengo. Voy a decirle a tu papá, que de hecho ya está en las butacas con Micaela, que nos venga a ayudar, así transportamos todo esto hacia el altillo — me señaló con molestia la valija y mis elementos de danza.

Al rato volvieron los dos; y mi mamá, lamentablemente seguía rene- gando hasta con lo más mínimo que se topase en su camino. Alzamos todo lo nuestro mientras subimos las escaleras al lado del escenario hasta llegar al altillo, al cual la señorita nos guió. Sin embargo, su fastidio se agrandó más todavía cuando supo que me estaba faltando un CD de una de mis coreografías.

—Má, ¿vos agarraste el CD que tiene encima escrito “fan veils”?— le consulté.

—¿¿Qué?! Yo no toqué nada. ¿No está ahí? ¡Los pusiste sobre la valija a los CDs!

Para buscar aún mejor abrí la valija y revisé dentro de ella, incluso en sus laterales y en el fondo, pero ¡nada! ¡¡¡Allí sólo estaban los trajes!!! Me empecé a poner nerviosa... ¡me estaba faltando un CD! Me pareció que eran nervios precisamente lo que sentí, pues hace tiempo que no percibía esa clase de sentimiento como en aquel momento.

—¡¡¡No está!!!— vociferé— ¡Me falta un CD!

La situación en la que me encontraba no me dio tiempo de pensar en nada. Aquellas palabras ya se estaban anunciando...

—Modalidad: bellydance. Categoría: Juvenil - Solista. Participante: Maryam Dimín, quince años de edad, de la Academia de Verónica Car- dozo, de la provincia de Salta, con la obra: “Wings”.

Rápidamente acomodé las wings sobre mi cuello mientras pronun- cié las últimas palabras de aliento y oportunidad.

—¡Yo sé que sí lo traje al CD! Debe haber quedado en el hotel, si no está ahí ¡entonces no sé!

Ingresé al escenario, empezó la música y bailé... Mientras lo ha- cía noté en el público que mi mamá salió corriendo tras decirle algo bruscamente a mi papá. Seguí bailando tratando de mantener la calma, hasta que en un momento ¡se me resbaló la vincha de mi cabello! Fingí una sonrisa, pero eso sólo logró que las wings se me enredaran entre sí notoriamente en lugar de lucirlas como debía. ¡No me sentí para nada bien! Me encontraba a más de 800 km de mi ciudad... con el próximo CD a utilizar ¡perdido! Cuando por fin la música cesó, y sin darle im- portancia al resonar de los aplausos, me agaché para recoger la vincha que había volado hasta la otra punta del escenario y luego me fui hacia el altillo aún con las wings colgando de mi cuello, enredadas.

¡Ahora seguía la coreografía de fan veils! ¿Dónde estaba su música? ¡No iba a poder bailar! Y en los certámenes, cuando no estás completa- mente lista al nombrarte, ¡quedás descalificada! Me cambié de vestua- rio lo más rápido que pude... ¡y como pude! Porque mi mamá aún no

estaba allí para ayudarme; a los minutos subió mi papá.

—La mamá se fue al hotel a buscar el CD— intentó tranquilizarme.

Y sí logró transmitirme su paz, pero ésta desapareció cuando a sus espaldas llegó mi mamá con cara de exhausta por haber corrido ida y vuelta las cuerdas... y ¡enojada! por todo lo que estaba sucediendo.

—¿Este es el CD?— me preguntó sosteniendo uno en manos.

Lo agarré y al leer escrito encima de él con microfibra “fan veils”, ¡¡¡se me volvió el alma al cuerpo!!!

—¿Dónde estaba?!

—¡Sobre la cómoda! Creíste agarrar todos a la vez, quedando éste ahí— me contestó de mala gana.

—Modalidad: bellydance. Categoría: Juvenil - Solista. Participante: Maryam Dimín, quince años de edad, de la Academia de Verónica Cardozo, de la provincia de Salta, con la obra: “Fan veils” — se escuchó por los parlantes.

Tomé los fan veils en mis manos, bajé corriendo las escaleras del altillo hasta llegar al escenario. ¡¡¡No había perdido el alma!!! Gracias a Dios se me había vuelto al cuerpo, sabiendo que no había olvidado en Salta aquel CD. Y no sólo lo había encontrado mi mamá en el hotel, sino que también lo trajo justito a tiempo para su utilización. No obstante, el malestar que sentía interiormente y las malas caras de ella surgidas detrás del escenario ¡seguían presentes en mí! Y es eso mismo lo que provocó que al momento de iniciar el baile fuera a total destiempo entre la melodía y la coreografía... E incluso uno de los fan veils, que son abanicos, ¡no se me abrió! Más bien, ¡no lo pude abrir! ¡¡¡Las manos me temblaban constantemente por tanta presión!!! Miré hacia la mesa del jurado, me observaban. ¡Sentí miedo al no poder disfrutar de nada! y, a la vez, un gran alivio cuando la música terminó y regresé al altillo.

Mientras me cambiaba velozmente para la tercera presentación, teniendo los minutos contados antes de que escuchara mi nombre otra vez por los parlantes, sentí fuertemente ese nudo ahorcándome en el fondo de mi garganta. ¡Típico en mí! ¡¡¡Típico en Maryam!!!; pero no podía llorar... sabía que si lo hacía, esas lágrimas no se detendrían jamás. Entonces, ¡me contuve como pude! Me quedaban tres coreografías por bailar... ¡¡¡sólo tres!!! Quizás un esfuerzo más y luego todo ya acabaría...

—Modalidad: bellydance. Categoría: Juvenil - Solista. Participante: Maryam Dimín, quince años de edad, de la Academia de Verónica Cardozo, de la provincia de Salta, con la obra: “Bailo con el corazón”.

Nuevamente, mi papá se encargó de entregarle al sonidista el CD a

utilizar. Y allí estaba yo... con un traje color rojo pasión, fino y delicado, que acompañó mi falsa sonrisa estando arriba del escenario. Una vez más, al cesar la música sentí un gran alivio... ¡Una presión menos!

En menos de los minutos pensados, la situación tensa por la que estaba pasando, prosiguió:

— Modalidad: bellydance. Categoría: Juvenil - Solista. Participante: Maryam Dimín, quince años de edad, de la Academia de Verónica Carodozo, de la provincia de Salta, con la obra: “Solo de derbake”.

¡¡¡Aquella era la nueva coreografía!!! Estaba todo tan mal, que si me caía del derbake al hacer equilibrio sobre él ¡no me importaría nada! ¡¡¡Qué más daba!!! Ya lo tenía todo perdido.

No obstante, me fue difícil entender ¡cómo mantuve el equilibrio sintiendo la absoluta presión que estaba cargando sobre mí en aquel momento! No me caí, pero en una parte de la coreografía el tamborcito aplastó las puntas de mi pollera dando lugar a que éste tambaleara sin disimulo alguno.

Al regresar al altillo, vi el candelabro al lado de mi valija. ¡La última coreo! ¡El último esfuerzo! Sin mencionar que aquel nudo que ahorcaba mi garganta, seguía haciendo de las suyas.

— Modalidad: bellydance. Categoría: Juvenil - Solista. Participante: Maryam Dimín, quince años de edad, de la Academia de Verónica Carodozo, de la provincia de Salta, con la obra: “Luces mágicas”.

Como describí anteriormente, ¡un candelabro de danzas árabes originalmente lleva velitas con fuego encendido!; pero no me di cuenta o no quise darle importancia a lo que mis ojos estaban viendo mientras bailaba: ¡El público entero se encontraba admirando esas lucecitas mágicas a pilas que mi peculiar candelabro poseía! Y ahí sí... la música terminó luego de sus cuatro minutos y ¡todo acabó!

Finalmente, ya sentada en el piso colocándome las botas, mi papá pronunció sus sinceras palabras:

— ¡Excelente Maryam! Las dos últimas coreografías ¡fueron estupendas! Vos vieras la cara que tenían los presentes mientras aplaudían, después del impacto que les diste.

En ese preciso momento sentí que aquel nudo ¡me ahorcó definitivamente! Infinitas lágrimas empezaron a recorrer mi rostro, borrándome el maquillaje; pero por sobre todo ¡borrándome aquella sonrisa fingida que había tenido durante los cinco solistas realizados!

— ¡Eh Mary!— me expresó mi papá confundido y asustado— ¿Qué te pasa?

Apenas si pude hacerle entender el porqué de esas lágrimas.

— ¡¡¡Todo salió mal!!!

— ¡No! ¿Por qué decís eso? ¡Fueron maravillosos tus bailes!

— No pude dar todo lo que tenía por dar... ¡tanta presión no me lo permitió! — le expliqué entre sollozos.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y me lo entregó mientras mi mamá se acercaba.

— Pero Mary no fue tu culpa no haber podido entregar todo de vos en el escenario — comentó — ¡Fue el mismo certamen el que no te dio el tiempo necesario! Recordá que la jornada de hoy sólo contó con cuarenta coreografías, a diferencia de la jornada de ayer sábado que tuvo alrededor de doscientas presentaciones. Al ser pocos los participantes que hubo hoy, tus solistas estuvieron literalmente apretados en este torbellino. ¡¡¡Disponías de minutos contados para apenas realizar el cambio de vestuario!!! — concluyó.

— ¡Así es! — afirmó mi papá — ¡¡¡No te exijás más de lo que vos no podías hacer!!!

— Disculpen, el jurado solicita a Maryam en la sala de entrada antes de dar inicio a las premiaciones de las dos jornadas — nos comunicó la locutora mientras bajábamos del altillo.

Antes de ingresar a la sala que me indicó, me sequé las lágrimas con el pañuelo, pues no quería que los miembros del jurado vieran aquel desgarrador sentimiento que sólo yo comprendía. Pedí permiso al abrir la puerta, ya que noté que adentro se estaba llevando a cabo una reunión. Se me cruzó por la cabeza trastornada que quizás estaban hablando sobre mí... ¡sobre lo mal que había bailado aquella tarde!; pero al darme cuenta de que era la única "pequeña" entre todos los presentes que se encontraban ahí, supe que esa reunión se convocaba con el objetivo de que el jurado debatiera con todos los profesores y maestros preparadores sobre los logros y mejoras de sus alumnos durante el certamen.

— No me corresponde estar aquí. ¡Verónica debería estarlo! — me dije a mí misma en mis pensamientos.

Uno de los miembros del jurado, con su segura y gruesa voz, me entregó las cinco devoluciones correspondientes a mis cinco coreografías presentadas.

— ¡Bailaste hermoso! — me felicitó la tierna y dulce voz de su colega — Sólo unas observaciones te anotamos ahí — me aclaró señalando los papeles.

— Gracias... — es lo único que pude decir. Primeramente porque, al parecer por tanto llorar, mis cuerdas vocales olvidaron su función y

segundo porque no podía creer eso de “¡Bailaste hermoso!”.

— Para la próxima vez — me dijo — recordá tener en cuenta que para todo tipo de vueltas y giros el peso del cuerpo recae sobre los dedos de los pies, siempre y cuando quieras hacerlo en relevé, de lo contrario está bien sobre el apoyo de plantas; pero ¡nunca girés sobre los talones!

— Entiendo. ¡Gracias! — le dije amablemente asintiéndole con la cabeza.

— Te felicito por lo que hiciste sobre el derbake, ¡fue una coreografía de alto impacto! ¡¡¡Excelente tu equilibrio!!! Pero ¡ajo! con titular la obra “Solo de derbake”, ya que no lo es. Pues es una percusión... a la melodía la forman varios instrumentos no sólo los golpes graves y agudos que se logran con el derbake.

Y así siguieron explicándome las observaciones que me habían anotado. Sin darme cuenta, ¡sus palabras me estaban enseñando temas, consejos e ítems que Verónica jamás me los expresó!

Al terminar aquella pequeña e improvisada reunión y al salir de la sala, escuché a alguien decir:

— ¡Mirá! Ella es la chica que bailó hace rato, a quien la apuraron de gran manera; pero aun así ¡realizó todo excelente!

Sin saber ya qué pensar o qué conclusiones sacar, fui hasta las butacas a encontrarme con mis papás y con Micaela. Ella, tal como hermana protectora, se encontraba preocupada por mí.

— ¡Mary! ¿Estás bien? No llores... porque ¡bailaste hermoso como siempre!

Al poco tiempo se inició la premiación. Debo admitir que me sorprendió recibir en mis manos cuatro medallas de oro y una de plata; pero no tanto como cuando me sorprendí al escuchar esas palabras ¡tan fuertes! que al parecer muchos ya esperaban, seguros de escucharlas.

— El premio especial... — emitieron los parlantes — ... “Bailarina Destacada del Certamen”... es para la solista de danzas árabes ¡MARYAM DIMÍN DE LA PROVINCIA DE SALTA!

Me levanté de la butaca ¡junto a unas nuevas lágrimas en mis ojos! Sin embargo, estas gotitas de sentimiento no eran por la felicidad de recibir aquel trofeo que parecía llegar hasta la altura de mi cintura, ni tampoco eran gotitas de tristeza como las producidas anteriormente cuando el propio nudo me las había soltado. Sino que fueron lágrimas por haber finalmente entendido cuál fue la enseñanza oculta de aquello... ¡de lo vivido en ese escenario de La Cumbre con tantos apuros, malas caras y presiones!

De regreso al hotel, decidimos ir a cenar una buena comida caliente

por la zona. En la cuadra siguiente encontramos un restaurante familiar en el cual yo, particularmente, me resolví a comer empanadas; esta vez serían árabes con un provechoso jugo de limón.

— ¡Pero si ya comiste eso cuando estuvimos en Termas de Río Hondo! — me replicó Micaela.

— No querida. En Termas de Río Hondo comí empanadas criollas, ahora voy a comer empanadas árabes. ¡No es lo mismo! — expresé sarcásticamente.

Mis papás se rieron, a lo que él agregó:

— ¡Qué bueno volver a tener la Maryam de siempre! La risueña... la sonriente... ¡la simpática! Y no la de hace unas horas... ¡ahogada en lágrimas!

Lo miré tiernamente sin saber qué decirle, sin darme cuenta de que mis ojos ya estaban dando expresión a sus palabras.

Un poco más tarde me di un baño caliente, mientras mis papás y mi hermana veían televisión, cada uno en sus respectivas camas. Al terminar mi inmersión, me uní a ellos sin esperar los graciosos momentos que compartiríamos en aquella habitación.

— Chicas... ¿Han visto el control remoto? — preguntó mi papá dirigiéndose a Mica y a mí.

— No, ni idea — le respondí.

— ¿No lo habías dejado sobre el velador? — le expresó Micaela.

— Me parece que sí... Aunque quizá se cayó debajo de la cama — dijo agachándose.

— ¿Qué buscás? — intervino mi mamá.

— Nada... — le respondió, sabiendo que si comentaba lo que había perdido, lo retaría.

— ¡¡¡Decime!!! — le exigió — ¿Qué buscás?

Mi papá se limitó a mirarla con cortesía.

— ¿Estás buscando el control remoto? — insistió.

— Emm sí...

— ¡¡¡Acá está!!! — vociferó de repente mientras lo sacaba debajo de las blancas sábanas de la cama.

¡Los cuatro nos reímos sin poder contenernos! La misma persona que lo escondió fue quien reveló al indefenso control.

— Pero, ¿que no era lo más sucio de un hotel el control remoto? — dijo mi papá todavía riendo — ¿Qué hacía entonces bajo las limpias sábanas?

Mi mamá lo miró cálidamente a los ojos después de decirle:

— Es ahí donde tenemos que estar nosotros ahora... ¡bajo las sábanas! ¡Así las chicas no podrán ver lo que hacemos!

Seguimos compartiendo risas, mientras ellos aprovechaban para coquetearse por medio de esas bromas tan casuales, que se iniciaron al perderse el control remoto del hotel bajo las sábanas. ¡Qué ocurrencia la de mi mamá!

Cerca de las dos de la mañana me desperté. El celular de mi papá empezó a tintinear, haciendo saber a través de ese molesto sonidito que se había quedado sin batería. Eché un vistazo entre medio de la oscuridad y mi mamá dormía plácidamente; de hecho, roncaba. Mi hermana se empezó a revolver entre las frazadas, supuse que se despertó por el mismo motivo por el cual yo había abierto los ojos también.

— Chicas, ¿están despiertas? — se escuchó apenas la voz de mi papá.

— Aquí estoy... — respondí.

— ¡Ese celular me despertó! — se quejó Micaela.

— ¡Hay que enchufarlo para que deje de sonar! — les dije — ¡¡¡Es como un bebé pidiendo una mamadera!!! — agonicé con una risotada.

— ¡Shhh! — me chistó Micaela — ¡La mamá está durmiendo!

— ¡Ignoren el celular! — se interpuso mi papá — Yo no me pienso levantar para enchufarlo y congelarme los pies con el frío que hace.

— ¡¿QUÉ?! — se escuchó inesperadamente la voz de mi mamá — ¿Cómo no lo vas a enchufar? Mañana debemos regresar por ese desierto en el que no hay señal. ¡¡¡Enchufalo!!! — se apuró en decir velozmente para seguir roncando.

— ¿Mamá? — me atiné a pronunciar.

— Mi vida ¿no estabas durmiendo? — la codeó mi papá.

Sin embargo, ¡sí que seguía durmiendo! ¿Verdaderamente habló de dormida? ¿O fingió su descanso y sus ronquidos todo el tiempo?

Mi papá, Micaela y yo, en plena oscuridad, no podíamos parar de reírnos con lo sucedido. Incluso él, todavía riendo, se puso a imitarla con lo que acababa de suceder.

A todo esto, el celular seguía pidiendo su mamadera. Me levanté de la cama, busqué a oscuras su cable y lo enchufé para que se callara de una buena vez. Y además, claro está, debíamos respetar lo que la extraña señora había pronunciado en resoplidos. Éramos testigos de haber prestado oído a sus ronquidos... a los minutos el escuchar cómo nos regañaba y a los segundos nomás volver nuevamente a prestar atención a su roncar nocturno. ¿Se encontraba bien? Sea lo que sea que le haya sucedido, nos hizo reír demasiado en plena noche.

Quizá por tantas risas, quizá por el frío o vaya a saber por qué, no pude conciliar el sueño otra vez. ¿Y qué mejor para vencer ese insomnio

que abrir la puerta de la habitación sigilosamente y salir a caminar por el castillo? Seguíamos siendo los únicos hospedados en el hotel, así que nadie se asustaría de mí pensando que era una sonámbula. Fui hasta aquella sala que me cautivó el día anterior y busqué el libro que atrajo mi atención.

Detectives en Palermo Viejo, leí en la tapa mientras el dibujo mostraba un muchacho irradiando una potente luz a través de su linterna. Mi imaginación parecía ser tan llevadera que quizá por eso comparé esa luz del dibujo con la intensa luz del escenario que pisé. En ese mismo instante recordé la enseñanza de esas lágrimas surgidas horas pasadas y me esforcé en querer profundizarla...

Es genial que se pueda conocer muchas provincias, o incluso ¡el mundo! viajando; pero ¿para qué frecuentar lugares a kilómetros de distancia cuando ni siquiera sabemos visitar nuestro mundo interno? ¡Ese que ni los mínimos centímetros nos pueden alejar! Quien logre conocer bien su íntima identidad, podrá encontrarle sentido a aquellas rutas más interesantes y más importantes de uno mismo. Así como una de esas rutas se encargó de enseñarme que nunca se debe vivir con el objetivo de buscar un resultado... ¡ni siquiera un rendimiento en uno mismo! Si se mentaliza así, lo único que se consigue es frustrarse sin permitir DISFRUTAR de lo que se está haciendo. Hay que saber gozar cada momento que te presenta la vida... ¡que te presenta tu propio viaje! Si es algo bueno, ¡está siendo un lindo camino! Si es algo malo, ¡a no apretar el freno! Pues nos dejará un aprendizaje para las próximas rutas que debemos transitar.

CAPÍTULO 19

“Ingreso al Ballet”

Siendo martes a las tres de la madrugada, ya nos encontrábamos en Salta. Me había ausentado al colegio el viernes y el lunes, ¡no podría faltar también ese mismo martes! Debía ir... las inasistencias últimamente se estaban tornando muy comunes en mí a causa de los viajes.

—Andá a descansar hasta las siete por lo menos— me dijo mi mamá— Hoy te llevamos nosotros al colegio, no irás en colectivo.

Sin embargo ¡no dormí absolutamente nada en toda la noche! Me quedé desempacando las valijas y luego bañándome. Cuando sólo quedaba una porción de hora para que sea el momento de asistir al colegio, no tuve mejor idea que hacer tiempo junto a la computadora; cargué las fotos y videos del viaje... ¡preciosas todas! Luego, al entrar a *Facebook*, una maravillosa noticia me abrió los ojos cuando éstos se cerraban de gran manera por el cansancio y el sueño.

—Desde Buenos Aires... se presenta como jurado en el *Gran Centro República Danza*: ¡Larissa! — leí en una foto de publicidad en el que una tal Noemí me había etiquetado.

Busqué más datos sobre lo que parecía ser un certamen importante. Y sólo cuando la información quedó bien clara en mi mente, quedaron también las emociones bien claras en mi corazón.

Gran Centro República Danza es un certamen que se realiza cada año, en el mes de agosto, en Villa Carlos Paz, Córdoba. Y en aquella ocasión, la prestigiosa Larissa estaría de jurado en el género de danzas árabes. Qué más podía pensar... ¡¡¡debía ir!!! ¡Era la oportunidad de conocerla personalmente!

Al rato, mi papá se levantó y, para su comodidad, mi mamá siguió durmiendo. Él había descansado unas horitas por lo menos; pero yo, en cambio, ¡no había dormido nada! Me preparé un café con leche, pues era completamente inevitable desayunar lo mismo que en los hoteles. Lo bebí junto a un paquete de galletas *Sonrisas*, me puse el uniforme, agarré el bolso y nos fuimos.

Sería tal la falta de dormir que tenía mi papá, que quizá por ello manejaba despacito la *Kangoo* para que no sucediera ninguna desgracia por el camino. No obstante, me preguntó cómo me sentía. Al parecer no percibió ni en lo más mínimo que me encontraba completamente desvelada.

—Estoy bien... bien cansada y... con un poco de... de sueño— le expresé entre dientes para no preocuparlo.

—Lo mismo digo: me encuentro cansado pero ¡muy feliz por el viaje que llevamos a cabo! ¡¡¡Qué buena enseñanza que te dejó lo vivido el fin de semana, Maryam!!!

—Sí... ¡fue hermoso lo que aprendí! ¡¡¡Nada de buscar resultados al pisar un escenario... sólo disfrutar!!!— le dije con una enorme sonrisa.

Y sin creer lo que escuchaba de mi propia boca, seguí hablando.

—¡Y lo que podría llegar a aprender en agosto sería maravilloso!

—¿Agosto? ¿Qué pasará en agosto?— me preguntó sorprendido.

—Emm... hay un certamen en Villa Carlos Paz. Y lo mejor de todo: ¡Larissa estará de jurado!

—¿Larissa? ¿Tu ídola?

—¡¡¡¡¡Sí!!!!— le exclamé— ¿Podemos ir? Por favor...

—¡Maryam! Acabamos de llegar de viaje y ¿ya querés que emprendamos otro?

—Pero papá ¡imaginate lo hermoso que sería para mí el poder conocer personalmente a quien tanto admiro! Y no sólo eso, sino también ser evaluada en un certamen por esa persona... que me diga unas palabras, unas devoluciones... Y finalmente ¡tener una foto con ella!

Aun manejando el volante, me miró por el espejo retrovisor con esos ojos tiernos y protectores que sólo un auténtico papá puede tener para con su hija en todo momento.

—Bueno, veremos... Ya hablaremos con la mamá sobre esto. ¡Mirá que Villa Carlos Paz queda más lejos que La Cumbre!

—¿Y qué tiene? ¡Eso no es excusa! En el camino podemos dormir en algún hotel para descansar, tal como hicimos para lo de La Cumbre.

¡Tenía bien en claro lo que quería hacer! ¡¡¡Lo que deseaba vivir!!!
¡No iba a permitir ni en lo más mínimo que unos 913 km detuvieran lo que mis propios latidos del corazón me pedían a gritos vivir!

Mientras pensaba en aquello, llegamos a la cuadra del colegio. Me despedí de él con un beso y bajé de la *Kangoo*.

Durante la jornada me sentí desvanecer. Por fuera, lógicamente ¡por no haber dormido nada!; pero por dentro, porque Facundo había faltado. Todavía seguía sintiendo algo por él... ¡desde la semana pasada que no lo veía! ¡Lo extrañaba!

La profesora de Biología notó ese enorme cansancio en mí. El hecho era evidente... ¡me estaba durmiendo sobre el banco, apoyada en mis propios brazos!

—¿Maryam? ¿Estás bien? ¿Estás enferma?— me preguntó.

Le conté que estuve de viaje, por eso había faltado a clases los últimos días y que mi cansancio era fruto de mi completa falta de sueño y

descanso. Concluí mis palabras con:

— ¿Puedo ir a recostarme aunque sea un ratito en el colchón de arriba? ¡Por favor!— le consulté con el mayor de los respetos refiriéndome al altillo que se encontraba arriba de la dirección; ahí guardaban cachivaches, viejos archivos y... ¡vaya a saber por qué había un colchón allí!

Me miró apenada luego de decirle a Andrea que me acompañara a dirección para preguntar sobre aquel necesario pedido. Y sin poder escuchar mi propia voz mientras mis ojos se caían, minutos después le agradecí al director por haber accedido a aquello.

— ¿No querés que llamemos a tus padres para que te vengan a retirar? ¡Mirate cómo estás! No podés estudiar estando así— me replicó mientras le pedía a la secretaria que buscara el teléfono de mi tutor.

Y tal como era de esperar, no hice más que apoyar mi cabeza sobre aquel colchón para ya quedarme profundamente dormida hasta que mis papás me fueron a buscar. Valió la pena aquella ida al colegio; ¡me habían puesto presente! Eso significaba mucho para mi régimen de asistencias que estaba a punto de llevar a la bancarrota sin perdón alguno.

Ya en casa, dormí toda la tarde; lamentablemente, al día siguiente, falté a clase de Vero y a clase de Educación Física también. Por la noche, estando en *Facebook*, le avisé a mi querida profesora de danza por qué no había ido a clase. Ahí mismo le conté el premio que obtuve en el certamen; pero evité lo de las lágrimas. Pues había sido tan mío... tan personal ese gran enojo hacia mí misma por no “entregar todo”. ¡Ya había pasado! Había aprendido la enseñanza de aquello, que al principio se encontró oculta... ¡a no darle más vueltas al asunto!

— ¿Bailarina Destacada? ¡Qué bien! ¡¡¡Te felicito mi reina!!! Sabía que te iría muy bien— me escribió por el chat— El viernes por favor no faltés, debo hablarte de algo muy importante.

— ¡Gracias Vero! Sí, sí... el viernes seguro voy.

Ese “debo hablarte de algo muy importante” ¡me había dejado feliz! No tenía ni la menor idea de qué trataría la charla del viernes; no obstante, como si estuviese presintiendo algo, así fue creciendo mi alegría. Pero, ¡increíble lo sencillo que a veces resulta empuqueñecerla!

— Hola Rulitos... ¿Cómo estás?— me escribió Facundo junto a un corazón.

— ¡Facu! ¡¡¡Perdido!!! ¡Estoy muy muy muy pero muy feliz!

— Eh, me alegre mucho por vos Rulitos. Y justamente quería hablarte de por qué estoy perdido...

— Ay sí... ¿por qué faltaste hoy al colegio?

— Tengo una mala noticia. Bueno, sé que para vos va a ser lo bastante mala.

¡Me estaba haciendo asustar! ¿Qué era la infame novedad?

— Oh no... ¿qué es? ¿Qué pasó?

— Ya no voy más al colegio — me dijo a la par de enviarme una carita llorona.

No sé cuál habrá sido mi cara al leer aquello... ¡no tenía un espejo en frente para verme!; pero mi espejo interior... ¡el de mi alma! sintió un dolor inexplicable. Es verdad, ¡Facundo y yo no éramos nada! O sea, no éramos novios... ¿por qué sentir ese dolor al enterarme de esa noticia? Quizá por el simple hecho de que me importaba. Me importaba como compañero, como persona; vaya a saber si él sentía lo mismo por mí.

— ¡Noooooo! — le aclamé sin poder ocultar mis sentimientos — ¿Te cambiaste de colegio?

— Sí, algo así...

Creí que aquellas simples palabritas serían todo, pero no. Por su parte, siguió:

— Debo ayudar a mi viejo en el taller por las mañanas. Me voy a inscribir en la *ENET N° 2* para cursar las materias del colegio por la tarde.

— ¿¡Qué!?! Pero no! No es justo, no puede ser posible.

— ¡Estoy tan confundido como vos! Mis viejos me avisaron de esto ayer, no me dieron tiempo para pensar ni decidir nada.

— ¿Los chicos saben? — le pregunté.

— Todavía no, sos la primera en saberlo, Rulitos.

¡No supe si llorar frente a la pantalla de la computadora o qué hacer para poder asimilar todo aquello! El chico que me gustaba, que de alguna manera me había enamorado... ¡¡¡se estaba alejando de mi vida!!!

— ¡Espero que no te sientás mal, Rulitos! — me escribió como sabiendo lo que me sucedía interiormente — Recordá que todo en la vida pasa por algo... No sé qué más decirte para levantarte el ánimo, pero ¡sabés que aquí siempre estaré cuando quierás! Aquí siempre tendrás los sinceros oídos de un amigo por si necesitás que alguien te escuche en cualquier momento.

— ¡Gracias Facu! Tus palabras me hacen bien.

Me mandó un súper corazón, lo que me permitió animarme a preguntarle eso...

— ¿Sólo un amigo? — le escribí — ¿No me podés escuchar siendo algo más que sólo esa expresión?

— Sé a lo que te referís, Rulitos... creeme que siempre lo supe; pero nunca pasó, lo que sin dudas esperabas que pasara, porque no soy bueno

en todo esto de las relaciones. Nunca lo fui. Hago daño sin querer, sin darme cuenta o no sé... no sirvo para estar de novio. Por esa razón no me gustaría lastimarte ni nada por el estilo.

Me llegó al alma aquel mensaje. No obstante, continuó.

— Es más, ¡vos no merecés ser lastimada! No está bien que un chico como yo te haga sufrir por amor. Al contrario, deseo que conozcás un chico que sea como vos... una persona buena y luchadora que sólo busque amor sincero. La verdad yo no soy ese chico que merecés, Mary.

— Está bien Facu, entiendo que no me quieras lastimar. Te agradezco que seás sincero conmigo y sobre todo con vos mismo a la hora de mostrar lo que realmente sentís por una persona.

— ¡Eso yo te lo debo agradecer, Rulitos! Es muy noble que cuando sientás algo por alguien, jamás callés tus sentimientos.

Esa misma noche, ya en la habitación junto a Micaela, como tal hermana que es, me resultó imposible ocultarle toda aquella conmoción.

— ¿Qué te pasa Mary? Estás rara... estás muy callada.

— Nada. No me pasa nada.

— ¿Segura? En serio flaca, ¿estás bien?

Le conté todo lo relacionado a Facundo, a lo que expresó:

— Mary, sólo te puedo decir que si Facundo no está más cerca tuyo es por algo. De seguro Dios lo alejó de tu vida porque no es un buen chico para vos. ¿No me habías dicho que salió por un tiempo con una de tus compañeras y a los días cortaron?

— Sí, con Paola.

— Sin dudas, ¡la lastimó! No se debe jugar así con los sentimientos de una persona. Además, ¡con todo eso ya Dios te está diciendo demasiado! ¡¡¡Por eso lo sacó de tu vida!!! Para que te dejés de ilusionar falsamente con él.

Muchísimo sentido tenían las palabras de Mica y a la vez me sorprendió cuán sabia era con respecto a los planes de Dios. Me dormí deseando que un buen chico apareciera en mi vida. Pues primero con Nahuel que había resultado ser un completo charlatán y ahora con Facundo que se esfumó de mi lado sin aparente razón, no parecía ser muy buena mi situación con los enamoramientos.

El día viernes llegó, y una vez que estuve en danza, las palabras de Verónica me hicieron caer en la realidad. ¡En la realidad de lo que estaba logrando en mi vida! Cuando me hizo saber aquello, no pude contener ni mucho menos equilibrar mi felicidad.

— Mi reina lo que te debo decir es que ¡¡¡QUIERO QUE SEÁS PARTE

DEL BALLET DE LA ACADEMIA!!! Tus viajes, tus premios... ¡cuántos logros venís acumulando! Por todo lo que estás consiguiendo, merecés estar en el Ballet.

¡Me tomó unos segundos darme cuenta de que mis pies estaban apoyados en la tierra! Pues por un momento sentí que estaba volando inexplicablemente por los cielos. ¡Pertener al Ballet de Verónica había sido un gran sueño para mí! Que se estuviese haciendo realidad aquella ilusión... ¡no! ¡¡¡La verdad que estaba siendo demasiado!!!

— Ay Vero, no sé qué decirte... ¡gracias! De verdad, ¡¡¡muchas gracias!!! — le expresé antes de otorgarle un abrazo.

— Te esperamos este mismo lunes aquí con las chicas, ¿eh? Ya les hice saber a cada una que de ahora en más te tendrán como compañera. A las 16:30 es la clase del Ballet y obviamente, después tenés que volver a las 19:00 para continuar con el grupo en el que estás para rendir y recibirte.

¡Recibirme! ¡Esa palabra me abrió la cabeza!

— Pero Vero, una pregunta...

— Sí Mary, ¿qué pasa?

— En el Ballet ya todas son egresadas, ¿verdad? ¿No importa que yo no lo sea todavía? — le pregunté desorientada.

— Es verdad, ya son profesoras las chicas; pero en tu caso, no me es de importancia. Te estás convirtiendo en una gran bailarina y ¡es eso mismo lo que más vale mi reina!

No obstante, ¡había un pequeño inconveniente! Los miércoles a las 16:30 tenía Educación Física en contraturno del colegio. ¿Cómo haría para poder estar presente en las clases del Ballet? Le hice saber a Vero aquello y, a su vez, ella me hizo notar lo mucho que le dolería si yo me ausentase cada miércoles a causa de Educación Física.

— Trataré de buscar una solución — le dije — Dejame que lo hable bien con mis papás.

— Bueno mi vida, me avisás cualquier cosa. Ojalá eso de Educación Física no afecte.

Y durante el fin de semana ¡¡¡pasó de todo!!! Primeramente, Andrea me comunicó que estaba teniendo fuertes contracciones, lo que dio inicio a cuatro horas de trabajo de parto y a dar a luz a su bebé; lo llamé Benjamín. La fui a visitar en la clínica en la que estaba, llevándole como presente un óleo calcáreo. Sintióse muy feliz ¡me trataba de tía! Me resultó muy tierno y sincero, ya que como ambas nos tratábamos de hermanas, ser la tía del pequeño Benjamín lo consideré muy apropiado.

Con respecto a las clases de Educación Física, mis papás y yo

habíamos llegado a la conclusión de que sería un crecimiento muy importante el poder ser parte del Ballet. Por lo tanto, no serían capaces de permitir que aquellas clases del colegio por la tarde arruinaran mi gran sueño junto a Verónica. ¡El día lunes hablaríamos con el director para buscarle una alternativa a mi situación!

Poco tiempo después de haber ingresado al aula aquel lunes, el preceptor del curso se asomó por la ventana.

— Permiso, buen día profesora. La solicitan a la alumna Dimín en dirección.

Me levanté de la silla sabiendo lo que sucedía; mis papás ya estarían allí, esperándome... listos para hacerles una consulta al director. Y por tal motivo, debía estar presente con ellos.

Mi papá fue quien más habló. Le explicó detalladamente al director mi situación mientras yo asentía con la cabeza cada una de sus palabras, sin animarme a explicar desde mi postura lo que ocurría.

— Por un momento pensamos que Maryam podría faltar a clases de Educación Física, quedar libre y así tranquilamente a fin de año rendir esa materia — comentó mi papá — Pero me temo que no va a poder ser así, pues ya bastantes inasistencias tiene acumuladas por los viajes; eso ocasionará que se lleve a rendir libre ¡todas las materias!

— Claro, comprendo. Aun así, Maryam — expresó el director dirigiéndose hacia mí — ¿serías capaz de llevarte a rendir Educación Física a causa de tu danza?

Dirigí una profunda mirada hacia mis papás mientras recordaba cada viaje que hasta entonces habíamos realizado juntos, sin imaginar los próximos que vendrían. ¡Gracias a todo ese crecimiento es que Vero me estaba otorgando ser parte del Ballet! No hizo falta que lo pensara demasiado para darme cuenta ¡¡¡el inmenso amor que siento por la danza árabe!!! Obvio que era capaz de llevarme a rendir Educación Física por estar presente en los ensayos del Ballet cada miércoles.

El director se admiró ante mi respuesta. Incluso, mi mamá la complementó:

— El sistema educativo incluye esta asignatura porque quiere inculcar la actividad física en los alumnos y combatir el sedentarismo; pero nuestra hija ¡realiza más actividad física que cualquiera de sus compañeras! — le expresó al director — ¡¡¡Ensayaba tres veces por semana!!! y ahora serán ¡¡¡seis veces por semana!!! Considere esta contradicción a la hora de tomar una decisión.

— Me comprometo en consultar este tema con la profesora de

Educación Física — nos aseguró tras haberlo meditado unos minutos — Desde mi punto de vista, ¡una excelente alumna como lo es su hija no merece llevarse a rendir materia alguna por inasistencias, que son producto de lo que es su vocación! Quédense tranquilos, por favor, voy a sugerirle a la profesora que evalúe a Maryam en lo que resta del año con trabajos escritos, presentados aquí mismo en el colegio, sin necesidad de que vaya al complejo en donde el resto de los alumnos realizan las actividades físicas.

Sin dudas, aquel lunes se había iniciado muy bien. Esperé que durante la tarde, en la primera clase como nueva integrante del Ballet, lo que deseaba... lo que imaginaba... resultara de la misma manera.

Llegué al salón del club a las 16:20; me pareció que estar un poquito antes sería un muy buen comienzo de mi parte. Y como nunca antes, ¡me sentí nerviosa!; pero a la vez muy feliz porque en ese mismo instante nuevas y mayores enseñanzas llegarían a mi vida gracias a la danza ¡por medio de Verónica!

La saludé a Vero y a dos de las chicas que ya estaban allí también. Pamela y Karina para ser exacta. Me fue inevitable recordar lo compartido en mi fiesta de quince; recapitulé cómo todas me trataban de hermanita... ¡Mis saludos para ellas delataban felicidad! Sin embargo, sentí que los suyos fueron fríos y cortantes. Confundida, terminé de comprobar esa frialdad cuando llegó Eliana.

— ¡Eli! ¡Tanto tiempo! ¿Cómo estás?

— Hola Maryam. Estoy bien.

A los pocos minutos, llegaron juntas Anahí y Anabela. Mientras entre las cinco se saludaban, mis ojos las observaron llenos de recuerdos por el maravilloso momento que compartí con ellas el año anterior precisamente; pero a la vez, mis ojos las observaban llenos de asombro también, por cómo simpáticamente se trataban entre ellas y cómo cortantemente me estaban tratando a mí.

— ¡Chicas! Vamos empezando con la clase — dijo Vero.

A partir de esas palabras que estaban dando inicio a aquel que era mi gran sueño, deseé que el trato y los momentos con las chicas mejoraran durante la clase; pero lamentablemente, ¡todo siguió igual! No entendí ni en lo más mínimo por qué actuaban de esa manera conmigo. Si ya nos conocíamos... ya habíamos tenido la oportunidad de compartir en gran manera. ¡En especial con Eliana, con quien había vivido un espléndido viaje a Tilcara! ¿Por qué estaba tan cambiada, tan rara conmigo? O acaso, ¿la cambiada era yo?

CAPÍTULO 20

“Viajando nuevamente a San Miguel de Tucumán”

“Un viajecito por mes”, había dicho mi papá. Mi felicidad cada día se hacía más grande, pues ya estaba decidido que el próximo mes, agosto, iríamos a Villa Carlos Paz. ¡¡¡ALLÍ CONOCERÍA PERSONALMENTE A MI ÍDOLA!!! Y siendo julio, me enteré que cerca de la fecha del día del amigo, estaría presente en San Miguel de Tucumán un gran bailarín. ¡Muchos dicen que es el mejor de la Argentina!

— Es marido de la bellydancer a quien casi todas la consideran ídola— les comenté a mis papás.

— A ver, dejame que entienda... Vos la considerarás ídola a Larissa ¿verdad?— me preguntó mi papá.

— Así es. Y a mí sinceramente nunca “me llegó” cómo baila aquella a quien la mayoría se refiere como “la mejor”.

— Entiendo; pero aun así ¿seguro que querés que viajemos para conocer al marido de quien decís que no “te llega” por cómo baila?

— Sí, quiero conocerlo.

Me pareció de lo más tierno que ambos, como padres, de a poco se introdujeran en el mundo de la danza árabe; y no sólo para comprender lo que su hija deseaba... sino también para ser parte de esos mismos sueños que anhelaba.

— Habrá un seminario y un certamen; él lo dicta y él estará de jurado.

— Comunícate con la organizadora, entonces, por el tema de las inscripciones, no sin antes avisarle a Vero— me recordó mi mamá.

Bien estuve en clase del Ballet tenía algo nuevo para decirle a mi profesora, sin saber que ella tenía algo por preguntarme también.

— Ahora el sábado veintiuno hay un seminario y certamen en Tucumán. Quiero hacerte saber que voy a ir con mis papás. ¿Está bien?— le consulté.

— Sí Mary, está bien. ¿Quién estará de jurado?

— ¡El marido de la diosa del bellydance!

Sin poder ocultarle mis sentimientos y mi felicidad, le conté también lo que sucedería el día dieciocho de agosto en Villa Carlos Paz.

— ¿La conocerás a tu ídola?— me preguntó con cierto tono en su voz que nunca antes había percibido.

— ¡Sí! Se llama Larissa, es de Buenos Aires.

No me dijo más nada; pero, ¡la mirada tan fuerte que hubo en su rostro ya lo dijo todo! Fue extraño... ¡jamás la había notado así! Es como

si estuviese deseando que no pudiera viajar hasta allá para poder conocerla.

Bruscamente cambió el tema de conversación.

— ¿Cómo vas con las chicas? ¿Ya te estás integrando?

— Más o menos... ¡Siento que ellas no me quieren integrar al grupo, Vero!

— Hablé con ellas y me dijeron que sos vos quien no se quiere integrar y además me comentaron que sos muy cortante con ellas. ¡Le blanqueás los ojos, Maryam!

— ¡¿Qué!?! ¡Vero nada que ver! Son ellas las que tienen esas actitudes. Sobre todo Eliana, es increíble lo cambiada que está conmigo.

La miré a los ojos esperando que como profesora me entienda de corazón y no se dejara llevar por comentarios engañosos que, por lo visto, las demás chicas le decían.

— ¿Trató de integrarte al grupo sí? ¡Esto es un gran cambio para todas! Poné de tu parte como ellas ya están poniendo las suyas — concluyó.

Le asentí con la cabeza mientras por dentro sentí que mi profesora no me escuchaba; o escuchaba lo que le convenía. Me costaba muchísimo admitirlo: últimamente la estaba notando un tanto extraña conmigo.

Aquel viernes veinte de julio llegó... ¡Estaba a punto de despedir las vacaciones de invierno de la manera más hermosa! Porque claro, ¿qué más lindo que volver a las clases del colegio luego de un viaje debido a mi gran pasión y amor por la danza árabe?

Durante el viaje, mientras mi mamá manejaba la *Kangoo*, con mi papá hablamos mucho.

— Y Mary... ¿qué se siente estar cursando Educación Física de una manera distinta a la de tus compañeras, precisamente porque sos diferente? — me preguntó mi papá.

— Y no sé... ¡esto tuvo que suceder así! Qué bueno que la profesora haya aceptado la propuesta del director. De no haber sido de este modo, no estaría ahora en el Ballet o ¿no?

— ¡¡¡De no ser lo que sos como bailarina y persona no estarías en el Ballet, Maryam!!! — me exclamó.

— ¡Decís eso porque soy tu hija! — le dije riendo.

— ¡No te creás! Si no fueras una buena hija, no diría estas palabras. De hecho, si no fueras una buena alumna, ¡no estaríamos viajando en este preciso momento!

— Gracias... — le expresé tiernamente mirando sus ojos.

— ¿Y cómo te sentís en el Ballet?

— ¡Bien...! Bien porque era mi sueño ser parte del Ballet de Verónica; pero... digamos que mal a la vez porque sigo sin entender por qué las chicas me tratan de esa manera tan desinteresada y cortante. ¡Incluso intento hablar con ellas y me blanquean los ojos cruelmente!

— ¡Dejalas! Allá ellas con ese trato... ¡¡¡ Vos seguí disfrutando tranquila de tu sueño!!!

Sin embargo, ¿cómo disfrutar de aquella realidad con las compañeras que tenía? Siempre pensé que la danza, al ser una pasión... un estilo de vida muy hermoso ¡debe ser compartida con aquellas personas que sientan lo mismo por este arte! Me pareció que estaba aprendiendo que si la esencia de una bailarina es diferente a la de otra, por más que esté el mismo amor a la danza de por medio, ¡el compañerismo es muy difícil de sostener!

Cerca del mediodía llegamos a nuestro punto de destino...

— ¡Buenos días! Ya les indico su habitación— nos informó el recepcionista del hotel, al ingresar a nuestro hogar reservado días antes desde Salta.

Mientras mis papás abonaban la estadía, me senté a esperar en uno de los sillones de la entrada. Sobre la mesita del hall que allí se encontraba, noté unos interesantes folletos.

— “Vení a conocer El Cadillal” — leí en uno de ellos.

A los pocos segundos, mi papá se me asomó por detrás.

— ¿Qué lees mi tesoro?

— Esto... — le respondí señalando el folleto — Parece que tan sólo a 29 km de San Miguel de Tucumán disponen de un catamarán para navegar en el dique El Cadillal.

— ¡Eh! ¡Qué bueno! A ver... — dijo asomándose.

Cruzamos una entendible mirada de “Hay que ir”; pero mi mamá cortó esa peculiar conexión de ojos al decir:

— ¡Listo! Ya tenemos la llave, subamos a la habitación.

— Mi vida, esperá. Mirá lo que encontr... — comentó mi papá sin poder terminar sus palabras.

— ¡Vamos a la habitación! — vociferó interrumpiéndolo.

Agarré mi almohada y mis bolsos apoyados en los sillones y, no sin antes doblar ese folleto para guardarlo en el bolsillo de mi campera, subimos por las escaleras hasta llegar a la habitación.

Acomodando mis ropas y perfumes en el armario, un extraño teléfono sobre el velador llamó mi atención. Levanté su tubo e inmediatamente escuché una voz.

—Servicio a la habitación. ¿En qué podemos ayudarle?

Sin ni siquiera pensarlo, rápidamente bajé el tubo. ¡¡¡Esa voz inesperada me asustó!!! Qué disparate tan absurdo...

Riéndome sola por lo sucedido, me senté en la cama de una plaza que hermosamente se enfrentaba con la ventana. Miré a través de ella y hacia abajo los autos transitaban por la calle. Levanté la vista y noté el cielo... unos pajaritos volaban de aquí para allá luciéndose entre las nubes. ¡No supe cómo explicarme a mí misma lo que sentí en ese instante! Al cerrar los ojos por unos segundos, los sentimientos se volvieron un poco más claros... ¡Mis pies estaban en la tierra! No importaba el destino del viaje, ¡siempre estaba en una ciudad! ¡¡¡Mi cuerpo se encontraba en una ciudad!!! Sin embargo mi espíritu se hallaba como aquellos pajaritos... ¡de aquí para allá! En busca de nuevos horizontes... ¡¡¡nuevos cielos que me lleven a volar!!!

Dejé la luz del velador encendida y me quedé acostada sobre la cama. Allí descansé unas provechosas horas mientras mi corazón no sólo se encargaba de seguir latiendo, sino también de seguir soñando...

Un poco más tarde, caminando por las veredas de aquella ciudad, me pareció que hubiese sido el día de ayer en el que estuve ahí también. Recordé que la vez anterior que viajamos a San Miguel de Tucumán visitamos el *Museo Casa Histórica de la Independencia* y el ¡zoológico!

— ¡Guanaco de m...! — expresé mi pensamiento en voz alta.

— ¿Qué dijiste? — me retaron a la par mis papás.

— Uy, ¡perdón! Es que ¡los recuerdos me invaden el corazón!

— Eso noto — dijo mi papá — Qué se va a hacer, ¡¡¡la saliva de un animal es también una invasión!!!

¡Fue prácticamente imposible no reír! Qué hermosos y divertidos los recuerdos que estábamos atesorando.

— ¿Qué experimentaremos esta vez? — pregunté.

— Mmm... Ese folleto sobre El Cadillal se ve muy prometedor para el domingo — aseguró mi papá.

— Sí... lo mismo digo... — expresé mientras la miraba fijamente a mi mamá.

Ella, sabiendo que hasta que no aceptase ir le seguiríamos insistiendo, de repente dijo:

— ¡¡¡Está bien!!! ¡Ustedes ganan!; pero sepan que no me agrada la idea de andar en barco.

Ese viernes cené sándwiches de miga tostados ¡bien calentitos! con un licuado de banana ¡delicioso! Mis papás, en cambio, le dieron al estómago comida de verdad: milanesa napolitana con papas fritas. Así

despedimos la noche en la confitería del supermercado, a la vuelta del Teatro en donde al día siguiente bailaríamos.

Cualquiera que no me conozca lo suficiente pensaría que los viajes que realizaba eran pequeñas vacaciones. No obstante, ¿qué clase de vacaciones te levantan de la cama del hotel un sábado a las siete de la mañana? ¡DANZA! Esa palabra que parece tan insignificante fue la que me hizo levantar a esa hora, pues el seminario dictado por el gran bailarín se iniciaba a las ocho.

Me lavé la cara y luego me vestí con el uniforme de la Academia de Verónica (calza negra y remera negra con una impresión en letras blancas con su nombre). Al acomodarme aquella que era mi habitación temporal, mi mamá veía por la televisión el noticiero tucumano, mientras que mi papá, que no sabía que estaba a punto de enfrentar un diminuto percance en el interior del baño, nos expresó:

— Me voy a afeitar. En un rato bajamos a desayunar.

A los pocos minutos de decirnos aquello, apareció delante de nosotras con la máquina de afeitar en sus manos.

— ¡No anda! ¿Será que se rompió?

— ¡Eh! ¡Qué macana! — comentó mi mamá — Quizá sufrió algún golpe durante el viaje.

— ¡Qué raro papá! — le expresé — Si hace unos días la utilizaste de lo más bien en Salta.

Nos miró extrañado. De inmediato dejó su maquinita apoyada en la cama. Se acercó a la mesa en donde estaban ubicados los paquetes de galletas y comidas chatarras, y hurgó dentro del recipiente plástico en el cual transportábamos los cubiertos. Agarró un cuchillo y nuevamente se dirigió al baño.

— ¿Qué piensa hacer con el cuchillo? — le pregunté a mi mamá.

Al cabo de unos minutos se escuchó el sonido de un plástico caer al piso, a lo que mi papá manifestó:

— ¡No van a creer... vengan a ver!

Fuimos al baño y al mirar con atención el tomacorriente que acababa de destapar, nos enseñó que tras la tapa sólo estaban los agujeritos en la pared, ¡no había cables!

Está bien, estamos en el siglo XXI, sin embargo aún no existe la posibilidad de que al enchufar una máquina de afeitar en un tomacorriente, éste realice su trabajo sin disponer del circuito eléctrico. ¿O acaso sí?

— ¡Este tomacorriente está de pinta nada más! — nos dijo riéndose — Qué bárbaro el hotelucho en el que vinimos a parar.

Bajamos a desayunar y comprobamos ¡qué mala suerte la nuestra

el haber escogido ese hotel para la estadía! ¡¡¡A pesar de que se hallaba muy cerca de la plaza principal de la ciudad!!!

– Gracias – expresé luego de que el personal nos sirvió la taza de café con leche junto a las tortillas.

Queriendo sacar el sueño que llevaba encima, le di un mordiscón a una de esas tortillas y para mi sorpresa ¡estaba dura! No sólo dura... ¡muy dura! ¡¡¡Y también crudas!!!

– Papi ¡éstas son tortillas viejas! – le exclamé dando por obvio que él también había notado ese “detalle”.

– Con inmenso respeto, ¡ni un perro de la calle querría comer estas tortillas! – expresó desahogándose.

Particularmente, complementé ese desayuno con un alfajor *Tatín* de chocolate que había llevado para consumir durante el viaje, el cual no había comido debido a la interesante y larga charla que tuve con mi papá en la *Kangoo*.

Al rato, ambos me acompañaron hasta el salón del *Hotel Carlos V*. Quedaba exactamente a dos cuadras de donde nosotros nos encontrábamos.

– ¡Quédense conmigo hasta que todas entren! – les advertí – ¡No conozco a nadie! Apenas si sé quién es la profesora organizadora a quien le tengo que abonar la inscripción del seminario.

– Está bien. Te hacemos compañía hasta que den inicio – me dijo tiernamente mi mamá.

– Pero ya es hora o ¿no? – intervino mi papá.

– Sí. Aunque no llegó el bailarín, parece que por eso no podemos entrar.

Recién cuando el galán estuvo presente abrieron las puertas del salón. Me despedí de mis dos ángeles hasta el mediodía, hora en la cual aproximadamente el seminario acabaría.

Me até la caderilla y no sólo disfruté de las muy buenas técnicas que el maestro nos estaba enseñando, sino también el compartir con otras bailarinas de distintas Escuelas. Entre ellas conocí a la profesora organizadora Giselle y a algunas de sus alumnas: Alejandra, Mery An, Camila y Belén; de edad un poco más grande que la mía, pero con igual pasión por la danza como así también con el mismo deseo de aprender a flor de piel.

Luego de la entrega de certificados de asistencia al seminario, una foto con el gran bailarín ¡fue infaltable! Cuando todo aquel encuentro estaba acabando, me pareció que las enseñanzas apenas estaban iniciando...

—Por favor chicas, sentémonos un momento— nos señaló el bailarín.

Tal como lo dijo, me senté. Y lo que escuché de él fue meramente maravilloso...

—Primero que nada les agradezco a todas por haber asistido a mi clase. ¡Espero verlas nuevamente durante la tarde en la competencia! Ahora quiero compartirles una anécdota de lo equivocados que muchas veces estamos cuando creemos como profesionales que ¡lo sabemos todo!

Muy atenta lo escuché, pues me sonaba raro eso de “saberlo todo”. Porque me pareció que no hay bailarín ni bailarina alguna que pueda poseer el absoluto conocimiento de la danza árabe.

—En una contratación de hace unos años en la que debía estar de jurado, así como lo estaré esta tarde, mi trabajo era hacer un recorrido por Salta, Jujuy y Tucumán, precisamente, para calificar a cientos de bailarinas en estos certámenes de las tres ciudades— nos contó— Me vine desde Buenos Aires pensando “Qué fácil... qué aburrido será esto”. Si me preguntan por qué pensaba de esa manera, les responderé que mantenía esa postura porque creía que en el norte de la Argentina el nivel de bailarinas árabes era muerto. Bueno, no “muerto”, sino algo así como que el nivel era pobre... bajo... Y claro, ¡yo venía de Buenos Aires!, según mis apariencias yo sabía más que todas las participantes juntas; pero al ver tanta técnica... tanto trabajo de las profesoras... ¡¡¡mi boca pasó a quedar completamente abierta al descubrir tanto talento!!!

Seguí prestándole atención sin tener la remota idea de qué más podría expresar.

—Mi intención de esta charla es hacerles recordar lo importante que es tener humildad, y no sólo como artistas sino más que nada ¡como personas! Nunca sabemos si alguna vez necesitaremos de ayuda, comprensión o apoyo de alguien. Allí está la importancia de ser humilde; ¡eso les garantiza que recibirán ayuda de sus colegas, compañeras y profesoras siempre que la necesiten!

Finalizó sus palabras al decir:

— ¡¡¡Sean artistas llenas de humildad!!!

Una vez que mis papás me fueron a buscar, regresé al hotel. Tenía la mente cargada de enseñanzas... y para equilibrar el cuerpo, mi estómago debía estar cargado también.

—Si es posible, quiero almorzar un paquete de papas *Lays* con *Pepsi*.

—¿Comida chatarra querés ingerir?— me preguntó mi mamá— A la tarde bailás, ¡comé bien!

— Por eso justamente quiero comer esto... ¡porque a la tarde bailo! — le dije haciéndole recordar que no me gusta comer demasiado antes de subir a un escenario: ¡luego me siento hinchada!

Al pasar el mediodía, me maquillé. Y en el tiempo menos pensado ya estaba colocándome el primer traje con el cual debía bailar. No obstante, cambiarse en uno de los baños del Teatro no fue lo más cómodo del mundo. El no haber camarines ni vestuarios complicaba las cosas; pero gracias a mi elasticidad me las ingenié para sentirme bien en aquel pequeño y reducido espacio.

Como de costumbre, cuando llegaba el momento de la participación de las bailarinas Juveniles, la locutora pronunciaba aquellas palabras por el micrófono las cuales ¡amaba escuchar!

— Participante N° 363: Maryam Dimín de la ciudad de Salta. Maestro preparador: Verónica Cardozo. Título de la obra: Wings.

Con lo sucedido el mes anterior en el certamen de La Cumbre, ¡sólo disfrutar es lo que debía hacer al pisar un escenario! Nada de subir allí con el objetivo de buscar un resultado... ¡no! ¡¡¡Sólo disfrutar!!! Y así fue como lo hice... con las wings, el sable, el derbake, el candelabro y la coreografía titulada “Bailo con el corazón”. Fue tal el punto de no darle importancia a los premios, que no me di cuenta en lo más mínimo que mientras bailaba, el jurado, el mismo bailarín que había dictado el seminario por la mañana, me miraba fijamente... como enojado... molesto.

Mucho más tarde, mientras mi mamá terminaba de acomodar mis trajes en la valija, mi papá me felicitó por lo bien que había bailado.

— ¡Increíble! ¡Y esta vez no se te cayó el sable de la cabeza como en Jujuy! ¡¡¡Te felicito mi tesoro!!!

— ¡Gracias papi!

Me arrodillé en el piso para guardar las wings, pues era todo un trabajo doblarlas. Cada ala posee cerca de sesenta pliegues en la tela, que es precisamente lo que destaca a las wings. Mientras me encargaba de doblarlas prolijamente, una señora se me acercó de frente.

— ¿Sos Maryam, verdad? ¡Te felicito de todo corazón! ¡¡¡Bailás hermoso!!! ¡Seguro ganarás!

Sin poder creer que una persona desconocida se me acercara con el objetivo de decirme esas palabras, expresé:

— ¡¡¡Muchas gracias!!! Esperemos que sí... aunque sinceramente me parece ya haber recibido mi premio: disfruté cada paso y a cambio recibí todos esos aplausos. ¡Eso es suficiente para mí!

— ¡Eh! Qué manera tan auténtica de pensar y sentir las cosas...

Nuevamente ¡felicidades!

Eran cerca de las ocho de la noche. Por lo tanto fuimos al hotel a dejar todos mis elementos de danza y la valija. Luego, decidimos hacer unas compras en el supermercado en el que cenamos el día anterior.

— ¿Volveremos a tiempo al Teatro, no? — les pregunté a mis papás.

— ¿A tiempo para qué?

— ¡Para la gala! Ahí bailarán las chicas que conocí en el seminario esta mañana, que son las alumnas de la profesora quien organizó todo esto. Y obvio, el jurado se lucirá también. ¡No me quiero perder nada!

— No te aflijás Mary, sí llegaremos. Además, no creo que sean puntuales. Primero deben terminar de bailar los participantes que quedan, recién dan inicio a la gala y luego la entrega de premios, ¿verdad? — me expresó mi papá.

— ¡Así es! — le dije mientras me reí orgullosa porque como padre ya sabía muy bien las cuestiones de organización en los certámenes de danza.

Compramos varios alimentos que dieron motivo a preparar una picadita en la habitación del hotel; una *Pepsi*, nuevamente, fue infaltable para mí. Mi papá siempre dice que darse un gusto de vez en cuando está bien, pues lo que es caro de adquirir no se puede comprar todos los días. Mi mamá, en cambio, directamente prefiere no ceder a esos antojos "tan caros", tal como los califica; pero bueno, ¡amo las *Pepsi*! Y... sé que ellas me aman también. ¡No es mi culpa, señoras y señores!

Mientras disfrutábamos de la picadita viendo televisión hasta que se hiciera hora, sentí que debía mandarle un mensajito por el celular a Verónica. ¡Estaba muy feliz! En parte, esa alegría no sólo era gracias a mis papás, sino también ¡a ella!

— ¡Vero! ¡Muchas gracias por tanto! Siento que brillé en los cinco solistas esta tarde y eso es gracias a vos que me enseñás a bailar. Más a la noche es la entrega de premios, pero no me importa recibir medallas porque disfruté de todo... ¡Te amo mucho! ¡¡¡Gracias!!!

Aquello fue lo que le envié. Sin embargo, esperando ansiosa a que me respondiera algunas palabritas, los minutos pasaron y no me escribió absolutamente nada. Supuse que quizá no tenía crédito en su celular.

Cerca de las 23:00, mi papá y yo regresamos al Teatro. Mi mamá se quedó en el hotel, ¡estaba cansada! no sé de qué, pero ella quería sentirse bien relajada antes de emprender las aventuras que nos depararía el día siguiente en El Cadillal.

¡Hermosa la pequeña gala introductoria dando paso a la entrega de

premios! Aunque según mi papá, el profesor baila muy femeninamente para ser hombre, sin mencionar los piercings que tiene en una de sus cejas y en ambas orejas. El muy querido galán pronunció por el micrófono, minutos después, una sucesión de palabrotas. Honestamente ¡qué manera tan peculiar de expresar un agradecimiento a través de palabras tan ordinarias frente a todo el público!

—Qué grosería contar sus pasadas experiencias en la danza con palabras vulgares— me dije a mí misma, sin poder creer que se trataba de la misma persona que nos enseñó durante la mañana que la humildad debe estar ante todo en la vida de un artista.

Al cabo de un buen rato, anunciaron por el micrófono:

—Maryam Dimín de la Academia de Verónica Cardozo de la ciudad de Salta, recibe dos medallas de tercer premio, una de segundo, una de primero y una mención especial.

Me sentí muy confundida al recibir aquellas medallas y esa mención especial como resultado. ¡De verdad sentí que había brillado! ¿Por qué esos resultados? No es que haya querido premios mayores, sino que me intrigaba lo que estaba sucediendo...

—Academia de Verónica Cardozo de la ciudad de Salta ¡al escenario a retirar su sobre!— anunció un poco más adelante la profesora organizadora por el micrófono.

Subí al escenario a recibir aquel sobre que sin dudas contenía las cinco fichas de devoluciones, ¡sabía que allí estarían las respuestas a mis preguntas!

Lo abrí y, tal como lo esperaba, se encontraban los certificados de participación para mí y para Vero, por ser la maestra preparadora; y por supuesto ¡las cinco devoluciones de mis solistas escritas por el jurado!

Me senté en una de las butacas al lado de mi papá. Leímos las observaciones, mientras el jurado junto a la organizadora seguían con lo suyo en el micrófono.

En la planilla de "Wings", junto a marcar "3" como premio, escribí: "Ojo con el apoyo de pies, están chuecos. Faltan desplazamientos. Todo siempre en el mismo lugar".

—¿Qué? ¿Cómo es posible?— exclamé— Si en esa coreo me la paso prácticamente todo el tiempo girando con las wings, desplazándome... ¡de aquí para allá! No entiendo.

En "Sable" junto a otro "3", se hallaba expresado: "Estás fuera de tiempo, además de no respetar lo que la música te propone (cortes, cambios de energía, matices). Trabajar con la misma dinámica".

Antes de pronunciar palabra alguna, encendí la cámara digital y me puse a ver la filmación de la coreografía del sable que mi papá se encargó de grabar. Sé bien lo que representa “estar fuera de tiempo”, sin embargo no había bailado así. ¿A qué se refería el jurado entonces?

Un “1” en “Bailo con el corazón”, describió: “Demasiado pronunciado el tajo de la pollera”.

—¿Eso es todo?— le pregunté a mi papá al leer esas siete pobres y cortas palabras— ¿Algo por mejorar... por felicitar? ¿Nada...?

Seguimos leyendo y en la planilla de la coreografía de Derbake, redactó un “2” y: “Adelantada siempre en la música. Sólo vi shimmys y cortes que no estaban en la música”.

—¿Sólo vio cortes y shimmys? ¡Por favor! ¡¡¡Entonces estaba ciego al verme bailar!!! Porque subir sobre el derbake para bailar allí haciendo equilibrio, es muchísimo más que “sólo ver shimmys y cortes”.

Finalmente, en “Luces mágicas”, se veía un “4” que equivalía a una mención especial. El gran maestro escribió: “¿Por qué el candelabro con luces de colores? ¿O es una lámpara de boliche? No metan de esa manera a la danza. ¿Cuál es el sentido de lo que estás bailando?”.

¡Era suficiente! Mi papá y yo nos miramos desorbitados. ¿Qué clase de buen maestro y bailarín escribe las devoluciones en ese lenguaje tan poco profesional? “¿Cuál es el sentido de lo que estás bailando?”, fue su pregunta.

En ese caso, en “Luces mágicas”, el sentido de mi baile fue probar ideas nuevas... ¡innovar!, ya que se prohíbe usar fuego en el candelabro como era la perspectiva tradicional. Y si se refiere a “¿Cuál es el sentido de lo que estás bailando?” en forma general, mi clara respuesta es: “¡disfruto de lo que hago!”. Y su sentido como evaluador, ¿cuál es? Porque de la manera en que expresó sus observaciones no fue coherente para que me permitiera seguir aprendiendo en base a mis bailes presentados.

— Ahora creo comprender por qué te miraba de esa manera mientras bailabas... — comentó mi papá.

—¿Qué? ¿Quién?— le pregunté confundida.

— ¡El bailarín! ¡El galán! Mientras bailabas, él te observaba fijamente desde la mesa de jurado en la que se encontraba. ¡Y sólo a vos te miraba así! A las demás participantes ¡no!

— ¡Wow! ¿En serio? ¡¡¡Esto sí que me sorprende mucho!!!

— Te diría que vayás a hablar con él respetuosamente y que le consultés tus dudas; pero ¡para qué! Miralo... — me dijo — ¡No es un hombre de verdad! Las palabras que usa para calificarte... “boliche”.

Fijé mi mirada hacia el escenario y lo observé con cautela. A los minutos, vociferé por el micrófono:

— ¡La puta madre! ¡Finalizó la jornada colegas! ¡¡¡Estuvo del carajo la competencia!!!

Volteé mis ojos hacia mi papá y expresé desconcertada:

— Sí... Tenés razón... Sería una pérdida de tiempo dialogar con él. ¡Vamos nomás al hotel! — finalicé molesta y un poco desilusionada por no entender la razón del porqué la mayoría de las bailarinas del ambiente lo elogian, aman y admiran demasiado.

Regresamos y, al haberse enterado y leído todo mi mamá, nos comentó algo que nos dejó ¡petrificados!

— ¿No será que este maestro está disgustado con Verónica? Recuerdo que en sus Muestras Anuales anteriores siempre lo contrataba para que sea parte de los espectáculos; pero en estos últimos años dejó de viajar a Salta, vaya a saber por qué...

— ¡Eh! ¡Tenés razón! Ahora todo cierra al tomar estos hechos como referencia.

— ¡Claro! Y a eso se podría deber su disgusto para con una de sus alumnas. ¡Se la agarró con vos ahora también, Mary! — me expresó mi papá.

— ¿Será posible? Ya hablaré con Vero al regresar — concluí decididamente.

¡Último día en Tucumán! Luego de desayunar, y no en el hotel porque las tortillas eran incomibles, nos dirigimos a recorrer esos 29 km para experimentar aquel viaje marítimo de Tucumán. En unos cortos cuarenta minutos ya estuvimos allí.

A las 11:00 salía el barquito con el objetivo de dar la vuelta por el dique. Habremos llegado a las 11:15 y, luego de fijarme la hora en mi celular, comprendí por qué mis papás empezaron a correr en dirección al catamarán a la par de escuchar una fuerte sirena... una extraña bocina. ¡¡¡El medio de transporte que nos llevaría a conocer el dique El Cadillal estaba dando su bocinada de partida!!! Rápidamente empecé a correr junto a mis papás. ¡No debíamos perder aquella vuelta que el catamarán llamado *Arquímides* estaba anunciando! De lo contrario, deberíamos esperar la próxima salida que sería a las 15:00 horas.

Primero pensé que el dueño del barquito sintió pena al partir sin nosotros; pero luego me di cuenta que lo hizo solo por él, pues varias personas aún se encontraban haciendo fila en el embarcadero para abonarle el importe del pasaje.

Exactamente minutos previos a iniciar el recorrido por el espléndido dique, le pedí a mi papá que me tomase fotos en el catamarán antes de que éste se pusiese en movimiento. ¡Eran de ensueño las fotos! En la terraza del barquito con el precioso paisaje por detrás... en la planta baja junto a las mesas del comedor... y hasta ¡en la cabina de manejo junto al timón! Esta última foto fue el puntapié para que los demás pasajeros se animaran a capturar su imagen allí también; si no hubiera sido por mí, ningún otro habría ingresado allí para tomarse una foto de recuerdo también. ¿Por qué la mayoría de las personas no tienen iniciativa?

En fin... Una última vez sonó la fuerte sirena haciendo saber que partíamos. Miré a través de los vidrios de las ventanas del comedor cómo dejamos atrás el embarcadero. ¡Parecía de película lo que estaba viviendo! ¡¡¡Un mini *Titanic*!!! Mientras que el catamarán no se hundiese en los 67 m de profundidad que el dique posee, ¡todo estaría más que bien!

Me dirigí hasta el hall de afuera, apoyé mis brazos en el pasamanos y entre el pacífico desplazamiento que el barquito producía y el agua que se movía, ¡sentí un ir y venir en mi interior! Quizás un cosquilleo en la panza también.

— ¡Mirá a lo lejos! ¡Se siente mejor que tener la vista hacia abajo! — me expresó de repente mi papá.

Así lo hice y... ¡no puedo explicar lo que sentí al mirar el horizonte! Si intentaba olvidar aunque sea por un momento que mis pies estaban apoyados en el piso de aquel catamarán *Arquímedes*, mirar a lo lejos me producía como estar caminando sobre el propio dique, rosando las plantas de mis pies contra el agua sin que ésta me tragara. ¡¡¡Maravilloso todo lo que sentí!!!

Sin hacer mención de que el gran y brillante sol que nos acompañaba marcaba el centro en ese hermoso horizonte. Su reflejo en el agua era increíble... y más aún su fulgor reflejado como estrellitas que se prendían y apagaban en perspectiva sobre la misma agua.

Hasta allí ¡toda la plenitud estaba siendo preciosa!; pero hubo algo que mientras lo disfruté no supe cómo hacerme comprender a mí misma lo que me estaba produciendo...

Las montañas en el horizonte subían y bajaban mientras que el bello celeste del cielo por detrás, las completaba. Una tierna garza volaba aun con el fuerte viento que estaba empezando a surgir. Intenté aclarar lo que estaba sintiendo. Sólo conseguí idear que esas montañas cuando subían eran los hermosos momentos de felicidad que tenemos en la vida y, lógicamente, cuando éstas empezaban a bajar representaban los

momentos de tristeza que muchas veces tenemos en nuestro propio vivir también. Aquella garza podría ser uno mismo... como los pajaritos que vi volar días atrás por la ventana del hotel, haciéndome sentir el anhelo de buscar siempre nuevos horizontes que me lleven a volar. El cielo podría significar que, si lloviera o si el sol brillara, nada podría impedir que uno dejase de volar... ¡que uno dejase de soñar! entre esas subidas y bajadas de montañas. ¿Y el viento? ¿Sólo se encargaba de despeinarme, haciendo que mis rulos parezcan tener libertad de expresión? Mmm... no me parecía. ¡Había algo que no cuadraba en todo ese bello sentir! ¿Cuál era la función o representación del viento? Así como las subidas y bajadas de las montañas, la garza y el cielo estaban teniendo una imagen cautivadora y a la vez soñadora para mí.

Cerré los ojos mientras intentaba definir a qué se asemejaba el fuerte viento, pero... ¡nada! Los mismos cosquilleos en la panza por estar navegando es lo que percibí.

Al abrir los ojos sólo complementé la idea y el ensueño de que si se miraba el reflejo del sol hacia abajo, esas estrellitas eran pequeñas, muy pequeñas. Avanzando la vista, éstas se empezaban a agrandar y levantando por completo la cabeza se encontraba el mismísimo sol que las producía.

Quizás así trabaja el motor de los sueños en el interior de cada persona... Muy pequeños si los mirás tímidamente hacia abajo; pero animándose a hacerlos crecer, al tocar la realidad se transforman en la luz y potencia tan grande como lo mostraba el sol en el horizonte. Y quizás así se pueda explicar también cómo las personas sin aspiraciones en su vida ¡están oscuras! Porque no poseen ni desean poseer esas estrellitas, por más pequeñitas que sean, pues sólo un fuerte sol las puede producir.

Repito, ¡qué maravilloso todo lo que mis propios pensamientos me estaban haciendo sentir!; pero aun así: ¿¡qué pasaba con el viento!?. El paisaje ya había hecho surgir una tremenda historia en mi interior sin encontrarle sentido a aquella brisa, que al parecer estaba representando un papel muy importante por cómo se hacía presente a cada instante.

Pasados aproximadamente los cuarenta minutos que duró el viaje por un sector del dique, bajé del catamarán hacia el muelle con la mente sólo en querer una foto por adelante, en el sitio donde tenía inscripto "*Arquímedes*". La idea de querer saber qué era el fuerte viento en el panorama, poco a poco se fue minimizando...

Almorzamos muy provechosamente en un *YPF* de la ruta, ya dando

inicio al regreso a Salta. Sin dudas, aquel viaje tuvo un grado muy alto de sentir. No me llevaba ninguna gran enseñanza, pues el jurado que me calificó no me hizo surgir “nuevas plumas” que me permitieran un nuevo volar en un nuevo cielo. De igual manera ¡la danza me había hecho vivir momentos muy felices! Sin contar que gracias a mi pasión experimenté un montón de sensaciones al andar en un precioso catamarán.

CAPÍTULO 21

“Seminario y certamen en Salta”

Siendo jueves, volví a clases del colegio; lunes, martes y miércoles habían sido días de exámenes para los alumnos que tenían materias pendientes de aprobación de años anteriores.

— ¿Qué se sentirá llevarse materias? ¿Quedarse y repetir de curso? — es lo que me solía preguntar.

Y yo misma me respondía simpáticamente...

— ¡Nunca lo sabré! Los alumnos estudiosos, los “bochos” y los “cerebritos”, tal como me apodan mis compañeros, jamás sabremos qué se siente pasar por aquello.

En fin... gracias a las vacaciones de invierno, el viaje a San Miguel de Tucumán no influyó en nuevas inasistencias del colegio.

El día viernes en clase del Ballet, Vero nos dio a conocer una noticia importante.

— Una familia amiga me contrató junto a ustedes para principios de septiembre, para bailar en la fiesta de quince de su hija; pero no va a ser la clásica fiesta como la mayoría de las quinceañeras lo hacen. Esta fiesta va a llevar como temática ¡dragones y princesas! Ustedes, mi Ballet, representarán a esas princesas y unos bailarines caporales, que son amigos de Eliana, podrían ser los dragones; ya me comunicaré con ellos para proponerles.

Se escucharon varios comentarios entre las chicas de: “Eh, ¡qué lindo!”, “Qué original”, “Qué hermoso”, etc. Por mi parte, estaba callada... sólo escuchaba lo que Vero nos informaba.

— ¡Lo ideal es que podamos bailar todas! Sepan que una vez que se comprometan con lo que me están pidiendo, ya no se podrán hacer atrás por ningún motivo. Obviamente, ¡tendremos ensayos extras! Recuerden que no podemos ocupar nuestras clases para marcar estas coreografías de dragones y princesas porque ¡en septiembre es nuestro espectáculo también! ¡¡¡Por suerte no se juntaron las fechas!!!, pero lamentablemente está todo en el mismo mes.

— Díganme si tienen alguna duda... — nos expresó Vero — Me parece que ya les dije todo. ¡Ah no! — se corrigió — Me está faltando aclararles que esta fiesta será en su casa de campo en San Lorenzo, ¡tiene un jardín enorme! El padre de la quinceañera se compromete a ponernos una *Trafic* que nos lleve a la fiesta ese día, como así también las maquilladoras profesionales, la confección de los vestuarios que utilizaremos

y todo lo que implica.

Aquella importante charla terminó con estas palabras: "Confírmeme hasta el lunes si podrán bailar en esta contratación".

Cuando la clase del Ballet finalizó, estando dispuesta a irme para luego volver a las 19:00 horas a la otra clase con mis compañeras, Verónica me pidió que me quedara... debía hablar conmigo.

— ¡Mary! ¿Estás bien? ¡Estás muy calladita hoy!

— Sí... Sólo que me dejaste pensando en eso de dragones y princesas, ¡está muy lindo!

— ¿Viste? ¡Súper original será esa fiesta!

Ahí mismo le comenté lo vivido en Tucumán y todo lo referente al honorable maestro que estuvo de jurado en el certamen. Leyó las devoluciones que me había dado y me dejó desconcertada por sus palabras:

— ¡No es de escribir así! ¿No será que estaba muy cansado? ¿Y eso hizo que se desquitara con todas las participantes?

— Sí... no sé... — le expresé — Lo raro es que solamente a mí me miraba de esa manera tan inusual.

— Quedate tranquila. Bien entre a mi *Facebook* le mandaré un mensaje como quien pregunta qué tal todo en Tucumán, qué tal mi alumna Maryam... ¿Dale?

— Dale, ¡eso sería genial!

— Cambiando de tema... ¿Viste que con las chicas ya tenemos coreografías marcadas del Ballet? ¡Me gustaría que te las aprendás para el espectáculo de septiembre! De paso estarías ocupando el lugar de Cintia.

— Ah... ¡eso te quería preguntar! — le aclamé — ¿Cintia ya no está más en el Ballet?

— No mi reina, ella ya no es parte de nosotras.

— Pero, ¿qué pasó?

— Tuvo actitudes conmigo y con las chicas que nunca debió tenerlas. Faltas de respeto, malos tratos, muchas inasistencias a clases y cosas así que como integrante de un Ballet no se deben tener.

— Recuerdo que una vez la fui a visitar a terapia intensiva cuando la internaron por su problema del corazón. Pensé que por eso había dejado de venir.

— Sí, más o menos por eso — me comentó — Las faltas eran debido a su estado; aun así, las pocas veces que podía venir surgían todas esas malas actitudes conmigo y con las chicas.

— Qué feo, qué mal de su parte.

Repentinamente, me sorprendí que haya cambiado de tema con brusquedad...

— Te traeré la próxima clase el diseño de los trajes que debés confeccionar, así los vas haciendo con tiempo.

— ¿Cuántos trajes serían?

— ¡Tres mi reina! Dos que las chicas ya tienen y un tercero para una nueva coreografía — me respondió — Ah, y también debés comprar zapatos de cuero con taco para danza.

No obstante, ahora era yo quien debía cambiar de tema...

— Vero... ¿Te acordás que me dijiste que tratara de integrarme al grupo?

— Sí. ¿Cómo vas con eso?

— Supongo que mejorando... Estaba pensando que lo de dragones y princesas va a ser una linda oportunidad para que tanto yo como las chicas ¡nos unamos y conozcamos mucho más! Vos dijiste que tendremos ensayos extras. Ahí dispondría de tiempo suficiente para compartir con ellas y ellas conmigo.

— ¡Mi vida! Entonces es un sí tu palabra para esta contratación. Estoy feliz de que quieras unirme más y compartir como se debe con las chicas.

— Pero ¡por supuesto! ¡No desaprovecharé esta oportunidad!

Exactamente el fin de semana anterior al certamen en Villa Carlos Paz, había un certamen y seminario en Salta. Una maestra de Misiones vendría a calificar como jurado y a dictar una clase. Como de costumbre, mis deseos de participar en todo certamen ¡eran enormes! ¿Para algo bueno tiene que ser utilizado *Facebook* no? Pues gracias a esta red social en Internet, distintas profesoras y organizadoras del ambiente me hacían llegar sus publicidades de competencias y encuentros de danza, mes a mes...

— El sábado es el certamen en el *Teatro del Huerto* y el domingo a las diez de la mañana el seminario — les comunique a mis papás — ¿Puedo participar? ¿O no alcanza el dinero porque como viajaremos el próximo fin de semana, ésta ya es la participación y viaje del mes de agosto?

— ¡Claro que podés mi tesoro! Andaremos justito con el dinero, pero de todas formas inscribite tal como ya hiciste para lo de Villa Carlos Paz.

— Ay ¡gracias! Me inscribiré en tres solistas: candelabro, derbake y una coreografía nueva que estoy preparando desde que volvimos de Tucumán.

— Excelente mi tesoro. Tres piezas son un número razonable y además el seminario.

El día del certamen se presentó y no es que no haya querido, pero

¡no pude comunicarle a Vero lo de esta participación! Andaba extremadamente ocupada con el tema de los dragones y princesas, y no encontré un momento tranquilo para avisarle. No obstante, su nombre siempre estaba en las planillas de datos, siendo ella la maestra preparadora. Aunque estas tres coreografías que presentaría, ¡eran creaciones completamente mías!

—Nº 144: Maryam Dimín. Categoría Juvenil. Profesora Verónica Cardozo. Obra: “Bailo con el corazón”.

Ingresé al escenario dispuesta a disfrutar una vez más de mis movimientos apasionados por la danza. Y ésta, particularmente, ¡era la nueva coreografía! Se titulaba de igual manera que otro de mis bailes; pero su contenido era diferente, demasiado peculiar... Con un sencillo pero brillante traje fucsia, la coreografía iniciaba con dos flores artificiales del mismo color del vestuario, sujetas en el centro del corpiño, ahí bien cerquita de mi corazón. Mientras la música avanzaba las saqué y bailé con ellas. Las tenía sujetas en mis manos... las movía por entre mi cabello... como así también las hice lucir puestas en mi cadera, colocadas con sutileza en el pantalón.

Los aplausos del cálido público me confirmaron que la innovación que acababa de realizar en ese baile ¡había generado mucho gusto!

—Nº 150: Maryam Dimín. Categoría Juvenil. Profesora Verónica Cardozo. Obra “Solo drums”.

Tras haberse mencionado aquello por el micrófono, me encontré una vez más en el escenario. Y, gracias a la observación que me habían hecho meses atrás en el certamen de La Cumbre, cambié el título de “Solo de derbake” por “Solo drums”. Pues claro, ¡ya había aprendido! Esa música no representaba un solo de derbake, sino claramente ¡una percusión!

Al finalizar, nuevamente los aplausos me hicieron notar que había realizado bien la coreografía. Hasta tal punto que una profesora sacó su celular y me filmó en la parte que ¡me subo al derbake a bailar haciendo equilibrio! ¿Será que, a lo mejor, tan original era que deseaban robarme las secuencias coreográficas?

Finalmente, con la presentación de las luces mágicas del candelabro, mis oídos escucharon todas aquellas aclamaciones que quedaron guardadas dentro de mi corazón.

Como de costumbre, hubo una larga espera hasta la entrega de los premios; pero al iniciarse me sentí tranquila. Recibiera medalla o no ¡¡¡igual me sentiría feliz!!! De hecho, ¡¡¡ya lo estaba!!!

Aun así una medalla de plata engalanó mi innovación con respecto a

las flores. Otra de oro me permitió verificar el impacto que lograba cada vez que me subía al derbake. Y una medalla de bronce por el baile de candelabro, me enseñó que aún debía ser más lenta al bailar ese estilo.

Tal como lo venía aprendiendo, había una medalla... un trofeo... ¡más grande que cualquier otro!

— ¡¡¡Las devoluciones del jurado!!! — les aclamé a mis papás, recordándoles que faltaba retirar aquello antes de irnos.

Al rato, la organizadora me las alcanzó y las leí... Leí esas palabras que eran ¡la causa de participar en un nuevo certamen cada vez! Obtener palabras para poder seguir creciendo y aprendiendo en la danza ¡es todo un sueño!

Tal como lo mencioné, por la mañana del día siguiente se realizó el seminario con la bailarina de Misiones que había estado como miembro del jurado. Y no podría describir lo que fue escuchar de ella, junto a las chicas que se habían inscripto para aquello también, todas sus palabras en directo.

— Los empeines de toda bailarina no sólo deben estar con los dedos bien apretados, sino también ¡mostrándolos siempre de frente! Los talones jamás se deben ver... — explicó — Por ejemplo, a Maryam Dimín, en las devoluciones de sus solistas le hice notar eso.

Me ruboricé tontamente; pero luego me di cuenta de que no es nada malo que aquellas chicas aprendiesen de mis errores como yo aprendería de los suyos.

— Maryam colocó en todo momento ¡perfectamente! los dedos de los pies. Sin embargo, el talón estaba allí cada vez que mostraba el pie en punta. Recuerden: ¡los talones no se deben ver!

Asimilé profundamente esa enseñanza y a los segundos me expresé a mí misma para mis adentros:

— ¡MARYAM! ¡No debés mostrar el talón! ¡¡¡Mostrarlo es un insulto hacia los espectadores!!!

No pude evitar reflejar una sonrisa en el espejo de aquella sala en la que nos encontrábamos. Sin dudas, ¡qué maravilloso todo lo que estaba aprendiendo en ese seminario! Honestamente, con Verónica no aprendía algo semejante con tan profunda lección y significado.

Era lunes, 15:00 horas, cuando empezó el ensayo de dragones y princesas en el Ballet. No obstante la relación con las chicas seguía igual. Me surgía una duda de algún paso y, en vez de ir y preguntarle a Vero, a propósito me acercaba a Eliana para consultarle; pero mi amiga, la bella persona que me invitó a compartir todo un viaje a Tilcara el año

anterior y la misma que se dedicaba a maquillarme, atenderme y escucharme en mi relación con Nahuel meses atrás, ¡me blanqueaba los ojos en medio de esa duda y explicación! ¿Qué le pasaba? ¿Qué les sucedía a las chicas conmigo? Ellas no eran así. ¡¡¡Qué mal me hacían sentir en cada clase y en cada ensayo!!! Y Verónica, sin atención a lo que pasaba, parecía estar del lado de Eliana al decirme que yo era quien le blanqueaba los ojos a ella y al grupo entero.

Y aún algo peor: la *Kangoo*, nuestro medio de transporte en cada viaje, anduvo mal los últimos días. Cada vez que se le hacía arrancar el motor, tiraba un humo blanco por el caño de escape.

— ¡Si sigue así no podremos viajar el jueves a Villa Carlos Paz! — vociferó mi papá mientras buscaba el número telefónico en el celular para llamar a Freddy, el mecánico.

— ¡¡¡No!!! ¡Pero papá, ya estoy inscripta en el certamen! — le exclamé con el severo nudo en mi garganta, imaginando todas mis bellas ilusiones perdidas al desear conocer personalmente a mi ídola.

Me dirigí a mi dormitorio y asegurándome de que nadie me estuviese mirando, ese nudo irremediablemente se convirtió en lágrimas, como de costumbre en mí. ¿Tan frágil tengo que ser interiormente?

— ¡Por favor Dios! — dije en voz baja mientras me eché afligida sobre la cama — ¡Que esté bien la *Kangoo* para el jueves! No tiene sentido que hayas permitido todos los viajes que realizamos hasta ahora y justo este que ¡es el más importante! no podamos hacerlo. ¡¡¡Por favor!!! Necesito... ¡necesitamos que la *Kangoo* esté bien! — concluí llorando.

Siendo miércoles, la *Kangoo* pasó prácticamente toda el día en el taller mecánico. Al parecer, ese humo por el caño de escape era producto de hacerla andar mucho tiempo a gas y muy poco a nafta. Mi papá invirtió tiempo y dinero en arreglarla como corresponde para viajar tranquilo; valió la pena esperar con paciencia.

Gracias a Dios, se me levantó el ánimo mientras preparaba los equipajes para el espléndido viaje que me esperaba al día siguiente junto a mis papás. Y cabe aclarar que esta vez ¡no sólo llevaba elementos de danza, indumentarias, maquillaje, comida chatarra y mi almohada! Una cartilla de Lengua del colegio, acompañada de hojas y de una cartuchera, también iban en la valija. Debía hacer un trabajo práctico en base a la novela de esa cartilla; por eso la llevaba conmigo, porque de lo contrario al regresar del viaje no dispondría de tiempo suficiente para realizarla y presentársela a la profesora. Y mientras guardaba las flores fucsias pertenecientes a la nueva coreografía que bailarían también en

Villa Carlos Paz, noté algo...

“Guardar...”. Las flores, como todo lo demás que necesitaría para el viaje, estaban siendo guardadas; pero había algo que ¡no podría ser guardado jamás! ¡¡¡Mis sentimientos!!! Sin siquiera esperarlo, gracias a esa coreografía de flores bailada días antes, al parecer había aprendido que al subir a un escenario no sólo se debe DISFRUTAR sino también ¡¡¡EXPRESAR!!! Disfrutar de los pasos y expresar a través de ellos mismos todo sentimiento que se desea dar a conocer. Tal como el hecho de bailar con esas simples flores... intentando representar que saco de mi pecho ¡mi propio corazón! Lo muestro sin tener nada que ocultar... lo coloco aquí y allá... sabiendo que por más que sea el mismo corazón, donde quiera que lo sitúe, la esencia siempre es y será la misma.

¡No podía pedir más nada de lo que ya estaba recibiendo! El día sábado, ese mismo corazón tan frágil y quizá muy sensible, ¡se situaría en un escenario a 913 *km* de donde vivo! Y no sólo con el sueño y el objetivo de conocer personalmente a la bailarina que estaría de jurado, que era mi ídola, sino también con el deseo de expresar una vez más lo que la danza me estaba haciendo sentir... y ¡disfrutar de lo que Dios le estaba otorgando a mi vida!

Tal como decía mi papá: “Poder realizar cada viaje es una bendición del Todopoderoso”. Y sí que lo era... porque permitió arreglar la *Kango* justo a tiempo para emprender el viaje más largo que me llevaría a realizar uno de mis más grandes sueños.

CAPÍTULO 22

“Viajando a Villa Carlos Paz - Córdoba”

Aquel pajarito interior que sentí en uno de los viajes anteriores fue el mismo que, aquel jueves, al escuchar la alarma a las cinco de la madrugada, se encontró con las alitas ¡más desplegadas que nunca!, animadas a seguir volando con cada anhelo que mi corazón seguía persiguiendo.

Poco antes de las seis, mi papá arrancó la *Kangoo* y nos fuimos. El cielo, todavía oscuro, nos acompañaba por la ruta.

— ¡No puedo creer que estemos viajando a Villa Carlos Paz!— exclamé al notar cómo mi corazón latía cada vez más y más fuerte a causa de la adrenalina que estaba sintiendo.

— ¡Creelo Mary! ¡Dios nos bendice! ¡¡¡Dios te bendice!!!— me vociferó mi papá desde el volante.

Apoyé mi cabeza contra el vidrio de la ventanilla y mirando el amanecer en plena ruta, susurré hacia mis adentros:

— ¡Gracias Dios! ¡¡¡Gracias por estar permitiendo este viaje para conocerla personalmente a mi ídola!!!

De repente, mi mamá comentó.

— Mary, con todas las inasistencias que obtendrás en el colegio a causa de este viaje, ¿ya quedás libre verdad?

— Así es, pero pagaremos la mitad de lo que cuesta una cuota para poder faltar diez veces más o ¿no?

— Sí tesoro— se interpuso mi papá— Abonaremos la reincorporación tranquilamente.

Mucho sentido no tenía el hecho de pagarle a la institución un dinero extra para que me otorguen esa cantidad de inasistencias. Pues si acumulaba esas nuevas faltas también, ocurriría ¡una tremenda desgracia!

Mi papá, como si estuviese pensando lo mismo que yo, expresó:

— Si aun con la reincorporación seguís faltando ¡te llevás a rendir libre todas las materias a diciembre! ¡¡¡A tener mucho cuidado, Maryam!!!

— ¡Lo sé! Espero que no ocurra esa pesadilla... ¡tener que rendir libre hasta el recreo por haber estado viajando todo el año de aquí para allá “por culpa” de mi pasión!

Eran cerca de las dos de la tarde cuando llegamos a Recreo, una ciudad ubicada en el extremo sudeste de la provincia de Catamarca. Teníamos planeado que nuestra parada de alojamiento a mitad de viaje fuera allí; pero al haber llegado tan temprano, disponiendo aún de la tarde para seguir por la ruta, sólo hicimos un relax almorzando en ese lugar.

— ¡Estamos haciendo un recreo en Recreo! — expresé simpáticamente — ¡¡¡Suenan cacofónico!!!

Retomamos el viaje al terminar de almorzar con la idea de detenernos cuando la luz de la tarde, esfumándose, nos obligue a hacerlo.

Finalmente, en las próximas horas transcurridas, la parada definitiva para el hospedaje resultó ser en Deán Funes.

— Ya estamos en Córdoba, ¿verdad? — les pregunté a mis papás como reafirmando lo que sabía gracias al viaje a La Cumbre llevado a cabo en junio.

— Así es. ¿Dónde se sitúa Deán Funes y qué es exactamente? — me desafiaron espontáneamente.

— Deán Funes es una ciudad del noroeste de Córdoba. Es cabecera del departamento Ischilín — les rematé con una sonrisa.

Con la intención de buscar un hotel que disponga de cochera para guardar la *Kangoo*, nos hospedamos en uno de tres estrellas lo bastante cómodo. Se supone que aquella parada era para pasar la noche y descansar, evitando así manejar por la ruta oscura. No obstante, la diversión y el amor siempre estaban presentes sin importar el contexto o el lugar.

— Qué original la televisión dentro del placard — expresó mi papá ya en la habitación del hotel.

— ¡Y más original todavía que en la parte de abajo disponga de pueritas para guardar la ropa! — comentó mi mamá, acercándose al mueble para analizarlo mejor.

Ambos quedaron como por dentro del ropero, escondidos por esas mismas pueritas.

— Hay algo que vos disponés por debajo ¡mejor que un lugar para guardar la ropa! — le exclamó enamorado mi papá.

— ¡Che, che! — los interrumpí con una pícara mirada — Lamentablemente ¡estoy aquí! No están solos en esta habitación, así que ni se les ocurra hacer algo frente mío.

— ¿No tenías que bañarte? — me interrogó mi papá.

— ¿Y ustedes no tenían que descansar para mañana seguir con la mirada firme al volante? — los desafié sarcásticamente.

Se comieron a besos mientras intentaban que ese mismo armario obstruyera mi vista para no mirarlos. Quizá por eso tardé tanto en bañarme; ambos necesitaban un momento de privacidad en el armario... o quizás en la cama... Vaya a saber para qué.

Más tarde, cuando me acosté en mi nueva cama con la lamparita del velador encendida con la intención de leer aquella novela para mi

trabajo del colegio, un programa en la televisión me lo impidió.

— ¡Mary! — exclamó mi papá — Mirá, están pasando *El encantador de perros*.

— ¡¡¡Genial!!! ¡Amo ese programa! — vociferé.

Dejé la cartilla sobre la cama. Pegué un súper salto y aterricé de rodillas en la cama matrimonial junto a mis papás.

Disfruté de ver a *César Millán* en la casa de una señora con la clara meta de remediar los dilemas con sus caninos. La mujer, asentada en lo que se mostraba como su mansión, vivía junto a sus siete perros, uno de ellos de raza chihuahua. Se supone que tenía que prestar oídos a lo que emitía la pantalla y así aprender cómo adiestrar a los perros de razas gigantescas para que puedan convivir con una de raza pequeñita; pero fue tal la risa que a mi papá y a mí nos produjo ver al chiquitín entre medio de esa torpe jauría que no pudimos ponerle atención a las enseñanzas del programa.

— ¡Mamá! — exclamé — No es posible que te hayás comido prácticamente todas las papas *Lays* de jamón crudo sólo aprovechando que nosotros nos reíamos descontroladamente — finalicé con una inevitable risita de sarcasmo.

Al terminar el programa, regresé a mi cama con otro simpático brinco lista para ingerir la novela *Un crimen secundario* de *Marcelo Birmajer*. Debía devorar esas palabras, ya que mi madre había devorado las papas fritas. En fin, ahí seguí hasta que el sueño le hizo saber a mis ojos que debían descansar tanto como mi cuerpo lo necesitaba.

Al día siguiente, viernes, continuamos el viaje. Nuestra próxima parada primeramente sería en Córdoba Capital y luego, definitivamente, en Villa Carlos Paz.

— Antes que nada, ¡debemos ir a la casa de la señora de los elementos! — les recordé a mis papás — ¡La mujer con la que me contacté a través de *Facebook* hace una semana!

— ¡Sí!, hay que exprimir bien Capital, ya que estamos aquí.

Un velo de seda naranja... con una pequeña mezcla de rojo; un aro de seda hecho con una preciosa tela en degradé: violeta, fucsia y rojo; y finalmente ¡los ribbon veils!, este último un nuevo elemento que no se consigue en Salta; son como dos grandes cintas que se utilizan en gimnasia rítmica nada más que de seda y de mayor ancho, mucho más ancho.

— Gracias por comprarme estos nuevos elementos de tela que se inventaron hace poco — les dije a mis papás, no bien los tuve en

el asiento, resguardados en una enorme bolsa mientras ya ideaba en mente las coreografías que podría hacer con esas tres maravillas.

— ¡No tenés por qué agradecer mi tesoro! ¡¡¡Vos te lo merecés!!!

Paseamos por las peatonales mientras veíamos negocios de ropa. Ingresamos en uno y...

— ¡Mamá! Mirá... aquí está la campera negra que tanto deseo y que nunca la vimos ni conseguimos en Salta.

— ¡Eh! Qué bonita que está.

— Ajam... Sí, ¡está muy bonita! — expresé con esa mirada que delataba querer comprarla.

Como es de suponer, la abonamos y me la llevé puesta, pues de hecho se sentía bastante fresco el aire aquel día. Seguimos caminando hasta que nos topamos con un gran negocio en la esquina... ¡un negocio de telas! ¡¡¡Era como para volverse loca con todo lo que éste disponía!!! Y luego de idas y vueltas, entre mi papá que nos esperaba a mi mamá y a mí en la *Kangoo*, nosotras nos encargamos de hacer cálculos matemáticos para saber la cantidad de tela a comprar. Me decidí por llevar dos metros de paillette con cuadraditos en morado.

— ¡Está bello! La tela será para algún traje en el futuro, para bailar con el aro de seda violeta que acabamos de comprar. ¿Te parece? — le consulté a mi mamá, queriendo escuchar opiniones.

— ¡¡¡Excelente!!! Está barata la tela y encima este tipo de brillo me parece nunca haberlo visto en Salta.

Luego, queriendo regresar a la ruta para llegar definitivamente a nuestro punto de destino, ¡no la podíamos hallar!

— ¡¡¡Esto parece como si estuviésemos en Buenos Aires!!! — exclamé — ¡Muy alocado el tránsito! y ¡bocinazos a cada minuto!

— Tal cual Mary. Cuando se dé la oportunidad de que conozcás la ciudad de la furia, verás que es muy parecido a Córdoba por lo que estoy viendo. ¡¡¡Qué locura!!! ¡En lo que nos metimos! — se dijo para sí mi papá — Pensé que esta ciudad sería pacífica y tranquila como La Cumbre, pero ¡no!

— ¡¡¡Son polos opuestos!!! — dije completando su oración.

Y agregando un punto de vista propio, seguí...

— En La Cumbre podés caminar por las calles como si nada... ningún vehículo te atropellará. Aquí, en cambio, pones un pie en la vereda nomás y ya hay una hecatombe de gente a tus laterales — expresé mientras miraba la larga fila de autos a nuestras espaldas esperando también la luz verde del semáforo.

Unas cuadras más adelante vimos al fin ¡por primera y única vez

un policía! Le preguntamos amablemente qué camino debíamos tomar para salir a la ruta, con el objetivo de llegar a Villa Carlos Paz de una buena vez por todas.

Cerca de cincuenta minutos, cuarenta por la ruta y los otros diez hasta llegar al hotel, dieron fin a nuestro viaje. ¡Fin del viaje!, pero apenas estaba siendo el comienzo de lo que me esperaba vivir allí...

Siendo exacta, el hotel en el que permanecemos hospedados se situaba a una cuadra del Teatro donde bailaríamos al día siguiente.

— ¡Teatro del Lago! En ese lugar... en ese escenario de ahí dentro bailó hace unos años Larissa. La conocí en *YouTube* cuando bailó aquí precisamente. ¡¡¡Qué casualidad bailar y ser evaluada en este Teatro donde estuvo ella misma siendo evaluada también!!! — vociferé de golpe, queriendo cruzar la calle con equipaje y todo para conocer aquel lugar, sin recordar o sin darle importancia a que primero debíamos instalarnos tranquilamente en el hotel.

Para nuestra suerte, no había habitación disponible con una cama matrimonial y una cama simple; sin embargo, eso dio pie a que nos otorgasen una pieza mucho mejor...

— Habitación N° 7 — nos invitó a pasar el señor — Una cama matrimonial y una cucheta.

¡¡¡Era genial!!! ¡Disponía de dos camas para mí! Aunque la parte de abajo de la cucheta la utilizamos como mesada y ropero para colocar todos nuestros bolsos, valijas y alimentos.

Me bañé por segunda vez, ya que mis rulos debían lucir brillantes para el otro día. Mientras lo hacía, mis papás pasearon un poco por las calles de la zona, encontrando así un delivery a domicilio. No dudaron ni un segundo en encargarnos siete empanadas de queso para mí y otras tantas de carne para ellos. Esta cena se percibía prometedora junto a una *Pepsi*, siendo protagonista infaltable en cada viaje. No obstante, lo prometedor se hizo completamente descabellado.

— ¿Esto es una empanada? ¡Tiene como quince centímetros de largo! — comenté sorprendida cuando llegaron con la caja de comida rápida.

— Sí, por lo visto las empanadas aquí son grandes — dijo mi papá.

— De haber sabido con anterioridad, ¡pedíamos menos! ¡¡¡Una sola ya vale por dos!!! ¡Mirá qué tamaño! — argumentó mi mamá.

Honestamente suelo comer siete empanadas; pero aquella vez ¡con tres ya me había llenado por completo! Miré la bandejita con las otras que quedaban y los ojos se me iban de un lado a otro al sentir que mi estómago estallaría.

— ¡No puedo comer más! — les vociferé a mis papás.

— ¡¡¡Nosotros tampoco!!! — me dijeron.

— ¡Qué dolor dejar comida cuando sabes que hay personas por todo el mundo muriéndose de hambre! — expresé afligida.

Hicimos guardar las empanadas que sobraron en la heladera, que se encontraba en la cocina del hotel. ¡Qué bueno que el dueño haya aceptado nuestro pedido de mantenimiento con respecto a las enormes e inculpables empanadas!

Un poquito más tarde, seguí devorando la novela para el trabajo práctico del colegio mientras mis tiernos padres disfrutaban al estar abrazados viendo televisión. Yo también estaba abrazadita... abrazadita a la almohada, cuando me dispuse a dormir e imaginar en sueños lo que en tan sólo horas estaba a punto de vivir.

¡¡¡SÁBADO 18!!! ¡Qué felicidad haber viajado tantos kilómetros para aquel día! Sin dudarlo, agosto estaría por marcar algo muy importante en mi vida...

Me desperté a las 7:00, y a las 7:01 ya estuve levantada. ¡Cuánta euforia la mía! Me alisté, con todo lo que eso implica, para ir a desayunar junto a mis papás. Y suficiente era la inmensa alegría que estaba sintiendo como para que aquel gran desayuno me la completase aún más.

— ¡Un desayuno auto servicio! — anunció mi mamá — ¡Qué bueno!

— O sea que ¿puedo servirme tanto café con leche como quiera y alzar tantas medialunas como deseé? — pregunté con una enorme sonrisa.

— Así es Maryam.

Me acerqué simpáticamente al tremendo mesón que mostraba todo el desayuno para los alojados y tomé dos medialunas, tres tostaditas untadas en mermelada de durazno y obviamente una taza llena de café con leche calentito. De verdad era increíble cómo los viajes, y los hoteles a la vez, ¡me hicieron amar locamente el café con leche! Y pensar que antes no me gustaba.

Al acabar con todo aquel deleite, empecé con mi rutina de maquillaje mientras escuchaba música por el pequeño parlante de mi MP4.

Siendo las once de la mañana nos dirigimos con la valija de trajes, el candelabro, el derbake y los fan veils al hermoso *Teatro del Lago*. Ingresé y no bien la organizadora me ubicó, me otorgó una pulserita de papel con la etiqueta: "Gran Centro República Danza - Villa Carlos Paz, Córdoba". Con una insulsa sonrisa me la puse en mi muñeca derecha, en señal de que era una bailarina participante del certamen. Subí unas

escaleras para llegar al sector de las butacas frente al escenario, y al verla a Larissa ahí al fondo del gran Teatro, sentada con una sonrisa tan enorme como la mía, haciendo su trabajo al evaluar a las bailarinas que ya se estaban presentando, me sentí muy afortunada al poder experimentar aquello tan inexplicable en mi vida. Si tan sólo ese momento de verla a lo lejos fue hermoso ¡qué sería poder mirarla mientras bailara y mientras me calificara!

Una bailarina, participante también, me indicó un camarín para que me fuera preparando. Me sorprendió enormemente su sencillez y su amabilidad hacia mí.

– ¡Qué preciosos tus rulos!

– ¡¡¡Gracias!!! ¡Yo los amo! – le dije riendo.

– ¿De verdad? – me preguntó impresionada – Todas las chicas que conozco que tienen rulos, ¡se mueren por tener el cabello lacio!

– ¡Sí! Suele ser así. Y las que tienen el cabello lacio...

– ... ¡se mueren por tener rulos! – concluimos la frase exactamente al mismo tiempo.

– Yo, particularmente, también amo mis rulos – me expresó con una delicada sonrisa.

De repente nos interrogamos.

– ¿Cómo te llamás?

– Maryam. ¿Y vos?

– Yazmín. Por cierto, tengo diecinueve años.

– Yo tengo quince – le dije – ¿Sos de aquí, de Villa Carlos Paz? – le pregunté mientras terminaba de colocarme la vincha.

– No, soy de Córdoba Capital. ¿Vos también? – me consultó.

– ¡No! Yo soy de Salta.

– ¡¡¡Wow!!! ¿¿¿De Salta??? – exclamó asombradísima – ¿Y desde allá viniste hasta aquí?

– Así es. Gracias a Dios, mis papás me acompañan siempre en cada viaje. Y Larissa, quien está de jurado, ¡es mi ídola! Este viaje era un enorme sueño para mí... Ya no lo es, porque ahora está siendo una ¡enorme realidad! – le compartí con sencillez.

– ¡¡¡Qué lindo!!! Es hermoso que escojás a alguien como referente en la danza árabe. ¡Te felicito!

¿Era posible que una completa desconocida tuviese tanta dulzura conmigo? ¡Ni mis propias compañeras en el Ballet de Vero me trataban así con tanto cariño!

– ¿Con quién estudiás allá en Salta? – me preguntó de repente.

– Con Verónica Cardozo. Sinceramente, soy la única de la Academia

que viaja constantemente a seminarios y certámenes, es por eso que “estoy sola” en ese sentido; pero no por eso el nombre de mi profe deja de aparecer en las planillas cuando me nombran al bailar — le dije con alegría.

— ¡Qué bonita! Me imagino la felicidad de tu profesora al saber que su nombre y el nombre de su Academia están llegando hasta Villa Carlos Paz gracias a vos.

— Cierto, ¿no? Nunca me puse a pensar en ese detalle.

De hecho, ahora que meditaba aquello, Vero nunca se mostró feliz con mis viajes. Al contrario, sus miradas en nuestras últimas charlas me hacían sentir que no valoraba el esfuerzo que mis papás hacían en cada uno de los viajes que llevábamos a cabo.

Me despedí de Yazmín, pues el gran momento para mí se aproximaba. Me deseó tiernamente muchos éxitos, haciéndome saber que estaría en las butacas viéndome bailar. Y honestamente no sé a qué hora pisé ese espléndido escenario; fue tal el disfrute de todo aquel sábado que no permití que unas insignificantes agujas del tiempo me estuviesen determinando el día. Contrariamente, me sentí en una preciosa eternidad, deseando a su vez que aquel viaje y aquel inexplicable momento no tuviesen final...

Ingresé al escenario a la par de escuchar la voz de la locutora diciendo mi nombre por el micrófono. Mientras bailaba traté de imaginar lo que pasaba por las mentes de todas esas personas que allí estaban: alumnas, profesoras, organizadoras y público en general. Ellos miraban a una bailarina salteña danzando árabe, con sus movimientos, delicadeza, energía y pasión. Sin embargo, la realidad era que también había una señorita de quince años a punto de quedarse libre en el colegio y llevarse a rendir todas las materias a causa de tantas inasistencias por sus viajes. Claramente eso no lo sabían, como tampoco sabían que días atrás parecía que aquel viaje a Villa Carlos Paz se suspendería por las averías que la *Kango* presentaba. Y allí, en el interior de esa bailarina había también un corazón que latió más y más fuerte en plena madrugada del día jueves, cuando se dirigía por la ruta, haciendo realidad un gran sueño: ¡¡¡conocer personalmente a su ídola y ser evaluada por ella!!! Sí, ellos estaban viendo a una mujercita que intentaba expresar por medio de sus cinco presentaciones todo lo que la vida le estaba haciendo sentir.

Los aplausos y hermosas aclamaciones al finalizar cada solista me mostraron lo maravilloso que es ser artista, ¡lo maravilloso que es no inhibir los sentimientos! Y por sobre todo, viéndola allí a Larissa con

un papel y una lapicera, observándome con una sonrisa, me hizo sentir que jamás en la vida podré saber qué tan lejos llegaré. Avanzar con pasos humildes y seguros cada ruta de mi propio interior, incluso entre esas subidas y bajadas que mi corazón se encarga de producir segundo a segundo... latiendo, debe allí permanecer siempre el “¿Qué tan lejos soy capaz de llegar?” para así nunca detenerme ni jamás dejar de aprender... ¡de crecer!

Más tarde, fuimos a la confitería que se encontraba al frente del Teatro. Allí pedí un licuado de banana con sándwiches tostados mientras que mi mamá encargó un simple cortadito. Y ya ubicados cómodos en una mesa, mirándolo a mi papá, le dije:

— ¿Podemos comprar el DVD con las cinco filmaciones de mis bailes? Y... ¡una foto impresa también!

— Claro que sí mi tesoro. ¡Sé el grado de importancia de este viaje para vos! Compraremos esos recuerdos — me respondió con firmeza.

— ¡Gracias papi! ¡¡¡Gracias!!!

Antes de la premiación, en el hall del Teatro, el fotógrafo me mostró por su computadora todas las fotos digitales que había capturado. ¡Estaban preciosas!, pero una en particular llamó mi atención: una foto en la cual mis pies no tocaban el piso del escenario, haciendo parecer que los fan veils, ambos hacia arriba, me permitían volar. Como es de suponer, ésta compré; valió la pena los \$70 sin hacer mención de los \$120 por los videos.

Ya dirigiéndome a las butacas me crucé en las escaleras con Larissa. ¡¡¡Sí!!! ¡Con Larissa... mi ídola! Como por impulso, ambas nos detuvimos y ella pronunció:

— ¡Eh! ¡¡¡Maryam hermosa!!!

Junto a esas palabras me dio un beso y con una tierna y alegre mirada siguió su camino hasta el camarín. Ahora bailaba ella, dando inicio a la entrega de premios de la primera jornada del certamen.

En fin... ¿Ese encuentro fue real? ¿O había sido un sueño? Porque de verdad me sentí como en un sueño con todo lo que estaba viviendo, tan hermoso y tan perfecto a la vez. No hizo falta pellizcarme el brazo para ver si dolía y verificar mi vivencia, pues mis papás aparecieron por detrás con sus sinceras palabras, permitiéndome comprobar que todo estaba siendo más que real.

— ¡Qué lindo gesto que te haya saludado! — dijo mi mamá.

— ¡¡¡Y al parecer te tiene muy en cuenta!!! — expresó mi papá — ¿Que no son como cuatrocientas participantes? Sin embargo, recordó tu nombre.

¡¡¡ERA DEMASIADO!!! Renacía por dentro... ¡mis sentimientos se renovaban de felicidad haciendo que nuevos, más gratos que los anteriores, tomasen su lugar! ¡¡¡Estaba completa y sumamente feliz!!! Y esa felicidad se hizo muchísimo más enorme al ver bailar a mi ídola ¡en vivo! Obviamente la filmé, ¡cuánto brillo estaba atesorando mi cámara digital! Al finalizar, aplaudí con tanta fuerza que desconocí las palmas de mis manos, pues no sabía que podían producir tanto sonido.

Era tal la alegría con la que se estaba llenando mi espíritu que no fui consciente de que me estaban llamando por el micrófono a buscar sobre el escenario un trofeo de segundo lugar y otros cuatro de primer lugar. Mientras me encontraba recibiendo aquellos resultados de las manos de Larissa, ella misma me expresó unas palabras jamás esperadas para mí.

— ¡Luego debo hablar con vos hermosa!

— Está bien. ¡Gracias! — fue lo único que mis cuerdas vocales pudieron emitir.

No bien finalizó la premiación, subí nuevamente por las escaleritas del escenario para el reencuentro con Larissa. Hubo una carrera entre el telón que estaba cerrándose contra mis veloces pies ¡para no perderla de vista a mi ídola! Mi papá corría conmigo, mientras que mi mamá se quedó atrás, respetando las cortinas de ambos lados del escenario que se acababan de juntar.

— Larissa... — pronuncié al verla.

Se dio vuelta con gran alegría al notar que la estaba buscando.

— ¡Maryam! Particularmente quiero darte en manos mis devoluciones — me dijo entregándome cinco papelitos — ¡¡¡Sos una bailarina y una personita divina!!! ¡Tenés un carisma hermoso y único al bailar!

— ¡Gracias! ¡¡¡Muchísimas gracias!!!

— Simplemente me queda decirte que siempre sigás a tu corazón... que te expresés en la danza desde lo más profundo de tu ser... que nunca se apague esa luz que palpita hoy en vos. ¡Y nunca le soltés la mano a la danza! No todas danzan por amor, es importante que lo sepás y lo tengas presente.

La observé sin todavía creer que mi ídola y yo ¡estuviésemos hablando! Ahí... al lado de las bambalinas del escenario, a solas.

— ¡Gracias por lo que me decís!

Hice una pausa y me animé a seguir...

— Permitime que te diga que te considero mi ídola. ¡Sos mi gran y mayor fuente de inspiración en la danza!

— Ay ¡¡¡cuánta dulzura de tu parte!!! Es emocionante lo que me decís...

porque para mí es algo hermoso servirle a alguien de inspiración — me expresó a la par de brindarme una sonrisa — Siempre leo cada comentario bonito que solés poner en mis fotos de *Facebook*, pero honestamente nunca pensé que significara todo eso para vos. ¡¡¡Gracias!!! La verdad que me encantó verte bailar y poder evaluarte. ¡¡¡Qué grata sorpresa escuchar tu nombre anunciado por el micrófono en este certamen!!!

Mi mamá, ya con nosotros también, se acercó a mi papá. Quizás el que ellos estuviesen allí conmigo o el hecho de que cada paso en mí estuviese siendo una completa maravilla, me permitió atreverme a decir lo siguiente con total naturalidad.

— Che Larissa... ¡nos saquemos una foto juntas por favor!

— ¡Claro que sí Mary! — me respondió con entera confianza como si nos conociésemos de toda la vida.

Nos arrimamos, y al posar para la foto me fue inevitable sonreír. Asimismo, al capturar ese instante, descubrí que hay veces en las que es tan grande la felicidad que un simple gesto no alcanza para expresarla.

Y como si ella misma supiese que no me quería ir de ahí... de esa gran localidad que tanto estaba marcando mi vida, como así también el desear no darle un final a ese preciado momento, pronunció:

— ¿Cuándo regresan a Salta?

— Lamentablemente mañana regresamos — comentó mi papá.

— Ojalá nos podamos volver a ver — le dije con una sincera sonrisa.

— ¡Seguro que sí! — me afirmó — Me encantaría compartir con vos Mary.

Allí mismo nos abrazamos.

— ¡¡¡Dios te bendiga!!! — me expresó aun teniendo mi cabeza sobre su hombro derecho.

Fue así como concluyó ese anhelo... con un perdurable abrazo ¡cargado de cariño, admiración, humildad y respeto! Nos despedimos mientras sentí que esas alas en mí, ¡¡¡se extendían irremediadamente!!!

Finalmente, luego de cenar en un restaurante junto a mis papás, caminamos lo necesario hasta llegar al Puente Uruguay sobre el Río San Antonio. ¡Este puente es visualmente magnífico! Tiene distintas maneras de ser recorrido: por arriba, claro está, se transita en vehículo; por dentro se halla una galería de arte, completamente gratuita y abierta al público; y por fuera, en uno de sus costados, hay una pasarela de alambre tejido, bien seguro. Lógicamente se bambolea un poquito, sin embargo es toda una aventura animarse a cruzarlo ya que, a medida que lo vas transitando, las tonalidades de los distintos reflectores que se encuentran en el propio puente permiten que se vean reflejados los

diferentes colores en el agua del río que fluye por debajo. ¡¡¡Fue fascinante poder verlo!!!

No bien nos encontramos en el hotel, mis papás, al parecer lo bastante cansados, se ubicaron cómodos en la cama y se durmieron viendo televisión a los pocos minutos. Por mi parte, en cambio, me duché para despejarme. Al terminar, me peiné y acomodé mis ropas y mis bolsos en la parte de abajo de la cucheta. Me hubiera gustado empezar con el trabajo práctico de la novela para el colegio; pero en la oscuridad de la habitación no iba a poder escribir absolutamente nada, sin mencionar que no era capaz de encender la luz y despertar a aquellos dos ángeles que dormían plácidamente. Así que decidí subir a la cucheta y disponerme a dormir, tal como ellos lo hacían.

No obstante, ¡no pude conciliar el sueño! Estando allí, acostada sobre la cama con mi cabeza apoyada sobre la almohada, mi corazón se encargó de recordarle a mi cerebro aquel abrazo tan especial con Larissa y cada palabra compartida con ella. ¡Me empezaron a caer las **LÁGRIMAS** mientras trataba de entender que todo lo que había vivido era completamente real!

Me volteé de tal manera que una parte de mi cara quedó junto a la almohada y, antes de pronunciar una multitud de palabras, bajé mi mirada hacia la cama matrimonial para comprobar que aquellos dos ángeles estuviesen durmiendo profundamente.

— Ay Dios... — pronuncié en voz baja aún con esas lágrimas que humedecían mi almohada — ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Gracias por otorgarme hace quince años aquel papá y aquella mamá, que desde entonces me brindan más que un amor suficiente! ¡¡¡Y qué bello e inexplicable lo que viví... lo que me permitiste vivir hoy!!! Sabés mejor que nadie lo que significa la danza árabe para mí: ¡es mi vida entera! Gracias por tu bendición de poder viajar hasta acá y conocer personalmente y abrazar a Larissa, quien se encarga de inspirarme en esta que es mi pasión.

Aquellas lágrimas tan sentidas me produjeron estas últimas palabras, antes de cerrar los ojos y descansar.

— ¡¡¡Bendecila mucho a Larissa!!! ¡Se nota el noble espíritu que poseé!

Comenzamos la mañana del domingo, luego de entregar la habitación del hotel, dispuestos a ver el reloj cucú de Villa Carlos Paz. No obstante, lo que parecía ser un corto recorrido de manzanas, se tornó en una desafiante encrucijada de calles.

— ¡Qué raras son las calle aquí! — pronunció mi papá al volante — ¡¡¡Tienen cualquier dirección, menos un paralelismo!!!

— ¿Y en qué cuadra está el cucú? — pregunté.

— ¡Ni idea dónde está! ¡Ya nos pasamos de cuadra! ¡¡¡Volvamos a Salta ahora mismo!!! — exclamó mi mamá enojada.

¡Yo no quería regresar a mi ciudad sin antes ver al pajarito salir del reloj! Al parecer, mi papá tenía en mente lo mismo.

— ¡Nos pasamos una calle nomás! Damos la vuelta y lo vemos — dijo mi papá como para tranquilizarla — ¡¡¡Cómo no nos vamos a dar el gusto de ver el cucú ya que estamos aquí!!! ¡Vaya a saber cuándo podremos regresar a esta ciudad! — concluyó.

Eran las 9:24 cuando bajamos de la *Kangoo* y admiramos la gran casita con el reloj de números romanos en su portada delantera. El cuidador nos hizo saber que en seis minutos saldría el pajarito. Hasta tanto observé tiernamente a un matrimonio junto a su nene, que esperaban también como nosotros la salida del cucú. Los minutos fueron pasando mientras esta dulce madre, muy presumida, le explicaba a su criatura cómo funciona la aguja del minuterero y la aguja de la hora. No bien el reloj marcó las 9:29 clavé mi mirada en esa pequeña puertita situada arriba de los números, sabiendo por simple lógica que en sólo segundos aparecería el cucú.

Quizá por el propio hecho de que es un pájaro, debe dar la idea de que vuela; pues así como apareció, así desapareció... La bisagra de la puertita se movió, el cucú se mostró y en ese mismo instante retrocedió. ¡¡¡El espectáculo duró menos de dos segundos!!!

— ¿Eso es todo? — exclamé desilusionada.

— ¡¡¡Increíble lo rápido que fue!!! — vociferó mi papá tan sorprendido como yo — ¡Hasta el pajarito de Villa Carlos Paz es tan veloz como toda la gente y el tránsito de esta ciudad!

— ¿Qué? — se nos interpuso la señora junto al tierno nene — ¿Ya salió? ¿Por qué no me avisó!?

— Disculpe señora, pero ¡yo también soy turista! — le expresó mi papá.

Su respetuoso esposo, sintiendo que estaba pasando bastante vergüenza, se llevó inmediatamente a su mujer y a su hijo lejos de nosotros. Pobre... ¡qué bochorno estaba pasando gracias a su cónyuge!

Allí apenas se iniciaban nuestras risas... nuestros buenos momentos... nuestras aventuras. La idea nuevamente de aprovechar el estar en esa enorme ciudad, nos decidió en ir hasta Los Cocos, una localidad del departamento de Punilla a 104 *km* al norte de la ciudad de Córdoba; allí se encuentra el parque recreativo cultural llamado "*El Descanso*". Como es de pensar, ese verde lugar dispone de muchos atractivos turísticos;

pero sin lugar a dudas el laberinto de ligustros, inspirado en las características del que mandó a construir el rey *Minos* en Creta (mito de *Teseo y el Minotauro*), es el deleite principal.

Luego de llegar, abonamos las entradas en la boletería, que se parecía a la torre de *Rapunzel*. ¡Cuánta imaginación la mía! o ¡cuánta fantasía la del obrero que la construyó! Un hermoso cartel que mostraba el croquis del parque nos informó de sus encantos: “Patio Argentino”, “Escenas de la Antigua Roma”, “Museo apícola”, “Parque infantil”, “Motivo español”, “Laberinto”, “Museo colonial” y “Sendero de paz”.

En el sector del “Patio Argentino” se muestra la forma de un gran libro hecho de piedra, que exhibe escrito sobre sí el estribillo del Himno Nacional Argentino. Más adelante, un gran paredón blanco posee, en diferentes sobrerrelieves de lo que parecía ser yeso, los escudos de cada provincia. No me considero una gran patriota ni nada por el estilo, pero aun así debo admitir que fue inevitable sacarme una foto junto al escudo de Salta.

Las “Escenas de la Antigua Roma”, “Motivo español” y “Museo colonial” debo decir que, en primer lugar, me recordaron las clases de Historia que dictaba el profesor del colegio, con su infaltable mirada tan penetrante por encima de sus anteojos. Observé los distintos monumentos históricos y al imaginarme detalladamente en mi cabeza cada crónica desagradable, traté de entender cómo es posible aceptar el pasado en medio de tantas guerras para así comprender el presente y luego proyectarse hacia el futuro; ¡no tiene ni una pizca de razonamiento el hecho de aceptar muertes y remotas injusticias para idear anhelos vivos, decentes y edificantes en el mañana!

Al ingresar al “Museo apícola” ¡sentí tremendos escalofríos! Pues no en cualquier sitio se pueden apreciar millones de abejas tras un vidrio produciendo miel en su propia colmena, a tan sólo treinta centímetros de uno. Después de todo lo visto, ¿seguiría comiendo miel? El hecho de ver tantas pero tantas abejas juntas, me dio aprensión. ¡Como en el viaje a La Cumbre!, ¡¡¡centenares de langostas en la ruta!!!

Un poquito más allá del “Parque infantil”, que proporciona hamacas, coloridos toboganes y areneros para niños, se encuentra sobre grandes y hermosas piedras una espléndida escultura de una luna en cuarto creciente con ojos, nariz y boca. ¡Súper fantástica! Con mucho cuidado me trepé a ella para que mi papá me tomase una foto. No sé cuál habrá sido exactamente mi sentir, pero me pareció estar bastante a gusto junto a esa luna. Quizá porque así estoy siempre yo: ¡en la luna! ¡¡¡Soñando a cada momento!!! Sin embargo, mi papá arruinó ese bello

sentir, metiéndole sus dedos índice y medio en los orificios de la nariz a la inocente y bella luna. ¡Parecía un desequilibrado payaso haciendo eso! ¿O acaso la luna tenía ganas de estornudar y los dedos de mi papá se asemejaban a un pañuelo? Sea lo que fuese, me causó mucha gracia.

Antes de ingresar a la aventura que surgiría en el laberinto, entramos a un saloncito que se titula “Salón de los Espejos”. Como es de suponer, en éste había varios espejos... de lejos parecían como cualquiera que se tiene en casa. Algunos pegados sobre la pared, otros de pie sostenidos por su marco y unos cuantos apoyados simplemente sobre el muro del salón. Sin embargo, lo peculiar, asombroso y hasta terrorífico es que al acercarte a ellos, tu propio reflejo ¡se deforma por completo! En uno de ellos, mi pie no fue un pie precisamente, ya que según el reflejo se mostró como un largo y escalofriante tenedor. En otro, definitivamente mi rostro se vio completamente monstruoso. En un tercero, el puño de la mano de mi papá se parecía al puño del increíble *Hulk*, ¡ni que fuera que golpearse diariamente un costal de box en un gimnasio!; pero sin dudas, el reflejo más gracioso fue el del espejo que mostró la cara de cada uno ¡partida! y sobre eso ¡tu rostro siendo doble a la vez! ¡¡¡Una locura!!!, pero fue una diversión basada en regocijos completamente sanos.

— Esos espejos me recuerdan a uno de los libros infantiles de *Disney*, donde el *Pato Donald* entra a los juegos del parque y se topa con todo tipo de reflejos deformadores, tal como los que presenciamos — expresé mientras dejábamos atrás ese divertidísimo salón.

Finalmente, estando en la puerta de entrada al laberinto, advertí que ésta es de arquitectura China; y original como todo lo que había allí en el Parque, la salida del propio laberinto se debía conseguir encontrando el camino que lleve a las escaleras para subir a una enorme glorieta hexagonal. Esta construcción consta de un alero grande cuyo borde, sobre todo en sus puntas, se encorva hacia arriba. ¡Qué original es la arquitectura China! Desde ahí arriba hay que transitar por un puente para llegar a la salida definitiva.

Los ligustros del laberinto, que delimitan un pasillo del otro, tan sólo poseen un metro de altura. Al iniciar la aventura, parecía que sería demasiado fácil salir de allí, pues mirando a lo lejos se podía ver claramente los demás caminos y pasillos. No obstante, hay que ver qué tan sencillo fue permanecer ahí dentro por más de una hora ¡sin encontrar la salida!

Había en el laberinto otros turistas también, no estábamos siendo los únicos perdidos por suerte. Cabe aclarar que al principio cada uno tuvo

ese ego interior de querer encontrar la salida por sí solo, sin mirar ni comentar palabra alguna con los demás; pero claro, ¡eso no duró para siempre!

—Disculpe— le exclamó a mi papá un señor que se hallaba a unos dos metros — usted que está por ese sector ¿me puede decir si desde ahí no se percibe alguna salida?

—No, para nada. ¡No se ve salida alguna!

—¡Qué mal! ¡¡¡Definitivamente estamos perdidos!!! — bramaron varios.

—La verdad ¡qué engañoso es esto!— expresé— Quien haya diseñado este laberinto pensó en burlar vilmente a todo el que ingrese, haciendo creer que sólo porque los ligustros son más petisos que uno, es más fácil hallar la salida; pero es difícil de explicar por qué ¡resulta ser lo contrario!

—¿Qué hacemos ahora?— preguntó una señora deseando, sin duda alguna, escuchar una respuesta lo bastante coherente.

—Y habrá que seguir caminando sin sentido— comentó alguien a sus espaldas.

—¡Ya pasaron más de cuarenta minutos! ¡¡¡Es increíble lo perdidos que estamos!!!— vociferó mi mamá.

Una señora, quizás lo bastante ingenua, dijo en voz alta:

—Me parece que voy a retroceder y así salgo por la entrada, pues este laberinto ¡no tiene ninguna salida!

Debo admitir que reí por unos buenos segundos, ya que la señora retrocedió tal como había mencionado, pero ¡ni la entrada pudo encontrar! Callé mis risas cuando recordé que yo misma me encontraba perdida en aquel laberinto también.

Finalmente una criatura de unos nueve años fue la primera persona en hallar el sendero que mostraba las escaleras para subir hasta la glorieta hexagonal. Desde allí arriba, él nos indicó simpáticamente a todos los que estábamos abajo qué ligustro debíamos bordear hacia la derecha o hacia la izquierda para llegar a la salida también. Una vez con él, le agradecemos por su audaz inteligencia y por ¡habernos salvado! Pues claro, si no fuese por aquel niño de nueve años, hubiera seguido estando allí... ¡completamente perdida!

Antes de encaminarnos hacia la salida del Parque, que gracias a Dios ésta si estaba definida, pasamos por el "Sendero de paz". Junto al reinado de un bello y profundo silencio, el brillante verde del césped y sus flores acompañaban cualquier meditación que en la mente de cada persona se estuviese creando, al sentarse en las bancas del camino.

—Qué lindo sería tirarme aquí bajo un árbol o colocarme en medio de esos arbustos y leer... leer con este precioso silencio que abunda— pensé en mis adentros— Y ojalá así fuesen las clases en el colegio... ¡que reine el silencio y no los chivateos, risas y tontos comentarios de mis compañeros mientras el docente intenta dictar la clase cada mañana!

Un poco más adelante, un cartelito de unos cuarenta centímetros de altura, se encontraba clavado sobre la tierra con esto escrito sobre sí: “Importa mucho más lo que tu pienses de ti mismo que lo que los otros opinan de ti”. Y al seguir caminando descubrí otra maravillosa frase, aunque esta vez colgada y sujeta por cadenas junto a unos pilares: “Considero que todos los hombres somos iguales... con eso entiendo que se nos debería brindar la misma oportunidad... pero no hemos nacido todos con la misma capacidad”. La primera es una frase de *Séneca* y la segunda de *Gandhi*; sin embargo, una tercera me asombró aún más: “Trata siempre de ser el mejor pero nunca te sientas el mejor”.

—¡Qué bello pensamiento de *Fangio*! No estaría nada mal compartir sus palabras cada vez que tenga la oportunidad de expresar lo que siento estando arriba de un escenario— me dije— ¡Dar siempre lo mejor de mí misma sin crearme que puedo ser la mejor!

Ya nuevamente en la *Kangoo*, me dormí en el asiento pensando en aquello... y pensado también en el domingo tan deslumbrante que viví en ese Parque de Los Cocos.

A las horas hicimos una parada definitiva en Frías, una ciudad de Santiago del Estero; la noche ya se estaba mostrando y como tal, mis papás no se fiaban de manejar en la ruta a esas horas. ¡Y qué peculiar había sabido ser esa ciudad! Pues así como en Salta hay palomas en la plaza principal, allí en Frías ¡hay ratas! Sí... ¡¡¡ratas!!!

—¿Y nadie hace nada al respecto?— le preguntó mi papá al señor del hotel en el que nos estábamos instalando— ¿Cómo pueden convivir con ratas ahí afuera?

—No, no hacemos nada— respondió el señor— Las ratas siempre estuvieron ahí en la plaza y allí siguen estando. Son como nuestras compañeras.

¡Por favor! ¡Cuánta dejadez de los santiagueños! ¿Qué es peor?... ¿Ver en la plaza principal ratas? o ¿transitar por la calles sin la seguridad de un policía? Pues tal como recordábamos, en la ciudad de Córdoba ¡sólo habíamos visto un policía! que fue precisamente con quien consultamos cómo llegar a la ruta. Honestamente, ¡¡¡tierra de nadie eran ciertos lugares que estábamos visitando!!!

—Y yo que me quejo de que las palomas en Salta cacarean las estatuas de la plaza — les dije a mis papás, ya encontrándonos en la habitación — ¡De ahora en más no diré más nada, habiendo visto ratas en la plaza de esta ciudad!

Cerca de las 01:00 nos dormimos mientras veíamos por televisión la película *Volver al futuro*, que estaban pasando por uno de los canales. Quizás el cansancio que merodeaba en nosotros nos hizo olvidar con qué clase de pequeños seres vivos estábamos compartiendo la noche tras la ventana, hacia abajo, frente a la plaza. Y qué decir... ¡viajar es lo que cansaba!; pero, sin duda alguna, el fruto de cada viaje permitía redescubrir mi árbol interior, que producía aquellos mismos frutos: ¡¡¡mi pasión y amor por la danza árabe!!!

Al día siguiente, lunes, luego de entregar la llave de la habitación del hotel a las diez de la mañana y después de ingerir un delicioso desayuno, retomamos el viaje con destino a Salta.

—Con destino a Salta... la ciudad que posee en su plaza principal ¡los animalitos más hermosos del universo!— expresé graciosamente mientras me despedía de aquel lugar tan peculiar.

Durante el viaje terminé de realizar el trabajo práctico del colegio en base a la novela que había estado leyendo. Mi papá, lo bastante sorprendido, me dijo:

—Entonces... ¿lo que estuviste leyendo estos días es para el colegio?

—Sí, exactamente papi, es un trabajo práctico de Lengua. Y de hecho, pasado mañana miércoles debo presentarlo.

Todavía mirándome por el espejo retrovisor, a la par de ir manejando, me felicitó.

—¡Qué responsable que sos! ¡Tu mamá y yo estamos orgullosos de la hija que tenemos!

Al expresar aquello, mi mamá se volteó hacia mí con el objetivo de transmitirme una tierna mirada.

—Y bueno, también con los papás que tengo cómo no ser lo que soy... Después así se molestan cuando afirmo que tengo el mejor papá y la mejor mamá del mundo, ¿no? — les repliqué con cierto tono de gracia y amor.

Finalmente, cerca de las diez de la noche llegamos a nuestro destino... ¡nuestra casa! Micaela y Gabriel me felicitaron por los premios que había obtenido a tantos kilómetros de distancia, como así también por mi gran sueño que había hecho realidad: conocer personalmente a Larissa. Y me alegró que se divirtieran con las anécdotas que les fuimos

compartiendo: nuestro recreo en Recreo, los “abrazos” de los señores padres tras las puertas del armario en Deán Funes, la total falta de policías en Córdoba, las empanadotas que tuvimos que dejar en la heladera del hotel de Villa Carlos Paz, el cucú, el laberinto de ligustros, los deformadores espejos... ¡en fin! ¡¡¡Se rieron con cada cosa que vivimos los días pasados!!!

Con excepción de algo... de un momento que ni mis papás lo habrían de saber: aquellas lágrimas en la almohada de la habitación del hotel de Villa Carlos Paz, cerca de las cuatro de la madrugada; agradeciéndole a Dios no sólo por el precioso compartir con Larissa aquel día, sino más bien ¡agradeciéndole por la bella vida que tenía!

CAPÍTULO 23

“La obligación me hace daño”

Volví al colegio el día miércoles; de haber ido el día martes, por más que ya me encontraba en Salta, ¡me habría angustiado! pues estaba demasiado agotada. Uf... no había asistido los días jueves, viernes, lunes y martes. ¡¡¡Las inasistencias me pasaron factura!!! ¡¡¡Ya me había quedado libre!!!

— ¡¡¡Que la pronta reincorporación por inasistencias se apiade de mí, por favor!!!

Ese miércoles cerca de las 07:40, mientras esperaba en la esquina de mi casa al colectivo, no pude dejar de reflexionar que las imposibilidades en la vida sólo existen si uno cree en ellas... ¡No podía evitar que mi corazón proyectara e imaginara qué otras aspiraciones podrían surgir en mi espíritu a través de mi pasión!

Durante los veinte minutos que estuve dentro del colectivo, tuve la mala suerte de que se pararan a mi lado dos chicas, quizá de mi misma edad. Sin embargo, entre minuto y minuto no paraban de debatir sobre a qué boliche les tocaba ir el sábado.

— ¡No boluda, a *Club 21* todavía no podemos pasar! — le reclamó.

— Yo tengo un negro que nos puede hacer una tipo vip para entrar, si querés.

— ¡Se va a armar un re quilombo! ¡¡¡No nos metamos ahí!!!

— ¡¡¡¡¡Qué mala onda!!!! Ay boluda, qué bajón ser menor de veintiún años.

— De última volvamos a *Metropolis*, *Zona Cero* o *La Roka* — afirmó decidida.

— Dale, todo piola — concluyó la segunda.

No sabía cómo hacerme a un lado para evitar escucharlas, pues no había más espacio en el colectivo.

— ¡Cómo me repugna que utilicen esa palabra que empieza con “B” como si fuese un apodo... anteponiéndola a cada frase — me desahugué en mis pensamientos.

Hasta que por fin el recorrido finalizó... Bajé del colectivo y caminé las dos cuadras que siempre debía transitar hasta llegar al colegio.

Ya en mi curso, minutos después de haberme sentado en la silla del banco en el cual me ubicaba desde principio de año, aparecieron a mi frente Andrea y Paola.

— ¿Qué hacés en el lugar de Paola?

— ¿Qué? ¡Pero si acá nos sentamos nosotras, Andrea! — le respondí.

—Solíamos hacerlo... Después de tantas inasistencias tuyas, Paola quiso venir a sentarse aquí conmigo.

—¿Y vos estuviste de acuerdo?— pregunté.

—¡Sí! ¿Quién acumula faltas por varios días seguidos dejándome sola?

—¡Ay Andrea!, pero si sabías que estaba de viaje, ¡por eso no venía! Es una tontera lo que me estás diciendo.

—¡Da igual! Como sea... te vas a tener que ir a sentar en otro banco— concluyó cortantemente.

—¡Señoritas! ¿Qué pasa por acá?— se entrometió el profesor de Matemática— Ya mismo deben copiar los ejercicios que estoy escribiendo en el pizarrón para que los resuelvan en sus carpetas.

En ese momento me levanté de la silla, agarré mi bolso dejando el banco completamente vacío y me di media vuelta sin poder creer lo que mi amiga me estaba haciendo. ¿Con esas mismas actitudes de inmadurez ejercía la maternidad sobre Benjamín, su bebé? ¡¡¡Qué tontera molestarse conmigo por no estar yendo a clases!!! Era un poquito difícil que haya podido asistir... ¡me encontraba en Villa Carlos Paz! Quizás un: “¡Andrea, andá a darle la mamera a tu hijo en lugar de estar haciendo tanto problema por con quién vas a compartir el banco!”, no hubiera venido nada mal. Sin embargo, preferí que el silencio hablara por sí solo... Encontré un pupitre vacío al fondo del aula y allí me senté para que el profesor continuara con la clase.

Más tarde, el profesor nos dio ejercicios más complicados extraídos de una fotocopia. Noté que Andrea no podía realizarlos, viendo claramente cómo tonteaba y reía a carcajadas con Paola. Al no estar yo a su lado explicándole, mi amiga no comprendía en absoluto sobre los números. Quizá por eso o quizá por extrañar mi verdadera presencia, en el recreo se presentó ante mí disculpándose. Obviamente la perdoné, pero sin comprender exactamente por qué había tenido esas actitudes.

—Andrea, ¿me hacés un favor?— le dije no bien me permitió volver a sentarme junto a ella.

—Claro que sí Mary. ¿Qué necesitás?

—¿Me podés prestar todo, pero absolutamente todo lo que hicieron en clases el día jueves, viernes, lunes y también lo de ayer martes?

—Ah, las tareas de los días que faltaste.

—Sí, pero, ¡no las tareas! Sólo las consignas, dictados o temas que hayan visto en cada materia.

—Dale, está bien— me expresó mientras abría su carpeta y buscaba entre los separadores de las asignaturas lo trabajado esos días.

Sin esperar que ella me pidiera un favor también, me dijo:

— Vos pasame lo de Lengua, sobre la novela. Ese trabajo práctico que hay que presentar ahorita en el próximo módulo.

— ¿Qué? — exclamé — ¿Querés que te pase la síntesis que yo escribí? ¿La descripción de cada personaje? ¿La opinión personal? ¿La biografía del autor?

— ¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Eso mismo!!! Yo no lo hice, me re olvidé.

— Ay ¡cómo te podés olvidar!

— Y sí... ¡no sé! ¡Me olvidé! Benjamín roba mi tiempo, mis descansos y mi distracción. ¡¡¡Ahora soy madre!!! ¡Podrías ayudarme Maryam!

— Perdón Andrea, pero no me parece que sea una ayuda el hecho de pasarte el trabajo práctico para que me lo copiés tranquilamente, sólo porque vos te olvidaste de realizarlo. ¡Yo me maté haciéndolo durante el viaje! Además, si me lo copiás, ¡vamos a tener exactamente las mismas respuestas! y eso la profe lo va a notar, con la única consecuencia de que ambas nos perjudiquemos al momento de que nos ponga la nota.

— ¡Por lo menos vos podés darte un tiempo para hacerlo! — me vociferó.

— ¡No te creás! — le dije — Por mi falta de tiempo tampoco lo podría haber elaborado. Sin embargo no fui quedada al llevar las cosas en mi valija y hacerlo allá. ¿No podrías haber hecho vos también algo más o menos parecido?

Noté que se puso molesta, e incluso enojada.

— Todo bien Mary. Gracias por tu ayuda. Recordá por lo menos que yo te presto mis hojas de los días que no viniste — me exclamó tirándomelas sobre mi banco.

— ¡Ay Andrea! Las cosas no son así porq...

— ¡Callate! — me interrumpió — ¡Me queda menos de una hora para hacer ese trabajo pedorro!

¡¡¡Qué bronca sentí!!! ¿Acaso no era correcto lo que me encontraba diciéndole? Pues no es para nada comparable pedirle a alguien que te pase las consignas de un trabajo, por ejemplo, a que te pase las respuestas de un trabajo.

Ese mismo miércoles no pude ir a árabe, pues por la tarde me dediqué a ponerme al día con los deberes del colegio, lo que habían realizado y escrito los días que falté a causa de mi viaje.

— Tabla periódica de los elementos, propiedades periódicas, átomo, molécula... Ecuaciones de segundo grado, trigonometría básica... Los paisajes vegetales, patrimonio ambiental... El género narrativo... —

me fui diciendo a mí misma al leer todo lo que debía realizar.

Habrás sido solamente una impresión o ¿verdaderamente como nunca en el año escolar se trabajó bastante durante esas jornadas? Sea lo que fuese, tal como alumna aplicada, transcribí los deberes, ejercicios y explicaciones. Tuve que pedirle a Gabriel que me ayudara con lo referente a la tabla periódica, pues no comprendí totalmente ese tema.

— ¡Por favor, echame una mano! — le rogué a mi hermano — Vos que estudiás Licenciatura en Física, este tema es básico para una de las materias que hiciste.

— Dale Mary, no hay problema — me expresó señalándome que me sentara junto a su escritorio.

Me puse cómoda con la carpeta y la cartuchera. A su vez, enfoqué en él mis oídos, mi vista y por sobre todo mis ansias de aprender.

— ¿Viste la comodidad de tener una pizarra en la pieza? — me guiñó el ojo abarcando la habitación que tenía.

Mi nuevo profesor, que no era nada más ni nada menos que mi propio hermano, me ayudó para que hiciera correctamente los incisos y ejercicios gracias a sus explicaciones. Más o menos así pasó también con lo referente a Matemática: ecuaciones de segundo grado y trigonometría básica.

Cerca de las doce de la noche recién pude darme un tiempo para cenar tranquila la comida que mis papás me habían dejado sobre la mesada de la cocina, horitas atrás. Y cuando me dispuse a preparar las carpetas y la mochila para el día siguiente, noté que me estaba olvidando por completo de hacer el trabajo práctico para Geografía, sobre los paisajes vegetales y el patrimonio ambiental. Verifiqué el horario semanal en la tapa de mi carpeta y para mi mala suerte comprobé que al otro día, jueves, ¡tenía Geografía! ¡Ese trabajo, aún no hecho, debía ser presentado ese mismísimo jueves!

A regañadientes, pues estaba muy cansada por trabajar toda la tarde y todavía seguir realizando tareas para ponerme al día con el colegio, me senté frente a mi escritorio y me dispuse a hacer aquello. Se fue haciendo las dos de la mañana y yo seguía allí... escribiendo y elaborando cada respuesta en base a la cartilla de la materia.

De repente, así como si nada, me acordé que antes de viajar a Villa Carlos Paz me quedó un trabajo práctico teórico de Educación Física ¡por terminar! Aquellos exámenes escritos eran mi nota para poder aprobar la materia. Gracias a que Verónica me integró a su Ballet, y posteriormente la charla con el director del colegio sobre qué hacer con ese contraturno que chocaba con mis horarios de danza profesional, era

positivo para mí y mi rutina sobrellevar esta materia de una manera totalmente diferente a la de mis compañeras. Porque según mis papás...

– Vos sos diferente Maryam y merecés realizar las cosas de un modo ¡diferente!

Sin embargo, mi notoria falta de tiempo “por culpa” de mis viajes mes a mes, estaba dando por resultado aquello... desvelarme por emprender completa y responsablemente toda tarea a presentar en el colegio.

Levanté mi vista para mirar la hora en el microondas. Éste manifestaba las 3:27. Noté que a punto de explotar mi cabeza por su dolor, el tener sueño y el estar tan hecha polvo, aun con la lapicera en mi mano sobre la hoja de Geografía ¡sentí que unas lágrimas se resbalaron por mis mejillas! Cómo era posible... ¿Dónde estaba mi disfrute de aprender si luego de cada viaje por amor, pasión y vocación hacia la danza árabe, el colegio y sus responsabilidades no hacían otra cosa que frustrarme interiormente a tal punto de llorar a causa de tanta bronca? Seguí como pude hasta acabar con el ítem sobre el patrimonio ambiental y, velozmente, al cabo de unos cuarenta minutos terminé con el trabajo práctico para Educación Física, referente a técnicas y tipos de stretching y reglas oficiales para jugar un partido de vóley. No recuerdo en qué remoto instante apagué la luz de la cocina y, a su vez, la lamparita de mi escritorio para al fin poder hundirme entre el colchón y las sábanas de mi cama. Por lo menos ahí estuve hasta las 6:30, momento en el que sonó mi alarma para que me despertara y levantara. Ir al colegio en colectivo implicaba todo un tema de tiempo.

El día viernes, en clase de danza, le mostré a Vero los innovadores elementos que había adquirido en Córdoba. En general, había sido tan grande la alegría que sentí por ese viaje que sólo deseaba compartir esa felicidad con mi profesora; y de paso, por qué no, intentar levantar mis ánimos a través de la danza. Lograr que desaparezca esa frustración y enorme bronca causada y sentida por el colegio, fue sencillo.

– ¡El aro de seda está fabuloso! – me exclamó Vero agarrándolo – Lo podés utilizar con el Ballet en lo de dragones y princesas, en una de las coreografías que trabajaremos más adelante con telas y volados.

– ¡Genial! ¿O sea que no solamente las wings serán las protagonistas? – le pregunté feliz.

– No, hay mucho que marcar en cada presentación de la fiesta de quince.

De hecho, en los ensayos del Ballet, la presentación coreográfica de

dragones y princesas estaba siendo una total maravilla. Por otro lado, los trajes que las chicas del Ballet ya tenían de presentaciones anteriores, los cuales yo debía tenerlos también, ya estaban siendo confeccionados por una modista cerca de mi casa. Éstos serían utilizados en las coreografías que bailarían junto a ellas para el espectáculo de la Academia.

— Este domingo — nos informó Verónica un día — nos debemos juntar allá en el barrio, en la sede de la Academia, y de ahí nos iremos todas juntas a San Lorenzo. Será un primer y gran ensayo en el enorme jardín donde se realizará la fiesta.

— ¡Genial! — exclamó Eliana — Debemos distribuir los lugares para cada una en el jardín; será importante que todas vayamos — comentó con cierto tono de mando en su voz.

— Pasaremos prácticamente todo el día allá, así que lleven ropa cómoda. El papá de la quinceañera de seguro nos invitará con algo de comer.

¡Todo aquello me pareció una idea genial! Pues estar todo un día junto a las chicas de una manera u otra permitiría que compartamos más tiempo del que debíamos.

Ese domingo llegó repentinamente haciéndome levantar de la cama a las nueve de la mañana con un mensaje de texto de Vero en mi celular.

— Mary, ¿podés venir a mi casa al mediodía? Hablamos y de ahí vamos juntas a la Academia para encontrarnos con las chicas, antes de dirigirnos a San Lorenzo.

Antes de responderle les avisé a mis papás que debían llevarme hasta la casa de mi profesora y que de ahí, junto a ella, nos encargaríamos del resto. Estuvieron de acuerdo y sorprendidos a la vez, porque ella misma propuso que hablemos y vaya a saber de qué.

— Dale Vero, nos vemos al mediodía. Gracias... ¡te quiero! — le escribí.

Tal como me comprometí, llevé conmigo mis otras dos wings ya que no todas las chicas tenían aquel elemento brillante que estaba siendo muy utilizado por las princesas. Además, el hecho de prestarles podía dar pie a iniciar más charlas con ellas. Deseaba mucho que volvieran a considerarme la hermanita que yo solía ser tiempo atrás.

— ¡Maryam! Pasá, pasá — me dijo Vero al abrir la puerta de su departamento, luego de haber tocado el timbre.

Me hizo sentar junto a ella en el comedor, pues se estaba terminando de pintar las uñas con manicure francesa.

— ¿Cómo andás Mary? — me preguntó de repente.

— Bien... Bastante cansada nomás por las madrugadas para ir al colegio y las desveladas por concretar cada tarea y trabajo práctico durante las noches.

— ¡Mi vida! Ah, claro... y ahora con los ensayos extras a las tres de la tarde me imagino que no podés dormir siesta.

— Sí, así es, pero... ¡todo sea por la danza! — expresé feliz — Cuando les presento a los docentes del colegio cada tarea y trabajo práctico, me es imposible no sentir y recordar el esfuerzo que hubo detrás — le compartí.

— Decime, ¿cómo vas con los trajes? ¿Le sirvió a la modista tener en manos mi traje de tribal para así hacer uno igual para vos?

— ¡Excelente voy con los trajes! Y sí, le re sirvió a mi modista tu traje como modelo. Uno de ellos ya está listo, y el otro apenas lo inicié comprando la tela tal como me dijiste y bueno... el de tribal sigue avanzando.

— ¡Muy bien! ¿Podrás mañana ir a las 21:30 a la Academia y así estando solas te empiezo a marcar y enseñar esas coreos?

— ¡Estupendo Vero! ¡¡¡Claro que puedo!!!

— Sería luego de la clase de las 19:00 con tu grupo.

— Sí, ¡genial! Ahí estaré.

De pronto llegó Anabela, una de las chicas del Ballet, que a su vez era cuñada de Verónica por estar de novia con su hermano. Me sorprendió notar lo bien que me saludó en ese momento; confundida, le respondí el saludo. ¿Era posible que por estar frente a Vero haya fingido que me saludaba tan amable y cariñosamente? Me pareció tan raro aquello.

Pero más raro aún fue sentir que algo estaba sucediendo dentro de mí mientras ensayaba en aquel jardín de San Lorenzo con las chicas. Estaba perdida... literalmente perdida, pues con tantos giros que debía hacer sin tener en vista un punto fijo para no marearme en todo ese tremendo espacio que había, mientras bailaba mis pasos se complicaron. Me ubiqué mal, me confundí una que otra vez y por poco se me vino el Ballet entero encima.

— ¡Maryam abrite hacia la derecha mientras girás! ¡¡¡Alejate!!! — me gritó Anahí.

— Sí... ¡no te cerrés! No nos das espacio a nosotras — pareció completar Pamela.

Verónica, observando desde lejos, exclamó algo que me dolió bastante interiormente.

— ¡¡¡Bailá con ganas Maryam!!! ¡Te está faltando muchísima fuerza

y energía!

¡Estaba haciendo lo que podía! ¿Acaso nadie lo notaba? Sencillamente ¡mi cuerpo no podía más!, sin mencionar que no era de gran ayuda el tener esas miradas chocantes constantemente alrededor mío, que provocaban no disfrutar del ensayo... de la coreografía... ¡ni mucho menos de la danza!

Eliana, parada a unos pocos metros míos, me miró tan amargamente que ya ni ganas de bailar sentía. Se dirigió a Emilia y pude escuchar claramente lo que dijo.

— Ay esta Maryam... Por su culpa de no ubicarse bien debemos volver a repetir esta secuencia de giros a cada rato.

¡¡¡Sentí una tremenda bronca!!! Si me colocaba demasiado lejos en plena coreografía era porque ellas mismas me decían que me alejara para no chocarnos entre sí al bailar; pero si me colocaba junto a ellas me criticaban de por qué no me alejaba. ¡¿Al final?! Sólo por temor a qué ocurriría si expresaba mi tremendo malestar en fuertes y claras palabras, decidí tragarme aquella bronca. Claro, me la tragué y ésta se transformó en ese clásico nudo en mi garganta. A su vez, tragué las lágrimas para que nadie las pudiera notar. Era de no creer que mi sueño de integrar el Ballet de Vero pasase a ser una pesadilla, al no poder gozar de nada a causa de las compañeras y supuestas “amigas” que creía tener en ese grupo. Incluso, al no poder ser escuchada por mi propia profesora, que al parecer no hacía más que ignorarme cuando necesitaba hablar con ella en momentos así, ¡me hacía hundir hasta el fondo!

A la noche, ya organizándonos para volver a casa luego del gran ensayo, Verónica me dijo que subiera al auto de Anabela; ella me llevaría de regreso hasta mi casa, que quedaba lo bastante cerca de la suya. Una vez más noté la diferencia del trato de las chicas hacia mí cuando Vero estaba presente. Luego, Eliana se ubicó en el mismo auto, de hecho compartió el asiento conmigo. Ambas se pusieron a hablar como si yo no estuviera... Además Anahí, estando en el asiento delantero del acompañante, bajó la ventanilla, se llevó un cigarrillo a la boca, lo encendió y se puso a fumar. ¡Qué repugnancia sentí al ver eso! ¡¡¡Una bailarina fumadora!!! Automáticamente recordé una frase que expresó Larissa en una entrevista radial que luego fue subida a *YouTube*: “El artista no sólo es artista arriba del escenario, es abajo también; si no qué decepción”.

— ¡Qué palabras tan acertadas!— pensé mientras la observaba a Anahí— ¡Una gran bailarina!, pero a su vez ¡una gran fumadora! Tal como lo expresaba Larissa... ¡qué decepción!

Y como si fuese peor, estando al día siguiente a las nueve y media de la noche en la Academia como habíamos arreglado con Vero, me empezó a marcar la coreografía para el traje de estilo moderno; la cual el Ballet entero ya sabía. Y... el problema era yo por no saber captar los pasos en una milésima de segundo o el problema era ella, por marcar-me velozmente la coreografía sin ser capaz de explicarme paulatinamente los movimientos.

—Vero, por favor, andá más despacio y explicame tranquilamente cada paso, sino así es imposible que los haga bien— le dije amablemente.

—MARYAM, ACÁ LA QUE ENSEÑA ¡SOY YO!— me vociferó— ¡¡¡NO ME LEVANTÉS EL TONO DE VOZ!!! ¡TE ESTOY EXPLICANDO BIEN!

¡¡¡No levanté mi tono de voz!!! De hecho, ¡nunca en mi vida lo hice! ¿Por qué me trataba así Verónica? ¿Dónde estaba la ejemplar profesora que había conocido hace años al elegirla como maestra?

Un dolor muy profundo sentí en mi interior. Y me pareció que, de seguro, a Vero le irritaba el hecho de que una de sus alumnas la corrigiera así tan coherentemente. No obstante, mi responsabilidad y toma de palabra seguían presentes hacia ella al devolverle su traje de tribal, el cual le sirvió de modelo a mi modista.

Ese día llegué a mi casa cerca de las doce de la noche. Como de costumbre, no dormí en absoluto. Me quedé en mi escritorio haciendo los cuarenta ejercicios de Matemática que me habían dado para presentar. Todos dormían luego de haber cenado; yo, en cambio, ni pensaba descansar aquella noche y no había comido absolutamente nada, porque en ese momento no tuve apetito.

Sin embargo, a las horas mi estómago empezó a sentir esa falta de alimento, por lo que empezó a rugir. Abrí la heladera y en un recipiente plástico encontré queso sanguchero y unas fetas de jamón, y sobre la mesada estaba la canasta con una bolsa de pan de panchos. Me preparé un sanguchito a la par de calentar agua en el microondas para un café, con el claro objetivo de despabilarme. Me senté a la mesa en mi silla a deleitar lo que sería mi cena, siendo las cuatro de la madrugada. Al rato continué con lo de Matemática, cuando recordé que para ese mismo día debía leer unas páginas de la cartilla de Historia. Si decía que los párpados se me caían de sueño ¡era poco! ¡¡¡Necesitaba mi cama urgente!!!, pero tenía que seguir con los ejercicios de Matemática y con la lectura.

Ya a las siete de la mañana y, al enterarse mi mamá lo desvelada que me encontraba, me exclamó:

— ¿Por qué no hiciste antes esos cuarenta ejercicios? Como suele pasar... ¡todo a último momento!

— ¡¡¡No tuve tiempo de hacerlo antes!!! El domingo entero estuve allá en San Lorenzo y ayer lunes fue un día de clases y ensayos de aquí para allá. Ir, volver y seguir con Verónica a cada hora del día.

Honestamente, no fui consciente de lo que hice hasta que la realidad me lo permitió ver. El profesor de Matemática, al notar que nadie realizó los ejercicios en casa durante el fin de semana, propuso que lo empecemos a hacer en el aula.

— ¿¿¿Qué??? — exclamé confundida en plena aula — ¡Yo ya resolví los cuarenta ejercicios anoche!

— A ver Maryam... — me dijo el profesor — Permitime tu carpeta.

Revisó cada uno y, si bien había pequeños errorcitos en algún que otro ejercicio, mi trabajo fue el único del curso en ser presentado en tiempo y forma. Se llevó mis hojas para analizarlas más profundamente y de este modo ponerme la nota. Entonces me quedé en el banco... ¡sin hacer absolutamente nada! Eso me pasaba por ser lo suficientemente responsable y hacer las tareas en casa, tal como se debía.

— ¡Mary! ¿Qué te pasa? ¡Te estás durmiendo! — me exclamó Andrea codeándome el brazo, al ver que estaba cabeceando.

— No dormí nada anoche por hacer los ejercicios de Matemática — le expliqué.

— ¡¡¡Wow!!! ¡Qué aplicada que sos! Yo, en cambio, preferí dormir apachada con Benjamín anoche y, para mi buena suerte, ahora dispongo de la tranquila posibilidad de hacer los ejercicios en clase.

Sin darme cuenta, al apoyar mis brazos cruzados sobre el banco, allí mismo me quedé dormida. Me parece que bien merecido tenía ese descanso, pues el profesor no me llamó la atención ni nada semejante por estar durmiendo en el aula mientras el resto de la clase recién hacían los ejercicios.

Cuando mi papá supo bien lo que había ocurrido aquella noche por falta de tiempo en mi rutina, y enterándose con detalle que no era la primera vez que eso ocurría, me dijo: “de ahora en más ¡yo haré tus ejercicios de Matemática!”. Y no se notaría ni en lo más mínimo que él me lo hiciera, pues sus números son exactamente iguales que los míos. ¡¡¡Increíble pero cierto!!! ¡¡¡Tenemos la misma caligrafía!!! Y pidiéndole a mi mamá una colaboración y ayuda también, ella se comprometió a buscarme las respuestas y hacer los resúmenes de los trabajos prácticos de Historia y Geografía que el profesor daba a menudo.

— O sea... ¿vos me lo harías por computadora y después yo lo paso con mi puño y letra? — le pregunté a mi mamá.

— Así es. Te ahorrarías el tiempo de leer y releer la cartilla para hallar las respuestas y efectuar la síntesis de cada pregunta formulada.

— Gracias... ¡Muchas gracias! — les expresé a mi papá y a mi mamá — ¡¡¡No saben la frustración que suelo sentir haciendo todo esto!!! — les dije al recordar las veces que lloré, en las madrugadas, ante tanto desgaste en realizar las tareas.

— ¡Tranquila tesoro! — me dijo mi papá — Hacés todo tan bien que de nada sirve quedarse toda una noche despierta realizando de manera mecánica muchos ejercicios, como si la cantidad hiciera la calidad en el aprendizaje. Vos disfrutá y aprendé tranquila todo lo que la danza te brinda. Acá nosotros te echaremos una mano con los deberes del colegio.

Hasta entonces, mi familia no percibía el gran dolor que me causaba cada ensayo con las chicas del Ballet, en el salón del club. Tal vez cuando les compartí lo difícil que era para mí soportar sus miradas frías, cortantes y desalentadoras, ni yo misma dimensioné lo mucho que terminaría por afectarme. Necesitaba, al menos, ¡un abrazo de parte de Verónica Cardozo!, y más aún en medio de tanta falta de afecto que mostraban las chicas. Si bien mis papás me fortalecían en todo desde casa, tales fuerzas no eran suficientes para seguir enfrentando ese cruel compañerismo del Ballet. Me deprimía ver tanta indiferencia cuando en mi Cena-Show de quince fue tan distinto...

Y al llegar el domingo anterior a la fiesta de dragones y princesas, todo el Ballet debía reunirse a las ocho de la mañana en la Academia para ir nuevamente hasta San Lorenzo y efectuar allí el último gran ensayo para ultimar detalles. No obstante, esa madrugada me resultó imposible levantarme de la cama cuando sonó el despertador. ¡¡¡Mi pasión por la danza estaba en picada!!!

Mi mamá me ordenó a gritos que ya era la hora, como si fuese de ayuda, ¡me hizo peor! Irremediablemente mis lágrimas empezaron a caer mientras mi almohada las contenía. Sentí un fuerte malestar al recordar todo lo que había ocurrido durante el ensayo general de la semana anterior; si volvía a ir, era por demás obvio que el alejamiento con las chicas seguiría creciendo.

Mi papá y mi mamá tuvieron que dar la cara por mí frente a Verónica esa mañana. Se disculparon personalmente por la actitud de hacerme atrás después de haber dado mi conformidad.

Despojarme de ese enorme peso que me producía esa contratación de dragones y princesas, hizo que mi pasión por la danza vuelva a desplegar sus alas.

CAPÍTULO 24

“Una sincera disculpa”

Las siguientes horas, luego de estar buscando consuelo en mi almohada, estuve recapacitando lo sucedido. Era completamente consciente de que hacerse atrás a un compromiso ya asumido, ¡está muy mal!; pero hacer algo apasionante sin sentirse cómoda con el ambiente que te está rodeando, ¡también está muy mal!

Mis papás se molestaron bastante conmigo por cómo estaba respondiendo a Verónica, pues la posibilidad que me estaba dando de estar en su Ballet, sin importar que no fuese egresada aún, debía ser correspondido de buena manera. Claramente, una falla de mi parte en aquel compromiso privado de dragones y princesas no era una forma muy bonita de estar agradeciéndole por todo.

¡Comprendía esa postura! ¡La comprendía totalmente! Sin embargo, mis papás al parecer no asumían el gran daño emocional y espiritual que las chicas del Ballet, mis propias compañeras, me habían producido.

Al día siguiente, lunes, Vero avisó al turno de mi grupo que no habría clases con ella esa tarde. Quedaban exactamente días contaditos para el show de la fiesta de quince, por lo tanto tampoco pudo dar sus clases de los miércoles porque estaba a full con el Ballet en los últimos ensayos para la gran noche. Mandó a una tal Romina, a quien yo sólo conocía por *Facebook*, para que la reemplace a ella; así mi grupo y yo no seguiríamos perdiendo más clases.

Llegué al salón y, como todavía faltaban unos minutitos para que sean las 19:00, me senté en las escaleras que llevaban hacia el baño para ver cómo terminaba la clase de spinning en el club. A los pocos minutos, apareció a mi lado Romina junto a una señora.

— ¡Hola! ¿Sos Maryam verdad?

— Hola — les dije mientras las saludaba a ambas con un beso — Sí, soy Maryam.

— Bien. Entonces mi memoria, al ver tus preciosas fotos en *Facebook*, no me falla — expresó Romina graciosamente.

Mi memoria tampoco me fallaba porque sabía quién era ella gracias a la red social.

— Ella es Alicia, mi mamá — me la presentó — Tengo veintidós años, ¡ya sé!, pero siempre me acompaña a todos lados.

— Un gusto poder conocerla — expresé mientras recordaba ya haberla visto en fotos también.

—Lo mismo digo, preciosa— acotó Alicia.

Hubo un pequeño momento incómodo de silencio. Mi pregunta rompió ese sigilo entre las tres.

—¿Estás tomando clases con Vero? Porque no recuerdo haberte cruzado en sus shows o en nuestros ensayos generales.

—¡Sí! Desde agosto que estoy con Vero. La ubiqué por *Facebook*, gracias a Dios, y allí me comentó cómo se maneja ella con los exámenes del Profesorado y todo eso. Yo siempre quise rendir cada año de danza árabe, pero la profesora anterior con la que iba no nos hacía rendir exámenes. Y bueno, más que nada por eso decidí cambiarme de Academia.

—¡Wow!— exclamé sorprendida— ¿No rendían exámenes? ¡Qué mal! porque toda profesión debe tener su instancia anual calificadora.

—Exactamente lo mismo pienso, pero hay cada profe de danza... ¡cada una es un mundo!

—Sí, así es— expresé sin saber qué más decir al percibir en ese instante mi sentir personal, por lo que Verónica estaba haciendo últimamente en mi vida.

Fuimos ingresando al salón, lo que dio paso como por arte de magia a que Daniela, Rosario y las pequeñas Luciana y Yamila llegasen. Me senté junto a las colchonetas mientras, afligida, me puse a pensar nuevamente lo mal que actué con Vero con el compromiso de la fiesta de quince. Y en ese preciso minuto que deseaba disculparme y decirle todo lo que me correspondía expresarle, no podía pues la oportunidad de hacerlo la perdí cuando mis papás tuvieron que dar la cara por mí.

—¡Mary! ¿Qué te pasa? Estás rara...— me dijo Daniela alejándose de mis sentimientos.

—Nada, nada... No me pasa nada.

—¿Cómo que nada? ¡Algo te pasa! ¡Te conozco!— me advirtió— ¿No querés que Romina nos dé la clase? ¡Es rebuena onda ella y su mamá! Recién estuve hablando y me comentó que lo de hoy le servirá como práctica de cómo dar una clase para su examen de fin de año con Vero.

¡¡¡Vero!!! Es eso lo que me pasaba... ¡Debía pedirle perdón por mi falla! Una falla la cual no cometí con la intención de hacer daño a alguien, sino para evitar que otras personas continúen haciéndome más daño a mí.

Queriendo buscar comprensión o quizá queriendo buscar atención también, a la noche hablé con Romina sobre lo que me estaba preocupando. Además, me había hecho ganar su confianza dando clases ese día. Honestamente, ella y su mami ¡eran unos ángeles!

—Mary, mi cielo, cuando uno está haciendo algo y no se siente a

gusto realizándolo, no está mal dejarlo. Al contrario, estaría mal si siguieras en eso sabiendo el daño que te está causando — me escribió en el chat de *Facebook* — En cuanto a hablar con Verónica, no digás que perdiste la oportunidad de disculparte con ella porque no es así. Ahora no está yendo por estar a full con los últimos preparativos de esa contratación privada, pero bien vuelva para las clases hablará tranquila con ella y hacele saber lo que sentís — concluyó.

— Sí... me parece que tenés razón. Gracias por escucharme — le escribí — o bueno, en este caso ¡gracias por leerme!

Nos despedimos deseándonos buenas noches y me fui a la cama a dormir; pero no sin antes terminar de pasar con mi puño y letra un trabajo de Geografía que mi mamá me había dejado en un archivo de la computadora, tal como habíamos acordado.

A los días me etiquetaron en *Facebook* en una publicidad de un concurso llamado *Mega Dancing*; sus organizadores me hicieron saber que esta competencia se llevaría a cabo a mitad de mes y en la provincia de Santiago del Estero, en su ciudad turística: Termas de Río Hondo. Parecía un evento como cualquier otro en los que participé los meses anteriores. Sin embargo, quien estaría de jurado en el rubro de danzas árabes sería una prestigiosa bailarina de España. Además, dictaría un seminario compartiendo sus conocimientos traídos desde su residencia: ¡Barcelona! El arancel para participar como bailarina solista en el concurso era de \$120, sin mencionar que la asistencia al seminario era totalmente gratis si te inscribías a tiempo en la competencia. Todo lo que podría llegar a aprender en ese encuentro empezó a surgir como un sueño en mi interior... ¡típico en mí! ¡¡¡Soñadora compulsiva estando despierta!!!; pero noté que había un pequeño inconveniente, muy pequeño... La categoría Juvenil, a la cual por mi edad pertenecía, hacía su participación el día jueves. Y exactamente al día siguiente, viernes, ¡era la fecha del espectáculo de Verónica! Si viajábamos debíamos volver antes del viernes a la mañana, cuando como de costumbre era el último ensayo general en el propio Teatro.

Al hablar con mis papás llegamos a la conclusión de que sí podíamos viajar, pero eso implicaría no estar presente en lo de Vero el día viernes a la mañana. Más que nada debía hablar con ella para ver qué opinaba de este viaje un día antes de su espectáculo... el de la Academia.

Exactamente dos días después de la fiesta de quince, lunes, Verónica retomó nuestras clases; bien apegada me hice a Romina los días que

ella misma la suplantó. Fui al club a las 16:30, siendo la hora de la clase del Ballet, y para mi sorpresa ¡no había nadie en el salón! Me quedé ahí alrededor de quince minutos esperando, dando por obvio que ni Vero ni las chicas irían. Tomé el colectivo y me fui a mi casa para luego regresar a las 19:00 para la otra clase.

Cuando regresé, subí las escaleras para ir al baño del club y me encontré con Vero en el pasillo. La saludé, mientras percibí que su respuesta de “Hola” junto al beso para devolver mi saludo fueron lo bastantes fríos. Y era de entender... estaba molesta conmigo por mi falta de compromiso días atrás.

Como por inercia, ambas nos sentamos en las bancas que allí se encontraban en el pasillo. Fui yo quien, en ese momento, rompió el silencio con unas sinceras palabras.

—Vero... ¡perdón por fallarte! Perdón por haber hecho lo que hice, pero ¡¡¡no me sentía para nada a gusto estando con las chicas!!!

—No sólo tenés que disculparte conmigo Maryam, sino con las chicas también. ¡A ellas les fallaste tanto como a mí! Porque así como yo te tomé la palabra y confié en vos para aquel compromiso, ellas también lo hicieron. Recordá que somos un Ballet... ¡un grupo unido!

—Entiendo... — expresé dolida.

—Eso de haber tenido que cambiar a último momento las coreografías porque tu lugar en ellas iba a quedar vacío, ¡me molestó muchísimo!

Y sin poder pronunciar palabra alguna, continuó.

—Si no te sentías a gusto en los ensayos con las chicas, ¡me lo hubieras dicho a mí! Eso de mandar a tus papás a que me digan todo lo que vos me tendrías que haber dicho, mientras estabas en cama llorando por lo que me contaron, es otra actitud en vos que me molestó. Me pareció que estabas siendo caprichosa en ese momento.

¡¿Qué?! ¿Mis oídos estaban escuchando mal o en verdad pronunció aquello? ¿Me estaba diciendo que hubiera tenido que hablar con ella sobre lo que las chicas me estaban haciendo sentir? ¡Fueron incontables las veces en las que le pedí que necesitaba hablar a solas con ella y no me escuchaba o se hacía la desentendida!

—Pero Vero ¡un montón de veces te pedí hablar con vos y nunca podías! — le recordé.

Me tragué las siguientes palabras, al no animarme a decir que el capricho al cual ella se refería era en realidad el daño que en mi interior sentía por causa de ciertas personas, con quienes no podía compartir la misma pasión por la danza.

—Maryam ¡ahora estamos a solas hablando!

¿Se estaba haciendo la graciosa o qué?

—Permitime que te diga que ¡esta charla ya no tiene sentido Vero! De haberla tenido tiempo atrás, quizá no hubiera sufrido ni te habría fallado.

—Bueno, no sé Maryam... Lo que sí sé es que con la charla que tuve hoy con las chicas quedó más claro que te perdonan por la falta que cometiste con el Ballet— me expresó— Ahora te pido que así como ellas tienen la amabilidad de haberte comprendido, vos tengás la misma amabilidad para ser buena con ellas y no blanquearle más los ojos.

—Agradezco que me entiendan. En cuanto a lo de ser buena y blanquear los ojos ¡tenés que decírselo a ellas! Porque es eso exactamente lo que ellas hacen conmigo desde que ingresé al Ballet.

—¡¡¡Cuidado con lo que estás diciendo Maryam!!! Son talentosísimas bailarinas y bellas personas.

Me pareció que con eso me estaba diciendo que yo soy lo contrario: una pésima bailarina y una fea persona.

—Para no seguir con esta charla— me dijo de repente— El miércoles te esperamos a las 16:30 para un nuevo comienzo ¿sí? Se viene nuestro espectáculo, nuestras coreografías y todo nuestro esfuerzo reflejado como Ballet.

¡El espectáculo! Eso me hizo recordar el posible viaje a Termas de Río Hondo; pero era tal la falta de ánimo, de apoyo y comprensión que estaba sintiendo de parte de mi profesora, que di por perdida la posibilidad de aprender de una bailarina de España a través de ese viaje. Como ella no estaba dispuesta a escucharme, consultarle si podía faltar al ensayo general de aquel viernes ¡sería una completa y enorme molestia para ella! Callar los sentimientos de vez en cuando, sin dudas, evita posibles y grandes discusiones.

—Está bien. ¡Que el miércoles sea un nuevo comienzo! y para todas, no sólo para mí... — me atreví a decir dando punto final a la charla que inicié.

El miércoles llegó e ingresé al salón con una sonrisa. No obstante, las frías miradas, las blanqueadas de ojos y la típica soledad que las chicas del Ballet me hacían sentir, siguieron... y hasta diría que ¡peores! ¿Qué clase de nuevo comienzo estaban construyendo al seguir con las mismas actitudes de siempre? Era increíble... ¡La antipática mirada de Eliana me helaba el corazón! ¿Dónde quedó la amiga que verdaderamente comprendía lo que sentía? Y... ¿dónde estaba la profesora que

me hacía volar y soñar a través de la danza árabe?

— Mary, vení... — me llamó Vero cuando finalizó la hora, estando junto al equipo de música apagándolo.

— ¿Sí? ¿Qué pasa Vero? — le dije mientras me dirigí hasta ella.

— Vení, nos sentemos así hablamos tranquilas.

Nos pusimos cómodas en el piso junto al equipo, y sus palabras tan inesperadas para mí, me hicieron sentir que lastimaban esas alas soñadoras que en cada viaje volaban tras nuevos aprendizajes.

— Mary no creo que llegués a aprender las coreografías del Ballet hasta fin de mes. ¡Ya no nos queda mucho tiempo para el show!

— ¡Pero Vero! Me mandaste hacer los tres trajes justamente para utilizarlos ahora junto a las chicas. Mi mamá se está esforzando, como nunca pensé que lo haría, para llegar a tiempo con el bordado y los canutillos. Y mi papá hizo lo mismo en cuanto al dinero que cada traje costó por la confección de la modista, como así también comprando los zapatos de baile adecuados que me dijiste.

— Lo sé Maryam, pero tranquilamente los vas a usar para nuestro próximo espectáculo en diciembre. Después de este espectáculo me propongo darte clases a vos sola y así explicarte y enseñarte bien cada coreo del Ballet. ¿Te parece que lo hagamos así? — me preguntó.

Mientras apretaba ese típico nudito en mi garganta para que no se soltasen unas pequeñas lágrimas, recordé el debut tan soñado por mí como nueva integrante del Ballet de Vero; pero a su vez esto dejaría de imaginármelo puesto que la misma persona que me inspiró a anhelar grandes sueños en la danza, era la que se encargaba de arruinarlos. ¿Quién era esa persona?: ¡Verónica!

— Bueno... — asentí con desilusión.

— Bien pase el espectáculo retomás las clases del Ballet ¿dale? ¡Ahora a full con las chicas de tu grupo!

Mis papás, cuando se enteraron de aquello, se molestaron tanto como yo. ¿Para qué tanto alarde de ser “la nueva” en el Ballet para luego no dar señales de vida siendo parte de él? Porque al llegar el día del espectáculo, sucedió lo que yo había sentido...

Bailé las mismas coreografías del año anterior junto a las chicas de mi grupo. ¿Qué clase de crecimiento puede ser ese? ¡Anhelar nuevos aprendizajes cuando seguís haciendo lo mismo! Si hubiera viajado a Termas de Río Hondo para participar del concurso y ser evaluada por una prestigiosa bailarina de Barcelona habría hecho crecer un poquito más esas alas soñadoras, en lugar de haber bailado en el espectáculo de Verónica que, por cierto, no me produjo euforia alguna como veces anteriores.

No sé qué me estaba pasando, pero me pareció que la esencia de una frase me estaba identificando lo suficiente: "Si querés resultados diferentes, hacé las cosas diferentes".

En conclusión... Cuando imaginé que por lo menos Verónica tendría el gesto de anunciarme por el micrófono, en pleno espectáculo, como nueva bailarina integrante por más que no haya bailado con el Ballet por "falta de tiempo para aprender las coreografías", comprendí que era hacerme daño a mí misma seguir fantaseando momentos hermosos que quizá jamás sucederían.

CAPÍTULO 25

“Ladrillos de ensueño”

Era domingo por la noche y una rica polenta acompañada de albóndigas preparadas por mi mamá, saboreábamos en la cocina. De pronto, mi papá mencionó algo que me hizo perder la cabeza por tanto pensar.

— Hace días que tengo en mente un proyecto. Mañana te lo cuento en detalle.

— ¿Qué es? Contame ahora.

— Tenemos que ir al jardín... ahora está todo oscuro.

— Pero mañana voy a estar en el colegio y por la tarde vos no estás porque la llevás a la mamá al trabajo. ¿No puede ser ahorita al terminar de comer? — pregunté disimuladamente mientras me invadía una tremenda curiosidad por querer saber qué andaba planeando.

— Bueno, terminemos de comer y vamos al jardín.

Sin saborear cada cucharada de polenta y cada albóndiga, terminé de cenar a la par de mi papá. Se levantó de la silla y lo seguí hasta el living. Encendió las luces de afuera y antes de abrir la puerta, viéndolo agarrar el metro que se encontraba sobre el calefactor junto a otras pequeñas herramientas, le pregunté:

— ¿Qué vamos a hacer con ese metro?

— Vení, vení... — me respondió siendo lo “suficientemente explicativo”.

Dirigiéndonos al jardín, se me ocurrió que quizá quería comprar una nueva cucha para Vainilla; pero al pasar ignorando esa pequeña casita, supe que no tenía nada que ver con ella. Luego vi la *Kango* e imaginé que estaba planeando agrandar el garaje, por tanto deseaba escuchar mi opinión. Sin embargo, pasamos de largo por este sitio también. Entonces me quedé absolutamente sin ideas al no ver cuál era su intención con aquel misterioso metro en manos.

— Papi, ¿qué pasa? — le repetí intensamente.

Nos detuvimos delante del pino mientras me dijo:

— Vení, ayudame.

Por lo tanto, sin aún saber lo que tramaba, le ayudé a tomar unas medidas sobre el césped.

— ¡Siete metros por cinco sesenta! Sí... más o menos como lo calculé — pensó en voz alta.

— ¿Calcular? ¿Pensás construir algo acá?

— Así es mi tesoro — me aseguró — Estoy planeando edificar tu academia de danza aquí mismo — dijo señalando todo el espacio — Mi idea

es ir construyéndola de a poco, hasta tanto terminarías los dos años del secundario que te quedan por cursar y después de ello tendrías alumnas en lo que sería tu propia academia.

Me parece que a cualquier otra bailarina que le dijeran lo que me dijo mi papá ¡habría saltado de alegría! o ¡habría gritado a los vientos lo feliz que sería! Sin embargo, mi reacción y palabras hacia él fueron muy poco expresivas.

— ¿Mi academia? ¿Aquí? ¿En el jardín?

— ¡¡¡Sí!!! — me exclamó — ¿Sabés lo que sería tener tu propio espacio en el que puedas enseñar sin tener que alquilar un lugar o pagar por el traslado para movilizarte? ¡Las ganancias serían todas líquidas para vos!

— Ah... sí, tenés razón — le dije.

Me encontraba totalmente perpleja, era demasiada información para una noche... ¡para un momento!

— Regresemos adentro. Plasmemos en una hoja el bosquejo de las medidas que acabamos de tomar — me explicó el ingeniero.

Entramos y nos dirigimos hacia la mesa de la cocina; mi mamá se encontraba lavando los platos y cubiertos.

— ¿Qué hacían afuera? — preguntó por simple curiosidad.

Mi papá y yo cruzamos una mirada como diciendo “Explicale vos lo que deseamos construir en el jardín”. Esas miradas fueron y volvieron sin argumentar palabras, sabiendo que si alguno atinaba a pronunciar lo que estábamos ideando edificar afuera, ella se enojaría por aquello. ¡Es como si los grandes proyectos y grandes decisiones le molestasen!

De pronto, la voz de mi papá calló el silencio repentino de los ojos.

— Estoy muy decidido en construirle ahí afuera la academia a Maryam.

— ¡¡¡¿Qué?!!! ¡¡¡Vos estás loco!!! ¡Lo que debe costar hacer semejante cosa! — exclamó mi mamá sorprendida por aquella idea tan descabellada de mi papá.

Bajé la mirada al haber escuchado esas palabras de mi mamá, que no hicieron otra cosa que ingresar por mis oídos y, como de costumbre, llegar hasta mi corazón.

— ¡Sería una inversión de por vida!, no un simple gasto momentáneo — le aseguró mi papá.

Como si no fuera demasiado, de la nada aparecieron Micaela y Gabriel; al escuchar esa idea tan loca, argumentaron también:

— ¡No! ¡Ahí en el jardín no! ¡Todo el lindo pasto que caracteriza a esta casa ya no va a estar! — vociferó Micaela.

— No me parece la idea de juntar un estudio de danzas con la propia casa — opinó Gabriel.

Pero mi papá, firme y humildemente, explicó para todos.

— ¡Ese sería un lugar completamente independiente! A mí tampoco me parecería correcto ni cómodo que las alumnas tengan que pasar por la casa para llegar al salón, por ejemplo. Por ello, la independenciam que se construiría para ambas partes, sería lo indicado. Y en cuanto al jardín, ya lo disfrutamos mucho haciendo los cumpleaños con peloteros y toboganes cuando eran niños. Ahora está allí desperdiciado con todo el espacio que dispone; ¡ni Vainilla lo utiliza completamente!, ya está un poco viejita para corretear como lo hacía antes. Cabe aclarar que no tiraríamos nada abajo, sólo sería construir sobre lo que ya disponemos en el terreno.

— Sí... El pino nomás habría que podarlo porque obstruiría una parte para la academia — apoyé con inocencia.

Mis hermanos, Micaela y Gabriel, se retiraron lo bastante convencidos de que aquello sería un buen proyecto para mi vida; pero aun así sostenían: “¿Por qué en nuestro jardín?”. Mi mamá, en cambio, al terminar de lavar los platos, lo bombardeó con preguntas a mi papá.

— ¿No te parece que vas a dar inicio a esa obra y nunca la vas a poder terminar? ¿O si no de dónde pensás sacar tanto dinero para construir una academia de danza con espejos y todo lo que implica?

— Mmm... ¡tiene razón la mamá! — expresé con aún más inocencia que antes, sin percibir que sus malas ganas estaban siendo sumamente contagiosas.

Allí mismo se retiró de la cocina. Mi papá, mirándome profundamente a los ojos, me expresó algo que en aquel instante me pareció de lo más insignificante; el tiempo quizá me mostraría la auténtica fuerza y realidad de esas palabras.

— No importa lo que piensen Micaela o Gabriel. No importa la mala onda o desapoyo que sostenga la mamá. ¡¡¡Yo te voy a construir tu academia de danza ahí afuera!!! ¿Acaso es algo malo como para prohibirlo? Viendo cómo amás la danza Maryam, esa construcción sería el proyecto para tu vida... ¡El plan que Dios tiene para vos gracias a tu pasión!

Miré sus ojos y sólo pronuncié:

— Está bien pá. ¿Ahora hacemos el dibujo?

— Sí, mi tesoro. ¡Ya mismo!

Fue por una hoja, lápiz y regla. Nos ubicamos cómodos en la mesa y empezó a trazar ciertas líneas que a su vez acompañaban a los números

“7, 00” y “5, 60” expresados en metros.

— Mirá tesoro — me expresó agarrando la calculadora — Las medidas exactas de tu academia serían 6, 50 por 5, 10 *m*. En el largo del salón perderíamos 50 *cm* en total, date una idea de 25 *cm* a cada lado por el tema de la pared de ladrillos macizos; de igual manera que en su ancho otros 50 *cm* más, 25 *cm* a cada lado también. Eso nos da un total de... — seguía verificando con la calculadora — ... de que tu academia dispondrá de 33, 15 *m*² para ser exacto.

— Ah... Claaaaaro... ¡sí! — asentí con la cabeza.

Mi papá se expresaba tranquilamente como si yo hubiese sido su compañera de Universidad en la carrera de Ingeniería años atrás. ¡Suficiente con los ejercicios combinados, ecuaciones, números enteros, números racionales y números romanos en Matemática! ¡¡¡Ni una pizca de ingeniera tenía!!!

— El baño sería acá — me dijo al diseñar sobre el papel un cuadrado con la palabra “BAÑO” — En su momento veremos las medidas que abarcaría, no perjudica en absoluto analizarlo más adelante — me aseguró — Luego por aquí se encontraría la puerta principal del salón... En este otro extremo una puerta de emergencia que dé salida hacia la playa de estacionamiento del supermercado chino, ¡nuestro inmueble! — me recordó — Y por este sector dos ventanas colocadas simétricamente a los costados de la puerta.

— Che ¡esperá! — lo interrumpí — ¡Mis ojos se quedaron en lo del número de metros cuadrados! ¿Podés retroceder e ir más despacio con esos cálculos y ese plano? ¡Por favor!

Se rió tiernamente y luego me dijo:

— Sí mi hijita querida. A tu pedido iré más despacio.

Pasaron unos buenos minutitos hasta que comprendí profundamente el diseño que iba dibujando detalladamente en el papel.

— Y... ¿los espejos dónde estarían? — pregunté.

— En esta parte — me señaló la larga línea que representaba los 7, 00 *m* en el dibujo — Si no me equivoco, con las medidas que traen los espejos, entrarían dos en ese sector.

— ¡No! — exclamé — ¿Pero que no me dijiste hace rato que el salón tendrá 6, 50 *m*? ¡Los otros 50 *cm* son comidos por las vigas y las paredes! — le dije orgullosa por ir entendiendo cada cosita de una construcción.

— ¡Eh! ¡Tenés toda la razón! Perdón... me confundí.

— ¿Y ahí que habrá? — pregunté mirando el diseño hacia el lado izquierdo, notando que no había ni puertas ni ventanas allí.

—No puede haber nada allí, detrás está la *Kangoo*— me recordó— Me parece que si ponemos ventanas quedarían desalineadas. Además no entraría la luz del sol por ese sector debido al garaje.

—Mmm...— pensé en voz alta— ¿Y no puede haber más espejos ahí?

—¿Espejos al costado cuando ya hay al frente?

—¡¡¡Sí!!! Las bailarinas árabes al bailar necesitamos espejos a nuestro frente y a nuestro costado para vernos y corregirnos de perfil también— le exclamé feliz, pero a su vez con cierta inseguridad por lo que me encontraba diciendo.

—Será más costoso... Pero si es así como me decís, así se hará.

Verdaderamente, construir todo aquello que estaba mostrando a escala en el papel ¡costaría muchísimo dinero! Me pareció que las palabras de mi mamá no fueron pesimismo, sino pura realidad: ¿De dónde sacaríamos tanta plata para edificar ese salón? Además, se aproximaba un gasto nuevamente... En la primera semana del mes de octubre viajaríamos a Cafayate, con el objetivo de participar en un nuevo certamen de danza.

—Che, pá...— lo interrumpí de repente.

—¿Sí?— me dijo levantando la vista del papel.

—¿Nos alcanza la plata para hacer algo así?

—Con lo que nos sobra cada mes gracias a las ganancias de los trabajos de tu mamá y míos, como así también los ingresos por los alquileres de los distintos inmuebles, sí podemos hacerlo. Tardará un buen tiempo, eso dalo por hecho, pero como te dije: lo podemos ir haciendo paralelamente a medida que vas terminando de cursar los dos años del colegio que te faltan.

—¿Puedo saber cuánta es la plata que sobra por mes?— pregunté metiéndome más en el tema de arqueo de dinero.

—Cerca de \$2000 es lo que nos queda por mes; es el monto que este año está siendo invertido, más o menos, en cada uno de tus viajes.

—Ah, ¿y eso está bien? O sea, ¿cuánto gastaríamos? ¿Qué es lo primero que debemos comprar para la construcción?— me sentí eufórica.

—¡Ojo Maryam! Pues esto no será un gasto, ¡será una inversión! Como lo está siendo cada viaje que hacemos por mes. Recordá siempre que no es lo mismo la acción de gastar el dinero que el hecho de invertirlo— me aclaró— En cuanto a qué debemos comprar primero, antes que nada hay que averiguar con un oficial albañil el presupuesto de todo, incluyendo materiales, mano de obra, tiempo, etc.

—Aaaaaah...— asentí con la cabeza como por décima vez.

Mi papá se fue absorbiendo mucho en el tema... Pensaba... bajaba reiteradas veces la mirada hacia su proyecto... comprobaba los números en la calculadora una y otra vez...

Interrumpí sus cálculos al comentar:

– ¡Me muero ya por tener los espejos para bailar!

– Uf... ¡eso será lo último en comprar y colocar!

– Wow... ¿En serio?

– ¡¡¡Sí Mary!!! ¡Eso es lo último! Como cuando comprás una casa... luego de adquirirla recién le vas poniendo los muebles.

¡Qué inocencia, inexperiencia e ignorancia la mía! Era por demás lógico todo aquello. ¡Obvio que los espejos serían lo último!

– Entonces... ¿qué será lo primero que compraremos?

– ¡¡¡Los ladrillos serán lo primero!!! – me exclamó.

– Mmm... ladrillos... ¡Qué bien!

Aquella noche me fui a dormir un poco tarde porque me quedé bastante tiempo en la cocina hablando con mi papá... ¡mi ingeniero! Sin embargo, al estar ya en la cama, no cerré los ojos tan fácilmente como cualquier otra noche. Mi cerebro y sus pensamientos, causa y consecuencia de lo que estaba sintiendo mi corazón, empezó a imaginar... a idear... a proyectar... cómo se vería en la realidad ese salón de 33,15 m² en el jardín. ¿Quién lo diría no? ¡Mi propia academia de danza árabe a tan sólo unos pasos de la casa!

Cada examen de Verónica a fin de año era el escalón que me permitía acercarme a esa palabra: “profesora”... Y siendo exacta, en menos de tres meses tendría un título en manos, dándole fuerza a esa misma palabra. Palabra que me permitía soñar al imaginarme con alumnas en eso que sería mi propia academia. ¡¡¡Qué felicidad!!!

Ladrillos y más ladrillos... ¡sólo ladrillos! Irremediablemente esa noche en mi almohada soñé con miles de bloques naranjas, que serían los medios posibles para la anhelada construcción del que era el mayor deseo de toda mi vida. Y aún no creía que ese sueño estuviese ahí... tan cerca de mí.

CAPÍTULO 26

“Viajando a Cafayate”

— Recuerden que para el viernes deben presentar este trabajo práctico sobre “El Holocausto” — concluyó el profesor de Historia al sonar el timbre del segundo recreo.

— Disculpe profe — me acerqué a su banco — Yo no podré entregarlo el viernes porque estaré de viaje.

— Uy... ¿a dónde viajas Maryam? — me preguntó cordialmente.

— Me voy a Cafayate para participar en un certamen de danza. Vuelvo el domingo, pero aun así ¿cómo hago con el trabajo que debo presentar?

— Traelo para el miércoles entonces. No tengo clases con ustedes, pero buscame en el aula de segundo año, allí estaré.

— El miércoles... ¿este miércoles? ¿O sea pasado mañana? — me sorprendí al dar por hecho que presentaría el trabajo antes de la fecha estipulada.

— ¡Sí! Para este miércoles Maryam.

— Está bien — asentí con la cabeza, mientras interiormente empecé a sentir un malestar al comprender que sólo por viajar, con el objetivo de aprender y crecer un poco más en la danza, las responsabilidades escolares se adelantaban injustamente.

Tal como lo habíamos convenido por mi falta de tiempo, mi mamá elaboró aquel trabajo práctico referente a “El Holocausto”. El día anterior a presentarlo, martes, recién pude sentarme tranquila y transcribir con mi propia mano lo que ella resumió. Desde mi punto de vista, seguía sin creer que ciertos hábitos estuviesen cambiando a causa de la danza. Ni Andrea, a quien consideraba mi amiga, sabía que en Matemática los ejercicios y los trabajos eran hechos por mi papá.

Y así como no creía en aquello, ese mismísimo lunes en clase de danza no pude creer la expresión de Verónica frente a mis palabras; la mirada en su rostro estaba siendo tan extraña y tan diferente en los últimos meses...

— Vero, el viernes no vendré a la clase del Ballet ni a esta clase. Estoy por viajar — tuve que cortar mis palabras pues las suyas me interrumpieron.

— ¡Maryam! ¿Por qué? — me preguntó indignada.

— Eso te estaba por explicar justamente — le repetí — No voy a venir porque estoy por viajar a Cafayate, a un certamen.

— Ah, bueno.

¿Había sido mi parecer o realmente fue cortante conmigo al decirme sólo eso?

— ¿No me podés tomar las coreografías? Hay dos que son nuevas gracias a los elementos que compré en Córdoba.

— ¿Qué elementos? — me preguntó con un gran asombro en su mirada.

— ¡¡¡Los elementos que te mostré al regresar de ese viaje en agosto!!! El velo de seda naranja, los ribbon veil y el gran aro de seda violeta.

Percibí que fue de lo más extraño que Vero no se acordara de lo que le compartí hace menos de dos meses con respecto a esos elementos. ¿En serio no los recordaba? ¿O es que no le importaba recordarlos porque venían de mí... de Maryam?

— Ah, sí. Los elementos... — expresó perdidamente.

Al intentar que sus palabras concordasen con las mías, provocó que su propia mirada delatara el falso comentario que acababa de pronunciar.

— No importa si no recordás — le dije desilusionada — ¿Aunque sea no podés revisarme las coreos?

Me miró como si lo que le estaba pidiendo fuese un favor que no correspondía pedirselo.

— Por favor Vero... — agregué — ... ¡necesito que controlés mis errores y que me hagás saber en qué puedo mejorar!

— Vení el miércoles media hora antes de la clase del Ballet y luego te quedás hasta finalizar la hora.

— ¡Dale! Gracias Vero... ¡¡¡gracias!!!

No obstante, ese miércoles mi profesora me hizo sentir que definitivamente algo le andaba pasando conmigo. A las cuatro de la tarde estuve en el salón del club para mi ensayo de corrección y supervisión, pero ella llegó ¡pasada las cuatro y media!

— ¡Mary! — me saludó al verme sentada con los brazos cruzados junto a las colchonetas — ¿Qué pasó? Viniste muy temprano al parecer.

¿De verdad me lo estaba preguntando? No sé cómo contuve mi bronca y fui capaz de pronunciar palabras suaves y sencillas ante el olvido de su parte que estaba presenciando.

— Pero Vero, ¡me dijiste que venga a las cuatro para que podás ver las coreos que presentaré en el certamen de Cafayate!

— Ay Mary... ¡mil disculpas mi reina! Me re olvidé de que te cité antes para tu ensayo. ¡¡¡Perdón!!! — fue lo último que me dijo pues Eliana y Anahí acababan de llegar, interrumpiendo nuestra fenomenal charla entre profesora y alumna.

Y como si fuese demasiado, tras saludarla a Anahí, abrió su bolso y sacó de él un pendrive.

—Aquí está tu pendrive, Anahí— expresó entregándoselo— ya me encargué de pasarte las músicas que me dijiste que querías.

—¡Claro! Se olvida de mí... de mi hora de ensayo... pero no se olvida de regalarle músicas a Anahí— pensé embroncada.

Como mencioné, el viernes viajaba, así que fue imposible que Vero, con su impuntualidad, revisara las dos coreografías nuevas que eran creaciones mías. Sinceramente, sin darme cuenta, desde hace tiempo que yo misma me estaba marcando las coreos para mis participaciones en certámenes. No sé en qué momento ni cómo había ocurrido todo aquello, sin embargo yo la seguía mencionando a ella como “maestra preparadora” en todas las coreografías que presentaba.

—Ah, ¡no!— recordé— Empecé a ocuparme yo sola de marcar coreos desde que tuve que pagarle a Verónica \$100 para que me creara una coreografía con los abanicos de seda para mi primer viaje a Tucumán, en el mes de abril, cuando ocurrió que tuve que terminar de marcarla yo sola y a último momento, aun habiéndole abonado lo que me pidió, porque ella no pudo terminar de creármela a tiempo.

El día esperado por mi enorme y bella pasión, llegó. Partimos a las ocho de la mañana y como de costumbre, en la *Kangoo*. Nuevamente sólo fueron mi papá y mi mamá; Micaela y Gabriel, con el calor que empezaba a surgir en el mes de octubre, prefirieron quedarse en casa.

—¡Atento! que debemos ir por la Ruta Nacional 68— le avisó mi mamá al chofer, no bien ingresamos a la carretera.

—Ay mi papá...— sentí en mi interior— Claro está, además de ser mi padre, es también mi chofer en cada viaje que llevamos a cabo mes a mes, es mi ayudante en Matemática con los ejercicios del colegio, es mi ingeniero al planificar cada detalle para la construcción del mayor sueño de toda mi vida, es mi... mi... es... es un ángel enviado por Dios a mi vida desde hace quince años. ¡No tendrá alas pero tiene un inmenso corazón! y es eso mismo lo que más vale.

—Maryam— me expresó mi mamá al sacarme de mi precioso sueño de palabras— este viaje nos parecerá de lo más corto en tiempo.

—¿Por qué? ¿Cuántos kilómetros son?

—¡Apenas son 183!

—¡¡¡Wow!!! Entonces sí que será reducido el viaje esta vez.

—La verdad que sí, ¡muy reducido!— apoyó mi papá— El viaje anterior, el de Villa Carlos Paz, fue de 913 *km*. ¡Una locura lo que hemos

viajado en el mes de agosto!

— ¡Pero valió completamente la pena por el deseo de conocer a mi ídola! Ahora, el recorrido de éste, no se asemeja en nada... es un simple departamento de la provincia de Salta — concluí.

— ¡No es tan simple como pensás, Mary! — me advirtió mi papá — Cuando menos lo esperés, el camino resultará un paraíso por sí mismo. ¿O no es así mi vida?

— Así es — respondió mi mamá a su pregunta.

Mi papá, al parecer, se inspiró de repente.

— Es increíblemente hermoso todo lo que verás; te lo digo yo que ya conozco Cafayate. Es como si el viento se encargase de moldear las montañas a su antojo... Los colores son diversos e incontables... ¡Una divina creación de Dios Padre Celestial!

A la par de divertirnos con la música en la *Kangoo*, nos detuvimos por unos minutos al costado de la ruta, en la banquina. Bebimos *Pepsi* fresca y disfrutamos de un paquete de galletas *OREO*. Percibí que la ruta se encontraba completamente vacía... ¡sumamente desolada! Entonces se me ocurrió una pequeña aventura al buscar en mi bolso la cámara digital.

— Pá, vení... — dije luego de bajar de la *Kangoo*.

— ¿A dónde vas mi tesoro?

— ¡¡¡Vení... vení!!! — me divertí exclamándole sin ser coherente. No obstante, él había hecho exactamente lo mismo conmigo el día domingo, cuando me informó lo que planeaba construir en el jardín.

Antes de dirigirme caminando hacia la carretera, me aseguré de que no pasara ningún vehículo en los próximos minutos. Corrí prácticamente al mismísimo centro de la ruta y...

— Sacame una foto acá, ¡por favor! — le vociferé.

— Ay Maryam ¡cuidado! — exclamó — A ver... que sea rápido — me dijo ya sosteniendo la cámara entre sus manos.

Velozmente me agaché para sentirme cómoda en cuclillas, apoyé los codos sobre mis rodillas y, a su vez, mis mejillas sobre las palmas de las manos. Miré fijamente hacia la lente de la cámara. Sentí que más o menos es así como cada viaje me permitía ver mis metas: señaladas al final de una larga travesía. Y caminar feliz y segura, sin miedos, posibilita percibir las en la realidad al poner en marcha ese recorrido.

Aprovechamos para sacar otras fotos junto a los bellos colores de las montañas que ya se hacían notar en la ruta hacia Cafayate. A los pocos minutos, continuamos viaje. No obstante debo admitir que tal como había expresado mi papá, así se manifestó el paisaje. Disfrutar de la

creación fue imborrable...

La Quebrada del Río de las Conchas comenzó a mostrarse de gran manera. A medida que el camino empieza a angostarse y a encajonarse, la quebrada se vuelca a un lado y al otro. Allí se puede observar “La Garganta del Diablo”, el primer atractivo turístico. Se trata de un verdadero agujero en la pared de una montaña, que permite introducirse en él para contemplar una especie de caverna sin techo.

— ¡Es increíble el eco que hay aquí! — grité fascinada milésimas de segundos antes de escuchar un “aquiiii... iiiii”.

Transitando aun la ruta, siempre pavimentada, nos topamos con “El Anfiteatro”. Un lugar bellissimo donde el viento también logra traspasar la piedra formando un sitio único donde, desde la primera fila, es posible observar la magia de la naturaleza. Estas dos geoformas son de rocas sedimentarias rojizas. En la antigüedad, cuando este territorio era húmedo, las presentes formaciones tuvieron cascadas de agua dulce y la fuerza de flujo del agua erosionó la piedra. Y es eso mismo lo que actualmente asombra por su especial estructura.

Luego, la ruta parece abrirse paso entre las montañas, y el Río de la Conchas va ganando caudal a medida que se avanza. En sus aguas claras, que ni siquiera llegan al metro de profundidad, pude observar a unos traviesos niños pescar con sus redes algunos de los grandes sábalos que habitan el río.

“El Obelisco” fue el próximo accidente geográfico que me sorprendió a nuestro paso. Se trata de una pequeña montaña puntiaguda que tiene una altura no mayor a los cincuenta metros y que llama la atención por su punta erosionada: más o menos idéntica a la del Obelisco de la ciudad de Buenos Aires, pero con la característica particular de que este último no está tallado en piedra por la naturaleza.

Un poco más adelante, sobre la mano derecha, es posible observar cómo del otro lado del río se levantan unas enormes construcciones de piedra y terracota que semejan castillos medievales, con sus majestuosas aberturas. A sus pies, el río descansa plácido, al igual que las aguas que de manera circular protegían los alrededores de los castillos en la época medieval.

“El Sapo” es otra llamativa figura natural. Se trata de una piedra robusta y grotesca que desde cientos de metros llama la atención a todo automovilista. “Un sapo” es lo primero que se ve, sentado con sus patas hacia delante, con su gran boca y sus ojos desorbitados mirando hacia el cielo.

“El Hongo”, no tan llamativa como la figura anterior, muestra cómo

el viento y el agua se encargaron de lavar la piedra como si fuera una bocha y cómo su sustento terrenal adoptó la figura de un corto pero resistente tallo, como si se tratara de un jugoso y delicioso champiñón.

Siguiendo la ruta, se empezaron a mostrar “Las Ventanas”, prácticamente las últimas formaciones naturales que pudimos contemplar antes de arribar a la hermosa Cafayate.

— ¡Completamente increíble lo que acabamos de dejar atrás!

— ¿Viste Mary lo maravilloso que es? — rememoró mi mamá volteando desde su asiento para mirarme — Esas “ventanas” permiten ver desde sus aberturas los grandes médanos blancos salpicados por sus verdes viñedos.

Mientras nos dirigíamos al hotel, disfruté a través de la cámara digital cerca de cincuenta fotos, las cuales habíamos capturado durante el viaje. ¡Admito que me maravillaron semejantes creaciones naturales!

Poco después ya nos encontrábamos en nuestra habitación. Y prácticamente es como si hubiese dejado mi valija de trajes, mis bolsos y mi almohada viajera ¡abandonados sobre la cama! Pues al lado de ésta, una puerta corrediza de vidrio me invitó a ingresar a un mini jardín privado. Ignorando que había una barrica de roble testificando que Cafayate es famosa por sus viñedos, excelentes vinos y bodegas, me hipnotizó una mesita junto a dos asientos, de seguro de roble también. Me senté cómoda en uno de ellos, di un suspiro profundo y... por bajar la mirada involuntariamente hacia ¡mis zapatillas! arruiné el estado de inspiración que creí sentir allí en ese agradable jardín. Me reprendí a mí misma en mis pensamientos cómo haber sido capaz de ensuciar mi calzado con tanta arena rojiza. En fin, volví a levantar la mirada y a los segundos cerré los ojos.

— ¿Qué aprenderé en este viaje? Inexplicablemente siento que esas alas que hay en mí, seguirán creciendo... — me dije a mí misma — ¿Qué será lo que vivenciaré mañana sábado en el escenario?

Abrí los ojos. Un pequeño pájaro se posó sobre la barrica de roble. Lo observé sosegada y silenciosa. Ahí sí pude suspirar tranquila... Me formulé una última pregunta mientras levanté la cabeza hacia el cielo:

— ¿Qué se sentirá volar?

El día sábado llegó con un relumbrante sol. Me levanté de la cama cerca de las nueve y, al hacerlo, noté que en la cama matrimonial que tenía a unos metros de mí, dos seres se estrujaban.

— Ajam... — manifesté con mi garganta.

Los enamorados, poseedores de calientes corazones, seguían con los abrazos.

— ¡AJAM! — repetí.

Crucé mis brazos en señal de esperar su atención.

— ¡Mary! ¡Buen día! — me dijo mi papá.

— Sí... ¡BUEN DÍA!

— ¡BUEN DÍA! — me expresó nuevamente.

De repente, surgió en mí esa pícaro mirada.

— ¿Qué estaban haciendo?

— Nos abrazábamos — comentó mi mamá con una tremenda sonrisa.

— Claaaro... Hace tanto frío hoy que las personas del planeta Tierra necesitamos romper la baja temperatura con cálidos abrazos.

— Así es — me afirmé.

— Digámosle la verdad — se sinceró súbitamente mi papá — Queremos recordar cómo hicimos a Maryam hace ya casi dieciséis años.

Solté una risa, pero a los segundos intenté ocultarla con cordura.

— Está bien, no hay problema que deseen recordar cómo me hicieron. La cuestión está en que no lo recuerden ¡en mi propia presencia!

Más tarde, luego de almorzar un delicioso guiso de verduras, fuimos al Teatro en donde se efectuaría el certamen. Sin embargo, al llegar, mis papás y yo nos quedamos pasmados sobre la vereda ante lo que acabábamos de notar.

— ¡Está cerrado! ¡¡¡El Teatro está cerrado!!! — vociferé como queriendo recalcarles a ambos lo que ellos mismos ya veían.

— Qué extraño... — se lamentó repetidas veces mi ingeniero.

Mi mamá, al parecer no podía argumentar ni una palabra. Estaba boquiabierta y sorprendida.

— A ver... La llamo por celular a Mavi — concluí.

Rogando interiormente que la organizadora de aquel concurso atendiera mi llamada, me preocupé creyendo que quizás el evento se había suspendido. De haber sido así, ¿por qué nadie se tomó la molestia en comunicármelo? ¿Qué pasaría con las inscripciones ya abonadas?

Mi llamada hacia su móvil fue en vano, pues no me contestó; pero el escuchar el motor de un auto detenerse a mis espaldas, me obligó a darme vuelta sin que pudiera intentar nuevamente una llamada por celular.

— Maryam ¡qué bueno que te encuentre aquí!

Percibí que así como en la experiencia de La Cumbre en el mes de junio había sentido que se me volvía el alma al cuerpo en el instante que mi mamá me entregó el CD perdido, de la misma manera me sentía en ese instante al ver a la organizadora frente mío.

— ¡Mavi! — fue lo único que conseguí decir.

—Maryam, el certamen no se realizará en este Teatro. Hoy mismo me comunicó el dueño que no podrá alquilármelo. ¡Qué falta de seriedad!

“Uh... ¿y ahora?” me dije en mi interior. Quise replicar algunas palabras, pero Mavi siguió.

—Así que el evento será en el *Cine Teatro Municipal*, está prácticamente a la vuelta de esta manzana. A las 16:00 arrancamos ¿sí?

—Dale, está bien. Entonces nos vemos en una hora.

Me afirmó y volvió a subirse al auto. Un poco a las apuradas diría yo.

—Qué aflicción todo esto... — mencionó mi papá — Al parecer este Teatro — lo señaló — no respeta lo pactado.

— ¡¡¡Una total falta de seriedad!!! — se animó a decir mi mamá.

No bien pasada la hora estuvimos en el *Cine Teatro Municipal*, frente a la plaza principal. Ingresamos y divisamos que sólo estaba Mavi junto a dos de sus alumnas, bailarinas de danzas clásicas.

—Mis chicas me están ayudando con el equipo de música, ya que por lo visto el DJ no vendrá. ¡Y eso que le avisé hace más de una hora sobre el cambio repentino de lugar!

Observé hacia las butacas y claramente pude notar que las únicas personas sentadas allí estaban siendo ¡mi papá y mi mamá! A lo que la organizadora junto a sus alumnas, me explicaron:

— ¡Es la cuarta vez que organizo este certamen de danza aquí en Cafayate! Las veces anteriores, inclusive la primera vez que lo realicé, cada concurso ¡¡¡rebosó de artistas, de público y hasta de turistas que curioseaban mis carteles de propagandas!!!

—Mavi siempre lo llevó a cabo en el Teatro que está a la vuelta de esta calle — me contó una de las chicas.

—Y esta vez, misteriosamente, no dejaron que lo utilice cuando en un principio sí se lo alquilaron — completó la otra.

Me sorprendí mientras me contaron aquello. No obstante, no pensé que mi asombro se agrandararía.

—Mi marido, que de hecho se quedó en Salta, me avisó por teléfono que esta mañana leyó una noticia en el diario. En ese medio masivo se informa que en el día de la fecha, el certamen de danzas organizado por la profesora Mavi en Cafayate, se suspende.

—Mary decime, ¿qué clase de persona manda una noticia falsa al diario? — concluyó.

—Ay Mavi... — suspiré desconcertada — Me parece que la persona que mandó a publicar esa noticia ¡no tiene vida! Por eso pretende meterse en la tuya.

— Así parece ser. Y Mary, ni te cuento que ¡tus cinco coreografías están siendo las únicas inscripciones del certamen! Muchos bailarines quedaron en abonarme sus presentaciones durante la semana, incluso otros en pagarlas hoy mismo. La verdad ¡qué persona sin vida la que se molestó en hacer salir esa mentira por el diario! Por lo visto, sólo dos personas serán el público hoy. ¡¡¡Qué lamentable después del esfuerzo que uno realiza para montar un evento!!!

Me volteé y los vi a mis papás. Solía pensar que ya estaban acostumbrados a las largas horas de espera hasta que llegase mi momento de bailar; pero al ver sus caras de desorientados me confirmaron que su cansancio los empezaba a consumir.

— ¿Te devuelvo el dinero de tus inscripciones, querés? — me expresó Mavi.

— ¡No! — le exclamé luego de mirar las escaleritas del escenario que anhelaba subir — Yo vine a Cafayate a bailar, a vivir un sueño más en mi vida... Desde hace unos meses aprendí que los concursos son para ¡competir contra uno mismo! Perdón si parezco engreída, pero no me afectaría ser la única participante inscrita.

Quedó deslumbrada con mis palabras. Al ver a lo lejos cruzar por la puerta de entrada a las tres personas que integrarían la mesa del jurado, volvió a la realidad.

— ¡Acaba de llegar el jurado, Mary! Andá al vestuario a cambiarte — me murmuró con una sincera sonrisa.

Le hice señas a mi mamá para que viniera con la valija de trajes hasta mi presencia. Habrán pasado unos quince minutos quizás y una de las chicas, alumna de Mavi, me comunicó una importante información.

— Mary, hace un rato llegó un dúo de folclore, una pareja de tango y una profesora de flamenco. ¡En cinco minutos inicia el certamen! Vos arrancás con la primera coreografía.

— ¡Qué bueno! De hecho, ¡¡¡es genial!!!

— ¡¡¡Sí!!! — exclamó — Te aviso que vas a tener muy poquito tiempo para cambiarte de vestuario entre un baile y el otro, pero bueno... más no vas a poder hacer con lo que está ocurriendo en este certamen, que durará menos de una hora.

— ¡Tranquila! — me atiné a pronunciarle — Ya estoy acostumbrada a cambiarme sin tener calma a mi lado.

En el momento en que menos imaginé, ya me situé en ese nuevo escenario para mí...

Primero bailé con el par de flores en mi corpiño... junto a mi corazón. Había, como mucho, unos quince espectadores; los aplausos fueron casi

imperceptibles cuando acabé mi coreografía. Por otra parte, no le llevé importancia a los minutitos transcurridos hasta encontrarme sobre las tablas otra vez.

—¡Estoy bailando con el velo naranja que pude conseguir en Córdoba!— sentí decirme en mi interior— Y... esta coreografía... es de mi propia creación.

En tercer lugar bailé con el aro de la preciosa seda en degradé: violeta, fucsia y rojo. Al terminar esta expresión de movimientos, estando luego frente al espejo de uno de los vestuarios, recapitulé lo que estaba teniendo puesto en mi cuerpo: ¡la tela de paillette a cuadritos violetas comprada también en Córdoba! Aquel traje, diseñado por la misma persona que lo portaba y confeccionado por la modista, había sido un esplendor sobre el escenario.

Como cuarta y penúltima coreografía, bailé “Solo Drums”, la coreografía en la que consigo equilibrio sobre el derbake. Según mi papá, mi auténtico ingeniero, ésta ¡¡¡fue una presentación de alto impacto!!! aun ante ese reducido público... que, de hecho, no hacía otra cosa que observar sorprendidos lo que aquella bailarina de danzas árabes estaba haciendo.

Hasta que llegó aquel excepcional momento...

Bailé la última coreografía con el candelabro puesto sobre mi cabeza. Sin embargo, no la hice tal como solía ensayarla en el living de mi casa. No es que me haya olvidado algún paso... alguna secuencia... ¡¡¡no!!! Sólo que mientras la realicé, movimiento a movimiento, respiración tras respiración, cambié espontáneamente el final a la par de la música. No fue una improvisación, fue una INSPIRACIÓN. Ahí mismo, con golpes de cadera llenos de delicadeza y con prolongados brazos mostrándose hacia los costados, fui dirigiéndome suavemente en dirección a las escaleritas que, claro está, descendían hasta llegar al público... Bajé por esos escalones y la melodía de la propia música me provocó una expresión de una manera muy espontánea. Mientras las lucecitas mágicas de mi candelabro y el inexplicable brillo de mi traje dorado parecían encenderme, apoyé las manos sobre mi pecho con ambos puños cerrados... A los segundos, abrí mis manos y las alejé a la par de entregarles algo especial al público y al jurado... a la par de... entregarles mi corazón.

En ese mismísimo instante descubrí que existe una tercera acción que debe exponerse también cada vez que danzamos: COMPARTIR.

Muy feliz por lo vivido, ya colocándome mi remera, mi jean y mis zapatillas en el vestuario, logré profundizar lo que esa caderilla, ese

velo, ese derbake, esos trajes, esa valija... ¡esos viajes! se encargaban de enseñarme: DISFRUTAR, EXPRESAR y COMPARTIR. Las acciones que siempre deben estar presentes al bailar, y no sólo cuando se lo hace en un escenario... sino también cuando se lo hace en el más primordial e importante de todos: la propia vida.

Durante la noche fuimos a cenar en un restaurante que se encontraba frente a la plaza principal. Había mucho alboroto, tumulto y bullicio, ya que músicos amateurs cantarían sobre una tarima puesta en plena calle esa misma noche.

—Mary, terminá tranquila de beber tu licuado de banana y comer tus sándwiches de miga tostados y vamos a caminar... a pasear por ahí— me dijo mi papá.

—¡Dale! Me encanta respirar nuevos aires en cada viaje.

—Y... ¿qué me decís de las medallas? ¿Eso te gusta en cada viaje?— me consultó de repente.

—No, no me gusta. ¡Tampoco quiero decir que las desprecio!, detrás de cada una de ellas hay un recuerdo... Sólo me parece que el tener premios no me va a hacer ni mejor ni peor persona.

Mis propias palabras me recordaron las cuatro medallas de oro y la medalla de plata que recibí horas atrás, en el certamen. Ahí mismo percibí en mi corazón las enseñanzas aprendidas. Y una vez más llegué a la conclusión de que no puede existir mejor medalla para una bailarina que el saber disfrutar, expresar y compartir lo que se ama con todo el corazón.

Deambulamos por las veredas, a la par de divisar vidrieras de numerosos negocios. En un determinado momento me detuve en uno de ellos, pues se trataba de una tienda que vendía exclusivamente plantas artificiales. Ingresamos en ella y... ¿Quién diría que en aquel negocio de la localidad de Cafayate estaríamos a punto de adquirir el primer componente para la anhelada construcción de mi academia?

—Eh, ¡miren!— les exclamé a mi mamá y mi papá— Estas flores se parecen a las que utilizo para mi coreografía “Bailo con el corazón”.

—¡Tenés razón!— comentó mi mamá— Son tulipanes, al igual que las tuyas.

En los próximos minutos me entretuve viendo flores artificiales de muchas variedades. Todas ellas estaban colocadas con delicadeza dentro de distintas macetas y jarrones: claveles, lavandas, crisantemos, rosas, petunias, girasoles, violetas, margaritas, hortensias, orquídeas, etc.

—Mary, vení a ver lo que encontré— me expresó de repente mi papá al tocarme la espalda.

Lo seguí un par de pasos hasta detenerme frente a una repisa que sostenía plantas artificiales también, pero éstas eran colgantes.

— ¿Te gustaría que compremos unas cuantas para que las ubiquemos junto al estanque del jardín, sobre la pared?

— ¡¡¡Me encantaría!!!

— ¿Recordás que hace tiempo con Mica pusimos en la pared junto al estanque una enredadera, pero ahora sólo quedaron las ramas y el tronco?

— Sí... ¡claro que lo recuerdo! Y es inútil esperar que salgan más hojas otra vez, ya que los rayos del sol no pueden acceder, porque arriba está el toldo que cubre las mesas del asador.

— Exactamente Mary. ¿Compramos unas cuantas entonces? Me imagino y... pienso que cuando ya esté completamente edificada tu academia, se vería lindo que la entrada esté junto a unas lindas plantitas.

— Ese sector junto a las mesas sería la recepción, ¿verdad pá?

— ¡Eso mismo mi tesoro!

Tomamos diez plantas artificiales colgantes y, ya dirigiéndonos hacia la caja registradora para abonarlas, la mamá se nos interpuso.

— ¿Y eso? ¿Lo llevaremos?

— ¡Síiiii! — le exclamé — Van a ser para la recepción de mi academia.

— ¡¡QUÉ!? ¿Recepción? ¿Qué cosa?

Como solía suceder, ella no fue partícipe de aquella idea. De hecho, no era parte de los diseños y proyectos que surgían entre mi papá y yo. ¿POR QUÉ? Acaso, ¿verdaderamente no estaba queriendo construir un salón de danza en el jardín de nuestra casa? ¿Por qué seguía oponiéndose ante algo tan hermoso?

CAPÍTULO 27

“Plenamente enamorada”

Regresamos a Salta el domingo por la tarde. El día lunes no asistí al colegio; no le presté oídos a la alarma de mi celular. Cerca de las 11:00 me enteré que mis papás se habían dormido también.

— Si nos hubiésemos levantado a tiempo, nosotros te habríamos despertado — me explicaron.

¡Eso equivalía a una falta más! ¡Rayos! ¡¡¡Me estaba encaminando al precipicio, aun con la reincorporación!!!

Durante la tarde, al llegar a la clase del Ballet, Verónica, lo primero que dirigió hacia mí fue una severa pregunta. De hecho, ni me saludó.

— Maryam ¿por qué no viniste el viernes?

— Estuve en Cafayate. ¡¡¡Sí sabías Vero!!! — le recordé.

— Aaah, sí... — me dijo irónicamente — Cierto que me contaste que participarías en ese certamen.

— ¡Terminen de ponerse las caderillas y empezamos! — añadió de repente vociferando para todas.

La observé con cierto dolor en mi interior debido a cómo me había tratado hace tan solo segundos. Además, no se molestó en preguntarme cómo me había ido con respecto al viaje. Al menos me hubiese dado un espacio para que se lo contase sin que ella lo curioseé, pero, ¡ni siquiera eso! No quise ser obstinada con mis propios sentimientos, sin embargo me lo pregunté:

— ¿Por qué en las últimas semanas se anda comportando de esta manera tan descortés conmigo?

Me hubiese gustado, ¡más bien NECESITABA!, tener una conversación a solas con mi profesora. Para así poder hablar sobre nosotras... sobre ella... sobre mí... Tenía ¡tanto pero tanto que contarle!:

— ¡Vero! — le expresaría — Hace poco aprendí que las medallas y los trofeos no son el verdadero premio, porque eso hace empequeñecer la humildad que tanto decís que tenemos que tener como bailarinas. Entonces acá nace mi duda de por qué en la Academia, allá en el barrio, contra la pared y en las repisas ¡hay espacios bañados de enormes trofeos! También quiero decirte que desde hace meses, en cada uno de los viajes que estoy realizando, descubro y aprendo técnicas que desconocía. Esas enseñanzas no son en absoluto comparables con lo elemental y sencillo que vos siempre impartís en las clases para el último año del Profesorado. Además, antes de cada certamen, suelo conocer en los vestuarios a bailarinas de la misma edad que las chicas del Ballet

y sin conocernos de gran manera ¡me tratan mucho mejor que ellas! Cambiando de tema, mis papás me están diciendo que soy autocrítica porque me pongo a ver la filmación del show de mi fiesta de quince y luego la comparo con los últimos videos de las competencias, y yo misma me digo que ¡bailaba feo! Sé lo que significa “ser autocrítica”, pero no sé si eso está bien en la personalidad de una bailarina.

El hacer florecer esa infinidad de palabras en mi cabeza, luego de escuchar su “¡Terminen de ponerse las caderillas y empezamos!”, me provocó lágrimas en mis ojos. Allí mismo oculté ese lastimoso sentimiento, pues no quería verme en ridículo ante las chicas y ante mi profesora. Toda esa convulsión interior había sucedido a causa de aquellas palabras que surgieron en mis pensamientos... palabras que nunca tendría la oportunidad de compartírselas a Verónica en voz alta.

De igual manera, como no podía dejar de percatar los sentimientos de mi profesora hacia mí, ¡tampoco podía apartar de mis ojos percibir que alguien clavaba su mirada en mí en el aula del colegio!

Sin mencionar que, ¡¡¡había empezado a sentirme muy observada desde semanas antes de viajar a Cafayate!!!, aquel martes caí en la realidad de que mis ojos se encargaban de devolver esa mirada también.

Arturo... así se llamaba; era uno de los nuevos compañeros que se incorporó aquel año. Solía utilizar hasta el medio más insignificante con tal de entablar una charla conmigo. Aquel día en la hora de Filosofía, e incluso por medio de Andrea, logró ligarme.

Se acercó a nuestro banco y, dirigiéndose a mi amiga, dijo:

— ¿Me prestás tu corrector?

Lo miré de reojo, simulando recogerme el cabello, con tal de alzar mi vista para así poder observarlo, en lugar de estar leyendo el capítulo de la cartilla “¿Qué es la libertad?”.

— Sí. Tomá — le dijo Andrea entregándoselo.

Arturo lo agarró, se dio media vuelta y se fue. Le toqué el hombro a mi amiga y le pregunté:

— ¿El corrector? ¿Para qué quiere el corrector si estamos en el módulo de lectura?

No me respondió nada puesto que el amplio gesto en su mirada me indicó que me callara... que me diera vuelta.

Volteé mi cabeza y...

— ¡Pero qué tonto! ¡Me estaba olvidando de lo más importante! — expresó Arturo que acababa de acercarse a mi pupitre — Mary, te espero en el recreo, en el patio del fondo. Voy a estar en la banca. Tengo que

decirte algo... — finalizó.

— Está bien. Te veo en la banca — le repliqué mirando sus ojos. Sentí que guardaba en su interior diversos secretos.

Ahora fue Andrea quien me tocó el hombro.

— Ahí tenés la respuesta.

— ¿Qué? ¿Qué respuesta?

— Ay... la enamorada no sabe ni lo que le digo... ¡Lo que Arturo te acaba de decir es la respuesta a por qué se acercó a pedir prestado mi corrector!

— ¡¡¡No creo!!! Mirá, ahora lo debe estar utiliz...

Me di vuelta y, a unos cortos metros, desde su banco, me tiró un beso por los aires.

— No puede ser... No puede estar pasando...

— ¡¡¡Admitilo Mary!!! Así como Arturo está enamorado de vos, vos también estás enamorada de él.

Me ruboricé y le aseguré:

— Sí...

Ya en el recreo, si mal no lo recordaba, era la primera vez que no lo transcurriría con mi amiga. Fui hasta el patio del fondo y mientras caminaba hacia la banca ubicada contra la pared, al verlo a Arturo ahí sentado, sentí que las costillas se me quebrarían por lo fuerte que latía mi corazón.

Me detuve ante su presencia. Ante su bella presencia...

— Sentate a mi lado princesa — me dijo.

Sacó del bolsillo de su chomba un alfajor *Tatin* de chocolate. Y mientras me lo entregaba, expresó una ternura.

— Un detalle dulce para una dulce personita.

— Gracias — me encogí de hombros al recibir el alfajor.

Clavó su mirada sobre mis ojos. Tontamente interrumpí aquello al preguntarle:

— ¿Cómo sabés que es mi alfajor favorito?

— ¡Arturo tiene sus contactos! — me dijo riendo.

E inesperadamente expresó algo... algo que quizás desde hace mucho tiempo deseaba decirme.

— Maryam, sos una ladrona ¿lo sabés?

— ¿Ladrona? ¿A qué te referís? — le pregunté sorprendida recordando que ¡jamás en mi vida había robado nada!

— Sí... ¡sos una ladrona! ¡¡¡Te robaste mi corazón!!!

No es que mi cara se haya tornado como el color de un tomate al escuchar aquello, sólo que sentí un calor interior que su misma mirada

me produjo. Y sin darme cuenta, seguí ese insinuador romance con un cierto toque de simpatía.

— Mmm... ¿así que robé tu corazón? Debí hacerlo sin darme cuenta porque no recuerdo tener algo tuyo conmigo.

— ¿Segura? Tus ojos me dicen lo contrario...

Mi simpatía se esfumó de repente, dejándome perpleja y sin palabras, lo que dio lugar a que sus ojos se acercaran demasiado a los míos. En ese instante pensé que nuestros labios se acercarían más de lo normal, que daría el primer beso de mi vida con un chico estupendo y detallista; pero...

— ¡Me gustás mucho Mary! — me dijo aun mirándome fijamente a los ojos — ¡¡¡Me gustás muchísimo!!!

Le mostré una sincera y dulce sonrisa. Y a los segundos le expresé mis sentimientos, tal como él ya lo había hecho conmigo.

— Lo sé... Y yo... vos... — dije sin saber cómo decirle lo que sentía — Vos... me gustás también... Tu mirada me enamoró todo este tiempo.

— ¿En serio? — me preguntó sorprendido y al parecer sin creer todavía lo que había logrado conmigo.

— En serio — le asentí con la cabeza — Vos también te robaste mi corazón — concluí con suavidad.

En ese momento escuchamos el timbre, el comunicado que nos avisa la finalización del recreo para volver al curso.

Durante la tarde en casa, como fiel y noble hija que soy, le conté a mi papá y mi mamá más o menos lo que andaba ocurriendo con mi compañero llamado Arturo.

— Así que te gusta...

— Y así que te regaló un alfajor...

Me dijeron luego de relatarles lo sucedido.

— A la noche hablaremos con Gabriel. Ya sabés que me importa mucho la opinión de tu hermano con respecto a estos temas — comentó mi papá.

Cerca de las 20:00 Gabriel regresó de la Universidad, muy feliz puesto que ya hacía dos meses que había terminado de rendir todo el nivel polimodal en el *CEDSa*. En fin, se enteró de todo y, a la vez, yo me enteré de algo también...

— ¿¡Arturo!? Si es el Arturo que yo creo que es, jera mi compañero!

Por desgracia, confirmó sus palabras cuando les mostré una foto de él por medio de *Facebook*.

— ¡Sí! Fuimos compañeros en quinto y sexto grado, en la primaria.

¡¡¡NO LO PODÍA CREER!!! ¿Tan pequeño tenía que ser el mundo?

— Arturo es irresponsable, no estudia y es muy mal hablado — contó dirigiéndose a nuestros progenitores.

— ¿Qué? ¡No! ¡¡¡Nada que ver!!! — exclamé.

— Entonces, decime Mary: ¿cómo explicás que ahora está siendo compañero tuyo?

Me quedé callada, a lo que Gabriel continuó.

— ¡¡¡Arturo se quedó de curso!!!

— Ay mi Maryam querida — expresó mi papá — ¿Cuántas veces llevamos hablando de lo mismo? Permití que Dios haga brotar en tu bella vida a un chico gentil. ¿O acaso te parece que te otorgaría un chico irresponsable cuando vos sos exactamente lo contrario?

— Papá ¡¡¡¡¡no existe el chico perfecto!!!! — me animé a vociferarle.

— ¿Cuándo dije yo que quiero un novio perfecto para mi hija?

— Es que sí... ¡eso parece que querés! El año pasado no me diste una aceptación con Nahuel, este año tampoco me la diste con Facundo y ahora con Arturo ¡menos!

— Tesoro... ¡yo te quiero muchísimo! Y por eso mismo es que anhelo un excelente novio para vos, porque ¡vos sos excelente!

Bajé la mirada entendiendo lo que me acababa de decir.

— Haceme conocer a alguien como Santiago, el gran amigo de tu hermano, y ¡ni tendríamos esta discusión! — concluyó.

Me hubiese gustado hablar con Eliana una vez más sobre los enamoramientos de la vida... sobre los chicos... sobre el amor... Pero ella ya no estaba para mí. ¡La Eliana que me solía maquillar antes de bailar, ya no existía! Ahora sólo existía aquella Eliana que me blanqueaba los ojos desde que nuestra profesora me hizo ingresar al Ballet de la Academia.

Esa misma noche, no esperaba un apoyo y una comprensión de Micaela, mi propia hermana. Nos preparábamos para ir a dormir cuando surgió una conversación entre las dos.

— ¿Te gusta mucho Arturo no?

— Sí... ¡muchísimo! — le dije mientras extendía la sábana de mi cama.

En un santiamén, se levantó. Cerró la puerta de nuestra habitación, regresó a su cama y me dijo:

— ¿Y si te ponés de novia con él a las escondidas?

La miré sorprendida.

— ¿Qué? ¡No! Se lo estaría ocultando a la mamá y al papá.

— Yo lo hice varias veces — se animó a declarármelo.

— ¿De verdad Mica?

— Sí.

Tales habrán sido sus silencios con respecto a los chicos que, ¡ni yo

misma lo había intuido nunca!

—Si hago eso, solamente nos veríamos en el colegio. Porque si no ¿en qué otro lado nos podríamos encontrar sin que seamos descubiertos?

—Podés decirle que vas a salir al centro o al shopping con alguna de tus amigas, cuando en realidad te estarías encontrando con él— me aseguró.

Lo pensé claramente... Llegué a la conclusión de que un plan así marcharía bien.

—Me gusta la idea. Mañana voy a hablar con Andrea a ver qué sugiere ella.

—Dale, cualquier cosa contame ¡eh!

—Sí, ¡obvio!— le prometí— Buenas noches, Mica.

—Buenas noches, Mary.

Arturo no se sorprendió cuando le conté que mi hermano había sido su compañero en la primaria. De hecho, sí lo sabía. Supo desde un principio que soy la hermana de Gabriel, ya que “Dimín” no es un apellido frecuente. Como así también me hizo saber que recordaba claramente cuando me veía bailar árabe, con diez añitos, en el patio del colegio al que antes íbamos.

Le conté a Andrea el diálogo ocurrido en mi casa el día anterior. Apoyó lo que había sugerido mi hermana, dándome ánimos e incitándome a que empezara a salir con Arturo.

Y... así mismo sucedió... Sin embargo aún no ocurría el tan esperado beso, pues me sentía desconfiada, no entendía por qué.

Mas ese extraño temor acabó a los dos días, a la salida del colegio, cuando dejamos de simplemente “andar juntos” para verdaderamente empezar a estarlo. Ese día, viernes, nos besamos...

—Te amo— me susurró al oído.

Ahí mismo colocó sus manos sobre mi cintura, y se arrimó tanto a mí que supe lo que pasaría en el próximo segundo de nuestro existir. Nuestros labios se enfrentaron y cerré mis ojos. No hubo ni un milímetro de espacio que nos alejara en ese mismísimo instante. Ahí pude sentir que el AMOR se implantaba en mi alma... la elevaba y la inundaba... Descubrí que el sentimiento que se encontraba palpitando en mi interior eran cosas... cosas que, claro está, una niña no puede sentir.

CAPÍTULO 28

“Discusión y préstamo bancario”

—¡MARYAM! ¡QUÉ BUENO QUE VOLVISTE! ¡¡¡VENÍ POR FAVOR!!! — me vociferó mi papá desde la cocina.

Había regresado de la clase del Ballet. Acababa de ingresar a la casa cuando escuché aquella temible exclamación. Lo primero en surgir en mi cabeza fue:

— ¡¡¡No puede ser!!! ¡¡¡Micaela me desenmascaró!!! Les contó a los mayores sobre los abrazos, los besos y más aún ¡el noviazgo que estoy teniendo con Arturo!

¡Mi amor se acabaría por completo! ¡¡¡¡¡NOOOOOO!!!!!!

Entré a la cocina. Mi papá y mi mamá se encontraban sentados a la mesa. Sobre ésta había una calculadora, un papel escrito y una lapicera.

Si estaban a punto de encararme el noviazgo con Arturo, ¿por qué tenía que haber una calculadora?

— Vení Mary, por favor — me indicó mi papá que me sentara.

La miré a mi mamá. Su cara y, más aún su voz, delataban que ambos habían discutido. Mi papá me explicó:

— Hoy por la mañana estuve averiguando presupuestos para la construcción de tu academia. ¿Sabés cuánto nos cobrarían dos oficiales albañiles para hacer el salón?

Exhalé. No sabían absolutamente nada de que su hija menor estaba siendo la princesa de alguien.

— ¿Cuánto? — pregunté extrañada.

— \$150.000 ¡por lo menos!

— Chaaaa, ¿por qué tanto?

— “Es mucho labuuuro”, te dicen.

— A ver, yo no estoy metida en el tema — me animé a decir — y sin embargo me parece que construir cuatro paredes, un techo y un piso de madera para un salón de danza no es “mucho”. ¡Ni que fuese un edificio de veinte pisos! — terminé añadiendo.

— Por eso Mary, ¡yo mismo voy a ser el encargado de la obra! — me expresó mi papá — Nos saldrá muchísimo más barato en vez de contratar a un capataz que dirija a los albañiles y la propia obra.

— Pero... ¿se puede? ¿Vos podés?

— ¡Claro que sí Maryam! Por más que no me haya recibido de ingeniero, estudié esa carrera hasta el 5º año. Me bastará con contratar dos albañiles y pagarles por hora para que realicen el salón mientras yo los superviso.

Me miró con cariño y añadió:

— Aparte, mi tesoro, los proyectos en la vida no tienen punto de comparación cuando ¡uno mismo los realiza!, en lugar de pagarle a alguien para que haga todo el trabajo ¡sin ganas!, porque lo único que quieren es la plata.

Dirigió una mirada de aliento hacia mi mamá. Luego, siguió contándome:

— Hoy al mediodía, al regresar juntos después de buscarla en su trabajo, vinimos hablando sobre la posibilidad de que tus abuelos nos presten dinero para que ése sea el empujón, así arrancamos cuanto antes con la construcción de tu academia. ¿Qué te parece?

Tranquilamente recordé que mis abuelos le habían prestado a mi papá, años atrás, cierto monto de dinero, el cual permitió concretar la compra de la mismísima *Renault Kangoo* que poseemos. Con el transcurso de los meses, gracias a las ganancias de trabajo de mi mamá como así también por medio de un segundo empleo de mi papá, él se encargó de devolverles cada billete a sus propios suegros.

Recordé aquello, ya que tendría un coherente sentido recurrir a ellos para un nuevo préstamo. ¡No es que la familia Dimín sea mendiga! sólo que mis abuelos, con sus preciadas jubilaciones y, a la vez, preciados ahorros de toda la vida, tienen ciertos numeritos que ni mi papá ni mi mamá jamás tuvieron.

— Me gusta la idea — le dije asintiendo con la cabeza — ¿A quién se le ocurrió?

— ¡A mí! ¿O acaso pensás que la mamá tuvo la chispa de esta idea?

— ¡No! De haber sido así, no sería creíble — le expresé riendo.

— ¡¡¡Decile cuánta plata les pensás pedir!!! — se nos interpuso la mamá, enojada.

— \$50.000

— Es lo que calculé. Con ese monto andaríamos bien teniendo a dos albañiles trabajando — amplió mi papá.

— ¡Perfecto entonces! — pronuncié con alegría.

Mi mamá nos observó con desamparo.

— ¿Qué les vas a decir a mis papás?

— Obviamente ¡¡¡la verdad!!! ¿Qué más podría decir? — le expresé con seguridad mi papá — Les describiré con claridad lo que tenemos planeado edificar en nuestro jardín: la academia de danza para Maryam. De ahí saldrá la cuestión de dinero y le pregunt...

— ¿Vos les vas a decir algo? — cuestionó hacia mí, enojada — Vas a tener que hablarles también porque si no los abuelos deducirán que

todo este proyecto no es más que una decisión de tu papá.

Recapitulé y... ¡LA IDEA FUE JUSTAMENTE DE MI PAPÁ! Sin embargo, aquel proyecto de construir mi anhelado futuro tras unos ladrillos, logró encantarme y alegrarme profundamente el corazón. No pude omitir en mi interior las palabras de obstáculo que manifestaron Micaela y Gabriel, como así también las de mi mamá.

— ¡Sí! Yo... les voy a hablar también... — expresé.

Mi ingeniero, dirigiéndose hacia mí, dijo:

— Ahora a la noche, después de árabe, no vendrás en colectivo. La mamá y yo te pasaremos a buscar en la *Kangoo* y de ahí iremos a la casa de tus abuelos.

— ¡¡¡Genial!!!

Mientras tanto, mi mamá se levantó y se fue. Típico en ella: abandonar una importante charla de familia. Yo también me levanté, pero no me fui.

Me acerqué a mi papá. Miré sus ojos y claramente pude notar en su mirada un incondicional apoyo.

— Gracias papi... ¡¡¡GRACIAS!!! ¡Sé que todo esto será hermoso!

Me compartió una sonrisa. Una sonrisa que, quizá, mostraba el rayo de esperanza que andaba necesitando de por lo menos una persona de esa casa.

Me preparé un café con leche y en lo que esperé a que se enfriase un poco, fui hasta el supermercado de al lado de mi casa a comprar un paquete de *Pepitos*. A los pocos minutos, luego de consumir mi merienda, me dirigí hasta la esquina de la cuadra con el objetivo de tomar el colectivo para ir a la clase de danza. Compartir aquellas clases junto a Rosario, Daniela y las pequeñas Luciana y Yamila ¡me encantaban!

Pasadas las 20:00, mis papás me fueron a buscar, tal como habíamos acordado. Nos encontrábamos listos para dirigirnos a la casa de mis abuelos y así poder hablar con ellos.

En un breve lapso, llegamos. Cerré con un leve golpe la puerta corredera de la *Kangoo*, luego de haber bajado de ella. Caminé por la vereda hasta llegar al umbral de la puerta y oprimí el timbre, lo que dio paso a que mis abuelos nos hicieran entrar. Los saludamos y nos dirigimos hasta el fondo, hacia el quincho; suelen pasar la mayor parte del día en aquel lugar.

— ¿Qué andan haciendo? — preguntó mi abuela dirigiéndose a mi mamá y a mí.

Noté que lo desatendía a mi papá. ¿Por qué la mayoría de las veces ocurre eso?

— Acabo de volver de árabe — comenté — Después tengo que volver a la casa, así termino mis tareas del colegio.

— ¡Ay! ¡¡¡Debes estar hambrienta entonces!!! — me expresó mi abuela — Te pongo a calentar el guiso que nos quedó de hoy al mediodía, ¿quierés? ¿Te traigo *Fanta* o *Sprite*? Ah, cierto que también hay unos sándwiches de miga de *La Cabaña* — agregó.

Siempre la misma rutina... las mismas palabras ¡cada vez que la visitaba! Tal como ocurría cada domingo en que iba, la miré de reojo a mi mamá con la obvia intención de que ella tomase el habla.

— ¡No!, está bien. Ya vamos a ir a la casa a comer.

— ¡¡¡Abuelo!!! ¿Te podés sentar? — le exclamé al observar que se había levantado de la silla, de seguro para ir a comprar *hojas de coca* al kiosco del frente — ¡¡¡Tengo que hablarles de algo importante a los dos!!!

Mi abuela me miró pasmada. Mi abuelo se volvió a sentar, y allí aproveché el decirles:

— Como ustedes saben, la danza árabe es mi pasión. ¡Es lo que más amo en mi vida! — suspiré cargada de sentimientos — Y... hace poco más de una semana que... que... venimos ideando en const...

Dirigí la mirada hacia mi papá que, hasta todo aquel trance se encontraba muy callado... pensativo... respetuoso, para hacerle saber con mis ojos que necesitaba que él prosiguiera con la conversación.

— Venimos con la idea de construir un salón de danza en nuestro jardín. Ahí será su academia para que pueda enseñar a sus alumnas; ahora en diciembre se recibe de profesora.

Observé que mi abuela escuchaba con cierta aspereza sus palabras, mientras que mi abuelo, dándose media vuelta cambiaba los canales de televisión con el control remoto. Quizá fue una absurda imaginación o quizá verdaderamente fue un sentir extraño el que estaba percibiendo: “Nuestras palabras parecen incomodarles. ¿Acaso nuestra presencia es un estorbo para ellos?”.

Animándome a ir directo al grano, pronuncié:

— Si es posible, necesitaríamos que nos presten dinero para dar inicio a la construcción.

— ¡Era obvio! — exclamó mi abuelo todavía mirando la pantalla del televisor — ¡¡¡Ustedes quieren plata!!!

¡Me dolió lo que acababa de escuchar de su boca! ¿Acaso no prestó atención a mis palabras sobre tener un anhelo en la vida y no poder hacerlo realidad a causa del dinero?

— ¡No queremos dinero! ¡¡¡Nos hace falta!!! Existe una enorme

diferencia entre estos aspectos— dijo mi papá con honestidad— Construir una academia de danza es una inversión que perdurará para toda la vida. Piense que estamos hablando de un proyecto que será para ¡su propia nieta! ¿No se imagina la felicidad que obtendría?

— ¿Cuánto necesitarían? — comentó instantáneamente mi abuela.

— Con \$50.000 andaríamos bien.

Mis abuelos se observaron, a lo que ella añadió dirigiéndose a él:

— ¿Qué te parece?

— Y sí... a darles plata nomás.

Mi papá agregó con seriedad:

— Recuerde que esos \$50.000 serán un préstamo, como otros que nos suministró tiempo atrás. Bien terminemos de construir el salón de danza, su hija y yo empezaremos a devolverle ese mismo monto— añadió incluyéndola a la mamá.

— Sí... Más les vale— señaló mi abuelo.

— Pero ¡¡¡por supuesto!!! — exclamó con decisión mi ingeniero.

Ahí mismo acordamos en que al día siguiente, martes, mis papás me llevarían al colegio, así bien me dejaran a las 08:00 en el establecimiento, ellos ya se encargarían de ir con el abuelo hasta el *Banco Macro* para realizar la extracción del dinero desde su caja de ahorro.

Aquel mismo martes, no bien tuvo mi papá los \$50.000 en la mano, acompañada por mi mamá se encargó de sacar un aviso por *El Diario Chiquito* para encontrar en los próximos días albañiles a quienes poder seleccionar para la construcción. Además, le pareció oportuno ir comprando los artefactos para el baño, incluyendo las griferías; como así también ir encargando puertas y ventanas de diseño colonial, entre otros elementos. Todo lo que adquirió esa mañana fue luego de varias horas de estar averiguando y comparando precios en distintos negocios donde venden accesorios para sanitarios y corralones de materiales para la construcción.

Ese mediodía, al llegar a casa luego del colegio, no sé cómo no me disloqué la mandíbula ante tantas sonrisas. Suficiente había sido con acabar de compartir momentos junto a Arturo como para que, al pasar la puerta, mi presencia en el living se topase con un lavatorio de manos, un inodoro y un bidet, todos de marca *Ferrum*. Y en lo que solía ser la mesita ratona, puesto que parecía un aguantadero de materiales para construcción, observé unas cajitas de color azul que decían “Grifería de alta tecnología”. Y junto a éstas había una caja mucho más grande que describía: “TUBELECTRIC. Tubos y accesorios para instalaciones

eléctricas”. Husmeé por dentro y allí encontré doce spots de acero dorado para techo y un paquete que envolvía una manguera de 25 m.

– Bueno, esto parece una manguera. Supongo que no lo es. O sí... ¡Qué raro! – pensé.

– Ya estoy haciendo maravillas con \$50.000, ¿viste? – me dijo alguien a mis espaldas.

No tenía ni que pensar quién podría mencionar algo así.

– ¡Papi! ¿Ya compraste todo esto?

– ¡Sí mi tesoro! Luego de haber ido al *Banco Macro* con tu abuelo – me expresó – Y muy bien tu mamá ¡eh!, me acompañó toda la mañana. Y aproximándose a una de las cajas, me explicó:

– Estos doce accesorios son los marquitos que sujetarán las doce dicroicas halógenas, cada una individualmente.

– Pero acá dice “spot”, ¡me parece que es eso lo que son! Y no un “marquito”.

Me miró con simpatía.

– Es para que me entiendás, hijita querida.

– Está bien. ¿Y para qué es esta manguera? – pregunté señalándola. Se me rió.

– ¿Qué pasa? – lo callé.

Se siguió riendo.

– ¡¡¡No es una manguera tesoro!!! Es un tubo que sirve para proteger los cables que estarán en su interior, todo por arriba del machimbre, en el cielorraso.

– Entonces no es una manguera... – le dije riendo.

– No es una manguera... – me reafirmó.

Nos reímos juntos hasta que me avisó:

– ¡Vamos a la cocina! Ya está la comida.

Mi mamá y Micaela almorzaron con nosotros. Gabriel aún se encontraba en la Universidad; un poco más tarde llegaría, por lo tanto comería allá. Mientras saboreábamos unos deliciosos espaguetis con pollo, la amena charla continuó.

– En estos días nos harán llegar desde el corralón dos ventanas grandes y otras cuatro pequeñas – me dijo – ¡Ah! y también una puerta y otra de doble hoja. ¡¡¡Todas de estilo colonial!!!

– ¡¡¡¡¡¡¡¡Qué lindo!!!!!!!

– Y ahora a las tres de la tarde vendrá un camión cargando sesenta ladrillos huecos y cinco mil ladrillos macizos.

Sin poder creer lo que acababa de escuchar, exterioricé lo que pude...

– ¿Cinco... cinco... mil...? ¿¡Cinco mil ladrillos!?

Por poco, al asfixiarme con los fideos intentando tragarlos en mi garganta, definitivamente deduje que sí había estado haciendo MARAVILLAS con el dinero durante la mañana.

— ¡¡¡Sí!!!— me respondió— Mary, recordá que ya hablamos hace unas semanas y quedó en claro que lo primero que se compra son los ladrillos.

—Sí... sí... ¡lo recuerdo!— le dije con una inmensa sonrisa— ¡No me olvido jamás ese día domingo en el que hablamos tanto sobre la construcción!

A las 15:18 escuché el timbre. Lo acompañé a mi papá hasta el portón del jardín. Tal como lo había supuesto: ¡ERAN LOS LADRILLOS! Bueno, no es que los ladrillos presionaron el timbre de mi casa, ¡hubiese sido una lunática al ver unos bloques naranjas realizar una cosa semejante! Más bien, un camionero junto a dos de sus ayudantes fueron los que se encargaron de hacerlo sonar. Mientras que esos ladrillos, SÍ, AHORA SÍ ME ESTOY REFIRIENDO A LOS LADRILLOS, se encargaron de hacer algo aún mejor: empezar a marcarme la vida.

Fueron bajados cada tres o cada cuatro, dependiendo más que nada de cuánta fuerza tenían los empleados. Los apilaron en el centro del jardín, en la misma parte del terreno donde luego se elevarían las paredes del salón.

Cuando terminaron de bajar los 5.000 ladrillos macizos y los 60 ladrillos huecos, fui corriendo hacia mi casa. Me dirigí a mi habitación y agarré la cámara digital antes de precipitarme al jardín nuevamente. La encendí y, entre medio de las dos voluminosas hileras que los muchachos habían formado al apilar los ladrillos, empecé a sacarle fotos a todas esas bellezas naranjas. No fueron 5.000 fotos exactamente, ¡hubiera fundido la memoria de mi preciada cámara al realizar eso!, sin embargo tendría que haber sido esa cantidad. Ah, ¡¡¡no!!! ¡¡¡Corrección!!! ¡5.060 fotos tendrían que haber sido! ¿Por qué? Por la sencilla razón de que cada una de esas preciosidades anaranjadas estaban haciendo real el más grande sueño de mi vida: disponer de un espacio para enseñar a bailar.

Mientras me deslumbraba y maravillaba ver una y otra vez las veinte fotos que acababa de sacar, mi papá trató de minimizar, con la ayuda de la escoba, el polvillo de los ladrillos dispersos por el garaje y el caminito de cemento.

Súbitamente apareció mi mamá en el portón de entrada. Ingresó al jardín, puesto que acababa de llegar de su trabajo. Vio con suma claridad lo que aquel hombre se encontraba realizando con el socorro de la escoba.

— ¿Qué haces con la escoba que utilizamos para barrer las migas de la cocina? ¿No te das cuenta que la estás dejando sucia con esa tierra naranja? — lo retó.

No supe si reírme por la singularidad que acababa de escuchar o si quedarme callada ante su enorme malestar.

— Pero y ¿entonces? ¿Acaso no querés que barra el polvo que ocasionaron los empleados? Todo por las bajadas de los ladrillos desde el camión, siendo inevitables la nubosidad y las pisoteadas naranjas.

— ¡¡¡Sí... barré!!! — le vociferó mi mamá — ¡¡¡Pero no con esa escoba!!! Ahí mismo entró a la casa, más enojada de lo que ya estaba.

Me arrimé a mi papá y le pregunté:

— ¿Por qué es así la mamá? Encima que uno barre para que ella no lo haga ¡igual se enoja!

— No sé Mary, así es. Si no barrés, te pregunta “¿por qué no estás barriendo?”. Y si lo hacés, te dice “¿por qué estás barriendo?” ¡¿Al final?! — se desahogó mi papá.

— Te entiendo papi. Creeme, ¡yo te entiendo!

Transcurrió poco más de una hora cuando sonó el timbre otra vez. Mi mamá, que estaba dentro de la casa, lo escuchó. Nosotros, todavía en el jardín admirando la pronta construcción, charlando y aun ocupándonos de la limpieza, ni percatamos que había un señor al lado del portón.

— ¡¡¡Atiendan!!! — nos gritó desde la ventana del living — ¡¡¡Es para ustedes!!!

Quise pronunciar un “Gracias má por avisarnos”, pero ya se había ausentado. No me cansaré de decirlo: ¡típico en ella!

Aquel señor era el mismo camionero de hace rato. Ahora nos traía los fierros (barras longitudinales), ya que en la entrega anterior, notoriamente, no hubo más espacio en el camión para transportar ambas compras juntas.

Semejante a la bajada de ladrillos, sus muchachos se encargaron de descender aquellas barras longitudinales de 6,00 m de largo. A pedido de mi papá, las colocaron debajo de las mesas, prácticamente al lado del asador. Ahí mismo recordé que en ese lugar sería la recepción... la entrada hacia mi academia. ¡Qué barbaridad! ¡¡¡Soñar despierta no me costaba nada!!!

Los días fueron pasando... En el comedor de mi casa ya se encontraban las dos puertas y las seis ventanas. Asimismo ya habíamos comprado seis tirantes de madera de pino, de 6,00 m de largo cada uno. Estos

estaban ubicados temporalmente en el living, más o menos cerca del lavatorio de manos, el inodoro y el bidet.

Pero... ¡aún no encontrábamos dos buenos albañiles para edificar la obra! Ayudó muchísimo el anuncio en *El Diario Chiquito* buscando trabajadores, eso no se puede negar, sin embargo los albañiles que se apersonaron por nuestra casa no parecían ser de confianza.

Algunos revelaban apariencia de ¡acabar de salir de una borrachera!, otros, ¡efectivamente estaban borrachos! ¿Cómo podrían trabajar en ese estado de embriaguez? ¿Cómo se subirían a los andamios sin caerse debido a la inestabilidad que les dejaba como regalito el alcohol?

—¡No! Es imposible contratar gente así— me explicaba mi papá— Ya aparecerá el correcto... — mantenía la ilusión.

Asistieron por casa, obviamente luego de leer el aviso, unos tres o cuatro obreros más. Tenían una buena imagen... ¡eso me esperanzó! Y estuve segura de que a mi papá también. No obstante, no les interesaba tomar el trabajo al informarse que se les pagaría por hora, ya que ellos querían hacer un presupuesto con un pago adelantado del 50%.

¿ERA POSIBLE QUE ESTUVIESE PASANDO AQUELLA DESDICHITA? Ya teníamos los ladrillos y las barras longitudinales en nuestro jardín... Y los artefactos para el baño, los marquitos para las luces, las puertas, las ventanas, los tirantes de madera para el techo ¡almacenados en nuestra casa!

¿Cómo empezar a preparar nuestro “pastel” si nos estaba faltando la presencia de los pasteleros?

CAPÍTULO 29

“Arte en el colegio”

— ¡Preguntale vos al profe! — me dijo Andrea.

— Está bien, pero ¿qué le digo exactamente?

— Decile la verdad: ¡nos queda sólo una semana para la Muestra de Arte! Y que por eso tenemos que ensayar nuestro dúo unas últimas veces antes del gran día.

Como iniciativa del director, para fomentar el arte en el colegio, había propuesto hace unos tres o cuatro meses un interesante proyecto. Éste consistía en alquilar un pequeño Teatro de la ciudad y así permitirles a los alumnos y alumnas del establecimiento desplegar sus aptitudes artísticas y, a partir de ello, aunar la institución con los estudiantes y sus familias.

¡De más está decir que me había anotado en una presentación como bailarina solista! Y a los días, hablando con Andrea, me confesó lo mucho que me admiraba y la felicidad que sería para ella bailar conmigo.

— Yo bailaba árabe. Así que, bailar sé... ¡no bailo tan genial como vos! pero bueno...

— ¡Ay Andrea! Qué lindo saber que de alguna manera u otra la pasión por la danza árabe está presente en las dos.

— Entonces... ¿te parece si nos anotamos un dúo para la Muestra de Arte?

— ¡¡¡Sí!!! ¡Me fascina la idea! — le expresé a mi amiga.

Habíamos estado preparando la coreografía, cada día, durante los recreos. Llevábamos siempre los bastones de color plateado al colegio, ya que habíamos optado por bailar con ellos.

En fin, ¡quedaba tan sólo una semana! Y aquella mañana, en la hora de Historia, le habíamos consultado al profesor si podíamos ir al patio a ensayar. Bueno, más bien, yo me había encargado de consultarle...

Bajó la cabeza, me miró una y otra vez por arriba de sus anteojos, haciéndome sentir incómoda; hasta que me respondió:

— ¿Muestra de Arte?

— ¡Sí! La Muestra de Arte que está organizando el director desde hace meses.

— Mmm...

Me volteé para mirarla a Andrea y decirle con mis ojos que el profe de Historia, al parecer, no nos dejaría salir del aula.

— Vayan, pero no se demoren — finalizó de una buena vez.

— Está bien. ¡Muchas gracias profe!

Regresé al lugar de mi pupitre y agarré mis bastones que estaban apoyados encima. Mientras salía del curso no pude dejar de pensar qué pretendía transmitir el profesor, con la mirada por arriba de sus anteojos.

Andrea y yo, acompañadas por la música de la coreografía cargada en su celular, ensayamos nuestro dúo en el patio. Regresamos al aula después de unos quince minutos... quizá veinte. Y para “mala suerte” del profesor, apenas ingresamos con los bastones, justito se escuchó sonar el timbre del recreo.

Me enamoraba ese timbre... pues me permitía estar a solas con el chico que ¡me enamoraba! Entre besos y abrazos le pedí reiteradas veces a Arturo que dejase de ser impaciente. Pronto vería a su princesa bailar con un vestuario adecuado sobre el escenario.

Ese mismo día, pero durante la tarde, la alegría me comió viva...

— ¡Papá! ¡Tocaron el timbre! — grité desde mi escritorio, mientras terminaba mis tareas del colegio.

Nada. No me dijo nada. Ni siquiera escuché que se abriera la puerta del living, como para dar por hecho que ya se dirigía al portón.

— ¿Papá? — grité nuevamente.

Me levanté de la silla. Caminé hasta el living. Miré por la ventana y había un ser humano junto al portón... ¡Un ser humano! Tan embobada quedé desde aquella vez en la que me imaginé a los propios ladrillos hacer sonar el timbre, que ahora mis pensamientos eran por demás obvios.

— ¿Síiiiií? — vociferé desde la puerta, luego de apartarme de la ventana.

— ¡Qué tal! — me exclamó el ser humano desde el portón — Vengo por el aviso del diario que salió hace tres días. Quería saber si ya tomaron a alguien como albañ...

— ¡Espere un momento por favor! — interrumpí sus palabras atolondradamente.

Corrí por la casa con mucha euforia...

— ¡¡¡Papááá!!! ¡Es un albañilllllll! ¡Un albaññññil! ¡¡¡Papááááááááá!!!

¡Zas! Me choqué de sorpresa con él, al entrar en su habitación. El dichoso había estado durmiendo la siesta.

— ¡Maryam! ¡¡¡Hacé silencio!!! — escuché la voz de mi mamá enojada.

— ¿Qué pasa Mary? ¿Por qué tantos gritos? — me preguntó mi papá.

— Tocaron el timbre. ¡¡¡¡¡¡Es un albañil!!!!!! ¡¡¡Andá a atenderlo!!! — le expliqué exaltada.

— ¡Ay! ¡¡¡Me hubieras avisado!!!

Claro. Como si lo que menos estaba haciendo era eso...

— ¡Dale! Salí, salí— lo apuré.

Se vistió con velocidad. ¡Ni yo podía cambiarme así! Aunque, pensándolo bien, jamás tengo apuro para arreglarme. ¡¡¡Soy mujer!!!

Trotando fue hasta el jardín. Claro está, yo lo acompañé en todo momento. Él y el ser humano, de nombre Efraín, debatieron sobre la construcción. Estuvo de acuerdo con que le pagáramos \$20 la hora. Si se multiplica los \$20 por las 10 horas que trabajaría, recibiría \$200 por día; e hipotéticamente, si alguna jornada trabajase menos, la paga siempre sería acorde a las horas que trabajó. ¡Todo le pareció perfecto! Además, no tuvo inconvenientes en que no haya un oficial... un capataz... quien se haga cargo de la obra, ya que el propio dueño, mi papá, sería el encargado. Asimismo, Efraín le consultó si había alguna posibilidad de que su hijo Iván, de veintiún años, trabajase también.

— No hay problema. Estábamos queriendo con mi hija justamente dos albañiles.

— ¿Le parece si empezamos ahora? — preguntó Efraín — Voy a avisarle a Iván y traemos lo que usted diga que haga falta.

Mi papá, muy animado, no dudó ni un segundo de esas palabras.

— ¡Excelente! ¿Qué te parece Mary? — me expresó con una mirada convincente.

— ¡Me encanta! ¡¡¡No puedo esperar hasta verlos trabajar!!!

Obviamente, luego de que mi papá les habló sobre qué es lo que edificarían, cuáles serían las medidas exactas y demás, empezaron con el nivelado del terreno.

Antes de dirigirme a la parada del colectivo para irme a lo del Ballet, observé con atención lo que se hallaba y, a la vez, lo que estaba surgiendo en el jardín de nuestra casa... Un pico y una pala, un par de baldes, una carretilla y los infaltables andamios; estos últimos, por el momento, desarmados. Y la tierra que momento atrás desnivelaba el terreno, ya se estaba convirtiendo en pequeños montículos.

— Esto es el comienzo... el comienzo de algo grande... — me dije a mí misma — ¡Gracias Dios! ¡GRACIAS! — pronuncié en un murmullo mientras miré hacia el cielo.

Confieso que el espíritu ¡se me desbordaba de felicidad por el inicio de la construcción! Y tal era mi alegría que deseaba compartírsela a Verónica: ¡la persona que me hizo conocer la danza árabe! Pero al llegar a la clase del Ballet, no pude expresar lo que quería contar. ¿Por qué? Pues entre medio de las típicas blanqueadas de ojos y silencios que las

chicas me brindaban, no era posible exhibir mis sentimientos.

Sin embargo, a la nohcecita, estando en la otra clase, sucedió algo inesperado...

—Rosario, Daniela, Maryam, Yamila y Luciana...— nos expresó Vero— ella es Ariana, tiene diecinueve años, viene a probar la clase.

—Uy, ¡genial! ¡¡¡Compañera nueva!!!— clamó feliz Rosario.

A los pocos minutos, nuestra profesora colocó la música y comenzamos con la clase. Mientras bailábamos, noté lo bien que Ariana realizaba los pasos y movimientos. En un momento, cuando Vero fue hacia el equipo para buscar otro CD de música que poner, Rosario y Daniela se pusieron a charlar mientras que las pequeñas Yamila y Luciana hacían lo suyo también; en tanto Ariana se acercó a las colchonetas para sentarte junto a su bolso.

Aquella situación me hizo acordar ¡a mí! ¡¡¡Al día en que fui por primera vez a la clase del Ballet!!! Sabía muy bien lo que Ariana estaba sintiendo al no saber cómo, de alguna manera, integrarse al grupo. Me acerqué a ella y, con el pretexto de tomar agua de mi botellita que estaba al lado de las colchonetas, hice exactamente lo que me hubiese gustado que las chicas del Ballet hicieran conmigo.

—¿Vos ya bailabas antes no?— le pregunté luego de sentarme junto a ella.

—Sí, ya bailaba, desde chiquita que bailo, pero por una cosa u otra siempre terminaba dejando y recién ahora pude retomar tranquila.

—Lo supuse... Digo, porque ¡bailás muy lindo!

—¡Gracias! ¿Vos hace cuánto que bailás árabe?

—Hace seis años. Y ahora en diciembre me recibo de profesora— le conté con una sonrisa.

—¡Increíble! ¡¡¡Te felicito!!!

—Gracias— le dije poco antes de beber un sorbo de agua de mi botellita.

—Y supongo que en el futuro te gustaría enseñar, dar clases y tener alumnas ¿no?— me preguntó ya más animada con nuestra charla.

—Sí, ¡obvio que sí! ¡¡¡Ese es mi mayor sueño!!!— le exclamé— De hecho, mi academia está en construcción en estos momentos.

Me miró asombrada.

—¡Wow! Eso sí que es ponerle garras a un sueño.

Le seguí comentando que aquella construcción estaba siendo edificada en la parte delantera de mi casa, en el jardín. Como así también le conté que apenas tenía ¡quince años! Quedó admirada de mis metas en la vida, aun siendo tan chiquita de edad...

– ¡Eh! ¿Qué tanto hablan ustedes dos? – se nos acercaron Rosario y Daniela repentinamente.

Y al contarles todo, allí supieron ellas también el cambio que estaba ocurriendo en el jardín de mi casa. Se alegraron, me felicitaron y fantasearon en que cuando ya esté terminada nos juntaríamos cada fin de semana para bailar.

– ¡CHICAS! ¡Continuemos por favor! – vociferó Verónica.

– Ahí vamos... es que Mary nos estaba contando lo de su academia – pronunció con rapidez una de las pequeñas, arrebatándome las palabras que yo tendría que haber dicho.

Vero se nos acercó, pues todavía seguíamos sentadas en la colchona.

– ¿Qué cosa Mary? – me preguntó frunciendo sus cejas desconcertada.

– ¡¡¡Mi academia está en construcción!!! – le conté con alegría – La idea de mi papá es que termine los dos últimos años del colegio que me quedan y luego ya empezaría a dar clases. Obviamente, hasta tanto, ya estaría todo terminado.

Y mirándome como con disgusto, expresó:

– Qué bien... ¡qué lindo!

Apartó su vista de mí y, con superioridad, exclamó dirigiéndose hacia las demás:

– ¡¡¡Sigamos con la clase por favor!!!

Al otro día, sábado, la construcción siguió su rumbo.

– Hoy Iván y Efraín harán la excavación para los cimientos – me dijo mi papá.

– ¿Excavación para qué? – curioseé.

– Excavación para los cimientos. Son las estructuras que reciben todo el peso de una construcción y más adelante, en su interior, se ubicarán las columnas.

Le asentí con la cabeza mientras pensé “Qué interesante...”

Varias veces me acercaba a la ventana del living para observar cómo iban avanzando. De hecho, ¡era todo un desafío acercarse ahí!, ya que debía pasar junto a los tirantes de madera que estaban ocupando la mayor parte del piso en el living; como así también alzar una pierna por sobre el lavatorio de manos, apoyarla más allá y luego levantar la otra para poder cruzar. ¡Era un lío!

Quizás en eso mismo se basaban las molestias de mi mamá: muchos bultos y desórdenes en la casa. Sin mencionar que la suciedad de afuera iba aumentando de gran manera, logrando que sus renegadas

también aumentasen.

Luego de que los albañiles acabaron con los cimientos, dieron inicio a la preparación de las columnas con las barras longitudinales de 6,00 m de largo que habían estado junto al asador. Las amarraron con alambres N° 16 a los estribos. Mi papá fue quien se encargó de cortar con una cizalla cada barra de acero y doblarlas cuando se requería. Yo observaba, a través de la ventana, cómo trabajaba bajo el intenso calor de cada tarde, al igual que Efraín e Iván, realizando las elevadas columnas. Ya había transcurrido la semana y estábamos en viernes.

—Hoy, antes de que vayamos al *Cine Teatro Ópera* para la Muestra de Arte, pasaremos por el centro a comprar unas bolsas de plástico— comunicó mi papá.

—¿Bolsas de plásticos? ¿Para qué?— lo interrogó mi mamá.

—En estos días las columnas estarán listas para ser plantadas en los cimientos y, hasta tanto, se las debe proteger para que no se oxiden— añadió con seguridad.

Mi mamá miró el reloj colgado en la pared.

—Salimos a las 18:00.

—¡Maryam!— me gritó— ¿Escuchaste no? Nos vamos a las seis, debés estar lista.

—¿Por qué tan temprano si la Muestra es a las 19:00?— pregunté uniéndome a su charla.

—Tenemos que pasar a comprar unos plásticos para cubrir provisoriamente los hierros— me avisó mi papá.

—Ah— pronuncié— Está bien, entonces ya mismo comienzo a pintarme— les dije mientras corría para buscar mi estuche de maquillaje.

Tal como me anunciaron, a las 18:00 nos fuimos. Micaela nos acompañó mientras que Gabriel prefirió quedarse en casa a estudiar sus materias. Ya comprados aquellos plásticos negros y colocados en el baúl de la *Kangoo*, nos bajamos de ella luego de estacionarla en la vereda frente al *Cine Teatro Ópera*.

Al cruzar la calle, me di cuenta de que Andrea estaba en la puerta principal.

—¡Mary! ¿Por qué llegaste tan tarde?— me expresó con molestia, aunque su nerviosismo e inquietud ganaban al primer sentimiento.

—¿Tarde?, pero si estamos bien...— le dije aturdida.

—¡¡¡Son las siete y cuarto, Mary!!!

Busqué con rapidez mi celular en el bolso. ¡Wow! De verdad ya eran las 19:15. ¡¡¡Cuánto nos habíamos demorado en el centro!!!

—¿Qué pasó que llegaste tarde?— me insistió.

—Ay... después te cuento— le dije mientras tomé su brazo y la llevé

corriendo hasta los vestuarios. Acordamos en que yo la maquillaría, ya que debido a que hacía años que no bailaba, no sabía cómo pintarse.

El director, al recorrer los vestuarios, se mostró estresado. ¡¡¡Ya habían pasado cuarenta minutos desde la puntualidad que él prometió: 19:00 horas!!! La dificultad no estaba siendo la falta de compromiso de los estudiantes, ¡Andrea y yo ya nos encontrábamos completamente listas!, sino de los encargados de enchufar y acomodar sobre el escenario la batería, las guitarras eléctricas, la armónica, el bajo, la guitarra acústica y el teclado, banda que estaría a cargo de varios alumnos junto a dos profesores.

En un buen lapso de tiempo, la puesta en escena de los diferentes números artísticos se inició...

Se presentó la profesora de Psicología, docente de los turnos mañana y tarde. Siendo la encargada de anunciar por el micrófono el orden de cada actuación y sus protagonistas, comenzó presentando a una estudiante de un curso mayor que el mío, a punto de presentar una obra teatral unipersonal.

¡Y el siguiente número era el de nosotras! ¡¡¡Nuestro dúo!!!

— Mary... ¡gracias por esto! — me expresó Andrea a la par de brindarme un abrazo.

— ¡Gracias a vos!

— ¡¡¡Te quiero tanto hermana!!! — me dijo mientras la profesora concluía con las palabras de presentación.

¡¡¡El primer dúo de mi vida fue con ella... con Andrea... mi gran amiga!!! De hecho, fue una nueva experiencia. Pues compartir mutuamente la pasión y los sentimientos por la danza junto a otra bailarina, ¡es excepcional! Es muy diferente bailar un dúo acompañada por alguien a quien querés mucho, en lugar de bailar un solista.

Finalizó nuestro momento compartido de tanta pasión al escuchar los aplausos, que no hicieron otra cosa que llenarnos de alegría los corazones.

— ¡Te amo!, ¡te amo!, ¡te amo! ¡¡¡Salió hermosooooo!!! — me gritó Andrea con satisfacción, ya estando detrás de las bambalinas.

— ¡¡¡Lo sé!!! — le devolví el grito con euforia — ¡¡¡Y disfrutamos cada paso que es lo que más importa!!!

Nos abrazamos. Y cabe destacar que nuestros bastones plateados eran parte de ese abrazo también. Sin embargo algo... alguien... estaba faltando.

— ¿Lo viste a Arturo? — le pregunté.

— Antes de que vos vinieras, nos saludamos en la puerta — me contó — Pero ahora, mientras bailábamos, no lo vi en las butacas.

—Sí, yo tampoco lo vi.

—¡Pero está por ahí, Mary! ¡¡¡Quedate tranquila!!!

Me fui a cambiar para mi presentación como solista. El traje rojo se luciría esta vez, el mismo traje que estrené en el certamen del viaje a Tilcara junto a Eliana, el año pasado.

Se presentaron la banda de rock, un baile moderno de k-pop, la obra de teatro principal, un solista de danzas árabes por una alumna de otro curso, una cantante del turno tarde y... ¡llegó mi momento!

La profesora terminó de anunciarme. Las luces del escenario se hicieron tenues. Caminé y me ubiqué en su centro. Mientras esperaba que me pusieran la música, sentí surgir una tremenda felicidad por mis venas, puesto que en aquella coreografía haría algo impensado. Con excepción de mi papá, de mi mamá, de Micaela, de Andrea y del director del colegio, los centenares de personas que se hallaban en las butacas no estaban enterados de lo que, con anterioridad, planeé realizar.

Las luces del escenario se encendieron en su totalidad a la par de empezar a sonar la música...

Aproximadamente los primeros dos minutos de aquella música los bailé coreográficamente sobre el escenario; pero, cuando surgió una de las partes altas de la melodía junto a la voz de la cantante libanesa, ¡me dirigí con simpáticos gestos hacia las escaleras para situarme junto al público!

—¡Nooo! ¡Se olvidó!— escuché que alguien comentó entre las butacas, mientras yo bajaba por las escaleritas.

Me reí al oír aquello. ¡¡¡Pensaron que no recordaba lo que continuaba en la coreografía y por eso me bajaba avergonzada del escenario!!! Sin embargo, ¡ellos son los que se equivocaron! por no aludir a que el escenario de una bailarina es cualquier espacio donde pueda entregar su alma...

Tal como acordamos con el director y más aun con el personal a cargo de las luces del Teatro, al momento de bajar, el amplio sector de las butacas quedó colmado de luz.

Bailé por aquí, por allá... me alejé de una fila de butacas y me arriqué hacia otra... ¡transité los pasillos de todo el Teatro! Fue tan cerca mi observar hacia los espectadores, escuchar sus aplausos y percibir sus asombros y alegrías, que sentí cómo es capaz la danza de brindar felicidad a los demás sin ni siquiera estar ellos ¡bailando! ¿Acaso el que un artista comparta su felicidad permite que quienes lo están mirando sean felices también?

—¡LES ESTOY COMPARTIENDO MI ALEGRÍA! Qué sensación tan clave para ser feliz y para que el resto de las personas lo sean también—

percibí aun bailando cerquita de los asientos.

Poco antes de que la música acabara, hice graciosos gestos de que esperen... de que volvería a subir al escenario. Así lo hice y ya estando sobre las tablas otra vez, concluí mi sorpresa de coreografía con una sencilla pose final: muy al borde del escenario me agaché, luego apoyé ambas manos sobre mi corazón y las estiré en dirección al público.

El siguiente número artístico fue una simpática obra corta titulada “Cómo alegrar a un payaso”, protagonizada por los chicos del turno tarde, casualmente del mismo nivel que el mío. Al ser el último número de la noche, Andrea y yo nos ubicamos en uno de los pasillos, apoyadas en la pared para admirar tranquilas. Mi amiga contempló la obra, sin embargo yo no pude. Mi cabeza y mi corazón daban vueltas de aquí para allá...

—Lo que vivencié hoy en mi coreografía me hace acordar a lo que hice improvisadamente en Cafayate — rememoré — Pero lo que sentí en cada escenario fue diferente... ¡qué lindo!

Miré el público presente... profesores del colegio y quizá familiares y amigos de todos los alumnos que actuaron. Miré el escenario... ¡el de arriba y el de abajo! Al ver el de abajo, la codeé a Andrea y le dije:

—Voy a llorar...

No tuvo tiempo ni de preguntarme qué me pasaba, pues ya me brindó un abrazo.

—¡SOY FELIZ! — le dije de repente.

—¿Qué? — me preguntó como queriendo aclarar la obviedad que acababa de emitirme.

—¡Soy feliz! ¡¡¡La danza me hace muy feliz y más todavía si la comparto!!!

En ese instante, aquella obra corta de los alumnos disfrazados de payasos, finalizó. Luego de los aplausos, el director llamó a los estudiantes que participaron para que estén arriba del escenario junto a él. Pronunció a través del micrófono los agradecimientos hacia las familias, alumnos, profesores colaboradores, cuerpo docente de la institución, etc. Y allí, como cierre de la Muestra de Arte, una de las alumnas del turno tarde cantó a capela el *Himno Nacional Argentino*.

Al acabar, cuando la alumna quiso devolverle el micrófono al director, alguien se lo impidió. Ese alguien, ¡fui yo! No sé qué me pasó. Sólo sé que sentí esa inexplicable necesidad de decir algo. Me cedió el micrófono y se lo agradecí. Al notar que el cable era lo suficientemente largo, me animé a acercarme al borde del escenario.

—En primer lugar quiero darle las gracias a Dios. Porque me permite y me da los medios necesarios para que pueda bailar... ¡para que

pueda hacer lo que tanto amo! y ¡para que pueda compartirlo! — manifesté — Gracias también al director del colegio, porque nos brindó este espacio para que expresemos conjuntamente lo que es el arte — concluí al voltear y mirar a mis compañeros artistas.

Volví la mirada hacia el público. Allí divisé a mi papá y mi mamá.

— Mi último agradecimiento es a mis papás, porque me apoyan constantemente. Y más ahora que... — las lágrimas surgieron otra vez en mí — ... que... en el jardín de nuestra casa... — ¡no podía seguir hablando por culpa de las lágrimas! — ... está... está surgiendo mi... mi sueño...

Andrea se acercó por mis espaldas. Se apoderó del micrófono y exclamó:

— ¡Eh locos! ¡¡¡Mañana sábado es su cumpleaños!!!

Yo seguí llorando... De hecho, ¡me conmoví más de lo que ya estaba! Pues anticipar mis dieciséis años en un escenario y más aún por la manera tan única en la que estaba por festejarlo al día siguiente, ¡¡¡me hizo sentir súper híper mega feliz!!! Y sin creer que el público entero hiciese caso a lo que Andrea acababa de decir, todos pero absolutamente TODOS, se pusieron a cantarme el feliz cumpleaños.

¡¡¡QUÉ FELICIDAD BOMBEABA MI CORAZÓN HACIA MIS VENAS POR AQUELLA EDAD!!! Ay... si hubiese imaginado que dieciséis años de vida llegarían como una montaña rusa de emociones...

Ya la Muestra concretada, bajamos del escenario. En mi presencia, me topé con Arturo. Sí... ¡Arturo! Como por inercia de la vida, a unos metros de nosotros se estaban acercando mis papás y Micaela. Le transmití con velocidad una seria mirada y, comprendiendo lo que sucedía y lo que podría suceder, sólo me abrazó. Sin embargo, inevitablemente apoyó sus manos sobre mi espalda descubierta, entre la prendidura del corpiño y la pollera. Porque claro, ¡seguía con el traje rojo! Y todavía en ese abrazo tan nuestro, me dijo:

— Estuviste preciosa... ¡¡¡Sos preciosa!!!

Nos soltamos. Y antes de arrimarme a mi familia, con disimulo miré sus ojos.

— Te amo — le expresé al mover mis labios en un aire de silencio.

Me acerqué a Micaela. Nos abrazamos mientras aprovechó en desearme un feliz cumpleaños adelantado. Y ahí mismo, los abracé a mis progenitores.

— ¿Escuchaste lo que dije por el micrófono? — le consulté a mi papá.

— Sí mi tesoro. ¡¡¡Me sorprendiste!!! Qué puedo decirte que no sepás... ¡Sos una bella hija de Dios!

Me sentí incómoda con lo que acababa de decirme. Debido a que:

¿una hija de Dios le ocultaría a sus padres que está de novia con un compañero?

Como si estuviese presintiendo algo o como si estuviese leyendo mis pensamientos, argumentó:

— ¿Quién es el chico que te abrazó cuando bajaste del escenario?

— ¡Es Arturo! ¿No te acordás?

— ¿Es él? — se interpuso mi mamá — En la foto se veía distinto.

— Me voy a los vestuarios con Andrea, me cambio y vengo — les expresé con cierta inquietud.

— Dale Mary.

— Nosotros vamos calentando el motor de la *Kangoo*. ¡Acordate que estamos en la vereda del frente!

— ¡Sí! — les grité mientras corría con Andrea hasta uno de los vestuarios.

Mientras nos cambiábamos, Andrea me elogió lo bien que disimulé y oculté ante mis papás la relación con Arturo. Además, estábamos recordando lo excelente que bailamos nuestro dúo hasta que su celular nos interrumpió. Atendió la llamada. Yo seguía cambiándome.

— Mary, me voy — me expresó luego de haber guardado el celular — Mi novio acaba de salir de trabajar y está en la vereda esperándome.

— Dale, andá. ¡Nos vemos el lunes en el colegio! — expresé dándole un abrazo.

Me quedé sola en el vestuario. Y ya estando lista, agarré mi bolso con los trajes y mis bastones plateados. Al salir, noté que Arturo estaba apoyado en el respaldar de una de las butacas, sobre ella había un parlante. Percató que no estaba solo y se le dibujó una sonrisa en los labios.

— ¿Qué hacés? — le pregunté.

— Ayudo al director con el equipo y los parlantes. Me dijo que lo espere acá hasta que acerque su auto.

Me miró con esos ojos que lograban derretir los míos...

— ¿Vos qué hacés princesa?

— Estaba en el vestuario. Andrea se acaba de ir — le dije mientras apoyé mi mano en el respaldar de la butaca.

¡¡¡PARECIÓ DE PELÍCULA ESE MOMENTO!!! Pues para mi sorpresa, ¡su mano estaba apoyada ahí también! ¡¡¡¡De tonta!!!!! ¿Justo tenía que apoyar mi mano donde ya estaba la de él? Pero también, ¡qué bárbaro que dejen las luces del escenario encendidas y no las del sector del público! Ni una mosca, con las 2000 facetas que posee en sus ojos, ¡vería por dónde volar! ¡¡¡Qué actitud inhumana!!!

— Perdón — le dije.

Se rió mientras se me arrimó más de lo que ya estábamos. Fue inexcusable no besarlo en ese instante. De igual manera, tenía que recompensarlo de algún modo especial por haber aplastado su inculpable mano. Y... ¿qué mejor que un beso mientras mis manos se apoyaban en sus hombros? ¡Aquellas situaciones me encendían por dentro! ¡¡¡Ojalá existiesen palabras que me permitieran describir esos sentimientos!!!

—Me tengo que ir— le expresé de repente— Mis papás y mi hermana me están esperando afuera.

Con voz apenada, me dijo:

—Bueno princesa. Está bien.

Lo besé nuevamente sabiendo que de esa manera su ánimo se levantaría.

—¡Disfrutá de tu cumpleaños mañana!

—Gracias... — le musité.

Ahora la apenada estaba siendo yo, al dar por hecho que su bella presencia no podría estar con la mía compartiendo mis dieciséis años. Lo miré una última vez con mis ojos encendidos de amor, antes de darme vuelta y marcharme.

Ya caminando por los pasillos, precipitadamente me agarró mi mano... la misma mano que se ocupó de aplastar la suya momento atrás.

—Ahí voy a estar... — me afirmó con sencillez al tocar mi pecho— ... siempre estaré ahí— concluyó después de besarme.

Ya en casa, no me preocupé en guardar mi estuche de maquillaje, ya que lo necesitaría mañana sábado también.

Luego de bañarme y antes de dormir, mi hermana me entregó el programa impreso de los números artísticos que habían repartido en la Muestra de Arte. Lo guardé de recuerdo. De hecho ¡cómo no guardarlo! si las lágrimas me marcaron todo ese día. Además, en su portada tenía inscripta una muy linda frase de *Gabriel García Márquez*, escritor y periodista colombiano:

“El mundo está en las manos de aquellos que tienen el coraje de soñar y correr el riesgo de vivir sus sueños.”

Al leer aquella frase, fue como si mi cabeza y mi corazón debatieran entre sí...

—Coraje para soñar, ¡hay en abundancia!

—Correr el riesgo para vivir los sueños, eso... ¡está en apasionante crecimiento!

CAPÍTULO 30

“Celebrando mis dieciséis años en un escenario”

¡SÁBADO! ¡¡¡3 DE NOVIEMBRE!!! ¿A qué equivale la fecha? Sí, es el día de mi cumpleaños. Como así también, fue el día que estaba esperando desde hace poco más de un mes. Rotundamente, ¿qué posibilidades hay de que tu cumpleaños sea el mismo día de un certamen? ¿Es una casualidad de la vida? ¿Es suerte? ¿Es una bendición del Todopoderoso? Mmm... no estoy segura qué es; pero sí sé que recibir dieciséis años de vida mientras disfruto de lo que me apasiona, es ¡felicidad!

Me desperté cerca de las once. No ocurrió más que levantarme de la cama para ya recibir los cálidos abrazos de las cuatro personas de ese maravilloso hogar, en el que el mismo techo nos une. ¡¡¡Esos abrazos son el mejor regalo que recibo cada vez que un nuevo número se implanta en mi existir!!! Los de Micaela siempre a punto de asfixiarme, debido a tanta fuerza con el que me los da... Los de Gabriel repletos de cosquillas, siendo inevitable para él no hacérmelas... Los de mi mamá, cargados de mimo y dulzura... Y los de mi papá, llenos de fortaleza, apoyo y protección. Mientras cada uno de sus brazos se entrelazan en mi ser, ¡¡¡sé que no necesito nada más!!!

Al mediodía, almorzamos empanadas de queso, las cuales las elaboró mi mamá. Ya estaba siendo bastante festejar mi cumpleaños comiendo mi alimento favorito, como para que al momento del postre mi mamá hiciera surgir una vez más de sus manos otra deliciosa elaboración: cheesecake con jalea de frambuesa.

Luego de disfrutar la comida en familia, comencé con aquella rutina que tanto amo...

—Sombra de ojos gris, sombra de ojos negra, iluminador blanco, lápiz delineador de ojos, arqueador de pestañas, rimmel negro, delineador líquido negro, lápiz delineador de labios, labial rojo, purpurina plateada, pestañas postizas... ¡espejo! ¡¡¡VENGAN A MÍ!!! — solía decirme mes a mes antes de cada certamen. ¡Ni que los estuviese invocando!

Sin alardear, empezaba a maquillarme cada vez mejor. De alguna forma u otra, sentía una cierta confianza conmigo misma al momento de pintarme, delinear los ojos con un pulso más maduro, pegarme las pestañas postizas, etc. Quizás eso mismo es lo que escaseaba tiempo atrás a la hora de situarme frente a un espejo con el estuche de maquillaje en mano. Honestamente, es muy gratificante sentir que estás mejorando por cuenta propia en una cualidad tan indispensable e

importante para una bailarina.

A las 14:30, mi papá, mi mamá y yo nos situamos en la *Kangoo*. Nos dirigimos al *Estadio Polideportivo* de la ciudad. En el *Micro Estadio* transcurriría mi día, siendo el escenario la cancha de básquet.

Al llegar, me acerqué a leer las planillas pegadas con cinta adhesiva en el paredón de entrada. Éstas informaban el número de orden respectivo de cada participante. Al leer con cautela cada numeración, advertí que se presentarían más de cien coreografías de gimnasia aeróbica, cerca de veinte de jazz, unas treinta de hip hop, otras treinta de reggaetón y también veinte de danza árabe.

– Maestra preparadora: Verónica Cardozo / Participante: Maryam Dimín / Categoría: Juvenil / Obra: “Aro Angelical” / Número de orden: 11 – leí en una de las hileras de la hoja.

Buscando los otros bailes que realizaría, continué:

– Maestra preparadora: Verónica Cardozo / Participante: Maryam Dimín / Categoría: Juvenil / Obra: “Bailo con el Corazón” / Número de orden: 19.

– Maestra preparadora: Verónica Cardozo / Participante: Maryam Dimín / Categoría: Juvenil / Obra: “Solo Drums” / Número de orden: 26.

– Maestra preparadora: Verónica Cardozo / Participante: Maryam Dimín / Categoría: Juvenil / Obra: “Dulce Sentimiento” / Número de orden: 52.

Claro está, presentaría estas cuatro coreografías. A su vez, queriendo curiosear a qué academia pertenecían las otras presentaciones de danza árabe, alguien a mis espaldas me lo impidió.

– ¿Maryam? ¿Sos vos?

Me volteé. Y al advertir su presencia, confirmé su voz entre tanto tumulto y bullicio de gente.

– ¡¡¡¡¡Vero!!!!!!

– ¿Qué hacés acá?

– ¡Voy a participar del certamen! ¡¡¡Sí sabías!!! – le recordé con una enorme sonrisa.

– Ah, sí... – suspiró – Yo vine porque Angie va a bailar, ella también participará – me dijo evidenciando a la pequeña de ocho años que tenía sujeta de la mano a su lado.

Angie era alumna de Verónica también, sólo que no asistía a clases en el salón del club sino que iba al saloncito del barrio, donde era la sede de la Academia. De hecho, los padres de la pequeña Angie eran quienes le alquilaban a Vero aquel espacio para enseñar, pues era una

habitación de su propia casa que antes funcionaba como almacén.

— ¡Qué bueno! — pronuncié feliz — Esta vez no seré la única participante de la Academia. ¡¡¡Genial!!!

— Sí — se limitó a decirme.

Me arrimé a mi compañerita con el objetivo de saludarla. Luego, mirándola a mi profesora, expresé:

— Vero, voy a los vestuarios a ponerme el traje para bailar con el aro. ¡Estoy en el orden once!

— Bien — respondió.

— ¡Cierto! — me corregí — Antes debo entregarle al sonidista mis cuatro CDs.

— ¿Sabés dónde entregarlo? — me expresó Vero con asombro.

— ¡¡¡Sí!!! Claro que sé — le dije mientras recordaba cuántas veces había hecho esa rutina durante los últimos meses.

— ¡Rogá que no te los pierdan! A mí muchas veces me los perdieron.

— ¡Wow! ¿En serio? Gracias a Dios a mí siempre me los devolvieron. Creo que escribir tu nombre completo, tu categoría y el nombre de tu coreografía con microfibra sobre cada uno de los CDs, ¡ayuda mucho! — añadí con sencillez — Igual, el sonidista ya ayuda cuando los identifica, pegándoles en el sobre o en la cajita el papelito autoadhesivo con tu número de orden.

¡Verónica me miró pasmada! ¡¡¡Estupefacta!!!

— Emm... Vero... Me voy.

— Sí, andá.

Luego de entregarle mis cuatro CDs al DJ, ya estuve lista para bailar, no sin antes haber ingresado al vestuario a cambiarme, claro. Mi papá se me acercó para alcanzarme el aro de seda, entretanto una chica de gimnasia aeróbica ya estaba participando.

— Gracias pá — le expresé al agarrarlo.

En el segundo en que mis manos rozaron la tela que cuelga del aro, recordé mi inocente entusiasmo cuando adquirí aquel nuevo elemento en Córdoba, tres meses atrás. ¡Qué felicidad!

— Maryam, ¿qué número de orden es ése? — me interrogó Vero al acercarse junto a Angie.

— Es el nueve.

— Bien. ¡Que termine rápido así Angie baila!

— ¿Angie es el diez? — le pregunté.

— Sí, el diez. Y vos el once ¿o no?

— Así es.

— Hablando de números... — me atiné a comentar.

Verónica me miró desconcertada.

– ¡¡¡Hoy es mi cumpleaños!!!

– ¿En serio? – ¡Felicidades! – expresó con rapidez al darme un abrazo.

¡¡¡Ojalá hubiese sido posible detener el tiempo en ese mismísimo instante!!! Desde hace tiempo que necesitaba esa demostración de mi profesora, como para que a los pocos segundos sus brazos me soltaran.

– ¿Cuánto cumplís? – me preguntó de repente.

– Dieciséis – le respondí con una sonrisa.

– Ah, ¡claro! Cierto que el año pasado fueron tus quince.

Estuve a un vocablo de que mi boca le emitiera la felicidad que estaba consiguiendo gracias a su presencia; pero no pude expresárselo puesto que la chica de gimnasia aeróbica acabó con su presentación, cediendo el lugar para que Angie bailara su solista.

– ¡¡¡Brillá mi amor!!! – le exclamó Verónica al agacharse hacia la pequeña.

Se volteó hacia mí y me dijo:

– Maryam, me voy a verla desde las tribunas. Es obvio que vos te quedás acá porque el siguiente número ya es el tuyo.

– Sí Vero, me quedo acá.

Me quedé allí... en el lateral del *Micro Estadio*; unas banquetas delimitaban el espacio del “escenario” hacia ambos lados. Y hacia delante, se encontraba el jurado, un profesional por cada modalidad.

La vi bailar a Angie. Brilló con sus ocho años, solita en el excepcional espacio que era el escenario. Yo, a su edad, ¡ni conocía la danza! Comencé a experimentar la felicidad de subir a un escenario a los diez y, claro está, a los catorce fue cuando sentí que ahí mismo se halla la pasión en mi vida. ¡¡¡Cómo me hubiera gustado empezar a bailar de más niña!!! Tuve una infancia preciosa rodeada de mi familia, eso no lo puedo negar; sin embargo, si hubiese vivenciado la danza desde más pequeña, el motor de felicidad hubiera sido el doble... ¡¡¡o el triple!!!

Cuando su música terminó, Angie realizó su pose final. Y sin importar que estuviésemos tan cerca, no me cansé de brindarle mis aplausos.

En un santiamén, me nombraron por el micrófono. Noté que un espléndido público me miraba desde las tribunas, ya que esta vez no había bambalinas ni nada semejante que me encubriera. Traté de divisarla a Vero, pero entre tanta gente no pude.

Al bailar con el aro de seda, mi corazón recordó el formidable viajecito llevado a cabo el mes anterior, a la localidad de Cafayate. ¡En aquel certamen experimenté bailar con el aro de seda! Modestia

aparte, ¡¡¡la coreografía era creación mía!!! Qué recuerdos...

Al acabar, dirigiéndome nuevamente a uno de los vestuarios, Verónica se me precipitó de frente abruptamente.

— ¡Permiso!, ¡permiso Maryam! Dame lugar, debo ayudarla con el otro traje a Angie.

Me quedé quieta. Completamente inmóvil y asombrada.

— ¡Mary! — exclamó alguien a mis espaldas.

Noté que era mi mamá con el bolso, conteniendo éste mis otros tres trajes a utilizar.

— ¡Estuviste preciosa!

La miré con dulzura.

— ¡Vamos! ¿Ahora utilizás el traje fucsia no?

— Sí, el fucsia. En seguida bailo con las flores.

De camino al vestuario, seguimos hablando.

— ¡Qué bueno verla a Vero aquí!

— ¡Sí! — le asentí — Me hace sentir bien que mi profesora me vea bailar aunque se siente raro que me acompañe en un certamen.

Aunque bueno, en realidad la está acompañando a Angie — expresé confundida — pero de paso me ve a mí, no sé...

Ya vestida con el traje fucsia, me quedé frente al espejo del lavabo. Le estaba haciendo retoques a mi maquillaje cuando Verónica se me arrió.

— Estuviste muy linda con el aro, Mary.

— ¡¡¡Gracias Vero!!! — le agradecí sin poder contener las sonrisas en mi rostro.

— ¿La coreografía de dónde la sacaste? — me preguntó de repente.

— ¿De dónde la saqué? — reafirmé un poco confundida — ¡Yo la hice!

— Ah...

— No la conocías porque cuando te la quise mostrar, varias veces me dijiste que no tenías tiempo.

Se me quedó mirando sin argumentar una respuesta.

— Ahora la coreo que bailaré es con la misma música que vos marcaste para el cierre de la Academia, en el espectáculo del mes de septiembre. La primera parte es con los mismos pasos, la segunda parte la cambié.

— ¿La cambiaste?

— Sí, la cambié porque se me ocurrió agregarle el bailar con estas flores artificiales.

— Perdón, no las quiero interrumpir — intervino mi mamá — pero ya deberías irte, Mary. ¡El número de orden diecinueve ya se acerca!

— Eh, ¿sos el diecinueve? — me interrogó Vero — ¡Angie es el veinte! Nuevamente, otra participante de gimnasia aeróbica estaba realizando su participación. En el lateral ya nos situamos Verónica, Angie y yo.

— Vero...

— ¿Sí?

— Me hace feliz que estés acá — le expresé — ¡En serio!

Soltó una risita.

— No es nada, Mary.

— Para mí, es todo lo contrario...

— Participante: Maryam Dimín — emitió de repente la locutora — Categoría: Juvenil. Maestra preparadora: Verónica Cardozo. Título de la obra: "Bailo con el Corazón" — concluyó.

Exhalé alegría. Y mientras me dirigí al escenario, volteé para verla a mi profesora; pero Vero solamente se limitó a mirarme con seriedad. Me ubiqué en el centro de aquel espacio que me hace sentir viva cada vez que lo piso y, en un santiamén, la música se inició.

Bailando con aquellas flores, recordé las palabras que Larissa me dijo:

— ¡Nunca le soltés la mano a la danza!

Sintiendo una inmensa alegría, ¡¡¡percibí que eso jamás ocurriría!!! Pues sería como soltar aquellas mismas flores de mis manos... ¡éstas se caerían al piso! En el mismo sentido, si yo le soltase la mano a la danza, es obvio dónde y cómo terminaría "la flor de mi vida".

En el siguiente número, nuevamente bailó Angie. Cuando ella acabó, Vero la comió a besos por su participación. A mí, en cambio, sólo me hizo saber:

— Maryam, me tengo que ir. Si Angie gana, ¿podés recibir sus medallas y después me las entregás el lunes en clase del Ballet?

— Sí, no hay problema — le dije — Pero, ¿a dónde te vas Vero? — retomé mis palabras sintiéndome apenada porque mi profesora se iría.

— Tengo que ir a la Academia. Los chicos de la *Orquesta Memphis* van a dictar un curso de ritmología para las egresadas y yo debo estar ahí con ellas.

— ¿Con ellas...? ¿Las egresadas? ¿Las egresadas de este año?

— Sí — me asentó con la cabeza apresuradamente.

— Pero Vero, ¡yo egreso este año también! ¿No debería asistir al curso yo t...

— Me voy Maryam, ¡me voy! — me interrumpió con desprecio — Llévame el lunes las medallas de Angie — finalizó.

Me quedé parada, muy desorientada y confundida. Verónica y

Angie salían del *Micro Estadio* a las apuradas, ¡corriendo!

Más tarde, ya lista para bailar “Solo Drums”, simpáticamente esperé mi momento sentada sobre el derbake al costado del escenario. Cuando me anunciaron por el micrófono, unas peculiares palabras de la locutora me alumbraron el rostro de sonrisas, mientras avanzaba con el derbake para ubicarme en el centro del escenario.

— ¡Muy pero muy fuerte los aplausos para la participante Maryam Dimín! ¡¡¡Hoy es su cumpleaños!!!

¿Cómo sabía la organización de dicho evento que aquel día era mi cumpleaños? La verdad que declarar cuánto sonreí en ese instante, ¡sería difícilísimo! Puesto que, ¡¡¡la felicidad me inundaba logrando hacerme sentir en un paraíso de gloria!!! De hecho, la sensación única que surgió en mi interior mientras bailé, fue completamente evidente...

Al momento de subir sobre el derbake, hice simpáticas expresiones de “¡cuidado! me puedo caer... pero si eso ocurriese ¡no importa!, porque yo seguiré bailando”. ¡Me divertí como nunca antes! Asimismo, reflejé desde lo más profundo de mi ser la alegría que estaba sintiendo... y no sólo eso, sino también que distribuí esa mismísima alegría hasta las tribunas. Confirmé que el público se divirtió conmigo pues, cuando acabé con la coreografía, los centenares de aplausos efectuados desde aquellas tribunas parecieron eternos... eternos mientras percibí que tres bellos sentimientos se fusionaban en mí... se anudaban... y jamás se soltarían. Porque unir el disfrute, el saber expresarse y el compartir desde el corazón, es un poderoso pedacito de cielo que produce extrema felicidad en una bailarina.

— ¡¡¡Bailás hermoso!!! — me aclamó una señora mientras me encaminaba de regreso a las gradas.

— ¡Gracias!

— ¡Eh! ¿De verdad hoy es tu cumpleaños? — me preguntó un grupo de chicas de gimnasia aeróbica.

— Sí, hoy es mi cumpleaños — les respondí con una sonrisa.

— ¡Felicidades entonces! Además, ¡sos una gran bailarina!

— ¡¡¡Muchas gracias!!! — les expresé sin poder asimilar cuántos elogios estaba recibiendo.

Finalmente, estuve en las tribunas y subí por las escaleras para reencontrarme con mis dos acompañantes.

— ¡¡¡Increíble Mary!!! — me exclamó mi papá al verme — ¡Te pasaste bailando con el derbake!

— ¡Gracias papi! La verdad que es raro lo que siento... — le compartí — Me parece que mientras más bailo, ¡más segura conmigo misma me siento!

—Lo que sucede es que ¡¡¡sos vos misma al bailar!!!— pronunció alguien desde una de las gradas de más arriba.

Levanté la vista y, por su atuendo, se trataba de una profesora de hip hop. Estuve a una palabra de agradecerle por lo que acababa de decirme; pero al darme cuenta de quién se trataba, fui directo a abrazarla.

— ¡¡¡Fabi!!! ¡¡¡Qué sorpresa verte acá!!!— le clamé impresionada.

— ¡Ay Mary! ¿Acaso pensaste que jamás nos volveríamos a ver? ¡¡¡Creciste un montón desde la última vez que nos vimos, cuando arreglamos lo de tus clases en mi Estudio!!!

— ¡Gracias Fabi! ¡¡¡Gracias!!!

— ¡Sos una grosa! Y yo, una maricona, porque me emocionás con tu danza. Ni te cuento que me hiciste poner la piel de gallina con tus coreografías. ¡SOS UN ÁNGEL! porque transportás a quienes te ven bailar a otro mundo...

— ¡Te quiero mucho!— le dije a la par de darle nuevamente un abrazo.

Luego de nuestros estrujamientos, le pregunté:

— ¿Tus chicas ya bailaron?

— Todavía no. Igual, vos viste cómo son las competencias... ¡la espera es prácticamente interminable hasta que llega tu número de orden!

— Sí, es así— me reí— Pero vale la pena esperar si se quiere aumentar la felicidad y el crecimiento.

— ¡Totalmente!

Nos quedamos hipnotizadas viendo bailar un grupal de gimnasia aeróbica en el escenario.

— Mary— me codeó de repente Fabiana— Me voy a los vestuarios a ver si mis alumnas me necesitan. ¡Dale mis cariños a tus papis! Son tan geniales... ¡siempre haciéndote el aguante!

Nuevamente regresé con ellos. Se alegraron de verla a Fabiana, como así también por el sentimiento revelado diciéndome que la emocioné con mis bailes.

— Decime, ¿cómo supo la locutora que es tu cumpleaños?— me consultó mi mamá.

— La verdad que ¡ni idea!, pero bueno... esos detalles tan sorprendidos de la vida, ¡hacen tan bien!— añadí— Vamos al vestuario, en un rato bailo con el velo.

— La última coreo, ¿no?— me interrogó mi ingeniero.

— Sí, la última.

Mi mamá y yo nos fuimos, mientras el papá se quedó conservando nuestros espacios en las tribunas, pero más aun cuidando mi aro de

seda y mi derbake.

Nuevamente cambiada, y esta vez con un traje color naranja, recogí mi velo y transité feliz por los pasillos hasta llegar a uno de los costados del espacio del escenario. Y allí, esperando a que llegase mi momento, alguien por detrás me tanteó el hombro.

— Disculpá, ¿sos la que hace rato bailó con el banquito?

Me di vuelta y, al ver que se trataba de una niña de unos diez u once años, expresé:

— Sí, esa soy yo, pero no bailé con un banquito, bailé con un derbake.

— ¿Derbake?

— ¡Sí! Es el instrumento árabe más conocido — le expliqué feliz.

— Ah... así que ese es su nombre.

No pude evitar reírme.

— Che — siguió hablándome — ¿Y quién es tu profesora?

— Verónica Cardozo.

— ¿Es la señora con quien andabas recién?

— No, con quien estuve recién es mi mamá.

— ¿Y dónde está tu profesora ahora?

— Se tuvo que ir hace rato...

— ¿O sea que no se quedó a verte bailar? — me preguntó boquiabierta.

— No, no pudo quedarse.

— Pero ¡cómo no se va a quedar a verte bailar! ¡¡¡Seguro que sos su mejor alumna!!!

— ¡¡¡Gracias!!! — le expresé poco antes de que otras dos niñas se acercasen para llevarla consigo.

Al alejarse, pude escuchar que le preguntaban:

— ¿Hablaste con ella?

— ¿Le dijiste lo lindo que baila?

Tras prolongados minutos, la locutora anunció:

— Participante: Maryam Dimín. Categoría: Juvenil. Maestra preparadora: Verónica Cardozo. Título de la obra: "Dulce Sentimiento".

Envuelta por mi velo de seda naranja, caminé con elegancia hacia el centro de aquel hermoso piso de madera. Mientras lo hacía, advertí los gritos y exclamaciones de felicidad de una misteriosa hinchada ubicada en las tribunas. Cabe aclarar que ¡los integrantes de esa hinchada eran personas que ni conocía! Acaso, ¿era eso el inicio de la palabra éxito?

La música con que bailé la coreografía de velo ¡era una melodía romántica! Sin embargo, cuando bailé la misma coreografía en el certamen realizado en Cafayate, ¡no me produjo lo que allí estaba

sintiendo! ¿Qué?... ¿Que en quién pensé? He aquí una pista un poquitito directa: ¡¡¡Arturo!!!

Cuando la música cesó, hice una reverencia de agradecimiento hacia el jurado y hacia todo aquel espléndido público que disfrutó conmigo de mis cuatro presentaciones durante la tarde.

Al cabo de un buen rato, mi papá y mi mamá me hicieron saber que se irían a la casa a comer algo. Por lo visto, los estómagos de los adultos no aguantan hasta las 20:00 horas sin haber merendado; en cambio, el de una bailarina sí.

—Y de paso nos llevamos tus elementos y trajes— me avisó mi mamá— Cualquier cosa, ¡llamanos!

—¿Tenés tu celular no?— completó mi papá.

—Sí, acá lo tengo.

—Bien, de igual forma más o menos en una hora regresamos.

—¿Les parece que les mande un mensajito cuando empiecen con la entrega de premios?

Ambos se miraron. A lo que mi mamá dijo:

—Dale, mejor así Mary. Volvemos cuando nos avisés, así tranquilos comemos algo en casa.

Se fueron y allí me quedé yo... sentada sola en una de las gradas. Claro, "sola" hasta que contesté la llamada tan sorpresiva que emitió mi celular...

—¿Princesa?

—¿ARTURO?— vociferé asombrada.

—Sí mi amor, soy yo. ¿Qué tal va tu día?

—Si ignoro por un segundo que te extraño, ¡va excelente!

—El lunes nos veremos...

—Sí, ¡en el colegio como siempre! Otro lugar no tenemos.

—Pero podríamos tenerlo...

Aun sin vernos la cara, los dos soltamos unas risas a través del celular.

—¿Vos qué hacés?— le pregunté.

—Estoy en el autódromo con unos amigos. ¡Y no sabés cuánto te necesito a mi lado!

—Oh, ¿y yo?— le expresé— ¡Quiero nuestros momentos a solas!

—El lunes amor, el lunes...— me recordó.

—Nos vemos el lunes entonces— le dije a modo de despedida— ¡Te amo!

—¡¡¡Yo igual princesa!!!

Colgué la llamada y me quedé mirando la nada... Aflojé esa sonrisa

que revela el estar enamorada, a lo que pensé:

— Ay, lo que es el amor...

Alrededor de las 22:00 mandé el mensaje a mis papás, tal como acordamos, pues cerca de esa hora se anunció que ya se estarían presentando los últimos números de la jornada. Hasta tanto, seguí observando y aplaudiendo las coreografías de las distintas modalidades de danza.

Poco después de que ambos llegaron, se dio inicio a la premiación y... ¿quién diría que allí mismo estaría a punto de revelarse una nueva aspiración en mi vida?

— De la categoría Juvenil... — expresó la locutora — ... con puntuaciones casi perfectas... clasifica a las finales nacionales... ¡MARYAM DIMÍN!

— ¿Qué? — exclamé a la par de mirar a mis papás — ¿Puntaciones... final nacional... a qué se refiere?

Caminé perpleja hasta el mesón de medallas, en lo que la locutora siguió:

— 18.00 puntos en "Aro Angelical". 18.80 en "Bailo con el Corazón". 19.50 en "Solo Drums" y 19.00 en "Dulce Sentimiento". ¡¡¡Clasificada en nivel Premium!!!

Sin comprender a qué puntuaciones se estaba refiriendo, me acerqué al mesón y la jueza colocó cuatro medallas de oro en mi cuello. Los resonantes aplausos del público dirigidos hacia mí ¡eran de no creer! Y más aún, inesperadamente, segundos después, la jueza se acercó a la locutora y le pidió prestado el micrófono para pronunciar:

— ¿¿¿Quiénes son los padres de esta bella jovencita??? ¿¿¿Están presentes???

Me quedé completamente inmóvil al lado del mesón. Fue tal el silencio y el asombro del público ante las palabras pronunciadas por la jurada, que si se hubiera caído un alfiler, ¡claramente se hubiese escuchado! Los miré a mis papás que, muy desconcertados seguían en las tribunas; me acerqué a la jueza para indicarle que por allá estaban.

— ¡¡¡Esta jovencita tiene un don!!! — siguió exclamando la jurada por el micrófono.

Repentinamente se me arrimó para expresarme:

— ¡En seguida tengo que hablar con ellos, preciosa!

Prosiguieron con la entrega de medallas para los participantes clasificados. Estuve muy atenta en caso de que la nombrasen a Angie para apersonarme a retirar sus premios, pero no la mencionaron. Sin embargo, al rato, cuando acabaron con las premiaciones, mientras me sacaba unas fotos con un llamativo cartel que decía "Selectivo Regional", la

organizadora se me acercó.

— ¡Maryam! ¿Dónde está tu profesora?

— A media tarde se tuvo que ir.

— Uh... ¡qué mal! — me dijo — Porque la alumna de su Academia que también participó no clasificó para las finales nacionales; pero aun así ganó estas dos medallas de bronce. ¿Vos se las podrías entregar?

— ¡Sí!, no hay problema. De hecho quedamos en que yo retiraría sus premios.

— ¡Perfecto entonces!

— Y una pregunta... ¿qué es eso de las finales nacionales?

— ¡Es el evento final en donde se escoge al ganador definitivo! Es ahora a fin de mes... ¡¡¡en Buenos Aires!!!

No pude emitir palabras ante semejante información. A lo que ella continuó:

— ¡¡¡Vos sí quedaste clasificada!!! ¡Incluso fuiste una de las participantes con mejor puntaje! ¡¡¡Es un enorme logro estar cerca de los 20.00 puntos!!!

— ¡Wow! No tenía idea de todo esto... — le exclamé con entusiasmo.

— ¿Tu profesora no te informó?

— Es que yo me inscribí sola... Y solamente me ocupé en pedirte la información por *Facebook* de los aranceles de inscripción, porque la verdad que pensé que era un certamen como cualquier otro, y no una competencia... un torneo.

Se me rió.

— Entiendo. ¡Decime cualquier otra duda que tengás!

— Creo que ya quedó todo clarísimo — le agradecí.

— Bien. Y... cambiando de tema, ¿te gustó la sorpresa de que hayan dicho por el micrófono, durante la tarde, que hoy es tu cumpleaños?

Deduje con rapidez, comprendiendo que la idea había sido de ella... ¡de la organizadora!

— ¡¡¡Me encantó!!! — le aclamé — Pero, ¿cómo supiste que hoy es mi cumpleaños?

— Recordá que en las planillas de inscripción están todos tus datos... — dijo guiñándome un ojo.

Le expresé una gran sonrisa.

— ¡Gracias en serio! ¡¡¡Muchas gracias!!!

— Es lo menos que puedo hacer por una ¡excelente bailarina! Y ¡bella personita por lo que voy viendo! Por cierto, mi nombre es Karina.

No sé qué tanto tiempo habré hablado con la organizadora, pues miré de reojo y advertí que la jueza se estaba acercando hacia mis

papás. Me despedí de Karina y me fui corriendo hasta donde ellos estaban.

— Ustedes son los padres de Maryam, ¿no es así? — comentó a modo de saludo.

— Así es — afirmó mi papá mientras mi mamá manifestó una sonrisa.

— Su hija tiene un don para la danza... — dijo repentinamente — Posee un carisma único... innato... precioso... ¡¡¡Es una excelente bailarina!!!

Percaté que mi papá quiso decir algo, no obstante ella siguió hablando:

— De hace años que soy la jueza oficial de los Selectivos Regionales en Salta y en otras provincias, y la verdad es que cada vez que veo bailarinas de danza árabe, me aburro... No tienen simpatía ni gracia al bailar, otras pretenden ser clones de quienes admiran y muchas otras descuidan la técnica de gran manera.

Me miró a los ojos y me dijo:

— No sé si corresponde que lo diga pero, en mi opinión, ¡¡¡vos sos la mejor bailarina de danzas árabes que conocí!!!

Esas... ¿esas habían sido palabras reales? Pues tal habrá sido mi asombro al escuchar aquello, ¡que no hubo conmociones en mí! Y eso sí que era raro...

— ¿Cuántos años cumpliste hoy? — me preguntó repentinamente.

— Dieciséis.

— ¡Dios mío! ¡¡¡Apenas tenés dieciséis años y ya sos una grandiosa bailarina!!!

— ¡¡¡Muchas gracias!!! — le expresé empezando a comprender qué tanto estaba creciendo debido a los viajes y a mis innumerables presentaciones durante aquel año.

Seguimos hablando ya que, por lo visto, se interesó mucho en mí. Me consultó en qué año del colegio estaba, como así también cuánto me faltaba para recibirme de profesora de danza. Le compartí mi gran anhelo en base a lo que se hallaba en plena construcción en el jardín de mi casa.

— ¿Nunca pensaron en la posibilidad de que su hija postergue el colegio para que así pueda dedicarle el mayor tiempo posible a su profesión? — le preguntó a mis papás con gran firmeza en sus palabras.

¡Mi ingeniero quedó impresionado! Ante su respuesta, descubrí por qué...

— No es la primera vez que a mi esposa y a mí nos comentan algo así sobre la vida de Maryam. ¡Le agradezco muchísimo por su confianza y honestidad para con nosotros!

—Habría que pensar bien antes de tomar una decisión así...— amplió mi mamá.

—Por favor, ¡piensen en esa posibilidad!— siguió comentando la jueza— La verdad que con el talento que tiene su hija, estoy segurísima de que todo lo que emprenda en su profesión ¡no puede tener arrepentimientos! ¡¡¡Y más aún si ya está encaminado su propio estudio de danza!!!

Por un momento imaginé las veinticuatro horas de cada uno de mis días ¡¡¡dedicadas por completo a mi pasión!!! Incluso durmiendo cada noche seguiría soñando con la danza, ¡en lugar de trasnochar haciendo las tareas del colegio! A lo mejor una decisión así sería un completo disparate... sin embargo, admito que no sonaba nada mal...

Poco antes de despedirnos, me entregó las devoluciones de mis coreografías. Verdaderamente, críticas constructivas son palabras que ¡amo leer!

Ya al llegar a casa, decidimos en familia que mi día terminaría siendo disfrutado junto a Micaela y Gabriel en mi heladería favorita: *ROSMA-RI*. A su vez, más entrada la noche, ya acostada en mi cama dispuesta a dormir luego de un hermoso cumpleaños, me surgieron importantes preguntas:

—¿Viajaremos hasta Buenos Aires para que baile en las finales nacionales? ¿Y qué con la posibilidad de postergar el secundario para dedicarme de lleno a lo que tanto amo?

CAPÍTULO 31

“Coherentes decisiones”

El día lunes en el colegio sucedieron cosas extrañas... Bueno, al menos lo fueron para mí.

Estábamos en hora libre debido a que la profesora de Inglés no había asistido. Comunicó por teléfono a la institución que no iría a dictar clases porque se encontraba enferma.

— ¡¡¡Eh chicos!!! — gritó Paola luego de pararse delante del pizarrón, creyéndose la superior en el curso.

Automáticamente todos se callaron, pues con tremenda voz era medio difícil no escucharla.

— Ya que estamos en hora libre aprovechemos en hacer “eso” con la tiza blanca — exclamó luego de voltearse y apoderarse de un par de tizas apoyadas arriba del pizarrón.

— ¡¡¡Dale!!! — aclamaron con alegría los chicos del fondo.

Poco después de moler las tizas sobre el banco, las empezaron a aspirar por la nariz a través de un rollito de hoja de carpeta.

Cuando vi aquello, ¡fue muy evidente darse cuenta de lo que estaban haciendo! Quise evitar que hicieran esa tontería; pero, a su vez, Andrea se rehusó a que los detuviera.

— Acompañame a dirección para avisarle al director que nuestros compañeros del fondo ¡se están drogando en el curso!

— Ay no, ¡no nos metamos! — me aconsejó mi amiga — Después nos tratarán de buchonas y se las agarrarán con nosotras sin sentido, Maryam.

Lo pensé y le dije: “Es verdad, tenés razón Andrea”. Y me di media vuelta para retomar la mirada hacia el frente.

Poco antes de que se escuchara el timbre anunciándose el recreo, todavía presenciando la clase de “hora libre”, Lautaro, uno de mis compañeros, se me acercó.

— Hola Mary. Tomá — me dijo a la par de entregarme un papelito.

Se lo recibí mientras percibía que se sentó provisoriamente en el banco que había a mis espaldas.

Desdoblé aquel papelito y leí:

— ¿Todo bien entre vos y Arturo?

Solté una risita pues se trataba, ni más ni menos, de una conversación a través de un papel. Me volteé y le dije:

— Sí, todo está más que bien.

— ¡Shhh! — me expresó — ¡Respondeme por escrito!

—¿Qué? ¿Por qué?— me seguí riendo.

—¡Haceme caso, Mary!

Me volví hacia mi banco y le respondí exactamente lo mismo que le había dicho hacía tan sólo segundos. Luego le entregué la respuesta.

En un santiamén me dio nuevamente el papel:

—¿Sabías que a Arturo le gusta otra persona en el curso aparte de vos?

En parte me sorprendí al leer esto último, pero por otro lado me convencí de que eso no era verdad.

—¡Mentira!— escribí— Arturo está enamorado de mí nada más.

—Mary... hay algo que tenés que saber.

—¿Qué cosa?

Me volvió a pasar el papelito, en lo que leí:

—Arturo es bisexual.

Me di vuelta para mirarle la cara a mi compañero Lautaro, tratando de ver si era una broma todo eso. A lo que él solamente me arrebató el papel de mi mano para seguir escribiendo.

—Está enamorado de Matías. Y la única razón por la que está saliendo con vos es para darle celos a él.

Rompí el papel con esos mensajitos mientras le decía:

—No te creo.

—No me creás— me dijo siendo prudente— Pero, deberías mirar con quién está ahora Arturo.

Levanté la vista y dirigí mi mirada hasta unos bancos del otro sector del aula. Allí noté que ¡Arturo y Matías estaban charlando!

—Es absurdo...— pensé— A lo mejor no es más que una casualidad.

El timbre sonó y el curso entero salió en patota al recreo. No obstante, le pedí a Andrea que nos quedáramos en el curso. Allí le conté la supuesta sexualidad de Arturo. ¡Quedó tan desconcertada como yo!; pero me dijo que me quedase tranquila, ella hablaría con él para averiguar la verdad.

Más a mitad de mañana, ya habiendo charlado a solas Andrea y Arturo, mi amiga me hizo saber lo que conversaron:

—Mary... Arturo sí es bisexual. ¡Lautaro no te estaba jodiendo con nada!

No supe qué decir... Me quedé sumamente confundida... Como dudando en qué creer, en qué pensar... Intenté calmar lo que estaba sintiendo al llegar a casa y contarle absolutamente todo a Micaela, al seguir siendo la única persona en la casa que sabía de mi noviazgo.

—¡¡¡Tenés que cortar con Arturo ya mismo!!!— me exclamó.

— Pero Mica, ¿por qué? Además ni siquiera hablé con él sobre esto...

— Maryam, ¡Dios no aprueba ese tipo de personas! En la *Biblia* está escrito claramente que personas así no son hijos de Dios. Y vos, estando con él, vas en camino a arruinar tu vida.

— Pero no es justo... ¡me enamoré de él! ¿Cómo puede ser que las cosas acaben así?

— ¡Maryam!— me gritó mi hermana— ¿Pensás terminar con Arturo o les cuento al papá y a la mamá?

— ¡No puedo terminar con él como si fuese tan fácil! ¡¡¡Entendé!!!

Micaela me miró negándome con la cabeza, poco antes de haber salido de nuestra habitación para hablar con los mayores mientras servían el almuerzo.

— ¡¡¡Maryam!!! ¡¡¡Vení a la cocina por favor!!!— vociferó mi papá minutos después.

Salí de mi habitación y me encaminé a la cocina con el objetivo de comer, no de hablar. No quería poner en debate ese sentimiento que sólo yo comprendía.

— Ahora la llevo a tu mamá al trabajo. Cuando vuelva tenemos que hablar.

— Pero cuando vuelvás voy a estar en árabe— le dije.

— ¿A qué hora salís?

— A las 17:30 salgo del Ballet y a la noche, en la otra clase, a las 20:00.

— Bien. Te paso a buscar en la *Kango* a la noche, así que esperame. No vuelvás en colectivo.

Le asentí con la cabeza y ambos se fueron. Micaela me expresó:

— Mary, sigue quedando entre nosotras que vos estás saliendo con él. Sólo mencioné que es bisexual y que a vos te sigue gustando, nada más.

La observé enojada.

— ¡¡¡Podrías ayudarme!!! en vez de estar delatándome.

— ¡¡¡No te delaté!!! Sólo quiero que sepás el gravísimo error que estás cometiendo.

Durante la tarde, en la clase del Ballet, Verónica se atolondró con sus propias palabras al verme llegar.

— ¡Maryam! ¿Te quedaste a la entrega de premios del sábado? ¿Recibiste los premios de Angie? ¿Ganó algo? ¿Me los trajiste?

— Sí— argumenté sin saber qué pregunta responder primero.

— ¿Ganó?— me repitió.

Abrí mi bolso y saqué de él las dos medallas de bronce que la

organizadora me había entregado.

— Estas son de Angie — le dije mientras se las cedí.

Las recibió. Luego de mirarlas, me expresó indignada:

— ¿En sus dos coreos obtuvo tercer puesto?

— Sí — le afirmé — Y me dijo Karina que como no llegó a alcanzar los puntajes adecuados, no clasificó para las finales nacionales.

— ¿Quién es Karina?

— ¡La organizadora!

— Ah, sí... ¿Y vos calificaste para lo de Buenos Aires? — me preguntó con aire insignificante.

— Sí, yo sí calificué.

— ¿Qué medallas ganaste?

— En mis cuatro coreografías obtuve medallas de oro.

— ¡Bien por vos! — me expresó poco antes de dirigirse hasta su mochila para guardar las medallas de Angie.

Dejé mi bolso en las colchonetas y mientras me ataba la caderilla, Verónica anunció para todas:

— Vengan así les cuento una novedad importante.

Las chicas fueron con rapidez a arrodillarse al lado de Vero, mientras que yo, al haber caminado con normalidad, terminé sentándome detrás de ellas. ¡Qué incómodo era que me den la espalda!

— Seguro que vieron un montón de publicidades en *Facebook* de que los chicos de la *Orquesta Memphis* están haciendo noches de música en vivo cada domingo.

— Ay, ¡¡¡sí!!! ¡Ya casi todas las academias de Salta tuvieron su noche! — comentó Eliana.

— ¿Para cuándo la nuestra? — agregó otra de las chicas.

— ¡Eso mismo quiero decirles! — siguió Verónica — Mi Academia tendrá dos noches exclusivas para bailar en vivo con su música. La primera noche, el primer viernes de diciembre, será únicamente para el Ballet... ¡o sea para ustedes! Y la segunda noche, el domingo, será para el resto de los grupos... para las nenas y demás. Ambas noches en *Peña "La Paisana"*, a las 20:00 horas.

¡¡¡Increíble!!! ¡¡¡Increíblemente hermoso!!! ¡¡¡Por primera vez en mi vida bailaré en vivo junto a una orquesta!!! A juzgar por los videos de Larissa bailando con la *Horus Arab Music* allá en Buenos Aires, ¡bailar con orquesta produce sensaciones extraordinarias!

— Cada una de ustedes podrá hacer un solista. En seguida les paso el nombre de los temas que los chicos tienen en el repertorio, así elijan una música para bailar. Por otro lado, abriremos el Show con *Tamil*, es

el tema ideal para que nos presentemos como Ballet.

– *Tamil*... – pensé – ¡Un clásico! ¡Una pieza musical hermosa!

– ¡Hoy mismo empezaremos a marcar esta música! ¡¡¡Prácticamente nos queda un mes nada más!!! – concluyó Vero.

A su vez, en la clase de la noche con mi grupo, nuestra profesora informó también lo de los Shows con la Orquesta.

– Rosario, Daniela y Maryam, ustedes bailarán el día domingo y van a hacer la coreo que ya tienen del espectáculo de septiembre. Esa música los chicos no la saben interpretar, así que la bailarán con la pista del CD.

Mis hermanas de corazón ¡se pusieron felices! En cuanto a mí, mucho no me alegró la idea de volver a bailar aquella coreografía; pero al rato, unas palabras de Vero me produjeron una sonrisa:

– Maryam, las egresadas presentarán cada una un solista ese domingo. De paso, intercalaremos los números con las coreos de las nenas esa noche.

– ¡Genial! O sea que tengo que escoger otro tema, aparte de *Trastorno* que ya elegí, para bailar con la Orquesta.

– No Maryam, nunca dije que bailarías dos veces solistas con la Orquesta – me expresó como retándome.

– Ah, creo que entendí mal – me disculpé – ¿Cómo es entonces?

– Ya vas a bailar un solista con la Orquesta por ser integrante del Ballet ¿o no? Así que por lo de ser egresada, si quieres bailar, ya tiene que ser con un tema de CD.

Me pareció una completa bobería no poder bailar en vivo con la *Orquesta Menfis* presentándome como egresada, debido a que ya bailaríamos como integrante del Ballet, siendo noches totalmente diferentes. De igual manera, ¡¡¡bailaría con orquesta en vivo por primera vez!!! y eso mismo es lo que ¡¡¡más me importaba!!!

Aquella felicidad que logré conseguir mediante la danza, fue un poco empañada cuando mi papá me pasó a buscar en la *Kangoo*.

– Maryam, si quieres ponerte de novia con un chico bisexual ¡TE VAS DE LA CASA! – me exclamó aun manejando el volante – ¡¡¡No quiero una hija que tenga por novio a un hijo del Diablo!!!

No emití palabras. Sólo seguí escuchándolo.

– Cómo es posible que siendo la bella persona que sos y habiendo crecido tanto este año con los viajes que Dios nos permitió realizar, ¿te enamores de un chico así?

¡Aclaración! Yo me enamoré de un simple compañero del colegio... y, a raíz de eso, empezamos a salir. Que de repente caiga un balde de

agua helada anunciando que él está enamorado de otra persona también, no era mi culpa. Ah, y la explicación más importante: esa otra persona ¡era un hombre también!

— Dios creó al hombre y a la mujer para que juntos formen pareja en el amor. ¿Te das cuenta lo asqueroso que es entonces que dos personas de un mismo sexo se amen? Ya sea bisexual, homosexual, lesbiana o lo que fuese. ¿ME ESTÁS ESCUCHANDO?

— Sí, si te estoy escuchando.

— Ese compañero tuyo va mal lamentablemente... ¡Va a la perdición si no nace de nuevo espiritualmente! — Por favor Maryam, ¡por el amor de Dios!, ¡¡¡olvidate de él!!!

Me miró por el espejo retrovisor. Me limité en asentirle con la cabeza desde el asiento.

Ya en casa, luego de ducharme y cenar, se me ocurrió mandarle un mensaje de texto por celular a Arturo.

— ¿Quién te gusta del curso?

Aquellas palabras tan claras y directas de mi parte, fueron respondidas con otras no tan precisas...

— ¡Mi princesa! ¿A qué se debe esa pregunta?

— Por favor, ¡solamente respóndela! — le recalqué a través del celular.

— Es obvio que solamente vos me gustás. Y más que gustarme, ¡me enamorás!

Eliminé los mensajes con bronca. ¡Me sentí engañada! Pues cuando Andrea habló con él durante la mañana, quedó más que en claro que él está enamorado de Matías.

Antes de irme a dormir, decidí hablar con Micaela. Ella estaba en su computadora, armando un rompecabezas de una página de juegos de Internet.

— Mica...

— ¿Qué pasa Mary?

— ¿Te importaría mostrarme el pasaje de la *Biblia* que me dijiste?

— Claro, está en *1 Corintios*. Ya lo busco — me dijo dirigiéndose hacia nuestro dormitorio con el objetivo de traer la *Biblia*.

Al rato volvió con la *Biblia* en manos y me dijo:

— Mirá Mary, acá esta... *1 Corintios 6:9,10*.

Fue allí que leí:

— “¿O no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os dejéis engañar: ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los

difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios.”

— ¿Qué es “adúlteros”? — le pregunté de repente.

— Es cuando una persona que ya estando casada decide unirse sexualmente con otra.

Cerré la *Biblia* y se la devolví.

— Gracias Mica.

— ¿Ya te vas a dormir?

— Sí, ya son más de las doce.

— ¿Qué vas a hacer con Arturo?

— Mañana hablaré con él.

Verificó que no apareciera Gabriel, ni el papá ni la mamá, y me dijo:

— Vas a cortar con él ¿no?

— Sí... — le afirmé.

Al día siguiente, martes, caminando por la cuadra para ingresar al colegio luego de mi trayecto en el colectivo, divisé que Arturo llegaba junto a Matías. Ninguno de los dos me vieron, pero claramente yo a ellos sí. Quiera o no, algo extraño en mi interior me impidió que saludase a Arturo aquella mañana.

Andrea faltó a clases ese día, y mi relación de amistad con Sol y Carolina cada vez se enfriaba más. Según ellas, yo estaba cambiando mucho y eso no les gustaba en absoluto; de hecho, a mí no me gustaba que ellas no comprendiesen que lo mío no era un cambio, sino un crecimiento... Con Andrea muchas veces teníamos esos altibajos, sin embargo, siempre terminábamos juntas. En fin, a lo que quería llegar, es que aquel día transcurri los recreos completamente sola. Con excepción del último, en el que Arturo al parecer se acordó de que yo existía.

Estaba en el patio, sentada en la banca que está contra la pared cuando él se me acercó.

— ¿Qué onda princesa? Hoy estuviste rara toda la mañana — me dijo luego de haberse sentado a mi lado.

— ¿Por qué me mentiste? — le expresé de repente.

Me miró extrañado.

— ¿Perdón? ¿A qué te referís?

— Sos bisexual, ¿no?

Hubo un largo silencio entre los dos... Luego de esa pausa, me dijo:

— Sí, soy bisexual. A veces me gustan las chicas y a veces me gustan los chicos... ¿ni yo me entiendo!

— ¿Por qué nunca me lo hiciste saber? ¿Por qué nunca me dijiste que estás jugando conmigo sólo para que Matías ponga su atención en

vos?— le exclamé mientras sentí que la voz se me partía.

—Yo nunca jugué con vos princesa.

—Y ahora me mentís en la cara...

No me dijo nada; es más, sólo se limitó a soltar una risita.

—¿Creés en Dios?— le pregunté.

—No— me contestó— No creo en un “ser supremo”. Yo creo que nosotros mismos somos nuestro propio dios.

—Pero, ¿cómo podríamos ser nosotros mismos nuestro propio dios? No somos perfectos... ¡nadie lo es! Somos personas, ¡cometemos errores! Y creo que tu mayor error es ser bisexual. ¡Dios no aprueba eso!

—Uh, ¿sos de esas fanáticas religiosas?

—¿Qué?... ¡no! Ni siquiera pertenezco a alguna religión. Yo creo en Dios Padre y en Dios Hijo, nada más. No voy a misa, no hice ni la comunión... imagínate.

—Ahhh ¡ya me aburríste!— exclamó mientras se levantó de la banca para irse.

—¿Te aburríste de que te hablara de Dios o te aburríste de jugar con mis sentimientos?— le pregunté, siguiéndolo por detrás mientras se iba.

Se volteó para mirarme. Pensó un momento antes de decirme:

—¡Las dos cosas!

En nuestro último módulo, Filosofía, ¡sentí ganas de llorar! Le pregunté al profesor si podía ir al baño. Me dijo que sí y ¡cómo se lo agradecí!

Me dirigí hacia el baño; pero al pasar por el patio, viéndolo tan desolado porque todos los alumnos estaban en hora de clases, preferí quedarme sentada en los escalones del mástil de la bandera. Y... ¿qué ocurrió allí siendo inevitable en mí? Sí... unas lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas.

—¿En qué momento pasó todo esto?— me dije a mí misma— ¿Un novio a las escondidas de mis papás? ¡¡¡Jamás les oculté nada!!!

Me sequé las lágrimas y sentí que no tenía el valor que se requiere para ir y contarles detalladamente lo que en verdad había sucedido con Arturo. En ese caso, quizá dejando la mismísima verdad en las manos de Dios Padre, sería lo correcto.

Levanté la cabeza y miré el hermoso cielo. Y aun observándolo, expresé:

—Perdón...

Trascurrieron varios días... Iván y Efraín, los albañiles, al terminar ya con el armado de los hierros, tanto para las columnas como para las vigas de arrastre, asentaron todas éstas en las distintas zanjas para luego llenarlas con hormigón.

A mi papá, viendo lo excelente que avanzaban los albañiles con la construcción de mi academia, se le ocurrió una grandísima idea que favorecería enormemente mi pasión.

—Entonces debemos acordar una charla con el director del colegio— concluyó mi mamá luego de estar de acuerdo con la idea.

—Una charla parecida como la que tuvimos con lo de Educación Física hace unos meses— comenté.

—¡Exactamente!

Cuando el día de la charla llegó, luego de haber acordado con el director una fecha y un horario preciso, sentí más que nunca el apoyo de mi papá y de mi mamá.

—¿Existirá la posibilidad de que para el año que viene, así como Maryam está cursando Educación Física sin estar presente en las clases, ocurra lo mismo con el resto de las asignaturas?

—O sea, ¿ustedes dicen que estudie sola en casa... que ahí haga los trabajos? ¿Y que sólo se apersona por el colegio para entregarlos y ser evaluada?

—Así es. ¿Será posible?

—¿Por qué razón solicitan esto?— preguntó el director.

—Son varios los motivos...— comentó mi mamá.

—Entre ellos— amplió mi papá— se debe a que como le estamos construyendo su propia academia y creemos que estará lista para marzo del año que viene, sería prácticamente imposible que asista a clases del colegio cuando ella ya se encargaría de darle clases a sus alumnas.

—¡Eh! ¿Te están construyendo tu propia academia?— me preguntó asombrado el director.

—¡¡¡Sí!!! En el jardín de nuestra casa.

El director me observó y los observó a mis papás también. De hecho, ¡no podía dejar de asentir con la cabeza ante tanto asombro de su parte!

—Pero Maryam viene al colegio a la mañana, ¿cuál es el problema de que esté con sus alumnas a la tarde?

—Es que no tendría tiempo para estudiar tranquila ni hacer los deberes. Además, el sólo hecho de madrugar cada día ¡ya es pesado! Imagínese, entonces, qué tanto sería si, a su vez, trabajara.

—¿¡Trabajar!?!— vociferé.

—Claro tesoro. Vas a tener tus horarios, tus alumnas, tus ingresos...

¡es un trabajo! — me explicó mi papá.

— Sí, lo sé; pero... yo no lo voy a ver así.

— ¿Cómo lo vas a ver entonces? — intervino el director.

— ¡¡¡La danza árabe es mi pasión!!! Y para mí, enseñar lo que tanto amo no sería mi trabajo... ¿sería mi felicidad!

Una vez más, la cara del director revelaba gran asombro ante mis palabras. Sin embargo, lo siguiente que expresé, ¡ya hubiese sido como para que el pobre hombre se desmayara!

— En lugar de venir a perder el tiempo acá por horas libres o por no hacer nada porque ya hice toda la tarea en casa cuando mis compañeros recién la hacen en clases, ¡yo podría estar bailando! O viajando tranquila para asistir a seminarios y certámenes ¡sin que las inasistencias y la reincorporación me coman viva! Así que no solamente sería por la academia... Como dijo mi mamá, son varios los motivos.

— Mi esposo y yo somos docentes — siguió de repente mi mamá — Sabemos que los padres mandan a los chicos a las escuelas y colegios para que sean “contenidos”, y el Estado propicia que sea así: hay que mandarlos porque si no estarán ociosos en la casa y en la calle. ¡Y es eso mismo lo que provoca que la educación decaiga más cada vez! El docente, en lugar de dictar su materia, tiene que preocuparse por detectar si el alumno se alimenta bien, si se droga, si sufre violencia en su casa, si tiene conductas suicidas, etc, etc, etc. En nuestro caso, Maryam ¡no necesita contención! ¡Recibe la contención y el apoyo en su hogar!

— Es así — comentó el director — su hija no necesita contención. ¡Es notable que Maryam ya está en otra órbita en comparación con adolescentes de su misma edad!

— ¿No existe una especie de ley institucional que ampare a estudiantes con proyectos artísticos, para alumnas así como nuestra hija que, siendo abanderada, no pueda mantener la regularidad de clases debido a su vocación? — manifestó mi mamá.

— No, yo que sepa no existe. Sé que para la situación de los deportistas hay algo así; pero en el caso de Maryam, con la danza, al ser del ámbito artístico, no hay nada parecido — dijo el director.

De repente, fue como si empezase a atar cabos sueltos... a darme cuenta de aquellas situaciones que sólo por tenerlas al lado, uno se ciega.

— Por ejemplo, mi compañera, Andrea, le abrió las piernas a su novio, quedó embarazada y puede faltar al colegio por treinta días sin problema alguno, gracias a esa licencia por maternidad. Y yo... que le abrí mi corazón a una hermosa danza ¿no tengo una “licencia” que me

permita faltar a clases sin que me pongan inasistencias?

¡¡¡Allí sí que se debería haber caído de la butaca el director!!!

— Así como hablé aquella vez con la profesora de Educación Física, ahora haré una reunión con los profesores de Maryam para tratar este tema.

— Gracias. ¡Muchas gracias! — expresó mi papá.

— “El caso Dimín”, así merece ser llamada esta situación — concluyó con una risa el director.

Al otro día, en la hora de Lengua, la profesora salió del aula por un momento; al parecer la solicitaban en dirección para firmar unos papeles. Por mi parte, seguí enganchadísima con la novela que estábamos leyendo en clase: *El túnel de Ernesto Sábato*. En cuanto al resto de mis compañeros, no hicieron más que cerrar la tapa del libro y, aprovechando que estaba el ventilador encendido y ausente la profesora, hicieron pelotas con hojas de carpeta y empezaron a tirarlas al aparato.

Tan absorbida estaba por las palabras del libro que ni me di cuenta de la locura que mis compañeros estaban haciendo; pero cuando una de esas esferitas de papel fue a caer delante de mis narices, sobre mi banco, fue ahí cuando advertí el peligro en el que me encontraba. Las chicas se reían... los varones también. ¿Acaso disfrutaban hacer eso? ¡No era más que correr el riesgo de un accidente con el ventilador!

Hace unas semanas había dejado pasar aquello de que aspiraban tiza molida, debido a que permití convencerme por lo que Andrea me dijo: “Nos tratarán de buchonas”. Sin embargo, esto con el ventilador ¡ya me sacaba de quicio! Me levanté de la silla muy molesta.

— Mary, ¿a dónde vas? — me preguntó Andrea mientras se reía de lo que los chicos hacían.

— A dirección. Voy a ser “buchona” — le respondí remarcando con claridad las comillas en la palabra que más merecía la pena.

Al explicar lo ocurrido, el preceptor fue el encargado de poner las amonestaciones en el libro de actas y mandar comunicados a los padres de mis compañeros. Por poco, ¡el curso entero se me venía encima por la bronca que estaban sintiendo!, sin ser lo suficientemente inteligentes para comprender que si no hubiesen tonteado con el ventilador, yo no me hubiese encaminado hacia la dirección.

En la hora de Historia, ocurrió otra situación que logró sacarme de casillas también; pero, al haber sido el profesor quien planteó la situación, por simple respeto hacia él no pude levantarme de la silla nuevamente.

Aún en medio de clases, nos comentó sobre la importancia del secundario en nuestras vidas, de cómo nos permite crecer y volar para proyectarnos en el futuro, en importantes Universidades.

—Yo sé que algunos de ustedes— continuó diciéndonos— tienen actividades extraescolares— de repente clavó su mirada en mí— Pero tienen que entender... — ¡siguió observándome con esa fija mirada por arriba de sus anteojos!— ... tienen que entender que no hay nada más importante que asistir al colegio.

Dejó de mirarme, y finalizó con cortesía y disimulo hacia el resto de la clase:

—Las actividades extraescolares no son más que un pasatiempo.

¡Tuve que tragar la bronca que sentí cuando el profesor de Historia expresó aquello! O mejor dicho: ¡cuando me expresó aquello! Porque fue más que evidente que sus palabras iban dirigidas sólo a mí. La verdad que sentí unas fuertes ganas de levantarme de la silla y exclamarle lo equivocado que estaba, pero como mencioné, tuve que quedarme callada por simple respeto.

¿Pasatiempo? ¿Quién se creyó que es para decirme algo así? Que él no tenga una pasión en su vida ¿le da derecho a que insulte la mía? ¿Cómo puede ser un pasatiempo... una distracción... (tal como él lo mencionó)... un sentimiento muy hermoso que se siente circular profundamente por las venas?

Y fue una mera suposición o ¿el director ya habló con los profesores sobre “El caso Dimín”? Porque estaba siendo obvio que uno de los integrantes de la reunión estaba un poquitín, ¡casi nada!, en desacuerdo con que la alumna Maryam no asista regularmente a clases del colegio el próximo año.

Definitivamente, aquella suposición mía ¡resultó ser verdaderamente exacta! Pocos días después, el director nos citó a mis papás y a mí para una nueva charla:

—Lamento informarles que muchos docentes estuvieron disconformes con que Maryam realice las actividades en casa y sólo venga a clases cuando se la tenga que evaluar. Resulta ser tan complicado este caso que la verdad no se puede llegar a un acuerdo con todos los profesores.

En ese momento una pregunta repiqueteó en mi cabeza: ¿Por qué la mayoría de los docentes se resisten al cambio? Es como si no conociesen la palabra “excepción”... Se mantienen tan fieles al acatamiento de las reglamentaciones del sistema y a la aplicación de sus metodologías, que los alumnos no tienen posibilidad de encontrar sus propias vocaciones.

Ya en casa, almorzando en familia, mi papá expresó unas precisas

palabras. Fue como si en un abrir y cerrar de ojos, mi vida cambiase de dirección... a lo mejor un nuevo mundo me esperaba para ser recorrido el año siguiente.

— No irás más al colegio.

— ¿Qué? ¿Lo decís en serio? — le exclamé sorprendida.

— Claro hijita querida, yo siempre hablo en serio.

— Mami, ¿vos qué opinás? — le pregunté.

— El plan A fue consultarle al director. Al no dar resultado, pasamos al plan B — me contestó con una sonrisa.

— Un momentito... ¿ya tenían la idea de que no vaya más al colegio?

— Sí tesoro, ya la teníamos. Y más todavía con las palabras que escuchamos de cada miembro del jurado en los viajes y certámenes al que fuimos, reafirmandonos que una decisión así sería excelente para la vida de una gran bailarina como vos.

Los miré a ambos sintiéndome muy pero muy apoyada, incluso con las palabras de mis hermanos.

— Yo creo que está muy bien que Mary le dedique todo el tiempo a la danza — comentó Micaela.

— ¡Es una excelente idea! — habló Gabriel — Mejor que no vaya al colegio, así no se “contagia” de los adolescentes que son tan opas.

¿Opas? Acaso, ¿merecía ser llamado “opa” la acción de tirar papelititos al ventilador?, ¿o drogarse con tizas? Sin mencionar que necesitan estimularse con bebidas alcohólicas cada fin de semana, para sentirse ¡alegres y divertidos! En definitiva, me pareció que el ambiente adolescente debería ser meritado con una palabra aún mucho más grande, porque “opa” no es suficiente para los excesos y el descontrol que lo caracterizan.

De repente, mi papá nos observó uno a la vez.

— Micaela, vos egresaste del colegio el año pasado. Y este año arrancaste estudiando en la *UNSa* lo que creías que te gustaba: Historia; sin embargo, no pudiste regularizar ninguna materia. Realmente ni la escuela primaria ni la secundaria te motivaron a desplegar tus alas. Y en este segundo cuatrimestre intentaste estudiar Gastronomía en *Salamanca*, y tampoco resultó ser lo tuyo. Claramente, no tenés proyecto alguno, a pesar de haber cumplido fielmente con todas las etapas del sistema educativo.

Mica asintió con la cabeza. Y pasó entonces a dirigirse a mi hermano:

— Gabriel, calificás de opa el cómo y el qué enseñan en los colegios, y a los adolescentes también. A raíz de eso decidiste rendir velozmente los tres años del polimodal, logrando ingresar a la Universidad lo más

antes posible, a una temprana edad de ¡quince años! Y ahora, ya con tus diecisiete, tu objetivo es ir a estudiar Física en Bariloche, en el *Instituto Einstein*.

Clavó su mirada en mí y continuó:

—Y vos... Maryam... con apenas catorce años lograste descubrir tu vocación gracias al viaje que efectuamos a San Ramón de la Nueva Orán. Y ahora, está claramente decidido que dejarás de ir al colegio, pero... no por ello dejarás de aprender.

—¡Obvio! Yo seguiré leyendo los libros que me gustan.

Mi papá se rió de mis palabras.

—No me refería a eso cuando dije que no dejarás de aprender.

—¿Entonces?

—Me refiero a que vas a quemar la etapa del secundario para vivir otra sumamente superior... Creeme, lo que te enseña la vida diariamente jamás lo aprenderás en ningún colegio.

Recordé las innumerables enseñanzas que los viajes me habían dejado como legado... y ¡qué decir del solo hecho de tratar con personas de otras provincias! ¡¡¡Hermosas experiencias!!!

—Todo el sistema educativo actual no permite al alumno descubrir su vocación— continuó diciéndonos mi papá— Los mejores años de la vida se desperdician tras la meta de aprobar materias, con una metodología que no ayuda ni siquiera a decidir cuál es la profesión para cada alumno, conforme a sus intereses y capacidades.

—¿Es por eso que Mica no tiene una pasión?— pregunté.

—Lamentablemente, así es Mary. Tu hermana repitió mecánicamente lo que le transmitieron en todos los institutos por lo que pasó. ¡Mirate vos!— me expresó de repente— ¡¡¡Cuánto creciste este año, y en todos los sentidos!!!, y eso no fue gracias al colegio sino gracias al apoyo incondicional que te brindamos tu madre y yo, a partir de tus diez años que es cuando nos pediste que querías bailar árabe. Escuchar los intereses de nuestros hijos y motivarlos a que sean mejores y distintos, es una tarea que se hace en casa, no en la escuela. En realidad, ¡no hay mejor escuela que la propia casa!

En ese instante recordé que muchos mayores solían decir que por ser la última hija recibiría menos atención, sin embargo recibí la mejor educación de parte de mis padres. Porque ellos estuvieron aprendiendo a ser papá y mamá con Micaela, avanzaron con Gabriel y terminaron “recibiéndose” conmigo.

—¡Gracias por ser mis hermanos!— expresé con amor mirándolos a ambos.

Por lo visto mi mamá comprendió profundamente lo que agradecí, pues se acercó por mis espaldas para darme un beso en el cabello.

— Cambiando de tema Mary — dijo mi papá — No podremos ir a las finales nacionales en Buenos Aires.

— ¿Por qué no? — pregunté afligida.

— Viajar en la *Kango* hasta allá es ¡prolongado y peligroso!, e ir en colectivo ¡está carísimo! sin hacer mención de lo que debe costar una estadía para tres personas. Lamentablemente no se va a poder.

Bajé la mirada entendiendo que, a causa del dinero, un viaje soñado se desvanecía en mí.

— ¡¡¡Hay que seguir con la construcción de tu academia!!! — me animó — Con el dinero que nos prestaron tus abuelos, ¡vamos de maravilla!

— ¿Vos decís que estará todo listo en marzo del año que viene? — le pregunté.

— Y mirá, por cómo avanzan los albañiles, es muy probable que sí. Mañana a la mañana iré al Corralón a comprar una puerta de madera para el baño.

— ¿El baño? ¡Pero ni siquiera están puestos los ladrillos!

— No importa, la guardaremos en el living hasta entonces. También voy a encargar que nos traigan las correas de hierro para el techo.

— ¿Correas?

— Sí, correas de hierro — repitió mi papá — Son las que sujetarán las chapas de zinc y las traslúcidas.

Finalicé la charla con un “Ahh...” sin ser consciente todavía qué tanto de “cosas de albañiles” estaba aprendiendo. Mientras que sí era consciente qué tanto me animaba a soñar e imaginar mi academia terminada...

Ese mismo día, a la noche, me fui a dormir un poco tarde.

Estaba en mi computadora viendo las fotos de los distintos álbumes de los diferentes viajes y momentos surgidos gracias a la danza, cuando noté que no tenía ninguna foto en la que aparezcan las devoluciones de cada jurado.

Repentinamente se me ocurrió algo. Agarré de mi escritorio el afiche amarillo que el profesor de Geografía nos había hecho comprar y que al final, jamás lo utilizamos. Busqué un lápiz, la regla, la tijera y la plasticola dentro de mi cartuchera del colegio, y me dispuse a hacer un hermoso y amplio sobre con la mitad del afiche amarillo. Por encima le pegué una foto mía que me encargué de imprimir, poco antes, en la impresora. Busqué las devoluciones que, hasta entonces, estaban siendo guardadas trasapeladas junto a los certificados y constancias. Las

separé y las metí a todas en el interior del sobre amarillo que hice. Lo coloqué en el cajón de mi escritorio y, antes de cerrarlo, miré por última vez aquella foto que pegué encima... ¡bailando con las wings!

—Esas alas... — pensé mientras acaricié la foto — ¡Hay unas auténticas en mi ser que solamente yo las siento!

Cerré el cajón y le di dos vueltas a la llavecita en la cerradura. Allí estarían por siempre las devoluciones. Quizá para muchos no son más que “papelitos”, sin embargo para mí ¡son palabras que me permiten seguir progresando en lo que tanto amo!

Fui a mi dormitorio y, antes de apagar la luz de mi lamparita, me reí de todas mis medallas y trofeos que sin duda alguna se llenaban de tierra en la repisa.

—¡Que las arañitas los protejan! ¡¡¡Los verdaderos premios están protegidos bajo llave!!!

Luego de mis peculiares risas, me dormí. Y recuerdo que soñé que en ese cajón de mi escritorio, había otro sobre... en su interior se guardaban devoluciones también; pero en su parte delantera, en vez de una foto mía, había una palabra de siete letras formada con cartulina que parecía brillar hasta con el cajón cerrado. Esa palabra era: ALUMNAS.

Al día siguiente, viernes, luego de desayunar café con leche y ponerme el uniforme, me dirigí hasta la esquina de mi casa, a la parada del colectivo. Y desde que subí al colectivo, escuché una y otra vez usando los auriculares de mi MP4 *El poder de los sueños*, una bellísima canción de *Alejandro Lerner*, interpretada por *Bandana*. Más que una letra inspiradora, es una música que siento y entiendo en lo más profundo de mi alma... porque hace a mi esencia y me recuerda que ¡nunca debo dejar de soñar!

Bajé del colectivo y mientras recorría la cuadra del colegio, fui guardando los auriculares junto al MP4 en el bolsillo de mi chomba. Crucé la puerta del establecimiento e ingresé al aula de mi curso. Al parecer ya eran un poquito más de las 08:00 horas, pues el profesor de Historia ya había dado inicio a su clase sobre “La Segunda Guerra Mundial” en el pizarrón.

No bien me senté en la silla de mi banco, sentí algo extraño... como si desde hace tiempo estuviese ingresando por la puerta equivocada... En ese instante me fue imposible hacer callar a ese pajarito en mi interior, dueño de esas preciosas alas que no paraban de crecer...

—¿Por qué tener que estar aquí en un pupitre del colegio si la felicidad, la pasión y la vocación de mi vida moran y se encuentran en un escenario?

CAPÍTULO 32

“Show abortado”

¡¡¡Quedaba exactamente una semana para que bailara por primera vez en mi vida con música en vivo junto a una Orquesta!!! Doy testimonio de que a veces la palabra FELICIDAD ¡¡¡no es suficiente!!!

La coreo de apertura del Show en el Ballet ¡ya estaba terminada! En cuanto al solista que yo realizaría, ¡lo tuve que marcar en mi mente! Mi lugar de baile siempre era en el living de mi casa y, como estaba siendo bombardeado por baldes, ventanas, puertas y demás elementos de construcción, ¡qué se iba a poder bailar! De hecho, ¡apenas si se podía caminar!

Como aquella era la última semana de ensayo, Verónica nos hizo ir hasta la Academia para que practiquemos allá todas juntas. Primero las nenas, después nuestro grupo, luego el Ballet y así íbamos rotando...

En un momento, mientras las nenas ensayaban frente al espejo, Daniela se alborotó al no recordar una parte de nuestra coreo.

— A ver, ¿qué parte no te acordás? — le preguntó Rosario.

— Es casi a la mitad de la música... Cuando hacemos la fila en el centro ¿para qué lado girábamos?

Rosario se quedó muda, por lo visto ella se olvidó también. Ambas clavaron su mirada en mí.

— Vos te abris hacia la izquierda — le dije a Daniela — Y vos hacia la derecha — le aclaré a Rosario.

— Ah ¡sí! ¡¡¡Cierto!!!

— Es verdad, ¡qué buena memoria Mary! Y de ahí vos ya te quedás en el centro.

— Exacto — asentí.

— Hace tanto que no bailamos esta coreo que ya se me olvida — comentó Daniela.

— ¡Gracias a Dios te tenemos a vos, Mary! ¡¡¡La mente del grupo!!! — expresaron mientras me apretaban con sus abrazos.

— ¡Ahora practican las chicas del club! — exclamó nuestra profesora mirándonos a nosotras, a la par de señalarles a las nenas que descansen un rato.

Nos situamos frente al espejo, Vero largó la música y ensayamos. No obstante, a mitad de la melodía nuestra profesora detuvo con brusquedad la música, precisamente en la parte que habíamos estado recordando momento atrás.

— ¿Por qué girás Maryam? — me interrogó Verónica.

No comprendí a qué se estaba refiriendo, así que le pregunté:

— ¿Cómo que por qué giro?

— Ay Maryam, ¡Dios mío! — me vociferó — Mientras Daniela gira a la izquierda y Rosario a la derecha vos ya quedás en el centro. ¡¡¡No tenés que girar!!!

— Pero Vero, yo hago de relleno un giro en el lugar mientras ellas se acomodan a los lados con sus giros — le dije.

— No Maryam, no es así.

— Lo que te dije es lo que marcaste para el espectáculo de septiembre — le recordé.

— Haceme un favor ¿querés? ¡¡¡Quedate quieta en el lugar mientras ellas giran!!! ¡¡¡Porque es así la coreografía!!! ¡¡¡NO SOS MÁS QUE UNA ALUMNA PARA QUE QUIERÁS CAMBIAR LO QUE YO MARQUÉ!!!

Todavía dolida debido a sus gritos hacia mí, expresé confundida:

— Está bien, no giro.

Regresó hacia el equipo y justo antes de volver a iniciar la música, vociferó:

— DEJÁ DE SER TAN CREÍDA ¡POR FAVOR! ¡Y DEJÁ DE BLANQUEARME LOS OJOS! ¡¡¡YO SOY LA PROFESORA!!!

Absolutamente todas sus alumnas estaban allí en la Academia esa tarde de ensayo. Más que preguntarme qué habrán pensado sobre lo que acababa de ocurrir, empecé a sentir que quería dejar de ser alumna de Verónica Cardozo.

Poco antes de que el ensayo general acabase, me acerqué a Rosario.

— Tu mamá nos filmó con tu celular en el espectáculo de septiembre, ¿no?

— Sí Mary. ¿Por qué?

— ¿Me podés mostrar el video de la coreo que estuvimos practicando hoy?

— Claro, no hay problema.

Mientras sacaba su celular y buscaba el video, Daniela me preguntó:

— ¿Por qué Vero te trató así?

— Lo mismo me pregunto — le dije — Desde hace meses que la noto demasiado rara conmigo.

— Y habló con ella pué — me aconsejó.

— ¡Un montón de veces he querido hablar con ella! Pero, o está ocupada con algo, o finge no poder escucharme. Cuando en realidad sé que “no quiere” escucharme.

Daniela se asombró con lo que le expresé.

— Acá está el video Mary — me pasó el celular Rosario.

Arrastré el cursor táctil de la barra de video para directamente ver la parte monótona de los giros. En lo que comprobé que Daniela giró hacia la izquierda y Rosario hacia la derecha, vi que una bailarina con rulos en el centro del escenario realizó un giro en el lugar.

— ¡¡¡Que alguien me explique qué le pasa a mi profesora conmigo!!! — pensé entristecida.

El día miércoles amanecí con un terrible dolor de garganta. Tomé mi café con leche de siempre, no obstante ¡fue como si no hubiese desayunado!; no le sentí el sabor ni en lo más mínimo.

Al avisarles a mis papás cómo me sentía, me dijeron que lo mejor sería que me quedase en cama a descansar.

— ¡No! — les exclamé — ¡¡¡Debo ir al colegio!!! Solamente me quedan cuatro faltas.

— Ay, ¡tenés razón! — recordó mi mamá.

— Preparate para ir entonces. Yo te llevo en la *Kangoo* — ultimó mi papá.

Durante la jornada en el colegio, seguí igual... Sin ni siquiera suponer lo peor que podría llegar a estar.

— ¿Qué tal el colegio? — me preguntó Micaela al entrar a la casa.

— No hicimos gran cosa, los últimos días de clases siempre son así — le contesté.

— ¿No vas a comer los fideos con manteca que preparé? — me expresó mi papá.

Y junto a un “No” me fui a acostar en mi cama. Estuve a punto de dormirme cuando, repentinamente, unos labios sobre mi frente me despabilaron de la pesadez física que estaba sintiendo.

— ¡Estás con fiebre! — me dijo mi mamá mientras abrí los ojos — Voy a traer el termómetro, así verifico — finalizó.

Al regresar con el termómetro, lo colocó en una de mis axilas.

— Antes de dejarla a la mamá en el trabajo, vamos a pasar por el *I.P.S.* a comprar una orden para llevarte al médico — señaló mi papá al entrar en mi habitación.

— Bueno — fue lo único que pude decir pues sentí que mi voz se iba a resquebrajar.

— Regresamos a las cinco. De ahí nos vamos al médico, ¿sí Mary?

Iba a asentirles con la cabeza hasta que recordé que tenía ¡ensayo con el Ballet a las 16:30! Hice un gran esfuerzo en pronunciar:

— ¡Tengo árabe!

— No vas a ir Mary, ¡mirate cómo estás!

— ¡Pero el Show con la Orquesta es este viernes! Al menos podría ir y presenciar el ensayo de hoy.

Mi papá y mi mamá se miraron. A lo que él habló:

— Te llevamos a árabe entonces y luego vamos al médico.

— ¡Tenés 38.0° de fiebre! — pronunció mi mamá al mirar el termómetro.

Gabriel se encargó de despertarme poco antes de que nuestros papás llegasen, para dejarme en danza tal como habíamos acordado.

Al entrar al salón del club, cuando Verónica me vio, no hizo más que clamar:

— ¡Tarde Maryam! ¡¡¡Media hora tarde!!!

— Perdón Vero, es que mis papás me trajeron.

Y sin permitirme que termine de explicarle la situación, ella siguió:

— Ponete la caderilla para que podamos seguir con el ensayo.

Se acercó al equipo de música, en lo que aproveché seguirla y contarle lo que me pasaba.

— Vero, no me siento bien... — expresé — Por lo visto me enfermé.

Su cara reveló aturdimiento.

— ¿No fuiste a hacerte ver? ¡Mirá que tenés que estar más que bien para pasado mañana!

— Después de acá voy al médico. ¡¡¡Me muero por bailar con música en vivo!!! así que espero mejorar — le dije con simplicidad.

— Ponete la caderilla — expresó con rapidez.

— ¿No me puedo sentar en las colchonetas y ensayar mentalmente desde ahí? Porque la verdad que ¡no tengo fuerzas!

— ¡Ponete la caderilla! — me repitió.

Claro está, aquella era una orden para que de igual manera ensayara con las chicas. Y al estar frente al espejo, hice lo que pude... Noté en mí misma una Maryam que estaba siendo consumida por una ardiente temperatura a causa de la fiebre.

Ya en el consultorio de mi pediatra, luego de examinar mi estado de salud en general, informó dirigiéndose a mis papás y a mí:

— Faringitis aguda. Es una infección que en la gran mayoría de los casos la produce un virus. Los síntomas son evidentes: dolor de garganta, náuseas, fiebre y dolores musculares.

— ¿Cuál es el tratamiento? — le consultó mi papá al doctor.

— Primero que nada, no se requiere ningún tipo de antibiótico pues, como mencioné, es un virus. Generalmente mucho reposo es suficiente para superar la faringitis, como así también beber mucha agua para aliviar la sequedad y calmar el dolor en la garganta.

De repente, fijó su mirada en mí.

— Mi querida Maryam, vos que sos bailarina, lamentablemente, no vas a poder bailar dentro de un marco de cinco días por lo menos. Así evitarás transpirar para no quitarle agua a tu cuerpo, de lo contrario estarías haciendo el proceso inverso del tratamiento. De igual forma, la pesadez en tu cuerpo que me decís que sentís, no te va a permitir bailar en los próximos días.

— ¿QUÉ? — exclamé — No puede ser... este viernes tenemos un Show en la Academia... es un sueño para mí... ¡¡¡No es posible que no pueda bailar!!!

— Hay que evitar complicaciones — intentó tranquilizarme — Si los síntomas son severos, un análisis de sangre va a ser necesario para la detección de la infección. Rara vez la faringitis aguda causa problemas crónicos; no queremos llegar a ese estado así que ¡a descansar por varios días!

Poco antes de irnos del consultorio, mi mamá le pidió un certificado médico para justificar mis inevitables inasistencias en el colegio.

— Si es posible, ¡una para danza también! — comentó mi papá.

— ¿Por qué? — le pregunté molesta — Podría mejorar hasta pasado mañana y bailar...

— Sí mi tesoro, lo sé. Pero sirve también para la clase de ahora a las 19:00 a la que no irás, ya escuchaste al doctor.

De regreso a casa, le mandé un mensaje de texto a Verónica por celular diciéndole que no iría a la clase de mi grupo porque tenía faringitis aguda y debía hacer reposo, para así poder bailar en el Show del viernes; pero, incluso con el transcurso de las horas, mi profesora no me respondió absolutamente nada. No me sorprendí ante su silencio, pues no era la primera vez que ignoraba mis mensajes.

Aquel miércoles a la noche, no pude dormir tranquila... Mi corazón no dejó de esperanzarse en que pronto mi salud sería estable para seguir bailando.

El día jueves estuve en cama todo el día. Los 39.7° de fiebre que tuve, ¡apenas si me dejaban respirar! Gracias al antiinflamatorio con *ibuprofeno* que mi mamá me dio junto a una taza de té, mi insoportable ardor bajó. Y, buscando en mi mente algo mejor en qué pensar en lugar de “admirar” el techo de mi habitación, recordé la impotencia que era tener inasistencias injustificadas en el colegio cada vez que viajaba a los distintos certámenes de danza, a pesar de que mis papás presentaban los certificados de participación con las fechas precisas; pues según la institución, esta situación no es justificable. Sin embargo ahora que no

asistía al colegio por estar enferma, el preceptor me justificaba las inasistencias con el certificado médico.

Finalmente el día viernes, ¡DÍA TAN ESPERADO PARA CONCRETAR UN SUEÑO MÁS EN MI VIDA!, me desperté cerca de las doce del mediodía; pero... con una real pesadilla en mí... ¡40.0° de fiebre! Me levanté de la cama como pude para ingerir nuevamente un *ibuprofeno*, esta vez junto a un vaso de agua. Más al mediodía, comencé a sentir unas terribles náuseas que ¡ni me permitían oler el almuerzo que mis papás preparaban para Micaela y Gabriel! Vasos de agua y más vasos de agua... es lo único que mi estómago podía recibir.

Sin poder aceptar la realidad que estaba padeciendo, me fijé la hora en mi celular que se hallaba en la mesita de luz. Eran las 19:00. ¡Exactamente una hora y el Show junto a la Orquesta empezaría! Me levanté de la cama y, queriendo caminar para dirigirme al baño, ¡me caí sobre la alfombra de mi pieza! ¡¡¡No tenía ni las mínimas fuerzas para equilibrar el peso de mi cuerpo!!!; pero las pocas fuerzas que quedaban en mi espíritu, puesto que las demás sin duda alguna estaban siendo lastimadas por mi propia profesora, me obligaron a pararme. Ya de pie, fui al baño a refrescarme la cara con abundante agua fría. Al regresar con lentitud a mi pieza, agarré mi estuche de portacosméticos y comencé a maquillarme.

—Mary, ¿qué hacés?— me preguntó desconcertada Micaela, al ingresar a la habitación.

—Me preparo para el Show.

—¡Pero estás enferma! ¡¡¡No podés bailar!!!

—No puedo pero ¡sí quiero!— le grité mientras unas lágrimas empezaron a correrme el delineado de los ojos.

Micaela, corriendo fue a decirles a los mayores lo que me encontraba haciendo. Ya cuando estuvieron conmigo, me hicieron entrar en razón.

—Maryam, ¿qué pretendés hacer?— vociferó mi papá.

—Bailar el grupal del Ballet con la Orquesta.

—¡Hoy tuviste 40.0° de fiebre!, ¡no comiste nada en todo el día! y ¡se te nota en la cara que no tenés energías! ¿Cómo pensás bailar así?— siguió exclamándome.

—Es que Verónica...— continué con las lágrimas en mi mirada— ... ¡¡¡tengo que bailar o si no me va a retar!!! Pensé que mejoraría hasta hoy, ¡pero estoy peor!— concluí todavía llorando.

—Quedate tranquila— me expresó mi mamá— Nosotros nos encargaremos de esto.

Mi papá negó con la cabeza. Agarró mi celular del velador y a la par de entregármelo, me dijo:

— Comunícate con ella, aunque sea mandale un mensajito.

Me sequé las lágrimas de mis ojos que, hasta tanto, ya se habían encargado de borrarle lo que tenía de maquillaje, y escribí:

— ¡Hola Vero! Todavía no mejoré de mi faringitis, incluso ¡estoy peor! Y se me siguen cayendo las lágrimas porque no voy a poder bailar hoy. Espero me entiendás... ¡éxitos para todas!

Envié el mensaje. Los minutos fueron pasando y no había palabras de su parte. Hasta que el celular sonó emitiendo una llamada.

— ¡Es ella! — vociferé.

— ¡Dame! Yo voy a hablar con ella — me arrebató el celular de las manos mi papá.

Atendí la llamada y, claramente, escuché la conversación a medias.

— No, no bailaré... No puede realizar algo así... ¡Tiene cuarenta de fiebre!... ¡El médico no la autoriza!... Sí, entiendo que su ausencia arruinará la coreografía... ¡¡¡Yo soy su padre!!!... La verdad no sé decirte si estará mejor o no para el Show del domingo...

— Cortó la llamada — me dijo indignado al entregarme el celular.

Me dio un beso en la frente y luego me expresó:

— Volvé a la cama Mary. Esto es algo completamente ajeno a tu voluntad.

Me dormí, y cerca de la medianoche un mensaje de texto me despertó.

— Mary, ¡mi cielo! Espero que estés bien, esperaba verte hoy en el Show con el Ballet. No sé qué pasó que no fuiste; pero Vero anduvo muy enojada hablando de vos. ¡Besitos míos y de mi mami! Romina.

¡¡¡Romina!!! Ay... ella y su mamá ¡siempre tan atentas! Desde que nos conocimos aquel día en que Vero la mandó para que la suplantase en la clase, ¡éramos como hermanas!

— ¡Romi! — escribí — Estoy muy enferma, y ahora triste también porque mi sueño de bailar en vivo con una orquesta quedó en vano...

— ¡Mary hermosa! ¡Tranquila! A lo mejor por algo tuvieron que suceder así las cosas. Dios quiera que estés plena de salud lo antes posible, y que nos veamos prontito otra vez. Mi mamá te manda un gran abrazo.

— ¡Gracias! Decile a tu mami que la quiero mucho, igual que a vos.

Al día siguiente, sábado, amanecí bastante mejor. El cuerpo ya no me dolía tanto... no me pesaba a tal punto de no permitirme caminar. Las náuseas desaparecieron, el dolor en la garganta siguió, pero lo bueno

fue que no tuve hiperpirexia, ¡apenas si tuve febrícula! Degusté pizza hecha por mi papá, y eso fue un completo manjar, después de los días que no había comido nada.

Durante la tarde leí un libro de *Oscar Wilde* acostada en mi cama. Eso me hizo bien... sosegada y a solas en un repleto mundo de palabras.

Más entrada la noche, Verónica me mandó un mensaje por el celular. Quizá recapacitó ante la enfermedad que estaba pasando una de sus alumnas, ya que la sentí muy amable.

—Hola mi reina, espero que hayas mejorado. Necesito saber si cuento o no con vos para el Show de mañana a la noche. ¡Besos!

—¡Vero! Ya estoy mejor así que el médico sí me autoriza a que baile mañana.

—Bien, gracias por responderme. Tus compañeras y yo te esperamos mañana entonces.

—Allí estaré poco antes de las 20:00. ¡Miles de besos!

A la novecita del domingo, mientras me terminaba de maquillar frente al espejo de mi habitación, escuché sonar el timbre.

—¡Debe ser Ariana!— exclamé— Por favor, háganla pasar.

Días atrás habíamos quedado en que iríamos juntas al Show; más bien, mis papás nos llevarían en la *Kangoo* y de paso, por qué no, mi nueva amiga conocería mi casa.

—Me pego las pestañas postizas y ya nos vamos— le dije luego de saludarla.

—Dale Mary, tranqui vos.

Al acabar con el maquillaje, Ariana me expresó:

—Mirame Mary.

La miré y siguió:

—Estás un poco pálida, ¿puede ser?

—Puede ser... Estuve muy enferma los últimos días.

—¿Qué te pasó?— me preguntó preocupada.

—Estoy saliendo de una faringitis aguda. ¿No sabías nada?

—¡Ay no Mary, qué feo! No sabía nada— me respondió— Acordate que por ser nueva no estaba yendo a las clases, porque como vos y las chicas debían practicar la coreografía que hoy presentan, quedé con Vero en que después del Show retomo. En fin... no sabía que estabas enferma.

—Claro, es verdad. Y no entré a *Facebook* estos días para contarte.

—¿Igual bailaste el viernes?— me preguntó confundida.

—No, no pude bailar— le conté con tristeza— ¡Y Verónica se enojó

bastante!, por lo visto no se pone en los zapatos de una alumna muy enferma.

— Eh, qué mal... Pero es lógico, ¡¡¡debías cuidar tu salud!!!

Recogí el traje para bailar la coreografía grupal con las chicas y el CD de música junto a mi otro traje para la presentación solista como egresada. Seguidamente nos fuimos.

Al llegar a *Peña "La Paisana"*, mis papás y Ariana abonaron las entradas. En un santiamén ya me encontré en uno de los baños para cambiarme.

— Yo hago la guardia en la puerta hasta que vengan Daniela y Rosario, así saben que estamos acá — me dijo Ariana con simpatía.

Poco después de haber quedado lista para bailar el trío con mis amigas, ellas llegaron. Se cambiaron volando pues no quedaba mucho tiempo para el inicio del Show. Recorrimos con rapidez el lugar por los pasillos junto a las mesas, con el objetivo de encontrar a nuestra profesora.

— ¡Apurémonos chicas! — exclamó Rosario — ¡Hay que preguntarle a Vero en qué número bailamos!

De repente me detuve. Me quedé admirando cómo los integrantes de la *Orquesta Menfis* afinaban sus instrumentos arriba del pequeño escenario que disponía la peña. De haber podido revertir el tiempo hasta el día viernes ¡lo hubiera hecho sin dudarle ni un segundo! Tanto soñé bailar con ellos como para que mi enfermedad ¡lo arruinase todo!

— ¡¡¡Ahí está!!! — nos avisó Ariana que ayudaba en la búsqueda también.

Corrí con ellas hasta arrimarnos a Verónica. Mis compañeras la saludaron y cuando yo quise hacerlo, ¡mi profesora me apartó la mejilla de la cara! ¡¡¡Eso dolió más que las blanqueadas de ojos de las chicas del Ballet!!!

— Vero, ¿qué número es el nuestro? — le preguntó Daniela.

— Son el número nueve — comunicó — ¡Ariana qué lindo verte presente! ¡¡¡La próxima ya bailás con las chicas!!!

— ¡Seguro que sí profe! — le agradeció Ariana.

Mis amigas regresaron corriendo al baño, quizá querían darle unas últimas correcciones al maquillaje frente al espejo. Verónica se estaba a punto de alejar, hasta que le toqué el hombro para preguntarle:

— ¡Vero! ¿Y qué número es mi solista?

Me miró enfadada.

— ¿Qué solista? No viniste el viernes así que no pienses que vas a poder bailar tu coreografía con la Orquesta.

— ¿Qué? — reaccioné con rapidez — No me refería a eso sino al solista con la pista del CD por ser egresada.

— Ay Maryam, ¡no sé! No hay más tiempo en el Show para que bailés lo tuyo.

¡¡¡Sentí como si me hubiese tirado una roca!!! ¡¡¡Una enorme piedra que no hizo otra cosa que dañar mis alas soñadoras!!!

— Pero Vero, ya quedamos en que lo bailarías y...

Se dio media vuelta y se fue. Ningún sentido tenía que terminase de emitirme mis palabras que eran el claro reflejo de lo que estaba sintiendo, ¡si me dejaba hablando sola!

Encaminándome al baño para regresar con mis compañeras, ¡me topé con Eliana, Anahí y Karina! ¿Qué hacían las chicas del Ballet allí? Sea lo que fuese, cuando me vieron ¡¡¡me cortaron la mirada con más frialdad que nunca!!!

Cuando el número nueve llegó, Rosario, Daniela y yo nos situamos en la parte delantera del escenario, ya que arriba solamente estaban los músicos de la Orquesta. La música a través del CD se inició y mientras bailaba, intenté sonreír. Sin embargo fue en vano... ¡no pude más que expresar tristeza! Me dolía tanto ver la realidad del daño que Verónica le estaba haciendo a mis alas... ¡a mi propia vida!

Nuestra coreografía terminó mientras el público, sentado a las mesas, aplaudía con fervor. Al acercarnos a Ariana, luego de sus halagos hacia nosotras, hizo una seña de que nos calláramos.

— ¡Ahora baila el Ballet! ¡Mirá de diosas que están todas las chicas!

Dirigí mi mirada hacia ellas y, claro está, Verónica junto a las chicas estaban bailando una música interpretada por la *Orquesta Memphis*. Advertí que se trataba de una coreografía que ellas ya tenían de hace un tiempo; de hecho, el traje que utilizaban era uno de los que Vero me informó que debía confeccionar para cuando me integrase a esa coreografía.

— ¡Ya pasaron meses desde que tengo listo ese traje! Y hasta ahora, mi profesora nunca me enseñó esa coreografía... — recordé — Cuando apenas comenzó a marcármela, terminó diciéndome que ya no había tiempo de que la aprendiera.

Los divisé a mis papás en una de las mesas. Me dirigí hasta ellos y al llegar me agaché a la altura de la mesa, para no estorbar la visión del espectáculo de las personas que se encontraban más atrás.

— ¿Qué te pasó Mary? ¡¡¡Vos no bailás así!!! — se preocupó mi papá.

Mi mamá, por lo visto queriendo consolarme aun sin saber lo que me pasaba, expresó:

— ¿Querés ir cambiándote con el traje para tu solista de egresada?
¡El típico nudito me ahorcaba en el fondo de mi garganta! Tragué saliva queriendo tragar el nudo también, a lo que les dije:

— No bailaré el solista.

— Eh, ¿por qué? ¿Te volvió a doler el cuerpo? ¿Te agarró fiebre otra vez?

Al parecer, cuando creí tragar el nudito de mi garganta momento atrás, ¡solo logré que se agrandara! A lo mejor eso ocurría cuando se llevaba soportando un dolor por tanto tiempo...

— Verónica me dijo de mala gana que no hay tiempo para mi coreografía — les conté mientras el lastimoso sentimiento se escurría por mis ojos — ¡¡¡NO QUIERO QUE SIGA SIENDO MI PROFESORA!!! ¡¡¡YA NO AGUANTO MÁS!!!

Mis dos ángeles cruzaron una mirada comprensiva.

— ¡¡¡Qué mal Verónica!!! ¡Da ganas de decirle! — pronunció mi papá — Pagamos \$60 por las entradas y nos obligaron a consumir algo porque este lugar es una peña. ¿Y todo para qué? Para verte bailar una coreografía que ya conocemos de memoria y para que vos terminés llorando.

— Hoy es nueve de diciembre — dijo mi mamá queriendo apaciguarlo a mi papá — ¿Cuándo es el examen final, Mary?

— Calculo que antes de las fiestas.

— Sería inútil que te cambiemos de Academia cuando estás a semanas de tener tu título de profesora. ¿Me entendés?

Asentí con la cabeza mientras intenté minimizar mis lágrimas.

— ¡Hacé un último esfuerzo mi tesoro! — concluyó mi papá — Pensá en la construcción de tu academia... ¡la libertad que vas a conseguir teniendo tu espacio, que es una bendición de Dios!

¿Libertad? Eso sonaba muy bonito... Sin embargo, ¿cómo volar teniendo las alas lastimadas?

— Me voy a cambiar — les dije a la par de agarrar mi bolso con la ropa — Cuando venga ¿podemos irnos a casa?

— Lo que vos digás — me expresaron con amor.

Caminando hasta llegar al baño ¡las lágrimas se me seguían cayendo! Repentinamente, una mujer me habló.

— ¡Maryam! ¡¡¡Bailaste precioso con tus compañeras!!!

¡Noté que se trataba de la hermana de Verónica!

— ¡Gracias! — le dije mientras me sequé un poco las lágrimas.

— ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

— No, no estoy bien. Sucede que Vero no me permitió bailar el solista

como egresada... y bueno, ni mucho menos pude bailar el solista junto a la Orquesta el día viernes porque estoy saliendo de una enfermedad.

La hermana de mi profesora ¡me miró impresionada!

—No entiendo, ¿por qué no te permitió bailar como egresada? Todas las que se reciben este año están haciendo sus presentaciones como solistas... ¡Mirá! — me indicó que las observara.

—Sí, ya lo sé, pero según ella ya no hay tiempo para que baile.

—¡Ve! ¡Qué tontera! — siguió sorprendiéndose — ¿Cuándo dura el tema? ¿Cuatro... cinco minutos o no?

—¡¡¡Sí!!! ¡Más que eso no dura!

—¡Qué raro! — continuó asombrándose.

Nos despedimos mientras recordé lo dulce que fue siempre conmigo. Siendo exacta, nos conocíamos desde que yo había ingresado a la Academia seis años atrás.

Ya cambiada y con las lágrimas completamente secas, fui hasta la puerta; mis papás ya me estaban esperando allí. Miré una última vez a cada uno de los chicos de la *Orquesta Memphis* tocando vivamente sus instrumentos. ¡Nuevamente sentí ganas de llorar al percibir lo lastimadas que se encontraban mis alas!

Aquello fue sentir en carne propia qué tanto duele que jueguen y dañen tus sueños en la vida; pero ¿existía al menos una persona que se colocase por un minuto en mi lugar, comprendiendo qué tan enorme resulta ser el dolor cuando la causante de las heridas es tu propia profesora?

CAPÍTULO 33

“¡Expulsada!”

Ir hasta el jardín y ver cómo esa preciosa construcción tomaba forma, ¡era de no creer! Con exactitud, antes de empezar con la primera hilada de ladrillos sobre las vigas de arrastre, por indicación de mi papá, los albañiles pegaron sobre aquellas vigas, ya llenas de hormigón, membrana asfáltica como capa aisladora.

— ¿Para qué se pone eso? — le pregunté a mi ingeniero.

— Es para que la humedad que tiene el suelo no suba y degrade los revoques, muros y revestimientos en general.

A la par de ubicar con mezcla los ladrillos, Efraín e Iván fijaron los marcos de las puertas; los de las ventanas aún no, pues claramente se requería la elevación adecuada de pared para asentarlos. Asimismo, era extraño ver en nuestro garaje la hormigonera de los albañiles en lugar de la *Kango*. La bella protagonista de mis viajes debía permanecer junto al cordón de la vereda mientras los trabajadores utilizaban esta máquina. A su vez, ver cómo las bolsas de cemento se consumían en el interior de la hormigonera, se asemejaba al estómago de un niño tras haber masticando sus caramelos con extrema velocidad.

Mirar los ladrillos elevarse, me producía incontables sonrisas... Era maravilloso percibir que la alegría que creía estar perdiendo a causa de mi profesora, revivía gracias a la construcción.

Después del Show del fin de semana, el lunes Vero no dictó clases y, como de costumbre, Romina fue la suplente. Y el día miércoles, cuando fui al salón del club para la clase habitual del Ballet, aconteció un hecho que dañó aún más mis alas...

— ¿MARYAM? ¿QUÉ HACÉS ACÁ? — me interrogó Verónica no bien me vio ingresar al salón.

Allí ya estaban las chicas también... listas para iniciar con la preparación de las coreografías para ser presentadas en el espectáculo de fin de año de la Academia.

— Vengo a la clase — le dije con clara evidencia.

— ¿Por qué? Si ya no sos parte del Ballet.

Me quedé mirándola confundida.

— Hablé con tu papá diciéndole que ya no íbamos a contar con vos por lo que pasó. Es mucha responsabilidad ser integrante de un Ballet... ¡por lo visto no lo entendés! ¡¡¡Ya son dos veces que nos fallás Maryam!!! — me exclamó.

— ¿Hablaste con mi papá? De haber sido así me hubiera informado

lo que me estás diciendo.

– ¡¡¡El mismo día del Show hablé con él por celular!!!

– Ah sí, cuando cortaste la llamada – le dije con seriedad.

– Como sea, ya no tenés que estar acá. Con tu grupo te complementás mejor, así que ahí solamente vas a seguir.

A lo mejor tendría que haber surgido en mí ese clásico nudito que me informa que lo que estoy sintiendo va a ser expresado en gotitas a través de mis ojos, sin embargo no pasó nada... no sentí nada. Las miré por el espejo a Eliana y a las demás chicas; me miraban con vanidad como si estuviesen orgullosas de que Verónica me echase del Ballet. En ese instante comprendí que no había conmociones en mi interior pues claramente no hay nada que sentir al dejar de ser parte de un lugar en el cual no era feliz.

Sin embargo, debía dejar algo en claro...

– Está bien Vero, sigo solamente con el grupo de las 19:00 – expresé asintiendo con la cabeza – Pero te estás equivocando, porque les fallé una sola vez nada más: la contratación de dragones y princesas.

– ¿QUÉ? – me gritó alterada – ¡¡¡Dos veces Maryam!!! ¡¡¡Fueron dos veces!!! Retirate por favor que tengo que empezar la clase con estas grandiosas bailarinas. ¡Te veo a las siete!

Me despedí de ella y me fui, mientras las miradas y gestos de las chicas seguían demostrando arrogancia.

Caminando hasta la parada del colectivo, ¡surgieron unas lágrimas en mí!; pero no porque mi profesora me sacó de su Ballet, sino porque pisoteaba mis ilusiones... y sobre todo porque soñar desde un principio ser parte del Ballet, terminó siendo una dolorosa pesadilla.

Al llegar a casa, les relaté a mis papás lo sucedido. Y tal como lo supuse, Verónica me mintió en la cara.

– O sea, ¿ella no te dijo nada aquel día que hablaron por celular?

– No mi tesoro, absolutamente nada referente al Ballet – me respondió mi papá.

– Cuando vayás ahora a la noche, si la situación está más calmada, preguntale cuándo será el examen – me dijo mi mamá.

– ¡Sí! Debemos hablar sobre el examen; pero... ¿no puedo decirle también el daño que me está haciendo? ¿O pedirle mínimamente que deje de arruinar mis sueños? ¿Ni mucho menos que me estoy muriendo de las ganas, porque necesito ya mismo, que deje de ser mi profesora? – les expresé muy dolida.

– ¡Tranquila tesoro! – comentó mi papá – Como dice *Mateo 10:16* tenemos que “*ser astutos como las serpientes e inocentes como las palomas*”

para vivir conforme a la voluntad de Dios. Por favor, ¡hacé un último esfuerzo! Imaginá si toma peores represalias contra vos... Seamos cuidadosos... ¡Verónica es capaz de no tomarte el examen!

Comprendí profundamente aquellas palabras.

— Está bien, entiendo.

Ya a las 19:00 nuevamente en el salón del club, Rosario y Daniela le avisaron a Vero que, lamentablemente, no podrían rendir el examen aquel año.

— ¡Perfecto! — pensé — Tocaron el tema del que yo iba a hablar. Mejor que mis compañeras lo hayan iniciado ya que iniciar una charla con mi profesora ¡cuesta tanto últimamente!

— ¿Y cuándo es el examen? — le pregunté.

Mi profesora clavó su mirada en mí y dijo:

— ¿Vos sí vas a rendir Maryam?

No, no voy a rendir. No quiero egresar ni mucho menos ser profesora, así puedo transcurrir el resto de mi vida al lado de tu gran y bello corazón. ¡OBVIO QUE QUIERO RENDIR! ¡QUIERO SALIR CORRIENDO ASÍ DEJÁS DE LASTIMAR MIS ALAS!

— Sí Vero, sí voy a rendir.

— Este año el permiso de examen cuesta \$800. Y la fecha... — agarró su celular para buscar el calendario — ... la fecha creo que será mucho después de navidad... capaz que el próximo año.

— ¿QUÉ? — exclamé.

Soné muy alarmada, así que disminuí mi preocupación con un simple:

— ¿Por qué será tan tarde?

— Primero que nada, chicas, deben saber que nuestro espectáculo de fin de año se pasó para el día diez de enero — nos informó — Con todo lo de los Shows junto a la Orquesta, nos hemos quedado cortas de tiempo. Y Maryam — volvió a mirarme — el examen calculo que será en enero también, porque Amal, la profesora examinadora, está de viaje ahora.

Definitivamente, ¡¡¡tenía ganas de salir corriendo!!! Correr de una buena vez por todas y así dejar de ser alumna de Verónica Cardozo. Recordé que la meta por alcanzar era ¡rendir el examen final! y nada más, luego se acabaría por completo mi sufrimiento en silencio. Intenté tranquilizarme por dentro y seguí:

— Pero... ¿igual no podés ir trayéndome las fotocopias para que realice la carpeta?

— Bueno. El viernes te las traigo.

— ¡Gracias Vero! Por otro lado, ¿qué más debo hacer para el examen aparte de estudiar las fotocopias?

— Un show de veinte minutos, ¡sin pausas! ¡¡¡Utilizá un elemento en la coreografía!!!

Verdaderamente era increíble... ¡¡¡Mi profesora y yo estábamos hablando a solas!!! ¡Lástima que debía sacarle la información necesaria con tirabuzón!

— Bien, veinte minutos. ¿Algo más?

— También tenés que hacer un trabajo práctico sobre un país árabe. Y en base a eso, presentá una maqueta y un plato de comida árabe.

— ¿El plato de comida tiene que ser del país que elija?

— No necesariamente.

Miró la hora en su celular y, molesta, me preguntó:

— ¿Alguna otra pregunta Maryam? ¡Quiero que ensayemos para el espectáculo!

— Creo que ya anoté todo — le asentí — ¡¡¡Gracias!!!

— ¿Anotar? ¡Pero si no anotaste nada Mary! — comentó Daniela al acercarse.

— ¿Y qué es esto? — le dije con una risa mientras señalé mi cabeza.

— Ah... No dije nada — se rió — Cierto que para vos no hay mejor agenda que el cerebro.

Por más que ya había recuperado mi salud, los días lunes, martes y ese mismo miércoles, no fui al colegio. Como los docentes estaban dando clases de apoyo a los alumnos que debían recuperar contenidos, no era necesaria mi presencia, pues había aprobado con excelentes calificaciones todas las materias. El ciclo lectivo estaba llegando a su fin y quedé tan sólo a una inasistencia para perder mi condición como alumna regular.

No obstante, el día viernes sí asistí. Pues el profesor de Cultura de quinto año, que era el encargado de organizar el acto de fin de año, me pidió que lo engalanara con mi baile. Así que allí estuve... en el patio del colegio en donde bailarían por última vez.

— Por última vez porque de aquí en más, ¡jamás volveré a pisar este colegio y ningún otro! — recordé.

— ¡Mary! — me exclamó Andrea — ¡Estás hermosa, parecés una odalisca!

— ¡¡¡Eh!!! ¡No me digás eso!

— ¿Por qué? — me consultó confundida.

— Porque esa palabra hace referencia a una mujer esclava dedicada

al servicio en el harén del gran turco, que muchas veces era usada sexualmente.

— ¿En serio? No sabía...

Después de unos minutos de silencio, me preguntó:

— ¿Qué vas a bailar?

— Un baladi... una coreo que tengo desde hace tiempo.

¡Y sí que la tenía desde hace tiempo! Aquella pieza musical fue exactamente la misma música que Larissa utilizó en Villa Carlos Paz, ¡cuando me deleitó en vivo por primera vez! De hecho, lo que estaba a punto de bailar en el patio del colegio, era la coreografía que soñé presentar como egresada en el Show del domingo anterior.

— Se retiran las banderas de ceremonia. ¡Fuerte los aplausos! — pronunció el profesor de Cultura a través del micrófono — Ahora espere unos minutitos a que nuestra bailarina del colegio: ¡Maryam Dimín de tercer año!, que es también nuestra abanderada, deje en dirección la bandera y se ponga su vestuario para que nos deslumbe con un “Baladi” — finalizó simpáticamente.

Minutos después, me ubiqué en el centro del patio y disfruté plenamente, como nunca pensé que lo haría, bailar aquel baladi que mi ídola bailó también. Mientras expresaba mis sentimientos y los intentaba compartir con los alumnos y alumnas del establecimiento, como así también con los directivos y docentes, mi corazón latió con más fuerza... Empecé a sentir que, abandonar aquella institución sería una decisión ¡más que acertada en mi vida! Seguí bailando... y entre esas palpitaciones extrañas en mi interior, percibí un escalofrío. Un escalofrío que ninguno de los alumnos percibió, y que si realmente se enterasen que dejaría de asistir al colegio con el propósito de avocarme a mis sueños en la danza, estaría segura que ninguno de ellos lo comprendería.

Los cálidos aplausos y silbidos de aprobación de mi peculiar público me volvieron a la realidad. A la realidad de que en ese acto no solamente acabó el ciclo lectivo de ese año, sino más que nada ¡acabó mi presencia en el secundario!

Al rato, la madre de una de mis compañeras se me acercó.

— ¿Maryam verdad?

— Sí, ¡qué tal! — expresé a modo de saludo.

— ¿Te gustaría bailar este martes en mi escuela? Resulta que nuestra directora se jubila y sería precioso que homenajeés la velada con tu bella danza.

— Claro que sí, ¡con mucho gusto bailaré!

— ¿Dos piezas musicales pueden ser?

—Dos piezas musicales serán— concluí con una sonrisa.

Le presenté a mi papá y a mi mamá, en lo que ambos anotaron la dirección de la escuela y la hora en que debería estar el día martes de la semana próxima.

Durante la tarde, Verónica se olvidó de llevarme a clases las fotocopias que yo debía resumir y estudiar para mi examen final. Sin embargo, yo sí recordé llevarle los \$800 en concepto del permiso de examen.

—Perdón... ¡me re olvidé de las fotocopias! Tengo muchas cosas en la cabeza como para acordarme de eso— se justificó.

Me pregunto, ¿qué era lo mucho que tenía en la cabeza? Acaso, ¿podría ser algo más importante que guiar a una de sus alumnas en el examen final?

—Es que como las demás egresadas ya rindieron en noviembre, ya guardé todo el material— siguió excusándose— Hubiera sido más fácil para mí, Maryam, que rindieras con el *Conservatorio Fracassi* que manda a una docente desde Buenos Aires para evaluar a las chicas.

Ay... ¿otra vez con eso? ¿Nuevamente el debate de que un título avalado por el *Conservatorio Fracassi* es más importante sólo porque muestra un sello de Buenos Aires? ¿Acaso rendir ante la presencia de la prestigiosa bailarina Amal, no es igual de importante porque ella estudió en Buenos Aires con *Amir Thaleb*, el mejor maestro de la Argentina?

—¿Rendiré sola entonces no?— rectificó lo que estaba deduciendo.

—Sí Maryam, serás la única.

Todavía no tenía las fotocopias en mis manos, pero eso no me impidió que comience con el otro preparativo para el examen que fue el trabajo práctico sobre el país árabe que elegí: Egipto. Y habiendo despedido el colegio, ¡tenía mucho tiempo libre! Aproveché entonces para investigar en los innumerables libros que tengo en mi casa, en Internet y hasta en la *Biblioteca Provincial Victorino de la Plaza* sobre la historia de Egipto, como así también la política, la geografía, la organización territorial, la economía, la cultura, los símbolos nacionales, la religión, los jeroglíficos, etc. Por otra parte, le hice saber a mi mamá que necesitaba muchas témperas amarillas y celestes, yeso, arroz, sémola y un grueso cartón.

—¿Para qué es todo eso Mary?— me consultó.

—Para armar una maqueta con las pirámides de Giza, la gran esfinge, una pirámide escalonada y el Río Nilo...— le expliqué— ... y creo que me animaré también en hacer el Templo de Abu Simbel.

—Eh, ¡excelente! Mañana podemos salir al centro a comprar todo si querés.

—Sí, sí, ¡mañana sábado es perfecto! — concluí entusiasmada.

Durante el fin de semana realicé la maqueta y, de hecho, la terminé. Seguí avanzando con el trabajo práctico sobre Egipto y a su vez estudiando toda la información que había investigado y resumido los días anteriores. También enganché las músicas para la coreografía de veinte minutos con el programa *Sound Forge Pro 10.0* en mi computadora. Asimismo, queriendo despejar un poco mi mente, entré a *Facebook*. En el Inicio, donde se muestran las noticias de los contactos, leí un estado de Amal en el que informaba a sus alumnas que las clases serían exactamente hasta navidad, luego viajaría a Buenos Aires.

—Verónica me dijo que el examen no se realizaría este mes porque Amal está de viaje — recordé— Sin embargo, por lo que acabo de leer, tiene decidido viajar luego de navidad.

Ya el día lunes le mandé un mensaje por celular a Verónica, diciéndole que ¡por favor no se olvidara de llevarme las fotocopias a clases! Y gracias a mi recordatorio, más tarde las tuve en mis manos.

—Ah, cierto Maryam... — me dijo poco antes de iniciar el ensayo para el espectáculo junto a mis compañeras — También tenés que hacer un trabajo práctico sobre los huesos, las articulaciones y los músculos.

—Bueno, y supongo que tengo que estudiarlo también.

—Sí Maryam, ¡obvio que sí! Es el examen final... ¡¡¡estudiá todo!!! — me vociferó.

—Si es el examen final ¿por qué son tan poquitas las fotocopias? — le pregunté mientras le hice ver el poco material de estudio que me había cedido.

Ignoró por completo mi pregunta, a lo que expresó:

—Hablé con Amal y al parecer no quiere tomarte el examen.

—¿Cómo que no quiere?

—No sé... no quiere.

—¿No quiere o no puede porque “está de viaje”? — insistí sabiendo que me mentía.

—Quedamos que el examen iba a ser este sábado, pero terminó diciéndome que no.

—Entonces... ¿quién me tomara el examen?

—No sé Maryam... no sé.

Antes sus contradicciones y falsedades que seguían lastimándome, les conté a mis papás lo que había ocurrido. Incluso les relaté lo de Amal, que aun estando aquí en Salta “no me quería tomar el examen”.

—¿Y si le mandás un mensajito por *Facebook*? — opinó mi mamá.

—¿A quién? ¿A Amal? — pregunté confundida.

—Sí, a ella.

— ¿Vos qué decís pá? — lo miré.

— Y sí... mandale un mensajito. Así terminamos de una vez por todas con Verónica.

Encendí mi computadora, ingresé a mi *Facebook* y fui hasta el perfil de Amal. Cliqueé en Mensaje y escribí:

— ¡Hola Amal! ¿Cómo estás? ¿Verónica ya te avisó que este sábado voy a rendir con vos mi examen de último año? ¡Besotes! Maryam.

Sin esperar que la respuesta fuese inmediata, a los pocos minutos me contestó:

— ¡Hermosaaaaa! No sabía nada. Sí me avisó que debía tomarte el examen, pero no acordamos la fecha todavía. Por mi parte, ¡sería genial que sea este sábado! ya que la semana siguiente me voy de viaje. Ahora mismo le escribo. ¡¡¡Besotes Mary!!!

Al otro día, martes, a las 17:00 horas estuvimos presentes en la escuela donde me invitaron a bailar, situada en un barrio de la periferia. Como era la velada en honor a la jubilación de la directora, no sólo los docentes y el alumnado de la primaria estaban presentes, sino también autoridades del Ministerio de Educación. Mientras caminaba por el patio buscando a la madre de mi compañera para consultarle dónde me podía cambiar, noté que las nenas vestidas con sus delantales blancos me observaban con admiración.

— Maryam, ¡qué bueno que ya llegaste! — exclamó al verme.

Le expresé una cálida sonrisa.

— ¿Dónde me podré cambiar? — le pregunté.

— Y... te diría que en cualquier aula, pero como los alumnos están ayudando con el traslado de sus sillas al patio, no creo que se pueda. ¿Te parece en la biblioteca?

Crucé una mirada de aprobación con mi mamá y dije:

— Sí, perfecto. En la biblioteca estará bien.

— Caminen derechito hasta el final de la galería y doblen a la izquierda, la primera puerta es la biblioteca.

— Muy amable. ¡Gracias! — finalizó mi papá.

Al acomodarnos con los bolsos en la biblioteca, mi mamá me preguntó:

— Mary, ¿qué traje utilizarás primero? ¿El fucsia o el rojo?

— El rojo, mami.

Me ayudó a cambiarme y, ya cuando estuve lista, identifiqué en el patio al profesor que estaría a cargo del equipo de música para entregarle mi CD.

En menos del tiempo que imaginé, el mismo profesor me anunció a

través del micrófono.

— Ahora recibimos con un fuerte aplauso a nuestra invitada especial... una excelente bailarina de danzas árabes... ¡Maryam Dimín!

Caminé hasta el centro del patio, ¡los aplausos no dejaban de escucharse! De repente, hubo un total silencio cuando la música empezó a sonar a través de los parlantes, dando inicio a mi coreografía. Si bien era el mismo baladí que presenté en el acto de mi colegio, esta vez sería frente a un público diferente... No hice más que sonreír mientras les compartí mi danza a los espectadores de ese lugar, mayormente integrado por los humildes niños del barrio junto a sus padres.

Ya lista con el traje fucsia para mi segunda y última presentación, nuevamente me ubiqué en el centro del patio. Sin embargo, esta vez no bailarían una coreografía; si bien admito que mucho no me gusta improvisar ya que no se ve reflejado el esfuerzo de la preparación, en esta ocasión era preciso algo semejante...

La música arrancó y, aproximadamente, bailé el primer minuto y medio improvisando. De ahí me detuve e hice un gracioso gesto fingiendo buscar dónde se encontraba sentada la directora. Me acerqué a ella bailando y, con sumo respeto, agarré su mano ¡invitándola a que bailase conmigo en el patio! La alegría que surgió en la señora de sesenta años a días de jubilarse, ¡fue maravillosa! Y el impacto en el público ¡fue tremendo!: quién la hubiese imaginado a su edad haciendo movimientos de danza árabe. A fin de cuentas si la velada era en su honor... ¡cómo no homenajearla! a la par de que los espectadores no sólo me aplaudiesen a mí, sino también ¡a ella!

Al acabar, regresé a la biblioteca y me cambié. A los minutos volví al patio queriendo pedirle mi CD al encargado del equipo, ya que la velada había finalizado; pero una multitud de niñas y niños con delantales blancos me toparon de frente ¡prohibiéndome el paso!

— ¡Sos hermosa! — exclamó uno de ellos.

— ¿Nos podemos sacar una foto? — me interrogó una dulce nena.

— ¿Me das tu autógrafo? — preguntó otra.

— ¡Yo también quiero un autógrafo! — concluyó una tercera.

— Eh, ¡qué les pasa! ¡Yo quiero una foto con ella! — se entrometió un niño de unos diez años.

Solté una ligera risita al no creer que aquello estuviese ocurriendo. Volteé a mis espaldas y mis papás se quedaron atrás, por lo visto disfrutando observar la fama que cosechaba su hija de dieciséis años.

— ¿Me das tu autógrafo? — repitió una de las niñas al entregarme un papel y una lapicera.

— ¿Cómo te llamás? — le pregunté con una sonrisa.

— Valentina.

Me arrimé a la pared para apoyar el papel y luego escribí: “Para Vale, con mucho cariño de Maryam Dimín”. Le devolví el papelito y se fue corriendo con extrema alegría.

¿Eso era posible? ¿Una niñita es feliz con solo recibir un autógrafo de alguien a quien admiró en una tarde? Fue un encanto... una personita que desbordó inocencia al hablarme.

— ¡Yo quiero una foto!— siguió diciendo otra de las nenas.

Fui hasta su lado y el padre nos capturó con la cámara, abrazaditas tiernamente.

— ¡Muchas gracias! ¡Quiero bailar y ser como vos!— me expresó poco antes de irse.

¡¡¡Wow!!! ¡¡¡Nunca me habían dicho nada igual!!! Acaso la inmensa dulzura y admiración que estaba sintiendo en ese instante, ¿era más o menos la misma que siente Larissa cada vez que le dicen palabras semejantes?

El niño de diez años no dejó de entrometerse entre las niñas hasta que tuvo lo que quiso: una foto conmigo. Y otra niña simplemente se acercó para decirme:

— Bailás muy bonito y sos muy bonita.

Seguí dando autógrafos cargados de cariños, hasta que la directora se me acercó.

— ¿Vos y tus papis se podrán quedar para que degusten con nosotros la picadita que preparamos por mi despedida?

— Sí, será un gusto acompañarlos. ¡Gracias por la invitación!

— ¡¡¡Gracias a vos!!! ¡¡¡Sos una bella personita!!!

Acabé con las fotos, los abrazos, las palabras de agradecimientos y los autógrafos, y les comuniqué a mis papás que nos invitaron a los tres para compartir con ella el festín.

— Eh, ¡qué lindo gesto!— se sorprendió mi papá.

En el mismo patio donde bailé, ya se encontraba colocado un largo mesón con una enorme torta y muchos platillos con jamones picados, quesos, aceitunas, cerezas en almíbar, panes, salsas de variados sabores, sanguchitos, y mi debilidad... ¡empanadas!

Antes de ubicarme en una de las sillas, observé ese mismísimo patio dándome cuenta de que, verdaderamente, basta con un humilde espacio cuando hacés lo que amás. No siempre hay escenarios... al fin y al cabo no es indispensable si se lleva el auténtico por dentro.

— Cada vez entiendo mejor el significado de esa frase tan pero tan conocida... — pensé — ... “Si quieres ser grande en la vida, sólo necesitas ser humilde de corazón...”

CAPÍTULO 34

“Un examen ahogado en lágrimas”

— ¿Qué hacés Mary? — me preguntó Gabriel al arrimarse a mi escritorio.

— Repaso unas últimas veces los temas del examen de danza.

— ¿A las cuatro de la madrugada?

— Amo la vida nocturna... ¡soy una vampira!

Ambos nos reímos.

— No, mentira — le dije de repente — Me gusta el silencio de la noche para estudiar.

— Sí, lo mismo creo, así que te entiendo.

Se acercó a la mesa y se sirvió en su vaso un poco de jugo *Baggio* sabor multifruta.

— ¿Ya está confirmado cuándo rendís? — me preguntó repentinamente.

— Sí, ¡súper confirmadísimo que este sábado rindo! Luego de tantas vueltas de mi profesora, al fin se decidió por la fecha — le conté a mi hermano.

— Hoy es viernes, así que mañana rendís. ¡No queda nada! ¡¡¡Te va a ir excelente!!!

Cerré por un momento la carpeta de danza y le pregunté:

— ¿Qué te hace pensar que me irá excelente?

— Mary, te estás esforzando mucho... hasta diría que ¡demasiado!

— Y bueno... ¡la danza es mi vocación! Cómo no esmerarme en mi último examen.

Me guiñó un ojo al terminar de beber su jugo. Por un momento pensé que se había ido; pero al acercarse y ¡hacerme cosquillas en la cintura!, claramente comprobé que seguía a mi lado.

— Chica vampira no te acostés cuando amanezca, ¡eh! ¡Dormí bien!

Durante la tarde, en pleno ensayo con mis compañeras para el espectáculo a realizarse en enero, Verónica me preguntó:

— Maryam, ¿estás nerviosa por el examen de mañana?

— ¿Nerviosa? — recalqué — ¡¡¡Para nada... ni un poquito!!! Más bien, ¡¡¡estoy muy segura!!!

Se limitó a mirarme con fastidio. No entendí a qué se debió su pregunta si, por lo visto, la charla no proseguiría. Sin embargo yo la continué.

— Vero, ¿podés revisar mi carpeta para decirme si realicé bien los trabajos?

— A la salida Maryam, ¡a la salida!

Al acabar con la clase, regresé a casa; cabe aclarar que, ¡sin que mi profesora revisara el preparativo del examen! Eludí mirar mi carpeta diciéndome con un gesto antipático que debía irse, pues estaba muy apurada.

¡SÁBADO! ¡DÍA DE RECIBIR MI TÍTULO DE PROFESORA! ¡¡¡QUÉ FELICIDAD!!!

Me desperté a las nueve y media de la mañana y desayuné café con leche con unas inseparables galletas dulces. Y en el resto de la mañana intenté, en lo poco o mucho que pude, ayudar a mi mamá en la cocina elaborando empanadas árabes, para presentarlas en el examen. Incluso almorcé algunas, pues estaban muy ricas. Posteriormente me empecé a maquillar; pero no muy excesivo ya que siendo el examen en la Academia, como todos los años anteriores, mucho maquillaje sería grotesco.

— Saco la *Kangoo* del garaje y enseguidita nos vamos, Mary — me comunicó mi papá cuando las 15:00 horas se empezaron a aproximar.

— Sí papi. Igual, ya casi estoy lista.

Antes de dirigirme hacia afuera para subir a la *Kangoo* e ir hasta la Academia, agarré mi bolso conteniendo el traje que utilizaría. Fui a la cocina y observé la bandejita con las empanadas sobre la mesada. Miré la maqueta de Egipto colocada en mi escritorio, mi carpeta preparada durante días con suma dedicación y con la única pieza musical de veinte minutos grabada en un CD.

— Realmente me esforcé muchísimo... — sentí en mi interior — ... Creo que nunca antes me desvelé tanto para un examen como sucedió con éste.

Todos los elementos anteriores debía cargarlos en la *Kangoo*. Y a menos que fuese un pulpo, ¡no podría sola! Gracias a Dios, Micaela apareció a mis espaldas.

— Mary, ¿te ayudo a llevar algo?

— Sí por favor. ¡Gracias!

Acarreó hasta afuera la bandeja con comida árabe y luego regresó por la maqueta. Mientras tanto, yo guardé el CD dentro del bolso, así estaba más cómoda para alzar la carpeta, el *derbake*, los *fan veils*, la *netbook* de mi papá y mi *pendrive*.

— ¡Éxitos flaca! — me expresó Mica mientras nos despedimos con un abrazo.

Súper puntuales, a la hora acordada ya estuve en la Academia de Verónica. No obstante ¡estaba cerrada! Me empecé a preocupar pensando que mi profesora no iría, ¡y mucho menos Amal! Traté de ser positiva,

y a lo mejor eso ayudó, porque después de media hora Vero apareció.

—Hola Mary— me saludó con amabilidad a la par de percatar a mis dos acompañantes.

—Hola Vero— le di un beso.

Abrió la puerta de la Academia, permitiéndome ingresar con mis elementos para el examen. Mis papás me ayudaron con el acarreo de la maqueta y, luego de brindarme un beso sandwich, ambos se fueron.

Aprovechando el estar a solas con mi profesora, me acerqué a su escritorio, pues allí se encontraba, y le entregué mi carpeta. Sin siquiera decirme nada, fue pasando una por una las hojas mientras las iba marcando con su sello.

—¡No tenés casi nada en la carpeta!— me retó de repente.

—Pero si transcribí las fotocopias que me diste.

—Mmm...— me miró molesta.

Si no fuese por las hojas del informe que realicé sobre el país árabe y sobre los huesos, las articulaciones y los músculos, quizá la carpeta hubiese sido del grosor del dedo meñique. Realmente las fotocopias que Verónica me cedió ¡tenían muy poca información!

—¿Y qué trajiste de comida para exponer?— me interrogó.

—Empanadas árabes.

—Eso es el plato salado, ¿y de plato dulce qué trajiste?

—¿Plato dulce?— expresé desorientada.

—Sí Maryam. ¡Te dije que debías presentar un plato de comida dulce y un plato de comida salada!

—Vero, ¡no me avisaste eso!

Se escuchó el motor de un auto en el cordón de la vereda y, a los pocos minutos, bajó de un remis Amal.

Verónica clavó su mirada en mí con profunda frialdad y me dijo:

—Ay Maryam, ¡cómo te pudiste olvidar del plato dulce!

A la par de verla ingresar a la encantadora Amal, mi profesora murmuró unas últimas palabras como dando punto final.

—¡Sería una pena que Amal te bajase puntos porque tu cabecita se olvidó de algo que suma mucho en la nota del examen!

¡¡¡Qué impotencia sentí en aquel momento!!! Como de costumbre, tragué la bronca y las lágrimas.

—¡¡¡Mary!!! ¡¡¡Tanto tiempo!!!— me brindó un abrazo Amal— ¿Te puedo ir diciendo “colega”?— me preguntó con simpatía y sencillez.

—Sí...— le expresé sin ánimos debido al dolor que empecé a sentir a causa de las acciones de Verónica.

Me miró confundida, como deduciendo que algo me sucedía.

—Debo ir a cambiarme— le dije.

— Dale Mary. Acá te esperamos — concluyó uniéndose a Vero.

Me encerré en el baño y antes de colocarme el traje, me comuniqué con mis papás a través del celular. No bien mi mamá atendió la llamada, le dije todo.

— ¡Verónica me acaba de informar que tengo que presentar un plato dulce! ¡¡¡No sé qué hacer!!! Suficiente que su mirada me amenazó con que si no lo presento, ¡no me aprobará!

— Mary, ¡tranquila! Decime: ¿ya mismo exponés la comida?

— No, primero es el show de veinte minutos y después viene toda la teoría.

— Bien, conseguimos algo dulce y te lo llevamos.

Corté la llamada luego de decirle “Gracias”.

Me coloqué el traje naranja que, de hecho, era uno nuevo diseñado por mí con el fin de utilizarlo para el espectáculo del día diez de enero, ya que las recientes egresadas tendrían el privilegio de presentar una coreografía solista como auténticas profesoras.

Mi traje consistía de un pantalón en corte evasé con cientos de pañuelitos de gasa en forma de rombitos que lo cubrían por completo. El corpiño sencillo, pero lleno de flecos. La vincha, con unas ondas interesantes en la tela y, finalmente, en ambos brazos, los mismos rombitos de gasa del pantalón pero en menor cantidad, apenas como un detalle. Todo bordado por mi mamá con mucha dedicación, con simétricos arabescos calculados matemáticamente. Finalmente sujeté dos flores artificiales naranjas en el interior del corpiño.

Antes de salir del baño, me miré en el espejo ubicado arriba del lavatorio.

— Llevo más de un año soñando con este día... — me dije — Ojalá todo salga bien...

Salí y guardé mi celular en el bolso, aprovechando también sacar el CD. Se lo entregué a Verónica para que lo colocara en el equipo de música y mientras lo hacía, ubiqué mi derbake y mis fan veils en el piso, frente a los espejos.

Y justo cuando me situé para dar inicio a los veinte minutos de mi show, unas palabras inesperadas de parte de Amal me brindaron el apoyo y el entusiasmo que andaba necesitando.

— ¡Muchos éxitos en este examen final, futura colega!

Mi show comenzó con una entrada de bailarina, que había marcado con anterioridad en mi casa; la ensayaba un rato frente al espejo de mi habitación y luego otro rato al lado de los tirantes de madera ubicados en el living. Como tal, en una entrada de bailarina se expresa la

presencia, la actitud y la correcta distribución de giros según el marco de espacio que se tenga como escenario. Y si bien en mis ensayos no podía girar, aun así practiqué mentalmente cuántos giros y en qué dirección debía hacerlos junto a la música. Pasados los cuatro minutos que duró el tema, en unas pocas milésimas de segundos continuó sonando el siguiente...

... El baladi. El hermoso baladi que una vez más me recordó a Larissa mientras lo interpreté. Y todavía bailando frente a los espejos, noté en su reflejo cómo Verónica me miraba con fastidio mientras mis ganas de bailar parecían esfumarse. Nuevamente, el tema acabó cediéndole los minutos al siguiente...

... La misma coreografía con el derbake, presentada en las distintas participaciones de mis viajes. Aquel carisma que los diferentes jurados recalcaron en mí, me fue imposible manifestarlo frente a mi profesora. Esos simpáticos gestos antes de hacer equilibrio sobre el derbake, no los realicé... Realmente no podía... o por lo menos, no ante esas caras de desaprobación de Verónica a través del espejo. De hecho, apenas si sonreí mientras lo bailé...

Poco antes de terminar la coreografía anterior, ¡mi mamá! ingresó a la Academia por la puerta lateral que conectaba hacia la casa de al lado. Verónica, extrañada, se apartó del escritorio y fue a ver qué ocurría. Aún bailando, noté que mi mamá dejó junto a mi bolso un plato con lo que parecía ser un budín.

... Con la calurosa música que arrancó seguidamente, pensé que podría sonreír al bailar con los fan veils. No obstante, expresé seriedad y tristeza... Y como si eso no estuviese siendo nada, en un momento ¡solté involuntariamente uno de los abanicos de mi mano! Luego de agacharme al piso y recogerlo, seguí bailando. Observé el gesto de aliento que me reflejó Amal, en cuanto al de Verónica, preferí no mirarlo pues presentí que mis heridas se agrandarían muchísimo más si hubiese visto su cara cuando se me cayó el elemento...

... Sonó el último tema mientras sentí que aquellos cuatro minutitos que quedaban del show, serían los últimos cuatro minutos de danza ¡de mi vida! Cuando llegó el momento de sacar las flores de mi corpiño, fingiendo sacar metafóricamente mi corazón, al bailar con ellas no pude dejar de expresar dolor. Inevitablemente mi mirada volvió a caer en la de mi profesora al percibir la hostilidad con la que observaba mi coreografía...

Cuando los veinte minutos del show acabaron, aparté con inmensa tristeza mi vista del espejo. Sentí que aquel poderoso pedacito de cielo

cargado de extrema felicidad que solía atesorar cada vez que bailaba, desapareció. Esa magia de unir el disfrute, el saber expresarse y el compartir desde el corazón, ¡desaparecieron en mí!

Me arrimé a mi bolso y bebí abundante agua de mi botellita, ya que no dejaba de transpirar por haber bailado veinte minutos sin parar. A su vez verifiqué lo que había visto momento atrás; ¡mi mamá consiguió un budín como plato dulce! Y al lado del cuchillo había un papelito escrito. Quise leer lo que decía pero...

—Maryam, vení— me habló Verónica.

Ya al lado del escritorio junto a ella y a Amal, mi profesora siguió.

—Continuemos con la teoría, Maryam.

—¿Te parece exponer tu trabajo sobre Egipto?— me emitió Amal.

—Sí— expresé— Voy por mis cosas y empiezo.

Luego de ubicar mi maqueta sobre el escritorio e ir encendiendo mi netbook, suspiré. Intenté apartar de mi interior el profundo malestar que sentí momento atrás, mientras bailé. De lo contrario, empañaría mi lección oral que había estudiado y aprendido con tanto amor los días anteriores.

—Al conjunto de países en los que los habitantes de lengua árabe son su mayoría, se le llama “Mundo Árabe” o simplemente “Países Árabes”— inicié explicando— Se extiende a lo largo de casi siete mil ochocientos cuarenta kilómetros de distancia. En la actualidad, se consideran integrantes de aquel Mundo a: Arabia Saudita, Argelia, Baréin, Catar, Comoras, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Marruecos, Mauritania, Omán, Palestina, Siria, Somalia, Sudán, Túnez, Yemen y Yibuti— amplié con seguridad— Ahí en mi carpeta dibujé cada una de sus banderas y detallé las capitales, poblaciones y superficies.

Miré mi laboriosa maqueta y seguí...

—Entre los veintidós países árabes que acabo de nombrar, elegí a Egipto para describirlo y exponer a fondo.

—Decime Mary, ¿por qué elegiste Egipto?

—Es el país árabe que más me llamó la atención... Su cultura, sus monumentos y templos me generaron gran interés— le contesté a Amal.

Introduje mi pendrive en la netbook, que ya había terminado de encenderse, y le conté:

—Hice una presentación en *Power Point* sobre Egipto. Iba a hacer afiches, pero preferí trabajar con la computadora.

—¡Eh!, ¡estupendo! Me parece una idea muy original para un examen.

Le agradecí a Amal por su halago y reanudé.

— Como se ve en el mapa — señalé la primera diapositiva de mi *Power Point* — Egipto es un país de África y está situado en su extremo noreste. La mayor parte de su superficie la integra el desierto de Sahara, que solamente está habitado en torno a los oasis. Estos, que son lugares con vegetación y manantiales, permiten que los viajeros se asienten — profundicé.

Pasé a la siguiente diapositiva y seguí con la exposición luego de mostrar otra imagen.

— Está dividido en veintisiete provincias; El Cairo es la capital. A su vez, Egipto limita al oeste con Libia, al sur con Sudán, al norte con el mar Mediterráneo y al este con el mar Rojo. Su territorio ocupa una enorme superficie que se asemeja a la mitad de México o al doble de España.

Me detuve un momento al notar cómo Verónica alzó su celular para utilizarlo. Acaso, ¿es adecuado que la profesora no preste atención a una de sus alumnas que está a un escalón de recibirse?

Repentinamente noté cómo Amal me miró con entusiasmo al querer seguir escuchando mis explicaciones.

— El Imperio Antiguo se caracterizó por el florecimiento de las artes y la construcción de las conocidas pirámides. Por ejemplo, las pirámides de Giza — expresé al señalarlas en mi maqueta — estaban revestidas con piedra caliza blanca y rematadas en oro. Algunos científicos postulan que la posición de las tres pirámides de Giza coincide con la constelación del Cinturón de Orión. Estas pirámides están en fila y la más pequeña — la mostré — se encuentra un poco a la izquierda, con la misma alineación que los tres astros de la constelación.

— Qué interesante... — comentó Amal.

Siempre siguiendo la base de mi presentación hecha en la netbook, continué con la exposición de la pirámide escalonada, la pirámide inclinada y la pirámide perfecta. Asimismo relaté la historia de La Gran Esfinge, luego de haber mostrado en la maqueta que la estatua tiene cabeza humana y cuerpo de león.

— La primera característica representa la inteligencia y la segunda la fuerza. Juntas, simbolizan el poder real — expliqué.

Proseguí con el contenido del Templo de Abu Simbel, luego de señalarlo en mi maqueta también. Narré que fue construido en el desierto de Nubia durante el reinado de Ramsés II. Continué con la descripción de la llamada Piedra de Rosetta, que fue encontrada en el año 1799 y descifrada por el erudito francés *Jean Champollion*.

—Su parte superior está en jeroglíficos, la central repite el texto en escritura demótica y la parte inferior en griego.

Amplié el contenido de la Piedra de Rosetta, explicando qué son los jeroglíficos y en qué época fueron utilizados. Seguí con el tema del embalsamiento, que significó un arte para los egipcios, ya que los faraones eran momificados y guardados en sarcófagos para el viaje al reino de Osiris que, según la mitología egipcia, era el dios de la resurrección que presidía el tribunal de los difuntos.

—Los antiguos egipcios estimaban que los animales eran mensajeros de los dioses— comenté— Momificaron a muchos de ellos, especialmente a los gatos. Porque los consideraban como manifestaciones de la diosa Bastet y por eso la representaban con cabeza felina.

Luego de mostrar una imagen de un gato momificado, reanudé la lección con los símbolos nacionales. Detallé en qué fecha fue adoptada la bandera nacional de Egipto y cómo fue la composición del escudo.

En ese instante, ¡me dolió mucho ver cómo Verónica blanqueó sus ojos hacia un costado como evitando escuchar mis explicaciones! No obstante, doliese lo que doliese, ¡tenía que seguir adelante! De igual manera, ya casi estaba en el final... Terminé con la exposición del país que elegí, explicando la historia de la diosa Isis y su relación con el conocido elemento de danza: las alas de Isis o wings.

—Según el mito, la diosa Isis salvó a Osiris de ser asesinado por su hermano Set, al convertirse en ave y rodear con sus alas a su difunto esposo para devolverle la vida. De este modo— aclaré— la diosa Isis fue representada con alas debido a la magia y el poder de la feminidad. Así, posteriormente se hizo de esas alas egipcias un estilo de fantasía para la bailarina o, mejor dicho, una prolongación de sus verdaderas alas espirituales— concluí sintiendo cómo las mías seguían doliendo al ser lastimadas por mi profesora.

Presenté las empanadas árabes a la par de explicar su precisa elaboración. Sus degustadoras, Amal y Verónica, las saborearon con rapidez. Regresé a donde estaba ubicado mi bolso y agarré el plato dulce que mi mamá me había dejado momento atrás. Al fin pude leer la anotación que había a su lado: “Es un budín que contiene dátiles, una fruta que cuelga en racimos de algunas palmeras.”

Dejé el papelito en mi bolso y expuse el postre en el escritorio, explicando la breve información. Y como sucedió anteriormente, también fue devorado con rapidez.

—Pasemos al último tema— me avisó Vero— Sobre los huesos, las articulaciones y los músculos.

—Mary, ¿qué son las articulaciones?— me preguntó Amal.

—Son las uniones de dos o más huesos por medio de los cartílagos o ligamentos. Su función es permitir los movimientos de las distintas partes del cuerpo.

—Bien. Ahora decime, ¿cómo se llama el hueso que está acá?— me dijo al tocarse la pierna.

—Fémur. Y ése es el hueso más largo de todo el cuerpo.

—¿Y éste cómo se llama?— se tanteó la espalda.

—Omóplato.

Me pidió que me fuese señalando en mí misma, los nombres de los otros huesos.

—Las costillas... Radio y cúbito acá en el brazo... La rótula en las rodillas... Los falanges y metacarpianos, en los dedos de las manos y pies... La clavícula, cerca del cuello... Tibia y peroné acá en la parte baja de la pierna...

—¡Excelente! Continuemos con los músculos, señalalos también— me siguió informando Amal mientras advertí cómo Vero me observaba engreídamente.

—Gemelos, acá en la pierna... Bíceps y tríceps en el brazo... Esternocleidomastoideo en la nuca... Recto del abdomen... Semimembranoso está en... — empecé a balbucear— el grácil... — seguí titubeando— el grácil y el sartorio, semimembranoso...

De repente, me quedé muda. Los nombres de los músculos se me comenzaron a confundir.

—¡Seguí Maryam! ¡¡¡Seguí!!!— me exclamó Verónica.

—¿Cómo se llama este músculo?— me preguntó Amal queriendo apaciguarla a Vero.

—Perdón, ¿cuál?— le dije.

—Éste de acá— me recaló al tocarse la zona del hombro.

—Ese es... es el ¿trapecio?— dudé.

—Mmm... no Mary. El trapecio está un poco más abajo de la nuca— me recordó Amal con dulzura— Entonces, ¿el del hombro cómo se llama?

—SÍ MARYAM, ¿CÓMO SE LLAMA EL DEL HOMBRO?— me vociferó mi profesora.

Con amargura intenté recordar cómo se llamaba el músculo ubicado en el hombro. Sin embargo, con las malas caras de Verónica y sus fuertes expresiones hacia mí ¡no podía!

—No recuerdo... — comenté con aflicción.

—Delteoides, Mary. El músculo del hombro es el deltoidees— me

explicó Amal.

– ¡¡¡DELTOIDES!!! – gritó Vero – ¿NO ESTUDIASTE EL DELTOIDES?

– Sí... pero me confundí...

– ¡¡¡Hola seño!!! – se escuchó de repente junto a la puerta de entrada.

– ¡Angie! ¡Mi amor! – expresó Verónica – Vas a tener que esperar afuera porque Maryam está en examen.

– Uy... perdón – se disculpó Angie – Yo no sab...

– ¡Esperá! – la detuvo Vero – ¡¡¡No te vayás!!!

– ¿Sí? ¿Qué pasa?

– ¿Te acordás de Angie no, Maryam? – me interrogó mi profesora.

– Sí – respondí.

– Bueno, ya que está acá le vas a dar una clase.

– ¿Qué? – pregunté aturdida.

– ¿Querés ser profesora no? Le vas a dar una clase a Angie haciendo de cuenta que es tu alumna – me expresó con arrogancia.

¿Dar una clase? ¡¡¡Nunca había dado una clase de danza en toda mi vida!!! ¿Cómo exponer algo en un examen si Vero nunca me lo enseñó?

– Voy buscando una música en el equipo... – concluyó.

– A ver Mary – me dijo Amal – Hasta que Vero ponga la música, decime cómo y qué es la dinámica de una clase de danza.

¿Era mucho pedir que la tierra me tragase en lugar de que el nudo en el fondo de mi garganta me ahorcara? La miré a mi profesora con gran dolor y, a punto de que mis lágrimas se presentasen, intenté recordar las simples clases que Verónica impartía semanalmente.

Regresé mi mirada hacia Amal y respondí:

– La dinámica de una clase es... es... las... son las enseñanzas que van transcurriendo en ella. Por ejemplo... – tragué saliva – ... por ejemplo en toda clase siempre... siempre se debe calentar primero... Después... después se enseñan los movimientos o... o una técnica específica...

Se me estaba a punto de resbalar una lágrima por mi mejilla. Fingí rosarme el ojo con tal de secarla y hacerla desaparecer para seguir con la respuesta.

– Finalmente se debe elongar... así el cuerpo se... se relaja.

– Claro, los músculos trabajados en una clase de danza deben volver a su estado de textura habitual – completó Amal.

– ¡Ampliá más la dinámica de una clase, Maryam! – me exclamó Verónica desde el equipo.

Me quedé callada, entumecida.

– ¿Y? – me repitió con voz de mando mi profesora.

—Perdón, no sé... — expresé casi en un susurro.

Amal bajó la cabeza y anotó algo en su libreta mientras que mi profesora movió su cabeza de un lado a otro, negativamente.

— Ahí va el tema. ¡Empezá a darle una clase a tu “alumna”! — me avisó Verónica luego de volver al escritorio con brusquedad.

¡¡¡No supe qué hacer!!! Pues, ¡¡¡bailar es una cosa!!! Mientras que ¡¡¡enseñar a bailar es otra!!! Entonces, ¿cómo enseñar a bailar si con anterioridad mi profesora no me enseñó cómo enseñar? Definitivamente sentí ganas de llorar... ¡de salir corriendo y gritar poniendo en manifiesto todos los sentimientos lastimosos que Verónica me brindaba!

La música arrancó, mi alumna se ubicó delante de los espejos al igual que yo y, aun con mis heridas internas, intenté dar lo mejor de mí como profesora.

— Empecemos con círculos de cadera — le expresé a Angie.

La niña siguió copiándome cada movimiento que iba realizando.

— Ahora círculos al otro lado...

La pieza musical que Verónica eligió para mi clase, continuó avanzando; e intenté hacer lo mismo yo también.

— Vamos con uno y medio... — le dije a Angie — Y después con caderazo para este lado.

De repente, la música cesó y efectué una pose final improvisada. De igual manera, mi compañerita realizó la pose.

— Ahora da la parte final de una clase, Maryam — me informó Vero.

Inició una música lenta, tranquila... Le indiqué a Angie que estirara los brazos y relajara las muñecas. Luego le mostré que debía estirar la espalda y tocar el piso manteniendo las piernas bien estiradas. En un momento miré el equipo preguntándome qué tanto faltaría para que la música acabase, porque me estaba lastimando a mí misma al reconocer que la clase que estaba dando ¡era pésima! Pues mi profesora no me enseñó jamás cómo exponer una, y eso logró dañarme aún más.

— Maryam — me expresó Amal poco después de que la música acabó — ¿Cuál creés que es el dominio de la profesora al momento de pararse frente a esos espejos dispuesta a dar una clase?

Me acerqué hasta el escritorio, pensé la pregunta un momento y, al recordar lo que había acabado de exponer hace tan sólo minutos, respondí:

— La profesora tiene que saber enseñar...

Amal asintió con la cabeza.

— Bien Mary, porque si además de bailarina se quiere ser profesora, hay que buscar las técnicas de comunicación que nos lleven a enseñar

bien. ¡No basta con bailar espectacularmente!, hay que saber motivar a las alumnas, poner en palabras conceptos abstractos, tener buen ojo para corregirlas simultáneamente y, por sobre todo, jamás perder la paciencia.

No sé si aquellas palabras fueron la exposición de lo que yo debí haber respondido exactamente, o si fue un puro consejo de su parte, intuyendo que yo lo necesitaría por el resto de mi vida...

De un momento a otro, fueron llegando al salón varias nenas y chicas de la Academia, entre ellas Romina también; supuse que debían ensayar para el espectáculo.

Verónica se levantó de la silla y empezó a saludarlas una por una.

—¡Hola mi reina!... ¡Buenas tardes mi amor!... ¡Hola mi vida!... ¡Hola mi princesa!...

Luego se volteó hacia mí y me dijo:

—Maryam, terminó el examen. Andá a cambiarte así Amal y yo debatimos las notas.

Seguidamente les avisé a mis papás por celular que ya había concluido el examen. A su vez, ellos me hicieron saber que estaban en la vereda, charlando con Alicia, la mamá de Romina.

Agarré mi bolso y, dirigiéndome al baño para cambiarme, una de las chicas de la Academia me detuvo.

—¿Sos Mary no?

Le afirmé con la cabeza.

—¿Recién hoy rendiste? ¿A tres días de navidad?

—Sí. Verónica me postergó varias veces la fecha del examen.

—Ah... Mis compañeras y yo rendimos el mes pasado con el *Conservatorio Fracassi*. ¡Ya somos egresadas! — exclamó — ¿A vos cómo te fue?

—Creo que más o menos.

—Uh, ¿por qué?

—Se me cayó un abanico mientras bailaba el show de veinte minutos... En la parte teórica se me confundieron un poco los nombres de los músculos y... no supe cómo dar una clase porque Vero no me enseñó.

Me miró desconcertada como diciendo: “¡Pero si estás hablando de nuestra grandiosa profesora!”.

—¿Estás bien? Te veo rara...

—No... la verdad que... no estoy bien... — le expresé con mis cuerdas vocales afectadas presintiendo que un torrente de lágrimas surgiría pronto en mí.

Me despedí de ella y me fui a cambiar. Y al salir del baño, noté que

Amal y Verónica aun hablaban en el escritorio. De hecho, ¡parecía haber surgido una disputa entre las dos! Miré la mesa con disimulo: mi carpeta seguía allí en medio de ambas.

Fui hacia la vereda para encontrarme con mis papás y saludarla con un afectuoso abrazo a Alicia.

— ¡Mi niña hermosa! — me expresó la mamá de Romina al verme. Reiteradas veces sentí que me trataba como si fuese su otra hija, y eso mismo es lo que me permitía que yo la considerase mi segunda mamá.

— ¡Alicia! ¡Cómo te quiero!

Mi papá se me arrimó y me preguntó:

— Mary, ¿qué tal el examen?

Allí aproveché en contarles todo lo sucedido y cómo Vero me hizo sentir. A su vez, mi mamá me comentó que Alicia se anduvo preocupando por mis tristes publicaciones de desahogo en *Facebook* los días pasados, que no explicaban en absoluto los motivos. Es por eso que mis papás le comentaron brevemente lo que andaba ocurriendo con Vero, mas sin entrar en detalles ni ser precisos, ya que un tema tan delicado bajo tanta presión no era el momento para ser tratado, mucho menos en la vereda.

— Mañana domingo por la tarde Romi y yo iremos a tomar el té en tu casa — me avisó Alicia — Estamos preocupadas por vos, queremos saber exactamente qué anda pasando. ¡Te queremos apoyar y te queremos mucho!

— ¡Gracias Ali! ¡¡¡Gracias!!! Valoro tu apoyo y el de Romi ¡siempre!

En un determinado momento, Verónica me pidió que entrara a la Academia. Me acerqué al escritorio y me dijo:

— Tomá tu carpeta. El título de profesora no te lo doy porque todavía no lo hice. Ya te estaré avisando cuándo te lo entrego.

Amal se levantó de la silla, de aquella en la que estuvo sentada durante toda la tarde evaluándome, y mientras me otorgó un abrazo, me expresó:

— ¡Felicidades profe Mary!

Luego se volvió a sentar. Entretanto percaté en su mirada como si algo la estuviese haciendo sentir impotente...

Ya con la carpeta en mis manos, me hice a un lado para estar sola. Cuando estuve a punto de abrir la tapa e ir hasta la última hoja y ver las notas de mi examen, de repente sentí miedo... Y de hecho, cómo no sentirlo si la persona en la que tanto confié, destrozó en mi interior las ilusiones de mi pasión.

Cerré los ojos y exhalé. Fui a la hoja final de la carpeta y leí:

En mi siguiente parpadeo, la vista se me nubló. Por más fuerza que hice para aguantar aquel nudo que me apretaba la garganta, las lágrimas se me escaparon y no las pude detener. Nada... absolutamente nada me fue posible para callar todo ese grandísimo dolor.

Solté de mis manos la carpeta, ésta se cayó al piso y no hice más que ¡¡¡salir corriendo!!! No obstante, en la vereda me detuve, ya que mis papás me inmovilizaron.

— ¡Mary! ¿Qué te pasa? — me preguntó mi papá preocupadísimo.

¿Cómo decirle que mis sentimientos al fin podían ser expresados? ¿Cómo explicarle que ese océano sinfín de lágrimas saladísimas que fluían de mis ojos, era la viva demostración de lo mucho que me dolía en lo más profundo de mi alma que mi profesora me hiciese tantísimo daño? ¿Cómo hacerle entender entre medio de mis sollozos que no estaba llorando por las notas de mi examen final, sino porque lo ocurrido y sentido en el examen fue la gotita que colmó por completo el recipiente?

Mi mamá me rodeó con sus brazos, consolándome. Y sospechando lo que había ocurrido, me preguntó:

— ¿Dónde está tu carpeta?

En ese instante, Verónica apareció detrás de mí.

— Maryam, se te cayó la carpeta — me dijo con la intención de entregármela.

Me di vuelta. La recibí mientras mis ojos llenos de lágrimas miraron los suyos... fríos y cortantes.

— No se me cayó. Yo la tiré.

— ¿Por qué la tiraste? ¿Y por qué estás llorando?

Sentí las heridas que me causó... sentí el desapoyo... la falta de comprensión... el nunca querer escucharme... el dañar mis sueños...

— Me lastimaste estos últimos meses... ¡me lastimaste mucho! — le expresé entre sollozos.

— ¿Que yo te lastimé? — recalcó — ¡¡¡Maryam por favor dejá de hacerme quedar mal!!! Mirá... las chicas dejaron de ensayar para venir a ver el embrollo que estás armando.

— Vero, ¡no es así! Ay... ¡¡¡ojalá supieras lo que siento!!!

Nos miró a mis papás y a mí con antipatía; incluso a mis lágrimas también.

— Ay Maryam, no sé... ¡No sos más que una niñita!

Se volteó y mientras volvía a ingresar a la Academia, dijo:

—Entremos chicas. Hay que seguir con los ensayos.

Luego de dirigirnos a la vereda del frente, donde estaba situada la *Kangoo* para regresar a casa, todavía escurriéndose el dolor a través de mis ojos, recordé la pregunta que mi profesora me formuló minutos atrás: “¿Por qué estás llorando?”. Fue ahí cuando entendí que Verónica Cardozo no siente pasión alguna hacia la danza árabe. Porque si en verdad la sintiese, tendría que haber comprendido que en toda bailarina apasionada siempre están presentes las **LÁGRIMAS**.

Ya en casa, mi papá decidió publicar en su propio *Facebook* una tierna foto mía junto a Vero en el primer año que empecé a bailar. Junto a la imagen hizo un comentario planteando que, desde su rol de padre, entregó a su hija con una brillante sonrisa (la foto delataba mi alegría) a una profesora de danzas; sin embargo, la hija era devuelta en un mar de lágrimas.

—Te etiqueté en la foto, Mary— me avisó mi papá— Dios quiera que Verónica lea y mire la foto en tu perfil de *Facebook*... Mi intención de esto es esperar una sincera disculpa de su parte e intentar remediar la situación.

Observé con detenimiento la foto y ¡no pude dejar de llorar! Aun mirándola, decenas de veces me pregunté: ¿Dónde quedó la profesora que me hizo conocer la danza árabe? ¿La que me demostraba con hermosas actitudes sus “Te quiero Mary”? ¿A dónde se fue el inmenso cariño que me brindaba en tan sólo un abrazo? ¿En qué momento se ausentó la felicidad que solíamos compartir? En definitiva, ¿dónde quedó la Verónica Cardozo que conocí hace exactamente seis años atrás? A lo mejor esa Verónica no desapareció, simplemente nunca existió...

Y pensar que mis papás me propusieron cambiarme de Academia años atrás, al sospechar que no era una excelente profesora por cómo nos hacía repetir constantemente las mismas coreografías en sus diferentes espectáculos, o por no enseñar a bailar con sable, fan veils, candelabro y otros elementos si uno no se lo imploraba. Sin embargo, yo me rehusé a llevar a cabo dicho cambio, ya que con apenas doce años me sentía tan pero tan cómoda con mis compañeras, que no quería ni siquiera conocer otra profesora.

Ahora me encontraba, tal como expresó mi papá, ¡ahogada en un mar de lágrimas! Y no por haber desechado la oportunidad de probar una clase con otra maestra años atrás, sino porque aquella Verónica Cardozo con la que empecé a bailar no fue la misma Verónica Cardozo con la que me recibí de profesora de danzas árabes. ¡¡¡Eso dolía

muchísimo en lo más profundo de mi corazón!!!

Gabriel y Micaela me abrazaron, inundándome de amor al decirme:

– Nunca dejés de ser la gran bailarina ni mucho menos la bella persona que sos, solamente porque alguien te hizo daño.

CAPÍTULO 35

“La verdad siempre adelante”

Cerca de las once de la noche, al parecer cuando Vero terminó con los ensayos en la Academia, llamó a mi celular. Lamentablemente yo no atendí la llamada, debido a que no podía hablar pues ¡realmente mis cuerdas vocales estaban ahogadas por seguir llorando!

Mi papá fue el que atendió. Y, nuevamente, escuché la conversación a medias.

— ¡No! No borraré del *Facebook* lo que publiqué... Vení por casa y hablamos... Maryam se siente muy pero muy mal... Bueno, gracias. Te esperamos.

Luego de colgar la llamada, mi papá le dirigió a mi mamá una mirada de esperanza.

— Dice que ya viene, así hablamos personalmente.

Por un momento pensé que la tormentosa situación se arreglaría, pero no fue más que una ilusión. Debido a que, más allá de que Verónica se presentó en nuestra casa acompañada por su madre como guardaespaldas, mi profesora no hizo otra cosa que justificarse de todo en la conversación.

Estábamos sentados los cinco (mi papá, mi mamá, Verónica, su madre y yo) en la mesa de la cocina.

— Entonces ¿no eliminarán la foto que publicaron en *Facebook*? — empezó diciéndonos Vero.

— Por favor ¡bórrenla! ¿O es que no entienden que esas palabras están siendo leídas por muchos? — intervino su madre — ¡Están haciendo quedar mal a la Academia!

— ¿Por qué habría de eliminarla si lo que escribí en pocas palabras no es más que la verdad? — expresó mi papá.

— ¿No te das cuenta de todo lo que le hiciste sentir a mi hija en su examen de hoy? — comentó mi mamá.

— ¿Examen? ¿Qué examen? ¿Hoy hubo examen? — preguntó desconcertada la madre de Verónica.

— A ver Mary — me miró mi profesora — Decime, ¿por qué lloraste de esa manera hoy en el examen?

Sentí mis párpados hinchados por tantas lágrimas derramadas durante las horas pasadas. Tragué saliva y respondí:

— Tus malas caras hacia mí... Tus avisos a último momento diciéndome que tengo que presentar un plato dulce o informándome que tengo que dar una clase. ¡¡¡Jamás me hiciste saber con anterioridad nada de eso!!!

—¿Cómo que no te lo hice saber? ¡¡¡Sí te avisé Maryam!!!— me exclamó— Así como te expliqué con tiempo que tenías que exponer en el examen un plato salado y un plato dulce, también te avisé que tenías que ir hasta la Academia para practicar “cómo dar una clase” con las nenitas.

Mis ojos se abrieron más de lo habitual. Incluso cuando pensé que no podría a causa de lo pesaditos que estaban, aun así lo hicieron.

—¿Qué? Vero ¡nada que ver! ¡¡¡Nunca me dijiste nada de eso!!! Como tampoco nunca revisaste mi carpeta para hacerme saber si mis trabajos estaban bien, si eran muy básicos o muy complejos.

—Te expliqué y te dije todo Mary. También te comenté el mes pasado lo de asistir al curso de ritmología para las egresadas y por lo visto no quisiste ir.

—¿Curso de ritmología para las egresadas?— consultó mi mamá.

—Sí, un curso de ritmología que se llevó a cabo en la Academia— contestó— Si hubieses ido Mary, ¡hubieras crecido tanto como querés!— me regañó.

Los miré a mis papás con gran asombro sin creer que en verdad Verónica estuviese mintiéndonos en la cara. De repente, recordé que en el Selectivo Regional del día de mi cumpleaños, ella mencionó algo respecto a eso. Le pregunté si a eso se refería y al afirmarme, le pregunté:

—Te parece que decírmelo tal como me lo avisaste, ¿es correcto? ¡Me acuerdo que saliste corriendo ese día!

—También te avisé mucho antes por mensajito en el celular.

—De ser así, mostranos el mensaje— sugirió mi papá— Porque por lo visto nuestra hija no recibió ningún aviso coherente de tu parte.

—Ay no, ya no tengo el mensaje— dijo.

—Verónica, con todo respeto,— siguió mi papá— ya que mencionaste que Mary quiere crecer, decime: ¿cómo es posible que haya aprendido más en los viajes que realizó junto a nosotros este año que estando con vos todos los años anteriores?

—¿Quién dice eso? ¡No es así! Si bien su hija tiene la posibilidad de viajar a innumerables certámenes— expresó con tono arrogante— no creo que eso la haya hecho crecer en comparación de mis otras alumnas que no viajan.

La miré y reflejé desde lo más profundo de mi corazón:

—Vero... ¿Por qué nunca me dijiste que los jurados entregan devoluciones en los certámenes? Me enteré que hay profesoras que las tiran a la basura... Hay tantas cosas que aprendí por mi cuenta este año... —suspiré— Vos nunca me las enseñaste... y si al menos las hubiésemos

aprendido juntas ¡hubiera sentido tu apoyo!

— Yo sí te apoyé, de lo contrario no te hubiera permitido que preparés sola la mayoría de tus coreografías. Parecías una bailarina soberbia, porque ninguna de mis otras alumnas prepara sus coreos sin mi supervisión y sin embargo vos sí. ¿Te das cuenta que siempre te apoyé?

— ¿Pero que no acabás de decir que ninguna de tus otras alumnas viaja como lo hizo Maryam este año? — intervino mi papá — ¿De qué preparaciones y supervisión hablaste entonces? ¡Te estas contradiciendo!

Verónica se quedó muda. A lo mejor no sabía cómo encubrir, con más mentiras, nuestras verdades.

— Empecé a preparar yo sola mis coreos cuando vos misma te excusabas diciendo que no tenías tiempo para preparármelas o para revisarlas — le recordé — Por otro lado, nunca valoraste que a pesar de eso, yo igual llevaba tu nombre y el de tu Academia a cada una de las provincias por las que fui.

Callé por un momento, pues sentí ganas de llorar otra vez. No obstante, ¡pacifiqué mis sentimientos como pude! ya que aprovechando que mi profesora me estaba escuchando, debía decirle tanto...

— Y al final nunca te comunicaste con el famoso bailarín de Buenos Aires que estuvo de jurado en Tucumán. ¿Te acordás que me dijiste que hablarías con él por *Facebook* preguntándole por qué me calificó de esa manera tan extraña en aquella competencia?

— ¿Qué bailarín? No me dijiste nada.

¡¡¡Era demasiado!!! ¡¡¡Tantas mentiras me herían mucho!!!

— ¡Al parecer nunca te alegraste con mis viajes Vero! — le expresé dolida — Hasta llego a pensar que nunca quisiste que los realice por cómo no me brindabas tu tiempo para que te compartiera lo que aprendía en cada uno de ellos.

— ¿Cómo que no me alegré Maryam? ¡Fue a causa de eso que te hice entrar al Ballet!

— Sí, la integraste al Ballet, me hiciste comprarle unos zapatos de baile carísimos y hacerle tres trajes que utilizaría como nueva integrante y al final ¡jamás utilizó ninguno de ellos! — se molestó mi mamá.

— ¡No bailó con el Ballet ni siquiera una vez! — completó mi papá.

— Ah... hablando de los trajes... — comentó Verónica yéndose de tema — ¿Me devolviste mi traje de tribal que te presté? Porque no lo tengo, Mary.

— Sí, sí te lo devolví. Después de que mi modista realizó uno igual para que lo utilizase en la coreo del Ballet, te lo entregué.

— Mmm... ¿segura? Porque no lo tengo entre mis cosas.

¿Verónica Cardozo me estaba tratando de ladrona? Sin duda alguna, ¡¡¡necesitaba una catarata o al menos un lago con el objetivo de que las lágrimas, que de seguro seguirían surgiendo en mí, se ahogasen en un lugar que no fuese mi alma!!!

—Por otro lado, ¡¡¡ella misma fue la que no quiso bailar ni siquiera una vez como parte del Ballet!!!— exclamó Verónica— ¿Qué vienen a decir ahora que no le permití bailar? Su hija no se hizo presente a aquella contratación de dragones y princesas y al Show con la Orquesta. ¡Ahí hubiera bailado como nueva integrante del Ballet, pero ella misma no quiso!

—Por lo visto, Mary, vos solita te rehusaste a bailar con el Ballet— expresó la voz de su madre desde lo más recóndito.

—No, porque cuando estaba aprendiendo las coreografías que el Ballet ya tenía, Vero me dijo que no bailarían en el espectáculo de septiembre porque no iba a haber tiempo para que las aprendiese. ¡¡¡Ella no quería que baile!!!

—Pero te dije que después del espectáculo te las enseñaría.

—Sí... ¡me lo dijiste!— le expresé— Pero al final ¡nunca me las enseñaste!

—Y no. Para qué enseñártelas si ya te saqué del Ballet a causa de tus dos incumplimientos.

—¡No fueron dos incumplimientos!— manifestó mi papá.

—¡Sí! ¡¡¡Maryam me falló dos veces!!!

—Lo de la contratación privada quedó superado cuando mi esposa y yo nos apersonamos en tu Academia para disculparnos por la indebida ausencia de parte de nuestra hija, al hacerse atrás con el compromiso asumido.

—Eso sí fue una falla de mi parte— dije con sinceridad— pero tuve mis claras razones a causa de cómo las chicas del Ballet me trataban.

—Claro, cuando las chicas te blanqueaban los ojos...— comentó Vero con sarcasmo.

—¿Ya te olvidaste cuando me disculpé con vos por la falta que cometí en esa contratación?— le pregunté— Y por lo visto ni te interesó que las chicas no se disculparan conmigo por cómo me trataban.

—Las chicas no tenían nada de qué disculparse con vos, Maryam.

—O sea que después de blanquearme los ojos, ser frías y cortantes y hasta marginarme, ¿no merezco una disculpa de parte de ellas?

—¿Por qué razón se disculparían si no hacían nada de eso con vos?

Si mi mamá no hubiese continuado con sus palabras, yo hubiese bramado un grito de bronca e impotencia. Porque mi propia profesora

no hacía más que distorsionar mis palabras que eran la pura verdad, a cambio de camuflarlas con sus enredos.

— En cuanto al Show con la Orquesta, sabías que Mary no podía bailar por estar en cama, con 40° de fiebre y bajo prescripción médica.

— Y bueno... Entonces si Mary no pudo bailar yo no tengo la culpa de por qué nunca se presentó como integrante de mi Ballet — dijo Vero, segura de sí misma.

— ¿Querés decir que todo lo ocurrido estos meses no es más que por culpa de Maryam? — cuestionó mi papá sorprendido por las palabras de Verónica.

— Así es, todo lo ocurrido es culpa de Maryam.

— ¿Y qué con el solista de egresada que las futuras profes presentaron, pero a Mary no se lo permitiste bailar?

— Yo se lo aclaré a Mary, ¡ya no había más tiempo esa noche!

Mi papá negó apenado con la cabeza. Me observó a mí y al observarla a mi profesora, dijo:

— ¿Cómo se llegó a esto Vero? Me acuerdo tan bien cuando todavía no dabas clases en el salón del club del centro y yo la llevaba a Mary las tres veces por semana hasta allá, al barrio... para que tome tus clases. Le enseñaste a bailar... Y en conclusión, la hiciste feliz durante los cinco años anteriores, y ahora éste que fue su último año como alumna, mirá cómo está acabando la relación al recibirse.

— No entiendo, ¿todo esto pasó porque se sacó seis en su examen de hoy? — preguntó de repente la madre de Verónica.

— Si realmente es por eso, ¡es irónico! — dijo Vero apresuradamente — Porque cada una de mis alumnas obtiene la nota que merece.

— Acaso, ¿no sos consciente de todo lo que charlamos? ¡Lo ocurrido hoy en el examen fue la gota que hizo rebalsar el vaso! — repitió mi papá.

— Pero el seis en un examen de danza es una excelente nota — alegó mi profesora.

— Mi esposa y yo somos docentes — expresó de repente mi papá — Es una actitud despiadada y hasta cruel calificar a un alumno solamente por lo que ocurrió en el día del examen. La nota siempre debe ser el reflejo de todo el aprendizaje adquirido en el año y no lo sucedido en tan solo unas horas.

Por lo visto la familia Cardozo ignoró por completo las sabias palabras de mi papá, pues la madre de Verónica continuó:

— Maryam, ¿vos querías un diez?

¿Un diez? ¿Un diez en mi título de profesora de danzas árabes?

No... Lo que verdaderamente quería es la Vero que conocí cuando yo tenía diez años. La profesora que no me hacía sentir que el corazón se me desgarraba.

—Porque si realmente quieres un diez en tu examen final, podría hacerse una excepción y Verónica volvería a tomarte el examen— concluyó.

No supe qué decir, me sentía tan herida... Mis progenitores se miraron. Mi papá expresó:

—Podría ser... Pero que quede claro que es porque usted— se dirigió a la madre de Vero— lo sugirió y no porque nosotros lo pidamos. Y además, tomando siempre en cuenta el desempeño y crecimiento de Maryam ¡durante el año! y no ¡durante el examen!

Verónica me miró.

—Mary, entonces podríamos armar una nueva mesa de examen para luego del espectáculo del diez de enero.

— ¡A prepararse para tu debut solista como profe!— amplió su madre.

Antes de que ambas se fueran de nuestra casa, Verónica me abrazó. ¿Significaba algo ese abrazo luego de haber distorsionado frente a mi cara y mi corazón tantas verdades? De igual manera, no sentí ningún afecto... un cumplido así no es el verdadero cariño como aquel que me demostró durante mis primeros cinco años. ¡Qué curioso! Aprendí más en este último año que en los cinco anteriores y, precisamente cuando más crecí, menos apoyo recibí.

Al día siguiente, esperando encontrar en Romina y Alicia un apoyo y sincera comprensión, advertí lo equivocada que estuve los meses anteriores con respecto a sus afectos. Debido a que, habiendo quedado en que irían por casa a las 17:00 para tomar el té y charlar, ¡no se hicieron presentes! La llamé por celular a Romina queriendo preguntarle si realmente ella y su mamá vendrían; pero en ningún momento me atendió la llamada.

—Ya van a ser las 19:00 y no vienen— expresé dolida.

—Mary, ¡nos hicieron la pera Romina y Alicia! ¡¡¡Es obvio que no vendrán!!!— exclamó mi papá.

—Pero entonces ¿por qué dicen que me quieren apoyar si al final no me lo demuestran?

—Mi tesoro, hoy en día abunda la gente como ellas... ¡personas falsas!

—¿Falsas porque fingen un cariño cuando al principio parecía ser tan sincero?— pregunté todavía más dolida que antes.

— Así es Mary... Y como padre, me hace sentir muy mal que siendo tan chica ya conozcás la hipocresía del mundo.

Me arrimé para abrazarlo y, aun rodeada por sus brazos, sentí el consuelo... la protección... y el amor que día a día me brinda como papá.

Por otro lado, ese mismo día la madre de Verónica publicó un comentario en mi *Facebook*:

— Cuando hay cariño las cosas se solucionan hablando. Anoche quedó demostrado el amor que Vero y vos se tienen. ¡Más que aclarado! así que ahora a prepararse para el diez de enero Mary.

Aquellas fueron sus palabras. Luego de haber leído el comentario me pregunté: ¿El amor? ¿El amor entre mi profesora y yo? ¿Cómo sentir amor hacia Verónica Cardozo cuando me mintió en la cara, me lastimó y ni siquiera se disculpó reconociendo sus errores como maestra? Definitivamente ¡¡¡fue el colmo!!! ¡¡¡Embarraron la situación por completo!!! O acaso, ¿pensaron que con proponerme realizar el examen nuevamente, la situación se arreglaría? ¿Era posible que les importase más mantener una buena imagen de la Academia que el bienestar de una de sus alumnas? Si ésta era realmente la esencia de su postura, no caería en el juego de bailar en el Teatro el día diez de enero mi solista como profesora. Simular ser una feliz integrante de la Academia como si no sintiese absolutamente nada de dolor en mi interior no va conmigo, por más que haya soñado toda mi vida con pisar un escenario mientras me anuncian como profesora. Sin mencionar que ¡no era capaz de rendir un nuevo examen bajo estas condiciones!

El día después de Nochebuena, mi mamá y mi papá debatieron la idea de escribir desde mi *Facebook* un detallado escrito sobre lo ocurrido los últimos meses entre Verónica Cardozo y yo. No con la intención de desahogo de parte de la familia Dimín, ni mucho menos con el propósito de hacer quedar mal en la red social a la profesora con la que egresé, sino tal como me explicó mi papá:

— Compartiremos en *Facebook* lo vivido para que todos tomen conocimiento de la verdad. Queremos que todo salga a la luz con el fin de que Verónica tome conciencia del mal obrar que cometió con vos y así no vuelva a hacer lo mismo con ninguna de sus otras alumnas.

— Exactamente Mary — intervino mi mamá — Contaré detalladamente los viajes que hicimos, los trajes que preparé en vano, los desplantes de las chicas del Ballet y ¡el sabotaje de tu examen final!

A su vez, el largo escrito sería la llave adecuada para cerrar aquel ciclo como alumna de Verónica Cardozo. Por lo visto, ella quiso cerrarlo

con MENTIRAS, yo lo cerraría con la VERDAD, tal como Dios manda.

El escrito concluía de esta forma:

– “Dice mi esposo que es muy lamentable ver a un docente tomar el camino equivocado con uno de sus alumnos como lo hizo Verónica con Maryam, y más aun sabiendo que ambas tienen la misma pasión que es la danza árabe. Además, siendo Verónica testigo de toda nuestra dedicación, esfuerzo y amor a nuestra hija, mi esposo no entiende aún ni yo tampoco ¿por qué Verónica no se sumó al festejo por todo el crecimiento que Maryam tuvo este año como bailarina? Queremos creer que no es porque Verónica la ve a Maryam como una rival, porque si así fuera más de uno pensaría que ¡la envidia se apoderó de Verónica Cardozo!”.

Debajo de la publicación que hizo mi mamá, etiqueté en los comentarios a varios de mis contactos de *Facebook*, como para invitarlos a que lean y comenten lo que deseen; pues mi familia y yo ¡nada teníamos que ocultar!

Etiqueté a muchas profesoras de Salta y a otras de diferentes provincias que conocí gracias a los viajes, a bailarinas con quienes solamente me relacionaba a través de Internet, a mis mismas compañeras de danza, a cada una de las chicas del Ballet de Verónica, etc.

Con el transcurso de las horas, más de setenta comentarios invadieron la publicación en mi *Facebook*. Los que más abundaron fueron de parte de las propias alumnas de Verónica:

– ¿Para qué me etiquetás? ¡Etiquetá a los que les interese!

– Jaaaaaa me harté de leer pero llegué al final. Creo que la más preocupada por saber que tenías que preparar el examen eras vos, no Vero. Y repito, la interesada en que salga todo perfecto eras vos, porque vos ibas a ser la futura profesora, vos ibas a ser la examinada. Para llegar a ser la mejor y tener un diez se necesita compromiso Maryam, te falta crecer como persona y dejar de esconderte en tus viejos. ¡Ya sos grande mamita! ¡Crecé de una buena vez!

¿Ser la mejor? ¿Cuándo manifesté que quiero serlo o que quiero un diez? Y... ¿esconderme en mis padres? ¡Sacar a la luz la verdad es todo lo contrario a ocultarse!

– Por favor borra mi etiqueta de esta publicación que me parece una falta de respeto hacia Verónica. Qué sorpresa Maryam, la verdad que nunca pensé que eras ese tipo de persona. Lo único que tengo para decir en este chusmerío barato y lo único que me interesa decir es que dejés de ensuciar el nombre de Verónica, porque ella es una excelente profesional y estoy totalmente en desacuerdo con lo que dice esta ridícula carta. Si tenés algún problema lo tenés que solucionar personalmente

y no hacerlo público, porque lo único que lograrás con esto es ensuciarte vos. Todas sabemos lo que realmente es Vero, y lo buena persona y profesional que es. No hay palabras para explicarlo... no quiero seguir perdiendo el tiempo en esta tontera que publicaste, ¡me parece una inmadurez total! Ojalá que te vaya bien en tu vida... todo en esta vida vuelve eso es lo importante. Creo que no hace falta aclarar que todo esto es una ridiculez y que Verónica es una gran profesional con muchísima trayectoria, la gente que la quiere y la conoce de verdad lo sabe y eso es lo importante. Suerte en tu vida Maryam y tratá de no ensuciar al pedo a la gente que te hizo crecer y te dio tanto de su tiempo.

¿Trayectoria? Sí... puede que Verónica Cardozo tenga una gran trayectoria, sin embargo eso no certifica que sea una gran persona.

— Cuando hacen este tipo de cosas es porque le tienen envidia a Verónica. Por eso una persona que hace esto no es humilde, así que no sé qué concepto de humildad tenés. Nada más, ¡chau!

— Esto es un chusmerio. Chusma chusma pffffffff jajajaja.

— Jajajajajajajajajajajajajaja.

— Jajajaja Maryam vos y tus padres deben asistir al psicólogo. ¿No te da vergüenza siendo una principiante hablar así de Verónica Cardozo? No tenés edad ni derecho a decir tantas ridiculeces. Jajaja en serio me hacen reír. ¡Hipócrita! Mejor si te vas de la Academia, un problema menos. Además no tenés la capacidad de estar con el prestigioso Ballet. Aaaaah y para que te duela más, ¡todas las del Ballet egresamos con diez! Y a mí me dieron la medalla al mejor examen jaja. Andá a madurar y fijate si te va tan bien en tu academia como a Verónica. Chau niñita infeliz y sufrida (ese cartel te ponés) jajaja y lavate la boca la tenés sucia de tanto hablar de una persona como Verónica Cardozo.

— Los premios que sacaste por ahí a nadie de la Academia le interesa porque si alguna vez entraste al salón del barrio, Verónica Cardozo está rodeada de trofeos, reconocimientos y muchas cosas sin necesidad de tener una alumna como vos. ¡Estás loca!

— Tanto que te hacés la adulta ¿por qué tenés que andar involucrando a tu familia? Yo estoy de testigo de tu falta de compromiso este año en todos los eventos que se presentaron así que no me quieras convencer a mí de otra cosa porque tengo muy en claro todo. No vale la pena hablar con gente como vos así que suerte niñita.

¿No vale la pena hablar con gente como yo?: ¿Una chica de dieciséis años que, gracias a Dios, tiene el apoyo de los padres exponiendo y compartiendo la verdad?

— Me parecés muy inmadura. Ojalá tengás suerte en todo lo que

emprendás y sepás ser mejor persona. Ah, y ante todo, ¡la humildad!

—¿Son ciertos los rumores de tu academia? ¡Porque por lo visto no sos capaz ni de dar una clase!

—Maryam dejá de joder si sos una pendeja frente a profesoras. Detrás de tus palabras sos una falsa. Ojalá algún día bajés de ese copete de “excelente bailarina” que te ponés y te pongás a pensar que tus viejos no se pusieron a darte clase de danza. Chau Maryam, ojalá que tus alumnas nunca lleguen a tener esa envidia que tenés.

¿Me trataban de falsa, creída y envidiosa? ¡¡¡Al menos me hubiesen explicado por qué!!!

Sin mencionar que todas las críticas anteriores eran calificadas por “Me gusta” por parte de Romina. Entre tantos comentarios negativos e insultantes, y mensajes privados de parte de Alicia rogándome que eliminara aquella publicación, me sentí mal al notar cuántas piedras me tiraban por el solo hecho de haber sido extremadamente sincera. Al menos estas madre e hija, a quienes en un principio cuando las conocí calificué como dos ángeles, ¡mostraron rastros de seguir vivas! Pues de mi profesora, por ejemplo, absolutamente nada supe...

A su vez, la falta de por lo menos una expresión de aliento de parte de Rosario, Daniela, Ariana y las pequeñas Luciana y Yamila, me hicieron notar que las palabras de los enemigos con el tiempo las dejaría de recordar; sin embargo, el silencio de los amigos... eso no lo podría olvidar jamás.

No obstante, hubo un mensaje que me mostró lo comprendida que podía llegar a sentirme si realmente el escrito de mi mamá era leído desde el corazón, y no simplemente desde los ojos.

—Hola hermosa, leí muy atentamente lo que publicaste y si hay alguien a quien me hacés acordar con todo lo que contaste es a mí... ¡yo también lo pasé! Sólo quiero decirte que de lo que uno vive, siempre se aprende. Cuando te hacen algo malo, quedás resentido; pero a la vez aprendés que eso no se lo tenés que hacer a nadie. ¡Seguí adelante que tenés mucho para dar Mary! Cariños desde Buenos Aires, Larissa.

¡¡¡LARISSA!!! ¿ERA POSIBLE QUE MI ÍDOLA HAYA VIVIDO ALGO SEMEJANTE? Leer aquel mensaje de la bailarina que inexplicablemente me inspira en la danza, me hizo sentir muy bien. Sus palabras me fortalecieron el espíritu; pero mis alas lastimadas seguían doliéndome... no entendía por qué.

Al otro día fui hasta el jardín y observé a los albañiles realizar la obra. Era muy admirable cómo, hasta en época de fiestas de fin de año, seguían trabajando.

Observé la construcción de mi academia y ¡los ladrillos seguían elevándose!, de tal manera que los marcos de las ventanas ya estaban siendo colocados también. Allí sentí tanto dolor que, a la par de reflejarse el sentimiento en mis ojos, me pregunté:

— ¿Cómo seguir bailando teniendo abiertas las heridas que Verónica Cardozo me produjo? ¿Cómo desplegar mis alas en plena brisa y animarme a volar siendo profesora, si mis mismas alas están sangrando?

Entonces pensé que, si de algún modo podría borrar mi pasión por la danza árabe y derrumbar los ladrillos de mi propia academia, mis alas definitivamente dejarían de sufrir.

Pero... ¿Es eso realmente lo que Dios quería de mí?

CONCLUSIÓN

– ¡Wooooo seño! – balbuceó una de mis alumnitas – Qué gran historia la que nos acabás de contar.

– Y recordá que no es una historia inventada, sino la historia de mi vida – mencioné mientras me fui levantando.

– Pero... – expresó otra de las nenas – ¿Qué tienen que ver los cuatro cuadros de allá arriba con todo lo que nos contaste?

Iba a responder su cuestionamiento, sin embargo dos de las chicas me arrebataron las palabras de la boca.

– ¡En el primer cuadro de ahí estás junto a tu papá y tu mamá!

– ¡¡¡Gracias a ellos vos descubriste la vocación de tu vida!!!

Y sin poder afirmar lo que expresaron, otra de mis alumnas siguió.

– ¡Y en aquel cuadro de allá estás con tu ídola!

Mientras asentía con la cabeza, les dije:

– Aunque hoy por hoy prefiero referirme a Larissa como el exponente de mi inspiración en la danza.

– ¿Por qué? ¿Ya no la considerarás ídola?

– No es que no la considere ídola, sólo que cuando idolatrás a alguien que en un determinado momento se convirtió en una amiga, la palabra “ídola” ya no es la correcta.

– ¿O sea que Larissa y vos se volvieron a ver personalmente? – dedujo una de las chicas.

– ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Qué tanto compartieron? – me interrogaron.

– Y... – suspiré – Como ven, la historia no termina aquí...

– ¡¡¡Entonces seguí contándonos!!!

– Y explicanos también qué significan los otros dos cuadros de allá arriba – expresaron entusiasmadas.

– Sí, aclaranos porque no entendemos qué es ese enorme certificado enmarcado – argumentó una de las pequeñas.

– O quién es la persona que está con vos en el otro cuadro – completó una de las chicas.

Solté una sonrisa y, dirigiéndome hacia todas, expresé:

– Quedan muchas subidas y bajadas por relatar... ¿Realmente desean que siga contándoles la historia de mi vida?

– ¡Sí Mary! ¡¡¡Seguíiiii!!!

– ¡iiiiiiiiii¡¡¡Sí!!!!!!!!!!!!

– Dale, ¡continúa! Me sembraste una gran duda: ¿realmente no fuiste más al colegio?

– Es verdad, reanudá porque ¡quedaron preguntas sin respuestas!
– Dejaste sueños o mejor dicho ¡dejaste ladrillos! con interesantes incógnitas...

– Maryam, ¡¡¡¡¡seguí por favor!!!!

Miré el reloj colgado en la pared, entre las dos ventanitas coloniales del salón, y al notar que ya eran las 19:00, les dije:

– ¿Vieron qué hora es? ¿Se dieron cuenta que a algunas de ustedes ya las están buscando en la recepción?

Ninguna de mis alumnas se puso de pie. De hecho, ¡aún seguían sentadas plácidamente en el piso!

– Supuestamente hoy venían a la Escuela con el objetivo de realizar la sesión de fotos artísticas para la Muestra Anual y disfrutar del festín, nada más. Y no para escuchar inmensidad de experiencias de su seño... de su profe... – concluí con gracia y cariño.

Las chicas, con sus miradas llenas de amor, expresaron con simpatía:

– Mary, vos sos la que empezaste llorando...

– ... de ahí decidiste contarnos tu historia en base a esos cuatro cuadros...

– ... así que ahora tenés que terminarla.

Por un instante me reí, pues era completamente coherente lo que acababan de decir. Antes de sentarme junto a ellas nuevamente en el piso, me dirigí hasta la recepción pensando si las mamás de mis alumnas serían capaces de esperar un buen lapso de tiempo...

– Ojalá que puedan... Porque claramente las estrellas y los solcitos que alumbran y alegran cada una de mis noches y días, desean conocer cómo siguió mi vida; y yo... yo también anhelo seguir compartiéndoles mi corazón...

EPÍLOGO

Honestamente, escribir este libro fue como un auténtico viaje. No hubo colectivos, ni trenes, ni barcos, ni aviones... Pero cada día, al levantarme a las cinco de la madrugada, con toda esa fuerza que llevo por dentro y que estoy convencida proviene del Cielo, concurría al salón de mi Escuela de Danza dispuesta a transportarme por las rutas, vías, mares y cielos de mi propia vida. ¡Cuánta dicha la mía haber aprovechado el silencio de cada noche estando a solas conmigo misma!

Siempre supe a partir de qué y cómo empezaría la historia; pero no dónde terminaría.

Todo escritor apasionado siempre observa más allá del horizonte y por ello, al escribir su obra, nunca va a terminarla diciendo FIN. Y así soy yo también al escribir.

Creo que la vida es un viaje con inicio y sin final, porque incluso la muerte es otro comienzo para seguir viviendo y volar...

Recuerdo cuando muchos me preguntaban: "¿Vas a escribir un libro siendo bailarina? ¿Un libro de tu biografía en forma de novela?". A lo que yo les respondía: "¡sí, es un libro de una biografía, pero queda al criterio del lector discernir a quiénes representan los personajes de la novela!".

A través de la escritura puedo expresar todo lo que siento al igual que en la danza, y eso ¡me llena de plenitud el alma!

Después de estar nueve meses plasmando mi obra en la netbook, hoy, en retrospectiva, entiendo perfectamente que cada capítulo que escribí es una página de mi vida. Y si bien es cierto que se trata de una biografía novelada, ahora estoy en condición de decir también que en todo este tiempo, constantemente, fui mirándome en diferentes espejos que me envolvían mientras mis sueños se hacían realidad. Un espejo para ver mis virtudes, otro para ver mis errores, otro para sonreír, otro para llorar, otro para danzar, otro para volar...

Enfrentarme a cada uno de ellos, en detalle, y juzgarme a mí misma ¡ha sido difícil desde cualquier ángulo en que lo analice!; pero me cautiva saber que en cada página de esta obra literaria quedó reflejada mi esencia, entregando todo, sin guardarme nada.

Muy metafórica resulta la frase "mirarse en el espejo de la vida". Sin embargo, en mi caso, también ¡¡¡es completamente literal!!!, porque fue en el salón de mi Escuela de Danza donde escribí mi libro ¡rodeada por espejos y enfrentada a ellos!

A veces dejé volar la imaginación y recordé mi pasado; otras, en cambio, desplegué mis alas soñadoras que no tienen fronteras cuando vuelan. En definitiva, ¡¡¡TODO LO ESCRITO ES VERDAD!!!

Mi propia vida, la belleza de la danza árabe y, por sobre todo, el infinito amor que me otorga Dios Padre y Cristo fueron los tres pilares inspiradores que hicieron posible publicar esta biografía novelada... ¡la historia de Maryam Dimín!, que para muchos lectores ya es la real historia de Maricel Cuadras.

Impresión: Artes Gráficas Crivelli
Caseros n° 1551
Salta Capital - Argentina
Julio 2015